

DAD AU
CIÓN GE



CONSULADO

Y
IMPERIO

DC201

T5

1846

V.6

C.2

9(44)



1080045744

E#7 6#161



HISTORIA

DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

111 biblioteca popular.



DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN
FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

HISTORIA

DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO,

CONTINUACION

DE LA HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA.

POR M. A. THIERS.

Traducida al castellano

POR DON JOAQUIN PEREZ COMOTO.



BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO
TOMO VI.



Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

MADRID 1847.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO.

DE D. F. DE P. MELLADO.—Editor.

54681

17011

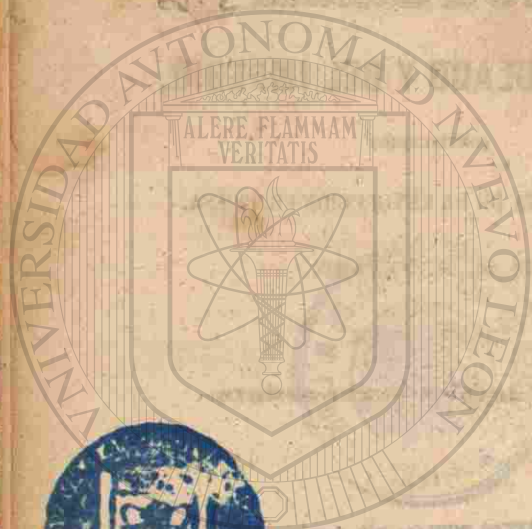
DC201

75

1846

V. 6

N. 2

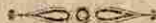


Capilla Autónoma

Biblioteca Universitaria

DIRECCIÓN GENERAL

CAPITULO VEINTE Y DOS.



Ulm y Trafalgar.

Consecuencias de la reunion de Génova al imperio. — Aunque esta reunion fué un error, produjo felices resultados. — Vasto campo abierto á las combinaciones militares de Napoleon. — Cuatro ataques dirigidos contra Francia. — Napoleon se ocupa seriamente de uno solo, proponiéndose contrarestar los tres restantes á un mismo tiempo. — Su plan. — Movimiento de los seis cuerpos de ejército desde las orillas del Océano á las márgenes del Danubio. — Napoleon guarda un profundo secreto acerca de sus disposiciones, y solo las comunica al elector de Baviera con el objeto de atraerselo tranquilizándole. — Precauciones que toma para ver de conservar la flotilla. — Su regreso á Paris. — Alteracion de la opinion pública respecto á él. — Reconvencciones que le dirigen. — Estado de la hacienda. — Principios de atraso. — Situacion delicada de las principales plazas de comercio. — Falta de metálico. — Esfuerzos que hace el comercio para procurarse metales preciosos. — Asociacion de la compañía titulada *Reunion de comerciantes* con la corte de España. — Especulacion en pesetas. — Peligro de esta especulacion. — La *Reunion de comerciantes* mezcla los asuntos de Francia y España, haciendo comparticipar á ambas naciones de sus res-

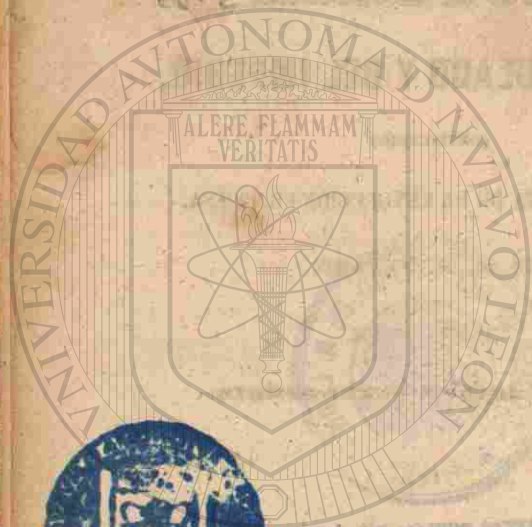
DC201

75

1846

V. 6

N. 2

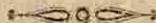


Capilla Autónoma

Biblioteca Universidad

DIRECCIÓN GENERAL

CAPITULO VEINTE Y DOS.



Ulm y Trafalgar.

Consecuencias de la reunion de Génova al imperio. — Aunque esta reunion fué un error, produjo felices resultados. — Vasto campo abierto á las combinaciones militares de Napoleon. — Cuatro ataques dirigidos contra Francia. — Napoleon se ocupa seriamente de uno solo, proponiéndose contrarestar los tres restantes á un mismo tiempo. — Su plan. — Movimiento de los seis cuerpos de ejército desde las orillas del Océano á las márgenes del Danubio. — Napoleon guarda un profundo secreto acerca de sus disposiciones, y solo las comunica al elector de Baviera con el objeto de atraerselo tranquilizándole. — Precauciones que toma para ver de conservar la flotilla. — Su regreso á Paris. — Alteracion de la opinion pública respecto á él. — Reconvencciones que le dirigen. — Estado de la hacienda. — Principios de atraso. — Situacion delicada de las principales plazas de comercio. — Falta de metálico. — Esfuerzos que hace el comercio para procurarse metales preciosos. — Asociacion de la compañía titulada *Reunion de comerciantes* con la corte de España. — Especulacion en pesetas. — Peligro de esta especulacion. — La *Reunion de comerciantes* mezcla los asuntos de Francia y España, haciendo comparticipar á ambas naciones de sus res-

pectivos apuros.—Consecuencias que de esto se siguen al Banco de Francia.—Enfado de Napoleon contra los hombres de negocios.—Grandes cantidades en plata y oro enviadas á Strasburgo é Italia.—Alistamiento de la conscripcion de resultas de un decreto del Senado.—Organizacion de la reserva.—Empleo que se dá á los guardias nacionales.—Sesion habida en el Senado.—El pueblo de Paris manifiesta frialdad á Napoleon.—Napoleon lo siente algun tanto, pero marcha al ejército, seguro de que pronto se convertiria aquella frialdad en transportes de entusiasmo.—Disposiciones que toman los aliados.—Marcha de dos ejércitos rusos, uno hacia Gallitzia para socorrer á los austriacos, y otro hácia Polonia con objeto de amenazar á Prusia.—El emperador Alejandro en Pulawi.—Sus negociaciones con la corte de Berlin.—Marcha de los austriacos á Lombardia y Baviera.—Paso del Inn por el general Mack.—El elector de Baviera, despues de vacilar no poco se arroja en brazos de Francia, y se refugia á Wurtzburgo con su corte y ejército.—El general Mack toma posiciones en Ulm.—Conducta de la corte de Nápoles.—Los franceses dan principio á sus operaciones militares.—Organizacion del ejército.—Paso del Rhin.—Marcha de Napoleon con seis cuerpos á lo largo de los Alpes de Suavia para ganar la vuelta al general Mack.—Napoleon llega al Danubio por la parte de Donauwerth el 6 y 7 de octubre, antes de que el general Mack sospechase que tenia tan cerca los franceses.—Paso general del Danubio.—El general Mack es envuelto.—Combates de Wertingen y Gunzburgo.—Napoleon toma disposiciones en Augsburgo con el doble objeto de atacar á Ulm y ocupar á Munich, á fin de separar á los rusos de los austriacos.—Error cometido por Murat.—Peligro que corre la division de Dupont.—Combate de Haslach.—Napoleon acude hácia Ulm y repara las faltas cometidas.—Batalla de Elchingen dada el 14 de octubre.—Sitio puesto á Ulm.—Desesperacion del general Mack y retirada del archiduque Fernando.—El ejército austriaco se ve obligado á capitular.—Triunfo inaudito de Napoleon.—Destruye en veinte dias, sin dar la batalla un ejército de ochenta mil hombres.—Continuacion de las operaciones navales desde el regreso á Cádiz del almirante Villeneuve.—Severidad con que Napoleon trata á este almirante.—Envia al almirante Rosily para que le reemplace y manda que la escuadra salga de Cádiz á fin de entrar en el Mediterráneo.—Sentimiento del almirante Villeneuve, y su resolucion de dar una batalla furiosa.—Estado de la escuadra franco-española y de la inglesa.—Instrucciones que da Nelson á sus capitanes.—Salida precipitada de Villeneuve.—Encuentro de las dos escuadras en el cabo de Trafalgar.—Ataque por parte de los ingleses formados en dos columnas.—Rómpease nuestra linea de batalla.—Combates heroicos del *Formidable*, el *Buccentauro*, el *Fogoso*, el *Algeciras*, el *Pluton*, el *Aguiles*, y el *Príncipe de Asturias*.—Muerte de Nelson y prision de Villeneuve.—Derrota de nuestra escuadra despues de una lucha memorable.—Furiosa tempestad que sobrevino para completar los desastres de la bata-

lla.—Naufragios á continuacion de los combates.—Conducta del gobierno imperial para con la marina francesa.—Mándase guardar silencio sobre los últimos sucesos.—Ulm hace olvidar á Trafalgar.

La reunion de Génova á Francia en visperas de emprender la espedicion contra Inglaterra, fué una falta grave, pues era lo mismo que dar á Austria un motivo poderoso para que se decidiese á hacer la guerra, y provocar una coalicion terrible en los momentos en que habia necesidad de completo reposo en el continente para poder obrar libremente contra la Gran Bretaña. Es verdad que Napoleon no habia previsto las consecuencias que podia producir la reunion de Génova, error que consistió en que despreciaba á Austria mas de lo que debia, creyéndola incapaz de moverse como quiera que la tratase; pero sin embargo, aunque semejante reunion trajo en realidad ventajas, merece ser censurada con justicia por las circunstancias en que se efectuó. No hay duda en que si hubiese podido el almirante Villeneuve hacer rumbo hácia la Mancha y presentarse delante de Boloña, nunca podriamos sentir bastante la no ejecucion del proyecto mas vasto que se ha concebido; mas como el almirante no llegó á su destino, grande hubiera sido el apuro de Napoleon á tener de nuevo que permanecer ocioso, á menos que no llevase su temeridad hasta el estremo de querer pasar el estrecho sin estar protegido por una escuadra. De todos modos, si se hubiese suspendido por tercera vez una espedicion tantas veces anunciada, Napoleon acabaria por esponerse á una especie de ridiculo, y la Europa

le hubiera creído sin los medios y el poderío necesarios para habérselas con Inglaterra, situación molesta de que fué á sacarle la coalición continental, abriéndole un campo de batalla que le faltaba y cometiendo una falta para que aquel pudiese reparar la suya. Estraño es ciertamente algunas veces el lazo que liga entre sí los sucesos de este mundo; como que suele frustrarse cuando meaos se piensa la combinación mas acertada, y salir bien un proyecto descabellado. Pero con todo, no es este motivo suficiente para que condenemos por inútil la prudencia, prefiriendo que reine el capricho en la esfera del gobierno: siempre debe preferirse el cálculo al entusiasmo en la dirección de los negocios, sin dejar por eso de conocer que los designios de la Providencia son mas seguros y profundos que los de los hombres y que, sin abdicar el imperio del saber humano, debemos y podemos ser modestos.

Es preciso haber visto de cerca lo difícil que es gobernar, preciso es haber conocido las dificultades que lleva consigo el tomar grandes determinaciones, prepararlas, llevarlas á cabo y poner en movimiento á los hombres y á las cosas, para poder apreciar la resolución que Napoleón tomó en aquellas circunstancias. Así que se calmó el pesar que hubo de causarle el tener que renunciar á la espedicion contra Inglaterra, se entregó enteramente á su nuevo proyecto de guerra continental, porque nunca habia dispuesto de mayores recursos que entonces, ni se habia abierto para él un campo de operaciones mas estenso. Cuando mandaba el ejército de Italia, ponian límite á sus movimientos las llanuras de la Lom-

bardia y el círculo que forman los Alpes; y si dirigia sus miras mas allá de ese círculo, el director Carnot, cuya prudencia era algo asustadiza, le contenia en sus combinaciones. Cuando ya de primer cónsul concibió el proyecto de la campaña de 1800, tenia que contentar á lugar-tenientes que aun eran iguales á él; y si se le ocurría, por ejemplo, un plan que hubiera podido producir ventajosísimos resultados, contentale la timidez de espíritu del general Moreau, viéndose obligado á dejarle obrar allá á su modo, y á presenciar encerrado en su campamento del Piamonte sus hechos, buenos pero de cortas ventajas. Es verdad que se dió allí á conocer con una operacion que siempre será un prodigio en el arte de la guerra, pero al querer desplegar su genio siempre halló obstáculos, mientras que en la época de que vamos hablando era libre, tan libre como lo fueron César y Alejandro. Sus compañeros de armas, los que pudieran incomodarle con su envidia ó su reputacion, se habian separado de motu proprio de la liza con tanta imprudencia como criminalidad, y solo le quedaban generales sometidos á su voluntad y dotados de las cualidades que son menester para ejecutar grandes cosas. Su ejército cansado de vivir en el ocio y ardiendo en deseos de gloria y combates, acostumbrado á una guerra de diez años y á tres de campamento, se hallaba preparado para acometer grandes empresas y emprender cualquier clase de marcha por atrevida que fuese. Toda la Europa iba á verse envuelta en sus combinaciones, pues mientras él se hallaba en Occidente, en las orillas del mar del Norte y de la Mancha, Aus-

tria estaba en Oriente, y ayudada por fuerzas rusas, suecas, italianas é inglesas, impelia hácia Francia las masas que pusiera á su disposicion una conspiracion europea por decirlo así. La situacion, los medios, todo era grande; pero si nunca ha tenido una potencia tantos recursos para haer frente á peligros graves é inesperados, jamás han sido tantas las dificultades, pues ese ejército preparado de tal modo que puede decirse no ha existido en tiempo alguno otro por el estilo, se hallaba en las orillas del Océano, lejos del Rhin, el Danubio y los Alpes, siendo este el motivo de que las potencias continentales no hubiesen hecho reclamaciones contra su reunion, y era preciso trasladarlo de pronto al centro del continente. Tal era el problema que habia que resolver, y ya veremos como se las compuso Napoleon para salvar el espacio que le separaba de sus enemigos y colocarse en medio de ellos en el punto mas adecuado para disolver su terrible coalicion.

Aunque se obstinó en creer que la guerra no era tan inminente como parecia, conoció perfectamente los preparativos y el plan, sabiendo como sabia que Suecia armaba gente en Stralsund y en la Pomerania sueca, así como Rusia en Revel y el golfo de Finlandia. Anunciábase además que debian concentrarse dos grandes ejércitos rusos, uno en Polonia á fin de arrastrar tras sí á Prusia y otro en Galliteia con el objeto de socorrer á Austria; habia, no sospechas, sino certeza de que se habian formado dos ejércitos austriacos, uno de ochenta mil hombres en Baviera y otro de cien mil en Italia, ligados ambos por un cuerpo de veinte y cinco á treinta mil en Tirol; y por último,

los rusos reunidos en Corfú, los ingleses que habia en Malta, y los sintomas de agitacion que se notaban en la corte de Nápoles, no dejaban ningun género de duda de que algo se tramaba contra el Mediodia de Italia.

Cuatro eran, pues, los ataques que se preparaban: el primero, en el Norte, por la Pomerania, debian emprenderlo contra Hannover y Holanda los suecos, rusos é ingleses; el segundo, en el Este, por el valle del Danubio, los rusos y los austriacos en combinacion; el tercero en Lombardia solo los austriacos; y el cuarto debia darlo algo mas tarde en el Mediodia de Italia un cuerpo de rusos, ingleses y napolitanos.

Napoleon penetró este plan lo mismo que si hubiese asistido á las conferencias militares que en Viena tuvo Mr. de Vintzingerode y que anteriormente hemos referido. Lo único que ignoraba ni mas ni menos que sus enemigos, era si Prusia tomara ó no parte en la guerra; pero creia esto último, mientras que las potencias coligadas esperaban conseguir lo primero intimidando al rey Federico Guillermo, en cuyo caso el ataque del Norte, en vez de ser una tentativa accesoria, muy dificultosa, gracias á la neutralidad prusiana, se convertiria en una empresa temible para el imperio desde Colonia hasta las bocas del Rhin. Esto era sin embargo poco probable, y Napoleon solo miraba como cosa seria los dos grandes ataques que debian darse por Baviera y Lombardia, creyendo que los que sus enemigos preparaban en Pomerania y hácia el reino de Nápoles eran dignos cuando mas de tomar algunas precauciones.

En este concepto resolvió llevar el grueso de

sus tropas al valle del Danubio y contrarestar los ataques secundarios rechazando el principal. Su plan, profundo ciertamente, descansaba en un hecho muy sencillo, en alejar á los rusos de modo que acudiesen tarde en socorro de los austriacos, porque pensaba que estos, impacientes como estarían por dirigirse á Baviera, y ocupar según lo tenían de costumbre las famosas posiciones de Ulm, aumentarían, obrando de esta suerte, la distancia que los separaba naturalmente de los rusos, y estos se presentarían tarde en línea, teniendo como tendrían que subir al Danubio con su principal ejército reunido á la reserva austriaca. Cayendo, pues, contra los austriacos antes que llegasen los rusos, proponíase Napoleón correr en seguida en busca de estos, faltos del socorro del principal ejército de Austria, queriendo así valer-se del medio facilísimo en teoría si difícil en la práctica, de derrotar á los enemigos unos tras otros.

Para realizar este plan era preciso trasladar las tropas al teatro de las operaciones, es decir al valle del Danubio, de un modo particular, pues si, imitando el ejemplo de Moreau, Napoleón subía el Rhin para pasarlo desde Strasburgo á Schaffouse, si iba en seguida por los desfiladeros de la Selva Negra á desembocar entre los Alpes de Suabia y el lago de Constanza, y atacaba de este modo de frente á los austriacos establecidos detras del Iller, desde Ulm hasta Memmingen, no conseguía completamente su objeto. Aun peleando con ventaja contra los austriacos, de lo cual podía estar cierto mas que nunca, contando como contaba con el ejército formado en los campa-

mentos de Boloña, lograba únicamente arrollarlos, conduciéndolos, maltratados y todo, hasta donde se hallaban sus aliados del Norte. Era preciso, pues, como sucedió en Marengo, y aun mas que en Marengo, ganar la vuelta á los austriacos, y no contentarse con arrollarlos, sino envolverles de manera que todos quedasen prisioneros, pues entonces podía Napoleón caer sobre los rusos cuando no tuviesen otro apoyo que la reserva austriaca.

Para esto se le ocurrió una marcha muy sencilla: hallándose como se hallaba en Hannover uno de sus cuerpos de ejército; el que mandaba el mariscal Bernardotte, y el segundo, esto es el del general Marmont, en Holanda, pues los demás estaban acampados en Boloña, mandó que el primero bajase hácia Franconia por medio de Hesse, hácia Wurtzburgo y el Danubio, y que el segundo avanzase á lo largo del Rhin, valiéndose de la facilidad que ofrecía este rio, para reunirse por Maguncia y Wurtzburgo con el cuerpo procedente de Hannover. Mientras que aquellos dos grandes destacamentos iban á dirigirse del Norte al Mediodía, resolvió Napoleón trasladar los cuerpos acampados en las orillas de la Mancha de Boloña á Strasburgo, por medio de un movimiento del Oeste al Este, fingir que iba á dar con ellos un ataque directo por los desfiladeros de la Selva Negra, pero en realidad dejar esta selva á la derecha, pasar á la izquierda por medio de Wurtemberg para reunirse en Franconia con los cuerpos de Bernardotte y Marmont, atravesar el Danubio por la parte superior de Ulm, en las cercanías de Donanwerth, colocarse así detras de los

austriacos, cercarlos, y despues de verse libre de ellos, marchar sobre Viena en busca de los rusos.

La posicion del mariscal Bernardotte partiendo del Hannover, y del general Marmont de Holanda, era una ventaja, pues el uno solo necesitaba diez y siete dias, y el otro catorce ó quince para trasladarse á Wurtzburgo, hácia el costado del ejército enemigo acampado en Ulm. En cuanto al movimiento de las tropas que debian salir de Boloña para Strasburgo, exigia unos veinte y cuatro dias, siendo este el que debía fijar la atencion de los austriacos hácia el desfiladero natural de la Selva Negra, de modo que en el espacio de veinte y cuatro dias, es decir, hácia el 23 de setiembre, podia hallarse Napoleon en el punto decisivo. Tomando un partido al instante, ocultando sus movimientos todo el tiempo que pudiese, gracias á su larga permanencia en Boloña, esparciendo voces falsas, y disimulando sus intenciones con el arte de engañar al enemigo que poseia en tanto grado, podia pasar el Danubio á espaldas de los austriacos antes de que sospechasen se hallaba tan cerca; y si lo conseguia, desde el mes de octubre, libre ya del principal ejército enemigo, empleaba el mes de noviembre en marchar sobre Viena, y se encontraba en las cercanias de esta capital con los rusos, á quienes nunca habia visto, si bien sabia que eran unos peones fuertes y robustos, aunque no invencibles, pues Moreau y Massena los habian derrotado ya, teniendo él esperanzas de darles una lección mas severa, porque ya en Viena ganaria en posición al ejército austriaco de Italia, lo cual obligaria á este á

retirarse. El proyecto de Napoleon consistia en confiar á Massena, que era el general de mas vigor de todos los suyos, y el que mejor conocia á Italia, el mando del ejército francés que debia operar sobre el Adige, ejército compuesto de cincuenta mil hombres, pero escogido, pues habia hecho la campaña llevada á cabo allende los Alpes desde Montenotte hasta Marengo. Con tal que Massena pudiese detener en el Adige durante un mes al archiduque Carlos, en lo cual no habia duda al parecer tratándose de soldados acostumbrados á vencer á los austriacos, sea cual fuese su número y mandados por un general que nunca retrocedia, si Napoleon llegaba á Viena, libertaba á Lombardia como ya habia libertado á Baviera, atraia sobre él al archiduque Carlos, pero tambien á Massena, y juntando entonces con los ciento cincuenta mil hombres con que debia marchar á lo largo del Danubio, los cincuenta mil procedentes de las orillas del Adige, debia hallarse en Viena á la cabeza de veinte mil franceses coronados con el laurel de la victoria. Disponiendo directamente de semejante masa de fuerzas, despues de frustrar los dos ataques principales, esto es, el de Baviera y Lombardia, ¿qué importaban los otros dos, preparados en el Norte y el Mediodia, hácia Hannover y Nápoles? Aun cuando se armase contra él toda la Europa, nada tenia que temer de tantas fuerzas reunidas.

No dejó sin embargo de tomar ciertas precauciones con respecto á la Italia Baja, pues mandó al general Saint-Cyr, que ocupaba la Calabria con veinte mil hombres, que se dirigiese hácia Ná-

poles y se apoderase de esta capital al primer síntoma de hostilidad que notase. No hay duda en que hubiera sido mas conforme á sus principios no dividir en dos cuerpos el ejército de Italia, dando á Massena cincuenta mil hombres para que operase en las orillas del Adige, y veinte mil al general Saint-Cyr para que se situase en Calabria, sino reunirlos todos por el contrario en una masa de setenta mil hombres, la cual tendria muy poco que temer del Mediodia, segura como se hallaba de vencer en el Norte de Italia; pero creia que Massena seria bastante con sus cincuenta mil hombres y su carácter para contener por espacio de un mes al archiduque Carlos, y tenia por una cosa peligrosa permitir que los rusos é ingleses pusiesen el pié en Nápoles, y fomentasen en Calabria una guerra de insurreccion difícil de apagar. Este fué el motivo que tuvo para dejar al general Saint-Cyr veinte mil hombres en el golfo de Tarento, mandándole se dirigiese hácia Nápoles á la primera señal, y que arrojase á los rusos é ingleses al mar antes de que tuviesen tiempo para establecerse en el continente de Italia. En cuanto al ataque preparado en el Norte de Europa, y tan distante de las fronteras del imperio, limitóse Napoleon, á fin de hacerle frente, á continuar las negociaciones entabladas en Berlin respecto al reino de Hannover. Antes habia ofrecido este reino á Prusia si queria ser aliada suya; pero como no tenia de hoy mas, esperanzas de formar alianza seria con una corte tan tímida, le propuso aceptase el Hannover en depósito sino queria recibirlo como un regalo, con la condicion de que en uno ú otro caso se obligaria á alejar de él á las tropas belige-

rantes, pues su neutralidad era suficiente para cubrir la parte Norte del imperio.

Tal fué el plan concebido por Napoleon: dirigiendo sus cuerpos de ejército por medio de una marcha rápida é imprevista, desde Hanaover, Holanda y Flandes, al centro de Alemania, pasando el Danubio por cima de Ulm, separando á los austriacos de los rusos, envolviendo á los primeros, arrollando á los segundos, penetrando en seguida en el valle del Danubio hasta Viena, y dejando con este movimiento á Massena en Italia, debia rechazar en muy poco tiempo los dos principales ataques dirigidos contra su imperio, y reuniendo sus victoriosos ejércitos al pie de las murallas de Viena, poco ó nada podia inquietarle la tentativa que los enemigos hiciesen en el Mediodia de Italia, pues el general Saint-Cyr la inutilizaria, al paso que la neutralidad de los prusianos pondria estorbos en todas partes á lo que intentasen en el Norte de Alemania.

Nunca, nunca ha habido un capitan, tanto en los tiempos antiguos como en los modernos, que haya concebido ó ejecutado planes en una escala tan estensa: bien es verdad que no ha existido hombre alguno por grande que fuese su talento y por mucha fuerza de voluntad que tuviese, que haya dispuesto de medios tan vastos y tenido que operar en tan grande estension de pais. ¿Qué vemos en efecto en la mayor parte del tiempo? Gobiernos sin resolucion, que se ocupan en deliberar en vez de obrar, gobiernos faltos de prevision, que piensan en organizar sus fuerzas cuando ya debieran estar en el campo de batalla; y en escala mas inferior generales subordinados

que apenas pueden moverse en el estrecho círculo señalado á sus operaciones. Aquí, por el contrario, genio, voluntad, prevision, libertad absoluta en el obrar, todo concurría en un mismo hombre para lograr igual objeto, siendo una cosa rara hallar reunidas semejantes circunstancias, pero nada extraño que aquél en quien concurren dicte leyes al mundo.

A últimos de agosto hallábanse los austriacos en las orillas del Adigé y el Inn, y los rusos en la frontera de Gallitcia, con muestras de querer sorprender á Napoleon; pero no sucedió así. El día 26 de agosto dió las órdenes oportunas en Boloña, con encargo de que no se comunicasen hasta el 27 á las diez de la noche, pues quería poder disponer libremente de todo el día 27, antes de renunciar definitivamente á su gran expedición marítima, debiendo llegar á Hannover el 1.º de setiembre el correo que saliese el 27, para que el mariscal Bernardotte, que ya estaba prevenido de antemano, empezase su movimiento el 2 de setiembre, reuniese sus tropas el 6 en Goettingue y se trasladase el 20 á Wurtzburgo. Además recibió orden de reunir en la plaza fuerte de Hameln la artillería arrebatada á los hannoverianos, toda clase de municiones, los enfermos, los depósitos de su cuerpo de ejército, y una guarnición de seis mil hombres mandada por un oficial dotado de energía y con quien se pudiese contar. Dicha guarnición debía recibir viveres para un año, y si convenia hacer un arreglo con Prusia con respecto á Hannover, las tropas que quedasen en Hameln se reunirían inmediatamente con el cuerpo de Bernardotte, permaneciendo

sino en aquella plaza para defenderla hasta morir, si los ingleses intentaban una expedición por el Weser, cosa que no podía impedir la neutralidad de los prusianos. «Procederé, escribía Napoleon, con la misma celeridad que Federico cuando se dirigía desde Praga á Dresde y Berlin. Pronto acudiré en socorro de los franceses que defiendan mis águilas en Hannover, y rechazaré hasta el Weser á los enemigos que hayan pisado aquel suelo.»—Bernardotte tenía también orden de atravesar los dos Hesses, diciendo á los gobiernos de uno y otro principado que volvía á Francia por Maguncia, de forzar el paso si trataban de impedirselo, y de caminar con dinero en mano, pagando cuanto comprase y observando una disciplina rigurosa.

En la misma noche del 27 de agosto salió un correo con una orden para el general Marmont en que se le mandaba se pusiese en movimiento con veinte mil hombres y cuarenta piezas de artillería bien montadas, y que siguiese las márgenes del Rhin hasta Maguncia, trasladándose por esta ciudad y Francfort á Wurtzburgo. Esta orden debía llegar á Utrech el 30 de agosto, y el general Marmont, que ya había recibido otro aviso, ponerse en movimiento el 1.º de setiembre, llegando á Maguncia el 15 ó 16, y el 18 ó 19 á Wurtzburgo, de suerte que los dos cuerpos, tanto el de Hannover como el de Holanda, debían hallarse en medio de los principados franconianos del elector de Baviera, del 18 al 20 de setiembre, presentando una fuerza de cuarenta mil hombres. En cuanto al elector, como se le había encargado que huyese á Wurtzburgo, si los austriacos le

trataban mal, estaba seguro de encontrar allí asilo para su persona y ejército.

Por último, el 27 por la noche se comunicaron las órdenes á los campamentos de Ambleteuse, Boloña y Montreuil, órdenes que debían empezarse á ejecutar el 29 de agosto por la mañana. El primer día debían ponerse en marcha por tres caminos diferentes las primeras divisiones de cada cuerpo, el segundo día las segundas divisiones, y el tercero las últimas; por manera que se llevaban las unas á las otras veinte y cuatro horas de ventaja, siendo los tres caminos indicados, para el campamento de Ambleteuse: Cassel, Lila, Namur, Lujemburgo, Dos Puentes y Manheim; para el campamento de Boloña: Saint Omer, Donai, Cambrai, Mezieres, Verdun, Metz y Spira; y para el campamento de Montreuil: Arras, la Fere, Reims, Nancy, Saverne y Strasburgo. Como era preciso hacer veinte y cuatro marchas, todo el ejército podía trasladarse al Rhin entre Manheim y Strasburgo, del 24 al 24 de setiembre, lo cual bastaba para que semejante movimiento produjese útiles resultados, pues los austriacos querían guardar alguna medida á fin de sorprender mejor á los franceses, y se habían quedado en el campamento de Wels cerca de Liaz, y no podían entrar en línea contra Napoleon. Además, cuanto mas se internasen hacia el Danubio Alto, tanto mas se acercarian á la frontera de Francia, entre el lago de Constanza y Schaffouse, y tantas mas probabilidades tendria Napoleon de envolverlos. Para que nada faltase, salieron varios oficiales con los fondos necesarios para comprar viveres en los puntos

donde las tropas debían descansar, espidiendo Napoleon órdenes terminantes y reiteradas, como todas las suyas, para que se entregase á cada soldado un capote y dos pares de zapatos.

Firme Napoleon en su propósito de guardar profundo secreto acerca de sus planes, planes que solo confió á Berthier y Mr. Daru, dijo á los que le rodeaban que enviaba treinta mil hombres hacia el Rhin, y esto mismo manifestó por escrito á la mayor parte de sus ministros. Tampoco se mostró franco con Mr. de Marbois, limitándose á mandarle que reuniese en las cajas de Strasburgo todo el dinero que pudiese, lo cual se esplicaba bastante esparciendo la noticia de esos treinta mil hombres que iban á Alsacia. Tambien previno á Mr. Daru que inmediatamente saliese para París, se avistase con Mr. Dejean, ministro del material de la guerra, que dictase de su puño y letra todas las órdenes accesorias que exigia la mutacion de sitio del ejército, y que á nadie participase sus operaciones, llegando á tal punto la prevision de Napoleon que para desorientar mejor al público acerca de sus proyectos, quiso permanecer seis ó siete dias mas en Boloña.

Como todos aquellos cuerpos iban á atravesar la Francia, excepto el del mariscal Bernardotte, que debia pasar en Alemania por un cuerpo destinado á volver á cruzar la frontera, era preciso que hubiesen emprendido la marcha, ó por mejor decir que esta estuviese muy adelantada, para que llegase el aviso á París y de esta capital al extranjero, de suerte que debían pasar muchos dias antes de que el enemigo supiese se habia levantado el campo de Boloña. Por otra parte,

como estos movimientos podían atribuirse al envío de treinta mil hombres al Rhin, envío que nadie ocultaba, en los hombres mas eficaces podía haber duda, y había por lo mismo grandes probabilidades de estar en el Rhin, el Necker ó el Mein cuando se creyese que el ejército se hallaba en las orillas de la Mancha. Al propio tiempo dispuso Napoleon que Murat y sus ayudantes de campo Savary y Bertrand, saliesen para Francoania, Suabia y Baviera con el fin de explorar todos los caminos que iban á desembocar del Rhin al Danubio, y observar la naturaleza de cada uno de ellos, las posiciones militares que por allí hubiese, los medios de subsistencia que presentasen, y en fin todos los puntos convenientes para atravesar el Danubio. Murat debía viajar con nombre supuesto, y así que terminase su exploración regresar á Strasburgo para tomar allí el mando de las primeras columnas que hubiesen llegado al Rhin.

Para que los austriacos ignorasen sus intentos el mayor tiempo posible, encargó ademas Napoleon á Mr. de Talleyrand que retardase la remision del manifiesto destinado para el gabinete de Viena, y que tenia por objeto obligarle á que diese esplicaciones terminantes de su conducta. Por supuesto que estaba convencido de que el Austria contestaria á sus intimaciones con unos cuantos embustes, y en cuanto á probarle á la faz de la Europa que se portaba con no poca falacia, bastábale hacerlo así que empezasen las hostilidades. Por lo demas, comisionó al general Thiard, que se hallaba al servicio de Francia desde la vuelta de los emigrados, para que pasase á

Carlsruhe con el fin de entablar negociaciones y formar alianza con el gran duque de Baden. Iguales ó parecidas ofertas hizo al gobierno de Wurtemberg, alegando que á juzgar por los preparativos que se hacian en Austria, se ocupaba en planes de guerra, pero no diciendo nunca lo dispuesto que él se hallaba á principiarla. Por último, solo comunicó abiertamente sus proyectos al elector de Baviera, príncipe infortunado que vacilando entre el Austria, enemiga suya, y Francia que si bien era su amiga se hallaba mas distante de él que la primera, y acordándose tambien de que á pesar de que en las guerras anteriores habia sufrido desmanes de parte de unos y otros nadie pensó en él en la paz, no sabia á que partido agregarse. Y no porque dejase de comprender que si se unia á Francia, podía agrandar su territorio, sino porque ignoraba que se habia levantado el campo de Boloña, y veía á la nacion francesa en la época de que se trata, enteramente entregada á su lucha contra Inglaterra, importunada por sus aliados de Alemania, y en situacion de no poder prestarles ayuda. Así es que no cesaba de hablar á Mr. Otto de alianza; pero no se atrevia á realizarla, habiendo sido menester que Napoleon tomase parte en el negocio directamente para que variase el estado de las cosas. Escribió, pues, al elector para anunciarle (diciéndole que era un secreto de estado que le confiaba bajo palabra de honor de no revelarlo), que aplazaba por entonces sus proyectos contra Inglaterra, y se ponía en marcha inmediatamente con doscientos mil hombres para el centro de Alemania. «Sereissocorrido á tiempo, le añadía, y cuando la

casa de Austria haya quedado vencida tendrá que formaros un estado de importancia con los restos de su patrimonio.» Napoleon tenia empeño en ganar al elector, porque contaba con veinte y cinco mil hombres bien organizados, y con almacenes en Baviera perfectamente abastecidos, siendo por lo mismo una ventaja importante arrancar á la coalicion esos veinte y cinco mil soldados para utilizarlos en beneficio propio. Por lo demas, el secreto no corria riesgo porque el principe de quien vamos hablando odiaba con todo su corazon á los austriacos, y así que llegara á convenirse de la veracidad del gefe del gobierno francés, se uniria á nuestra nacion de muy buen grado.

Ocupóse Napoleon en seguida del ejército de Italia, disponiendo se uniesen al pié de las murallas de Verona las tropas que andaban diseminadas entre Parma, Génova, el Piamonte y la Lombardia, y quitando el mando de dichas tropas al mariscal Jourdan; pero le trató con las mayores consideraciones, porque le apreciaba, aunque sabia que su carácter no era el mas á propósito para colocarle al nivel de las circunstancias, y que ademas desconocia completamente el pais que se encuentra entre el Pó y los Alpes. Así es que le ofreció lo destinaria al Rhin, donde siempre habia peleado, y ordenó á Massena que partiese sin dilacion alguna, disposicion poco peligrosa, porque aunque se divulgase, llegaria tarde la noticia á Italia, si se tiene en cuenta la distancia que media entre ambos paises.

Luego que terminó todo esto, dedicó el tiempo que aun debia permanecer en Boloña á tomar

por si mismo toda clase de precauciones á fin de poner la flotilla al abrigo de cualquier ataque que intentasen los ingleses, pues era natural pensar que no dejarian de aprovecharse de la marcha del ejército para emprender un desembarque y poner fuego al material hacinado en los astilleros. Napoleon que no renunciaba á volver bien pronto á las costas del Océano, despues de una guerra afortunada, y que no queria por otra parte recibir un ultrage de tanta gravedad como seria el incendio de la flotilla, mandó á los ministros Decrès y Berthier que tomara las precauciones siguientes. Las divisiones de Etaples y Wimereux debian reunirse con las de Boloña situandose todas en el fondeadero de la Liane, fuera del alcance de los proyectiles enemigos; y no pudiendo suceder lo mismo con la flotilla holandesa, que se hallaba en Ambleteuse, se tomaron medidas para que las tropas situadas en Boloña pudiesen acudir á aquel otro punto en dos ó tres horas. Ademas se formaron una redes muy particulares, que atadas á fuertes anclas impedian penetrasen en el fondeadero las máquinas incendiarias que pudiera arrojar el enemigo en forma de cuerpos flotantes.

En cuanto á tropas, quedaron en Boloña tres regimientos completos, incluso el tercer batallón, y doce batallones terceros de los regimientos que salian para Alemania. Los marineros pertenecientes á la flotilla ascendian á quince batallones de á mil hombres cada uno y recibieron fusiles, empezando á ocuparse de su instruccion oficiales de infanteria, para que pudiesen hacer servicio unas veces á bordo de los buques arma-

dos y otras de los que habia varados en el puerto. Las tropas de mar y tierra subian, pues, á treinta y seis batallones, mandadas por generales y un mariscal, Brune, que en 1799 obligó á embarcarse á los rusos é ingleses. Napoleon mandó tambien formar atrincheramientos en tierra al rededor de Boloña, para proteger la flotilla y los inmensos almacenes que habia levantado, y quiso que en cada posicion atrincherada hubiese oficiales escogidos, que permanecieran siempre en un mismo puesto, á fin de que al mismo tiempo que respondiesen de su seguridad, se dedicasen sin intermision á perfeccionar mas y mas su defensa.

En seguida encargó á Mr. Decrés que reuniese á los oficiales de marina, mientras Berthier reuniese á los de ejército, á fin de explicar á unos y otros la importancia del puesto que iba á confiarseles, ofreciéndoles para que no se afligiesen al ver que sus camaradas iban á pelear y ellos á permanecer ociosos, que tambien les llegaria su vez, cabiéndoles la gloria de concurrir á la expedicion de Inglaterra, pues así que Napoleon hubiese castigado al continente por su agresion, volveria á presentarse en las costas de la Mancha, quiza en la primavera siguiente.

Napoleon presenció la salida de todas las divisiones del ejército, siendo imposible pintar la alegría y ardimiento que estas manifestaron cuando supieron que iban á emprender una guerra de importancia. Habiendo como habia cinco años que no peleaban, y dos y medio que esperaban aunque inútilmente la ocasion de pasar á Inglaterra, los soldados aguerridos ni mas ni menos que los

bisofios, comparticipes durante muchos años de un mismo género de vida, amantes de sus oficiales, porque tenian confianza en ellos, entusiastas por el gefe que debia conducirlos á la victoria, con esperanzas de conseguir altos premios bajo un régimen que habia elevado al trono á un soldado afortunado, impregnados en fin en el sentimiento que casi habia sofocado en aquella época todos los demas, esto es, el amor á la gloria, todos, así los ancianos como los jóvenes, ansiaban que estallase la guerra, ávidos de combates, peligros y lejanas expediciones. Vencedores como eran de los austriacos, prusianos y rusos, menospreciaban á todos los soldados de la Europa, y se figuraban que no habia en el mundo ejército capaz de hacerles resistencia; acostumbrados á las fatigas como verdaderas legiones romanas, veian sin espanto los largos caminos que tenian que andar para conquistar el continente, y se ponian en marcha cantando, á voz en grito ¡viva el Emperador! y pidiendo los condujesen cuanto antes á presencia del enemigo. No hay duda en que en aquellos corazones henchidos de valor habia menos pureza de patriotismo que en los soldados de 92; no hay duda en que habia mas ambicion, pero esta ambicion era noble, pues se reducía á querer adquirir gloria y recompensas, á que se habian hecho acreedores, con esa confianza, ese desprecio de los peligros y las dificultades que abriga el soldado destinado á llevar á cabo grandes cosas. Los voluntarios de 92 querian defender á su patria contra una invasion injusta; empero los aguerridos soldados de 1805 querian que fuese la primera potencia del mundo;

sentimientos entre los cuales no cabe diferencia, porque si es bello acudir en defensa del país cuando se halla en peligro, también lo es sacrificarse porque sea grande y glorioso.

Luego que Napoleón vió en marcha al ejército, salió de Bolonia el 2 de setiembre y llegó el 3 á la Malmaison, sin que nadie supiese lo que había resuelto. Creíasele ocupado en sus proyectos contra Inglaterra; solo se hablaba de cuáles podrían ser los intentos del Austria, y se atribuían los movimientos de tropas á que había sido preciso enviar un cuerpo de treinta mil hombres al Rin Alto, para que vigilase á los austriacos.

No conociendo como no conocía el público los hechos con exactitud, é ignorando hasta qué punto había estrechado la intriga inglesa los nudos de una nueva coalición, criticaba á Napoleón por haber apurado la paciencia de Austria, ciñéndose la corona de Italia, reuniendo Génova al imperio, y dando Luca á la princesa Elisa. El pueblo francés continuaba admirando las cualidades del emperador, teniéndose por dichoso de vivir bajo un gobierno tan firme y justo, pero censuraba en él lo que tan bien sabía hacer, esto es el amor á la guerra, pues aunque nadie podía creer tuviese esta malos resultados dirigiéndola un capitán como él, decíase que Austria, Rusia y parte de Alemania se hallaban á sueldo de Inglaterra, y como no sabía si la nueva lucha duraría mucho ó poco, todos se acordaban sin querer de las angustias que produjeron las primeras guerras de la revolución. En una palabra, la confianza podía más que cualquier otro sentimiento; pero no por eso dejábase de oír un leve murmullo de de-

saprobación, que no se escapaba al árbitro de los destinos de la Francia.

Lo que más contribuía á alarmar el espíritu público, era el apuro en que se encontraba el tesoro por diferentes causas. Napoleón había insistido en su proyecto de no contraer empréstitos, como que desde Milan escribió Mr. de Marbois en 18 de mayo de 1805, «Que mientras él viviese no emitiría papel alguno.» Efectivamente todavía duraba el descrédito que produjeron los asignados, los mandatos y todas las emisiones de papel, y por muy poderoso, por muy temido que fuese entonces el emperador de los franceses, no habría podido conseguir aceptasen una renta de 5 francos por un capital de más de 50, lo cual hubiera constituido un empréstito al 10 por 100. Sin embargo, de semejante situación resultaban grandes apuros, porque la nación más rica del mundo no podría sostener las cargas que lleva consigo la guerra, sin gravar al porvenir con parte de ellas.

Ya hemos dado á conocer el estado en que se hallaban los presupuestos: el del año 12, (desde setiembre de 1803, hasta igual mes de 1804), que se calculaba en 700.000.000 (sin contar los gastos de recaudación), subió á 762, de suerte que á pesar de la guerra, creció la prosperidad pública bajo aquel gobierno poderoso y enérgico, hasta el punto de recibir los impuestos un aumento de cerca de 40.000.000. En este aumento de las rentas figuraba el producto del catastro en 48.000.000, y el de aduanas en 16, fallando para llenar el déficit veinte y tantos millones.

El presupuesto de gastos del año 13, (desde setiembre de 1804 hasta el mismo mes de 1805), que terminaba en aquel momento, presentaba un déficit mayor, pues aunque concluidas en parte las obras navales que se habian emprendido, se creyó en un principio que los gastos serian menos, hasta el extremo de calcular que si el presupuesto del año 12 ascendió á 762.000,000 podria saldarse el del año 13 con una cantidad de 684, en los meses transcurridos, hasta alli habia habido un gasto mensual de cerca de 60.000,000, lo cual indicaba que el de todo el año seria, siguiendo igual proporcion, de 720.

Contábase para hacer frente á él con los impuestos y recursos extraordinarios; y efectivamente los impuestos, que producian 500.000,000 en 1801, habian ascendido, gracias únicamente al buen estado de las fortunas, y sin que hubiese habido alteracion alguna en las tarifas, á 560.000,000. Las contribuciones indirectas, que hacia poco se habian establecido, dieron unos 25.000,000 y los regalos voluntarios de las municipalidades y departamentos, convertidos en céntimos adicionales, llegaban á otros 20.000,000 poco mas ó menos, de modo que la renta permanente era de 600.000,000, necesitando 120 para completar el presupuesto del año 13. Parte debia cubrirse con el subsidio italiano de 22.000,000; pero el español que ascendia á 48, habia cesado en diciembre de 1804, de resultas de la brutal declaracion de guerra que Inglaterra hizo á España, porque esta nacion empezó desde entonces á prestar servicios á la causa comun con sus escuadras, y no podia darnos dinero. Los fondos americanos, sa-

cados de la Luisiana, se habian consumido, habiendo sido, pues, menester á falta de estos recursos, añadir al subsidio italiano de 22.000,000, una cantidad de 36 en nuevas fianzas, especie de empréstito cuyo mecanismo hemos explicado en otra parte; luego enagenar bienes nacionales por valor de 20.000,000, y por último, realizar algunos adelantos hechos al Piamonte y que subian á 6.000,000. Todas estas partidas, y lo recaudado por los impuestos ordinarios, ascendian á 684.000,000, resultando de consiguiente un déficit de 36 á 40 para reunir los 720.

Habia pues, un atraso de 20.000,000 en el presupuesto del año 12, y 40 en el del 13, y como si esto no fuese bastante, no siendo tan perfecto como en el día el sistema de contabilidad, no habia podido descubrirse hasta entonces que ciertos gastos no se habian satisfecho, y que en las partidas de ingresos figuraban algunas no recaudadas que se referian á los presupuestos de los años anteriores, lo cual constituia un cargo de mas de 20.000,000. Sumando estos diversos déficits, es decir, 20.000,000 por el año 12, 40 por el 13, y 20 por los descubrimientos recientemente hechos, podia valuarse en cerca de 800.000,000 el atraso que empezaba á espermentarse desde que se renovó la guerra.

Habianse empleado diferentes medios para remediar esto, tomando dinero á préstamo de la caja de amortizacion, á la cual debia pagarse á razon de 5.000,000 al año, las fianzas á que habia sido preciso recurrir: ademas debia percibir 10.000,000 al año para pago de los 70 á que subia el valor de los bienes nacionales que por una

ley del año 12, se le habian concedido en compensacion del aumento que se notaba en la deuda pública; pero ninguna de estas dos cantidades se le entregaron. Es verdad que el gobierno le habia dado en fianza bienes nacionales y que ella no era un acreedor muy exigente, y tan no lo era que el tesoro le debia á fines del año 13 (en setiembre de 1805) unos 30.000,000.

A algunos otros recursos apeló el gobierno, perfeccionando cada vez mas las operaciones del tesoro, de suerte que si el estado no inspiraba en general gran confianza bajo el aspecto rentístico, ciertos empleados de hacienda la inspiraban y mucho, en el desempeño de sus destinos. Así es que el cajero central del tesoro, establecido en París y que corria con el giro de fondos entre la capital y las provincias, espedia contra él mismo ó los empleados corresponsales suyos, recibos de ajustes que nunca dejaban de pagarse con la mayor puntualidad en medio de aquellos apuros, llegando á poner en circulacion aquella especie de banco hasta 15.000,000 en recibos que el comercio aceptaba como dinero contante.

Por último, una mejora efectiva introducida en las operaciones de los recaudadores generales, proporcionó un recurso casi igual. Respecto á las contribuciones directas, como gravitaban sobre las tierras y propiedades urbanas, cuyo valor se sabia de antemano, y se consideraba como una renta al vencimiento del plazo, hacia el gobierno que aquellos empleados responsables firmasen créditos pagaderos todos los meses, con el título tantas veces repetido de *Obligaciones de los recaudadores generales*. En cuanto á las contribuciones indirec-

tas, en cuyo pago no hay regularidad, pues este se vá verificando á medida que se consume, ó se celebran las transacciones sobre que gravitan, se esperaba á que se hubiese realizado el producto, para girar contra los recaudadores generales créditos llamados *Bonos á la vista*, por manera que disfrutaban parte de los fondos del estado por espacio casi de veinte y cinco dias. Además, se dispuso que en lo sucesivo espudiese el tesoro contra ellos todos los meses mandatos por las dos terceras partes de la suma conocida á que ascendian las contribuciones indirectas (190.000,000), debiendo conservar la otra tercera parte para hacer frente á la alteracion de entradas, é ingresar despues en el tesoro por medio de los antiguos *Bonos á la vista*, de todo lo cual resultaba que este ingreso tan pronto de parte de los fondos del estado, equivalia á un auxilio de unos 15.000,000.

De este modo tomando dinero á préstamo de la caja de amortizacion; creando los recibos del cajero central del tesoro, y acelerando ciertas entradas, halló el gobierno recursos que ascendian á unos 60.000,000; pero como el déficit era de 80 á 90, aun debian faltar unos 30. Hasta allí se habia salido del paso, retrasando el pago de los contratistas, es decir, con la famosa compañía titulada *Reunion de comerciantes*, cuyos suministros no se pagaban puntualmente, y descontando anticipadamente de las *obligaciones de los recaudadores generales* una cantidad mayor de lo que se debía.

A Napoleon, que no queria engolfarse demasiado en el mar de los atrasos, se le ocur-

rió mientras se hallaba en Italia, una operacion que segun sus cálculos nada tenia de comun con una emision de papel. De los 300 á 400.000.000 en bienes nacionales que habia en 1800, nada quedaba en 1805, no porquese hubiesen enagenado todos, sino al contrario, porque con el fin de conservarlos, el gobierno los habia dado por via de dotacion á la Caja de Amortizacion, el Senado, la Legion de Honor, los Inválidos y la Instruccion pública. En cuanto á la pequeña porcion que todavia figuraba en los presupuestos, pertenecia á la Caja de Amortizacion en pago de lo que se le debia y no se le pagaba. Napoleon pensó en quitar á la Legion de Honor y el Senado los bienes nacionales que les habia concedido, dándoles en cambio rentas, y disponer de ellos para hacer una operacion con los contratistas, y efectivamente entregó rentas al Senado y la Legion de Honor en lugar de los bienes inmuebles que poseian, compensando la diferencia que resultaba entre el valor de las unas y los otros con dar 1,750 francos en renta por cada 1.000 francos en tierras. De este modo el Senado y la Legion de Honor adquirieron un aumento de dotacion anual, recobrando en seguida los bienes nacionales y empezando á entregarlos á los contratistas, en el precio que se estipuló. Obligados estos á tomar dinero prestado de ciertos capitalistas, hallaban en las propiedades rústicas y urbanas que recibian una prenda que les daba crédito en la plaza, y se hacian con fondos para continuar sus negocios. La Caja de Amortizacion fué la que se encargó de realizar todas estas operaciones, y tomó sobre las rentas rescatadas la cantidad necesaria

para indemnizar al Senado y la Legion de Honor, debiendo indemnizarla á su vez el estado por la renta de que acababa de desprenderse creando una suma tambien en renta equivalente á la misma. Tales fueron los medios de que se valió el gobierno, medios legitimos, como por ejemplo las mejoras introducidas en el sistema de hacienda y otros sensibles, como la tardanza en el pago á los contratistas y la adquisicion de bienes que ya habia dado, tales son los medios, decimos, de que se valió para hacer frente al déficit que resultó en dos años. Si hubiese sido en nuestro tiempo, con la deuda flotante, deuda que se paga con los *bonos reales*, soportariamos una carga cuatro ó cinco veces mas importante.

Todos estos apuros hubiesen sido momentáneos, á ser mejor la situacion comercial; pero no sucedia así, pues creyendo los comerciantes franceses en 1802, que duraría la paz maritima, emprendieron operaciones de importancia, haciendo expediciones á todos los paises, y de resultados de la violenta conducta de Inglaterra, que sin declarararnos la guerra empezó á perseguir nuestro pabellon, habia sufrido pérdidas inmensas. Muchas casas habian ocultado sus apuros, y resignándose á grandes sacrificios, ayudándose unas á otras con su crédito, soportaron el primer golpe; mas el nuevo sacudimiento que iba á resultar de la guerra continental, debia acabar de arruinarles. Ya empezaban las quiebras en las principales plazas de comercio, produciendo en ellas un desorden general, situacion que agravaba otra causa no pequeña: desde que cayeron los asignados, aunque al momento volvió á apa-

recer el metálico, no era bastante por un motivo fácil de comprender. El papel moneda, por muy desacreditado que estuviere desde el primer día de su emisión, había hecho no obstante veces de metálico en parte de cambio, espulsado de Francia parte de las especies metálicas, no habiendo durado bastante la prosperidad pública, repentinamente restaurada en tiempo del Consulado, para que volviesen al país el oro y la plata que de él habían salido. Faltaba, pues, en todos los negocios, y uno de los apuros más grandes del comercio en aquella época era este; como que el Banco de Francia, que se había desarrollado con rapidez, porque contaba por medio de sus billetes perfectamente acreditados, con un suplemento en metálico, se afanaba por mantener en sus arcas una reserva metálica proporcionada á los billetes que tenía en circulación, y le costaba sumo trabajo el conseguirlo. Bajo este aspecto hizo laudables esfuerzos y sacó de España una suma enorme de pesetas; pero desgraciadamente había entonces abierto un camino por donde salía tanto metálico como entraba, y este camino no era otro que el pago de géneros coloniales. En otro tiempo, es decir en 1788 y 1789, cuando éramos poseedores de la isla de Santo Domingo, Francia sacaba de sus colonias en azúcar, café y otros productos coloniales, hasta 220.000.000 de francos al año, de los cuales consumía 70 ú 80, esportando 150, particularmente bajo la forma de azúcar refinada. Todo el que calcule, pues, la diferencia que hay entre los valores de aquellos tiempos y los nuestros, diferencia que llega á un doble cuando menos, conocerá lo inmensamente

secundo que debía de ser el manantial entonces agotado, y que era preciso ir á buscar á otra parte, y aun recibir de manos de nuestros mismos enemigos los géneros coloniales que vendíamos á toda la Europa veinte años antes. Gran parte de nuestro metálico salía para Hamburgo, Amsterdam, Génova, Liorna, Venecia y Trieste, para pagar los azúcares y cafés que los ingleses introducían en aquellos mercados por medio del comercio libre ó del contrabando, de suerte que se enviaba á Italia mucho más de los 22.000.000 que nos pagaba, y todos los comerciantes de aquel tiempo se quejaban de semejante estado de cosas, ocupándose todos los días en el Banco de este asunto los hombres de negocios más ilustrados de Francia.

España era el país á que toda Europa tenía la costumbre de pedir metales, España, nación célebre á que dió Colon siglos de una ociosidad tan rica como fatal, abriéndole las minas de América, y que había ido atrasándose á fuerza de ignorancia y desorden. Las desgracias de la guerra, juntas á un mal gobierno, la habían convertido en el país más apurado del mundo y presentaba á los ojos de los demás el espectáculo siempre triste del rico reducido á la miseria. Hacían falta las carabelas, apresadas por la marina inglesa, no solo á España, sino á toda Europa, pues aunque estaba prohibida la extracción de pesetas en la Península, Francia las sacaba por medio del contrabando, gracias á lo contiguos que se hallan ambos reinos, y muchas veces los países inmediatos se hacían con ellas en Francia por el mismo medio. Este comercio ilícito era tan es-

tenso como cualquier otro permitido; pero en aquella época habia venido á menos por la interrupcion que se esperimentaba en la llegada de dinero de América, siendo lo mas singular que tambien se resentia Inglaterra de semejante contratiempo, sufriendo las privaciones que causaba á las demas, porque estaba acostumbrada á sacar recursos en Francia y España. El dinero que iba amontonándose en los sótanos de los vireyes españoles de Méjico y el Perú, no llegaba ya ni á Cadiz, ni á Bayona, ni á Paris ni á Londres, y la Inglaterra se veia falta de metales con que subvenir á todas las necesidades, pero sobre todo con que pagar á la coaliccion europea, pues los géneros coloniales y las mercancías que suministraba ora á Rusia, ora á Austria, no eran suficientes para cubrir los subsidios que se habia comprometido á proporcionarles. El mismo Mr. Pitt alegó esta razon para negar á las potencias coligadas parte de las cantidades que exigian y despues de dar casi por nada masas enormes de azúcar y café, el gabinete británico enviaba á los coligados en vez de dinero billetes del banco de Inglaterra, habiéndose encontrado algunos en poder de oficiales austriacos.

Tales eran las causas principales de los apuros comerciales y rentísticos; pero si la compañía titulada *Reunion de comerciantes*, que era la que entonces hacia todos los negocios del tesoro, como suministro de viveres, y descuento de las obligaciones, así como del subsidio español, se hubiese limitado á las operaciones de que estaba encargada, aunque con trabajo hubiera podido sufrir la carga. Ya no encontraba á quien descon-

tar á un $\frac{1}{2}$ por 100 al mes (6 por 100 al año) las obligaciones de los recaudadores generales, y gracias que hubiese capitalistas que se las descontasen á ella á $\frac{3}{4}$ por 100 al mes (9 por 100 al año), lo cual la esponia á una pérdida enorme. No obstante, transigiendo el tesoro con ella, y dándole una indemnizacion por la usura que egercian los capitalistas, hubiera podido facilitarle medios para que siguiese en sus negocios; pero Mr. Ouvrard, que era su principal director, habia cimentado sobre semejante situacion un plan inmenso, muy ingenioso seguramente y aun ventajosísimo, si el plan á que aludimos hubiese reunido al mérito de la invencion el mérito mas necesario aun de la esactitud en los cálculos. Ya hemos visto que los tres contratistas que formaban la compañía titulada *Reunion de comerciantes* se repartieron los papeles que debian desempeñar, encargándose del descuento de los valores del tesoro Mr. Desprez, dependiente que fué del cajero y que se habia enriquecido con extraordinaria habilidad comerciando en papel: Mr. Vanlerberghe, hombre muy entendido en el comercio de trigo, estaba encargado en el suministro de viveres, y Mr. Ouvrard, que era el mas osado de los tres y el mas fértil en recursos, reservó para sí las grandes especulaciones. Habiendo, pues, aceptado de Francia los valores con que España pagaba su subsidio, y prometido descontarlos, lo cual habia gustado infinito á Mr. de Marbois, se le ocurrió la idea de entablar relaciones de interés con España, esa soberana de Méjico y el Perú, de cuyas manos salian los metales, objeto de la ambicion universal, y se trasladó con tal objeto á Madrid, donde halló una

córte entristecida con la guerra, la fiebre amarilla, una carestia espantosa, y las exigencias de Napoleon, á quien era en deber no poco. Nada de esto sorprendió al parecer á Mr. Ouvrard, y así como habia encantado á Mr. de Marbois proporcionándole recursos que él no sabia explotar, tambien encantó con su trato franco y amable á los ancianos que reinaban en el Escorial. Así es que desde luego ofreció pagar el subsidio que se debia á Francia por el resto de 1803 y todo el año de 1804, lo cual era un alivio que llegaba muy á propósito, luego dió algunos auxilios inmediatos en dinero, que hacia suma falta en aquella córte, y se encargó ademas de hacer que llegase trigo á los puertos de España, proporcionando á las escuadras españolas los víveres de que carecian, servicios que fueron acogidos con las mayores muestras de gratitud. Hecho esto, escribió Mr. Ouvrard sin detencion á Paris, y por intermision de Marbois, con cuyo favor contaba, consiguió el permiso, que por lo regular se negaba á todo el que lo pedia, de enviar á España algunos cargamentos de trigo, con lo cual puso término al estancamiento de granos que habia en los puertos de la península, y desterrando la carestia, que consistia mas bien que en la falta de cereales en la subida falsa de los precios, alivió como por encanto la miseria del pueblo español, no necesitando tanto para atraerse el afecto y la admiración de los gobernantes de España, poco previsores ciertamente.

Cualquiera preguntará con qué recursos podia pagar la córte de Madrid á Mr. Ouvrard los servicios que le estaba prestando; pero tenia un

medio muy sencillo de hacerlo. Mr. Ouvrard queria que le comisionasen para estraer pesetas de Méjico, y efectivamente consiguió el privilegio de sacarlas de las colonias españolas al precio de 3 francos y 75 céntimos, mientras en Francia, Holanda y España valian 5 francos cuando menos, de suerte que si Mr. Ouvrard lograba burlar la vigilancia de los cruceros ingleses y trasladar del Nuevo Mundo al antiguo esos metales de tanto valor, aunque la ganancia que iba á realizar era extraordinaria, la merecia seguramente. En cuanto á España, semejante á los hijos de familia ociosos y pródigos que no reparan á que costa rescatan su prodigalidad con tal que sus tutores ó administradores les den dinero, sucumbiendo como estaba á punto de sucumbir, bajo el peso de la miseria, creia era una fortuna para ella poder realizar las tres cuartas partes de sus riquezas con perdida de la otra cuarta parte.

¿Pero cómo se sacaban estas pesetas á pesar de Mr. Pitt y las escuadras inglesas? Grande era la dificultad; pero Mr. Ouvrard, que no se intimidaba por ella ni por otras, pensó en valerse nada menos que del mismo Mr. Pitt por medio de una combinacion sumamente particular. Habia casas holandesas, y especialmente la de Mr. Hope, que se hallaban establecidas al propio tiempo que en Holanda en Inglaterra, y concibió la idea de venderles pesetas españolas á un precio que todavia aseguraba á su compañía una ganancia de consideracion, debiendo dichas casas conseguir que Mr. Pitt las dejase venir de Méjico. Y esto porque como el ministro inglés las necesitaba por su propia cuenta, no era imposible suponer que llevado

del deseo de adquirirlas, dejase pasar cierta cantidad, por mas que supiese debia compartirla con sus enemigos. Este era, pues, una especie de contrato tácito, en el cual mediaban las casas holandesas asociadas á las inglesas, viniendo á probar mas tarde la esperiencia que semejante contrato era realizable si no en todo en parte. Tambien se le ocurrió á Mr. Ouvrard valerse de las casas americanas, las cuales podian, gracias á su delegacion y al pabellon neutral, ir á buscar pesetas á las colonias españolas para traerlas á Europa; pero la cuestion consistia en saber cuántas pesetas dejaria pasar Mr. Pitt, y las que podrian transportar los americanos á favor de su neutralidad. Si hubiese habido tiempo, se habria realizado la especulacion de que vamos hablando, especulacion sumamente ventajosa entonces para Francia y España, y mucho mas para la compañía, á la cual hubiera dado ganancias abundantes y licitas; pero por desgracia eran sumamente apremiantes las necesidades, y urgente acudir á su remedio. Además de los 80 á 90.000.000 de atrasos á que tenia que hacer frente el tesoro francés con los recursos que inventase, debia á la compañía que llevaba por titulo *Reunion de comerciantes* 30.000.000 que le iba pagando con bienes inmuebles, carga que aquella tenia que sufrir. Además debia proporcionar á ese mismo tesoro francés el valor de un año por lo menos del subsidio español es decir 40 á 50.000.000, descontarle las *obligaciones de los recaudadores generales*, y por último pagar el trigo enviado á los puertos de la península, y los víveres suministrados á las escuadras españolas, situacion que no permitia aguardar el éxito que

pudiesen tener especulaciones arriesgadas y lejanas. Hasta que no se verificara el plan de Mr. Ouvrard, tenia que vivir la compañía de recursos improvisados, y así lo hizo tomando dinero á préstamo sobre los bienes inmuebles que recibia en pago: además consiguió, gracias á lo complaciente que era Mr. de Marbois, apoderarse casi del todo de las operaciones del tesoro, del cual sacaba á manos llenas *obligaciones de los recaudadores generales* para darlas en prenda á capitalistas que le facilitaban dinero con no poca usura. Tambien hizo que el Banco de Francia, que llevado de la intimidacion que tenia con el gobierno á nada se negaba que pudiese redundar en beneficio público, descontase parte de aquellas mismas *obligaciones*, recibiendo la compañía el valor de estos descuentos en billetes de banco, por manera que salia del paso emitiendo cada vez mas billetes; pero como la reserva metálica no se aumentaba á proporcion de la masa de billetes que se ponía en circulacion, resultaba el peligro de que fuese el Banco bien pronto el que en la realidad tuviese que sufrir el peso de los apuros de todos. Así es que no faltó quien elevase su voz en el seno del Consejo de Regencia, pidiendo se pudiese fin á los ausilios que concedian á Mr. Desprez, representante de la compañía titulada *Reunion de comerciantes*; pero otros menos prudentes si mas patrióticos, y Mr. Perregaux sobre todo, se declararon en contra de semejante proposicion consiguiendo se facilitasen á Mr. Desprez los ausilios que reclamaba.

El tesoro francés, el español y la compañía denominada *Reunion de comerciantes*, cuyas ope-

raciones se daban la mano, hacian lo que las casas atrasadas, que se prestan mutuamente su firma, ayudándose unas á otras con un crédito que no tienen. Empero preciso es que conozeamos que el tesoro francés era el que menos apuros tenia, y estaba espuesto á sufrir y mucho con semejante mancomunidad de negocios, porque en el fondo únicamente con sus recursos, es decir, con las *obligaciones de los recaudadores generales* descontadas por el Banco, se hacia frente á todas las necesidades, y se mantenía á los ejércitos españoles ni mas ni menos que á los ejércitos franceses. A esto hay que añadir que no se conocia abiertamente el estado de aquellas operaciones, y que los socios de Mr. Ouvrard, cuyos compromisos con él nunca se han definido bien, aunque dieron margen á graves litigios, no sabian hasta donde llegaba la carga que iba á pesar sobre ellos, sin embargo, viéndose apurados Hamaban en su auxilio á Mr. Ouvrard, y consiguieron que Mr. de Marbois le mandase volver inmediatamente á Paris. Por lo que hace al ministro nombrado, no era capaz de juzgar por sí mismo toda la importancia que lleva consigo el manejar vastos fondos, y engañado por un comisionado infiel, no sospechaba hasta que punto era dueña la compañía de los recursos del tesoro. Ni aun el mismo Napoleón, cuya infatigable vigilancia se estendia á todo, penetraba la verdadera causa de los apuros y alarma que empezaba á sentirse, porque solo veia en los presupuestos un deficit efectivo de 60.000.000 poco mas ó menos, que podia llenarse con bienes nacionales y otros diferentes recursos é ignoraba la confusion que se habia introducido

entre las operaciones del tesoro y las de la compañía. Asi es que atribuia los apuros que se sentian en todas partes á las especulaciones fraudulentas del comercio francés y á la usura que procuraban egercer los poseedores de capitales, y se quejaba de los hombres de negocios como solia hacerlo de los ideólogos cuando encontraba ideas que contrariaban las suyas. Sea lo que fuere, lo cierto es que no queriendo que aquel estado de cosas fuese un pretexto para no cumplir sus órdenes pidió 12.000.000 en especies desde Strasburgo, y los pidió con tanto imperio que fué preciso recurrir á los medios mas extremos para ver de encontrarlos. Otros 40.000.000 exigió en Italia, y la compañía tuvo que comprarlos en Hamburgo, y hacer que para llegar á Milan tanto en plata como en oro, atravesasen el Rhin y los Alpes. Bien es verdad, por otra parte, que Napoleon contaba con haber dado tales golpes antes de que transcurriesen quince ó veinte dias, que para entonces cesarian todos los apuros; como que decia que le bastaban quince dias para derrotar á los rusos, á los austriacos y á los jugadores á la baja.

Así que consiguió que el tesoro le facilitase estos recursos, tuviese ó no que recurrir para ello á medios desacertados, se ocupó en lo concerniente á la conscripcion y en organizar la reserva. El contingente anual se dividia entonces en dos mitades de á treintamil hombres cada una; la primera destinada al servicio activo, y la segunda á permanecer en sus casas, pero con la obligacion de acudir á las armas cuando lo dispusiese el gobierno. Quedaba, pues, gran parte

del contingente de los años IX, X, XI, XII y XIII, siendo todos los que lo formaban hombres de una edad proporcionada para el servicio, y de que podia disponer el gobierno por un simple decreto, como así lo hizo; pero además Napoleón pidió anticipada la quinta del año 14, incluso los individuos que debían cumplir la edad requerida, desde 23 de setiembre de 1805 á igual fecha de 1806; y como para 1.º de enero siguiente debía regir de nuevo el calendario gregoriano, mandó agregar á aquella quinta los hombres que cumpliesen la edad fijada en la ley desde 23 de setiembre hasta 31 de diciembre de 1806. Es decir que resolvió estuviesen comprendidos en sólo una quinta que abrazaba quince meses, todos los conscriptos que debían serlo por la ley desde el mes de setiembre de 1805 hasta diciembre de 1806, medida que le daba un contingente de ochenta mil hombres, los últimos de los cuales no contarían veinte años cumplidos. Empero no era su propósito dedicarlos en seguida al servicio de campaña, sino irlos preparando para la guerra, embebiéndolos en los terceros batallones que componían el depósito de cada regimiento, á fin de que teniendo un año ó dos para instruirse y adquirir fuerzas, fuesen al cabo de quince ó diez y ocho meses, excelentes soldados, casi tan bien formados como los del campamento de Boloña. Esta era una combinacion buena para la salud de los hombres y su instruccion militar, porque el quinto de veinte años que entra inmediatamente en campaña, no tarda en acabar su vida en el hospital; pero esta combinacion solo puede realizarla un gobierno que teniendo un

ejército bien organizado que presentar al enemigo, solo necesitaba el contingente anual á titulo de reserva.

No estando reunido el Cuerpo legislativo, era preciso perder tiempo para convocarle, y Napoleón no consintió en semejante tardanza, antes por el contrario se le ocurrió dirigirse al Senado, fundándose para ello en dos motivos: el primero en lo irregular que era un contingente que comprendía mas de doce meses y algunos quintos de veinte años no cumplidos; y el segundo lo urgente de las circunstancias. El obrar de este modo era ilegal, porque el Senado no podia conceder contribuciones de dinero ni de sangre, siendo otras sus atribuciones, pues se reducian á impedir la promulgacion de leyes anti-constitucionales, suplir las disposiciones que no contuviese la constitucion, y procurar que el gobierno no cometiese actos arbitrarios. El Cuerpo legislativo era el que concedía hombres y dinero, de suerte que Napoleón hizo mal en infringir una constitucion, ya tan flexible, porque el mirar con tanto descuido la observancia en las formas, era lo mismo que hacerla ilusoria. Además, tampoco era bueno violar las facultades del Senado, porque siempre habia que acudir á él en los casos árdulos, y era indicar sobrado á las claras que el gefe del gobierno contaba con su docilidad mucho mas que con la del Cuerpo legislativo. Todas estas observaciones las hizo el archicanciller Cambaceres que no estaba por los abusos de poder cuando no eran necesarios, y sostuvo que por lo menos debía concederse al Senado, aunque no fuese mas que para salvar las fórmulas, la facultad de faci-

litar contingentes; pero Napoleon, si bien no desconocia las miras de prudencia, las dejaba para mejor tiempo cuando las circunstancias apremiaban, y así no quiso ni sentar una regla general, ni retardar el pedido del contingente. En su consecuencia, mandó preparar para el alistamiento de los quintos de 1806 un senado-consulto fundado en dos consideraciones extraordinarias: la irregularidad del contingente, repetimos, que abrazaba mas de un año, y lo urgente de las circunstancias que no permitian aguardar á que se reuniese el Cuerpo legislativo.

Tambien pensó recurrir á los guardias nacionales establecidos con arreglo á las leyes de 1790, 1791 y 1795, pues aunque aquella tercera coalicion tenia todos los caractéres de las dos primeras, aunque los tiempos habian cambiado y la Europa no miraba con tanto ceño los principios de la Francia como su engrandecimiento, creía que la nacion debia acudir en auxilio de su gobierno con tanta energia y unanimidad como antiguamente. Ya no podia esperar el mismo ardimiento, porque no existia el entusiasmo revolucionario de entonces; pero podia contar con que obedecerian ciegamente lo dispuesto en las leyes todos los ciudadanos, y que el honor seria el que guiase á los hombres llamados á tomar las armas. Dispuso pues que se reorganizase la guardia nacional, pero de modo que fuese mas obediente y militar, para lo cual preparó otro senado-consulto en que se le autorizaba para arreglar la organizacion por medio de decretos imperiales; y como complemento, resolvió nombrar por sí los oficiales, y reunir en las compañías de cazadores y

granaderos los jóvenes mas belicosos de la poblacion, para que tomase parte en la defensa de las plazas fuertes y acudiese á ciertos puntos amenazados, como, por ejemplo, Boloña, Amberes y la Vendée.

Con todos estos elementos hizo lo siguiente: cerca de doscientos mil hombres debian marchar á Alemania, setenta mil defender á Italia, y guarnecer á Boloña veinte y un batallones de infanteria y mas de quince batallones de marina. Ya hemos visto que se componian los regimientos de tres batallones, dos de guerra y uno de depósito, estando encargado este último de recibir á los soldados enfermos ó convalecientes é instruir á los quintos: en Boloña habia ya cierto número de terceros batallones, y todos los demas pasaron á Maguncia y Strasburgo, siendo estos tres los puntos á que se destinó el resto que quedaba del contingente de los años IX, X, XI, XII y XIII, y los ochenta mil hombres de la quinta de 1806. Embebidos allí en los terceros batallones, debian egercitarse en el manejo de las armas y adquirir fuerzas, yendo mas tarde los de mayor edad, así que estuviesen formados y organizados en cuerpos de marcha, á cubrir las bajas que la guerra hubiese causado en las filas del ejército. Esta reserva ascendia cuando menos á ciento cincuenta mil hombres que debian guardar la frontera, y mantener completos los cuerpos, mientras la guardia nacional se organizaba en el Norte y el Oeste para acudir en defensa de las costas, y trasladarse sobre todo á Boloña ó Amberes, si los ingleses intentaban poner fuego á la flotilla, ó destruir los astilleros levantados en el Escalda. El mando de las tropas

de Boloña lo tenia ya el mariscal Brune, el de Maguncia se dió al mariscal Lefebvre y el de Strasburgo al mariscal Kellermann, nombramientos que atestiguaban el tacto esquisito de Napoleón, pues el mariscal Brune habia adquirido gran reputación por haber rechazado en 1799 el desembarco que intentaban hacer los rusos é ingleses, y en cuanto á los mariscales Lefebvre y Kellermann, militares que habian recibido en premio de sus servicios una plaza en el Senado, y los honores de mariscal, eran muy á propósito para cuidar de la organizacion de la reserva, mientras sus compañeros de armas, como mas jóvenes, tomaban parte en la guerra activa. De este modo tambien se derogaba una ley que prohibia á los senadores desempeñar cargos públicos, y que no gustaba al Senado, siendo tanto mas hábil la derogacion cuanto que era para que algunos individuos de aquel cuerpo se pusiesen al frente de los defensores de la nacion.

Tomadas todas estas disposiciones, Napoleón dió cuenta al Senado de las medidas que acabamos de enumerar, y lo hizo por sí mismo en una sesion imperial que se celebró en Luxemburgo el dia 23 de setiembre, hablando en términos precisos y enérgicos de la guerra continental que habia ido á sorprenderle cuando mas ocupado se hallaba en la expedicion a Inglaterra, de las esplicaciones que habia pedido al Austria, de las respuestas ambiguas que esta potencia le habia dado, y de sus embustes, demostrados ya, puesto que sus ejércitos habian pasado el Inn el 8 de setiembre, precisamente en el mismo momento en que mayores protestas hacia de su amor á la paz.

Para mejor conseguir su objeto apeló á los buenos sentimientos de la Francia y prometió que pronto destruiria la coalicion, palabras que fueron acogidas por los senadores con muestras de aprobacion, aunque allá en el fondo de su corazón atribuian la nueva guerra continental á las medidas tomadas en Italia acerca de la reunion de Estados. En las calles por donde pasó la comitiva imperial para trasladarse de Luxemburgo a las Tullerías, comprimido por los sufrimientos el entusiasmo popular, no fué tan espresivo como de costumbre, y Napoleón lo conoció, picándose por ello y mostrándose algun tanto enfadado con el archi-canciller Cambaceres, porque creia que el pueblo de París no le trataba con justicia. Sin embargo, tomó al parecer su partido en la esperanza de que pronto le acogerian con gritos de entusiasmo, mayores y mas sinceros que los que tanto habian resonado en sus oídos, y lijó su pensamiento, que no habia tenido tiempo de ocupar en un mismo asunto, en los sucesos que se preparaban en el Danubio. Urgiendo su marcha, organizó el gobierno que debia regir los destinos de la Francia durante su ausencia, dando á su hermano José la presidencia del Senado, y encargando á Luis que se ocupara en clase de condestable en el alistamiento para las quintas y la formacion de la guardia nacional, mientras el canciller Cambaceres egercia las veces de presidente del Consejo de Estado. Por lo demas, todos los asuntos debian tratarse en un Consejo, compuesto de los ministros y los grandes dignatarios y presidido por el gran elector José, disponiendo Napoleón que todos los dias se le enviase un cor-

reo extraordinario con un parte acerca de cada asunto en particular, y el dictámen de Cambaces. Al ver esto el archi-canciller, temió que José Bonaparte, como presidente que era del Consejo de gobierno, se resintiese de que á otro se le dieran las facultades de fiscal supremo, y así lo manifestó á Napoleon; pero este le interrumpió diciéndole que no pensaba contemplar la vanidad de nadie hasta el extremo de privarse de las luces de un hombre á quien tenia en mucho, é insistió en su propósito, así como de que sus resoluciones irian á Paris á continuacion del informe estendido por el archi-canciller. Solo en los casos urgentes estaba autorizado el Consejo, para anticiparse á la voluntad del emperador y dar órdenes, que los ministros debian cumplir bajo su mas estrecha responsabilidad, de suerte que Napoleon reservó para sí el derecho de resolver en todo y por todo, y convirtió al archi-canciller Cambaces en una especie de regente por todo el tiempo que él estuviera distante del centro del imperio.

Todos cuantos le rodeaban le vieron partir con sentimiento, porque aun no se sabia hasta donde llegaba su genio, y si podria ó no abreviar la guerra, temiendo todos no fuese larga y sangrienta; además de que era difícil calcular qué suerte cabria á Francia si la bala que atravesó el pecho á Turena é hirió en la frente á Carlos XII, iba á quitar la vida al hombre que se hallaba al frente de la nacion. Esto sin perjuicio de que los que vivian á su lado le profesaban no poco cariño á pesar de su carácter impetuoso y violento, motivo entre otros para que le viesen alejarse con

profundo pesar. La emperatriz, cuya ternura iba en aumento á medida que eran mayores sus temores de que se disolviese aquel matrimonio, le acompañó hasta Strasburgo, y se llevó consigo al mariscal Berthier, no sin dejar órden á Mr. de Talleyrand para que siguiese al cuartel general á alguna distancia con varios empleados.

El 24 salió Napoleon de Paris y el 26 llegó á Strasburgo, cuando ya se hallaban, con gran asombro de la Europa, en el centro de la Alemania, esto es, en las orillas del Mein, el Necker y el Rhin, las tropas que veinte dias antes estaban acampadas en las playas del Océano. Jamás se ha realizado en tiempo alguno una marcha con mayor sigilo y celeridad: en todas partes se veian las cabezas de las columnas, en Wurtzburgo, Maguncia y Strasburgo; la alegría de los soldados rayaba en delirio, y así que divisaban á Napoleon, prorumpian en gritos mil veces repetidos de *viva el emperador!* Aquella multitud innumerable de tropas de infanteria, artilleria y caballeria reunidas de pronto; aquellos convoyes de viveres y municiones formados de prisa y corriendo; aquellas largas filas de caballos comprados en Suiza y Suabia; todos aquellos movimientos, por último, de un ejército á quien no esperaban algunos dias antes, y que habia aparecido allí de repente, ofrecian un espectáculo que no tiene igual, realizado mas y mas con la presencia de una corte militar severa y brillante á un mismo tiempo, y con una concurrencia inmensa de curiosos que acudían deseosos de ver partir para la guerra al emperador de los franceses.

La coalicion por su parte no se habia descui-

dado, pero no estaba tan bien preparada como Napoleón, y sobre todo no era tan activa como él, aunque la animaban pasiones vehementes. Habían convenido entre sí las potencias coligadas dirigir sus principales fuerzas hácia el Danubio antes que empezase el invierno, á fin de que Napoleón no pudiera aprovecharse del mal estado en que en esta estación se ponen los caminos, para caer sobre el Austria cuando sus aliados no pudiesen socorrerla, y consiguiente á este plan se habían dado las órdenes oportunas para que las tropas se pusiesen en movimiento á fines de agosto y principios de setiembre. Obrando de este modo, creían los coligados que podrían anticiparse á Napoleón y dar principio á las hostilidades cuando lo juzgasen oportuno, porque no esperaban en manera alguna encontrar á los franceses tan pronto en el teatro de la guerra.

Así es que se había reunido un cuerpo ruso en Revel, debiendo embarcarse para Stralsund á principios de setiembre, á fin de que reunidos los diez y seis mil hombres de que se componía (los mandaba el general Tolstoy) á doce mil suecos que ya había en aquel punto, se trasladasen por el Mecklemburgo á Hannover, para incorporarse con quince mil ingleses que habían desembarcado en Cuxhaven por el Elba. Este ejército, que ascendía á unos cuarenta y tres mil hombres, estaba destinado á dar el ataque por el Norte, ataque que debía ser principal ó accesorio, pues esto dependía de que Prusia tomase ó no parte en él.

Además, caminaban hácia el punto convenido dos grandes ejércitos rusos, de á sesenta mil hom-

bres cada uno, el primero por la Gallitcia á las órdenes del general Castasof, y el segundo por Polonia mandado por el general Buxhoevden, siguiéndole muy de cerca la guardia rusa, mandada por el archiduque Constantino, y que se componía de doce mil hombres escogidos, mientras que en Wilna se formaba un ejército de reserva á las órdenes del general Michelson. El emperador Alejandro, que como jóven había abrazado la causa de la guerra inconsideradamente, tenía bastante prevision para no conocer el error que había cometido, pero no la suficiente resolucion para retroceder, ó enmendar su yerro mostrándose enérgico en la ejecucion, por manera que dominado de un temor secreto, no se decidió hasta muy tarde á hacer los últimos preparativos. De aquí resultó que el cuerpo de Gallitcia, mandado por el general Kutusof, que debía marchar en socorro de los austriacos, no llegó á la frontera de Austria hasta fines de agosto, porque tenía que atravesar la Gallitcia desde Brody á Olmutz, la Moravia desde Olmutz á Viena, y el Austria y la Baviera desde Viena hasta Ulm. Este camino era mucho mas largo que el que los franceses tenían que recorrer desde Boloña hasta Ulm, y los rusos no sabían salvar las distancias lo mismo que nuestros compatriotas: la Europa que ha visto caminar á nuestros soldados, sabe muy bien que nunca ha habido otros que marchasen con tanta rapidez como ellos, y Napoleón, que lo sabía mejor, vió realizada su prevision de que los rusos llegarían tarde.

El segundo ejército ruso, que estaba situado entre Varsovia y Cracovia, en las cercanías

de Pulawi, se componia, contando la guardia rusa, de setenta mil hombres, y esperaba la llegada del emperador Alejandro para obrar con respecto á Prusia segun lo que dispusiese. En cuanto al monarca ruso, quiso presenciar el embarque de sus tropas en Revel, antes de marchar al ejército de Polonia, y despues se trasladó á Pulawi, hermosa quinta de la ilustre familia de los Czartoryski, que se hallaba situada a alguna distancia de Varsovia, y donde se aposentó con su jóven ministro de negocios estrangeros el príncipe Adan Czartoryski, para estar mas cerca de la córte de Berlin, con la cual andaba en comunicaciones.

Tenia Alejandro a su lado al príncipe Pedro Dolgorouki, oficial que iba á principiar la carrera de las armas, pero lleno de presuncion y ambicion, y que como enemigo que era de los jóvenes de talento que regian el imperio, trataba de persuadir al emperador que aquellos jóvenes estaban vendiendo á Rusia en favor de la causa de Polonia, acusacion que no dejaba de hallar acogida en el ánimo de un soberano tan inconstante como Alejandro. Era falso, por lo demas, que el príncipe Adan fuese capaz de hacer traicion á Alejandro, porque era un jóven pundonoroso y honrado; pero aborrecia á la córte de Prusia, cuya debilidad atribuia á falacia, y animado por un sentimiento polaco y nada mas que polaco, deseaba serealizase con todo rigor el proyecto de acudir á la violencia si aquella córte no entraba en las miras de coalicion, rompiendo abiertamente con ella, á fin de desbaratar sus ejércitos apenas formados, y apoderarse de Varsovia

y Posen, para proclamar á Alejandro rey de Polonia luego que hubiese vuelto á constituirse en estado. Esto era un deseo muy natural en un polaco; pero poco arreglado á la razon, tratándose de un hombre de estado ruso, pues si Napoleon era suficiente por si solo para destruir la coalicion, ¿qué no sucederia si obligaban á Prusia á que formase alianza con él?

Esto sin perjuicio de que era exigir demasiado del caracter indeciso de Alejandro, quien habia enviado á Berlin á su embajador Mr. de Alopeus, para que invocando la amistad de Federico Guillermo, le pidiese que permitiera á un ejército ruso el paso por la Silesia, y le insinuara en seguida la persuasion en que se hallaban las potencias aliadas de que Prusia contribuiria á llevar á cabo la obra tan meritoria de libertar á la Europa. El negociador llevaba tambien autorizacion para declarar al gabinete prusiano que no habia que dudar, que era imposible mantenerse neutral, y que si no concedia el paso de buen grado, pasaria el ejército á la fuerza, gestiones todas en que debia apoyar á Mr. de Alopeus el príncipe Dolgorouki, ayudante de campo de Alejandro. Empero el príncipe iba encargado de manifestar abiertamente en Berlin que la Rusia estaba decidida á conseguir su intento á toda costa, llegando las cosas á tal estado en Pulawi que hasta se estendió la declaracion de guerra que debia preceder á las hostilidades.

Mientras que los agentes rusos hacian estas gestiones en Prusia, tenian que habérselas tambien con MM. Duroc y de Laforest, á quien Napoleon habia encargado le ofreciesen el Hannover,

pues recordarán nuestros lectores que Duroc, gran mariscal de palacio, salió de Boloña para Berlin comisionado para hacer la espresada oferta. El jóven monarca no la aceptó, llevado de su probidad, y Mr. de Hardemberg, á quien llamaba la Europa el ministro pensador, no la aceptó tampoco, porque veía en aquel negocio la dificultad de encontrar modo de dejar á salvo á los ojos de las naciones europeas la honra de su soberano. Durante dos meses, esto es julio y agosto, se ocuparon en buscar esta forma, habiendo al fin imaginado una que no dejaba de ser bastante ingeniosa; y que venia á ser la misma que habia escogido la coalicion por su parte para dar principio á la guerra contra Napoleon, es decir, la intervencion armada. Segun ellos, debia el rey de Prusia, en favor de la paz, paz de que tenian necesidad todas las potencias, manifestar las condiciones que le parecian indispensables para mantener el equilibrio de la Europa, dando á entender en seguida que se declararia en favor de los que las aceptasen y en contra de los que se negasen á ello, lo cual significaba que pelearia al lado de la Francia con el objeto de adquirir el Hannover. Si, porque en su manifestacion debia adoptar la mayor parte de las condiciones de Napoleon, como por egemplo, la creacion del reino de Italia, empero separando las dos coronas cuando se celebrase la paz general, la incorporacion al imperio del Piamonte y Génova, la libre disposicion de Parma y Plasencia por parte de Francia, la independenciam de Suiza y Holanda, y por último, la evacuacion de Tarento y el Hannover así que terminase la guer-

ra. Napoleon, que entonces no tenia mira alguna acerca de aquellos dos paises, no queria sin embargo, salir garante de su independenciam en terminos que los enemigos de Francia llevasen á cabo en ellos una contrarevolucion, y esto dió lugar á contestaciones entre una y otra parte que duraron hasta fines de setiembre, y que hicieron que el rey de Prusia, estuviese á punto de resignarse á la violencia que querian hacerle, cuando conoció claramente al ver en movimiento á los ejércitos rusos, austriacos y franceses, que era inevitable la guerra. Atemorizado entonces, retrocedió de su propósito y no volvió á hablar ni de intervencion armada, ni de adquisicion del Hannover en recompensa de esta intervencion, encerrándose en su sistema de neutralidad con el Norte de Alemania. Viendo esto MM. Duroc y de Laforest, ofrecieronle, como lo habia dispuesto Napoleon, lo mismo que el gabinete de Berlin habia pedido tantas veces, esto es, que Prusia conservaria el Hannover por via de depósito, con tal que asegurase su pertenencia á Francia; pero por muy del agrado que fuesen de Federico Guillermo la retirada de los franceses y la entrega de un depósito tan precioso, conoció que tendria que esponerse á la expedicion del Norte y se obstinó en su negativa, haciendo empero mil protestas del cariño que profesaba á Napoleon, su dinastia y gobierno, y añadiendo que no se dejaba llevar de sus simpatias, por no verse espuesto á los ataques de la Rusia por la parte de Polonia. A esto contestaron MM. Duroc y de Laforest que el gobierno francés tenia un ejército de ochenta mil hombres pronto á unirse con el de los prus-

sianos; pero esto era tambien tomar parte en la guerra, y Federico Guillermo la rechazó bajo aquella nueva forma. Entonces fué cuando llegaron á Berlin Mr. de Alopeus y el principe Dolgorouki para pedir á Prusia se declarase en favor de la coalicion; mas así como el rey se habia asustado de las proposiciones de los unos, oyó con terror la peticion de los otros, y respondió con protestas iguales á las que dirigiera á los comisionados franceses, diciendo que apreciaba en gran manera al amigo á quien conoció en Memel, pero que iba á ser el primero que sufriese la saña de Napoleon, y seria criminal para con sus súbditos, esponiéndolos á tamaño riesgo. Insistiendo en su propósito los enviados rusos, le manifestaron que precisamente el ejército que estaba reunido entre Varsovia y Cracovia, no tenia otro objeto que acudir en su socorro, pues así lo habia dispuesto el emperador Alejandro impulsado por la amistad que le profesaba, y que los setenta mil rusos de que aquel ejército se componia, iban á atravesar la Silesia y Sajonia, para trasladarse al Rhin con el objeto de sufrir el primer choque de los ejércitos franceses. Tampoco convenció esto á Federico Guillermo, por lo cual llevando las cosas mas lejos, le dieron á entender que ya era tarde, pues confiando en su adhesion, habia mandado el gobierno ruso que sus tropas pasaran al territorio prusiano. Al saber semejante violacion Federico Guillermo, se enfureció estraordinariamente, porque si bien era hombre indeciso y muchas veces pasaba por débil y falaz, convertíase en obstinado y colérico cuando le apuraban la paciencia, cosa que

hasta entonces no habia demostrado. Así es que convocó un consejo, al cual concurrieron el anciano duque de Brunswick y el mariscal de Mollendorf, y se decidió á pesar de su poquedad de genio, á poner en estado de guerra al ejército prusiano, como lo hizo, resolviendo, para no ser juguete de la violencia de los unos ó los otros, tomar precauciones, y mandando reunir ochenta mil hombres, lo cual debia costarles 16.000,000 de escudos prusianos (64.000,000 de francos) que debian sacarse en parte de las rentas del estado, y en parte del tesoro del gran Federico, tesoro disipado en el reinado anterior pero re- puesto á fuerza de economias en el actual.

Asustado Mr. de Alopeus al ver estas disposiciones, se apresuró á escribir á Pulawi, aconsejando á su emperador con las mayores instancias que tratase con miramiento al rey de Prusia, si no queria ver sobre las armas todas las fuerzas de que podia disponer la monarquia prusiana.

Cuando estas noticias llegaron á Pulawi, varió de resolucion Alejandro, quien habia obrado de aquel modo inducido por el principe Adan Czartoryski, que le habia instado para que no diese tiempo á Prusia de ponerse en guardia, sino que mandase forzar el paso, en lugar de estarlo pidiendo por tanto tiempo. Para esto decia el principe Adan que si Prusia no abrazaba la causa de la guerra, Alejandro seria declarado rey de Polonia, organizándose este reino á espaldas de los ejércitos rusos, mientras que si por el contrario, se unia á las potencias aliadas, se habia realizado el plan de estas y adquirido un aliado mas; pero mejor ilustrado Alejandro por la corresponden-

cia de Mr. de Alopeus, se resistió á seguir los consejos de su jóven ministro, y volvió á enviar á Berlin á su ayudante de campo Dolgorouki, para que afirmase á su augusto amigo que jamás había tenido intencion de violentar su voluntad, que por el contrario, acababa de mandar se detuviese el ejército ruso en la frontera prusiana, y que obraba de aquel modo por lo mucho que le estimaba, aunque añadiendo seria siempre conveniente tuviesen una entrevista, porque negocios de tanta importancia no podian tratarse debidamente por medio de terceras personas. Temiendo Federico Guillermo dejarse ganar por las caricias de Alejandro, ni mas ni menos que hubiera podido serlo por sus ejércitos, no se sentía inclinado á concurrir á la entrevista; pero la córte que estaba por la coalicion y la guerra, y la reina, cuyos sentimientos eran conformes á los del jóven emperador, le persuadieron que no podia negarse á lo que este pedia, de suerte que convino en que la entrevista se verificase á principios de octubre, sin dejar por eso de asegurar á MM. de Laforest y Duroc, quienes continuaban en Berlin, que el gobierno prusiano no pensaba abandonar su sistema de neutralidad.

Mientras que los rusos empleaban en esto el mes de setiembre, el Austria aprovechaba mejor un tiempo tan precioso, pues encargaba á Mr. de Cobentzel repitiese sin cesar en Paris que su deseo se reducía á entablar negociaciones, obteniendo garantías en favor del estado futuro de Italia, y se valía de los subsidios ingleses con extraordinaria actividad para lograr sus verdaderos fines. Lo primero que hizo fué reunir en Italia

cien mil hombres al mando del archiduque Carlos, siendo allí donde situaba su mejor general y el ejército mas número con que contaba, porque deseaba recobrar aquellas provincias queridas. Veinte y cinco mil hombres, á las órdenes del archiduque Juan, el mismo que mandaba en Hohenlinden, guardaban el Tirol; y ochenta á noventa mil hombres estaban destinados á invadir á Baviera, trasladarse á Suabia, y tomar la famosa posicion de Ulm, donde Mr. de Kray detuvo tanto tiempo en 1800 al general Moreau. Por lo demas, los cincuenta ó sesenta mil rusos del general Kutusof debian ir á reunirse con el ejército austriaco, y formar una masa de ciento cuarenta mil combatientes, la cual esperaban poder dar bastante ocupacion á los franceses para que los otros ejércitos rusos tuviesen tiempo de llegar, el archiduque Carlos de volver á conquistar á Italia, y las tropas enviadas á Hannover y Nápoles de alejar el principal ataque. El famoso general Mack, el que formó todos los planes de campaña contra Francia, y acababa de poner en estado de guerra al ejército austriaco, dando muestras de actividad y conocimientos militares, tomó el mando del ejército de Suabia, en union con el archiduque Fernando, y en las poblaciones que Austria tenía en aquel pais se formaron almacenes para viveres entre el lago de Constanza y el Danubio Alto. La ciudad de Memmingen, situada á orillas del Iller, y que forma la izquierda de la posicion cuya derecha forma Ulm, fue una de las poblaciones escogidas, reuniendo allí el Austria provisiones inmensas, y levantando algunas trincheras, cosa imposible en Ulm, que pertenecía á Baviera.

Para fines de agosto se habia ejecutado todo esto; pero la nacion de que vamos hablando cometió una falta grave por una precipitacion que no era natural en ella. La posicion de Ulm no podia ser ocupada sin tener que pasar la frontera bávara, y á mayor abundamiento, Baviera tenia un ejército de veinte y cinco mil hombres, grandes almacenes y la línea del Inn, razones todas porque debió tratar Austria de apoderarse antes que sus enemigos de una presa de tanto valor. Para conseguirlo, pues, trató de obrar con ella como Rusia obró con Prusia, es decir, sorprenderla y arrastrarla á sí; pero si bien esto era mas fácil, debia producir consecuencias fatales si no se lo graba el proyecto ideado.

Así que el general Mack llegó á las márgenes del Inn, salió para Munich el príncipe de Schwartzemberg, á fin de hacer al elector las mayores instancias de parte del emperador de Alemania, para que se declarase en favor de la coalicion, uniese sus tropas á las de Austria, consintiese en que fuesen incorporadas á las del ejército imperial mezclándolas regimiento por regimiento con las divisiones austriacas, entregase su territorio y almacenes á los coligados, y que, para decirlo de una vez, tomase parte en aquella cruzada que se levantaba contra el enemigo comun de Alemania y Europa. En cambio, llevaba autorizacion el príncipe de Schwartzemberg para ofrecer á Baviera en caso necesario, que aumentaria su territorio en el pais de Salzburgo y aun en el Tirol, siempre que luego de reconquistada la Italia por las armas comunes, pudiera volver á llevarse á ella las ramas colaterales de la casa im-

perial que habian sido separadas de aquel reino.

Mientras que el príncipe de Schwartzemberg se dirigia á Munich, encostrábase el elector en una situacion bastante parecida á la en que se hallaba Prusia, pues era ministro nuestro en Munich Mr. Otto, el mismo que en 1801 habia arreglado con tanta habilidad la paz de Lóndres, y fingiendo que aquella córte no se cuidaba de él, tenia en secreto frecuentes entrevistas con el elector, y hacia esfuerzos por demostrarle que si Baviera existia, lo debia á la proteccion de Napoleon. Y efectivamente, lo mismo en aquellas circunstancias que en muchas otras, no podia libertarse de la codicia austriaca á no buscar apoyo en la Francia; y aun si en 1803 le cupo una parte no pequeña en las indemnizaciones germanicas, lo debió á la intervencion francesa. Insistiendo en esto Mr. Otto, puso término á la indecision del elector, consiguiendo que en 24 de agosto firmase un tratado de alianza que debia quedar secreto, y algunos dias despues, esto es, el 7 de setiembre, se presentó en Munich el príncipe de Schwartzemberg. El elector, que era muy pusilánime, tenia á su lado un nuevo motivo de pusilanimidad en su esposa, una de las tres bellísimas princesas de Baden, que habian subido á los tronos de Rusia, Suecia y Baviera, y se distinguian por el ódio con que miraban á la Francia. La electora de Baviera era la mas viva de las tres hermanas, y se rebullia, lloraba y manifestaba el mas profundo sentimiento al ver á su esposo aliado de Napoleon, de suerte que el elector sufría mas que con sus propios temores con el pesar de su esposa; y Mr. de Schwartzemberg, á

quien seguía el ejército austriaco á dos jornadas de distancia, secundado por las lágrimas de la electora, consiguió que el elector variase de resolución, arrancándole promesa de entregarse á la protección de Austria. Asustado no obstante el príncipe al pensar en las consecuencias que podría producir aquel cambio repentino, temiendo al general Mack, que se hallaba cerca, pero también á Napoleon, por lejos que estuviese, dió cuenta de su conducta á Mr. Otto, disculpándose con su desgraciada situación, y pidiendo que Francia le mirase con indulgencia. Así que supo esto Mr. Otto, corrió en busca del elector y le demostró el riesgo que podía traerle semejante engaño, pues debía estar seguro de que Napoleon no tardaría en llegar á Munich, coronado con los laureles de la victoria, para sacrificar la Baviera á Austria en favor de la paz, razones que estaban conformes con ciertas circunstancias. La proposición de desmembrar el ejército para diseminarlos entre las divisiones austriacas, había llenado de indignación á los generales y oficiales bávaros; sabíase al mismo tiempo que sin esperar los austriacos el consentimiento pedido á Munich, habían pasado el Inn, violacion de territorio que había causado muy mal efecto en la opinion pública, y se decía en voz alta que si Napoleon era ambicioso, no lo era menos Mr. Pitt; que este había comprado al gabinete de Viena, y que gracias al oro que derramaba Inglaterra, los soldados de toda la Europa iban á caer de nuevo sobre Alemania. Además de estas circunstancias favorables para Mr. Otto, tenía el elector un ministro hábil llamado Mr. de Montgelas, y que de-

vorado de ambicion en favor de su país, creía en su ilusion que Baviera podría adquirir en el siglo XIX el aumento de territorio que Prusia adquirió en el XVIII, ocupándose sin cesar en ver si era en Viena ó en Paris donde mayores probabilidades tenía de conseguir su objeto, hasta que acabó por creer que le convenia para su intento contar con el apoyo de la potencia mas aficionada á innovaciones, es decir, Francia. Había opinado, pues, en favor del tratado de alianza, firmado con Mr. Otto; pero sin embargo, las ofertas del príncipe de Schwartzemberg, le hicieron vacilar algun tanto, dejándose llevar de la ambicion, como su soberano se dejaba llevar de su ánimo apocado; pronto no obstante volvió á su primitivo intento, y las instancias de Mr. Otto, secundadas por la opinion pública, la indignacion del ejército bávaro, y los consejos de Mr. de Montgelas, triunfaron por segunda vez, siendo tal el estado en que se hallaba el elector, que aceptó todo cuanto quisieron. En seguida le propuso Mr. Otto se refugiase á Wurtzburgo, obispado secularizado en favor de Baviera en 1803, llevándose consigo el ejército, y él acogió la propuesta, anunciando á Mr. de Schwartzemberg á fin de ganar tiempo, que enviaba á Viena á un general bávaro llamado Mr. de Nogarola, y que era partidario del Austria, para que entablase negociaciones con aquella córte. Hecho esto, el elector se puso en marcha con toda su córte en la noche del 8 de setiembre, trasladándose primero á Ratisbona y luego á Wurtzburgo, á donde llegó el 12, mientras que las tropas bávaras reunidas en Amberg y Ulm, recibían orden de con-

centrarse allí; además, antes de dejar á Munich, publicó el elector un manifiesto en que denunciaba á Baviera y Alemania la violencia de que acababa de ser víctima.

De este modo Mr. de Schwartzemberg y el general Mack, quien ya habia pasado el Inn, vieron escapárseles el elector, su córte y ejército, uniéndose á la indignacion que ya escitaban, el ridiculo que sobre ellos recayó, pues á pesar de que los austriacos siguieron tras los bávaros á marchas forzadas, no pudieron darles alcance. Lo que consiguieron fué enagenarse mas y mas la opinion pública, porque llevaban en abundancia un papel moneda que corria en Viena con gran pérdida, y obligaban á los habitantes á que tomasen como dinero aquel papel desacreditado, de suerté, que los perjuicios pecuniarios que de esto se seguian á los bávaros, acabaron de exasperar á todos los que abrigaban en su pecho sentimientos nacionales.

Así que el general Mack terminó aquella triste expedición, de que por lo demas no era tan responsable como el plenipotenciario austriaco, se dirigió hácia el Danubio Alto, y tomó la posición que le estaba señalada hacia tanto tiempo, esto es, apoyando la derecha en Ulm, la izquierda en Memmingen y el frente en el Iller, río que pasa por Memmingen, yendo á desaguar en el Danubio por Ulm. Hacia algunos años que los oficiales de estado mayor austriacos elogiaban sin cesar aquella posición, diciendo que era la mejor que podía ocuparse para hacer cara á los franceses que desembocasen por la Selva Negra, pues de este modo se apoyaba una de sus alas en

el Tirol y otra en el Danubio, estando en consecuencia seguros por los dos costados: en cuanto á la espalda, ni siquiera pensaban en cubrirse, porque no se figuraban que los franceses podrian en ningun caso llegar por otro camino que no fuese el regular. Ultimamente el general Mack mandaba un ejército de ochenta y cinco mil hombres, pues se le habia reunido el general Jellachich con la division del Vorarlberg, y tenia á la espalda para obrar en combinacion con los rusos, al general Kienmayer, á la cabeza de veinte mil combatientes.

Hallábase por consiguiente el general Mack donde Napoleon supuso y deseaba; es decir, en el Danubio Alto, separado de los rusos por la distancia que habia desde Viena á Ulm, mientras el elector de Baviera seguia en Wurtzburgo con una córte afligida y un ejército indignado contra los austriacos, aguardando la próxima llegada de los franceses.

Para formar una idea completa de la situacion en que se encontraba Europa durante aquella crisis, réstanos fijar por un momento la vista en lo que sucedia en el Mediodia de Italia. No queriendo los consejeros supremos de la coalicion que la córte de Napoles, cuyos movimientos é intrigas observaba el general Saint-Cyr con los veinte mil hombres que tenia á sus órdenes, se comprometiese en la lucha demasiado pronto, le habian sugerido una verdadera traicion que nada debia costar á una córte tan ciega y desmoralizada como aquella lo estaba, llevada del odio. Aconsejaronle que firmase con Francia un tratado de neutralidad á fin de lograr se retirase el

cuerpo que se hallaba en Tarento, pues decían que así que este cuerpo se hubiese retirado, tendría tiempo la corte de Nápoles de declararse y recibir á los rusos é ingleses. El general ruso Lasoy, que era hombre prudente y avisado, estaba en Nápoles disponiéndolo todo en secreto para conducir allí á los coligados cuando se creyese oportuno, y además de los doce mil rusos que había en Corfu, una reserva en Odessa, y seis mil ingleses en Malta, contaban también con treinta y seis mil napolitanos, algo mejor organizados que de costumbre, y con el levantamiento en masa de los bandidos de la Calabria.

Cuando Napoleón estaba para salir de París, le propusieron el referido tratado, y le pareció bastante aceptable, porque no creía que una corte tan débil fuera á esponerse á las consecuencias que podía traerle una traición como la que intentaba, y se figuraba que el terrible ejemplo de su furor que dió á Venecia en 1797 debía haber curado á los gobiernos italianos de su afición al engaño. En cuanto al tratado en sí, en la esclusión de los rusos é ingleses del Mediodía de Italia, veía la ventaja de poder dar á Massena veinte mil hombres mas, si los cincuenta mil que ya tenía á sus órdenes no eran suficientes para defender el Adige.

Aceptó, pues, aquella proposición, y por un tratado que se firmó en París el 21 de setiembre, consintió en retirar sus tropas de Tarento, mediante la promesa que le hizo la corte de Nápoles de no permitir ningún desembarco de rusos é ingleses. En tal concepto, el general Saint-Cyr recibió orden de encaminarse á la Lombardia, y

la reina Carolina ni mas ni menos que su débil esposo, pudieron preparar con toda libertad á espaldas de los franceses la trama que habían urdido.

Tal era del 20 al 25 de setiembre la situación de las potencias coligadas: los rusos y suecos, que debían atacar por el Norte, se estaban reuniendo en Stralsund para obrar en combinación con los ingleses que iban á desembarcar en las bocas del Elba; un ejército ruso se organizaba en Wilna, á las órdenes del general Michelson; el emperador Alejandro se hallaba en Pulawi, á orillas del Vistula, con su guardia y el ejército de Buxhoevden, solicitando tener una entrevista con el rey de Prusia; y otro ejército ruso, mandado por el general Kutusof, había penetrado en Moravia por la Gallitcia, para reunirse con los austriacos, y se encontraba mas allá de Viena, pronto á subir el Danubio. El general Mack, que llevaba cien leguas de delantera, había tomado posición en Ulm á la cabeza de veinte y cinco mil hombres, esperando á que los franceses desembocasen por la Selva Negra; el archiduque Carlos estaba situado sobre el Adige con cien mil hombres, y la corte de Nápoles meditaba una sorpresa que debía conseguirse con los rusos de Corfu y los ingleses de Malta.

Napoleón, según ya hemos visto, llegó á Strasburgo el 26 de setiembre, habiendo cumplido sus columnas con la mayor puntualidad las órdenes que dió, y recorrido los caminos que había trazado. El mariscal Bernardotte, después de abastecer de víveres y municiones á la plaza de Hameln, dejando en ella una fuerte guarni-

cion y los hombres menos capaces de entrar en campaña, habia salido de Goettingue con diez y siete mil soldados acostumbrados á sufrir toda clase de fatigas. Antes de pasar por Hesse lo puso en conocimiento del elector en la forma prescrita por Napoleon, y al principio obtuvo el consentimiento, pero á poco le negó el paso el elector, viéndose obligado á pasarse sin él, como así lo hizo sin encontrar la menor resistencia. Varios oficiales civiles iban delante del ejército encargados en pedir víveres en los puntos donde aquel pernocabá, y como todo lo pagaban dinero en mano, en todas partes encontraban quienes les vendiera cuanto necesitaban nuestras tropas. Un ejército que lleva consigo un peculio, puede mantenerse sin almacenes, sin pérdida de tiempo, y sin tener que vejar al país por donde marcha, por poco abundante que sea este país en géneros alimenticios, de suerte que Bernardotte atravesó sin dificultad alguna los dos Hesses, el principado de Fulde, los estados del príncipe archicanciller y la Baviera. Como se vé, marchaba rectamente de Norte á Mediodía, llegando á las cercanías de Cassel el 17 de setiembre, el 20 á Giessen y el 27 á Wurtzburgo, con extraordinario júbilo del elector de Baviera, que se moría de terror en medio de las noticias contradictorias que circulaban acerca de los austriacos y franceses. Un ministro del emperador de Alemania habia acudido á avistarse con aquel príncipe para darle una satisfaccion por lo sucedido, y ver de atraérselo, pero así que vió en las cercanías de Wurtzburgo la caballería francesa, pues hasta entonces no tenia el menor co-

nocimiento de la marcha emprendida por el cuerpo de Bernardotte, se puso en camino, dejándonos al elector para siempre, es decir, por todo el tiempo que duró nuestra prosperidad.

Deseando Mr. de Montgelas dar mejor colorido á la conducta de su soberano, nos pidió una precaucion poco honrosa para Baviera, que fué variar la fecha del tratado de alianza celebrado con Francia, tratado que se firmó en realidad el 24 de agosto, pero que Mr. de Montgelas queria llevase la fecha de 23 de setiembre. Nuestro gobierno consintió en ello, y de este modo pudo asegurar el elector á sus confederados de Ratisbona que no se unió á la Francia hasta despues que Austria invadió su territorio.

Subiendo el Rhin el general Marmont, y valiéndose de él para trasportar su material, se habia puesto en marcha por el magnifico camino que Napoleon abriera á lo largo de la márgen izquierda de aquel rio, camino que es una de las obras mas dignas de mención que llevó á cabo durante su reinado. El 12 de setiembre se hallaba en Nimega, el 18 en Colonia, el 25 en Maguncia, el 26 en Francfort y el 29 en las cercanías de Wurtzburgo, con un cuerpo de veinte mil hombres, un parque de cuarenta piezas de artillería bien montadas y gran provision de municiones. En aquellos veinte mil hombres estaba comprendida una division de tropas holandesas, mandada por el general Dumonceau, y en cuanto á los quince mil franceses de que se componia aquel cuerpo, vamos á referir un hecho que no tiene egemplo en la historia de la guerra, para demostrar sus cualidades. Acababan de atravesar

parte de Francia y Alemania y de marchar veinte dias seguidos sin detenerse en parte alguna, y al llegar á Wurtzburgo solo faltaban nueve hombres; nueve hombres, cuando no hay general que no se hubiese tenido por dichoso si de quince mil hombres hubiera perdido doscientos ó trescientos únicamente, pues al entrar en campaña y de resultas de las primeras marchas es cuando se conocen los temperamentos delicados, quedándose atrás.

De consiguiente á fines de setiembre tenia Napoleon en el centro de Francia, á seis jornadas del Danubio, y amenazando por el flanco á los austriacos, al mariscal Bernardotte con diez y siete mil hombres, y el general Marmont con veinte mil, á cuyas fuerzas hay que agregar los veinte y cinco mil bávaros reunidos en Wurtzburgo, y animados como se hallaban de un verdadero entusiasmo por la causa de los franceses unida á la suya desde aquel momento, palmoteaban cada vez que divisaban un regimiento francés.

El mariscal Davout con el cuerpo que salió de Ambleteuse, el mariscal Soult con el de Boloña, y el mariscal Ney con el de Montreuil, tuvieron que atravesar á Flandes, Picardía, Champagne y Lorena, llegando al Rhin del 23 al 24 de setiembre, precedidos de la caballería, á la cual puso en movimiento Napoleon cuatro dias antes que á la infantería. Todos hicieron aquella marcha con un ardor que no tiene igual, llegando al extremo su disciplina de dejar ir Dupont, al pasar por el departamento del Aisne, á unos cincuenta hombres que tenían allí familia, sin que al otro

dia faltase ninguno de ellos en la division. Por lo demas, despues de andar ciento cincuenta leguas en medio del otoño, sin descansar ni un dia siquiera, aquel ejército no contaba un enfermo, ni se habia quedado atrás ningun soldado, ejemplo único que se debia al buen espíritu de que se hallaban animadas las tropas, y á la larga vida de campamento que llevaban.

El mariscal Augereau habia formado sus divisiones en Bretaña; y saliendo de Brest pasó por Alencon, Sens, Langres y Béfort, teniendo que atravesar la Francia en toda su mayor estension para llegar al Rhin quince dias despues que los demas cuerpos, pues estaba destinado su ejército á servir de reserva.

Inmenso fué el asombro que causó en toda Europa la llegada imprevista de aquel ejército: crefasele en las playas del Océano, y á los veinte dias, es decir, en el tiempo apenas necesario para que empezára á esparcirse la noticia de su marcha, apareció en el Rhin inundando la Alemania meridional. ¿No era esto resolver el problema de una presteza extraordinaria, unida al arte profundo de ocultar determinaciones tomadas con todo sigilo?

Esparcióse al instante la noticia de la aparición de los franceses, y los generales alemanes creyeron que el principal teatro de la guerra iba á ser Baviera y no Italia, puesto que Napoleon se dirigia allí con el ejército del Océano, por lo cual pidieron se aumentasen las fuerzas que habia en Suabia, y se mandó con un poco disgusto del archiduque Carlos, que un destacamento de Italia fuese al Tirol, á fin de acudir por

el Vorarlberg en socorro del general Mack. Empero nadie penetró el verdadero designio de Napoleón, cuyo plan era tan solo, al verle reunir sus tropas en Wurtzburgo, recoger á los bávaros y proteger al elector, creencia tanto mas fundada cuanto que el principal ejército se hallaba en la parte alta del Rhin, á la entrada de los desfiladeros de la Selva Negra, lo cual hizo al general Mack confirmarse mas y mas en su idea de conservar la posicion de Ulm que ya le habia sido señalada.

Así que Napoleón reunió todo su ejército, le dió una organizacion que siempre conservó despues, y un nombre que ha pasado á la historia, el de EJÉRCITO GRANDE.

Lo dividió en siete cuerpos: el mariscal Bernadotte, con las tropas que llevó de Hannover, formaba el primer cuerpo, que constaba de diez y siete mil hombres; el general Marmont, con las tropas procedentes de Holanda, formaba el segundo, compuesto de veinte mil soldados; las tropas del mariscal Davout, que habian estado acampadas en Ambleteuse y ocuparon el tercer puesto á lo largo de las costas del Océano, recibieron el título de tercer cuerpo, y ascendian á veinte y seis mil combatientes vivos y efectivos; el mariscal Soult, con el centro del ejército grande del Océano, que estuvo acampado en Boloña y se componia de cuarenta mil infantes y artilleros, formaba el cuarto cuerpo; la division de Suchet debia separarse de él para formar parte del quinto cuerpo, con la division de Gazan y los granaderos de Arras, conocidos desde entonces con el nombre de granaderos de Oudinot, pues así

se llamaba su valiente comandante: ademas de la division de Suchet, aquel quinto cuerpo debia ascender á diez y ocho mil hombres, y estaba destinado para el mariscal Lannes, amigo tan leal como heróico de Napoleón, á quien éste sacó de Portugal para que tomase parte en la peligrosa expedicion de Boloña, y que á la sazón iba á seguir á Napoleón hasta las orillas del Morawa, el Vistula y el Niemen. Las tropas del campamento de Montrenil, á las órdenes del intrépido Ney, componian el sexto cuerpo, el cual ascendia á veinte y cuatro mil hombres, y Augereau, con dos divisiones de catorce mil soldados cuando mas, que se hallaba situado á la retaguardia en la linea de las costas (estaba en Brest), pasó á formar el sétimo cuerpo. El nombre de octavo cuerpo se dió mas tarde á las tropas de Italia cuando fueron á operar en Alemania, de modo que esta organizacion era la misma que la del Rhin, pero con importantes modificaciones adecuadas al genio de Napoleón y necesarias para ejecutar las grandes cosas que premeditaba.

En el ejército del Rhin, cada cuerpo, completo de todas armas, presentaba por sí solo un pequeño ejército, que se bastaba á sí mismo y era capaz de dar batallas, razon por la cual tendian aquellos cuerpos á aislarse y sobre todo mandándolos un hombre como Moreau, cuyo mando no se estendia mas allá de lo que permitian su talento y carácter. Napoleón organizó su ejército de modo que pudiera dirigirlo por sí mismo, dando á cada cuerpo la infanteria que debia tener, la caballeria precisamente necesaria para resguardarse bien, es decir, algunos escuadrones

de húsares ó cazadores, y la artilleria indispensable. Por lo demas, se proponia completarlos en caballeria y artilleria con la ayuda de una reserva compuesta de estas dos armas y de que disponia él solo, quitando á unos para dar á otros, segun lo permitiesen el terreno y las circunstancias, un refuerzo de cañones, ó una masa de coraceros.

Formó empeño sobre todo en reunir bajo un mismo gefe, y bajo la dependencia inmediata de su voluntad, la masa principal de su caballeria, pues como esta es la que observa al enemigo corriendo sin cesar en torno suyo, la que acaba de derrotarle cuando ya está desbaratado, y la que le persigue y envuelve cuando se pone en fuga, Napoleon quiso reservar para sí exclusivamente este medio de preparar la victoria, decidiéndola y recogiendo el fruto. Reunió, pues, en un solo cuerpo á la caballeria pesada, que se componia de coraceros y carabineros, mandados por los generales Nansouty y de Hautpoul; agregó á ellos los dragones, tanto los que tenian caballos como los desmontados, á las órdenes de los generales Klein, Walther, Beaumont, Bourcier y Baraguay de Hilliers, y dió el mando de toda ella á su cuñado Murat, que era el oficial de caballeria de mas atractivo que habia en aquella época, y que á sus órdenes venia á ser el *magister equitum* de los ejércitos romanos. Varias baterias de artilleria volante marchaban en pos de aquella caballeria, proporcionándole ademas de la fuerza del sable el poder del cañon, y ya veremos como no tardó en diseminarse por el valle del Danubio, arrollando á los austriacos y

rusos, entrando mezclada con ellos en Viena, cuya ciudad les veia con asombro; dirigiéndose luego hácia las llanuras de Sajonia y Prusia, siguiendo hasta las orillas del Báltico para apoderarse de todo el ejército prusiano, ó cayendo en Eylau sobre la infanteria, para dejar á salvo la buena suerte de Napoleon por medio de la carga mas fuerte que han dado ó recibido en tiempo alguno las fuerzas armadas. La reserva de que vamos hablando se componia de veinte y dos mil ginetes, seis mil de ellos coraceros, nueve á diez mil dragones montados, seis mil de á pie y unos mil artilleros de á caballo.

Componia, por último, la reserva general del ejército grande, la guardia imperial, cuerpo escogido y el mas bello del universo, que servia á la par que de emulacion, de recompensa para los soldados que se distinguian, pues para entrar en las filas de la guardia era necesario haber pasado por mas de una prueba. La guardia imperial constaba, lo mismo que la consular, de granaderos y cazadores de infanteria y caballeria, poco mas ó menos como un regimiento compuesto únicamente de las compañías preferentes, y comprendia ademas de un hermoso batallon italiano, que representaba á la guardia real del rey de Italia, un soberbio escuadron de mamelucos, último recuerdo que quedaba de Egipto, y dos escuadrones de gendarmes escogidos, que cuidaban del buen orden del cuartel general, siendo entre todos siete mil hombres. Napoleon completó aquel cuerpo con su arma favorita, la artilleria, que en ciertas ocasiones suple á todas las demas, formando un parque de veinte y cua-

tro piezas, armado y pertrechado con particular esmero, de modo que habia cuatro piezas para cada mil hombres. Esta guardia nunca dejaba el cuartel general, marchando casi siempre al lado del emperador con Lannes y los granaderos de Oudinot.

Tal era el ejército grande, el cual presentaba una masa de ciento ochenta y seis mil combatientes vivos y efectivos, incluyendo treinta y ocho mil caballos y trescientas cuarenta piezas de artillería. Si á este ejército se añade los cincuenta mil hombres que mandaba Massena y los veinte mil del general Saint-Cyr, sube la totalidad de las tropas francesas á doscientos cincuenta y seis mil hombres, esparcidos desde el golfo de Tarento hasta las bocas del Elba, con una reserva en el interior de cerca de ciento cincuenta mil soldados jóvenes aun. Añadiendo tambien veinte y cinco mil bávaros, y siete á ocho, súbditos de los soberanos de Bada y Wurtemberg, que estaban dispuestos á entrar en línea, puede decirse que Napoleon iba á pelear con doscientos cincuenta mil franceses y treinta y tantos mil alemanes, contra quinientos mil coligados, entre los cuales habia doscientos cincuenta mil austriacos, doscientos mil rusos, y cincuenta mil ingleses, suecos y napolitanos, con una reserva tambien en el interior del Austria y Rusia, y á bordo de las escuadras inglesas. Además, la coalicion tenia esperanza de que se le reunirian doscientos mil prusianos, cosa que no era imposible si Napoleon no se daba prisa á vencer.

Y en efecto la tenia de entrar en acción, por

lo cual mandó pasar el Rhin el 25 y 26 de setiembre, despues de consumir dos ó tres dias en hacer que descansasen los soldados, reparar algun deterioro que habian sufrido los jaeces de la caballería y artillería, remudar algunos caballos heridos ó cansados con otros frescos, sacados de los que habian reunido en Alsacia, y preparar por último el gran parque, asi como una cantidad extraordinaria de galleta. Hé aqui las disposiciones que adoptó para dar vuelta á la Selva Negra, detras de la cual se hallaba acampado el general Mack, esperando á los franceses en Ulm.

El que fije la vista en aquel pais que tantas veces recorrieron nuestros ejércitos, y tantas hemos descrito por lo mismo en esta historia, verá que saliendo el Rhin del lago de Constanza, corre hacia el Oeste hasta Basilea, y luego toma de pronto otro camino, corriendo casi directamente hácia el Norte. Por el contrario el Danubio, sale de unos cortos manantiales bastante inmediatos al punto por donde el Rhin nace en el lago de Constanza, tira hácia el Este, y sigue esta direccion, rodeando muy poco hasta el mar Negro, por manera que una cadena de montañas de poquísima importancia y llamadas impropiamente los Alpes de Suabia, separa á los dos rios, haciendo que el Rhin vaya á desaguar en los mares del Norte y el Danubio en los de Oriente. Estas montañas dejan ver á Francia sus mas escarpadas cimas, y disminuyendo gradualmente, van á acabar en los llanos de Franconia, entre Nordlingen y Donauwerth, saliendo de su flanco medio abierto y sembrado de bosques, por lo cual se conoce con el nombre de Selva Negra, hácia la izquierda: es

decir hácia el Rhin, el Necker y el Mein, y á la derecha el Danubio, que por un lado va formando colinas casi desnudas de arbolado. Por lo demas, están cruzadas por varios desfiladeros estrechos, que es preciso atravesar para ir desde el Rhin al Danubio, á menos que no se evite el pasar por estas montañas, ya subiendo de nuevo el Rhin hasta mas allá de Schaffouse, ya recorriendo su pié desde Strasburgo á Nordlingen, hasta las llanuras de Franconia donde desaparecen. En las guerras anteriores, los franceses habian seguido dos caminos, unas veces desembocando por el Rhin entre Strasburgo y Huningue para atravesar los desfiladeros de la Selva Negra; y otras subiendo el Rhin hasta Schaffouse, habian pasado este rio cerca del lago de Constanza, encontrándose de este modo en el nacimiento del Danubio sin tener que pasar los desfiladeros.

Queriendo colocarse Napoleon entre los austriacos, que habian tomado posicion en Ulm, y los rusos que llegaban en socorro suyo, debia seguir otro camino enteramente diverso, y así lo hizo, dedicándose en primer lugar á llamar la atencion de los austriacos hácia los desfiladeros de la Selva Negra, teniendo allí sus columnas dispuestas á penetrar por ellos: en seguida debia costear los Alpes hasta Nordlingen, dar la vuelta con todos sus cuerpos por la parte baja y opuesta, y pasar el Danubio en Donanwerth. Con eso recogia de paso los cuerpos de Bernardotte y Marmont, dejaba á un lado las posiciones de Ulm, iba á parar á espaldas del general Mack, y realizaba el plan que habia formado hácia tanto tiempo, y del cual aguardaba inmensos resultados.

El 25 de setiembre previno á Murat y á Lannes pasasen el Rhin por Strasburgo, con la reserva de caballeria, los granaderos de Oudinot y la division de Gazan, con orden de que Murat trasladase sus dragones de Oberkirch á Freudenstadt, de Offenburgo á Rothweil, y de Friburgo á Nees-tadt, presentándolos así á la cabeza de los principales desfiladeros para que el enemigo creyese iba á atravesarlos tambien el ejército. Para que el engaño de aquel fuese completo, se mandó en aquella direccion gran cantidad de viveres, y ademas Lannes debia apoyar aquellos reconocimientos con algunos batallones de granaderos; pero situado en realidad con el grueso de su cuerpo delante de Strasburgo y en el camino de Stuttgart, tenia orden de cubrir el movimiento de los mariscales Ney, Soult y Davout, que estaban encargados de pasar el Rhin por la parte baja. El general Songis, que mandaba la artilleria, habia echado dos puentes de barcas, el primero entre Lanterburgo y Carlsruhe para el cuerpo del mariscal Ney, y el segundo en las cercanias de Espira para el del mariscal Soult, pues por lo que hace al mariscal Davout, tenia á su disposicion el puente de Manheim. Estos mariscales debian recorrer transversalmente los valles que bajan de la cadena de los Alpes de Suabia, y costear dicha cadena, apoyándose unos con otros, á fin de poder socorrerse en caso de que el enemigo apareciese de pronto. Así es que iban provistos de pan para cuatro dias, pan que llevaban los soldados en las mochilas, mientras que los carros contenian galleta para otros cuatro dias, por si era preciso emprender marchas forzadas. En cuanto á Napo-

leon, no dejó á Strasburgo hasta que vió en movimiento sus parques y reservas, escoltados por una division de infanteria: entonces, esto es, el 4.º de octubre, pasó el Rhin con su guardia, despues de despedirse de la emperatriz, la cual continuó residiendo en Strasburgo, con la córto imperial y la cancilleria de Mr. de Talleyrand.

Cuando llegó al territorio del gran ducado de Baden, Napoleon encontró allí á la familia reinante, que habia acudido á rendirle homenaje, hallándose entre ella rodeado de tres generaciones de principes el anciano elector, quien habia querido como todos los soberanos de Alemania de segundo y tercer orden, lograr el beneficio de la neutralidad, lo cual era una quimera, pues no pudiendo como no podian las potencias alemanas impedir la guerra resistiendo á las que la deseaban, no debian lisongearse de evitar las desgracias que lleva consigo por medio de una neutralidad imposible, puesto que todas se encontraban al paso de los ejércitos beligerantes. Napoleon, en vez de la neutralidad, les habia ofrecido su alianza, prometiendo terminar en provecho suyo las cuestiones de territorio ó de soberania que las separaban del Austria desde el arreglo de 1803, no acabado del todo, y el gran duque de Baden acabó por aceptar aquella alianza, ofreciendo tres mil hombres y mas viveres y medios de transporte que los que debian comprarse en el mismo pais. Despues de hacer noche en Ettlingen, Napoleon se puso en camino para Stuttgard el dia 2 de octubre, habiendo estado á punto de estallar antes de su llegada una reyerta entre el elector de Wurtemberg y el mariscal Ney. Dicho elector,

conocido en Europa por su carácter vivo, se ocupaba en aquel momento en discutir con el ministro de Francia las condiciones de una alianza que no era muy de su gusto; pero no queria que mientras no se concluia el tratado entrasen tropas, ya en Luisburgo, que era su morada de recreo, ya en Stuttgard, donde tenia la capital. El mariscal Ney consintió en no entrar en Luisburgo, pero mandó asestar la artilleria contra las puertas de Stuttgard, y por este medio consiguió que se las abriesen, llegando por lo mismo Napoleon en tiempo muy oportuno para calmar la furia del elector. Recibido allí con mucha magnificencia, estipuló con él una alianza que labró el engrandecimiento de aquella casa, ni mas ni menos que la de todos los principes del Mediodia de Alemania. El tratado se firmó el dia 5 de octubre, comprometiéndose por su parte Francia á engrandecer á la casa de Wurtemberg, mientras esta se obligaba por la suya á proporcionar diez mil hombres, y mas viveres, caballos y carretas que debian pagarse, á tener que apoderarse de ellos.

Napoleon permaneció tres ó cuatro dias en Luisburgo, para que sus cuerpos de la izquierda tuviesen tiempo de llegar á la línea, porque era una posicion sumamente delicada la de tener que costear por espacio de cuarenta leguas á un enemigo que reunia de ochenta á noventa mil hombres, sin alarmarle demasiado, y sin esponerse á verle caer de pronto sobre una de sus alas, lo cual evitó Napoleon con un arte y prevision admirables. Atravesaban á Wurtemberg tres caminos que iban á parar á los extremos de los Alpes de Suabia, á que queria llegar, para tocar en el

Danubio entre Donanwerth é Ingolstadt; el principal de estos caminos era el de Pforzheim, Stuttgart y Heidenheim, que se dirigia á lo largo del flanco de las montañas, y tenia comunicacion con las posiciones que los austriacos habian tomado en Ulm, por medio de una multitud de desfiladeros. Este era el que habia que recorrer con mayores precauciones, á causa de lo inmediato que estaba el enemigo, y Napoleon lo ocupaba con la caballeria de Murat, el cuerpo del mariscal Lannes, el del mariscal Ney y la guardia. El segundo, esto es, el que partiendo de Spira, pasaba por Heibronn, Hall y Ellwangen, para ir á parar á la llanura de Nordlingen, estaba ocupado por el cuerpo del mariscal Soult, y el tercero partia de Mannheim, y pasaba por Heidelberg, Neckar-Elz á Ingelfingen, yendo á parar á Oettingen. Este lo recorria el mariscal Davout, y se acercaba hácia la direccion que debian tomar los cuerpos de Bernardotte y Marmont, para trasladarse al Danubio por Wurtzburgo. Napoleon dispuso la marcha de aquellas diferentes columnas, de manera que todas pudiesen llegar del 6 al 7 de octubre á la llanura que se estiende á orillas del Danubio, entre Nordlingen, Donanwerth é Ingolstadt; pero como en este movimiento de conversion, la izquierda tenia que girar perpendicularmente sobre la derecha, esta debia describir un círculo menos estenso que aquella. Mandó, pues, que la derecha aflojase el paso, para que tuviesen tiempo de acabar su movimiento de conversion los cuerpos de Marmont y Bernardotte, que formaban el extremo izquierdo; el mariscal Davout que iba detrás de ellos, y el mariscal

Soult, que seguia á Davout, enlazándolos á todos con el cuartel general.

Despues de esperar lo suficiente, Napoleon se puso en marcha el 4 de octubre con toda la derecha, mientras que Murat galopaba sin cesar á la cabeza de la caballeria, presentándose unas veces en la entrada de un desfiladero y otras en la de otro, para retirarse con sus escuadrones así que los parques y bagages estaban bastante delante para no tener nada que temer. Napoleon, con los cuerpos de Lannes, Ney y la guardia, seguia el camino de Stuttgart, pronto á acudir en socorro de Murat, si el enemigo aparecia con grandes fuerzas en uno de los desfiladeros; y en cuanto á los cuerpos de Soult, Davout, Marmont y Bernardotte, que componian el centro y la izquierda del ejército, no podian verse en peligro hasta que no se hubiese ejecutado el movimiento de dar vuelta á los Alpes de Suabia, y tuvieran que desembocar en los llanos de Nordlingen. Podia suceder en efecto, que advertido demasiado pronto el general Mack, se replegase desde Ulm sobre Donanwerth, pasara el Danubio, y fuera á pelear en aquellos mismos llanos de Nordlingen, para contener á los franceses; pero Napoleon lo tenia todo dispuesto para que Murat, Ney, Lannes, y con ellos los cuerpos de los mariscales Soult y Davout cuando menos, hiciesen conversion juntos el 6 de octubre entre Heidenheim, Oettingen y Nordlingen, á fin de oponer contra el enemigo una masa respetable. Sin embargo, todo su afán era engañar al general Mack, todo el tiempo necesario para que no pensara en levantar el campo, y pudiesen llegar

nuestras tropas al Danubio por Donanwerth, antes de que hubiese dejado las posiciones de Ulm. El 4 y 6 de octubre, todo seguía presentando el mejor aspecto; hacía un tiempo soberbio, y los soldados, bien provistos de zapatos y capotes, marchaban alegremente, de modo que avanzaban a un mismo tiempo en una línea de batalla de veinte y seis leguas, ciento ochenta y seis mil franceses, tocando la derecha con las montañas, y haciendo conversión la izquierda hacia las llanuras del Palatinado alto, con lo cual podían reunirse en el espacio de algunas horas hasta noventa ó cien mil hombres en cualquiera de sus dos alas, sin que los austriacos tuviesen la menor idea de aquella operación tan vasta como extraordinaria.

«Los austriacos, escribió Napoleón a Mr. de Talleyrand y al mariscal Augereau, se hallan en las bocas de la Selva Negra. ¡Dios quiera que permanezcan en ellas! Lo único que temo es no vayamos á causarles demasiado miedo... Como me dejen ganarles algunas marchas, tengo esperanzas de cogerles la vuelta, y situarme con todo mi ejército entre el Lech y el Isar.»—Y al ministro de policía dijo lo siguiente: «Prohibid á los periódicos del Rin que hablen del ejército, pues deben considerarlo como si no existiese.»

Para llegar al punto que se les había indicado, tenían que atravesar los cuerpos de Bernardotte y Marmont una de las provincias que Prusia tenía en Franconia, esto es, Anspach, pues aunque en rigor podía evitarse el tocar al territorio prusiano, estrechando aquellos cuerpos con el que mandaba el mariscal Davout, con lo cual los

atraía hacia donde él estaba, Napoleón, todos los caminos se hallaban atestados de tropas, y de aglomerar en ellos otras nuevas, habrían resultados inconvenientes para el orden de los movimientos y la conducción de víveres. Además, si se estrechaba el círculo descrito por el ejército, había menos probabilidades de envolver al enemigo, y Napoleón quería abrazar en su movimiento el curso del Danubio hasta Ingolstadt, para desembocar lo más lejos posible á espaldas de los austriacos, y poder detenerlos en caso de que retrocediesen del Iller hasta Lech. No figurándose, pues, que en el estado en que se hallaban sus relaciones con Prusia, que pudiera mostrarse quisquillosa con él, contando con el uso establecido en las últimas guerras, de atravesar las provincias prusianas de Franconia por hallarse fuera de la línea de neutralidad, y no habiendo como no había recibido advertencia alguna para que obrase de otro modo entonces, Napoleón mandó que Marmont y Bernardotte penetrasen en el territorio de Anspach. Viendo esto los magistrados prusianos, se presentaron en la frontera para protestar en nombre de su soberano contra la violencia que nuestro ejército intentaba; pero la contestación fué mandar lo que ya había mandado, por lo cual pasaron las tropas adelante, pagando cuanto tomaban y observando la más rigurosa disciplina. Así es que los súbditos prusianos, que cobraban perfectamente el pan y la carne que suministraban á nuestros soldados, no se enfadaron al parecer mucho de aquella pretendida violación de territorio.

El 6 de octubre habían llegado nuestros seis

cuerpos de ejército sin desgracia alguna al otro lado de los Alpes de Suabia, esto es, el mariscal Ney á Heidenheim, el mariscal Lannes á Neresheim, el mariscal Soult á Nordlingen, el mariscal Davout á Oettingen, y el general Marmont con el mariscal Bernardotte al camino de Aichstedt, todos ellos á la vista del Danubio y mucho mas allá de la posicion de Ulm.

¿Qué es lo que hacian entre tanto el general Mack, el archiduque Fernando y todos los oficiales del estado mayor austriaco? Afortunadamente no comprendieron los intentos de Napoleon, confirmándose, por el contrario, en la idea de que los franceses iban á tomar el camino de costumbre, al ver que habian pasado el Rin por Strasburgo cuarenta mil hombres, penetrando desde luego en los desfiladeros de la Selva Negra, y esta opinion tomó en ellos mayor consistencia al verla confirmada tambien por los partes que les daban espías falsos, enviados diestramente por Napoleon. Es verdad que oyeron hablar de que en el Wurtemberg habia algunas tropas francesas, pero creyeron irian á ocupar los pequeños Estados de Alemania, y quizá á socorrer á los bávaros, ademas de que nada hay mas contradictorio y descabellado, que esa multitud de partes que dan los espías ó los oficiales enviados á reconocer el campo. Unos sitúan cuerpos de ejército donde solo encuentran destacamentos y otros simples destacamentos donde debieron ver cuerpos de ejército, sucediendo muchas veces que no ven por sus propios ojos lo mismo que refieren, contentándose con oír á gentes asustadas, sorprendidas ó maravilladas de lo que han visto. La

policia militar, ni mas ni menos que la civil, miente, exagera, se contradice, y hace que si el hombre de superior talento distingue la verdad en medio del caos que se nota en sus partes, se pierda en ese mismo caos, el hombre de escasas luces. Y sobre todo, cuando abrigamos una preocupacion formada de antemano, cuando nos inclinamos á creer que el enemigo ha de llegar por un punto mas bien que por otro, interpretamos en un sentido, por poco que á ello se presten, los hechos recogidos de ajenas bocas, naciendo de esto grandes errores, que algunas veces son causa de las ruinas de los ejércitos y hasta de los imperios.

Tal era en aquel momento la situacion de ánimo en que se encontraba el general Mack: hacia mucho tiempo que los oficiales austriacos preconizaban la posicion que apoyándose por la derecha en Ulm, y por la izquierda en Memmingen, hacia frente á los franceses que desembocáran por la Selva Negra, y autorizado por una opinion que era general, ademas de que obedecia órdenes terminantes, Mack se habia establecido en aquella posicion, donde tenia viveres y municiones, no pudiendo menos de estar persuadido por lo mismo que se habia situado en punto conveniente. La única precaucion que tomó á sus espaldas fue enviar á Ingolstadt al general Kienmayer con algunos miles de hombres, para que observase á los bávaros que se habian refugiado al Palatinado alto, y enlazase sus operaciones con los rusos que esperaba por la carretera de Munich.

Mientras que dominado el general Mack por

una opinion formada de antemano, permanecia inmóvil en Ulm, el 6 de octubre desembocaron en las llanuras de Nordlingen, mas allá de los montes de Suabia, á que habian dado vuelta, y á orillas del Danubio, que iban á pasar los seis cuerpos del ejército francés. El 6 por la noche la division de Vandamme, que pertenecia al cuerpo del mariscal Soult, se anticipó á tod s las demas, tocó en el Danubio, y se apoderó por sorpresa del puente de Munster, á una legua mas arriba de Donanwerth. Al dia siguiente, 7 de octubre, sorprendió el cuerpo del mariscal Soult el puente del mismo Donanwerth, débilmente disputado por un batallon de Colloredo, que no pudiendo defenderle, procuró destruirlo aunque inútilmente, pues las tropas de Soult le repararon en muy poco tiempo, pasándolo de prisa y corriendo. Murat, con sus divisiones de dragones delante del ala derecha, la cual se componia de los cuerpos de los mariscales Lannes y Ney, se dirigió al puente de Munster, de que ya se habia apoderado Vandamme, lo reclamó para sus tropas y las que le seguian, abandonó el de Donanwerth á las del mariscal Soult, siguió sin detenerse con una division de dragones y pasó el Danubio, á fin de tomar el puente de Rain sobre el Lech, lo cual era sumamente importante. Este rio, que corre detrás del Iller, casi paralelamente á él, para ir á reunirse con el Danubio cerca de Donanwerth, forma una posicion situada mas allá de la de Ulm, y ocupar el puente de Rain era lo mismo que dar la vuelta á un mismo tiempo al Iller y al Lech, dejando al general Mack pocas probabilidades de retroceder á tiempo. Los dra-

gonos de Murat tomaron á galope á Rain y el puente de Lech, arrollando doscientos ginetes á todas las patrullas del cuerpo de Kienmayer, mientras que el mariscal Soult se situaba con fuerzas superiores en Donanwerth, y el mariscal Davout llegaba á la vista del puente de Neuburgo.

Napoleon se trasladó á Donanwerth aquel mismo dia, pues aunque se habian realizado sus esperanzas, no tenia por completamente asegurado el éxito mientras no hubiese recogido hasta el último fruto de su bella maniobra. Todos los prisioneros que se hicieron, que subian á algunos centenares, dijeron que el general Mack se hallaba en Ulm sobre el Iller, siendo su retaguardia mandada por el general Kienmayer, y destinada á enlazar sus operaciones con las de los rusos, la que acababan de encontrar nuestras tropas y rechazar hasta mas allá del Danubio. Napoleon pensó al instante en tomar posicion entre los austriacos y los rusos, con el objeto de impedir que se reuniesen, y como el primer movimiento del general Mack, si es que sabia tomar una resolucion á tiempo, debia ser dejar las orillas del Iller, replegarse hácia el Lech, y atravesar á Augsburgo para reunirse con el general Kienmayer, Napoleon, sin pérdida de tiempo, tomó las disposiciones siguientes. No quiso dirigir el cuerpo de Ney mas allá del Danubio, y lo dejó en los caminos que van del Wurtemberg á Ulm, para guardar la márgen izquierda del Danubio, que era por donde íbamos llegando; mandó á Murat y á Lannes que pasasen hácia la márgen derecha por los dos puentes de que era dueño, esto es, los de

Munster y Donanwerth, que volviesen á subir el rio, y fueran á situarse entre Ulm y Augsburgo, para impedir que el general Mack se retirase por la carretera que va de Augsburgo á Munich. El punto intermedio que tenian que ocupar era Burgau, y Napoleon mandó al mariscal Soult que saliese de la embocadura del Lech, que era donde habia tomado posicion, subiese de nuevo la confluencia del Danubio hasta Augsburgo, con las tres divisiones de Saint-Hilaire, Vandamme y Legrand, mientras la de Suchet, que era la cuarta del mariscal Soult, seguia á las órdenes de Lannes. De este modo el mariscal Ney con veinte mil hombres en la izquierda del Danubio, que habiamos ya dejado, Murat y Lannes con cuarenta mil en la derecha, que acabábamos de invadir, y el mariscal Soult con treinta mil en el Lech, podian envolver al general Mack por cualquier parte que quisiera escaparse.

Ocupándose Napoleon en otras cosas, mandó al mariscal Davout que se apresurase á pasar el Danubio por Neuburgo, y á dejar libre el punto de Ingolstadt, adonde debian ir á parar Marmont y Bernardotte, pues como el camino que estos seguian era mas largo, se hallaban dos jornadas mas atrás. El mariscal Davout debia dirigirse en seguida á Ainach, hácia el camino de Munich, para empujar al general Kienmayer, y formar la retaguardia de las masas que iban aglomerándose en derredor de Ulm. Los cuerpos de Marmont y Bernardotte tenian orden de acelerar el paso, atravesar el Danubio por Ingolstadt y dirigirse hácia Munich, á fin de volver á colocar al elector en su capital al mes solamente de haberla dejado,

siendo el mariscal Bernardotte, compañero en aquel momento de los bávaros, el que debia tener la honra de instalarlos de nuevo en su pais. Con esta disposicion, Napoleon presentaba á los rusos que apareciesen por Munich, Bernardotte y los bávaros, y luego en caso de necesidad, Marmont y Davout, los cuales debian, segun lo exigiesen las circunstancias, trasladarse á Munich ó á Ulm, para ayudar á cercar completamente al general Mack.

El 8 de octubre, subió el mariscal Soult el Lech para trasladarse á Augsburgo, sin encontrar á los enemigos, y Murat y Lannes, que estaban destinados á ocupar el espacio comprendido entre el Lech y el Iller, subieron de Donanwerth á Burgau, por medio de un terreno levemente cortado, cubierto acá y allá de arbolado, ó atravesado por riachuelos que van á desaguar en el Danubio. Los dragones marchaban á la cabeza, cuando encontraron á un cuerpo enemigo, mas numeroso que ninguno de los que hasta allí habian divisado, y que se habia situado por delante al rededor de una gran villa llamada Wertingen. Componiase aquel cuerpo enemigo de seis batallones de granaderos y tres de fusileros, mandados por el baron de Auffenberg, dos escuadrones de coraceros al mando del duque Alberto, y otros dos de caballeria ligera á las órdenes de Latour, y habia salido á reconocer el campo, así que se esparció, aunque de un modo vago, la noticia de que los franceses se hallaban en las orillas del Danubio. El general Mack seguia en su creencia de que aquellos franceses pertenecian al cuerpo de Bernardotte, situado, segun decian, en

Wurtzburgo para socorrer á los bávaros, y los oficiales austriacos estaban comiendo cuando fueron á comunicarles que se veía á los franceses. Sorprendidos en extremo, no quisieron creerlo en un principio, mas no pudiendo dudarlo á poco, montaron á caballo precipitadamente para ponerse á la cabeza de sus tropas. Antes de llegar á Wertingen habia un lugarejo llamado Hohenreichen, y guarnecido por algunos centenares de austriacos, tanto de infantería y caballería, los cuales abrigados con las casas, empezaron á hacer un fuego incómodo, poniendo en aprieto al primer regimiento nuestro de dragones que se acercó. El gefe de escuadron Excellmans, el mismo que despues se distinguió tanto en repetidos encuentros, y que entonces era simple ayudante de campo de Murat, acudió al oír ruido de fusilería, y mandando echar pie á tierra á doscientos dragones que se prestaron á ello de muy buena gana, se arrojó fusil en mano contra el lugarcillo, no sin desalojar de él á los que lo ocupaban. Entretanto acudieron nuevos destacamentos de dragones, y con ellos estrecharon los nuestros mas y mas á los austriacos, los persiguieron hasta penetrar en Wertingen, dejaron atras esta villa, y encontraron formados en cuadro sobre una especie de colina á los nueve batallones, con artillería y caballería en las alas. El valiente gefe de escuadron Excellmans cargó al instante al cuadro, poco estenso, pero estrecho y profundo en su línea, y le mataron un caballo, viendo caer á su lado al coronel Meaupetit de un bayonetazo. Por muy vigoroso que fué el ataque, no pudieron los nuestros penetrar aquella masa compacta, transcur-

riendo así cierto tiempo, durante el cual procuraron los dragones franceses acuchillar á los granaderos austriacos, los cuales les contestaban á bayonetazos y tiros, hasta que al fin apareció Murat con el grueso de la caballería, y Lannes acudió con los granaderos de Oudinot, atraídos unos y otros por los cañonazos. Inmediatamente mandó cargar Murat el cuadro enemigo á sus escuadrones, y Lannes se apresuró á dirigir sus granaderos hácia los lindes de un bosque que se descubria en el fondo, á fin de cortar enteramente la retirada á los austriacos. Así es que cargados estos de frente, y viéndose amenazados por detras, retrocedieron primero en masa cerrada, y luego en desórden, debiéndose el no haberse apoderado por completo de los nueve batallones austriacos á que los granaderos de Oudinot no pudieron llegar al terreno convenido pocos momentos antes de lo que lo verificaron. Con todo se hicieron dos mil prisioneros, cogiendo al enemigo además muchas piezas de artillería y algunas banderas.

Lannes y Murat, que habian visto al gefe de escuadron Excellmans en la punta casi de las bayonetas enemigas, quisieron que él mismo llevase á Napoleon la noticia de aquel primer triunfo, y las banderas cogidas al enemigo; y Napoleon recibió en Donauwerth al jóven y brillante oficial, concediéndole las insignias en presencia de su estado mayor, á fin de dar mas realce á los primeros premios conseguidos en aquella guerra.

El mismo dia, esto es el 8 de octubre, entró el mariscal Soult en Augsburgo sin tener siquiera que sacar la espada; el mariscal Davout

pasó al Danubio por Neuburgo, y se dirigió á Ainach, para tomar la posición intermedia que le habían señalado, entre los cuerpos franceses que iban á cercar á Ulm, y los que iban á Munich para hacer frente á los rusos; y el mariscal Bernardotte y el general Marmont hacían preparativos para pasar el Danubio hácia Ingolstadt, con intención de dirigirse á Munich.

Napoleon mandó estrechar mas de cerca la posición de Ulm, previniendo al mariscal Ney subiese por la margen izquierda del Danubio, y se apoderase de todos los puentes, para poder obrar en ambas orillas, y á Murat y á Lannes que subieran por su parte hácia la margen derecha, contribuyendo con Ney, á cercar cada vez mas á los austriacos. Al día siguiente 9, el mariscal Ney, que siempre se sentía dispuesto á cumplir con las órdenes que recibía, y sobre todo cuando estas órdenes le aproximaban al enemigo, llegó á las orillas del Danubio, y volvió á subir hasta las alturas que dominan á Ulm, encargando á la división de Malher se apoderase de los puentes que encontrase, los cuales estaban en Gunzburgo.

Estos puentes eran tres, hallándose el principal delante de la villa de Gunzburgo, el segundo mas arriba, delante de la aldea denominada Leipheim, y el tercero mas abajo delante del lugar-cillo llamado Reizensburgo. El general Malher mandó atacarlos á un mismo tiempo, encargando al oficial de estado mayor Lefol, que embistiese el de Leipheim con un destacamento, y al general Labassée que atacase el de Reizensburgo con el regimiento 59 de línea, mientras que él,

á la cabeza de la brigada de Marcognet, atacaba el puente principal, esto es el de Gunzburgo. Siendo irregular en aquella parte de su curso la madre del Danubio, era preciso atravesar una multitud de islas, y brazos de pequeña importancia, pero cercados de sauces y álamos; pero la vanguardia cayó sobre ellos con resolución, vadeó la parte que le perjudicaba, y se apoderó de doscientos ó trescientos tiroleses, así como del baron de Aspre, mayor general que mandaba en aquel punto. No tardaron en llegar nuestras tropas al gran brazo sobre que está construido el puente de Gunzburgo, y como los austriacos hubiesen destruido al tiempo de emprender su retirada un ojo, el general Malher trató de repararlo, mas en la orilla opuesta había varios regimientos austriacos, una artillería numerosa, y refuerzos con que acudió allí el archiduque Fernando. Los austriacos empezaban ya á comprender cuan seria era la operación emprendida á sus espaldas, y querían hacer un gran esfuerzo para salvar cuando menos los puentes mas inmediatos á Ulm, por lo cual hicieron contra los franceses un fuego mortífero de fusilería y artillería. Estos, que no se hallaban abrigados como ellos con islas cubiertas de bosques, y que estaban á descubierto en las márgenes del río, sufrieron aquel fuego con extraordinaria constancia, y como era una cosa imposible pasar á vado, se arrojaron sobre los puntales del puente para ver de repararlo con tablones; mas derribados los trabajadores uno á uno por las balas enemigas, no pudieron conseguirlo, habiendo sufrido crueles pérdidas las líneas francesas, espuestas como estu-

vieron tanto tiempo á los tiros de los austriacos, hasta que el general Malher mandó que se replegasen á las islas cubiertas de arboleda, para no prolongar una temeridad inútil.

Aquella tentativa infructuosa nos costó algunos centenares de hombres, y en cuanto á los otros dos ataques se dieron simultáneamente, aunque fué imposible el de Leipheim por unas lagunas que no lo permitieron. El de Reisenburgo fué mas afortunado, pues el general Labassée, llevando á su lado al coronel Lamée, comandante del 59, se dirigió con este regimiento hácia la orilla del gran brazo del Danubio, y aunque los austriacos habian destruido allí tambien un ojo del puente, no tan completamente que nuestros soldados no pudiesen repararlo y pasar. El 59 atravesó el puente, y tomó á Reisenburgo y las alturas inmediatas, á pesar de triples fuerzas cuando menos, y de caer muerto su coronel Lamée pelcando á la cabeza de los soldados. Viendo la caballería enemiga que solo un regimiento habia pasado el puente, corrió á socorrer á la infantería, y cargó desesperada al 59 que se hallaba formado en cuadro; pero aunque se arrojó por tres veces sobre las bayonetas de aquel valiente regimiento, otras tantas tuvo que detenerse, gracias á un fuego de fusilería dirigido á boca de jarro, hasta que al fin quedó el campo por el 59 de línea, despues de hacer esfuerzos cuyo recuerdo merece ser consignado.

Dueños nosotros de uno de los tres puentes, el general Malher dirigió su división á la caída de la tarde hácia Reisenburgo, y no queriendo

los austriacos obstinarse en disputar á Gunsburgo, se replegaron hácia Ulm la misma noche, dejando en manos de los franceses unos mil prisioneros y trescientos heridos.

El coronel Lamée fué enterrado con gran pompa: las divisiones del cuerpo de Ney, reunidas en Gunsburgo, asistieron á sus funerales el dia 10, y todos unánimemente sintieron la muerte de aquel valiente militar. Despues colocó el mariscal Ney á la division de Dupont en la margen izquierda del rio, y mandó pasasen á la margen derecha las divisiones de Malher y Loison, para poder estar en comunicacion con Lannes.

Napoleon permaneció en Donanwerth hasta el 9 por la noche que salió para Augsburgo, por que este era el centro donde se recogian las noticias y de donde partian las disposiciones que habia que tomar, además de que estar en Augsburgo era lo mismo que si estuviese entre Ulm por una parte y Munich por la otra, y entre el ejército de Suabia que iba á envolver, y los rusos, cuya llegada se susurraba por todos. Al alejarse de Ulm por uno ó dos dias, quiso concentrar el mando bajo una misma mano, y por razon de parentesco, mucho mas que por razon de superioridad, puso á las órdenes de Murat á los mariscales Ney y Lannes, lo cual les disgustó mucho, causando entre ellos escenas molestas. Tales eran los obstáculos inseparables del régimen que acababa de establecerse en Francia, pues si las repúblicas tienen el inconveniente de suscitar sangrientas rivalidades, las monarquias tienen la de haber de contentar á los miembros de la familia reinante. En cuanto á Murat, reu-

nió á sus órdenes sesenta mil hombres para obligar al general Mack á que se mantuviese al pié de las murallas de Ulm.

Cuando Napoleon llegó á Augsburgo, encontró allí al mariscal Soult con el cuarto cuerpo, y por lo que hace á los demas gefes de cuerpo, Davout se habia situado en Ainach, Marmont marchaba detras, y Bernardotte se encaminaba hácia Munich, de suerte que el ejército francés se encontraba poco mas ó menos en la situacion en que se hallaba en Milan, cuando despues de atravesar como por milagro el monte San Bernardo, estaba situado á espaldas del general Melas buscándole para envolverse, pero sin saber el camino por donde podria darle alcance. Igual incertidumbre reinaba acerca de los proyectos del general Mack, y todo el afan de Napoleon era prevenir lo que podia intentar al verse en tanto peligro, costándole sumo trabajo adivinarlo, porque ni el mismo general Mack lo sabia. Mas difícil es adivinar las intenciones de un contrario irresoluto que de otro resuelto, pues así como la incertidumbre puede perdernos hoy, mañana sirve para engañar al enemigo, razon por la cual Napoleon atribuyó al general Mack el designio mas acertado, esto es de escaparse por el Tirol. Efectivamente, si dicho general se dirigia hácia Memmingen por la izquierda de las posiciones de Ulm, solo tenia que andar dos ó tres jornadas para penetrar en el Tirol por Kempten, reuniéndose con el ejército que guardaba la cadena de los Alpes y el que ocupaba á Italia, con eso se salvaba é iba á contribuir á formar una masa de doscientos mil hombres, masa siempre formida-

ble, cualquiera que sea la posicion que tome en el teatro general de las operaciones, y aun cuando esto no sucediese, lo cierto es que se libraba de una catástrofe eternamente célebre en los anales de la guerra.

Napoleon le atribuyó, pues, este intento, no parándose en otro pensamiento que podia haber concebido el general Mack, y que en efecto concibió por un instante, cual fué el de escaparse por la márgen izquierda del Danubio, guardada únicamente por una de las divisiones del mariscal Ney, esto es la de Dupont. Bien es verdad que este partido desesperado era el que menos podia suponerse en el general austriaco, porque exigia una audacia extraordinaria, y era preciso cortar el camino que los franceses habian seguido, y que todavía estaba cubierto de equipages y depósitos, esponiéndose quizá á encontrarse con ellos en masa y tener que arrollarlos para retirarse á Bohemia. Napoleon no admitió semejante probabilidad, pensando únicamente en cerrar los caminos del Tirol, para lo cual mandó al mariscal Soult que subiese el Lech hasta Landsberg, para ir á ocupar á Memmingen, é interceptar el camino que va de esta poblacion á Kempten. Además dispuso que el cuerpo del general Marmont reemplazase en Augsburgo al del mariscal Soult, estableciendo en aquella ciudad á su guardia, la cual seguia como de costumbre el cuartel general, y allí esperó á que los cuerpos de su ejército ejecutasen sus movimientos, rectificando su marcha cuando lo creia necesario.

Empujando Bernardotte á la retaguardia de

Kienmayer, entró en Munich el 12 por la mañana, al mes precisamente de haber invadido aquel territorio los austriacos y haberse retirado los bávaros; pero antes cogió al destacamento enemigo que llevaba por delante unos mil prisioneros. Enagenados de gozo los bávaros, recibieron á los franceses con vivas y aplausos, porque no podían haber prestado socorro á sus aliados ni mas pronto ni mas oportunamente, y sobre todo cuando algunos dias antes se hallaban al otro extremo del continente, en las orillas del canal de la Mancha. Napoleon escribió al instante al elector induciéndole á que regresase á su capital con todo el ejército bávaro, el cual hubiese sido inútil en Wurtzburgo, y fué destinado á ocupar la línea del Inn, en unión con el cuerpo de Bernadotte, con especial encargo por parte de Napoleon de que lo empleasen en hacer reconocimientos, pues siendo como le era perfectamente conocido el pais, podia dar mejores informes acerca de la marcha de los rusos, que debían llegar por el camino de Viena á Munich.

El mariscal Soult, que fué enviado hácia Landsberg, solo encontró allí á los coraceros del príncipe Fernando, que iban replegándose hácia Ulm á marchas forzadas; y tal era el ardor de nuestras tropas, que el regimiento 26 de cazadores no temió medir sus fuerzas contra la caballería pesada de los austriacos, á la cual quitó un escuadron entero con dos piezas de artillería. Aquel encuentro probaba evidentemente que en vez de huir hácia el Tirol los austriacos, se concentraban detrás del Iller, entre Memmingen y Ulm, y que allí se preparaba otra batalla como

la de Marengo, por lo cual todo lo dispuso Napoleon para darla con cuantas fuerzas pudiese llevar. Desde luego supuso que podria verificarse el 13 ó 14 de octubre; pero como no tenia prisa, puesto que los austriacos no tomaban la iniciativa, prefirió el dia 14, á fin de tener mas tiempo para reunir sus tropas. Lo primero que hizo fué modificar la posicion del mariscal Davout, á quien dirigió de Aichach á Dachau, de manera que situado dicho mariscal en un punto ventajoso entre Augsburgo y Munich, podia en el espacio de tres ó cuatro horas, ó trasladarse á Munich, para oponer á los rusos en unión con Bernadotte y los bávaros sesenta mil combatientes, ó volverse hácia Augsburgo para secundar á Napoleon en sus operaciones contra el ejército del general Mack. Así que tomó estas precauciones á sus espaldas, dispuso lo siguiente sobre su frente, siempre teniendo fija la vista en el dia 14. Al mariscal Soult le mandó que para el 13 estuviese situado en Memmingen, algo mas lejos de esta posicion por la izquierda, y enlazándose por la derecha con los cuerpos que debían trasladarse al Iller, y á su guardia la envió á Weissenhorn, á donde resolvió trasladarse él tambien. De este modo esperaba reunir cien mil hombres en un espacio de diez leguas, pues pudiendo como podían las tropas hacer en un dia una marcha de cinco leguas y entrar en combate, le era fácil concentrar en un mismo campo de batalla, esto es, desde Memmingen á Ulm, los cuerpos de Ney, Lannes, Murat, Marmont, Soult y la guardia. Por lo demas, el destino le reservaba un triunfo diferente en un todo al que tenia espe-

ranzas de alcanzar, mas nuevo y no menos asombroso por las consecuencias que produjo.

Napoleon dejó á Augsburgo el día 12 á las once de la noche, para trasladarse á Weissenhorn; y en el camino encontró á las tropas del cuerpo de Marmont, compuestas de franceses y holandeses, agoviadas de cansancio, y cargadas de sus armas y raciones de víveres para algunas días. El tiempo que fué magnífico hasta pasar el Danubio, se convirtió en malísimo, pues caía una nieve espesa que al derretirse se convertía en lodo, poniendo intransitables los caminos, y haciendo salir de madre á todos los riachuelos que van á desaguar en el Danubio. Así es que los soldados caminaban por medio de verdaderos pantanos, embarazados muchas veces en su marcha por los trenes de artillería, y sin embargo no murmuraban siquiera. Napoleon se detuvo para arengarlos, hizo que formasen un círculo en torno suyo, y les espuso la situación del enemigo, así como la maniobra de que acababa de valerse para envolverle, prometiéndoles una victoria tan magnífica como la de Marengo. Llenos de júbilo los soldados al oír estas palabras, envanecidos al ver que el mayor capitán del siglo les explicaba sus planes, se entregaron á verdaderos transportes de entusiasmo, y le contestaron con gritos unánimes de *viva el emperador!* volviendo á emprender la marcha, impacientes por concurrir á la gran batalla que se esperaba. Los que oyeron las palabras del emperador las repetían á los que no habían podido oírlas, y todos decían enagenados de gozo que no iba á quedar un solo austriaco que no fuese hecho prisionero.

Entretanto, ya era tiempo de que Napoleon se volviese hácia el Danubio, pues Murat comprendió mal sus órdenes, lo cual hubiera producido desgracias á ser mas emprendedores los austriacos.

Mientras que Lannes y Murat cercaban á Ulm por la márgen derecha del Danubio, Ney permaneció á caballo sobre el rio, con dos divisiones en la orilla derecha, y solo una, esto es la del general Dupont, en la izquierda, situación falsa que conoció al aproximarse á Ulm para cercarlo. Iluminado por los hechos que veía entonces mejor, guiado por un feliz instinto de guerra, y confirmado en su parecer por la opinion del coronel Jomini, oficial de estado mayor de elevado mérito, entrevió Ney el riesgo que resultaba de dejar una division tan solo en la orilla izquierda del rio, porque bien podía suceder que los austriacos se aprovecharan de la ocasion que se les presentaba de huir por la orilla izquierda, arrollando á nuestros equipages y parques, que seguramente no les harían gran resistencia. Murat no convenia en que pudiera acaecer esto, y apoyándose en cartas que había interpretado mal del emperador, quien en la esperanza de que iba á trabarse una accion formal sobre el Iller, mandaba concentrar allí todas las tropas, creía que la division de Dupont bastaba y sobraba en la orilla izquierda, puesto que dicha division no debía concurrir á la accion el día de la gran batalla. Esta divergencia de pareceres produjo un vivo altercado entre Ney y Murat, es decir, entre Ney que se hallaba ofendido por tener que obedecer á un gefe á quien creía inferior en talento, si le era superior por

ser pariente de Napoleon, y Murat, que estaba lleno de orgullo por su nuevo rango, y sobre todo porque Napoleon le comunicaba mas directamente su modo de pensar. Así es que manifestó al mariscal Ney de oficio que era superior á él, y acabó por darle órdenes terminantes, de suerte que á no mediar amigos de uno y otro, aquellos lugartenientes del emperador hubieran ventilado su reyerta de un modo poco adecuado á su elevada posicion. De semejante altercado resultó el enviar órdenes contradictorias á la division de Dupont, poniéndola en una situacion peligrosa; pero afortunadamente, mientras ellos disputaban sobre el puesto que debia ocupar, la division salía del peligro en que la puso un error de parte de Murat, por medio de un combate eternamente memorable.

No pudiendo dudar el general Mack por mas tiempo de su infortunio, hizo un cambio de frente, y en vez de tener á su derecha á Ulm, lo tenía á su izquierda, así como Memmingen á esta, en lugar de á la derecha. Siempre apoyado en el Iller, daba la espalda á Francia, como si hubiese salido de ella, mientras que Napoleon presentaba la espalda á Austria, como si esta hubiese sido su punto de partida, posicion natural entre dos generales que se hubiesen cogido la vuelta. Después que el general Mack llamó á sí las tropas que andaban diseminadas por Suabia, como igualmente las que pelearon con pérdida en Wertingen y Gunzburgo, dejó algunos destacamentos sobre el Iller desde Memmingen á Ulm, y reunió la mayor parte de sus fuerzas en este último punto, en el campo atrincherado que domina á aquella poblacion.

Ya conocen nuestros lectores, por haberlas descrito en esta historia, la situacion y forma de aquel campo: la orilla izquierda del Danubio domina allí y mucho á la derecha, y mientras que esta presenta una llanura pantanosa levemente inclinada hácia el rio, aquella por el contrario ofrece á la vista una série de alturas en forma de colinas, bañadas por el Danubio, poco mas ó menos como baña el Sena el terraplen de San German. La principal eminencia entre las de que vamos hablando, es la de Michelsberg, y allí se hallaban acampados hasta unos sesenta mil austriacos, teniendo á sus pies á Ulm.

El general Dupont, que se habia quedado solo en la orilla izquierda, y que conforme á las órdenes del mariscal Ney, debia acercarse á Ulm el 11 de octubre por la mañana, se encaminó hácia dicha plaza por el camino de Albeck, precisamente en el momento en que reunidos en Gunzburgo Murat y Ney se ocupaban en disputar, y Napoleon tomaba en Augsburgo, adonde habia acudido, sus disposiciones generales. Cuando el general Dupont llegó á la aldea de Haslach, desde la cual se descubre en toda su estension el Michelsberg, divisó á sesenta mil austriacos en actitud amenazadora, al paso que su division habia quedado reducida á seis mil hombres de resultas de las últimas marchas, ejecutadas en medio de un tiempo malísimo y con estremada rapidez. Habianle dejado, sin embargo, los dragones desmontados de Baraguey de Hilliers, los cuales se habian agregado durante la travesía del Rhin al Danubio, no á Murat sino al mariscal Ney, y aquel refuerzo de cinco mil hombres hu-

hiera podido servirle de mucho sino se hubiera quedado en Langenau, tres leguas mas atrás.

Al llegar el general Dupont á presencia del Michelsberg y los sesenta mil hombres que lo ocupaban, se encontró con una avanzada de tres regimientos de infantería, dos de caballería, y algunas piezas de artillería; pero aquel oficial, que despues fué tan infortunado, tuvo entonces una inspiración que honraria á los mas grandes capitanes. Juzgó que si retrocedia iba á demostrar su debilidad, no tardando en verse envuelto por diez mil caballos que saldrian á perseguirle, mientras que si por el contrario mostraba osadía, engañaria á los austriacos, persuadiéndoles que aquella era la vanguardia del ejército francés, y los obligaria á ser circunspectos, teniendo tiempo para salir del mal paso en que se habia metido.

En consecuencia, tomó sin detenerse las disposiciones oportunas para entrar en combate, situando á su izquierda, esto es, en la aldea de Haslach, la cual estaba rodeada de un bosquecillo, al regimiento número 32, que se habia hecho célebre en Italia y lo mandaba entonces el coronel Darricau, el 4.º de húsares, y parte de su artillería. En la derecha, apoyada tambien la espalda en un bosque, colocó el regimiento 96 de línea, mandado por el coronel Barrois, el 9.º de ligeros, mandado por el coronel Mennier, y ademas el 47 de dragones. Un poco delante de su derecha, se hallaba la aldea de Jungingen, cerca también de algunos bosquecillos, y mandó ocuparla por un destacamento.

Tal fué la posicion en que el general Dupont recibió á los austriacos, destacados en número de veinte y cinco mil, á las órdenes del archiduque Fernando, para pelear contra una division de seis mil franceses. Cada vez mas inspirado Dupont, conoció bien pronto que su division iba á ser destruida aunque no fuese mas que por el fuego de fusilería, si dejaba que los austriacos desplegasen su línea y estendian el fuego, y para evitarlo juntando á la audacia de una gran resolucion la osadía que se necesita para hacer una cosa con vigor, mandó á los dos regimientos de la derecha, esto es, al 96 de línea y al 9.º de ligeros que cargasen á la bayoneta. Dada la señal, los dos valientes regimientos se ponen en marcha, y caen con bayoneta calada sobre la primera línea austriaca, arrollándola, poniéndola en desórden, y causándola quinientos prisioneros, que envían á la izquierda para que los encierre en la aldea de Haslach. En seguida vuelve á ponerse en posicion con sus dos regimientos el general Dupont, y espera inmóvil á que continúe aquel extraño combate; pero no pudiendo darse por derrotados los austriacos, caen de nuevo sobre él con otras tropas: nuestros soldados avanzan por segunda vez á la bayoneta, rechazan á los agresores, y hacen mas prisioneros. Disgustados los austriacos de aquellos inútiles ataques de frente, dirigen sus esfuerzos sobre nuestras alas, llegando á la aldea de Haslach, protegida por la izquierda de la division de Dupont, y que era donde se hallaban sus prisioneros; pero el 32 de línea, á quien llegó su vez de pelear, les disputa enérgicamente aquella aldea y los arroja de ella, mientras que

el 4.º de húsares, rivalizando con la infantería, dá cargas vigorosas contra las columnas rechazadas. Los austriacos no se limitan á atacar á Haslach, sino que hacen una tentativa en el ala opuesta, y procuran apoderarse de la aldea de Jungingen, situada á la derecha del general Dupont, y donde penetran, favorecidos por el número, haciéndose dueños de ella por un momento. Apreciando el peligro el general Dupont, hace que el 96 vuelva á atacar á Jungingen, y consigue recobrarla; se la quitan de nuevo, y se apodera de ella otra vez, repitiéndose lo mismo hasta cinco veces, sin que ni una sola dejasen de hacer prisioneros los franceses. Empero, mientras que los austriacos consumen sus fuerzas haciendo impotentes esfuerzos contra aquel puñado de soldados, su inmensa caballería, saliendo en todas direcciones, se arroja sobre el regimiento 17 de dragones, carga sobre él repetidas veces, le mata á su coronel el valiente Saint-Dizier, y le obliga á replegarse al bosque en que se apoyaba. Una nube de ginetes austriacos se esparce entonces por las colinas inmediatas, corre hasta la aldea de Albeck, que era de donde había salido la division de Dupont, se apodera de los bagages que debian haber defendido los dragones de Baraguey de Hilliers, y recoge algunos trofeos vulgares, triste consuelo de una derrota causada á veinte y cinco mil hombres por seis mil.

Como cada vez se hacia mas urgente poner término á una situacion tan peligrosa, despues que el general Dupont cansó á los austriacos en una lucha encarnizada de cinco horas, se apresuró á aprovechar la noche para retirarse sobre

Albeck, á donde se dirigió en buen orden, llevando delante cuatro mil prisioneros.

Si el general Dupont no hubiese dado aquel combate extraordinario para detener á los austriacos, estos hubieran huido hácia Bohemia, frustándose una de las combinaciones mas bellas de Napoleon. Esto prueba que los grandes generales han menester grandes soldados, pues los capitanes mas ilustres necesitan muchas veces que sus tropas reparen con su heroismo, ó los azares de la guerra, ó los errores que están espuestos á cometer los hombres de mas genio.

Aquel encuentro con parte del ejército francés, suscitó tempestuosas deliberaciones en el cuartel general austriaco; pues sabiéndose como se sabia que el mariscal Soult se hallaba en Landsberg, no era de suponer que el general Dupont estuviese solo en Albeck, siendo este el motivo porque empezaban á creer nuestros enemigos se encontraban cercados por todas partes. El general Mack, sobre quien han querido hacer recaer los austriacos toda la afrenta de su desastre, cayó en un estado de confusion facil de concebir, pues digan lo que dijeren los que á guisa de jueces se han puesto á racionar, despues de haber tenido lugar aquel suceso, era preciso para que se hubiese salvado, que una inspiracion del cielo le hubiera revelado de pronto lo débil en número del cuerpo que tenia delante, y la posibilidad que habia de retirarse á Bohemia derrotándolo antes. El infortunado general, que no sabia lo que se supo despues, y que de ningun modo debía pensar que los franceses fueran tan débiles en fuerza numérica en la orilla izquierda, se puso á delibe-

socorro y dar en caso necesario una batalla decisiva, era preciso quedarse en masa, y no enviar cuerpos á los dos extremos de la línea que ocupaba el enemigo, porque era esponerlos á ser destruidos uno tras otro. Sea lo que fuese, lo cierto es que el general Mack mandó que Riesc ocupase el convento de Elchingen, el cual está situado en las alturas de la orilla izquierda, muy cerca de Haslach, donde la vispera se dió el combate. Al pie de aquellas alturas y por bajo del convento, habia un puente que Murat hizo ocupar á un destacamento francés, y que los austriacos procuraron destruir antes, puente que el destacamento Murat acabó de arruinar poniéndole fuego, para cubrirse cuando se acercaban las tropas del general Riesc; pero sin embargo subsistian las estacas clavadas en el rio, y que las aguas habian preservado del incendio. De esta suerte el ejército francés estaba incomunicado con la orilla izquierda, á no dirigirse por los puentes de Gunzburgo, situados mucho mas abajo de Elchingen, y habiéndose retirado á Langenau la division de Dupont, podian hacerlo los austriacos para donde les conviniera, pues tenian el camino abierto; pero por fortuna lo ignoraban.

Tal era el estado en que se hallaban las cosas, cuando Napoleon que habia salido de Augzburgo el 12 de octubre por la noche, llegó á Ulm el 13, é inmediatamente recorrió á caballo, á pesar del tiempo espantoso que hacia, todas las posiciones que ocupaban sus lugartenientes, encontrándolos muy enfadados unos con otros, y sosteniendo pareceres en un todo diferentes. Lannes, dotado de talento y penetracion para la

guerra, habia juzgado, como el mariscal Ney, que en vez de querer aceptar una batalla en el Iller, pensaban mas bien los austriacos en huir hácia Bohemia por la orilla izquierda, arrollando á la division de Dupont, y si Napoleon abrigaba alguna duda acerca de lo mismo, ninguna le quedó cuando vió las cosas de cerca. Por otra parte, al mandar que se vigilase la orilla izquierda, colocandó en ella á la division de Dupont, era claro que no fué su intencion dejarla allí sin apoyo, y sobre todo sin asegurarse de si habia ó no medio de pasar de una orilla á otra para socorrerla en caso de ataque, de suerte que ni habia entendido Murat las instrucciones de Napoleon ni la posicion del enemigo. Dió, pues, completamente la razon á los mariscales Ney y Lannes, y mandó reparar inmediatamente los errores cometidos en los dias anteriores, resolviendo se estableciesen las comunicaciones entre la orilla derecha y la izquierda, por el puente mas inmediato á Ulm, esto es, por el de Elchingen. Hubiera podido bajarse hasta Gunzburgo, que nos pertenecia, y volver á pasar el Danubio, subiendo con la division de Dupont ya reforzada hasta Ulm; pero este era un movimiento muy prolongado que dejaba á los austriacos mucho tiempo para escaparse, valiendo mucho mas por consiguiente, establecer al rayar el dia y á viva fuerza el puente de Elchingen que teniamos á la vista, y trasladarse con fuerzas suficientes á la margen izquierda, mientras que el general Dupont subia de Langenau hácia Albeck y Ulm. Napoleon dió en consecuencia las órdenes oportunas para el dia siguiente 14, cuando ya el

mariscal Soult se habia dirigido al otro estremo de la línea del Iller hacia Memmingen, y el general Marmont avanzaba por el centro hacia dicho rio. En cuanto á Lannes, Ney y Murat, que estaban reunidos al pie de Ulm, iban á montar á caballo en ambas orillas del Danubio para tender la mano á la division de Dupont que se habia quedado en la márgen izquierda; pero para ello era preciso volver á establecer el puente de Elchingen. Esta honra cupo á Ney, quien en la mañana del 14 ejecutó el acto de vigor que debia hacernos dueños de las dos orillas del rio.

Aquel intrépido mariscal se hallaba muy disgustado por algunas palabras bastante inoportunas que le habia dicho Murat en el altercado que acababa de tener con él, pues fastidiado este de largos discursos, le manifestó que nada entendia acerca de los planes que estaba esponiendo, y que estaba acostumbrado á formar los suyos al frente del enemigo, como diciendo que él era hombre de accion y el otro un general que se contentaba con discurrir y no peleaba. Así es que apenas amaneció el día 14, montó á caballo el mariscal Ney, se puso de gran uniforme, se colocó todas sus condecoraciones, y cogiendo por el brazo á Murat, se lo sacudió fuertemente delante de todo el estado mayor y aun del emperador, diciéndole con arrogancia:—Venid, príncipe, venid conmigo á formar planes al frente del enemigo.—Luego partió á galope hacia el Danubio, y en medio de una lluvia de balas y de metralla, se encaminó, con el agua hasta el vientre de su caballo, á dirigir la peligrosa operacion que le habian encargado.

Era preciso reparar el puente, del cual solo quedaban los puntales de los arcos, pasarlo, atravesar una pradera que se estendia entre el Danubio y al pie de la colina, apoderarse en seguida de la aldea y el convento de Elchingen, que se elevaba en forma de anfiteatro; y estaba guardado por veinte mil hombres y una artilleria formidable.

Sin asustarse el mariscal Ney al ver tantos obstáculos, mandó al capitán Coisel, ayudante de campo del general Loison, y á un zapador, que se apoderasen de la primera tabla que encontrasen á mano, y la pusieran sobre los puntales del puente, á fin de restablecer el paso bajo el fuego de los austriacos. Al valiente zapador le llevó una pierna un casco de metralla, pero le reemplazó otro inmediatamente, colocando primero una tabla en forma de arco, luego otra y otra, hasta que se compuso un ojo: compuesto el primero se reparó el segundo hasta que de este modo se fueron cubriendo todos los puntales, en medio de un fuego de fusileria mortifero que dirigian contra nuestros trabajadores tiradores muy diestros, apostados en la otra orilla. En seguida los bomberos del 6.º de ligeros, los granaderos del 39 y una compañía de carabineros, sin aguardar á que el puente estuviese completamente asegurado, se arrojaron á la otra parte del Danubio, dispersaron á los austriacos que guardaban la orilla izquierda, y ocuparon el espacio suficiente para que la division de Loison pudiese ir á socorrerlos.

El mariscal Ney hizo entonces que pasaran á la otra orilla del rio el 39 de línea y el 6.º de li-

geros, mandando al general Villatte se pusiese a la cabeza del 39 y se estendiera á la derecha por el prado, á fin de que lo evacuaran los austriacos, mientras él tomaba el convento con el 6.º de ligeros. Detenido el 39 al atravesar el puente por la caballería francesa que se precipitaba á él con ardor, no consiguió pasar todo entero, siendo el primer batallón el único que pudo ejecutar las órdenes que habia recibido, pero tuvo que sufrir las cargas de la caballería austriaca y el ataque de tres batallones enemigos, lo que le obligó, al cabo de una resistencia obstinada, á reconcentrarse por un momento en la salida del puente. Socorrido sin embargo bien pronto por el segundo batallón y los regimientos 69 y 76 de línea, recobró el terreno perdido, se hizo dueño de todo el prado por la derecha, y obligó á los austriacos á refugiarse á las alturas. Durante este tiempo, á la cabeza Ney del 6.º de ligeros, trepaba por las tortuosas calles de la aldea de Elchingen, bajo el fuego penetrante de las casas, las cuales estaban atestadas de infantería; pero á pesar de esto, se apoderó de la aldea casa por casa, y tomó el convento que está situado en la cima mas alta. Desde aquel sitio descubrió las lomas formando ondulaciones, y cubiertas á trechos de arbolado, en que el día 11 sostuvo el combate la division de Dupont, lomas que se estienden hasta Michelsberg por cima de la plaza de Ulm. Ney quiso situarse en ellas, para no verse arrollado en el Danubio si los enemigos volvian á tomar la ofensiva, y divisando un bosque bastante espeso que saliendo de aquella cima iba á juntarse

con el convento y la aldea de Elchingen, resolvió apoderarse de él para apoyar allí su izquierda. Luego que esta estuviese bien resguardada, se proponia dirigirse hácia ella perpendicularmente, llevando por delante la derecha, y con este intento destacó al bosque al 69 de línea, que se precipitó en él á pesar de un vivo fuego de fusilería. Mientras que en aquel lado se peleaba con encarnizamiento, el resto del cuerpo austriaco estaba formado en varios cuadros de dos á tres mil hombres cada uno, y Ney mandó atacarlos con los dragones, seguidos de la infantería en columna. El regimiento 18 de dragones dió una carga tan vigorosa á uno de los cuadros, que lo rompió, obligándole á rendir las armas, y viendo esto los austriacos, se retiraron de prisa y corriendo, refugiándose primero hácia Haslach, y yendo al fin á reunirse en el Michelsberg.

Entretanto, el general Dupont, que se habia dirigido de Langenau hácia Albeck, se encontró con el cuerpo de Werneck, uno de los que el día antes salieron de Ulm, con la intencion de hacer un reconocimiento por la márgen izquierda del Danubio y buscar un punto por donde pudiera retirarse el ejército austriaco. Así que el general Werneck oyó á sus espaldas cañonazos, deshizo lo andado, regresando hácia el Michelsberg por el camino que va de Albeck á Ulm, á cuyo punto llegó precisamente en el momento en que la division de Dupont se trasladaba allí por su parte, y el mariscal Ney tomaba las alturas de Elchingen. Trábose, pues, un nuevo combate en aquel punto entre el general Werneck que queria vol-

ver á Ulm, y el general Dupont, que queria por el contrario impedirselo. El regimiento de línea número 32 y el 9.º de ligeros se precipitaron en columna cerrada sobre la infanteria de los austriacos, y la rechazaron, mientras que el 96 recibia, formado en cuadro, las cargas de su caballeria, hasta que la noche puso fin á la lucha, siendo el resultado conseguido durante el día, haber vuelto á conquistar gloriosamente el mariscal Ney la margen izquierda, y haber cortado el general Dupont al cuerpo de Werneck la vuelta á Ulm, ademas de hacer tres mil prisioneros y cogérles mucha artilleria. Empero lo que mas valia era que los austriacos estaban definitivamente encerrados en Ulm, sin probabilidad alguna de salvarse, aunque en aquel momento acudiese en su socorro la inspiracion mas feliz.

Mientras tenian lugar estos sucesos en la orilla izquierda, Lannes se habia acercado á Ulm por la orilla derecha, el general Marmont habia avanzado hacia el Iller, y saliendo el mariscal Soult al otro extremo de la posicion que ocupaban los austriacos, se habia apoderado de Memmingen. Cuando el mariscal Soult llegó á la espresada villa, formaban los enemigos en ella empalizadas; pero la cercó rápidamente, obligando al general Spangen á que rindiese las armas con cinco mil hombres, toda su artilleria y muchos caballos. El general Jellachich, que acudió con su division á socorrer á Memmingen, viendo que ya era tarde, y tenia al frente un cuerpo de ejército de treinta mil hombres, se retiró, no hácia Ulm, porque temia no poder lograrlo, sino hácia Kempten y el Tirol, y el mariscal Soult se encaminó sin dete-

nerse un momento hácia Ochsenhausen, para acabar de cercar por todas partes la plaza y el campo atrincherado de Ulm.

Tal era la situacion de las cosas al terminar el día 14 de octubre: de resultas de la marcha del general Jellachich y los diversos combates que se habian dado, el general Mack solo tenia cincuenta mil hombres, ó menos si rebajamos el cuerpo de Werneck, separado de él gracias á la division de Dupont. Asi es que el infortunado general se encontraba en una situacion desesperada, no pudiendo tomar ningun partido que fuese bueno, pues el único recurso que le quedaba era precipitarse espada en mano sobre uno de los puntos del círculo de hierro en que le habian encerrado, en busca de la muerte ó para abrirse salida. Caer sobre Ney y Dupont era lo menos desastroso para él; pero seguramente hubiera sido derrotado, pues Lannes y Murat iba á acudir á socorrer á dichos dos generales por el puente de Elchingen, y no se necesitaban tantas fuerzas para vencer á soldados desmoralizados. Sin embargo, los austriacos hubiesen salvado el lustre de las armas, el cual vale mas que todas las cosas cuando no puede conseguirse la victoria; pero el general Mack insistió en su resolucion de concentrarse en Ulm, esperando fuesen á socorrerle los rusos. No fué esto sin que le costará tener que sufrir violentas reconconvenciones de parte del príncipe de Schwartzemberg, y del archiduque Fernando sobre todo, porque queria librarse á toda costa de la desgracia de caer prisionero. El general Mack les manifestó las facultades omnímodas que le habia concedido el emperador para obrar como gefe su-

premio en caso de disidencia; pero si esto servia para que sobre él recayese la responsabilidad, no para que aquellos le obedeciesen, por manera que el archiduque Fernando, que por su posicion no dependia tan directamente como otros del general, resolvió eludir sus órdenes. Asi que llegó la noche, eligió la puerta por donde menos se espionia á encontrarse con los franceses, y salió de Ulm con seis á siete mil caballos y un cuerpo de infanteria, á fin de ir á reunirse con el general Werneck, y huir hacia Bohemia por el Palatinado alto. Si lograba, pues, reunir al destacamento que le seguia el cuerpo del general Werneck, privaba el archiduque Fernando al general Mack de unos veinte mil hombres, dejándolo en Ulm solo con treinta mil, bloqueado por todas partes, y reducido á tener que deponer las armas del modo mas ignominioso.

Se ha dicho, pero sin razon, que la marcha del principe prueba la posibilidad que habia de salir de Ulm; mas nosotros sostenemos que es un hecho enteramente improbable que todo el ejército con la artilleria y el material, pudiese escabullirse como un simple destacamento, compuesto en su mayor parte de tropa de caballeria: esto sin perjuicio de que lo que sucedió al archiduque Fernando algunos dias despues, demuestra que tambien el ejército hubiera encontrado su perdicion en la fuga. El error capital que allí se cometió fué dividirse, pues era preciso quedarse, ó salir todos juntos; quedarse para dar una batalla encarnizada á la cabeza de setenta mil hombres ó salir para precipitarse con esos mismos setenta mil hombres sobre uno de los puntos del cordon, bus-

eando en él la muerte, ó el triunfo que la fortuna concede algunas veces á la desesperacion. Empero dividirse, unos para huir con Jellachich hacia el Tirol, otros para proteger la fuga de un principe hacia Bohemia, y otros en fin para firmar una capitulacion en Ulm, era el modo mas deplorable de obrar que podia ocurrirles. Bien es verdad que la esperiencia nos enseña que cuando en semejantes situaciones empieza á decaer el animo, decae tanto que tomamos el partido mas malo, á lo cual debemos añadir, si hemos de ser justos, que el general Mack siempre rechazó despues la imputacion de haber querido dividir las fuerzas austriacas, aprobando aquellas retiradas parciales (1).

(1) Jamás han dado á conocer los austriacos sus operaciones durante aquella primera parte de la campaña de 1805; pero no obstante, se han publicado en Alemania muchos escritos en que se ataca al general Mack, y se pone en las nubes al archiduque Fernando, atribuyendo á la ineptitud de uno solo el desastre del ejército austriaco, y disminuyendo al mismo tiempo la gloria de los franceses. Todos los escritos á que aludo están llenos de inexactitud y son injustos, fundándose en su mayor parte en circunstancias falsas ademas de imposibles; y sabiendo yo esto, me he hecho con mucho trabajo con un egemplar de la defensa que el general Mack hizo en el consejo de guerra, que juzgó su conducta. Esta defensa, particular en su forma, escrita con laconismo, sobre todo cuanto en ella se habla del archiduque Fernando, y mas henchida de reflexiones declamatorias que de hechos, me ha proporcionado sin embargo los medios de poder apreciar bien las intenciones del general austriaco, y rectificar muchas opiniones absurdas. Creo, pues, que mi relato se acerca á la verdad, á lo menos hasta donde puede esperarse tratándose de sucesos que no han sido atestiguados por escrito ni aun en Austria, y no habiendo casi testigo alguno de los que los presenciaron, pues los principales personajes que en ellos figuraron han muerto, y en

Napoleon pasó la noche del 14 en el convento de Elchingen, y el 15 por la mañana resolvió acabar de una vez, mandando en consecuencia al mariscal Ney tomase las alturas de Michelsberg, alturas situadas delante de Ulm, saliendo por la margen izquierda, y que dominan aquella población, la cual se halla como ya hemos dicho, en la orilla del Danubio. Lannes había pasado con su cuerpo el puente de Elchingen, y flanqueaba el ataque de Ney, debiendo apoderarse de Frauenberg, altura inmediata a la de Michelsberg y Napoleón se encontraba en el mismo punto, teniendo a su lado a Lannes, observando por una parte las posiciones a que Ney iba a atacar a la cabeza de sus regimientos, y clavando la vista por la otra en la plaza de Ulm, colocada en el fondo. De pronto una batería cubierta de los austriacos empezó a vomitar metralla sobre el grupo en que se encontraba el emperador, y Lannes cogió por las riendas el caballo de Napoleón para alejarse de aquel fuego mortífero: Napoleón, que si no buscaba el fuego, tampoco huía de él, acercándose únicamente lo necesario para ver las cosas por sus propios ojos, se coloca en punto menos peligroso, y Ney pone en movimiento sus columnas, trepa a las trincheras que el enemigo había formado en el Michelsberg, y las toma a la bayoneta. Temiendo Napoleón no fuese demasiado pronto el ataque de Ney, manda que alfoje para dar tiempo a que Lannes llegase a Frauenberg, con lo cual conse-

Alemania ha habido un motivo muy natural y aun merecedor de disculpa para desfigurar la verdad, esto es, el de salvar el amor propio nacional a costa de un solo hombre.

guía llamar la atención del enemigo hacia otra parte; pero Ney contesta al general Dumas, que fué quien le llevó la orden de que esperase a que fuera a socorrerle Lannes, que la gloria no se compartía, y siguiendo su marcha, vence todos los obstáculos, llegando con su cuerpo a las vertientes de las alturas, por cima de Ulm. Lannes toma por su parte a Frauenberg, y reunidos ambos generales, bajan juntos para ver de acercarse a las murallas de la plaza, siendo tal el ardor de que se hallaban animadas las columnas de ataque, que el regimiento número 17 de ligeros que pertenecía a la división de Suchet y lo mandaba el coronel Vedel, escala el baluarte mas inmediato al río y se coloca en él; pero notando los austriacos la arriesgada posición de aquel regimiento, se arrojan sobre él, le rechazan y le hacen algunos prisioneros.

Napoleón creyó que debía suspender el combate, y dejar para el día siguiente el hacer a la plaza una intimación, tomándola por asalto si se resistía. Mientras tanto el general Dupont, que se hallaba desde la víspera al frente del cuerpo de Werneck, había vuelto a las manos con él, para impedirle entrase en Ulm; pero Napoleón envió a Murat hacia aquella parte, porque ignorando como ignoraba la salida de parte del ejército austriaco no sabía como explicar lo que allí estaba sucediendo. Bien pronto, sin embargo, adquirió la evidencia de que varios destacamentos habían conseguido escabullirse por una de las puertas de Ulm; esto es, por la que estaba menos espuesta a que lo vieran los franceses, y al momento mandó a Murat que siguiese a todo trance

á la fracción del ejército enemigo que se habia escapado de la plaza, con la reserva de caballería, la division de Dupont y los granaderos de Oudinot.

Al día siguiente 16, hizo algunos disparos de obús contra Ulm, y por la noche dispuso que Mr. de Ségur, oficial de su estado mayor, fuese á avistarse con el general Mack para intimarle rindiere las armas. Teniendo Mr. de Ségur que marchar de noche y con un tiempo malísimo, le costó sumo trabajo penetrar en la plaza, y llevado con los ojos vendados á presencia del general Mack, le espuso su comision en tales terminos que aunque el general austriaco hacia esfuerzos para ocultar su ansiedad, no pudo disimular su sorpresa y sentimiento cuando conoció hasta donde llegaba su infortunio. Hasta entonces no lo sabia completamente, porque ignoraba se hallaba cercado por cien mil franceses, que otros sesenta mil ocupaban la línea del Inn, y que los rusos, por el contrario, estaban muy lejos, así como que el archiduque Carlos no podría llegar á Ulm por impedirselo el mariscal Massena, que le detenía sobre el Adige. Cada noticia de estas, á las cuales no quiso dar crédito en un principio, aunque pronto se convenció de su certeza al ver que las afirmaba repetidas veces Mr. de Ségur, desgarraba su alma; pero despues que habló mucho y fuerte contra la proposicion de capitular, acabó por conformarse, con tal que le diesen algunos dias de espera para que los rusos pudiesen ir á darle socorro. Para lograrlo dijo que estaba pronto á rendirse á los ocho dias de no haber aparecido aquellos ante las murallas de Ulm; pero Sé-

gur llevaba orden de concederle cinco solamente, y cuando mas seis, amenazándole sino consentia en ello, con que los nuestros darian el asalto, tratando á las tropas que tenia á sus órdenes con todo el rigor de las leyes de la guerra.

Todo el empeño de aquel infortunado general al verse deshonorado, era que le concediesen ocho dias en vez de seis, teniendo en consecuencia que retirarse Mr. de Ségur para ponerlo en conocimiento del emperador. Así continuaron las conferencias, hasta que al fin penetró en la plaza Berthier, conviniendo con el general Mack en las condiciones siguientes. Si para el día 25 de octubre no se habia presentado un cuerpo austro-ruso capaz de hacer levantar el bloqueo de Ulm, el ejército austriaco tenia que deponer las armas en clase de prisionero de guerra, resignándose á ser conducido á Francia, escepto los oficiales, que podian regresar á Austria, con tal que se comprometiesen á no volver á servir contra nuestra nacion; y por lo que hace á los caballos, armas, municiones y banderas, todo debia ser nuestro.

El tratado se celebró el 19 de octubre, pero se le puso la fecha 17, para que pareciese se habian concedido al general Mack los ocho dias que pidió, y conforme á lo pactado salió para el cuartel general del emperador, donde fué recibido con todas las atenciones que se deben dispensar á la desgracia. Por lo demas, allí afirmó una y mil veces que no tenia la culpa de los desastres que habian recaido sobre su ejército, pues si se habia situado en Ulm lo hizo por orden espresa del consejo áulico, y que si ya cercados se habian

dividido las fuerzas, esto sucedió mal grado lo dispuesto por él.

Como se vé, pues, aquel convenio era lo mismo que el de Alejandria, pero sin la terrible efusion de sangre que bañó los campos de Marengo.

Durante este tiempo, Murat, puesto á la cabeza de la division de Dupont, los granaderos de Oudinot y la caballería de reserva, rescataba su reciente error persiguiendo a los austriacos con pasmosa rapidez, siguiendo á todo escape al general Werneck y al principe Fernando, y jurando que no se le habia de escapar ni un soldado. El 16 de octubre por la mañana se puso en marcha, y por la noche trabó un combate en Nerens-tetten con el general Werneck, á quien le hizo dos mil prisioneros de la retaguardia. A la mañana siguiente se dirigió hácia Heidenheim, procurando ganar los flancos al enemigo, gracias á la rapidez con que marchaba su caballería, á pesar de que ya se habian reunido el general Werneck y el archiduque Fernando, y se retiraban juntos. Aquel mismo día pasaron nuestras tropas por Heidenheim, y por la noche llegaron á Neresheim al mismo tiempo que la retaguardia del cuerpo de Werneck, á la cual pusieron en desórden, obligándola á dispersarse por los bosques. Al día siguiente 18, Murat, que caminaba sin tomar descanso siquiera, siguió el alcance del enemigo hácia Nordlingen, y envolvió al regimiento de Stuart, haciendo que se entregase por completo. Viéndose cercado por todas partes el general Werneck y no pudiendo avanzar con una infantería causada, ni teniendo esperanzas

de salvarse, ofreció capitular, capitulacion que fué aceptada, teniendo aquel general que rendir las armas con ocho mil hombres. Tres generales austriacos, llevándose consigo parte de la caballería, quisieron escaparse a pesar de la capitulacion, y Murat les envió un oficial para que les recordase estaban obligados á cumplir aquello á que se habian comprometido; pero sin hacer caso de nada, fueron á reunirse con el principe Fernando. Murat se propuso castigar semejante falta de buena fé, persiguiéndolos con mayor actividad al día siguiente, y aquella noche se apoderó del parque de artillería, compuesto de quinientos trenes.

Aquel camino presentó entonces un espectáculo extraordinario de confusion y desórden: los austriacos se arrojaron sobre nuestras líneas de comunicacion, y se apoderaron de varios equipages nuestros rezagados y parte del tesoro de Napoleon; pero no tardamos en recobrar cuanto habian conquistado momentáneamente, y ademas su artillería, bagages, y hasta el dinero que llevaban. Por todas partes se veia á los soldados y á los empleados de ambos ejércitos huir en desórden, sin saber adonde se dirigian, y en ignorancia completa de quien era el vencedor y quien el vencido, y los aldeanos del Palatinado alto corrian tras de los fugitivos, los robaban y cortaban los trenes de la artillería austriaca para apropiarse los caballos. A todo esto Murat, que continuaba su persecucion, llegó el 19 á Gunzenhausen, situado en la frontera prusiana de Anspach, y un oficial prusiano tuvo la osadía de ir á reclamar el derecho de neutralidad, siendo

así que los fugitivos austriacos habian conseguido autorizacion para atravesar aquel pais; pero la contestacion que dió Murat fué entrar á viva fuerza en Gunzenhausen, siempre en seguimiento del archiduque. A la mañana siguiente, esto es, el 20, dejó atrás á Nuremberg, cuando ya el enemigo se sentia sin fuerzas, teniendo por último que detenerse: entonces se trabó un combate entre la caballeria de ambos cuerpos, dispersándose los escuadrones del archiduque despues de varias cargas por una y otra parte, y soltando las armas en gran número. La infanteria que quedaba, tambien cayó prisionera, y si el príncipe Fernando se salvó, avanzando con dos ó tres mil ginetes hácia el camino de Bohemia, fué porque un sargento le dió su caballo.

Murat creyó entonces que no debia ir mas lejos, pues habia caminado por espacio de cuatro dias sin descansar, andando mas de diez leguas en cada uno de ellos, y sus tropas estaban agoviadas de fatiga. Además, si hubiese seguido su persecucion hasta mas allá de Nuremberg, se habria salido del círculo trazado para que operase el ejército, y lo que quedaba al archiduque Fernando no valia la pena de hacer una marcha mas, cuando ya habia cogido doce mil prisioneros, ciento veinte piezas de artilleria, quinientos carros, once banderas, doscientos oficiales, siete generales, y además el tesoro del ejército austriaco, tomando así una parte gloriosa en aquella inmortal campaña.

El plan de Napoleon estaba, pues, completamente realizado: era el 20 de octubre, y en veinte dias, sin dar una batalla, y de resultas tan

solo de marchas y algunos combates parciales, habia destruido á un ejército de ochenta mil hombres, escapándose únicamente el general Kienmayer con unos doce mil, el general Jellachich con cinco ó seis, y el príncipe Fernando con dos ó tres mil caballos. En Wertingen, Gunzburgo, Haslach, Munich, Elchingen y Memmingen, así como en la persecucion dirigida por Murat, se habian hecho cerca de treinta mil prisioneros (1). Quedaban además treinta mil en Ulm, de manera que los prisioneros subian á sesenta mil, con su artilleria compuesta de doscientos cañones, cuatro ó cinco mil caballos muy buenos para la remonta de nuestra caballeria, todo el material del ejército austriaco y ochenta banderas.

En cuanto al ejército francés, tenia unos mil hombres estropeados de resultas de las marchas forzadas, y contaba cuando mas dos mil fuera de combate.

Tranquilo Napoleon por lo que respecta á los rusos, se detuvo cuatro ó cinco dias delante de las murallas de Ulm, á fin de que sus soldados

(1) Hé aquí el estado aproximado, y mas bien reducido que exagerado, de los prisioneros hechos:

Cogidos	en Wertingen	2,000
	en Gunzburgo	2,000
	en Haslach	4,000
	en Munich	1,000
	en Elchingen	5,000
	en Memmingen	5,000
Durante	la persecucion que dirigió Murat . . .	12 ó 15,000
	TOTAL	29 ó 50,000

tuviesen tiempo de descansar, y sobre todo de reunirse á sus banderas, pues se habian hecho las operaciones con tanta rapidez que algunos se quedaron atrás, soliendo decir á sus compañeros que el emperador habia inventado un nuevo modo de hacer la guerra, pues ya no la hacia con los brazos de los soldados, sino con las piernas.

Sin embargo, Napoleon no queria esperar por mas tiempo, pues tenia empeño en aprovechar los tres ó cuatro dias que faltaban para que se cumpliese la capitulacion hecha con el general Mack. Así es que le llamó á su presencia, y despues que le dió algunos consuelos, consiguió de él una nueva concesion, que fué el que le entregase la plaza el 20, con la condicion de que Ney habia de permanecer al pié de las murallas de Ulm hasta el 25 de octubre. El general Mack creia cumplir con su deber si paralizaba á un cuerpo francés hasta el octavo dia, y como ademas cuanto podia hacer en la situacion en que se encontraba era muy poco, consintió en salir al dia siguiente de la plaza.

En efecto, el dia 20 de octubre de 1805, dia para siempre memorable, Napoleon se colocó al pié de Michelsberg y en frente de Ulm, viendo desfilar desde allí al ejército austriaco. Situado en el declive de una colina elevada, á su espalda la infanteria formada en semicírculo en la vertiente de las alturas, y al frente la caballeria desplegada en linea recta, los austriacos fueron desfilando entre las dos para ir á dejar las armas en la entrada de aquella especie de anfiteatro. Allí habian encendido los nuestros una gran fogata, junto á la cual se hallaba Napoleon pre-

senciando el desfile, siendo el primero que se presentó el general Mack, quien le entregó la espada diciendo:—Aqui teneis al desgraciado Mack.—Napoleon acogió tanto á él como á sus oficiales con la mayor urbanidad, y mandó se colocasen á su lado. En cuanto á los soldados austriacos, tiraban las armas con un despecho que les honra, hasta que pudiendo mas en ellos la curiosidad que aquel otro sentimiento, fijaban la vista en Napoleon, devorando con los ojos al terrible vencedor que hacia diez años causaba á sus banderas tan crueles afrentas.

Napoleon se puso á hablar con los oficiales austriacos, diciéndoles de modo que todos le oyeran:—No sé porqué nos hacemos nosotros la guerra, yo no la queria, y solo pensaba en pelear contra los ingleses, cuando vuestro soberano ha venido á provocarme. Ya estais viendo mi ejército: en Alemania tengo doscientos mil hombres; y vuestros soldados, á quienes he hecho prisioneros, verán á otros doscientos mil que atraviesan á la sazón la Francia para venir á ayudar á los primeros, cuando vosotros saheis que no necesito tanta gente para vencer. Vuestro soberano debia pensar en la paz, porque de otro modo nada tendria de particular que viniese á tierra la casa de Lorena. Yo no deseo que en el continente haya mas estados que los que hoy existen; lo que quiero es tener buques, colonias, comercio en fin, y esta ambicion que abrigo puede redundar en provecho vuestro lo mismo que mio.—Estas palabras, pronunciadas con alguna altanería, fueron escuchadas por los oficiales sin que ninguno desplegase los labios, aunque todos sentian ha-

berlas merecido. En seguida habló Napoleón con los generales austriacos de mas nombradía, durando cinco horas aquel extraordinario espectáculo, hasta que desfilaron por delante de él veinte y siete mil hombres, pues en la plaza quedaban de tres á cuatro mil heridos.

Al dia siguiente, como lo tenia de costumbre, dirigió á sus soldados una proclama concebida en los términos siguientes:

En el cuartel general imperial de Elchingen, 29 de vendimiario, año 14 (21 de octubre de 1805).

SOLDADOS DEL EJÉRCITO GRANDE:

«En quince dias hemos llevado á cabo una campaña, habiendo realizado lo que nos proponiamos. A las tropas de la casa de Austria las hemos arrojado de Baviera, restableciendo á un aliado nuestro en la soberanía de sus estados. El ejército, que con tanto orgullo como imprudencia habia llegado hasta nuestras fronteras, no existe ya; ¿pero qué importa esto á Inglaterra, si ha conseguido su objeto de alejarnos de Boloña?...

«Cien mil hombres componian ese ejército, y sesenta mil han caido prisioneros, estando destinados á reemplazar á nuestros conscriptos en las labores agrícolas. Doscientas piezas de artillería, noventa banderas, todos los generales se hallan en poder nuestro, y no llegan á quince mil hombres los que han logrado escapar. Soldados, os habia dicho que ibais á dar una gran batalla; pero gracias á las malas combinaciones del enemigo; he alcanzado un triunfo igual al que esperaba sin

correr ningun riesgo, y lo que no se conoce en la historia de las naciones, sin que tan gran resultado nos haya costado arriba de mil quinientos hombres.

«Soldados, este triunfo se debe á la confianza sin límites que teneis en vuestro emperador, á la paciencia con que sufrís las fatigas y privaciones de toda especie, y á vuestra extraordinaria intrepidez.

«Pero no se limitará á esto nuestro ardimiento; estais impacientes por empezar una segunda campaña, y vamos á hacer que ese ejército ruso que el oro de Inglaterra ha traído del otro extremo del universo, tenga la misma suerte que el que acabamos de destruir.

«La nueva lucha en que vamos á entrar, pertenece mas especialmente á la infantería, esta es la que va á decidir por segunda vez la cuestion que ya hemos decidido en Suiza y Holanda, la de si la infantería francesa es la primera ó la segunda de Europa. Ya no hay generales á quienes yo trate de aventajar en gloria, y de hoy mas consistirá todo mi empeño en salir victorioso, sin derramar mas sangre que la puramente indispensable, porque miro á mis soldados como si fuesen hijos míos.»

Al dia siguiente de haberse rendido Ulm, salió Napoleón para Augsburgo, á fin de llegar al Inn antes que los rusos, marchar hácia Viena, y hacer que se frustrasen los cuatro ataques que se dirigian contra el imperio, sin acudir para ello á otro medio que el de caer sobre Viena con todo el ejército grande.

berlas merecido. En seguida habló Napoleón con los generales austriacos de mas nombradía, durando cinco horas aquel extraordinario espectáculo, hasta que desfilaron por delante de él veinte y siete mil hombres, pues en la plaza quedaban de tres á cuatro mil heridos.

Al dia siguiente, como lo tenia de costumbre, dirigió á sus soldados una proclama concebida en los términos siguientes:

En el cuartel general imperial de Elchingen, 29 de vendimiario, año 14 (21 de octubre de 1805).

SOLDADOS DEL EJÉRCITO GRANDE:

«En quince dias hemos llevado á cabo una campaña, habiendo realizado lo que nos proponiamos. A las tropas de la casa de Austria las hemos arrojado de Baviera, restableciendo á un aliado nuestro en la soberanía de sus estados. El ejército, que con tanto orgullo como imprudencia habia llegado hasta nuestras fronteras, no existe ya; ¿pero qué importa esto á Inglaterra, si ha conseguido su objeto de alejarnos de Boloña?...

«Cien mil hombres componian ese ejército, y sesenta mil han caido prisioneros, estando destinados á reemplazar á nuestros conscriptos en las labores agrícolas. Doscientas piezas de artilleria, noventa banderas, todos los generales se hallan en poder nuestro, y no llegan á quince mil hombres los que han logrado escapar. Soldados, os habia dicho que ibais á dar una gran batalla; pero gracias á las malas combinaciones del enemigo; he alcanzado un triunfo igual al que esperaba sin

correr ningun riesgo, y lo que no se conoce en la historia de las naciones, sin que tan gran resultado nos haya costado arriba de mil quinientos hombres.

«Soldados, este triunfo se debe á la confianza sin límites que teneis en vuestro emperador, á la paciencia con que sufrís las fatigas y privaciones de toda especie, y á vuestra extraordinaria intrepidez.

«Pero no se limitará á esto nuestro ardimiento; estais impacientes por empezar una segunda campaña, y vamos á hacer que ese ejército ruso que el oro de Inglaterra ha traído del otro extremo del universo, tenga la misma suerte que el que acabamos de destruir.

«La nueva lucha en que vamos á entrar, pertenece mas especialmente á la infanteria, esta es la que va á decidir por segunda vez la cuestion que ya hemos decidido en Suiza y Holanda, la de si la infanteria francesa es la primera ó la segunda de Europa. Ya no hay generales á quienes yo trate de aventajar en gloria, y de hoy mas consistirá todo mi empeño en salir victorioso, sin derramar mas sangre que la puramente indispensable, porque miro á mis soldados como si fuesen hijos míos.»

Al dia siguiente de haberse rendido Ulm, salió Napoleón para Augsburgo, á fin de llegar al Inn antes que los rusos, marchar hácia Viena, y hacer que se frustrasen los cuatro ataques que se dirigian contra el imperio, sin acudir para ello á otro medio que el de caer sobre Viena con todo el ejército grande.

¿Porqué nos hemos de ver obligados despues de haber narrado hechos tan brillantes , á hablar de uno tristísimo? Durante esos mismos dias del mes de octubre de 1805, eternamente gloriosos para Francia , la providencia imponia á nuestras escuadras un castigo cruel, en cambio de las victorias que acababan de alcanzar nuestros ejércitos , y la historia, que ha tomado á su cargo la tarea de contar así los triunfos como los reverses de las naciones, para que la posteridad sienta las mismas emociones que en su tiempo sintieron las generaciones cuya vida refiere , la historia debe despues de los prodigios que tuvieron lugar en los campos de Ulm , resignarse á describir la espantosa escena de destruccion que pasaba en aquella misma época á lo largo de las costas de España, y á la vista del cabo de Trafalgar.

Cuando el desgraciado Villeneuve salió del Ferrol , iba animado del deseo de dirigirse á la Mancha , para secundar las grandes miras de Napoleon; pero llevado de un sentimiento irresistible , hizo rumbo hácia Cádiz. La noticia de que Nelson se habia reunido con los almirantes Calder y Cornwallis , le aterró en cierto modo , y eso que aunque era cierta bajo algunos aspectos , pues, cuando Nelson volvió á Inglaterra , hizo una visita delante de Brest á Cornwallis , era falsa en cuanto á lo mas importante , puesto que no se habia detenido en aquellas aguas, habiéndose dado á la vela por el contrario para Portsmouth. El almirante Calder fué el único que salió para el Ferrol , á donde llegó despues de haber abandonado Villeneuve aquel puerto , de suerte que corrian inutilmente unos tras de otros, como

sucede con frecuencia en el vasto espacio de los mares , y si Villeneuve hubiese insistido en su intento , hubiera encontrado delante de Brest á Cornwallis , separado á un mismo tiempo de Nelson y de Calder. No lo hizo así , perdiendo la mejor ocasion , y dando lugar á que la perdiese Francia , sin que por esto pueda decirse eual hubiese sido el resultado de aquella expedicion extraordinaria si Napoleon se hubiera encontrado á las puertas de Lóndres , mientras que las tropas austriacas se hallaban en las fronteras del Rhin. La rapidez con que obraba hubiera decidido si eran bastante cuarenta dias que habian transcurrido desde el 20 de agosto hasta el 30 de setiembre , para dominar á Inglaterra , y dar á Francia los dos cetros reunidos de la tierra y los mares.

Al dejar Villeneuve al Ferrol , no se atrevió á decir al general Lauriston que iba á Cádiz; pero así que se vió en alta mar , no le ocultó la inquietud que le devoraba y que le habia obligado á alejarse de la Mancha para dirigirse hácia el otro extremo de la península. Lauriston le instó á que variase de propósito , pintándole la magnitud de los designios que iba á frustrar , y entonces se le ocurrió de nuevo , aunque por un instante , el pensamiento de navegar hácia la Mancha , poniendo en consecuencia la proa el Nordeste; pero un viento contrario que soplabá de la misma parte , le impidió seguir aquel derrotero , y tomó definitivamente el partido de ir á Cádiz , con el corazon atormentado por un nuevo temor , por el de tener que arrostrar la ira de Napoleon. El 20 de agosto apareció á la vista de Cádiz , puerto que por lo regular se hallaba siempre bloqueado por

un crucero inglés de medianas fuerzas, por manera que si se hubiese presentado repentinamente á la cabeza de las escuadras combinadas, habria podido apresarlo. Pero siempre dominado por unos mismos temores, envió una avanzada para que averiguase si habia delante de Cádiz fuerzas navales capaces de dar una batalla, y lo que consiguió fué que el crucero inglés se alarmase, teniendo tiempo para huir. A lo menos el almirante Ganteaume, aunque en 1804 no realizó el objeto de su expedicion á Egipto, apresó al *Swiftsure*; pero lo que es Villeneuve ni aun siquiera tuvo el consuelo de entrar en Cádiz con dos ó tres buques ingleses prisioneros, en desquite de lo inútil de su campaña.

Era natural, pues, que temiese los resultados de la ira del emperador, y así pasó algunos dias en una desesperacion profunda, no engañándose por cierto en sus temores, pues cuando Napoleon recibió el parte detallado de cuanto habia sucedido, parte que le envió su ayudante de campo Lauriston, atribuyendo á falacia el doble lenguaje que habia usado al salir del Ferrol, y á una especie de traicion el no haber dicho á Lallemand que la escuadra regresaba á Cádiz, lo cual espone á este á que se presentase solo en Brest, é imputando sobre todo á Villeneuve el que hubiese abortado el plan mas grande que hasta entonces habia concebido, habló de él en presencia del ministro Decrés del modo mas afrentoso, llamándole cobarde y traidor. El desgraciado Villeneuve no era ni lo uno ni lo otro, sino tan buen soldado como buen ciudadano; pero demasiado abatido al ver la inesperienza de la marina francesa y lo

incompleto de su material, y asustado de la completa desorganizacion en que se hallaba la marina española, solo veia una derrota segura en cualquier encuentro que tuviese con el enemigo, desesperándole la idea de que Napoleon le destinaba necesariamente á que hiciese el papel de hombre vencido. Y todo por no haber comprendido que lo que Napoleon le pedia no era que venciese, sino que abriera el camino de la Mancha, aunque para ello tuviera que arruinarse con toda la escuadra; y si le comprendió no supo resignarse á sufrir un destino tan terrible, destino que como veremos pronto le cupo sin resultado alguno ventajoso que pudiera ilustrar su derrota.

Flotando Napoleon como flotaba en medio de un mar de cosas á cual mas grandes, no tardó en perder de vista al almirante Villeneuve; pero sin embargo, antes de partir para las orillas del Danubio, arrojó una mirada sobre la marina, y sobre el destino que debia dársele, mandando que la escuadra de Brest se dividiese en varios cruceros, conforme al plan de Mr. Decrés, plan que se reducía á evitar las grandes batallas navales hasta que nuestra marina no estuviese formada, y emprender entretanto lejanas expediciones, compuestas de pocos buques que no pudieran apresar los ingleses, y fuesen tan perjudiciales para su comercio como ventajosos para la instruccion de marinos. Quiso ademas que el corto ejército que se hallaba en Tarento á las órdenes del general Saint-Cyr, contase con el apoyo de la escuadra de Cádiz y de las tropas de desembarque que habia á su bordo, pues calculaba que dicha escuadra, compuesta de unos cuarenta buques, y

aun de cuarenta y seis si se reunia con la division de Cartagena, debia dominar por algun tiempo en el Mediterraneo, como dominó la de Bruix; apoderarse de los cruceros ingleses que se hallaban en el apostadero de Nápoles, y proporcionar al general Saint-Cyr el socorro de cuatro mil soldados que acababa de trasportar á todos los mares. Mandó, pues, que saliese de Cádiz, entrase de nuevo en el Mediterraneo, se reuniese á la division de Cartagena, se trasladase en seguida á Tarento, y en caso de que las escuadras inglesas se hubiesen reunido en las aguas de Cádiz, que no se dejasen encerrar allí, sino que salieran si es que contaban con mayores fuerzas, porque mas valia ser derrotados que deshonorarse con una conducta pusilánime.

Así que Napoleon tomó estas resoluciones, bajo la impresion que le causó la timidez de Villeneuve, sin madurarlas siquiera, y sobre todo sin que el ministro Decrès las combatiere lo bastante, porque no se atrevia á repetir lo mismo que la habia dicho, se comunicaron inmediatamente á Cádiz. El almirante Decrès no refirió á Villeneuve todas las palabras de Napoleon; pero le enumeró sin hablar de las espresiones ofensivas de que se habia valido, los términos en que habia censurado su conducta desde que salió de Tolon hasta que regresó á España, no ocultándole que tenia que hacer mucho para volver á conquistar el aprecio del emperador. Dándole en seguida cuenta de á donde le destinaban, le mandó se hiciese á la vela, y que tocase en Cartagena, Nápoles y Tarento, para ejecutar las instrucciones que acabamos de referir: por lo demas, sin decirle

terminantemente que saliese en cualquier evento, le manifestó que el emperador queria que cuando los ingleses fuesen inferiores en fuerzas, nunca se negase la marina francesa á entrar en combate. No se atrevió á decir mas, por no descubrir á Villeneuve la verdad en toda su desnudez, ni tampoco tuvo valor para volver á instar á Napoleon que impidiese se diera una gran batalla naval, que entonces no tenia por disculpa la necesidad; pero lo cierto es que todos tuvieron parte en el desastre que se preparaba, Napoleon con su furia, el ministro Decrès con sus reticencias, y Villeneuve con su desesperacion,

Dispuesto ya á emprender su viage para Strasburgo, Napoleon dió por última vez órdenes á Decrès acerca de las operaciones navales, diciéndole:—Probablemente será tan cobarde nuestro amigo Villeneuve que no saldrá de Cádiz, y así disponed que el almirante Rosily tome el mando de la escuadra si cuando llegué no ha salido aun, y que Villeneuve venga á París á darme cuenta de su conducta.—Mr. Decrès no tuvo valor para anunciar á Villeneuve aquella nueva desgracia, que le privaba de todos los medios de recobrar lo perdido, y se contentó con manifestarle la salida de Rosily, sin darle á conocer el motivo, no aconsejando á Villeneuve que se hiciese á la vela antes de que el almirante Rosily llegara á Cádiz, porque tenia esperanzas de que así sucediese. Es decir, que sin saber que hacerse entre un amigo desgraciado, cuyos errores no desconocia, y el emperador, en cuyas resoluciones veia algo de imprudencia, cometió un disparate que suele ser harto frecuente, el de dejar entregadas

las cosas á sí mismas en vez de cargar con la responsabilidad de dirigirlas (1).

Cuando Villeneuve recibió las cartas de Mr. Decrés, adivinó lo que no le decían, causándole esto tanta pena como hubieran podido causarle las reconvenciones á que se había espuesto. Lo que mas le llegaba al alma era la acusacion de cobarde, porque sabia que no era merecedor de ella; pero creyó entreverla entre las reticencias del ministro, protector y amigo suyo, y le contestó lo siguiente: «Los marinós tanto de Paris como de los departamentos que me tiren la primera piedra, deben ser unos hombres indignos ó estar locos, porque condenándome á mí se condenan á sí mismos para mas tarde. Que vengan á bordo de las escuadras, y verán con que elementos están espuestos á combatir. Por lo demas, si á la marina francesa solo le falta audacia, como hay quien diga, pronto quedará contento el emperador, pues puede contar con los triunfos mas brillantes.»

Estas palabras llenas de amargura contienen el pronóstico de lo que pronto iba á suceder. Villeneuve hizo los preparativos para intentar una nueva salida, desembarcando las tropas para que tomasen descanso y los enfermos para que se cu-

(1) Muchas conjeturas se han hecho sobre las causas que dieron lugar á que la escuadra saliese en masa de Cádiz, y se diera la batalla de Trafalgar. Nosotros hemos sacado el relato que vamos haciendo de la correspondencia auténtica de Napoleón, y la de los almirantes Decrés y Villeneuve, de modo que aquel triste acontecimiento nada encierra sino lo que van á ver nuestros lectores.

raran, y valiéndose de los escasos medios que habia en España para reparar sus buques cansados de navegar tanto tiempo, reunir viveres á lo menos para tres meses, y reorganizar por último las diversas partes de su escuadra. El gefe de escuadra Gravina, desechó por consejo suyo los malos buques que mandaba, remplazándolos con los mejores que habia en el arsenal de Cadiz, y todo el mes de setiembre se empleó en esto, ganando mucho la escuadra en su parte material, aunque nada en la personal. Las tripulaciones francesas habian adquirido alguna esperiencia durante una navegacion de cerca de ocho meses, de suerte que estaban llenas de entusiasmo y ardor. En cuanto á los oficiales, los habia excelentes; pero entre ellos un número demasiado grande sacado de los buques mercantes, que carecia de conocimientos, y no tenia disposicion para la marina militar. Su instruccion, en artilleria sobre todo, no podia estar mas descuidada, pues nuestros marinós no eran entonces tan buenos tiradores como se hicieron últimamente, gracias al empeño especial que se puso en mejorar aquella parte de la educacion militar. Lo que tambien faltaba á nuestra marina, era un sistema de táctica naval adecuado al nuevo modo de combatir que tenian los ingleses, pues en vez de colocarse en batalla en dos líneas contrarias, como lo hacian antes, avanzando con método, conservando cada una de ellas su fila y tomando por contrario el buque situado frente por frente en la línea opuesta, dirigidos los ingleses por Rodney en la guerra de América, y por Nelson en la de la revolucion, habian contraído la costumbre de avanzar con osadía, sin ob-

servar otro orden que el que resultaba de la ligereza relativa de los buques; arrojarse sobre la escuadra enemiga, cortarla, separar a parte de ella para meterla entre dos fuegos, y no temer en fin la lucha, á riesgo de tirarse unos á otros. La esperiencia, lo hábiles que eran sus tripulaciones, y la confianza que les inspiraban los triunfos anteriormente alcanzados, les aseguraban siempre en aquellas empresas temerarias la ventaja sobre sus contrarios, menos ágiles y confiados que ellos, aunque tuviesen tanto valor, y muchas veces mas. De consiguiente los ingleses habian hecho una revolucion por mar bastante parecida á la que Napoleon acababa de hacer en tierra, aunque Nelson, que habia contribuido á realizar aquella revolucion, no tenia ni con mucho la superioridad de talento que Napoleon, ni sus conocimientos eran tan universales como los de este. Por el contrario, era muy limitado en las cosas estrañas á su carrera; pero tenia genio para marino, era inteligente y resuelto, y poseia en grado eminente las cualidades propias para la guerra ofensiva, esto es, actividad, audacia y buen golpe de vista.

Villeneuve, que si bien estaba dotado de talento y valor, no tenia la firmeza de alma que conviene á un gefe de ejército, sabia perfectamente cual era la parte flaca de nuestro modo de pelear, y sobre ello habia escrito cartas muy luminosas á Mr. Decrés, cuyo ministro era de su mismo parecer, ni mas ni menos que todos los marinos; pero creia era una cosa imposible preparar, estando en campaña, un nuevo modo de instruccion, y hacer que lo aprendieran sus capitanes

para que pudiesen aplicarlo en el primer encuentro. Sin embargo, en la batalla del Ferrol, opuso á los ingleses, segun recordarán nuestros lectores, una maniobra inesperada que mereció la aprobacion de Napoleon y Mr. Decrés. El almirante Calder se dirigia en columna contra la cola de su línea para ver de cortarla, lo cual evitó el, retirándola con presteza; pero una vez trabada la batalla, no supo maniobrar, dejó que no tomasen parte en la refriega algunas de sus fuerzas, y siendo así que solo bastaba para recobrar dos navios españoles que habian quedado desamparados, el hacer un movimiento hácia adelante con toda su línea, no se atrevió á mandarlo. Villeneuve mostró no obstante en aquella batalla no poco talento, á juicio de Napoleon, pero no bastante carácter. Despues las instrucciones que dió á sus capitanes se redujeron á que solo obedecieran las señales que haria en el momento de la accion, si el estado del viento permitia maniobrar, y si no lo permitia, que se las compusieran como pudiesen para entrar en fuego y buscar con quien batirse.—No debe aguardarse, decia, á que el navio almirante haga señal, porque en la confusion de una batalla naval no se vé muchas veces lo que está sucediendo, ni se pueden dar órdenes ni hacer que lleguen á su destino. Que cada cual oiga la voz del honor y se encamine al sitio del peligro, porque EL PUESTO DEL CAPITAN ESTA DONDE HAY FUEGO.—Tales fueron sus instrucciones, trayéndonos esto á la memoria que el almirante Bruix, tan superior á Villeneuve, no dirigió otras á los oficiales que mandaba. Si en todos los encuentros importantes que hemos tenido

con los ingleses por mar, hubiesen seguido los capitanes instrucciones dictadas por el honor y la experiencia, aquellos contarían menos triunfos ó los hubieran pagado mas caro.

Lo que más alarmaba al almirante Villeneuve era el estado en que se hallaba la escuadra española, pues aunque se componía de buques grandes y hermosos, especialmente uno de ellos, que se llamaba la *Santísima Trinidad*, tenía ciento cuarenta cañones, y era el mayor que hasta entonces se había construido en Europa, aquellas vastas máquinas de guerra, si traían á la memoria el esplendor que llegó á alcanzar la monarquía española en tiempo de Carlos III, eran como los navios turcos, soberbios en la apariencia, pero inútiles en momentos de peligro. La desnudez en que se encontraban los arsenales españoles no había permitido aparejarlos como se debía, y en cuanto á las tripulaciones, su estado de debilidad era para desesperar á cualquiera, porque los montaban hombres sacados en montón de las poblaciones marítimas de la península, que ni tenían instrucción, ni estaban acostumbrados á las fatigas del mar, y eran incapaces bajo cualquier aspecto que se les miraba, de entrar en lucha con los marinos ya veteranos de Inglaterra, por mas que corriese en sus venas la generosa sangre española. Los oficiales, en su mayor parte á lo menos, no valían mucho mas que los marineros; pero sin embargo había algunos dignos de los mas bellos tiempos de la marina española, sobresaliendo entre todos Gravina, Alava, Valdés, Churrua y Galiano.

Cada vez mas decidido Villeneuve á probar

que no era un cobarde, empleó el mes de setiembre y los primeros dias de octubre en poner orden en aquella amalgama de las dos marinas, con las cuales formó dos escuadras, una de batalla y otra de reserva. El mismo tomó el mando de la escuadra de batalla, compuesta de 21 navios, y la distribuyó en tres divisiones de á siete cada una, teniendo directamente bajo su mando á la division del centro, mientras el almirante Dumanoir, cuyo pabellon flotaba en el *Formidable*, mandaba la division de retaguardia y Alava la de vanguardia desde el *Santa Ana*. La escuadra de reserva se componía de doce navios, y estaba repartida en dos divisiones de á seis cada una, mandándola en jefe Gravina, quien tenía á sus órdenes para que dirigiese la segunda division, al contraalmirante Magon, que montaba el *Algeciras*. Por lo demas, con esta escuadra de reserva, separada del cuerpo de batalla, y que obraba aparte, quería Villeneuve parar las maniobras imprevisas del enemigo, si el viento le permitía á él maniobrar tambien, y en caso contrario, confiaba en que sus capitanes entrarían en combate, escuchando únicamente la voz del honor.

Componiase, pues, la escuadra combinada de treinta y tres navios, cinco fragatas y dos briks, é impaciente Villeneuve por hacerse á la vela, quiso aprovecharse el dia 8 de octubre, (16 de vendimiario) de un viento del Este, para salir de la bahía, pues para dejar á Cadiz es necesario que sople un viento Nordeste á Sudeste. Sin embargo, tres navios españoles acababan de salir del astillero, y el dia antes se habían embarcado á su bordo las tripulaciones, siendo impo-

sible que aquellos tres navíos, llamados el *Santa Ana*, el *Rayo* y el *San Justo*, pudiesen mantenerse firmes en una línea de batalla, pues lo mas que podían hacer era aparejar con la escuadra. Así lo manifestaron los oficiales españoles, y queriendo Villeneuve salvar su responsabilidad, reunió un consejo de guerra, en el cual dijeron los oficiales mas valientes de una y otra escuadra que estaban prontos á dirigirse á donde fuese preciso, para secundar las miras del emperador Napoleón, pero que era una imprudencia que podía costarles muy caro el presentarse inmediatamente al enemigo en el estado en que se hallaban la mayor parte de los buques; que á las pocas horas de haber salido de la bahía, y cuando apenas hubiesen tenido tiempo para maniobrar, encontrarían á una escuadra inglesa, igual ó superior en fuerzas á ellos, y quedaria destruida la nuestra infaliblemente; y que mas valia aguardar una ocasion favorable, como por ejemplo, que por cualquier motivo se dividiesen las fuerzas inglesas, ocupándose entre tanto en terminar la organizacion de los buques últimamente armados.

Villeneuve dió cuenta de todo al gobierno francés, diciendo que tambien él opinaba no debia darse una gran batalla, en el estado en que se hallaban una y otra marina; pero esto lo hizo como para que resaltase mas y mas su tranquila resignacion, pues añadió que estaba decidido á hacerse á la vela con el primer viento del Este que le permitiera sacar á la escuadra de la bahía.

Esperó, pues, impaciente se le presentase un

momento favorable para dejar á Cadiz á toda costa, complaciéndose en la idea de que al fin tenia delante al temible Nelson, cuya imagen le habia perseguido por todos los mares, haciéndole faltar á una de las comisiones mas importantes que podia desempeñar en toda su vida. Empero ya no temia su presencia, aunque entonces era mas temible que nunca, porque ensanchada su alma con la desesperacion anhelaba por los peligros, y aun casi una derrota, para demostrar habia tenido razon en querer evitar un encuentro con la marina británica.

Entre tanto Nelson, despues de tocar por un instante en las playas de la Gran Bretaña, que no debia volver á ver, enderezó el rumbo hacia Cadiz, con una de las escuadras que el almirantazgo inglés reunió en la Mancha cuando penetró al cabo de dos años los proyectos de Napoleón; y era natural dirigirse á aquel puerto, porque habia corrido en el Océano la noticia de que Villeneuve se hallaba de regreso al otro extremo de la península.

Tenia Nelson á su disposicion poco mas ó menos las mismas fuerzas navales por Villeneuve, es decir, treinta y tres ó treinta y cuatro buques, pero todos adiestrados en el largo tiempo que llevaban de cruceros, y dotados de la superioridad que siempre tienen sobre las escuadras bloqueadas las que bloquean. No abrigando la menor duda en vista de los preparativos de Villeneuve, pues todo lo sabia por medio de espías, de que este iba á caer en su poder, observaba sus movimientos con el mayor afán, y dirigió á oficiales ingleses, previendo que pronto se iba á

dar la batalla, instrucciones no conocidas hasta despues, y que han causado la admiracion de todos los marinos.

Lo que les mandó fué que ejecutasen su maniobra favorita, cuidando de esplicar detalladamente los motivos por qué queria obrasen de aquel modo.—Poniéndose en linea, así decia, se pierde demasiado tiempo, pues como no todos los buques obedecen el impulso que les dá el viento, sería preciso que una escuadra arreglase sus movimientos á los de aquellos que anduviesen peor, dando tiempo á que el enemigo que quisiera evitar la batalla, se escabulliese, cuando convenia á toda costa que no se escapase en aquella ocasion la escuadra franco-española. Nelson suponía que Villeneuve se habia reunido con la division de Lallemaad, y tal vez con la de Cartagena, ascendiendo su escuadra de consiguiente á cuarenta y seis buques, y aunque él tenia esperanzas de mandar cuarenta, contando los que debian llegarle, cuanto mas numerosa fuese su escuadra, tanto menos queria ponerla en linea. Mandó, pues, formar dos columnas, una directamente bajo su mando y otra á las órdenes del vice-almirante Collingwood, para dirigirlas con prontitud sobre la linea enemiga, sin guardar otro orden que el de la celeridad, cortar dicha linea por dos sitios, esto es, por el centro y la cota, envolver en seguida la parte cortada y destruirla.—La parte de la escuadra enemiga que pongais fuera de combate, añadió fundándose en la esperiencia, tantas veces demostrada durante cinco años, será difícil que vaya á socorrer á la parte atacada, y antes de que

llegue habreis vencido.—No podia preverse con mayor sagacidad y esactitud las consecuencias que debia producir aquella maniobra, que Nelson procuró inculcar primero en el ánimo de todos sus oficiales, y esperaba poder realizar cuanto antes. Por lo demás, para no intimidar demasiado á su contrario, cuidó de no estrechar á Cadiz de muy cerca, contentándose con enviar algunas fragatas en observacion, y cruzando él con sus navios á lo largo de la boca del estrecho. barloventeaba del Este hacia el Oeste, bien lejos de la vista de las costas.

Cuando supo el verdadero estado de las fuerzas de Villeneuve, quien no se habia reunido con Salcedo ni con Lallemand, no temió dejar en Gibraltar cuatro navios, dar uno al almirante Calder, que acababa de ser llamado á Inglaterra, y enviar otro á Gibraltar para que hiciese allí aguada. Al saber esto en Cadiz, se confirmó mas y mas Villeneuve en la resolucion que ya habia adoptado de hacerse á la vela, pues creia que los ingleses contarían con mas fuerzas, esto es con treinta y tres ó treinta y cuatro buques, y viendo que no tenían tantos, disminuyó su cálculo hasta suponer que solo tendrían veinte y tres ó veinte y cuatro, siendo así que eran mas.

Llegaron á Cadiz en esto los últimos despachos de Paris en que se anunciaba la salida del almirante Rosily, y Villeneuve no se afectó mucho en un principio, pues la idea de que iba á servir con honra á las órdenes de un gefe superior á él en graduacion y edad, y á portarse á su lado como un capitan valicate, alivió su alma

agoviada con el peso de una responsabilidad demasiado grande. Sin embargo, estaba ya en Madrid Rosily, sin que el ministro hubiese explicado á Villeneuve la suerte que le esperaba bajo el mando del nuevo almirante, lo cual le hizo creer le habian destituido pura y simplemente, y que ni siquiera tendria el consuelo de rehabilitarse peleando, aunque fuera en segunda fila, de un modo brillante. Deseando ardientemente poder librarse de la deshonra, y aprovechándose de las instrucciones en que no solo le autorizaban para que saliese, sino que le indicaban debia hacerlo, siempre que el enemigo fuese inferior en fuerzas, consideró dichas instrucciones como suficientes para que pudiera hacerse á la vela, y sin detencion dió la señal. El 19 de octubre (27 de vendimiario) se declaró una brisa aunque leve de Sudeste, y con su auxilio salió de la rada el contra-almirante Magon con una division, dando caza á un navío y algunas fragatas del enemigo, y fondeando por la noche fuera de bahía. Al dia siguiente 20 (28 de vendimiario), se hizo Villeneuve á la vela con toda la escuadra, á pesar de que los vientos eran flojos y varios, puso la proa al Sur, y empezó á navegar, llevando á la cabeza y algo á la izquierda á la escuadra de reserva que mandaba Gravina. Ya hemos dicho que la escuadra combinada se componia de treinta y tres navíos, cinco fragatas y dos briks, y ahora añadimos que presentaban el mejor aspecto, maniobrando bien los buques franceses, pero los españoles bastante mal, á lo menos la mayor parte de ellos.

Aunque no se veia todavia al enemigo, por

el movimiento de sus fragatas podia creerse no estaba lejos, y efectivamente el *Aquiles* lo descubrió, haciendo señal de que solo habia diez y ocho y velas. La escuadra combinada se lisonjeó por un instante al saber esto de que iba á tener un encuentro con el enemigo con fuerzas superiores, y en el alma de Villeneuve penetró un vislumbre de esperanza, vislumbre que debia ser el último de su vida.

Aquella noche mandó formasen en batalla por orden de celeridad, arreglando la línea por el buque que recibiese mas de lleno el impulso del viento, lo cual queria decir que cada uno de los buques se situase en el puesto que merecia con arreglo á su marcha, y no á su rango, alineándose por el que mejor obedeciese al viento. La brisa, por lo demas, habia variado; la escuadra llevaba puesta la proa al S. E., es decir hacia la entrada del estrecho, y en todos los buques se habia dado la voz de zafaranchó.

Toda la noche se vió y oyó á nuestro lado la señal de las fragatas inglesas, las cuales indicaban á Nelson por medio de cañonazos y el resplandor de hogueras la direccion nuestra, y al rayar el dia, el viento, flojo y vario, soplaba hacia el Oeste, el mar estaba de leva, las olas eran altas aunque no con reventazon, y el sol brillaba en todo su esplendor. Entonces se descubrió al enemigo formado en varios grupos, segun unos de dos, y de tres segun otros, conociéndose á pesar de que todavia distaba cinco ó seis leguas de la escuadra francesa, que se dirigia hacia ella.

Inmediatamente mandó Villeneuve formar línea regular, encargando que cada uno de los bu-

ques conservase el puesto que habia ocupado aquella noche, que se estrechase cuanto pudiera hacia su vecino, y pusiera las amuras en estribol para recibir el viento por la derecha, pues soplaba de Oeste y la direccion era al Sudeste, esto es, de Cádiz al estrecho. Las olas habian engrósado, la brisa era floja, y los nuestros maniobraban con dificultad, circunstancias que hacian resaltar mas y mas la inesperienza de parte de nuestras tripulaciones.

La escuadra de reserva, compuesta de doce navios, marchaba con independencia de la principal, pues constantemente se habia mantenido por cima de esta en la direccion del viento, lo cual era una ventaja, porque arriando en banda, es decir dejándose llevar del impulso del viento podia reunirse con ella, tomando la posicion que le conviniese, como, por ejemplo, la de colocar al enemigo entre dos fuegos, cuando estuviese ocupado en pelear. Si hay alguna vez motivos para crear una escuadra de reserva, nunca mejor que para las circunstancias de que vamos hablando; de suerte que Gravina, como hombre dotado de penetracion y talento, hizo señal á Villeneuve pidiéndole le concediese facultades para maniobrar de un modo independiente; pero Villeneuve se las negó por causas que cuesta trabajo comprender. Quizá temió no se comprometiese la escuadra de reserva por su posicion avanzada, y no tenia esperanzas de acudir á socorrerla, en atencion á que merced al viento estaba situado por bajo de ella; pero esta razon por sí no era suficiente, pues si no estaba seguro de poder llegar hasta donde ella se encontraba, lo estaba de poder atraerla al

sitio que ocupaba él; y si hacia que inmediatamente entrase en batalla, se privaba sin remedio de un destacamento ambulante, situado ventajosamente para maniobrar, y alargaba sin utilidad alguna su linea demasiado larga ya, puesto que era de veinte y un buques, é iba á ser de treinta y tres. No obstante todo esto, previno á Gravina fuese á alinearse con la escuadra principal, y como de toda ella se veian las señales, el contra-almirante Magon, de no menores talentos que Gravina, descubrió en los mástiles de los dos buques almirantes la peticion del uno y la respuesta del otro, no pudiendo menos que decir que era un disparate, y manifestando abiertamente su sentimiento delante de todo el estado mayor.

A eso de las ocho y media manifestó el enemigo su intencion mas á las claras, pues como á medida que iban acercándose era mas facil ver los diversos grupos de la escuadra inglesa, se conoció á poco que solo formaba dos, con objeto sin duda de cortar nuestra linea por dos puntos. Avanzaban á velas desplegadas y viento en popa, lo cual era utilísimo para realizar el proyecto de caer en medio de nosotros, pues se dirigian hácia nuestra escuadra favorecidos por viento de Oeste cuando nosotros formabamos una larga linea de Norte á Sur algo inclinada al E. La primera columna, colocada al Norte de nuestra posicion y compuesta de doce buques, la mandaba Nelson, y amenazaba á nuestra retaguardia, mientras que la segunda, situada al Sur de la primera, compuesta de quince buques, y mandada por el almirante Collingwood, amenazaba á nuestro centro. Villeneuve, impulsado por el instinto que siempre

nos inclina á libertar la parte amenazada, quiso ir á socorrer á la retaguardia, y mantenerse al mismo tiempo en comunicacion con Cádiz, cuya plaza se hallaba detrás de él á la parte Norte, á fin de tener á donde refugiarse en caso de derrota. Para lograrlo mandó que todos virasen de consumo, dando una vuelta sobre sí mismo cada uno de los buques, para que la línea continuase siendo larga y recta, pero subiendo hácia el Norte en vez de bajar hácia el Sur.

Esta maniobra no podia tener otra ventaja que acercarse á Cádiz, pues subiendo en columna nuestra escuadra hácia el Norte en vez de bajar hácia Sur debía tener un encuentro por dos puntos distintos, en atencion á que las dos columnas enemigas iban á cogerla por el costado. Entonces mas que nunca debía sentirse no haber tomado una posicion independiente y adecuada al viento que corria, como la que poco antes ocupaba la escuadra de reserva, posicion que en aquel momento le hubiera permitido maniobrar contra uno de los dos grupos de la escuadra inglesa. En el estado á que habian llegado las cosas, lo único que podia hacerse era estrechar la línea, convertirla en regular, y hasta donde fuese posible atraer á su puesto á los buques que hallandose á sotavento, dejaban unas aberturas por donde podia pasar el enemigo.

Empero no era fácil volverse á colocar en línea á los buques que la habian dejado, y sobre todo con los vientos que á la sazón soplaban, y unas tripulaciones faltas de esperiencia. Lo que podia hacerse era arriar todos en banda, á fin de procurar alinearse con los buques que se hallaban

á sotavento; pero como esto hubiera producido una mutacion general, y tal vez nuevas irregularidades, mayores que las que querian corregir, creyeron no debian hacerlo. Continuó, pues, mal formada la línea, no siendo igual la distancia que mediaba entre todos los buques, y estando unos á la derecha, y otros detrás de su puesto. Ademas la brisa, que era bastante varia, habia impedido mas á la retaguardia, y el centro, y atascado algun tanto los buques que formaban aquella parte, teniendo que mandar Villeneuve que la cabeza forzase velas para que tomaran mayor espacio. Con este fin hizo varias señales para atraer á cada uno á su puesto; pero nada consiguió, á pesar de la buena voluntad y espíritu de obediencia de que todos se hallaban animados, pues las fragatas, colocadas á la derecha y á sotavento de la escuadra, á la altura de los buques almirantes, estaban demasiado lejos para poder prestar otros servicios que el de repetir las señales.

Al fin, á eso de las once del día, las dos columnas enemigas, que avanzaban viento en popa y con todas las velas cargadas, alcanzaron á nuestra escuadra: por lo demás, marchaban por orden de celeridad, habiendo tenido únicamente la precaucion de poner á la cabeza los navios de tres puentes, los cuales eran siete, mientras nosotros solo teniamos cuatro, por desgracia españoles, y decimos por desgracia porque eran menos á propósito que los nuestros para valerse de su superioridad: Aunque los ingleses tenian veinte y siete buques y nosotros treinta y tres, podia decirse que eran iguales á nosotros en fuerzas, pues contaban con el mismo número de cañones, reuniendo

do en su favor los conocimientos náuticos, la costumbre de vencer, un gran general, y lo que es aquel día hasta la fortuna, puesto que tenían el viento de su parte. De todo esto carecíamos nosotros; pero contábamos con una virtud que puede conjurar al destino algunas veces, esto es la resolución de pelear hasta morir.

Hallábanse ya á tiro de cañon; pero Villeneuve habia tomado una precaucion, conveniente con frecuencia en el mar, pero no muy oportuna entonces, que fué mandar no se hiciese disparo alguno hasta no estar á muy buena distancia, cuando hubiéramos podido causar al enemigo grandes averias estando como estaban aglomeradas las dos columnas. Sea lo que fuere, lo cierto es que á eso de las doce, la columna del Sur, mandada por el almirante Collingwood, y que iba algo delante de la del Norte, mandada por Nelson, llegó al medio de nuestra línea, á la altura del *Santa Ana*, navio español de tres puentes. El navio francés llamado *Fogoso*, que se hallaba situado detras del *Santa Ana*, se apresuró á disparar contra el *Régio Soberano*, navio que iba á la cabeza de la columna inglesa, que tenia ciento veinte cañones, y habia enarbolado el pabellon del almirante Collingwood. Toda la línea francesa imitó su ejemplo, y dirigió un fuego vivísimo contra la escuadra enemiga, siendo de sentir no hubiese este empezado antes, pues hubieran sido mayores las averias, que no fueron pocas, sin embargo. El *Régio Soberano*, continuó su movimiento, á fin de colocarse entre el *Santa Ana* y el *Fogoso*, y pasar por entre estos dos navios, que no estaban bastante cerca uno de otro, sin

que el *Fogoso*, que forzó velas para cubrir el hueco, llegará á tiempo de impedirlo. El *Régio Soberano*, pasó por detras del *Santa Ana* y por delante del *Fogoso*, disparó contra el primero una andanada de habor con bala y metralla, y causó mucho daño al navio español, por que le cogió á lo largo: sin detenerse disparó contra el *Fogoso* una andanada de estribol, pero sin gran resultado, al paso que él recibió de su contrario una descarga que le causó bastante descabro. Entre tanto los demas navios ingleses de aquella columna, que habian seguido muy de cerca á su almirante, tirando hácia la línea francesa de N. á S., procuraban cortarla, intercalándose en los huecos y colocarla entre dos fuegos, dirigiéndose hácia el otro estremo. Los buques que intentaban semejante maniobra eran quince, y tenian que habérselas con diez y seis, de suerte que si todos se hubiesen portado bien, aquellos diez seis buques franceses y españoles hubieran podido mantenerse firmes contra los quince ingleses, sin necesidad de que fuese á socorrerlos la vanguardia; pero varios buques, por mal dirigidos, habian abandonado su puesto. El *Bahama*, el *Montañas*, y el *Argonauta*, españoles todos ellos, se hallaban á la derecha ó detras del sitio que debian ocupar en la línea de batalla, ejemplo que imitó el *Argonauta*, navio francés. El *Fogoso*, el *Pluton* y el *Algeciras*, se portaban, por el contrario, con el mayor vigor, atrayendo sobre ellos, gracias á su energía, el mayor número de buques enemigos, de modo que cada uno de ellos tenia que pelear contra varios. Especialmente el *Algeciras*, que era el que montaba el contra-almirante Ma-

gon sostenia un combate cuerpo á cuerpo con el *Tonante*, haciendo sobre él un fuego terrible, y disponiéndose á tomarlo al abordage; y el *Príncipe de Asturias*, mandado por Gravina y que se hallaba al fin de nuestra línea rodeado de enemigos, vengaba el honor del pabellon español, ajado por la mala conducta de la mayor parte de sus buques.

Apenas habia transcurrido desde que principió el combate una media hora, cuando ya envolvía á las dos escuadras una nube de humo que no deshacia la brisa casi espirante, en medio de cuya nube se hacia un fuego espantoso y continuado, viéndose flotar sobre las aguas al resplandor de los cañonazos pedazos de mástiles y gran número de cadáveres horriblemente mutilados.

La columna del Norte, mandada por Nelson, llegó veinte ó treinta minutos despues que la de Collingwood á la altura de nuestro centro, cogiendo de costado al *Bucentauro*, junto al cual habia siete navíos colocados del modo siguiente: la *Santísima Trinidad*, que montaba Cisneros, inmediatamente despues del *Bucentauro*, á cuyo bordo iba el almirante Villeneuve, ambos en línea y tan inmediatos uno á otro que el bauprés del segundo tocaba la popa del primero; el *Neptuno*, navío francés, y el *San Leandro*, español, que se hallaban á sotavento, y habian dejado un doble hueco en la línea; el *Temible*, que no podia estar mejor situado y se encontraba en las aguas del *Bucentauro*, pero colocado con respecto á este á la distancia de dos navíos; y por último el *San Justo* y el *Indómito*, sotaventados tambien, y que

dejaban dos puestos vacantes entre aquel grupo y el *Santa Ana*, que era el primero del grupo atacado por Collingwood. De consiguiente, de aquellos siete navíos solo estaban en línea la *Santísima Trinidad* y el *Bucentauro*, enteramente estrechados uno contra otro, y el *Temible*, que tenia por delante dos huecos vacios y otros dos por detras; pero afortunadamente, no para el éxito de la batalla, sino para el honor de nuestras armas, habia allí hombres cuyo valor sobrepujaba á todos los riesgos. Por lo demas, sobre aquellos tres navíos, que eran los únicos de los siete que habian permanecido en su puesto, fué á caer toda la columna de Nelson, compuesta de doce navíos, varios de los cuales eran de tres puentes.

El *Victoria*, que habia enarbolado el pabellon de Nelson, debia ser precedido por el *Temerario*, pues temiendo los oficiales de estado mayor ingleses no quedase destruido su principal navío, suplicaron á Nelson permitiese que el *Temerario* se adelantase al *Victoria*, por no esponer demasiado una vida tan preciosa como la suya.—Corriente, contestó Nelson; que el *Temerario* vaya delante, si es que puede conseguirlo.—Y mandando cargar todas las velas al *Victoria*, permaneció á la cabeza de la columna. Apenas llegó el *Victoria*, á tiro de cañon; hicieron sobre él un fuego terrible la *Santísima Trinidad*, el *Bucentauro* y el *Temible*, llevándole en muy pocos minutos uno de los masteleros, destrozándole el aparejo, y causándole una pérdida de cincuenta hombres fuera de combate. Nelson, que buscaba al navío almirante francés, creyó que lo era no el gigante es-

pañol la *Santísima Trinidad*, sino el *Bucentauro*, navío francés de ochenta cañones, y procuró cogerle la vuelta pasando por el hueco que le separaba del *Temible*; pero un intrépido oficial mandaba este buque, y comprendiendo (era un capitán llamado Lucas) la intencion de Nelson por el modo de navegar de su navío, desplegó todas las velas para recoger hasta el último soplo de viento, y fué tan afortunado que llegó á tiempo, destrozando con el hauprés el remate de los adornos que llevaba en la popa el *Bucentauro*. Nelson halló, pues, cerrado aquel hueco; mas como no era hombre que retrocedía, se obstinó en su propósito, y no pudiendo separar con la proa á los dos navíos tan estrechamente unidos, se dejó caer á lo largo del *Temible*, arrimando el costado al suyo. Gracias al choque y á un resto de brisa que soplabá, se salieron de la línea los dos navíos, volviendo á quedar abierto el camino por detras del *Bucentauro*: entonces se arrojaron hácia allí á un mismo tiempo varios navíos ingleses, con el objeto de envolver al *Bucentauro* y la *Santísima Trinidad*, y otros subieron á lo largo de la línea francesa, donde habian quedado diez navíos sin enemigos contra quienes pelear, les soltaron algunas andanadas, y se volvieron inmediatamente contra los navíos franceses del centro, tres de los cuales oponian una resistencia heroica á los que les acometieron.

Los diez navíos franceses de la cabeza nada útil pudieron hacer, segun habia previsto Nelson; y eso que Villeneuve mandó enarbolár en los paños de mesana y en los masteleros pabellones que significaban que el capitán que no se hallase en

medio del fuego, no ocupaba el puesto debido. Las fragatas, siguiendo las reglas establecidas, repitieron la señal, mas visible en su mastil que en el del almirante, siempre envuelto en una nube de humo, y conforme á las mismas reglas, añadieron á la señal el número de los buques que no habian tomado parte en el combate, hasta que oyesen la voz del honor.

Mientras que de este modo llamaban al sitio donde habia peligro á los que de él se habian separado de resultas de la maniobra de Nelson, se habia trabado en el centro una lucha que no tiene ejemplo. El *Temible*, además del *Victoria* que se le habia arrimado al costado izquierdo, tenia que pelear contra el *Temerario*, que habia ido á colocarse algo detras de su costado derecho, y sostenia contra aquellos dos enemigos un combate furioso. El capitán Lucas, despues que hizo varias descargas con sus baterías de babor, descargas que causaron un daño terrible al *Victoria*, se vió obligado á renunciar á tener que tirar con la batería baja, porque como se tocaban por aquella parte los costados de ambos navíos, no podia utilizarse la artillería. Viendo esto, mandó que los marineros que se hallaban disponibles se situasen en los obenques y las cofas, y que desde allí arrojasen sobre el puente del *Victoria* un fuego mortífero de granadas y de fusilería, mientras disparaba contra el *Temerario*, que se hallaba á alguna distancia, todas las baterías de estribol. Para acabar de una vez con el *Victoria*, mandó tomarlo al abordage; pero como su navío solo era de dos puentes y el *Victoria* de tres, tenia que salvar la altura de un puente, y además que atra-

vesar una especie de foso para pasar á su bordo, porque aunque los dos navios se tocaban en la línea de flotacion, quedaba entre ellos un hueco por su forma entrante. El capitán Lucas dió la órden de que se pusiesen las vergas de modo que pudiera pasarse de un puente á otro, y á todo esto continuaba el fuego de fusilería desde los masteleros y palos de mesana del *Temible* sobre el puente del *Victoria*. Nelson, con un frac viejo que solía ponerse en los días de batalla, se hallaba al lado del comandante Hardy su capitán de pabellón, y no había querido separarse un momento del peligro, á pesar de que junto á él había caído muerto su secretario, al capitán Hardy se llevó una bala la hevilla del zapato, y otra encadenada mató á ocho marineros. Aquel gran marino, objeto y con justicia no solo de nuestro odio sino de nuestra admiracion, permanecía impassible en el castillo de popa observando aquella horrible escena, cuando fué á darle en el hombro izquierdo, quedándosele clavada en los riñones una bala disparada desde los masteleros del *Temible*. Al sentir el golpe, dobló las rodillas y cayó en el puente, haciendo esfuerzos para sostenerse con una mano y diciendo á su capitán de pabellón:—Hardy, los franceses han acabado conmigo.—Y como el capitán Hardy le contestase:—No, todavía no,—añadió Nelson:—Si, conozco que voy á morir.—Inmediatamente le condujeron al sitio donde se curaba á los heridos; pero casi había perdido el conocimiento, y solo le quedaban algunas horas de vida: sin embargo, volvía, en sí á ratos, preguntaba en que estado se hallaba la batalla, y repelia un consejo que probó bien pronto cuan pro-

funda era su prevision, consejo que se reducía á que fondearan así que llegase la noche.

La muerte de Nelson causó á bordo del *Victoria* una agitacion extraordinaria, y aunque el valiente Lucas ignoraba lo que allí sucedia, creyendo había llegado el momento favorable de tentar el abordage, subió á una de las vergas tendidas entre ambos buques; pero el *Temerario* que no cesaba de apoyar al *Victoria*, disparó una espantosa andanada de metralla. Cerca de doscientos franceses pierden la vida ó salen heridos, y como no era mucho mayor el número de los que iban á arrojar al abordage, no quedando bastante gente para insistir en aquella tentativa, vuelven á recurrir los nuestros á las baterías de estribol, y hacen contra el *Temerario* un fuego vengador, que le deja sin mástiles y le maltrata horriblemente. Empero como si aquellos dos navios de tres puentes no bastasen para pelear contra uno de dos, un nuevo enemigo fué á reunirse á los primeros para acabar de una vez con el *Temible*. Cogiéndole por la popa el navio inglés *Neptuno*, arroja sobre el andanadas que le ponen en un estado deplorabile: dos mástiles del *Temible* caen sobre el puente; parte de la artillería queda desmontada; una de las paredes, casi demolida, forma una ancha porta; el timon queda inservible, y el agua se introduce á torrentes por los agujeros hechos por las balas en la línea de flotacion. En cuanto al personal, todo el estado mayor salió herido, muertos diez guardias marinas de once que eran, y de seiscientos cuatro hombres que componian la tripulacion quinientos veinte y dos se hallaban fuera de combate, entre ellos trescientos muertos y

doscientos veinte y dos heridos. Al verse en semejante estado aquel heroico navio, considerando que no podia defenderse por mas tiempo, arrió pabellon, aunque cabiéndole la gloria de haber vengado en Nelson las desgracias de la marina francesa.

Al abordar uno contra otro el *Victoria* y el *Temible*, se salieron de la línea, abriendo camino á los buques enemigos que procuraban envolver al *Bucentauro* y la *Santísima Trinidad*, cuyos dos navios se mantenian fuertemente unidos, pues el *Bucentauro* tenia enredado el bauprés en la galería de popa de la *Santísima Trinidad*. Por delante de ellos se hallaba el *Héroe*, que era el mas inmediato de los diez navios que habian permanecido ociosos, y en un principio les socorrió; pero despues de sufrir un vivo fuego de cañon, quedó á sotavento, abandonando á su funesta suerte la *Santísima Trinidad* y el *Bucentauro*. Este último navio recibió al empezar el combate algunas andanadas que le disparó el *Victoria* en la popa, causándole mucho daño, y poco despues se halló rodeado de varios buques ingleses que fueron á reemplazar á aquel. Situados uno por la popa, los otros doblaron la línea y fueron á colocarse á estribol, de suerte que se vió metrallado por delante y por detras por cuatro navios, dos de ellos de tres puentes. Villeneuve, tan firme en medio de las balas como indeciso al tiempo de mandar, se mantenía en su castillo, esperando que entre tantos buques franceses y españoles como le rodeaban, no faltaria uno que fuese á socorrer á su general, por lo cual peleaba con energia, y no sin alguna esperanza. No teniendo

enemigos á su izquierda, y si varios por detras y á la derecha, de resultas del movimiento que los ingleses habian hecho al atravesar la línea, quiso mudar de posicion para ver de libertar la popa así como las baterías de estribol que se hallaban muy maltratadas, y presentar al enemigo las de babor; pero como estaba asido por el bauprés á la galería de la *Santísima Trinidad*, no podia moverse. Entonces mandó con la bocina que la *Santísima Trinidad* arriase en banda, para que los dos navios quedasen separados; mas no pudo hacerse así porque el español habia perdido todos sus mástiles y se veia obligado á permanecer completamente inmóvil.

Clavado, pues, en su posicion el *Bucentauro*, tenia que sufrir un fuego abrasador por detras y por la derecha, sin poder hacer uso de las baterías de la izquierda; pero sosteniendo sin embargo noblemente el honor del pabellon, contestaba con un fuego tan activo como el que sufría. Al cabo de una hora de semejante combate, salió herido Magendie, capitan de pabellon, como igualmente el teniente Daudignon, que le reemplazó, reemplazando á su vez á este el teniente de navio Fournier. A poco cayeron sobre el puente, causando un desorden espantoso, el palo mayor y el de mesana, habiéndose tenido que enarbolar el pabellon en el trinquete, y merced á una densa nube de humo, no distinguia el almirante lo que estaba sucediendo en el resto de la escuadra. Habiendo descubierto no obstante en un momento de claridad que los buques de la cabeza permanecian inmóviles, enarbó señales en el palo que le quedaba, y mandó que virasen de bordo todos

á un tiempo, á fin de trasladarse al sitio del fuego. Luego, otra vez envuelto en aquella nube fatal que vomitaba la muerte, siguió peleando, aunque sabia que dentro de algunos instantes tendria que abandonar el navio almirante para dictar sus órdenes desde otro, y en efecto á eso de las tres cayó en el puente el trinquete, acabando de sembrarle de destrozos.

Desbecho el costado derecho del *Bucentauro*, rota la popa y derribados los palos, estaba tan raso como un ponton, de suerte que el infortunado Villeneuve exclamó:—Se acabó el papel que hacia en el *Bucentauro*; veremos si en otro buque puedo conjurar á la fortuna.—Y quiso arrojarle a una lancha para ir en busca de la vanguardia y conducirla al combate; pero al caer los mástiles habian aplastado las lanchas que se hallaban en el puente del *Bucentauro*, y las que pendian de los costados estaban acribilladas á balazos. Entonces pidió una embarcacion con la bocina á la *Santisima Trinidad*; pero inútilmente, porque no podia oirse ninguna voz humana en medio de aquella confusion. Vióse, pues, obligado el almirante francés á permanecer en el casco de su navio espuesto á irse á pique, sin poder dar órdenes ni hacer nada para salvar la escuadra que le habian confiado. La fragata *Hortensia*, que debia haber ido á socorrerle, no hacia ningun movimiento, ya porque se lo impidiese el viento, ya porque le aterraba aquel terrible espectáculo, por manera que á Villeneuve no le quedaba otro recurso sino la muerte, muerte que deseó muchas veces el infeliz. A todo esto, Mr. de Prigny, gefe de estado mayor, acababa de ser herido á su la-

do, casi toda la tripulacion se hallaba fuera de combate, y sin mástiles el *Bucentauro*, acribillado á balazos y sin poder valerse de las baterías, porque estaban desmontadas ú obstruidas con los destrozos del aparejo, ni aun siquiera tenia la cruel satisfaccion de devolver un golpe por los muchos que recibia. Eran las cuatro y cuarto, y viendo el almirante que nadie iba á socorrerle, se vió obligado á arriar bandera: entonces fué á buscarle una lancha inglesa y le condujo á bordo del navio *Marte*, donde fué recibido con las atenciones que merecia por su graduacion, desgracias y valor; indemnizacion aunque corta de tan grande infortunio. Al fin encontró lo que temia, ora fuese en las Antillas, ora en la Mancha, y lo encontró donde creia evitarlo, esto es, en Cádiz, sucumbiendo sin tener el consuelo de perecer por realizar un gran designio.

Mientras tanto, la *Santisima Trinidad*, que estaba rodeado de enemigos, habia sido apresado, por manera que de los siete navios del centro que atacó Nelson con su columna, tres, esto es, el *Temible*, el *Bucentauro* y la *Santisima Trinidad*, sucumbieron sin que los socorrieran los otros cuatro, que eran el *Neptuno*, el *San Leandro*, el *San Justo* y el *Indómito*, los cuales sotaventeados como se hallaron desde el principio de la accion, no pudieron volver á colocarse en batalla. El único medio que tenian para poder ser útiles era bajar por dentro de la línea al impulso aunque leve del viento, el cual seguia soplando del O., é ir á pelear al lado de los diez y seis navios que atacó el almirante Collingwood. Solo el *Neptuno*, navio francés que se hallaba mandado por el capitán

Maistral, muy buen oficial, ejecutó aquella maniobra manteniéndose siempre inmediato al peligro, disparando andanadas contra el *Victoria* y el *Régio Soberano*, y tratando de socorrer á la retaguardia que se batía contra la columna de Collingwood. Los otros tres, esto es, el *San Leandro*, el *San Justo* y el *Indómito*, se dejaron llevar lejos del campo de batalla por la brisa que estaba para espirar.

Quedaban, no obstante, los diez navíos de la cabeza, los cuales hicieron algunos disparos contra la columna de Nelson, sin tener despues enemigos contra quienes batirse, pues cuando les hicieron señal para que se acercasen al fuego, se hallaban ya sotaventados ó casi reducidos á permanecer inmóviles por lo flojo de la brisa. El *Héroe*, situado mas cerca que los demas del centro, despues de sostener por un momento como ya hemos visto, á sus dos vecinos el *Bucentauro* y la *Santísima Trinidad*, se dejó llevar por el ligero soplo de la atmósfera que reinaba aun, y que desgraciadamente solo daba impulso para alejarse del combate; pero á lo menos corrió la sangre en el puente de aquel navío, pues quedó muerto su valiente capitan Poulain, dejando al buque sin alma. El *San Agustin*, que estaba situado mas arriba del *Héroe*, perdió su puesto desde muy temprano, y siendo perseguido por los ingleses que habian vencido al *Bucentauro*, no tardaron en apresarle, sucediendo lo mismo poco mas ó menos al *San Francisco*. Subiendo la línea de vanguardia, se hallaban *Mont-Blanc*, el *Duguay-Trouin*, el *Formidable*, el *Rayo*, el *Intrépido*, el *Escipion* y el *Neptuno*, á cuyos buques

mandó el contra-almirante Dumanoir que virasen de costado para ir á parar al centro; pero la mayor parte de ellos permanecieron inmóviles, por no saber maniobrar, no poder, ó no querer. Hubo cuatro, sin embargo, el *Mont-Blanc*, el *Duguay-Trouin*, el *Formidable* y el *Escipion*, que obedecieron la señal del gefe de la division, ayudándose con las lanchas para virar de costado. Es verdad que el contra-almirante Dumanoir les mandó una buena maniobra, que fué no virar por la popa, porque á hacerlo así tendrian que ir á parar dentro de la línea, sino de proa, con lo cual se saldrian, por el contrario, de la línea, pudiendo, si arriaban en banda, caer en medio del combate cuando lo creyesen conveniente.

El contra-almirante Dumanoir, con el *Formidable*, que montaba, y que habia adquirido tanta gloria en el combate de Algeciras, el *Escipion*, el *Duguay-Trouin* y el *Mont-Blanc*, trató de bajar de N. á S. á lo largo de la línea de batalla, con el objeto de dejar á los ingleses entre dos fuegos; pero debió haberlo hecho por lo menos tres horas antes. Viendo como veia casi en todas partes desastres ya consumados, y no sintiéndose con resolucion bastante para sepultarse en la desgracia comun de la marina francesa, le parecia que habia motivos para no empeñarse en la lucha demasiado. Con todo llegó á la altura del centro, desde la cual vió al *Bucentauro* tripulado por gente enemiga, á la *Santísima Trinidad* apresado, al *Temible* vencido hacia mucho tiempo, y á los ingleses corriendo, maltratados y todo, hácia los buques que habian so-

taventeado. Durante aquella travesía, sufrió un fuego vivísimo que causó averías á sus cuatro navios, y disminuyó sus disposiciones bélicas; pero aunque la columna victoriosa de Nelson le recibió á balazos, viendo que no había nadie á quien socorrer, continuó su movimiento llegando á la retaguardia, donde se estaban batiendo los diez y seis buques franceses y españoles contra la columna de Collingwood. A querer sacrificarse podía salvar allí algunos buques, ó añadir gloriosas muertes á las que debían consolarnos de una gran derrota; pero desanimado con el fuego que acababa de sufrir su division, y consultando no á la desesperacion sino á la prudencia, nada hizo, sin que por esto le tratara la fortuna mejor que á Villeneuve, pues por haber querido evitar un desastre glorioso, halló en otra parte otro inútil.

En aquel extremo de la línea, que había trabado la lucha contra la columna de Collingwood, peleaban todos los navios franceses, á escepcion del *Argonanta*, con un valor digno de una gloria inmortal, y en cuanto á los españoles, dos, esto es, el *Santa Ana* y el *Príncipe de Asturias*, secundaban con valentia la conducta de los franceses.

Al cabo de una lucha de dos horas, el *Santa Ana*, que era el primero de la retaguardia, perdió todos los palos, teniendo que arriar bandera; pero causó al *Régio Soberano* casi tanto daño como de él había recibido, portándose Alava, quien quedó mortalmente herido, como un bravo. El *Fogoso*, que era el que se hallaba mas cerca del *Santa Ana*, despues que hizo grandes esfuerzos para socorrerle, impidiendo al *Régio Sobera-*

no que forzase la línea, se vió abandonado por el *Monarca*, navio que tenia detrás; entonces le cogieron la vuelta, y acometido por dos navios ingleses, tuvo que dejar desamparados á aquellos dos. En seguida la emprendió con el *Temerario*, teniendo que rechazar varios abordages, y perdiendo cerca de cuatrocientos hombres de setecientos que componian su tripulacion. El capitán Beandonin, que era quien lo mandaba, murió en la refriega, reemplazándole inmediatamente el teniente Bazin, quien tambien resistió con valor los asaltos de los ingleses; pero estos volvieron á la carga, y apoderándose del castillo de proa, vióse obligado el valiente Bazin, herido, cubierto de saagre, y con muy poca gente á su alrededor, á defenderse en el castillo de popa, hasta que se rindió despues de una resistencia lo mas gloriosa que puede darse.

Detrás del *Fogoso*, y en el sitio que acababa de dejar el *Monarca*, se hallaba el navio francés *Pluton*, mandado por el capitán Cosmao, y maniobraba con tanta audacia como destreza. Apresurándose á ocupar el hueco que dejó el *Monarca*, detuvo al navio enemigo llamado *Marte*, que procuraba pasar por allí, lo acribilló á balazos, é iba á tomarlo al abordage, cuando fué á hacerle fuego por la popa un buque de tres puentes. Entonces se escabulló con no poca habilidad, de manos de aquel nuevo contrario, y presentándole el costado en vez de la popa, evitó su fuego, disparando sobre él varias andanadas mortíferas. Luego se volvió hácia su primer enemigo, y aprovechándose del viento, consiguió cogerle por la popa, derribarle dos palos y ponerle fuera de com-

bate. Libre ya de aquellos dos adversarios, trató el *Pluton* de ir á socorrer á los franceses que se hallaban agoviados por el número, gracias á los buques que emprendieron la retirada, faltando á su deber.

Detrás del *Pluton*, se dió un combate memorable, digno del que sostuvo el *Temible*, y tan sangriento como él, por el *Algeciras*, navio que montaba el contra-almirante Magon, natural de la isla de Francia, hijo de una familia de San Malo, jóven todavía, y de tan bella figura como valiente. Al principiar la accion, reunió á su gente, y prometió al primer marinero que se arrojase al abordage, un soberbio tahalí que le habia regalado la Compañía de Filipinas, de suerte que todos querian hacerse acreedores á semejante premio. Portándose en seguida como se habian portado los comandantes del *Temible*, el *Fogoso*, y el *Pluton*, avanzó el contra-almirante Magon con el *Algeciras*, para ver de cerrar el camino á los ingleses, que querian cortar la linea, y se encontró con el *Tonante*, navio de ochenta cañones, francés en otro tiempo, inglés desde lo de Aboukir, y montado por el capitan Tyler, oficial sumamente animoso. Acercóse á él todo lo que pudo, le hizo fuego, y virando de costado enredó el bauprés en los obenques del navio enemigo, de suerte, que como los obenques son unas escalas de cuerdas, que ligando los mástiles al casco del navio, sirven para afirmarlos ó subirlos, quedó atado á su enemigo. Entonces reunió Magon en torno suyo á los marineros de mas vigor para conducirlos al abordage; pero les sucedió lo mismo que á la tripulacion del *Temible*, pues cuando se

hallaban reunidos en el puente y el bauprés, dispuestos á caer sobre el *Tonante*, sufrieron de otro navio inglés que se habia puesto de costado, varias descargas de metralla que derribaron á muchos de ellos. Entonces fué preciso, antes de pensar en seguir el abordage, responder al nuevo enemigo que habia acudido. y á otro que iba á reunirse con los dos que ya habia, para disparar contra los costados ya destrozados del *Algeciras*. Mientras que Magon se defendia contra aquellos dos buques, le abordó el capitan Tyler, quien se proponia tambien caer sobre el puente del *Algeciras*; pero él lo recibió á la cabeza de la tripulacion con una hacha en la mano, egemplo que imitaron sus marineros, siendo rechazados los ingleses. Por tres veces volvieron á la carga, mas otras tantas los rechazó del puente del *Algeciras*, cayendo muertos su lado Letourneur, capitan de pabellon, y herido el teniente de navio Plassan, que tomó el mando. En cuanto á Magon, á quien distinguian los enemigos por su brillante uniforme, recibió un balazo en el brazo, vertiendo por la herida mucha sangre; pero sin hacer caso quiso permanecer en su puesto, hasta que recibió otra herida en la espinilla. Entonces empezaron á abandonarle las fuerzas, y viendo Mr. de la Bretonniere, quien habia ascendido á capitan de pabellon, que apenas podia sostenerse en el puente de su navio, cubierto de destrozos y cadáveres, le suplicó que bajase por un momento al hospital de la sangre, para que á lo menos le vendasen las heridas, y no perdiese las fuerzas con el derrame de sangre. Esperanzado Magon de poder volver á tomar par-

te en el combate, se decide á oír las súplicas de Mr. de la Bretonniere, y apoyado en dos marineros baja al entrepuente; pero la metralla penetraba por los costados hechos pedazos del navio, y Magón recibe en el pecho otro balazo, quedando muerto. Esta noticia esparce la consternacion á bordo del *Algeciras*, y deseando vengar los nuestros á un gefe tan digno de cariño como de admiracion, pelean con encarnizada furia; mas los tres palos mayores habian sido derribados, las baterías se hallaban desmontadas, ó las obstruian los destrozos de los mástiles; y de seiscientos cuarenta y un hombres, ciento cincuenta habian muerto, saliendo heridos ciento ochenta. La tripulacion, refugiada en el castillo de popa, solo podia disponer de parte del navio; no quedaba ya esperanza ni el menor recurso, cuando hace otra descarga contra el enemigo, y rinde el pabellon defendido con tanto valor por el contra-almirante.

Otros luchaban todavía detrás del *Algeciras*, aunque el dia estaba ya muy adelantado, pues aunque el *Bahama* se habia alejado, el *Aguila* seguia peleando con valor, no rindiéndose hasta que se vió obligado á ello por las crueles pérdidas que sufrió, y la muerte de su gefe el capitán Gourregue. El *Swiftsure*, que los enemigos tenían empeño en volver á conquistar porque habia sido ingles, se portó con igual denuedo, y solo cedió al número cuando ya tenía en la bodega seis pies de agua. Detrás del *Swiftsure* se hallaba el navio francés *Argonauta*; pero despues de sufrir algunas averias se retiró; batiéndose en su puesto con valor el *Berwich*. Los buques espa-

ñoles *Montañés*, *Argonauta*, *San Nepomuceno* y *San Ildefonso*, abandonaron el campo de batalla; pero en cambio *Gravina*, que montaba el *Príncipe de Asturias*, envuelto por los buques ingleses que doblaron el otro extremo de la línea, se defendió, aunque estaba solo contra ellos, con extraordinaria energia. Estrechado por todas partes, acribillado á balazos, se mantuvo firme, y hubiera sucumbido si no le hubiesen socorrido el *Neptuno*, que ya hemos visto hizo esfuerzos para volver á ganar el barlovento, á fin de poder ser útil, y el *Pluton*, que habiendo conseguido zafarse de sus contrarios, se fué en busca de nuevos riesgos; pero por desgracia cuando estaba para terminarse aquel combate, recibió *Gravina* una herida mortal.

Por último, al otro extremo de aquella larga línea, que se conocia por las llamas, los restos de los buques que flotaban sobre las aguas, y millares de cadáveres mutilados, llenó á los combatientes de horror, y de admiracion á nuestros enemigos, otra escena espantosa. Acometido por varias partes el *Aguiles*, se defendió obstinadamente; pero de resultas del fuego empezó á arder el casco del buque, siendo urgente por lo mismo abandonar los cañones para correr á apagar el incendio, que se estendia con rapidez. Temiendo sin embargo los marineros del *Aguiles*, no se aprovechase el enemigo de aquella coyuntura para adquirir ventajas sobre ellos, cuando estuviesen ocupados en cortar el incendio, quisieron mejor que abandonar sus cañones, dejar que el fuego invadiese el buque. Poco despues empezaron á salir de él torrentes de humo, lo cual aterró á los

ingleses, quienes se decidieron á alejarse de aquel volcan que amenazaba hacer esplosion, sepultando á todos indistintamente. Dejaronle, pues, solo, aislado en medio del abismo, y se pusieron á considerar aquel espectáculo que debia terminar de un momento ú otro con una catástrofe horrible. La tripulacion francesa, ya muy diezmada por la metralla, se dedicó, así que se vió libre de enemigos, á apagar las llamas que devoraban su buque; pero ya no era tiempo, habiendo tenido que pensar únicamente en salvarse. Echóse al agua todo lo que podria sobrenadar, como barricas, mástiles y vergas, y sobre aquel asilo flotante buscaron los nuestros refugio contra la esplosion que se aguardaba por instantes; y efectivamente, apenas se habian arrojado al mar algunos marineros, cuando el fuego que habia llegado á la Santa Bárbara, hizo que el *Aguiles* saltase con un ruido espantoso, que aterró hasta á los mismos vencedores. Los ingleses se apresuraron á enviar lanchas para que recogiesen á los infelices que se habian defendido con tanta nobleza, pero pocos lograron escapar de la muerte, pues la mayor parte se hallaban a bordo en el momento de la esplosion, siendo arrojados al aire con los heridos de que se encontraba atestado el buque.

Eran las cinco de la tarde, y casi en todas partes habia terminado la lucha, hallándose destruida de un extremo á otro la línea, cortada al principio por dos puntos, y luego por tres ó cuatro, gracias á los buques que no habian sabido mantenerse formados en batalla. Al ver *Gravina*, á quien habian libertado el *Neptuno* y el *Pluton*,

y que hacia de general en jefe, que unos buques no existian y otros habian huido, mandó retirarse á los dos que acababan de prestarle socorro, el *Príncipe de Asturias*, que era el que montaba, el *Héroe*, el *Indómito* y el *Argonauta*, navios franceses, y cinco españoles, esto es el *Rayo*, el *San Francisco de Asís*, el *San Justo*, el *Montañés* y el *San Leandro*, que ya hemos dicho salvaron su existencia pero no su honor. Es decir que once fueron los que se escaparon del desastre, sin contar los cuatro del almirante Dumanoir, que se retiraron por sí, debiendo añadirse á los quince indicados, las fragatas, las cuales situadas como se hallaban á sotavento, no hicieron lo que podia esperarse de ellas para socorrer á la escuadra. Diez y siete navios franceses y españoles fueron apresados, y uno saltó; la escuadra combinada perdió de seis á siete mil hombres, entre muertos, heridos, ahogados y prisioneros, no habiéndose visto en el mar una escena de tanto horror como la que tuvo lugar en aquellas aguas.

Los ingleses alcanzaron una victoria completa; pero la compraron á costa de mucha sangre, pues de los veinte y dos buques á que ascendia su escuadra, casi todos perdieron los palos mayores, algunos quedaron enteramente inservibles, y otros necesitaban grandes reparos. En cuanto á gente, perdieron unos tres mil hombres, gran número de oficiales, y al ilustre Nelson, pérdida que debian sentir mas que la de un ejército; pero se llevaron á remolque diez y siete buques, casi todos desmantelados ó próximos á irse á pique, y prisionero á un almirante. No hay duda en que

conquistaron la palma de la habilidad, y la experiencia, unidas a un valor innegable; pero nosotros fuimos derrotados con gloria, porque quizá no haya ejemplo en la historia de tan heroicos sacrificios como los que en Trafalgar hicieron los vencidos.

A la caída de la tarde se encaminó Gravina hacia Cádiz con once navios y cinco fragatas, mientras que el contra-almirante Dumanoir se dirigía hacia el estrecho por temor de encontrarse a los enemigos.

El almirante Collingwood se puso luto por la muerte de su jefe, pero creyó que no debía seguir el consejo que dió al tiempo de morir, y en vez de fondear resolvió pasar la noche con las velas cargadas. Desde allí se veía la costa y el funesto cabo de Trafalgar, del cual tomó nombre la batalla, y empezaba a levantarse un viento peligroso, oscureciéndose la noche, cosa tanto mas de sentir para los buques ingleses, cuanto que á causa de las averias que habian sufrido maniobraban con dificultad, y tenian ademas que remolcar ó escoltar á los diez y siete buques apresados. Pronto adquirió el viento mayor violencia, sucediendo á los horrores de una batalla cruenta los de una tempestad espantosa, como si el cielo quisiera castigar á las dos naciones mas civilizadas del globo, así como las mas dignas de dominarle unidas con utilidad propia y de él, por el furor de que se hallaban animadas una contra otra. Gravina y los once buques que llevaba á sus órdenes, tenian en Cádiz un asilo seguro y cercano; pero lo que es Collingwood, que se hallaba demasiado distante de Gibraltar, solo con-

taba con la inmensidad de las olas para descansar de las fatigas y sufrimientos que le habia costado la victoria. A los pocos instantes, la noche mas cruel aun que el dia, mezcló á los vencidos con los vencedores, haciendo temblar á todos bajo el poder de una mano mas poderosa que la del hombre victorioso, esto es, la de la naturaleza irritada. Los ingleses se vieron obligados á abandonar á los buques que llevaban á remolque, ó reanunciar al proyecto de vigilar á aquellos á que daban escolta, no pudiendo nosotros menos de admirar las singulares vicisitudes que presenta la guerra marítima. Llenos de júbilo varios de los vencidos al ver aquella horrosa tempestad, concibieron la esperanza de recobrar los buques y con ellos la libertad, habiendo tenido los ingleses que custodiaban al *Buc centauro*, que entregar por falta de socorro á los restos de la tripulación francesa nuestro navio almirante. Enagenados estos de gozo al verse libres de un peligro espantoso, pusieron en el desmantelado navio algunas bandolas, ataron á ellas algunos pedazos de velas, y se dirigieron hacia Cádiz, empujados por el huracan. El *Algeciras*, digno del desgraciado Magon cuyo cadáver llevaba á bordo, trató tambien de recobrar su libertad favorecida por la tormenta, á pesar de que lo custodiaban setenta ingleses entre oficiales y marineros. Mutilado y todo como se hallaba, como el *Algeciras* se habia construido hacia poco, se sostenia sobre las olas, á pesar de sus profundas heridas; pero le faltaban los tres palos mayores, esto es, el del puente que tenia quince pies, el de mesana de nueve, y e

trinquete de cinco. El buque que lo remolcaba, pensando en su propia salvacion, soltó el cable con que le tenia sujeto, y los ingleses que lo custodiaban tiraron cañonazos pidiendo socorro; pero nadie les respondió. Entonces se dirigieron á Mr. de la Bretonniere, y le suplicaron les ayudase con su tripulacion á salvar el buque y la vida de todos, proposicion que animó á Mr. de la Bretonniere. Inmediatamente pidió le permitiesen tener una conferencia con sus compatriotas que se hallaban detenidos en la bodega, y así que consiguió el permiso fué en busca de los oficiales franceses, á quienes manifestó la esperanza que tenia de arrebatár á los vencedores el *Algeciras*. Todos unánimemente convinieron en que debía aceptarse la proposicion que les hacian, y ya que estuviesen en el buque enemigo, arrojarse sobre los ingleses, quitarles las armas, trabar contra ellos una lucha á muerte en medio de aquella densa oscuridad, y mirar en seguida como mejor pudiesen por su salvacion. Quedaban doscientos setenta franceses, desarmados es verdad, pero dispuestos á todo por recobrar su buque, y los oficiales se esparcieron entre ellos, participándoles el proyecto, proyecto que fué acogido con muestras de alegría. Convinose en consecuencia en que Mr. de la Bretonniere intimaria la rendicion á los ingleses, y si no querian rendirse, en caer sobre ellos cuando el gefe hiciese la señal oportuna. El terror que infundia la tempestad, el temor de dar con la costa que estaba cerca, todo lo olvidaron los nuestros pensando únicamente en aquel nuevo combate, que era una especie de lucha civil en presencia de los desenfrenados elementos.

Mr. de la Bretonniere vuelve en busca de los ingleses, y les dice que el abandono en que dejan al navio en medio de un peligro de tanta gravedad, ha deshecho todos los compromisos, que desde aquel momento se tienen por libres los franceses, y que si, por lo demas, creen los ingleses que deben pelear por salvar su honor, pueden hacerlo; pero que tuviesen entendido que de sarmada y todo iba á caer sobre ellos la tripulacion francesa. Efectivamente, no pudiendo dominar su impaciencia dos marineros franceses se arrojan sobre los centinelas ingleses, y son heridos mortalmente: Mr. de la Bretonniere contiene el tumulto, y da tiempo á los ingleses para que reflexionen, como así lo hacen, decidiéndose á poco rato, al ver los pocos que eran, lo crueles que se habian manifestado sus compatriotas, y el peligro de que se hallaban amenazados vencedores y vencidos, á rendirse á los franceses, con la condicion de que habian de recobrar su libertad así que pisasen las playas de Francia. Mr. de la Bretonniere promete interceder para con su gobierno á fin de que les deje en libertad, se entiende si logran arribar á Cádiz, y la tripulacion empieza á dar vivas, poniéndose á trabajar con ardor. Búscanse masteleros en las provisiones de reserva, se izan, se les sujeta á los trozos que quedaban de los palos mayores, se ata á ellos algunas velas, y se dirigen así hacia Cádiz.

Ya era de día, y lejos de mejorar el tiempo, era mucho peor, sin embargo de lo cual entró en Cádiz Gravina con los restos de la escuadra combinada, y la inglesa apareció á la vista de aquel puerto, con algunos de los buques apresados, so-

bre los cuales habia apuntado sus cañones. Después de luchar todo el dia contra la tempestad, el comandante Bretonniere, que por no tener piloto, se habia valido de un marino que conocia los parages de Cádiz, llegó á la entrada de la bahía, cuando solo le quedaba una ancla de serviola y un cable grueso para resistir el viento que soplabá hácia la costa. Echa la espresada ancla y se confía á ella, devorado no obstante de inquietud, pues si cede, debe perecer el *Algeciras* en las rocas; como que por no conocer la bahía, habia anclado cerca de un escollo temible, llamado la Punta del Diamante. Pasó la noche entregado á terribles angustias, hasta que volvió á brillar el dia, esparciendo sus funestos rayos sobre aquella playa desolada, donde fué á estrellarse el *Bucentauro*, siempre desgraciado. Salvóse sin embargo parte de la tripulacion á bordo del *Indómito*, que habia fondeado no lejos de allí, y que además de tener pocas averias por haber peleado poco, estaba aferado á buenas anclas y buenos cables. En cuanto al *Algeciras*, todo el dia estuvo tirando cañonazos para pedir socorro, habiendo perecido algunas barcas que trataron de dárselo, hasta que una logró facilitarle una ancla pero muy delgada. Entonces permaneció amarrado junto al *Indómito*, al cual pidió le llevase á remolque, prometiendo este hacerlo así luego que fuera posible entrar en Cádiz. Cuando llegó la noche, y ya iban dos desde la funesta batalla, cogió á los dos navíos dando fondo al lado el uno del otro, no sin que la tripulacion del *Algeciras* mirase con terror las dos anclas en que estribaba su salvacion, y con envidia las del *Indómito*. A todo esto la tempestad

iba en aumento, cuando de pronto se oyó un grito espantoso: salia del *Indómito*, cuyas anclas no pudieron resistir á pesar de lo fuertes que eran, y que con todos sus fanales y la tripulacion agrupada en el puente, pasó muy cerca del *Algeciras*, y fué á estrellarse en la Punta del Diamante, haciendo un ruido horrible. Los fanales con que iba alumbrado, los gritos que en él oian, todo se desvaneció en las olas, pereciendo de una vez quinientos hombres, pues el *Indómito* llevaba á bordo casi toda su tripulacion, la del *Bucentauro*, los enfermos y heridos y parte de las tropas embarcadas á bordo del almirante.

Después de presenciar tan cruel espectáculo y de hacer las reflexiones que eran naturales, vió el *Algeciras* brillar otro nuevo dia y aplacarse la tempestad, entrando al fin en la bahía de Cádiz y fondeando en una especie de ensenada, donde se hallaba fuera de peligro, en recompensa sin duda del heroismo que habia mostrado.

Mientras que aquellas trágicas aventuras tenían lugar, y el *Algeciras* entraba en Cádiz tan milagrosamente, el *Temible*, el mismo que se batió con tanta gloria contra el *Victoria*, y arrojó la bala que mató á Nelson, se iba á pique. Destruída la popa por las balas desprendióse de pronto, dando apenas tiempo para salvarse á ciento diez y nueve franceses, perdiéndose tambien en la costa de España el *Fogoso*, y estrellándose en las rocas de San Lucar el *Monarca*.

Por lo que hace á los ingleses, quedábanles muy pocos buques de los que habian apresado, y con los menos maltratados se mantenian en el mar á la vista de Cádiz, y siempre contrariados

por los vientos, los cuales no les habian permitido arribar á Gibraltar. Viendo esto el capitán Cosmao, que mandaba el *Pluton*, no pudo contener el zelo de que se hallaba animado, á pesar de que estaba acribillado su buque, y la tripulacion se reducía á la mitad. Tomó, pues, algunos marineros de la fragata *Hermione*, remendó su aparejo de prisa y corriendo, y desempeñando el empleo de gefe que le correspondía, pues todos los almirantes y contra almirantes habian muerto, se hallaban heridos ó prisioneros, mandó que aparejasen los buques que todavía estaban capaces de sufrir los golpes de mar, á fin de arrebatár de las manos de Collingwood á los franceses que llevaba tras sí. Hecho esto, salió el intrépido Cosmao en compañía del *Neptuno*, cuyo navío hizo cuanto pudo durante la batalla para trasladarse al fuego, y de otros tres navíos franceses y españoles, á los cuales no habia cabido la hora de tomar parte en la lucha de Trafalgar. Los cinco buques, seguidos de otras tantas fragatas, que tambien tenían que acreditar su conducta se aproximaron á la escuadra inglesa á pesar del mal tiempo, y creyendo Collingwood que eran otros tantos navíos de línea, mandó que les saliesen al encuentro los diez suyos que menos averias habian sufrido. Para realizar aquel movimiento, tuvieron que abandonar parte de los buques apresados, de lo cual se aprovecharon las fragatas para apoderarse del *Santa Ana* y el *Neptun* y remolcarlos. En cuanto al comandante Cosmao, como no tenia fuerzas suficientes, y el viento no le favorecia, dió la vuelta á Cádiz, llevándose consigo á los dos navíos que acababa de recobrar, único trofeo que pudo alcanzar en cam-

bio de tantas desgracias Otro resultado además tuvo aquella salida, pues temiendo el almirante Collingwood no poder conservar su presa echó á pique ó quemó al *Santísima Trinidad*, el *Argonauta*, el *San Agustín* y el *Intrépido*.

El *Aguila* se escapó del navío inglés llamado la *Desconfianza*, y fué á encallar al Puerto de Santa María al paso que el *Bervick* se perdió por un acto de abnegacion parecido al que salvó al *Algeciras*.

Entre los buques que sacó de Cádiz el comandante Cosmao, hubo uno que no pudo volver á entrar, y fué el *Rayo*, cuyo navío pereció entre Rota y San Lucar.

Por último, el almirante inglés volvió á Gibraltar con solo cuatro buques de los diez y siete que habia apresado, siendo uno de ellos francés, esto es el *Sovietsure*, al cual fué preciso tambien echar á pique, y tres españoles.

Tal fué la fatal batalla de Trafalgar: marinos faltos de esperiencia, aliados mucho mas inesperados, una disciplina floja, un material descuidado, y en todas partes precipitacion con todo lo que de ella resulta; un gefe que conocia harto bien estas desventajas, que abrigaba presentimientos funestísimos en todos los mares á donde se dirigia, y hacia con su influjo que se frustasen los grandes proyectos de su soberano; este soberano irritado y no teniendo en cuenta obstáculos materiales, menos difíciles de salvar en tierra que por mar, y alligando con sus amargas reconvenciones á un almirante, á quien era preciso compadecer mejor que censurar; el almirante batiéndose desesperado, y la fortuna, que siempre es cruel con

los desgraciados, negándole hasta la ventaja del viento; la mitad de una escuadra paralizada por ignorancia y merced á los elementos, y la otra mitad peleando con furia; por una parte valor hijo del cálculo y la habilidad, y por otra heroica inesperienza, muertes sublimes, una carnicería espantosa, y destruccion nunca vista; despues del daño causado por los hombres, los estragos originados por la tempestad; el abismo devorando los trofeos del vencedor; y por último, el gefe triunfante sepultado en su triunfo, mientras el vencido pensaba en el suicidio como el único recurso que le quedaba en su dolor: tal fué, volvemos á decir, la fatal batalla de Trafalgar, con las causas que la promovieron, los resultados que tuvo y el trágico aspecto que presentó.

Podia sacarse sin embargo partido de semejante desastre, contando al mundo lo que habia sucedido, pues los combates que sostuvieron el *Temible*, el *Algeciras* y el *Aguiles* merecian ser citados con orgullo al propio tiempo que los triunfos de *Ulm*, y porque el valor desgraciado no es menos digno de admiracion que el afortunado, ademas de ser mas interesante; esto sin perjuicio de que eran bastante grandes los favores que nos dispensaba la fortuna para poder confesar abiertamente algunos de los reveses que nos hacia sufrir. Era preciso en seguida colmar de recompensas á los hombres que tan dignamente se habian portado, y someter á un consejo de guerra, á los que dejándose llevar del horror que inspiraba aquel espectáculo, se alejaron del fuego. Si, aunque hubiesen obrado bien en

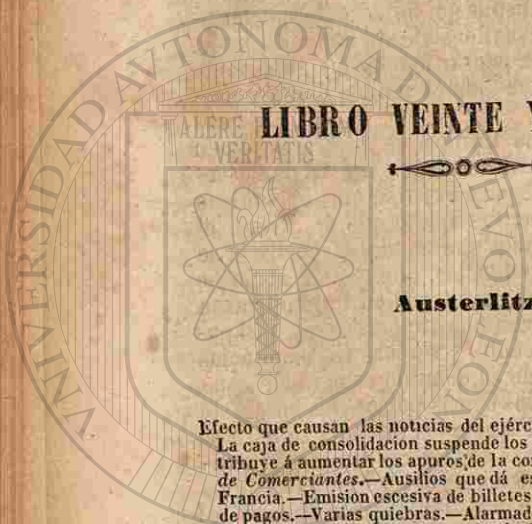
otros lances, era preciso inmolarlos por la necesidad que habia de restablecer la disciplina con terribles egemplos; era preciso sobre todo que al gobierno le sirviera de leccion aquella cruenta derrota; era preciso, que comprendiese que nada se hace con obrar pronto, y particularmente en asuntos de marina: era preciso, por último, que renunciase á presentar en linea de batalla, escuadras que no estuviesen acostumbradas á navegar, y que mientras no se verificaba esto se dedicase á formarlas, haciendo que cruzasen de una parte á otra y enviándolas á expediciones lejanas.

El rey de España, que era un sugeto escelente, aunque no se entregó á todos estos cálculos, comprendió en un mismo sistema de recompensa á los valientes y cobardes, queriendo que solo resaltase la honra conquistada por algunos marinos; debilidad natural en una corte como aquella, pero inspirada por un carácter bondadoso. Cuando se supo que el rey concedia un grado á todo el español que hubiese concurrido á la batalla de Trafalgar, ademas de las distinciones particulares que se concedian á los que mejor se hubieran portado, estaban mezclados en Cadiz con los marinos españoles los nuestros, algo repuestos de lo que habian sufrido; y abochornados casi los españoles de que se les premiase cuando no se hacia lo mismo con los franceses, dijeron á estos era probable recibiesen por su parte el premio á que se habian hecho acreedores por su valor. Empero no fué asi, pues tanto los marinos franceses valientes como los cobardes, fueron tratados de un mismo modo, es decir recogiendo el olvido.

Quando supo el almirante Decrés el desastre ocurrido en Trafalgar, se afligió profundamente, pues á pesar de que era hombre de talento, y tenia conocimientos muy profundos en marina, estaba condenado á anunciar reveses y mas reveses á un soberano que de todo lo demas salia triunfante. Comunicó inmediatamente tan tristes pormenores á Napoleon, que ligero como una águila se dirigia hácia Viena, y aunque no suele penetrar una noticia desgraciada en un alma embriagada de gozo por los triunfos que antes habia alcanzado, la derrota de Trafalgar apesadumbró á Napoleon, causándole un gran disgusto. Con todo no fué tan severo entonces como lo tenia de costumbre con el almirante Villeneuve, pues este infeliz habia peleado como un valiente, aunque con mucha imprudencia. Por lo demas, Napoleon obró entonces como suelen obrar en semejantes casos los hombres, sea cual fuere el temple de su alma; procuró olvidar aquella pesadumbre, é hizo esfuerzos porque los demas la olvidasen tambien, queriendo que se hablase poco de Trafalgar en los periódicos franceses, y que al hacerse mencion de lo allí ocurrido se dijese que por imprudencia se habia dado aquel combate, habiéndose causado mas daño la tempestad que el enemigo. Tampoco quiso premiar ni castigar, lo cual fué injusto é indigno no solo de él sino del talento de su gobierno; pero contribuyó y mucho á inspirarle aquella conducta tan mezquina la idea que ya habia empezado á abrigar de que no podia contar con la marina francesa. Sabia que era mucho mas seguro y fácil vencer á Inglaterra derrotando á los aliados que tenia á sueldo, arrebatán-

dole el continente, y espulsando de él su comercio é influjo, y era natural por lo mismo que prefiriese aquel medio, que usaba de un modo escelente, y que bien dispuesto, hubiera hecho ciertamente que logrased sus fines. Desde entonces, pues, empezó Napoleon á pensar menos que antes en la marina, y quiso que todo el mundo pensase menos tambien.

Hasta la misma Europa se prestó de buen grado á que se guardase silencio acerca de la batalla de Trafalgar, pues el ruido que hacian sus pasos en el continente impidió que se oyera el eco de los cañonazos que en aquel combate se dispararon, y las potencias, que tenian al pecho la espada de Napoleon, no podian tranquilizarse en manera alguna con una victoria naval, útil para Inglaterra solamente, y sin mas consecuencias que haber extendido su dominio comercial, contra los deseos de los demas paises, los cuales lo toleraban por que Francia les infundia zelos. Por otra parte, las glorias de la Gran Bretaña no indemnizaban á las potencias del Norte de su propia humillacion, pues ni Trafalgar eclipsaba el brillante resplandor de Ulm, ni como se verá mas adelante, neutralizaba ninguna de sus consecuencias.



LIBRO VEINTE Y TRES.

Austerlitz.

Efecto que causan las noticias del ejército.—Crisis rentística.—La caja de consolidación suspende los pagos en España, y contribuye á aumentar los apuros de la compañía titulada *Reunion de Comerciantes*.—Auxilios que dá esta compañía el Banco de Francia.—Emisión excesiva de billetes de banco, y suspensión de pagos.—Varias quiebras.—Alarmado el público pone su confianza en Napoleón, y espera de él algun hecho brillante que restablezca el crédito y la paz.—Continúan los sucesos de la guerra.—Estado de los negocios en Prusia.—La mal llamada violación del territorio de Anspach sirve de pretexto para que el partido de la guerra trabaje por llevar á cabo sus fines.—El emperador Alejandro se aprovecha de esta coyuntura para trasladarse á Berlín.—Consigue que la corte de Prusia se comprometa á secundar la causa de la coalición para un caso eventual.—Tratado de Postdam.—Salida de Mr. de Haugwitz para el cuartel general francés.—Napoleón toma una gran resolución al saber los nuevos peligros que le amenazan.—Precipita su movimiento hacia Viena.—Batalla de Caldiero en Italia.—Marcha del ejército grande por medio del valle del Danubio.—Paso de Inn, el Traun y el Ens.—Napoleón en Lintz.—Movimiento que podían hacer los archiduques Carlos y Juan para detener la marcha de Napoleón.—Precauciones que toma este al acercarse á Viena.—Distribución

de sus cuerpos de ejército por una y otra orilla del Danubio y en los Alpes.—Los rusos pasan el Danubio por Krems.—Peligro que corre el cuerpo de Mortier.—Acción de Dirnstein.—Acción de Davout en Mariazell.—Entrada en Viena.—Sorpresa de los puentes del Danubio.—Napoleón quiere aprovecharse de ella para cortar la retirada al general Kutusof.—Murat y Lannes trasladan á Hollabrunn.—Murat se deja engañar por una proposición que le hacen acerca de una tregua, y da tiempo al ejército ruso para que se escape.—Napoleón rechaza la tregua.—Sangrienta acción de Hollabrunn.—Llegada del ejército francés á Brunn.—Buenas disposiciones que toma Napoleón para ocupar á Viena, resguardarse de los archiduques por la parte de los Alpes y la Hungría, y hacer frente á los rusos por la parte de Moravia.—Ney ocupa el Tirol, y Augereau á Suabia.—Los cuerpos de Jellachich y Rohan son hechos prisioneros.—Salida de Napoleón para Brunn.—Se intenta una negociación.—Orgullo insensato del estado mayor de los rusos.—Nueva camarilla que se forma en derredor de Alejandro.—Ella es quien le inspira la imprudente resolución de dar la batalla.—Terreno escogido con anticipación por Napoleón.—Batalla de Austerlitz dada el día 2 de diciembre.—Destrucción del ejército austro-ruso.—El emperador de Austria en el bivac de Napoleón.—Tregua concedida bajo promesa de que pronto se haría la paz.—Principian las negociaciones en Brunn.—Condiciones que impone Napoleón.—Quiere los Estados venecianos para completar con ellos el reino de Italia; el Tirol y la Suabia austriaca á fin de engrandecer á Baviera y los ducados de Baden y Wurtemberg.—Alianzas de familia con estas tres casas alemanas.—Resistencia que hacen los plenipotenciarios austriacos.—Napoleón, á su regreso á Viena, tiene una larga entrevista con Mr. de Haugwitz.—Vuelve á sus proyectos de unirse á Prusia, y le da el Hannover con la condición de que se coligaría definitivamente con Francia.—Tratado de Viena celebrado con Prusia.—Salida de Mr. de Haugwitz para Berlín.—Napoleón, libre ya de Prusia, se hace mas exigente con respecto á Austria.—Se deja la negociación para proseguirla en Presburgo.—Aceptanse las condiciones de Francia, y se celebra la paz en Presburgo.—Salida de Napoleón para Munich.—Casamiento de Eugenio de Beauharnais con la princesa Augusta de Baviera.—Regreso de Napoleón á París.—Es recibido en triunfo.

Las noticias que llegaron de las orillas de Danubio causaron gran satisfacción en Francia, al paso que las de Cadiz bastante sentimiento; pero ni unas ni otras se acogieron con estrañeza

pues nuestros ejércitos de tierra, siempre victoriosos desde que empezó la revolución, infundían en todos magníficas esperanzas, y nada se aguardaba de nuestras escuadras, que tan desgraciadas habían sido durante quince años. También es verdad que se creyó no producirían grandes consecuencias los sucesos marítimos, mientras que por el contrario, todos tenían por decisivos los triunfos alcanzados en el continente, figurándose que de sus resultas se alejarían las hostilidades de nuestras fronteras, la coalición quedaría desconcertada, duraría poco la guerra, y cuando se hiciese la paz continental se abriría camino para hacer también la marítima. Sin embargo, como el ejército caminaba hacia Austria en busca de los rusos, era fácil preveer se preparaban grandes sucesos, de suerte que á no ser por la confianza que inspiraba el génio de Napoleón, hubiera sido muy grande la ansiedad con que se aguardasen los indicados sucesos.

Y se necesitaba esa confianza para sostener el crédito desquiciado profundamente. Ya hemos dado á conocer la apurada situación en que se encontraba la hacienda, situación hija del atraso que produjo la resolución de no tomar cantidad alguna prestada para subvenir á los gastos de la guerra, los apuros del tesoro español de que también participaba el francés, gracias á las especulaciones de la compañía titulada *Reunion de comerciantes*, y el haber puesto el tesoro en manos de la compañía un ministro honrado á quien engañó. De todo esto resultó la crisis que se esperaba hacia tanto tiempo, habiendo contribuido á precipitarla la corte de Madrid, la cual debía

á la compañía el subsidio cuyo valor se había encargado esta en descontar, los cargamentos de grano que envió á varios puertos de la península y las provisiones suministradas á las escuadras y ejércitos españoles. Obligada dicha corte á suspender los pagos de la *Caja de consolidacion*, especie de banco dedicado al servicio de la deuda pública, dió curso como si fuesen moneda á los billetes del espresado banco, medida desastrosa que hizo desaparecer el metálico. Mr. Ouvrard, que mientras no realizaba el cobro de las pesetas mejicanas que le había concedido el gobierno de Madrid, no tenía otro medio para hacer frente á las necesidades de sus consocios que el metálico que sacaba de la Caja de consolidacion, vió paralizadas de pronto sus operaciones pues había prometido á Mr. Desprez 4.000.000 de pesetas, que él prometió dar al Banco de Francia en cambio de lo que necesitaba y tomaba de él, y ya no podía contarse con aquellos 4.000.000. Con el cobro que había que hacer en Méjico, habiase contraído en Holanda, en la casa de Hope un empréstito de 10.000.000, de los cuales podían recibir cuando más dos en tiempo oportuno, y todo esto aumentó extraordinariamente los apuros de Mr. Desprez, que entendía en las operaciones del tesoro, y de Mr. Vanlerberghe, que corría con el suministro de víveres, apuros que recayeron en el Banco. Ya hemos explicado como descontaban al Banco, ó su propio papel, ó las obligaciones de los recaudadores generales, y ahora añadiremos que el Banco les daba su valor en billetes, cuya emisión se aumentaba inmoderadamente, mal que podía repararse si las pesetas prometidas llegaban

á tiempo de establecer cierta proporción entre ellas y la reserva metálica que habia en el Banco. Empero habian llegado las cosas á un punto que el Banco solotenía en caja 1,500 francos contra 72.000,000 de billetes emitidos y 20 de cuentas corrientes, es decir, 92.000,000 en papel que debia hacerse efectivo inmediatamente, situación que se agravó y mucho por una circunstancia que acababa de descubrirse. Mr. de Marbois, cuya confianza en la compañía no tenia límites, le habia dado facultades escepcionales, creyendo facilitar el buen desempeño de aquellas operaciones, y estas facultades dieron margen á un abuso de gravedad suma. Como la compañía tenia en su poder la mayor parte de las *obligaciones de los recaudadores generales*, puesto que las descontaba al gobierno, y debia cobrar lo que daba por varios conceptos, se hallaba en el caso de tomar dinero á cada instante de las arcas del tesoro; y para mayor comodidad mandó Mr. de Marbois que los recaudadores generales le diesen los fondos que en ellas entrasen, con un simple recibo de Mr. Desprez. La compañía se valió al instante de las facultades que le concedieron, y mientras que por una parte procuraba hacerse con dinero en Paris, descontando al Banco las *obligaciones de los recaudadores generales* de que estaba provista, por otra tomaba de la caja de los recaudadores generales el dinero destinado á cumplir aquellas mismas obligaciones, y cuando el Banco las enviaba á su vencimiento á los recaudadores generales, solo hallaba en pago recibos de Mr. Desprez, de suerte que atesoraba papel en cambio de otro papel. Así es como llegó á

emitir billetes con una reserva tan corta, siendo el autor principal de las complacencias de que abusaban tan deplorablemente un comisionado infiel que logró engañar la confianza de Mr. de Marbois.

Esta situación que desconocia el ministro, y no apreciaba bien la compañía, porque alucinada como estaba, no media ni á estension de las operaciones en que se habia engolfado, ni la gravedad de lo que estaba haciendo, se fué descubriendo poco á poco gracias á los apuros que habia, hasta que viendo el público lo escaso que andaba en el Banco e. dinero acudió en tropel á sus oficinas para ver de cambiar los billetes, uniéndose los mal intencionados á los que impulsaba el temor, para que á crisis se hiciese como se hizo á poco general.

Agravadas de este modo las circunstancias, fué preciso hablar con claridad, y Mr. Vanlerberghe, á quien no podia imputarse lo digno de censura que encerraba la conducta de la compañía, pues solo se ocupaba en el comercio de granos, sin saber los apuros á que le esponian sus consocios, se avistó con Mr. de Marbois, y le manifestó era imposible cubrir á un mismo tiempo las obligaciones del tesoro y suministrar víveres, pues gracias que pudiera seguir haciendo esto último. Tampoco le ocultó que los suministros hechos á España, y que aun no habia pagado esta, eran la causa principal de su apuro, y temiéndolo Mr. de Marbois faltasen víveres, así como animado con algunas palabras del emperador, estaba contento de Mr. Vanlerberghe y se habia mostrado dispuesto á apoyarle, concedió á dicho

contratista un auxilio de 20.000,000. Estos millones los descontó de suministros anteriores que aun no se habian satisfecho ni por guerra ni por marina, y los dió devolviendo á Mr. Vanlerberghe 20.000,000 de sus compromisos personales, contraidos con motivo de las operaciones del tesoro; pero apenas se le habia concedido este auxilio cuando fué á reclamar otro. El contratista de quien vamos hablando tenia sobre sí una multitud de contratistas secundarios, que aunque por lo regular le prestaban, no podian seguir haciendo anticipos por no contar con la confianza de los capitalistas, de suerte que se veia reducido al último extremo, confesion que asustó á Mr. de Marbois, aunque no tanto como otras que le hicieron. El Banco le envió una comision para que manifestase al gobierno el estado en que se hallaba, pues, Mr. Desprez no enviaba las pesetas prometidas, y sin embargo pedia nuevos descuentos, mientras el tesoro los pedia por su parte, cuando no llegaban á 2.000,000 los escudos que el Banco tenia en caja para hacer frente á 92.000,000 en papel pagaderos inmediatamente. Tambien Mr. Desprez declaró al ministro que carecia de recursos, á no ser que el Banco le prestase ayuda, confesándole que se veia en semejante apuro de resultados de los negocios de España, por manera que el ministro adquirió la evidencia de que Mr. Vanlerberghe buscando apoyo en Mr. Desprez, y este en el tesoro y el Banco, sostenian el peso de los negocios de España, peso que gravitaba sobre Francia de resultas de las temerarias combinaciones de Mr. Ouvrard.

Era demasiado tarde para retroceder, y muy

inútil quejarse; pero como tambien era preciso salir de aquel peligro, sacando de él á los que se habian espuesto con tanta imprudencia, pues dejarlos perecer era correr el riesgo de perecer con ellos, Mr. de Marbois no vaciló en tomar la resolucion de sostener á MM. Vanlerberghe y Desprez, en lo cual hizo bien. Sin embargo, no pudiendo obrar bajo su responsabilidad, pidió se reuniese un consejo de gobierno, como así se verificó, presidiéndolo el príncipe José, y asistiendo á él el príncipe Luis, el archicanciller Cambaceres, todos los ministros, y algunos empleados superiores de hacienda, entre ellos Mr. Mollien, director de la Caja de Amortizacion. El consejo deliberó largo y tendido acerca de la situacion, y al cabo de muchas discusiones generales y ociosas, aunque era urgente acabar de una vez, todos dudaban en presencia de una responsabilidad grande para todos, sea cual fuese el partido que se tomase, pues tan grave era dejar que los contratistas se hundiesen como sostenerlos. El archicanciller Cambaceres, que tenia bastante penetracion para comprender lo que importaba salir de aquel estado, y bastante crédito para conseguir que el emperador admitiese sus proposiciones, hizo que prevaleciese el dictámen de los que querian dar un auxilio á Mr. Vanlerberghe, auxilio que debia ser de 10.000,000 desde luego y de otros diez despues, así que llegase la aprobacion del cuartel general. En cuanto á Mr. Desprez, era una cuestion aquella que debia tratarse con el Banco, pues solamente este podia ayudarle, continuando el sistema de descuentos; pero se discutieron los medios que proponia para conte-

ner el agotamiento de sus arcas, y mantener el crédito de sus billetes, sin cuyos requisitos no había otro recurso que sucumbir. Por lo demás, todos convinieron en que no podía darse curso forzado á la moneda, tanto porque era imposible restablecer en Francia un papel moneda, como porque no sería del agrado del emperador semejante resolución; pero se admitieron ciertas medidas que debían hacer los reembolsos mas lentos y no tan rápida la circulación de las especies, dejando al ministro del Tesoro y al prefecto de policía el cuidado de entenderse con el Banco acerca de los pormenores de estas medidas.

Mr. de Marbois tuvo con el consejo del Banco esplicaciones muy acaloradas, pues se quejó del modo con que había manejado sus negocios, queja muy injusta, porque el Tesoro tenía la culpa de que aquel se hallase apurado. En su cartera solo tenía efectos excelentes de comercio, cuyo pago era el único recurso con que contaba; había disminuido los descuentos de los particulares hasta reducir su cartera hasta un grado extraordinario, y si algo tenía con exceso, era el papel de Mr. Desprez y las *obligaciones de los recaudadores generales*, los cuales no se convertían en dinero. De consiguiente, el mal estado de sus negocios dependía del gobierno; pero los banqueros que lo dirigían eran tan adictos por lo general al emperador, en quien veían si no el guerrero cubierto de gloria, á lo menos el restaurador del orden, que se dejaban tratar por los empleados públicos con una severidad que no sufrirían hoy las compañías mas vulgares de especuladores. Y esto mas que servilismo era en ellos espíritu pa-

triótico, pues el sostener el gobierno del emperador era á sus ojos un deber imperioso que les imponía Francia para preservarse de la anarquía. Así es que no se enfadaron de reconvenciones poco merecidas, y mostraron por la causa del Tesoro una abnegación digna de servir de ejemplo en igualdad de circunstancias, adoptando para atenuar la crisis las medidas siguientes.

Mr. de Marbois debía hacer que saliesen en posta para los distritos inmediatos á la capital, comisionados que obligasen á los recaudadores á desprenderse de todos los fondos que no necesitasen indispensablemente para los asuntos corrientes de las rentas, saldos y pago de empleados, enviando dichos fondos al Banco, fondos que segun computo ascendían á 5 ó 6.000.000 en especies. Se dió orden á los recaudadores generales que no hubiesen entregado á Mr. Desprez todas las cantidades que había en caja, las aprontaran inmediatamente al Banco, y al mismo tiempo tenían encargo los comisionados, de averiguar si algunos de aquellos empleados de contabilidad utilizaban en provecho propio los fondos del Tesoro. Además de estos medios encaminados, á reunir metálico, se añadieron algunos otros dirigidos á impedir desapareciese, pues como el billete empezaba á perder, el público acudía presuroso al Banco para reducirlo á dinero, lo cual bastaba, sin agiotage y malevolencia, para que la masa de tenedores exigiese el cambio, porque nadie quería perder en los billetes un 1 ó un 2 por 100. Autorizóse, pues, al Banco para que solo recogiera al día 500 á 600.000 francos en billetes, metálico que era suficiente cuando había confianza, y

se tomó otra precaucion á fin de retardar los pagos, que fué contar el dinero. Los cobradores se hubieran librado de buena gana de semejante formalidad, porque no temian fuese á engañar al público el Banco, dejando de echar un escudo en un talego de 4,000 francos; pero sin embargo se tenia el cuidado de contarlos, decidiéndose además que solo se pagaría un billete á una misma persona, y que serian admitidos al pago por turno. Por último, como la concurrencia se aumentaba de dia en dia, se acudió al recurso de repartir números á los portadores de billetes, siempre teniendo en cuenta que habia que pagar al dia 500 ó 600,000 francos, y los dependientes del ayuntamiento distribuian dichos números entre los individuos notoriamente estraños al comercio de dinero, y que solo tuvieran que recurrir al cambio de billetes para satisfacer verdaderas necesidades.

Estas medidas cuando no otra cosa, hicieron que cesase en las oficinas del Banco el desorden material, y redujeron la emision de las especies á las necesidades mas urgentes de la poblacion frustrándose las maniobras que traia entre manos todo el que se daba al agiotage, agiotage que tendia á sacar los escudos del Banco para darlos al público con un 6 y un 7 por 100 de ganancia. Sin embargo aquello era una verdadera suspension de pago, disimulada bajo la capa de una disminucion; pero por desgracia era inevitable, y en circunstancias como aquella no debe criticarse una medida por lo que pueda valer, sino la conducta que la ha motivado.

Los comisionados que salieron para los distri-

tos proporcionaron unos 2.000,000 y á todo esto los vencimientos de efectos de comercio, atraian mas billetes que escudos, pues los comerciantes solo pagaban en especies cuando tenian que satisfacer cantidades que no llegaban á 500 francos. El Banco resolvió, al ver todo esto, comprar en Holanda pesetas á toda costa, cargándose con parte de los gastos que originaba la crisis, y si Mr. Desprez no hubiese ido de pronto á declarar mayores necesidades y pedir nuevos auxilios, se hubiera salido de apuros con tantos medios como se emplearon.

El espresado banquero, á quien habia encargado la compañía diese al Tesoro los fondos necesarios para llenar las atenciones del servicio, descontando para ello las *obligaciones de los recaudadores generales*, los *bonos á la vista*, etc. se habia comprometido á hacer el descuento á $\frac{1}{2}$ por 100 al mes, es decir 6 por 100 al año; pero como los capitalistas no querian descontárselos á él sino á 4 por 100 al mes, ó lo que es lo mismo un 42 por 100 al año, estaba espuesto á sufrir grandes pérdidas. Para librarse de estas, se le ocurrió el medio de dar en fianza á los prestamistas las *obligaciones de bonos á la vista*, tomando dinero sobre aquellos valores y no descontándolos; mas deseosos los especuladores de aprovecharse de las circunstancias, acabaron por negarse á renovar aquella clase de operaciones, á fin de obligarle á entregar los valores del tesoro, y adquirirlos ellos á bajo precio.—«Los apuros de la plaza, (así decia por escrito al emperador, Mr. de Marbois) sirven de pretexto á muchos para portarse como piratas con la *Reunion de comerciantes*, y

hombres conozco yo que se tienen por grandes patriotas, y que han sacado al agente del tesoro 1.200,000 francos, y aun 1.400,000, con la esperanza de sacar mejor partido aun.»—(Carta de 28 de setiembre).—Archivo de la secretaría de Estado.

Mr. Desprez, que ya habia recibido del Banco un auxilio de 44.000,000, queria que le diese inmediatamente 30, y 70 para el mes de brumario, es decir, que necesitaba la cantidad de 400.000,000. Cuando el Banco supo esto, se asustó en gran manera, y los hombres que no estaban dispuestos á derrochar los caudales del gobierno, cualesquiera que fuesen, empezaron á quejarse, preguntando qué era Mr. Desprez, y con qué título reclamaba tamaño sacrificio. Ignorábase en el comercio la obligacion in sólido que pesaba sobre él, y la compañía de contratistas, que trabajaba á un mismo tiempo en favor de España y Francia; pero ignorando y todo su verdadera situacion, querian que el ministro confesase era agente del Tesoro, aunque solo fuese por tener una garantia mas. Enterado de lo que pasaba el ministro, envió una esquila escrita de su puño y letra al presidente de la regencia, diciéndole que Mr. Desprez obraba en favor del tesoro; pero como no firmase dicha esquila por un olvido, le exigieron la firma. Mr. de Marbois consintió en ello, y desde entonces no era posible ocultar que se trataba nada menos que del emperador, creador del Banco, salvador y soberano de Francia, y que pedia no redujesen á su gobierno al último apuro, negándole recursos que necesitaba con suma urgencia.

La voz del patriotismo ahogó las demas voces, gracias á Mr. Perregaux, célebre banquero, cuyo influjo redundaba siempre en beneficio del estado, decidiéndose en consecuencia que se diesen á Mr. Desprez los auxilios que necesitase, que las obligaciones que servian de fianza para tomar dinero á préstamo, y que aquel no queria descontar por librarse de grandes pérdidas, serian descontadas á cualquier precio, ya perteneciesen á Mr. Desprez, ya al Banco; que él mismo se encargase en realizar esta operacion, como mas capaz que ningun otro de ejecutarla; que las pérdidas recayesen sobre la compañía y el Banco; que se comprasen metales en Amsterdam y Hamburgo por cuenta de los dos, y que se invitase formalmente á Mr. Desprez á que no renovase sus compromisos, á fin de poner término á semejante situacion, resolviéndose tambien que no se disminuyesen los descuentos al comercio, que se utilizasen todos los recursos existentes en el Tesoro, y que solo para él se emitiesen billetes. El reembolso diario de los efectos de comercio llevó al Banco una cantidad considerable de billetes que quisieron destruir en un principio; pero á poco volvieron á circular, pues no solo se dieron á Mr. Desprez para que cubriese sus necesidades, sino que la emision fué mayor que otras veces, llegando hasta 80.000,000, á incluir los 20 de cuentas corrientes. Con todo, las compras extraordinarias de pesetas, y el descuento efectivo de las obligaciones, proporcionaron los 500 ó 600,000 francos que se necesitaban diariamente para satisfacer al público, de suerte que se creyó podria atravesarse aquella crisis sin comprometer las

atenciones del servicio, y causar la quiebra de los contratistas, quiebra que hubiera producido la del Tesoro.

Esto no impidió sin embargo que quebrasen varias casas particulares, aumentando la tristeza que ya era general. La quiebra de Mr. Recamier, banquero afamado por su probidad, sus muchos negocios, y el boato con que vivía, y que fué víctima de las circunstancias mucho mas que de su conducta rentística, causó gran sentimiento, atribuyéndola los hombres mal intencionados á relaciones mercantiles con el Tesoro que no existían. Otras muchas quiebras, aunque no tan importantes como la de Mr. Recamier, hubo en París y las provincias, causando una especie de terror pánico: es verdad que á haber tenido lugar aquella crisis bajo un gobierno menos firme y poderoso que el de Napoleon, hubiera podido acarrear funestísimas consecuencias. Empero todos contaban con su fortuna y su génio, nadie temía se turbase el órden público, á cada instante se aguardaba un gran golpe que elevase el crédito, y esa detestable especie de especuladores, que agravan todas las situaciones fundando sus cálculos en el bajo precio de los valores, no se atrevía á aventurarse en jugadas á la baja, por temor á las victorias de Napoleon.

Así es que toaos tenían fija la vista en el Danubio, pues allí iban á decidirse los destinos de Europa, y de allí debían surgir acontecimientos que pusiesen término á aquella crisis rentística y política. Esperábanse, pues, con gran confianza, sobre todo despues de ver que en unos cuantos dias habia sido hecho prisionero nada menos que

un ejército casi sin disparar un tiro, y gracias únicamente á una maniobra. Sin embargo, una circunstancia de esa misma maniobra, fué á suscitar una penosa complicacion con Prusia, y hacernos temer un enemigo mas, y esa circunstancia fué la marcha del cuerpo del mariscal Bernardotte por medio de la provincia prusiana de Anspach.

Cuando Napoleon dirigió el movimiento de sus columnas hácia el costado del ejército austriaco, no se le ocurrió pudiera resultar dificultad alguna de atravesar las provincias que Prusia tenía en Franconia; y esto porque con arreglo al convenio de neutralidad estipulado por Prusia, durante la última guerra con las potencias beligerantes, no estaban comprendidas en la neutralidad del Norte en Alemania las provincias de Anspach y Bareuth. La razon de esto era muy sencilla: dichas provincias se hallaban en el camino por donde tenían precision de pasar los ejércitos franceses y austriacos, y era casi imposible librarse del paso de las tropas; además de que habiendo como habia empezado á tratar de la alianza con Francia, llegando hasta acoger la proposicion de que le darian el Hannover, no tenía derecho para variar las reglas antiguas de su neutralidad, y hacerlas mas rigurosas con respecto á Francia que en 1796. Esto hubiera sido inconcebible, y así guardó un silencio que no se habria atrevido á romper sin faltar al decoro, especialmente para declarar que al mismo tiempo que trataba de hacer alianza, queria ser menos condescendiente con nosotros, que cuando mas frialdad reinaba entre nuestra córte y la suya. Sea lo que fuere, Napoleon se fundaba en el antiguo convento y en

una intimidación aparente á que debía dar crédito, no considerando por lo mismo como violación de territorio el paso por la provincia de Anspach; y la prueba de que obraba con sinceridad es que en rigor hubiera podido no pisar el suelo prusiano, estrechando sus columnas, sin perder muchas probabilidades de envolver al general Mack.

Empero cada día era mas apurada la situación en que ponían á Prusia los emperadores Napoleon y Alejandro, uno ofreciéndole el Hannover y su alianza, y otro pidiéndole permitiese á uno de sus ejércitos que pasara por Silesia, y declarando al parecer que tenía que unirse á la coalición de grado ó por fuerza. Así que Federico Guillermo comprendió de lo que se trataba, se alarmó extraordinariamente, porque dominado por la codicia natural en Prusia que le inducía á aliarse con Napoleon, é impulsado por la influencia de córte que le arrastraba hácia la coalización, habia hecho promesas á todo el mundo, colocándose en una situación de que no podia salir sin tener que sufrir la guerra de parte de Rusia ó de Francia. Esto le tenía desesperado en gran manera, pues estaba descontento al mismo tiempo que de los demás de sí mismo, y le asustaba la guerra. Indignado sin embargo de que Rusia quisiese violentarle, mandó poner sobre las armas ochenta mil hombres, siendo este el estado en que se hallaban las cosas cuando se supo en Berlin la llamada violación del territorio prusiano, violación que aumentó la pesadumbre del rey, porque disminuía la fuerza de los argumentos que oponía á las exigencias de Alejandro. No hay duda en que para abrir á los franceses la provincia de Anspach

habia razones que no existían para permitir á los rusos el paso por Silesia; pero como en momentos de efervescencia no es lo que mas domina la exactitud en el modo de raciocinar, al saberse en Berlin que los franceses habian pasado por el territorio de Anspach, la córte dijo á voz en grito que Napoleon habia ultrajado á Prusia de un modo indigno, tratándola como solia hacer con Nápoles ó Baden; que no era posible sufrirlo sin deshonra propia: que si por lo demás no se queria entrar en guerra con Napoleon, seria preciso pelear contra Alejandro, pues este príncipe no permitiría que se obrase con él de una manera tan parcial, negándole lo que habian concedido á su adversario; y por último, que ya que era preciso pronunciarse en favor de una ú otra potencia, seria muy extraño é indigno de los sentimientos del rey tomar á su cargo la causa de los opresores de la Europa contra sus defensores, cuando Federico Guillermo habia manifestado otros sentimientos, tanto en Memel como despues en las conversaciones confidenciales que habia tenido con su amigo Alejandro.

Esto es lo que se decia en alta voz en Berlin, en Postdam, y sobre todo en la familia real dominada por una reina apasionada, hermosa y amiga de moverse.

Aunque Federico Guillermo sintió verdaderamente la violación del territorio de Anspach porque fué á arrebatárle el mejor argumento que tenía contra las exigencias de Rusia, se portó como todo hombre á quien la pusilanidad obliga á ser hipócrita, recurriendo á la ira y mostrándose mas enfadado que lo estaba realmente. Su con-

ducta para con los dos representantes de Francia fué sumamente ridícula, pues no solo se negó á darles audiencia, sino que Mr. de Hardenberg no quiso recibirlos, á pesar de que iban á darle esplicaciones, de suerte que MM. de Laforest y Duroc cayeron en una especie de interdicto, viéndose privados de toda comunicacion, aun con Mr. Lombard, secretario particular, y con quien era preciso entenderse cuando se trataba de indemnizaciones alemanas ó del Hannover. Las personas que mediaban de secreto, declararon además que segun lo enfadado que estaba el rey contra los franceses, no se atrevian á pedirle una entrevista; pero todo aquello era calculado, pues lo que querian era salir de la apurada situacion en que se encontraban, diciendo á Francia que ella tenia la culpa de que se hubiesen roto los compromisos medio contraidos. Estos compromisos, que se habian renovado tantas veces, substituyendo á los varios proyectos de alianza frustrados, consistian en haber prometido formalmente que nunca serviria el territorio prusiano para que por él se hiciese una agresion contra Francia, y que aun el mismo Hannover estaria libre de una invasion; pero como los franceses habian atravesado violentamente el territorio prusiano, formaron el propósito de decir que ellos habian autorizado á otros para que hiciesen lo mismo, con lo cual creian poder eximirse de las dificultades de todo género aglomeradas en derredor suyo. Consiguiendo á esto resolvieron declarar que de resultas de la violacion de territorio, Prusia quedaba exenta de todo compromiso, y que iba á conceder á los rusos el paso por Silesia, en compensacion

del que los franceses se habian tomado por Anspach; y no se contentaron con salir del apuro, sino que trataron de aprovecharse de aquella circunstancia para obrar en beneficio propio. Tomaron, pues, el partido de apoderarse de Hannover, donde solo quedaban seis mil franceses encerrados en la plaza fuerte de Hameln, y justificar semejante invasion con un pretesto especioso, esto es, el de preservarse de nuevas violaciones de territorio, pues se dirigia hácia Hannover un ejército anglo-ruso, y ocupándolo se impedía que el teatro de la guerra se trasladase al seno de las provincias prusianas, que era donde estaba enclavado por todas partes Hannover.

El rey convocó un consejo extraordinario á que asistieron el duque de Brunswick y el mariscal de Mollendorf, así como Mr. de Haugwitz, que vivia retirado de los negocios, y en él se adoptaron las resoluciones que acabamos de referir, dejándolas envueltas por espacio de algunos dias en una especie de nube, para aterrar mas y mas á los dos representantes de Francia. Y eso que no creian fuese fácil intimidarlos, y mucho menos á su soberano, pero pensaban que teniendo como tenia Napoleon tantos enemigos, haria gran mella en él el temor de que se uniese á ellos Prusia, con lo cual seria la coalicion tan universal como la de 1792.

MM. de Laforest y Duroc insistieron por espacio de mucho tiempo, aunque inútilmente, en que se les permitiera hablar con Mr. de Hardenberg, y al fin le vieron, conociendo que hacia esfuerzos para contener una indignacion fingida. Por lo demás, lo único que recabaron de él en

medio de muchas quejas amargas, fué que les manifestase se habian roto los compromisos de Prusia, y que en lo sucesivo se guiaria por lo que le dictase su propia seguridad. Luego andando el tiempo, dejó penetrar á los enviados franceses la resolucion de abrir la Silesia á los rusos, y ocupar el Hannover con un ejército prusiano, so pretesto de impedir se introdujese en el centro del reino el fuego de la guerra, llegando hasta indicar que para Francia debia ser una fortuna salir ilesa á tan poca costa.

Todo esto era muy poco digno de la probidad del rey y el poderio de Prusia, pero sin embargo, pasado el primer impetu, empezaron á mejorarse las fórmulas, no solo porque entraba en el plan prusiano amansarse, sino tambien porque los sorprendentes hechos de armas de Napoleon, inspiraron á todas las córtes reflexiones y muy sérias.

Lo que sucedia en Berlin se supo en Pulawi con la prontitud del relámpago, y Alejandro, que queria ver á Federico Guillermo antes de los motivos de queja que Francia acababa de dar á Prusia, debia quererlo mucho mas despues. Así es que esperanzado de hallar á aquel príncipe dispuesto á sufrir toda clase de influencias, lejos de fijar la cita en punto que distase lo mismo de uno que de otro, Alejandro anduvo todo el camino, trasladándose inmediatamente á Berlin.

Cuando supo Federico Guillermo la llegada del czar, sintió haber hecho tanto ruido, atrayéndose una visita molesta, por mucho que lisonjearse su amor propio, pues Napoleon empezaba á hacer la guerra de un modo tan brusco y decisivo, que no se hallaba muy animado á formar alianza con sus enemigos. Sin embargo, como no podia ne-

garse á las atenciones de un príncipe que segun decian le queria tanto, dió las órdenes oportunas para que se le recibiese con todo el aparato debido, y Alejandro entró en la capital de Prusia el 23 de octubre, al son de los cañonazos, y en medio de las filas de la guardia real prusiana. El joven monarca le salió al encuentro, y le abrazó cordialmente, lo cual fué muy aplaudido por el pueblo de Berlin, que despues de ser en un principio favorable á los franceses empezaba á dejarse llevar del impulso de la córte, al oír repetir una y mil veces que Napoleon habia invadido el territorio de Anspach porque menospreciaba á Prusia. Se habia propuesto Alejandro desplegar en aquellas circunstancias todos cuantos medios de seduccion habia en él, para hacer que la córte de Berlin secundase sus miras, y por no faltar á su propósito, empezó por la hermosa reina de Prusia, la cual era fácil de ganar, porque como descendiente de la casa de Mecklemburgo, abrigaba todas las pasiones que la nobleza alemana habia puesto en juego contra la revolucion francesa. Alejandro le consagró una especie de culto caballeresco y respetuoso, que podia tomarse por un simple homenaje rendido á su mérito, ó á un sentimiento todavia mas vivo, pues aunque Alejandro enamoraba á una dama distinguida de la nobleza rusa, era hombre y príncipe capaz de fingir un sentimiento que conviniese á sus fines particulares. Nada hizo, por lo demas, que pudiera ofender el decoro, ni la quisquillosa susceptibilidad de Federico Guillermo; pero lo cierto es que aun no habian transcurrido cuatro dias desde su llegada á Berlin, cuando ya se ocupaba de él to-

da la corte, elogiando su gracia y talento, y el generoso ardor con que defendia la causa de la Europa. Es verdad que se mostró muy atento con todos los parientes de Federico el Grande, visitando al duque de Brunswick y al mariscal de Mollendorf, como para honrar á los gefes del ejército prusiano. En cuanto al jóven principe Luis, sobrino del rey, y que se distinguia por el ódio que profesaba á los franceses, y lo apasionado que era por la gloria, se mostraba mucho mas exaltado que de costumbre, de suerte que toda la corte de Prusia miraba con entusiasmo á Alejandro. Federico Guillermo conoció lo que sucedia en su derredor, y empezó á alarmarse, esperando con penosa ansiedad las proposiciones que nacerian de todo aquel entusiasmo, y guardando silencio por temor de apresurar el momento de las esplicaciones. Ya hemos dicho que al verse tan apurado llamó á su antiguo consejero de Haugwitz, cuyo talento demasiado sutil para el suyo le inquietaba algunas veces por su misma superioridad, pero cuya politica astuta, evasiva y siempre inclinada á la neutralidad, le convenia perfectamente. Ambos deploraban el fatal encadenamiento de cosas que habia conducido la Prusia á un verdadero atolladero, gracias á Mr. de Hardenberg, quien amigo y hechura en un principio de Mr. de Haugwitz, y celoso rival á muy poco de aquel hombre de estado, empezó por seguir su politica, la cual consistia en mantenerse neutral entre los dos partidos europeos, y esplotar esa neutralidad; pero lo hizo de un modo apasionado, inclinándose ya á un lado, ya á otro, favorable á los franceses cuando se trataba del Han-

nover, hasta querer entregarse totalmente á ellos, y desde lo de Anspach, arrastrado de tal modo por el impulso general, que queria hacerles la guerra en union con Rusia. Mr. de Haugwitz, censurando aunque con miramiento á su ingrato discipulo, decia que algunos meses antes habia sido demasiado francés, y entonces era demasiado ruso; ¿pero cómo se saldria del apuro, cómo librarse de los lazos del jóven emperador? A cada momento era mayor la dificultad, y no podria resolverse eludiéndola sin cesar, pues el tiempo era muy precioso para Alejandro, en atencion á que todos los dias se anunciaba que Napoleon se iba acercando al Danubio, poniendo de nuevo á Austria en peligro, así como á los ejércitos rusos que habian llegado al Inn. Avistóse, pues, con el rey de Prusia, é hizo que se avistase con el hábil y astuto conde de Haugwitz su ministro de negocios extranjeros, siendo fácil de deducir por lo que antecede cual seria el tema que ambos desarrollaron. Lo primero que dijeron fué que Prusia no podia separar su causa de la de la Europa, ni contribuir con su inaccion á que triunfase el enemigo comun, pues si hasta entonces la respetaba, y no mucho por cierto á juzgar por lo que acababa de suceder en Anspach, no tardaria en caer sobre ella cuando libre ya de Austria y Rusia, no tuviese que contar con nadie. Es verdad que Prusia estaba muy espuesta á sufrir los golpes de Napoleon, pero iba a socorrerla un ejército de ochenta mil hombres, siendo este el objeto de hallarse tan cerca, pues las tropas reunidas en Pulawi, sobre la frontera de Silesia, no servian para amenazar á Prusia, sino porque Ale-

jandro siempre atento y generoso, no queria que su amigo tomase parte en la guerra, sin ofrecerle medios para arrostrar sus peligros.

Por otra parte, Napoleon tenia sobre las armas muchos enemigos, y correria grave riesgo en el Danubio si mientras que los austriacos y los rusos reunidos le oponian una barrera sólida, caía sobre él por Franconia Prusia, pues cogido entre dos fuegos, no tendria otro remedio sino sucumbir, en cuyo caso, muy probable ciertamente, se deberia á Prusia la salvacion de todos, y harian por ella cuanto Napoleon prometia, cuanto no queria cumplir, dándole el aumento de territorio con que habia halagado la justa ambicion de la casa de Brandeburgo. (Y efectivamente ya se habia escrito á Lóndres para decidir á Inglaterra á que consintiera en desprenderse de Hannover). Y valia mucho mas recibir un regalo tan bello de manos del legitimo poseedor, en recompensa de haber salvado á todos, que no de un usurpador, que daba lo ageno en premio de una traicion.

A estas instancias se unió un nuevo influjo, que fué la presencia del archiduque Antonio, quien acudió presuroso á Berlin desde Viena para contar los desastres de Ulm, los rápidos progresos que iban haciendo los franceses, y los peligros que cercaban á la monarquia austriaca, peligros harto grandes para que no fuesen comunes á toda la Alemania, y para pedir con ahinco se reconciasen á toda costa las dos principales potencias alemanas.

Aquella maquinacion diplomática estaba muy bien urdida para que pudiera librarse de ella el

infortunado rey de Prusia; pero sin embargo tanto él como Mr. de Haugwitz hicieron una resistencia obstinada, como si presintieran los reveses que pronto iba á sufrir la monarquia prusiana, y mediaron muchas conferencias, muchas disputas, y aun muchas quejas amargas. El rey y su ministro decian que se queria perder á Prusia, y que de seguro iban á perderla, pues aun cuando se reuniese toda la Europa, no podia resistir á Napoleon; que ceder ellos seria violentar su razon, prudencia y patriotismo, y no cesaban de quejarse de que se habian propuesto ganarlos de grado ó por fuerza, siendo el instrumento de sus fines el ejército ruso que se hallaba en la frontera de Silesia. A esto contestaba el emperador Alejandro deshaciéndose de su ministro el principe Czartoryski, pues dejándose llevar de su natural inconstancia, daba ya oidos á los Dolgorouki, los cuales iban diciendo por todas partes que el principe era un ministro pérfido que estaba vendiendo á su emperador por favorecer á Polonia, de la cual queria hacerse rey, siendo este el objeto que tenia al abogar porque Rusia acometiese á Prusia. Alejandro, que no tenia suficiente carácter para realizar el plan que le atribuian, se asustó en Pulawi de la idea de marchar contra Francia, arrojando á Prusia, aunque tan temerario arrojó le valiese la corona de Polonia, y mejor aconsejado por Mr. de Alopeus, así como escitado por los Dolgorouki, decia que habian querido hacerle cometer una falta de gravedad, llegando hasta criticar de un modo bastante serio al principe Czartoryski, cuyo carácter grave y severo empezaba á importunarle, porque con la libertad de

amigo y ministro independiente, censuraba algunas veces á su soberano por su debilidad é inconstancia.

A fuerza de urbanidad, denegaciones, y sobre todo de influencias accesorias, tales como las instancias de la reina, los dichos del príncipe Luis y los gritos del estado mayor prusiano, que se componía de jóvenes, acabaron por aturdir al rey y vencer á Mr. de Haugwitz, haciendo que ambos entrasen en las miras de la coalicion. Con todo, á pesar de la dominacion que pesaba sobre Federico Guillermo, quiso parapetarse en un último recurso para librarse de aquellos compromisos, y por consejo de Mr. de Haugwitz adoptó un plan como para hacerse ilusion de que habian hecho violencia á su probidad, plan que consistía en un proyecto de intervencion, lo cual era una hipocresía de que entonces se valian todas las potencias para disfrazar los planes de coalicion contra Francia. De la misma fórmula pensó Prusia valer-se tres meses antes, cuando se trataba de unirse con Napoleon siempre que le diera el Hannover, y de esa fórmula se valió en aquellas circunstancias, cuando se trataba de unirse con Alejandro, y desgraciadamente para su honor, tambien con la condicion de recibir el Hannover.

Se convino, pues, en que Prusia alegase que no siendo posible vivir en paz entre dos enemigos encarnizados que ni aun respetaban su territorio, se decidía á intervenir para obligarlos á deponer las armas, lo cual era muy bueno, ¿pero con qué condiciones se habia de hacer la paz? Esta era la cuestion. Si Prusia se conformaba con los tratados firmados con Napoleon, y en que ga-

rantizaba el estado actual del imperio francés, en cambio de lo que ella habia recibido en Alemania, nada habia que decir; pero no tenia bastante firmeza para mantenerse en estos limites, hijos de la lealtad. Así es que convino en proponer por condicion de la paz, que se demarcasen de nuevo las posesiones que los austriacos tenian en Lombardia, que de resultas de la demarcacion se trasladasen las fronteras de esta desde el Adige al Minicio (lo cual era dividir el reino de Italia) y que se concediese una indemnizacion al rey de Cerdeña, y además las condiciones que en caso de pacificacion general debia admitir hasta el mismo Napoleon, es decir la independencia de Nápoles, Suiza y Holanda. Esto era quebrantar formalmente las garantías reciprocas que Prusia habia estipulado con Francia, no en proyectos de alianza frustrados, sino en convenios auténticos, firmados con motivo de las indemnizaciones alemanas.

Los rusos y austriacos hubieran deseado mas; pero como sabian que nunca consentiria Napoleon en aquellas condiciones, estaban seguros, aun con lo que acababan de lograr, de hacer que Prusia tomase parte en la guerra.

Habia aun otra dificultad de que prescindian para allanar todos los obstáculos, y era que Federico Guillermo no queria presentarse á Napoleon en nombre de todos sus enemigos, especialmente de Inglaterra, despues de haberse explicado con él con tanta claridad acerca de esta potencia. Así es que manifestó deseos de no pronunciar ni una palabra relativa á la Gran Bretaña en la declaracion de intervencion, pues solo queria mezclarse, segun decia, en la paz del continente, y consintieron en

ello, conociendo que bastaba lo convenido para precipitarle en la guerra. Por último, exigió otra precaucion mas capciosa é importante, que fué retardar un mes el término en que Prusia tendria que obrar, para lo cual, por una parte el duque de Brunswick, á quien siempre consultaban y cuyos consejos no tenian apelacion cuando se trataba de asuntos militares, declaraba que el ejército prusiano no estaria pronto hasta principios de diciembre, y por otra aconsejaba Mr. de Haugwitz, anduviesen remisos para ver lo que sucedia en el Danubio entre los franceses y los rusos. Con un capitan como Napoleon, no podian retardarse los sucesos, y ganando solo un mes, habia probabilidades de salir del apuro con algun resultado imprevisto y decisivo, por lo cual se determinó que cuando transcurriese el mes, empezando á contar desde el dia en que Mr. de Haugwitz, que era el encargado en proponer la intervencion, dejase á Berlin, Prusia tendria que entrar en campaña, si Napoleon no habia contestado de un modo satisfactorio. Era fácil añadir á aquel mes algunos dias mas, retardando bajo diferentes pretextos la salida de Mr. de Haugwitz, y además Federico Guillermo confiaba en la prudencia y astucia del enviado, para que á las primeras palabras que tuviese con Napoleon no rompieran abiertamente.

Estas condiciones, indignas de la lealtad prusiana, porque repelimos que eran contrarias á estipulaciones formales cuyo precio habia recibido Prusia en buenos terrenos, y sobretodo á una intimidad que Napoleon debia tener por sincera, se insertaron en una doble declaracion, firmada en

Postdam el dia 3 de noviembre, y cuyo contesto jamás se ha publicado, sin embargo de lo cual consiguió mas tarde Napoleon conocer su contenido, habiendo conservado dicha declaracion el título de tratado de Postdam. No hay duda en que Napoleon habia cometido faltas con respecto á Prusia, pues al mismo tiempo que la halagaba mejorándola y mucho, dejó pasar mas de una ocasion de encadenarla irrevocablemente; pero la habia colmado de favores, portándose con lealtad en sus relaciones con ella.

Alejandro y Federico Guillermo residian en Postdam, y en aquella hermosa morada del gran Federico fué donde se exaltaron uno y otro, celebrando un tratado tan contrario á la política y los intereses de Prusia. El hábil conde de Haugwitz lo sintió en gran manera, y no hallaba á sus propios ojos otra disculpa por haberlo firmado que la esperanza de eludir sus consecuencias. En cuanto al rey, aturdido y lleno de confusiones, no sabia á donde se encaminaba, acabando de trastornarle Alejandro, quien de acuerdo, segun se dijo, con la reina, y probablemente llevado de la aficion con que miraba las escenas aparatosas, quiso visitar el sepulcro de Federico el Grande, que está en la iglesia protestante de Postdam. Allí, bajo aquella bóveda, abierta en una columna de la iglesia, estrecha y sencilla hasta rayar en descuido, hay dos cajas de madera, una de las cuales contiene los restos de Federico Guillermo I, y la otra los de Federico el Grande. Alejandro se trasladó á ella con el jóven monarca, vertió algunas lágrimas, y estrechándole en sus brazos, pidió jurase por las cenizas del Gran Federico ser su amigo

eternamente, juramento que él prestó también, prometiéndose mutuamente que no separarian ni su causa ni sus destinos. Lo que sucedió en Tilsit dió á conocer bien pronto la firmeza de aquel juramento, sincero probablemente en el momento de prestarlo.

Aquella escena no solo se contó en Berlin sino que fue pública en toda la Europa, confirmándose en consecuencia la opinion de que existia una estrecha alianza entre los dos monarcas.

Así que supo Inglaterra el cambio que habia habido en las cosas de Prusia, y lo bien que habian salido las negociaciones entabladas con aquella corte, creyó ver en ellas un suceso capital que podía decidir la suerte de Europa, y mandó que inmediatamente saliese de Lóndres nada menos que lord Harrowby, ministro de negocios estrangeros, á fin de negociar por su parte. El gabinete de Lóndres no se mostró muy exigente con la corte de Prusia, pues estaba dispuesto á aceptar su consentimiento á cualquier precio, y conforme en que ni siquiera se nombrase á Inglaterra en la negociacion que iba á entablar en el campamento de Napoleon Mr. de Haugwitz, teniendo preparados subsidios para el ejército prusiano, porque no dudaba que así que transcurriese un mes tomara parte en la guerra. En cuanto al aumento de territorio que debia darse á la casa de Brandeburgo, estaba pronto á conceder mucho, mas no dependia del gabinete inglés el entregar el Hannover, patrimonio que Jorge III tenia en mucho. De buena gana lo hubiera sacrificado Mr. Pitt, pues todos los ministros británicos han mirado siempre como una carga el Hanno-

ver; pero antes que renunciar á él hubiera renunciado el rey Jorge á los tres reinos. En cambio, ofrecieron una cosa mas adecuada á la monarquía prusiana y de mayor importancia, que fué Holanda (1): si, querian arrojar á las plantas de Prusia para que entrase mas de lleno en las miras de la coalicion, y quedase libre el Hannover, esa misma Holanda que todas las cortes decian era esclava de Francia, y cuya independencia reclamaban con tanta energía. A la ilustre nacion holandesa toca calcular qué caso puede hacer de la sinceridad del cariño que entonces le mostraba la Europa.

Estos eran otros tantos asuntos que habia que arreglar ulteriormente entre las cortes de Prusia é Inglaterra; pero como entretanto era preciso sacar del tratado de Postdam su resultado esencial, que era el asentimiento de Prusia á la causa de la coalicion, los austriacos y rusos instaban á Mr. de Haugwitz á que se pudiese en marcha, y mientras que este hacia los preparativos, el emperador Alejandro se puso en camino el dia 5 de noviembre, á los diez dias de permanencia en Berlin, dirigiéndose á Weimar, con el objeto de ver á su hermana la gran duquesa, princesa de elevado mérito que vivia en aquella poblacion, rodeada de los mejores ingenios de Alemania, y feliz, porque alternaba con hombres cuyo trato era digno de cultivar. La separacion de los dos monarcas se verificó en las puertas de Berlin, abrazándose ambos con muestras de la mas viva amistad, lo cual indicaba, á lo menos por una parte,

(1) Este aserto lo fundo en documentos auténticos.
Biblioteca popular. t. VI. 45

deseos de hacerse visible, y Alejandro partió para el ejército llevándose el interés con que siempre se mira una marcha por el estilo, y saludando todos en él á un héroe jóven, pero dispuesto á arrostrar los mayores peligros por el triunfo de la causa comun de los reyes.

Durante este tiempo, nadie se cuidaba de Mr. de Laforest, ministro plenipotenciario de Francia, ni de Duroc, gran mariscal del palacio imperial, pues la corte seguía tratándolos con una frialdad que rayaba en ofensa; pero aunque se había propuesto guardar profundo silencio acerca de las estipulaciones de Postdam, no pudiendo contener su gozo los rusos, dieron á entender á todo el mundo que Prusia se había comprometido irrevocablemente, á favorecer su causa. Su júbilo, repetimos, decia lo bastante, y esto unido á los preparativos militares que se hacían y á la actividad agena de sus años que desplegaba el anciano duque de Brunswick, atestiguan el éxito que había obtenido la presencia en Postdam de Alejandro. Mr. de Hardenberg, que compartía con Mr. de Haugwitz la direccion de los negocios estrangeros, no se dejaba ver de los enviados franceses; pero Mr. de Haugwitz los recibía con alguna frecuencia, é interrogado por ellos acerca de la importancia que era preciso dar á la indiscrecion por parte de los rusos, negó todas las suposiciones que circulaban de público. Confesó, sin embargo, que existía un proyecto de que, segun él, no debían estrañarse, el de una intervencion; pero como quisiesen saber si dicha intervencion tendria el apoyo de las armas, ó lo que es lo mismo si se trataba de imponerla á la fuerza, estudió la pre-

gunta diciendo que las instancias que su corte haria á Napoleon serian proporcionadas á la urgencia del momento. Por último, preguntaron cuales serian las condiciones de aquella intervencion, y contestó que serian justas, prudentes y ajustadas á la gloria de Francia, de lo cual era una prueba el encargarse él en persona en presentarlas á Napoleon, por que no era cosa de ir á esponerse la primera vez que visitaba á aquel hombre grande, á que le despidiera á cajas destempladas.

Tales fueron las esplicaciones que dió el gabinete de Berlin, hablando con claridad solamente acerca de una cosa, acerca del libre paso de Silesia en castigo de haber pasado nuestras tropas por el territorio de Anspach, y de que un ejército prusiano iba á ocupar á Hannover. Con todo, como Francia tenia en la plaza fuerte de Hameln una guarnicion de seis mil hombres, sin decir Mr. de Haugwitz que pensaba sitiar aquella plaza, prometió que los franceses serian tratados con el mayor miramiento, añadiendo que esperaba hicieran ellos lo mismo por su parte.

Viendo el gran mariscal Duroc que nada tenia ya que hacer en Berlin, salió para el cuartel general de Napoleon, quien había acabado con el principal ejército austriaco, y se disponia á caer para principios de noviembre sobre los rusos, con arreglo al plan que había concebido.

Cuando supo lo que estaba sucediendo en Berlin se sorprendió estraordinariamente, porque obraba de muy buena fe, y si había mandado que sus tropas atravesasen las provincias de Anspach, fué porque creía debía seguirse el uso establecido. Así es que pensó no era sincero el enfado

de Prusia, y se convenció de que tenia por objeto encubrir las debilidades que aquella corte habia cometido con la coalicion, no pudiendo esta ni ninguna otra suposicion hacerle variar de intento, pues por el contrario, en aquellas circunstancias dió á conocer toda la grandeza de su carácter.

Ya saben nuestros lectores que las potencias coligadas se habian propuesto atacar el imperio francés por cuatro puntos, uno en el Norte por el Hannover, el segundo en el Mediodia por la Italia baja, y los otros dos en Oriente por la Lombardia y Baviera. Napoleon solo hizo caso de los dos últimos, y dejando á Massena el cuidado de constraestar el de Lombardia y contener á los archiduques durante algunas semanas, reservó para sí el mas importante, esto es el que amenazaba á Baviera. Aprovechándose, pues, como ya hemos visto, de la distancia que separaba á los austriacos de los rusos, envolvió, gracias á una marcha de que no hay egemplo, á los primeros, y los envió prisioneros á Francia. Su objeto era despues buscar á los segundos y arrollarlos hácia Viena, pues de este modo libertaba á Italia, siendo insignificantes los ataques que preparaba el enemigo por el Norte y Mediodia de Europa.

Sin embargo, Prusia podia trastornar aquel plan, cayendo por Franconia ó Bohemia sobre Napoleon mientras se dirigió á Viena, de suerte que cualquier otro general, al saber lo que sucedia en Berlin, se hubiera detenido de pronto, retrocediendo para tomar posiciones mas cerca del Rhin, de manera que no le cogiesen la vuelta, y esperando en ellas, al frente de sus fuerzas

reunidas, las consecuencias del tratado de Postdam. Empero obrar así era hacer que se realizasen peligros nada mas que probables, y dar tiempo á los dos ejércitos rusos, tanto el de Kutusof como el de Alejandro, para que se reuniesen; al archiduque Carlos á que pasase de Lombardia, á Baviera para ir á juntarse con los rusos, y á los prusianos para que le hiciesen proposiciones inadmisibles, y pudieran entrar en la liza. Es decir que bastaba un mes para que estuviesen sobre las armas ciento veinte mil austriacos, cien mil rusos, y ciento cincuenta mil prusianos, reunidos en el Palatinado alto ó en Baviera, los cuales componian una fuerza doble que la suya y capaz de derrotarlo. Insistir en sus ideas entonces mejor que nunca, esto es seguir adelante, arrollar hasta el otro extremo de la Alemania los principales ejércitos de la coalicion, oir en Viena las quejas de Prusia, y contestarle con una victoria, tal era la determinacion mas prudente, aunque parecia la mas temeraria. Es verdad que solo los hombres grandes toman semejantes resoluciones, y que los hombres vulgares sucumbirian bajo su peso; ademas de que exigen, no un genio superior únicamente, sino omnimoda autoridad, pues para poder avanzar ó retroceder á tiempo, es preciso ser el centro de todos los movimientos, todos los informes, todas las voluntades; es preciso ser general y soberano de un imperio, es preciso ser emperador y llamarse Napoleon Bonaparte.

El lenguaje que Napoleon empleó al dirigirse al gabinete de Prusia fué conforme á la resolucion que acababa de tomar, pues lejos de dis-

culpase por haber invadido el territorio de Anspach, se contentó con apoyarse en anteriores convenios, diciendo que si los espresados convenios habian caído en desuso, debian habérselo advertido; que por lo demas, todo aquello era un puro pretexto; que conocia que sus enemigos le llevaban á Berlin; que no le convenia entrar en esplicaciones amistosas con un príncipe que en nada tenia su amistad; que el tiempo y los sucesos responderian por él, pero que sería inflexible respecto á un punto, el honor; que nunca habian sufrido sus águilas la menor afrenta, que se hallaban en una de las plazas fuertes de Hannover, esto es en Hameln, y si intentaban arrancarlas de allí, las defendería á toda costa el general Barbon, y él iría á socorrerle antes de que sucumbiera; que ni era cosa nueva para Francia ni le asustaba ver toda la Europa sobre las armas; y por último, que si le provocaban á ello, Napoleon dejaría las orillas del Danubio por las del Elba, haciendo que sus nuevos enemigos y los antiguos se arrepintiesen de haber atentado contra la dignidad de su imperio. He aquí además la orden que dió al general Barbon, y se comunicó al gobierno prusiano.

Al general de division Barbon:

•Augsburgo 24 de octubre.

«Ignoro lo que se prepara, pero cualquiera que sea la potencia cuyos ejércitos intenten entrar en Hannover, aun cuando sea una que no me haya declarado la guerra, debeis oponeros á ello.

Así pues, como no teneis bastantes fuerzas para resistir á un ejército, encerraos en las fortalezas, y no dejéis que nadie se acerque á tiro de cañon, que ya yo sabré el modo de ir á socorrer las tropas que se hallan en Hameln. Nunca han sufrido mis águilas una afrenta, y tengo esperanzas de que los soldados que mandais serán dignos de sus camaradas, y sabrán conservar el honor, que es la prenda más hermosa de las naciones.

«No debeis entregar la plaza hasta que yo os lo mande por medio de un ayudante de campo.

NAPOLEON.»

El emperador se habia trasladado de Ulm á Augsburgo, y de Augsburgo á Munich, para hacer allí sus preparativos de marcha, mas antes de seguirle por el inmenso valle del Danubio, salvando todos los obstáculos que le oponian el invierno y el enemigo, es preciso fijar por un instante la vista en Lombardia, que era donde Massena debía contener á los austriacos, hasta que Napoleon tomase posiciones en el Adige avanzando hacia Viena.

Napoleon y Massena conocian perfectamente á Italia, pues los dos habian conquistado allí gloria, de suerte que las instrucciones que dieron para aquella campaña eran dignas del uno y del otro. Napoleon sentó desde luego el principio de que cincuenta mil franceses, apoyados en un rio, nada tenian que temer de ochenta mil enemigos cualesquiera que fuesen, que en todo caso solo les pedia una cosa, y era que guardasen el Adige hasta que penetrando en Baviera (la cual forma

el extremo septentrional de los Alpes, como la Lombardía forma el extremo meridional), hubiese dejado atrás las posiciones de los austriacos, obligándoles á retroceder; que para esto era preciso mantenerse reunidos en la parte alta del rio, situando el ala izquierda en los Alpes, como siempre habia hecho él, arrollar los austriacos hasta los montes si se presentaban en las gargantas del Tirol, ó si pasaban á la parte baja del Adige, dejarlos obrar, estrechándose únicamente, para caer sobre ellos por el flanco y anegarlos en las lagunas, así que se internasen en el cenagoso pais de la parte baja del Adige y el Pó, desde Leñago á Venecia; y por último, que permaneciendo así en masa al pié de los Alpes, nada tenían que temer, ya les atacasen por la parte baja ya por la alta; pero que si el enemigo renunciaba á tomar la ofensiva, era preciso tomarla contra él, apoderarse de noche del puente de Verona que hay en el Adige, y atacar las alturas de Caldiero. Las campañas de Napoleon eran otros tantos modelos que podian servir para guiarse en las operaciones á que iba á darse principio en aquella parte del teatro de la guerra.

No era hombre Massena capaz de vacilar entre la ofensiva y la defensiva, pues el único sistema de guerra adecuado á su carácter y talento era el primero, y su confianza habia llegado á tal grado, que no creía debia condenarse con sus cincuenta mil franceses á estar á la defensiva contra ochenta mil austriacos, aunque los mandase el archiduque Carlos. De consiguiente, así que supo que el ejército grande habia principiado su movimiento, salió el 17 de octubre por

la noche, dirigiéndose en silencio hácia el puente del Castillo Viejo, situado en el centro de Verona, poblacion dividida, como es sabido, por el Adige en dos mitades, una de las cuales pertenecia á los franceses y la otra á los austriacos. Estaban cortados los puentes, y defendidos los alrededores con empalizadas y paredes; pero Massena mandó derribar la que impedía aproximarse al puente del Castillo Viejo, y así que llegó á la orilla del rio, hizo que entrasen en barcas varios zapadores de reconocido valor, unos para que viesen si los arcos del puente estaban minados, y otros para que pasaran á la orilla opuesta. Seguro de que no lo estaban, estableció una especie de paso con maderos, y atravesando el Adige sostuvo todo el día 18 un combate contra los austriacos, ataque digno por su vigor y presteza del primer lugarteniente de Napoleon en las campañas de Italia. Con aquella operacion se hizo dueño Massena del curso del Adige, y podia en caso necesario operar en ambas orillas, sin temor de ser sorprendido por tropas que quisiesen pasar á la fuerza, porque se hallaba en estado de interrumpir semejante operacion en cualquier punto donde el enemigo la intentase. Por lo demas, antes de tomar una ofensiva pronunciada, y dirigirse definitivamente hácia el territorio austriaco, queria recibir noticias positivas de las márgenes del Danubio.

Estas noticias llegaron el 28 de octubre, llevando al ejército de Italia de júbilo y emulacion, y Massena las mandó anunciar á las tropas al son de los cañonazos, resolviendo sin demora seguir adelante. Al dia siguiente, pues, es decir el 29

de octubre, dirigió tres divisiones allende el Adige, divisiones mandadas por Gardanne, Duhesme y Molitor, arrolló á los austriacos, y se extendió por la llanura llamada de San Miguel, entre la plaza de Verona y el campamento atrincherado de Caldiero. Su proyecto era atacar aquel formidable campamento, aunque lo defendía un ejército muy superior en número, y se apoyaba en posiciones que la naturaleza y el arte habían hecho en estremo fuertes, y el archiduque por su parte, informado de los extraordinarios hechos de armas del ejército grande francés, presumiendo que pronto tendría que retroceder para ir á socorrer á Viena creía que no debía ceder el terreno como si le hubiesen vencido. Lo que quería era conseguir una ventaja decisiva que le permitiese retirarse tranquilamente, y tomar el camino que mejor conviniera á la situación general de los coligados.

Los dos contrarios iban, pues, á tener un encuentro tanto mas violento cuanto que uno y otro se hallaban decididos á sostener una lucha á muerte.

Massena tenía por delante los últimos puntos escarpados de los Alpes del Tirol, que desaparecían en los llanos de Verona, cerca de la aldea de Caldiero, y á su izquierda las alturas llamadas de Coloñola, cubiertas de trincheras construidas en toda forma y provistas de una artillería numerosa. En el centro y en una llanura se hallaba la aldea de Caldiero, por en medio de la cual pasaba el camino de Lombardia, camino que vá á parar por el Frioul á Austria, y aquel punto cercado y cubierto de edificios, lo ocupaba gran parte de la

infantería austriaca. Por último, á la derecha de Massena se extendían las orillas planas y cenagosas del Adige, atravesadas en todas direcciones por fosos y diques erizados de cañones. Es decir, que el campo atrincherado que Massena debía atacar con cincuenta mil hombres, tenía por la izquierda montes llenos de trincheras, en el centro una carretera rodeada de edificios y paredes, á la derecha lagunas y el Adige, y por todas partes obras adecuadas al terreno, cubiertas de artillería y defendidas por ochenta mil hombres. Nada de esto era capaz de intimidar al héroe de Rivoli, Zurich y Génova, y así apenas amaneció el 30 avanzó en columna hácia el camino real, encargando al general Molitor que se apoderase con su división por la izquierda de las formidables alturas de Coloñola, mientras él se encargaba de atacar el centro, á lo largo del camino, con las divisiones de Duhesme y Gardanne; y juzgando que para desalojar á un enemigo superior en número y posición, era preciso que viese un peligro grande en una de sus alas, comisionó al general Verdier para que se trasladase al estremo derecho del ejército francés, pasase por allí el Adige con diez mil hombres, dejase atrás el ala izquierda del archiduque, y cayese en seguida sobre él por la espalda. Si aquella operación la ejecutaban bien bastaba semejante destacamento, pero era arriesgado confiar el paso de un río á un general subalterno, y si aquellos diez mil hombres no hacían lo que debían en la derecha, iban á hacer suma falta en el centro.

Al romper el día, se dirigió Massena hácia el enemigo, arrollándole por todas partes. El gene-

ral Molitor, que era uno de los oficiales mas hábiles é intrépidos del ejército, avanzó con la mayor frialdad hasta el mismo pié de las alturas de Colónia, y atravesó los primeros puntos escarpados á pesar de un fuego espantoso; pero cuando el coronel Teste estaba para subir á ellos con el 5.º de línea, salió de los reductos con todas sus fuerzas el conde de Bellegarde, y trató de derrotar á aquel regimiento. Conociendo al momento el general Molitor la gravedad del peligro, cayó sin tener en cuenta el número de enemigos, sobre la columna del general Bellegarde con el 6.º de línea, único regimiento que tenia á mano, y la atacó con tal violencia que logró sorprenderla y dejarla parada. Durante este tiempo habia entrado el coronel Teste en uno de los reductos, enarbolando en él la bandera del 5.º, cuya águila se llevó una bala de cañon; pero abochornados los austriacos de ver que iban á desalojarles de sus posiciones tan pocos enemigos, volvieron á la carga y recobraron el reducto. Los franceses permanecieron al frente de las trincheras, sin poder apoderarse de ellas, siendo un milagro el que habiéndose como se habian atrevido á tanto con tan poca gente, no hubiesen sufrido una derrota.

El príncipe Carlos habia situado en el centro el grueso de sus fuerzas, poniendo á la cabeza una reserva de granaderos, en cuyas filas peleaban tres archiduques, y ya habian limpiado el camino de enemigos los generales Duhesme y Gardanne, apoderándose uno por uno de los cercados, y llegando hasta muy cerca de Caldiero, cuando el archiduque Carlos tomó la ofensiva. Lo primero que hizo fué rechazar á los nuestros, y despues se di-

rigió hácia el camino en columna cerrada, á la cabeza de la mejor infanteria austriaca, columna que avanzando sin cesar, como en otro tiempo la de Fontenoy, dejó atrás los destacamentos de tropas francesas que andaban esparcidos á derecha é izquierda por los cercados, y podia ir á apoderarse de Vago, que era para los franceses lo que Caldiero para los austriacos, esto es donde se apoyaba el centro. Pero Massena acudió allí, reunió las divisiones, colocó en el camino y al frente del enemigo toda la artilleria de que podia disponer, mandó metrallar á boca de jarro á los valientes granaderos austriacos, hizo luego que sus tropas cargasen á la bayoneta, y despues de un combate encarnizado, en que aquellos fueron acometidos por los costados y él se presentó en medio del fuego como un simple soldado, obligó á la columna á declararse en retirada. Entonces la rechazó hasta mas allá de Caldiero, y fué ganando terreno hasta penetrar en las primeras trincheras austriacas, de tal modo que si en aquel momento hubiese cumplido su comision el general Verdier, atravesando el Adige, ó si Massena hubiese tenido los diez mil hombres inútilmente enviados al extremo derecho, se hubiera apoderado del formidable campamento de Caldiero; mas el general Verdier dirigió mal su operacion, haciendo que un regimiento pasase el rio, sin poder sostenerle, con lo cual frustró completamente su proyecto de pasarlo. La noche fué la única que separó á los combatientes, cubriendo con sus sombras uno de los campos de batalla donde mas sangre ha corrido en este siglo.

Se necesitaba un carácter como el de Massena

para emprender y sostener semejante lucha sin ser derrotado; pero los austriacos perdieron tres mil hombres entre muertos y heridos, quedando prisioneros cuatro mil hombres de los suyos, mientras que la pérdida de los franceses no pasó de tres mil hombres, entre muertos, heridos y prisioneros. El bivac se estableció en el campo de batalla, y allí andaban mezclados unos con otros en medio de una confusión espantosa, hasta que á eso de media noche mandó el archiduque evacuar los bagages y la artillería, y á la mañana siguiente presentando á los franceses una retaguardia, dió principio á su movimiento retrógrado. Un cuerpo de cinco mil hombres, mandado por el general Hillinger, fué el que se sacrificó en aquella retirada, pues había bajado de las alturas para inquietar á Verona á espaldas de nuestro ejército, mientras que el archiduque se ponía en marcha, y no tuvo tiempo para volverse, cayendo prisionero con su general. De consiguiente, en aquellos tres dias Massena cogió al enemigo once ó doce mil hombres, haciendo prisioneros ocho mil, y dejando tres mil fuera de combate.

Sin detenerse emprendió la persecucion del archiduque sable en mano; pero el principe austriaco llevaba los mejores soldados del Austria, los cuales ascendian á setenta mil, y tenia en su favor la esperiencia, el talento, el invierno y los rios fuera de madre, cuyos puentes cortaba al retirarse. Massena no podía lisonjearse de hacerle sufrir una catástrofe; pero con todo le daba bastante que hacer con solo seguirle, para que no pudiese maniobrar á su gusto contra el ejército grande.

Aquella otra parte, pues, del plan de Napo-

leon, se verificó con tanta puntualidad como la anterior, pues el archiduque Carlos se volvió á Austria, teniendo que batirse en retirada para ir á socorrer á la capital.

Napoleon no perdió un instante en Munich sin tomar disposiciones porque tenia prisa de cruzar el Inn, batir á los rusos, y desconcertar los manejos de la corte de Berlin con nuevos triunfos tan repentinos como los de Ulm. El cuerpo del general Kutusof que tenia delante, apenas llegaba á cincuenta mil hombres al principiar la campaña, aunque debia ser mucho mas numeroso conforme á las promesas de Rusia, pues desde Moravia á Baviera habia dejado en el camino de cinco á seis mil aspeados y enfermos. Sin embargo, se le reunió el destacamento austriaco de Kienmayer, quien se escapó del desastre de Ulm antes de haber puesto sitio á aquella plaza, y Mr. de Meerfeld, que tenia algunas tropas á sus órdenes, tomó el mando de aquel destacamento, de suerte que el ejército enemigo ascendia á unos sesenta y cinco mil soldados, entre rusos y austriacos, los cuales eran muy poca cosa para salvar á la monarquía contra ciento cincuenta mil franceses, cien mil de los cuales cuando menos componian solo una masa. Aquel ejército lo mandaba el general Kutusof, hombre de bastante edad, privado del uso de un ojo de resultas de una herida que recibió en la cabeza, muy grueso, perezoso, disoluto y codicioso, pero inteligente, tan suelto de imaginacion como pesado era de cuerpo, afortunado en la guerra, hábil en la corte, y bastante capaz de mandar en una situacion en que se necesitaba prudencia y buena suerte. Sus lugartenientes eran medianos,

si esceptuamos tres, el príncipe Bagration, y los generales Doctorow y Miloradovich, el primero de los cuales, esto es el príncipe, era un georgiano dotado de un valor heróico, que suplía con la experiencia la instrucción primaria que le faltaba, y que siempre tenía á su cargo, tanto en la vanguardia como en la retaguardia, el papel mas difícil. El general Doctorow era un oficial prudente, modesto, instruido y firme, y el general Miloradovich era un hijo de Servia, de gran valor, pero absolutamente falto de conocimientos militares, desarreglado en sus costumbres, y que reunía todos los vicios que engendra la civilización á los que nacen de la barbarie. El carácter de los soldados rusos era bastante adecuado al de sus generales, pues tenían un valor salvaje y mal dirigido, su artillería era pesada, mediana su caballería, y todos, generales, oficiales y soldados, componían un ejército ignorante, pero muy temible por su entusiasmo. Despues fué cuando aprendieron las tropas rusas á guerrear batiéndose contra nosotros, y empezaron á hermanar la ciencia con el valor.

El general Kutusof ignoró hasta el último instante los desastres de Ulm, pues hasta la vispera de su desgracia le estuvieron anunciando triunfos y mas triunfos el archiduque Fernando y el general Mack, y no conoció la verdad hasta que el mismo general fué á decirle en persona que el principal ejército austriaco no existía. Desesperanzado entonces, y con razón, de salvar á Viena, Kutusof no ocultó al emperador Francisco, que iba á sacrificar la capital, porque quería salir cuanto

antes del peligro de que él tambien se hallaba amenazado, pasando á la orilla izquierda del Danubio, para reunirse con la reserva rusa que llegaba por Bohemia y Moravia. Sin embargo, el emperador Francisco y su consejo tenían empeño en no sacrificar á Viena hasta que ya no les quedase otro recurso, y se lisonjaban de que retardando la marcha de Napoleon por cuantos medios facilita la guerra defensiva, darían tiempo á que el archiduque Carlos pasase á Austria, á que llegase al Danubio la reserva rusa, y á que se reuniesen todas las fuerzas de los aliados, para dar una batalla de la cual dependía tal vez la salvación de la capital y la monarquía. Conformándose el general Kutusof con los deseos manifestados por el principal aliado de su amo, prometió oponer á los franceses toda la resistencia compatible con el proyecto de no trazar una acción general, y para acortar su movimiento resolvió valerse de todas las confluencias del Danubio que de los Alpes van á precipitarse en aquel gran río. Bastaba para ello cortar los puentes, é impedir con fuertes retaguardias que los franceses intentasen á viva fuerza el paso, difícil en una estación en que todas las aguas habían subido, formando torrentes y arrastrando témpanos de hielo.

Napoleon dispuso su marcha del modo siguiente: teniendo como tenía que caminar entre el Danubio y la cordillera de los Alpes, por un camino estrecho, encajonado entre el río y los montes era difícil en cuanto á la manutención, y peligroso para las marchas avanzar por aquel camino con un ejército numeroso, porque además del archiduque Carlos, que podía pasar de Lombardia á

Baviera y caer sobre nuestro flanco, había en el Tirol cerca de veinte y cinco mil hombres al mando del archiduque Juan. Napoleon tomó pues, la sabia precaución de confiar al cuerpo de Ney la conquista del Tirol, mandando á dicho mariscal que dejase á Ulm, y subiese por Kempten, para penetrar en el Tirol de modo que pudiera cortar en dos mitades las tropas que andaban diseminadas por aquel prolongado pais. Las que quedasen á la derecha del mariscal Ney debían ser rechazadas hacia el Voralberg y el lago de Constanza, á donde iba á llegar el cuerpo de Augereau, despues de atravesar toda la Francia desde Brest hasta Huningue. En cuanto á Ney, privado de la division de Dupont, que habia concurrido con Murat á la persecucion del archiduque Fernando, estaba reducido á unos diez mil hombres; pero confiando en su vigor Napoleon y en los catorce mil hombres que llevaba Augereau, creia que aquellas fuerzas eran bastantes para hacer lo que mandaba. Ocupado así el Tirol, destinaba á Bernardotte á que penetrase en el pais de Salzburgo, por lo cual le previno que se encaminase desde Munich hacia el Inn, y lo pasara por Wasserburgo ó Rosenheim. El general Marmont debia apoyar á Bernardotte, y de este modo conseguia Napoleon dos ventajas, cubrirse enteramente por la parte de los Alpes, y hacerse dueño del curso superior del Inn, con lo cual impedia á los austro-rusos defender el curso inferior contra el grueso de nuestro ejército. Por lo que hace á él, con los cuerpos de los mariscales Davout, Soult y Lannes, la caballería de reserva y la guardia, embistió de frente la gran barrera del Inn, con intencion de pasarla desde Mühl-

dorf á Braunau. Murat tenia orden de partir el 26 de octubre con los dragones de los generales Walther y Beaumont, la caballería pesada del general Hautpoul y un tren de puente, para trasladarse directamente hacia Mühlendorf, siguiendo la carretera de Munich por Hohenlinden y atravesando los campos que inmortalizó Moreau. El mariscal Soult debia apoyarle por la retaguardia, y el mariscal Davout tomó el camino de la izquierda por Freisingen, Dorfen y Neu-Oettingen, mientras que Lannes, que contribuyó con Murat á la persecucion del archiduque Fernando, debia marchar mas hacia la izquierda que Davout por Landshut, Vilsbiburgo y Braunau. Por último, la division de Dupont, que se habia engolfado mucho en aquella direccion, bajó el Danubio para ir á apoderarse de Passau, y Napoleon siguió con la guardia á Murat y Soult por la carretera de Munich.

Antes de dejar á Augsburgo, ordenó Napoleon un sistema de precauciones, en que siempre le veremos ocupado á medida que vaya ensanchándose la escala de sus operaciones, y en el que no ha tenido igual, por lo grande de su prevision y la actividad que en todo desplegaba. Dicho sistema tenia por objeto crear en su linea de operaciones puntos de apoyo que le sirviesen para avanzar ó retroceder, si se veia obligado á tomar este último partido. Aquellos puntos de apoyo, además de tenerla ventaja de presentar cierta fuerza, debían tener igualmente la de contener provisiones inmensas de toda clase, utilísimas para un ejército que marcha hacia adelante, é indispensables para el que se retira. Escogió, pues, en Baviera y

sobre el Lech, á Augsburgo, poblacion que ofrecia algunos medios de defensa y los recursos propios de un gran pueblo, y mandó hacer las obras necesarias para ponerla al abrigo de un golpe de mano, queriendo que allí se reuniesen granos, ganados, paños, zapatos, municiones, y sobre todo hospitales. En seguida hizo pedidos de paños, y zapatos á Nuremberg, Ratisbona y Munich, pagándolos y exigiendo la mayor prontitud, con orden de que llevasen á Augsburgo las prendas ya hechas, para que siendo como era aquella poblacion el punto principal situado en el camino por donde debia pasar el ejército, todos los destacamentos tocasen allí á fin de proveerse de lo que les hiciera falta; y luego que tomó estas precauciones, se puso en marcha á fin de seguir á sus cuerpos que llevaban una ó dos jornadas de ventaja.

Los movimientos de su ejército se ejecutaron conforme lo habia dispuesto, avanzando todo él hácia el Inn el 26 de octubre, y aunque los austrosos no habian dejado ni un puente, en todas partes se metian los soldados en barcas, y pasaban en gruesos destacamentos bajo el fuego de fusileria y metralla, pugnando por dejar libre la orilla opuesta, y componiendo los puentes, rara vez destruidos del todo por el enemigo, á causa de la precipitacion con que habia emprendido la retirada. Bernardotte encontró pocos obstáculos y pasó el Inn el 28 de octubre por Wasserburgo, mientras que los mariscales Sault, Murat y Davout lo pasaron por Mühlendorf y Neu-Oettingen. Lannes se dirigió á Braunau, y como hallase cortado el puente, envió un destacamento á la otra

orilla, gracias á algunas barcas de que se habia apoderado: dicho destacamento pasó el rio, se presentó á las puertas de Braunau, y ¡cuál no sería la admiracion de nuestros soldados al ver abierta aquella plaza, que se hallaba en muy buen estado de defensa, armada completamente, y abastecida de recursos! Al instante se apoderaron de ella conociendo por aquel hecho extraño que el enemigo se retiraba, si no en desorden, con una precipitacion que se le parecia mucho.

Sumamente contento Napoleon con una adquisicion tan importante, corrió en persona á Braunau, para asegurarse por sí mismo de la fuerza que presentaba aquella plaza y del partido que podia sacarse de ella. Así que la vió, mandó trasladar allí gran parte de los recursos que en un principio quiso reunir en Augsburgo, pues juzgó que era mejor para el uso á que la destinaba, dejó una guarnicion, y nombró por su comandante á su ayudante de campo Lauriston, que habia regresado de la campaña marítima que fué á hacer al lado del almirante Villeneuve. No era una simple comandancia de plaza la que le dió, sino un gobierno que se estendia á todo lo que quedaba detrás del ejército, debiendo pasar por Braunau, bajo la vigilancia del general Lauriston, los heridos, las municiones, los viveres, los reclutas que iban llegando de Francia, y los prisioneros que se enviaban á ella.

En los dias 29 y 30 de octubre, atravesó el Inn nuestro ejército, dejó atrás la Baviera é invadió el Austria alta, de suerte que si aquella operacion no redundaba inmediatamente en daño de los aliados, pesaba sobre los estados hereditarios de la

casa imperial. Las tropas seguían adelante, protegidas contra cualquier movimiento de los arquiducos, por Bernardotte y Marmont, en Salzburgo, y por Ney en el Tirol, y deseando Napoleón no perder ni un instante, quiso trasladarse desde la línea del Inn á la de Traun. Desde aquel río á este se halla el Danubio á la izquierda y los Alpes á la derecha, magnífico país parecido á la Lombardia, aunque mas agreste, pues está al Norte de los Alpes en vez de estar al Mediodía, y que sería tan llano como la palma de la mano, si no se elevase de pronto en medio de él una gran montaña llamada de Hausruck. La espresada montaña era un pico desprendido enteramente de los Alpes, y que formaría una isla si aquel país estuviese cubierto de agua; pero dejando atrás á Hausruck, solo se presenta por delante una llanura con colinas y buques, que se estiende hasta la orilla del Traun y se llama de Wels. El río Traun corre por en medio de unos arenales, y entre hermosísimos árboles, y vá á desaguar en el Danubio cerca de Linz, capital de provincia, tan importante como Ulm considerada militarmente, y herizada con este motivo desde la guerra con nosotros, de fortificaciones concebidas con arreglo á un nuevo sistema.

Napoleón dispuso que Lannes se dirigiese por Efferding hácia Linz, y los mariscales Davout y Soult á Wels por el camino de Ried y Lambach, costeano el pie de Hausruck, yendo siempre delante Murat con su caballería, y siguiendo la guardia con el cuartel general. Temiendo sin embargo no escogiese el enemigo por campo de batalla la llanura de Wels, mandó Napoleón á

Marmont que dejase á Bernardotte en Salzburgo, y fuese á reunirse con el grueso del ejército, pasando por detras de Hausruck por el camino que vá de Straswalchen y Wocklabruck á Wels, para caer sobre el flanco de los austro-rusos si intentaban pararse para pelear.

El 1.º de cazadores los alcanzó delante de Ried, les cargó con valentía, y los arrolló: en seguida marcharon hácia Lambach, pueblo que dieron muestras de querer defender los enemigos aunque solo para dar tiempo á que los equipages se salvaran, pero Davout logró darles alcance, y trabó con ellos un combate brillante en la retaguardia. Nada sin embargo indicaba los preparativos de una batalla, pues el enemigo se resguardó del río Traun pasándolo por Wels, mientras nosotros entramos en Linz sin disparar un tiro, y como aun cuando los austriacos se hubiesen servido del Danubio para evacuar sus principales almacenes, todavía nos dejaban preciosos recursos, Napoleón fué á establecer su cuartel general en Linz el día 5 de noviembre.

Establecido en aquella población trasladó Napoleón sus cuerpos de ejército del Traun al río Ens, lo cual era fácil, pues el país situado entre aquellas dos confluencias del Danubio no ofrecía ninguna posición de que el enemigo tuviera intención de hacer uso. Dicho país presenta á la vista una colina poco elevada, cruzada por barrancos, cubierta de arbolado, y con dos puntos escarpados, uno por delante que es preciso subir despues de pasar el Traun, y el otro por detras que es preciso bajar si hay que pasar el río Ens; y no habiéndolo como no lo habían defendi-

do los austro-rusos por la parte del Traun, no podían pensar en defenderlo por la parte del Ens, pues les hubiéramos dominado en todas partes, de suerte que pasamos dicho río sin el menor obstáculo.

Con el cuartel general en Lintz y la vanguardia sobre el Ens, Napoleon tomó otras disposiciones para proseguir aquella marcha ofensiva, ejecutada, como ya hemos dicho, por un camino estrecho situado entre el Danubio y los Alpes. Lo difícil que era avanzar así en una larga columna, cuya cola no podía ir á socorrer á la cabeza si el enemigo le sorprendía, con el riesgo siempre temible de que los atacase por el costado si los archiduques dejaban repentinamente á Italia para trasladarse á Austria, á lo cual se unía la escasez de víveres, pues los rusos los habían devorado ó destruido, exigía se tomasen grandes precauciones antes de llegar á Viena, y así lo hizo Napoleon.

El inconveniente de mayor gravedad que tenía aquella marcha era seguramente la posibilidad que había de que los archiduques apareciesen de pronto, pues las dos masas beligerantes que obraban en Austria y Lombardia, se dirigían de Oeste á Este, una al mandado de Napoleon y Kutusof en el Norte de los Alpes, y otra de Massena y el archiduque Carlos en el Mediodía. Era posible por lo mismo que escabulléndose de repente el archiduque Carlos á los ojos de Massena, delante de quien podía dejar una simple retaguardia para engañarle, cruzase los Alpes, recogiese de paso á su hermano Juan con el cuerpo del Tirol, y penetrase en Baviera, ora para reunirse con los

austro-rusos detras de una de las posiciones defensivas que se encuentran en el Danubio, ora para caer simplemente sobre el flanco del ejército grande francés. Aunque posible, esto no era probable de ningun modo, porque el archiduque Carlos tenía dos caminos, uno que le hubiera conducido detras del Inn por el Tirol, Verona, Trento é Inspruck, y otro mas lejano que le hubiera llevado por la Carinthia y la Styria, así como Tarvis, Leoben y Lilienfeld, á la posición conocida con el nombre de San Polten, que se halla por delante de Viena. En cuanto al primero, suponiendo que el archiduque se decidiese en el momento mismo que capituló Mack, lo cual sucedió el día 20, no sabiéndose por los franceses en Verona hasta el 28, y no pudiendo saberlo los austriacos antes del 25 ó 26, suponiendo, decimos, que antes de dejar la Italia, no quisiese el archiduque dar un combate para contener al ejército frances, solo tenía tres dias, esto es del 25 al 28, para atravesar el Tirol y llegar al Inn, mientras que Napoleon lo pasaba del 28 al 29, siendo de consiguiente muy poco tiempo para semejante marcha. En cuanto al camino de Styria, camino que hubiera podido tomar despues de la batalla de Caldiero, tenía que atravesar el Frioul, la Carinthia y la Styria, y que andar cien leguas en los Alpes, desde el día 30 de octubre, que fué cuando se dió la batalla de Caldiero, hasta el 6 ó 7 de noviembre, dia en que Napoleon pasó el río Ens para dirigirse hácia adelante, faltándole tambien el tiempo de consiguiente para semejante operacion. Si el archiduque Carlos no podía adelantarse á Napoleon en una de las posiciones de-

sible que aquellos tres navios, llamados el *Santa Ana*, el *Rayo* y el *San Justo*, pudiesen mantenerse firmes en una linea de batalla, pues lo mas que podian hacer era aparejar con la escuadra. Así lo manifestaron los oficiales españoles, y queriendo Villeneuve salvar su responsabilidad, reunió un consejo de guerra, en el cual dijeron los oficiales mas valientes de una y otra escuadra que estaban prontos á dirigirse á donde fuese preciso, para secundar las miras del emperador Napoleon, pero que era una imprudencia que podia costarles muy caro el presentarse inmediatamente al enemigo en el estado en que se hallaban la mayor parte de los buques; que á las pocas horas de haber salido de la bahia, y cuando apenas hubiesen tenido tiempo para manobrar, encontrarían á una escuadra inglesa, igual ó superior en fuerzas á ellos, y quedaria destruida la nuestra infaliblemente; y que mas valia aguardar una ocasion favorable, como por ejemplo, que por cualquier motivo se dividiesen las fuerzas inglesas, ocupándose entre tanto en terminar la organizacion de los buques últimamente armados.

Villeneuve dió cuenta de todo al gobierno francés, diciendo que tambien él opinaba no debia darse una gran batalla, en el estado en que se hallaban una y otra marina; pero esto lo hizo como para que resaltase mas y mas su tranquila resignacion, pues añadió que estaba decidido á hacerse á la vela con el primer viento del Este que le permitiera sacar á la escuadra de la bahia.

Esperó, pues, impaciente se le presentase un

momento favorable para dejar á Cadiz á toda costa, complaciéndose en la idea de que al fin tenia delante al temible Nelson, cuya imagen le habia perseguido por todos los mares, haciéndole faltar á una de las comisiones mas importantes que podia desempeñar en toda su vida. Empero ya no temia su presencia, aunque entonces era mas temible que nunca, porque ensanchada su alma con la desesperacion anhelaba por los peligros, y aun casi una derrota, para demostrar habia tenido razon en querer evitar un encuentro con la marina británica.

Entre tanto Nelson, despues de tocar por un instante en las playas de la Gran Bretaña, que no debia volver á ver, enderezó el rumbo hacia Cadiz, con una de las escuadras que el almirantazgo inglés reunió en la Mancha cuando penetró al cabo de dos años los proyectos de Napoleon; y era natural dirigirse á aquel puerto, porque habia corrido en el Océano la noticia de que Villeneuve se hallaba de regreso al otro extremo de la península.

Tenia Nelson á su disposicion poco mas ó menos las mismas fuerzas navales por Villeneuve, es decir, treinta y tres ó treinta y cuatro buques, pero todos adiestrados en el largo tiempo que llevaban de cruceros, y dotados de la superioridad que siempre tienen sobre las escuadras bloqueadas las que bloquean. No abrigando la menor duda en vista de los preparativos de Villeneuve, pues todo lo sabia por medio de espías, de que este iba á caer en su poder, observaba sus movimientos con el mayor afán, y dirigió á oficiales ingleses, previendo que pronto se iba á

ocupaba el Tirol, y por lo mismo le mandó Napoleon que se acercase al centro del ejército, encaminando los bávaros hacia el cuerpo de Ney, lo cual debía agrandar en gran manera á estos últimos, porque tenían grandes deseos de poseer el Tirol. Para sí reservó, á fin de embestir directamente la posición de San Polten, los cuerpos de los mariscales Soult, Lannes y Bernardotte, la caballería de Murat y la retaguardia, cuyas fuerzas eran suficientes, habiendo como había sido enviado el cuerpo de Davout para que diese la vuelta á aquella posición.

No se limitó á esto Napoleon, pues quiso tomar algunas precauciones en la margen izquierda del Danubio. Hasta entonces solo había marchado por la margen derecha, descuidando la izquierda, y eso que se hablaba de una reunión de tropas en Bohemia, pues el archiduque Fernando se hallaba al parecer allí con la caballería que sacó de Ulm. Decíase también que se acercaba el segundo ejército ruso, conducido á Moravia por Alejandro y de consiguiente era preciso resguardarse por aquella parte. Napoleon, que había trasladado á Passau la división de Dupont, le mandó avanzar por la orilla izquierda del Danubio, manteniéndose siempre á la altura del ejército, y enviando fuerzas que reconociesen los caminos de Bohemia, para adquirir informes de lo que allí sucedía. Los holandeses que dejaron á Marmont debía agregarse á la división de Dupont, y creyendo que no era bastante, separó Napoleon á la división de Gazan del cuerpo de Lannes, y mandó que se dirigiese con la división de Dupont á la orilla izquierda, poniendo una y otra al mando del ma-

riscal Mortier; y para que no quedasen aisladas del ejército grande que seguía ocupando la orilla derecha, se le ocurrió formar con las barcas recogidas en el Inn, el Traun, el Ens, y el Danubio, una numerosa escuadrilla que cargó de viveres, municiones y todos los hombres cansados, escuadrilla que podía bajar el Danubio con el ejército, desembarcando en una hora á derecha é izquierda, diez mil hombres, ligando las dos orillas y sirviendo al mismo tiempo que de medio de comunicación, de transporte. A la cabeza de aquella escuadrilla puso al capitán Lostanges, oficial de marina de la guardia.

Tales fueron las precauciones que Napoleon tomó para evitar los inconvenientes que podían resultar de aquella marcha ofensiva, ejecutada en un camino angosto y largo, situado entre los Alpes y el Danubio. De este modo tenía en la cima de los Alpes el cuerpo de Marmont; á la mitad de su altura el de Davout; á su pie y á lo largo del Danubio, los de Soult, Lannes y Bernardotte, la guardia y la caballería de Murat; al otro lado del Danubio el de Mortier, y por último, una escuadrilla que ligaba entre sí todas las fuerzas que marchaban por las dos orillas del río, y llevaba todo lo que era difícil arrastrar tras sí; aparato formidable con que se acercó á Viena.

Cuando iba á dejar á Lintz, llegó al cuartel general un enviado del emperador de Austria, enviado que no era otro sino el general Giulay, uno de los oficiales hechos prisioneros en Ulm, á quien soltaron después, y que habiendo oído hablar á Napoleon de sus disposiciones pacíficas, lo participó á su amo, lo cual hizo en este alguna impre-

sion. Consiguiente á esto le enviaba el emperador Francisco á que propusiese una tregua, y aunque el general Giulay no se esplicó con claridad, era evidente que lo que queria era que Napoleon se detuviese antes de entrar en Viena, sin embargo de lo cual no ofrecia en cambio ninguna garantia de que pronto se haria la paz con condiciones admisibles. Napoleon consintió de buen grado en tratar de la paz sin demora con un plenipotenciario autorizado en toda regla para consentir en los sacrificios que fuesen necesarios; pero conceder una tregua sin garantia de conseguir lo que se le debia por via de indemnizacion, era dar tiempo á que el segundo ejército ruso se reuniera con el primero, y los archiducos con los rusos al pié de los muros de Viena. Napoleón no era hombre capaz de cometer semejante disparate, y así declaró que se pararia en las puertas de Viena, sin pasar adelante, si le hacian proposiciones de paz sinceras, pero que de otro modo llevaria á cabo su plan, que era apoderarse de la capital del imperio. Mr. de Giulay alegó que era necesario entenderse con el emperador Alejandro, antes de fijar condiciones que fuesen admisibles para todas las potencias beligerantes, y Napoleon contestó que haria mal el emperador Francisco, que era el que se hallaba en peligro, en someter sus resoluciones á la aprobacion del emperador Alejandro, quien no corria riesgo, y que debia pensar en la salvacion de la monarquia, haciendo un arreglo con Francia, y dejando que el ejército francés obligase á los rusos á volverse á su pais. Aunque Napoleon no se esplicó acerca de las condiciones con que se contentaria, todo el mundo sabia que deseaba

los Estados venecianos, los cuales formaban el complemento del reino de Italia, y si bien no hubiera provocado la guerra para adquirirlos, suscitada esta por el Austria, era natural que pretendiese aquella legitima recompensa de sus victorias. Por lo demas, entregó á Mr. de Giulay para el emperador Francisco una carta mesurada y atenta, en que hablaba con bastante claridad de las condiciones con que estaba pronto á hacer la paz.

Antes de ponerse en marcha recibió tambien Napoleon al elector de Baviera, quien por no haber podido ir á verle á Munich, iba á manifestarle en Lintz lo agradecido que estaba, la admiracion que le causaban sus grandes hechos, el júbilo con que le veia, y sobre todo las esperanzas que abrigaba de que contribuiria á su engrandecimiento.

Napoleon solo permaneció en Lintz tres dias, es decir, el tiempo exactamente necesario para dar órdenes; pero sus cuerpos no cesaron de marchar, pues pasaron el Inn en los dias 28 y 29 de octubre, el Traun el 31, y el Ens en los dias 4 y 5 de noviembre, avanzando aquel mismo dia hácia Amstetten y San Polten. En el primer punto quisieron dar los rusos un combate de retaguardia, para tener tiempo de salvar los equipages; y como hubiese en medio del camino de Viena un bosque de abetos tomaron posicion en un espacio claro de aquel bosque que quedaba libre á derecha e izquierda del camino. En medio de aquel espacio y por delante, se hallaba la artilleria de los rusos apoyada en la caballeria, y detras, dando la espalda al bosque, su mejor infanteria. Así que Murat y Lan-

nes desembocaron con los dragones y los granaderos de Oudinot, advirtieron aquellas disposiciones, y como era la vez primera que encontraban á los rusos, y deseaban enseñarles como se batian los franceses, arrojaron los dragones y cazadores á galope hácia el camino real, para que se apoderasen de la artillería y la caballería enemigas. Nuestros valientes ginetes no tardaron, á pesar de la metralla, en hacerse dueños de las piezas, acuchillando á la caballería rusa y dejando libre el terreno; pero siendo preciso romper las filas de la infantería apoyada en los bosques de abetos, los granaderos de Oudinot se encargaron de ejecutarlo, y despues de un fuego de fusilería en extremo vivo, marcharon á la bayoneta á donde se hallaban los rusos. Desplegando estos un valor extraordinario, pelearon cuerpo á cuerpo, y se aprovecharon durante mucho tiempo de la espesura del bosque para resistir, hasta que al fin los obligaron nuestros granaderos á abandonar aquella posición, poniéndolos en fuga, y causándoles una pérdida de mil hombres, entre muertos, heridos ó prisioneros.

Murat y Lannes, que caminaban juntos, el primero con la caballería sin tomar aliento nunca, aunque estaba agoviada de cansancio, y el segundo con sus temibles granaderos, continuaron la persecucion del enemigo los dias 6, 7 y 8 de noviembre, sin poder darle alcance en parte alguna, de suerte que Lannes escribió á Napoleon lo siguiente: «Los rusos huyen con mas ligereza que la que nosotros empleamos en perseguirlos; está visto que esos miserables no se pararán á pelear ni una vez siquiera.» El dia 8 llegaron Lannes y

Murat al frente de San Polten, y los encontraron formados en batalla, y en actitud de querer empreñar una acción seria; pero á pesar de su ardor, no se atrevieron los dos gefes de nuestra vanguardia á aventurar una batalla sin el emperador, además de que no tenían medios suficientes para dála. Permanecieron, pues, todo el dia 8 en presencia unos de otros cerca de la hermosa abadía de Molk, situada en la orilla escarpada del Danubio, y que dominando la ancha madre del rio con sus magníficas cúpulas, presenta el aspecto mas bello del mundo. Así es que estaba destinada para cuartel general del emperador, porque contenia además abundantes recursos, sobre todo para los enfermos y heridos.

Murat se alojó en el castillo de Mittran, propio de un conde llamado de Montecuculli, y allí recibió diferentes avisos en que se le decia que los rusos no tenían intención de mantenerse en San Polten. Efectivamente acababan de tomar una resolución importante, pues así que retardaron la marcha de los franceses, ya cortando los puentes, ya trabando combates de retaguardia, y accedieron á los deseos del emperador de Austria, que quería se disputase el mayor tiempo posible la carretera de Viena, los rusos creyeron que habían hecho bastante, y pensaron en su propia seguridad. En consecuencia volvieron á pasar el Danubio por Kremst, en el sitio en que terminando este rio su recodo al Norte, vuelve á tomar la dirección del E., á lo cual se resolvieron mas que nada por haber recibido la noticia de que parte del ejército francés había pasado á la margen izquierda del Danubio. Podía temerse en efecto que acu-

diendo Napoleon á una maniobra imprevista, llevase el grueso de sus fuerzas á la orilla izquierda, cortándoles la comunicacion con Bohemia y Moravia, y por lo mismo pasaron el Danubio en Krems, quemando el puente en seguida, porque como los trabajos que podian ponerlo en estado de defensa y aun de ser dueños de él esclusivamente, apenas habian principiado, no quedaba mas recurso que destruirlo. El dia 9 verificaron el paso, dejando en todo el archiducado de Austria horribles vestigios de su presencia, pues robaban, asolaban, hasta mataban, y se conducian, por último, como verdaderos bárbaros, de suerte que casi eran considerados los franceses como libertadores por los naturales del pais. La conducta sobre todo que observaban con las tropas austriacas nada tenia de amistosa, pues las trataban con suma arrogancia, imputándoles los reveses sufridos en aquella campaña, y hablando acerca de esto los generales y oficiales rusos con una altanería ofensiva y poco merecida, porque si los austriacos no tenian tanta firmeza como los peones rusos, eran superiores á ellos bajo todos los demas aspectos.

Los austriacos que se avenian muy mal con los rusos, se separaron de ellos para acudir á la defensa de los puentes de Viena, y Mr. de Meerfeld se retiró con su cuerpo por el camino que va de Steyer á Léoben. El general Marmont le siguió hácia el camino de Waidhofen á Léoben, y el mariscal Davout por el de San Ganing á Lilienfeld, por manera que los franceses tenian abierto el camino que iba directamente á Viena, y con dos jornadas que anduviesen se encontraban en las puer-

tas de aquella capital sin tener delante ningun enemigo que pudiera disputarles la entrada.

Grande debia ser la tentacion que se apoderase de Murat, siendo difícil que resistiera al deseo de seguir adelante, y mostrar á la capital del Austria su persona, que siempre descollaba, tanto en las revistas como en los sitios donde habia peligro. Nunca habia penetrado en aquella metrópoli del imperio germánico un ejército que hubiese salido del Occidente, pues Moreau en 1800, y el general Bonaparte en 1797, firmaron treguas en el momento de llegar á ella. Unicamente los turcos llegaron al pié de sus murallas, pero no pasaron de allí, y no pudiendo resistir Murat aquella tentacion, se dirigió hácia Viena en los dias 10 y 11, instando á los mariscales Soult y Lannes á que le siguiesen. Sin embargo, se guardó muy bien de entrar, parándose en Burkersdorf, en el montuoso desfiladero del Kahlenberg, á dos leguas de Viena.

Aquella era una precipitacion inútil y aun peligrosa, pues un cambio tan imprevisto como acababa de hacer el enemigo en su marcha, valia la pena de detenerse á aguardar órdenes del emperador. Esto sin contar que iban demasiado delante del cuerpo del mariscal Mortier, así como de la escuadrilla destinada á mantener á aquel cuerpo en comunicacion con el ejército, y corrian á ciegas entre los rusos que habian pasado al otro lado del Danubio, y los austriacos rechazados hasta los montes. ®

Efectivamente, en aquel momento se veia amenazado de una refriega el mariscal Mortier, situado en la margen izquierda del Danubio, y

que al llegar cerca de Stein se encontró con los rusos que habian pasado el rio por Breims. No podia imputarse precisamente á Murat el riesgo que corria el mariscal Mortier, aunque contribuyó á atraerlo y agravarlo con su precipitado movimiento sobre Viena, pero sí á un descuido que casi nunca se encuentra en las operaciones dirigidas por Napoleon, y que sin embargo hubo entonces, porque por muy infatigable y constante que uno sea en vigilar, siempre queda algo por hacer.

Ocupado Napoleon en tantas cosas, faltó á uno de sus hábitos mas invariables, que consistia en examinar por sí mismo si se cumplian bien ó mal las órdenes que daba. Habia mandado, aunque de un modo general, que se reuniesen en un solo cuerpo las divisiones de Gazan, Dupont y Dumonceau, y que se formase una escuadrilla al mando del capitán Lostanges, para ligar entre sí á las columnas que marchaban por la orilla izquierda y las que iban por la derecha; pero confió demasiado en sus lugartenientes, que eran los que debian arreglar todas aquellas cosas. Murat avanzó con sobrada celeridad; Mortier, ora impulsado por el movimiento de Murat, ora por no haber dado al general Dupont órdenes bastante terminantes, dejó el intervalo de una marcha entre la division de Gazan que tenia consigo, y las de Dupont y Dumonceau que debian unirsele; y como era difícil reunir la escuadrilla, se quedó muy atrás.

Napoleon sin embargo, que conocia al momento cualquier inexactitud, corrió hácia Mülk, y adivinando, aunque sin saberlo abiertamente, el peligro en que se hallaba el mariscal Mortier, detuvo el cuerpo del mariscal Soult, que Murat qui-

so le acompañase en su precipitada marcha, y envió ayudantes de campo á Murat y Lannes para que alojasen en su movimiento. Y esto porque no solo temia lo que podia suceder al cuerpo que habia pasado á la orilla izquierda del Danubio, sino á la vanguardia que con tanta imprudencia penetró en los desfiladeros de Kahlenberg.

En nada se pagan tan pronto los yerros que se cometen como en la guerra, porque en ninguna parte se encadenan con tanta rapidez las causas y los efectos. Guiados los rusos al suelo austriaco por el coronel Schmidt, oficial de estado mayor, tambien austriaco y de gran mérito, no tardaron en advertir que en la margen izquierda del Danubio se habia quedado sola una division francesa, y resolvieron destruirla. Creyéndose seguros por haber quemado el puente de Krems, lo cual impedía al ejército francés ir á socorrer á la division comprometida, y no descubriendo una masa de barcas que pudiera suplir la falta del puente, se detuvieron para ver de alcanzar un triunfo que les parecia fácil, porque apenas llegaba á cinco mil hombres la division de Gazan, y los rusos tenían cerca de cuarenta mil, ademas de la ventaja del terreno. El Danubio corre por aquel punto entre dos orillas escarpadas, oprimido por los montes de Bohemia por una parte, y por los Alpes de Styria, á lo cual hay que añadir que desde Dirstein á Stein y Krems, se halla encajonado entre el rio y los montes que le dominan, el camino de la orilla izquierda, camino angosto, abierto en muchos trechos entre rocas, y de difícil paso para los carruages. Así es que el mariscal Mortier, que lo recorría con la division de Gazan, colocó en bar-

cas la única batería de que pudo disponer, y conducidos de la brida los caballos, seguian á la division sin poder apenas sentar las manos.

El día 11 de noviembre, mientras que Murat corria hácia Viena por la orilla derecha, Mortier atravesó por la izquierda á Dirustein, sitio en que se encuentran las ruinas del castillo en que estuvo preso Ricardo Corazon de Leon. En aquel punto se alejan un poco las alturas, y dejan un espacio entre su pié y el rio, espacio por donde atravesaba el camino, unas veces encajonado en el suelo y otras elevado sobre él por medio de una calzada. La division francesa descubrió desde allí el humo que salía del puente de Krems, el cual todavía estaba ardiendo, y conoció á poco á los rusos, dudando si habrian pasado el Danubio por aquel puente. Sin averiguar el número de tropas que tenia delante, é impulsado del ardor que animaba á todo el ejército, solo pensó en seguir su marcha y en pelear, como así lo mandó Mortier en una orden espresa que se ejecutó al momento. Un oficial de artillería llamado Fabrier y que despues llegó á ser general, mandaba la batería de la division de Gazan, y dispuso el desembarque de las piezas para colocarlas en sitio conveniente. Los rusos se arrojaron en masa cerrada sobre la division francesa; pero el fuego de artillería causó en sus filas terribles destrozos: á pesar de esto trataron de apoderarse de los cañones, mas la infantería de los regimientos 100 y 103 de línea los defendió con extraordinario valor. Entonces se trabó en aquel angosto camino un combate encarnizado cuerpo á cuerpo, apoderándose el enemigo de los cañones, y recobrándolos los nuestros inmedia-

tamente para dispararlos contra los rusos casi á boca de jarro, lo cual les causó un daño terrible, mientras que apostados los demas en todos los sitios favorables, hacian un fuego tan temible como el de artillería. La lucha duró medio día, y á juzgar por los heridos que se encontraron á la mañana siguiente, el enemigo debió tener una gran pérdida, ademas de mil quinientos prisioneros que se le hicieron.

Durante el combate avanzaron los nuestros hasta Stein, donde sostenia el 4.º de ligeros, que se habia esparcido por las alturas que dominan la madre del rio, un fuego de tiradores muy nutrido, y que á cada instante se iba haciendo mas vivo. Al principio no se supo á que atribuirlo, pero á poco se vió que los rusos habian dado vuelta á las alturas, y que con dos columnas que formaban una masa de doce á quince mil hombres habian bajado hasta coger por la espalda á la division de Gazan, entrando en Dirustein, por donde pasaron aquella mañana. Es decir que habian envuelto á los nuestros, separados de la division de Dupont que quedaba una jornada atrás, y sin que apareciese la escuadrilla que surcaba el Danubio, de suerte que habia pocas esperanzas de salvacion. A todo esto se acercaba la noche; espantosa era la situacion, y nadie dudaba que tenian sobre las armas un ejército entero; mas en semejante apuro evidente para todos, á nadie se le ocurrió, ni á oficiales ni á soldados, capitular. Morir todos, sin que quedase uno, antes que rendirse, fué la única alternativa que se presentó á los ojos de aquellos valientes, animados como todo el ejército del mas heróico espíritu. El mariscal Mortier pensaba co-

mo sus soldados, y ni mas ni menos que ellos estaba resuelto á morir antes que entregar á los rusos su espada de mariscal, por lo cual mandó marchar en columna cerrada y abrirse paso á la bayoneta, retrocediendo hácia Dirustein, que era donde debia unírsele la division de Dupont. Era de noche, y en la oscuridad volvió á empezar el combate trabado aquella mañana contra los rusos, aunque en sentido contrario: luchóse cuerpo á cuerpo en aquel angosto camino, estando tan cerca los soldados unos de otros que se cogian muchas veces por el pescuezo, y peleando de este modo fueron ganando los nuestros terreno hácia Dirustein. Sin embargo despues de romper varias masas de enemigos, desesperanzaban de conseguir su objeto, y de volver á abrirse un camino que se cerraba sin cesar, habiendo habido oficiales que propusieron á Mortier se embarcase solo, salvando á lo menos su persona para que no se gloriasen de haber hecho prisionero á un mariscal de Francia; pero el ilustre mariscal contestó: —No, no se separa uno de ese modo de hombres tan valientes; ó se salvan todos ó perece con ellos. —Peleaba, pues, espada en mano á la cabeza de los granaderos, y daba repetidos asaltos para volver á entrar en Dirustein, cuando se oyó de pronto á espaldas de aquella poblacion un fuego terrible. Al instante renació la esperanza, pues segun todas las probabilidades, debia ser la division de Dupont que llegaba; y efectivamente aquella valiente division, que habia caminado todo el dia, supo la peligrosa situacion en que se hallaba el mariscal Mortier, y acudia á socorrerle. El general Marchand, con el 9.º de ligeros, y sostenido

por los regimientos 96 y 32 de linea, que eran los que figuraron en Haslach, penetró en aquella garganta, yendo unos directamente hácia Dirustein por el camino real, y subiendo otros los barrancos, que bajaban de los montes para arrojar de ellos los rusos. En aquellos desfiladeros se travó un combate tan encarnizado como el que se daba en aquel instante por los soldados de la division de Gazan, hasta que al fin penetró el 9.º de ligeros hasta Dirustein, mientras que el mariscal Mortier entraba por el lado opuesto. Encontráronse las dos columnas, conociéronse mutuamente con el resplandor de los fogaños, y los soldados se abrazaron, llenos de júbilo por haberse librado de tamaño desastre.

Por ambas partes hubo crueles pérdidas; pero la gloria de unos y otros no fué igual, pues cinco mil franceses resistieron á mas de treinta mil rusos, y salvaron su bandera abriéndose paso por en medio de ellos, ejemplo que debe recomendarse á todas las naciones, porque los soldados que se deciden á morir, siempre pueden salvar su honor, y muchas veces consiguen salvar tambien no solo su libertad, sino su vida.

El mariscal Mortier halló en Dirustein los mil quinientos prisioneros que hizo aquella mañana, y los rusos perdieron cerca de cuatro mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, siendo la pérdida mas sensible que experimentaron la del coronel Schmidt, á quien tuvieron ocasion de sentir amargamente á muy poco. Los franceses salieron de la refriega con tres mil hombres fuera de combate, entre muertos y heridos, viendo sucumbir en aquellos desfiladeros la division de

Gazan la mitad de la gente de que se componia.

Cuando Napoleon, que se hallaba en Mólk, supo el resultado de aquel encuentro, se tranquilizó, pues temia quedase enteramente destruida la division de Gazan: por lo demás, vió con sumo gozo la conducta del mariscal Mortier y sus soldados, y concedió brillantes premios á las divisiones de Gazan y Dupont, llamándolas á la margen derecha del Danubio, á fin de que tuviesen tiempo de curar los heridos, y destinando á Bernardotte á que las reemplazase en la margen izquierda; pero la pegó con Murat por la falta de concierto que habia reinado en las diferentes columnas del ejército durante la marcha. Napoleon tenia un carácter indulgente, por rígido que fuese en otras cosas; pero preferia á la ostentacion de valor un valor sencillo, firme é hijo de la reflexion, bien que se aprovechase de todos los que le presentaba la naturaleza en sus ejércitos. Así es, que solia tratar con rigor á Murat, cuya versatilidad, jactancia é inquieta ambicion no le gustaban, sin dejar por eso de hacer justicia á su excelente corazon, y esforzado ánimo. Escribióle, pues, una carta muy cruel, y no merecida del todo, en que le decia:—«Primo: no puedo aprobar el modo con que has hecho la marcha, porque has obrado como un aturdido, sin calcular la importancia de las órdenes que te di. En lugar de cubrir los rusos á Viena, volvieron á pasar el Danubio por Krems, y esto debió hacerte comprender que no podias obrar sin volver á recibir instrucciones mias... Sin saber qué proyectos puede tener el enemigo, ni conocer cuál seria mi voluntad al ver semejante nuevo orden de cosas, has ido á encajar mi

ejército sobre Viena, llevado de la vanidad; y es preciso tengas presente que no hay gloria donde no hay peligro, y mal puede haberlo en una capital que no tiene defensa.»—(Mólk 11 de noviembre).

Murat espíó de consiguiente los yerros de todo el mundo, pues si bien es verdad que marchó con sobrada ligereza, tambien lo es que aun cuando hubiese permanecido delante de Krems, donde no habia ni puentes ni barcas, no hubiera podido prestar gran socorro á Mortier; comprometido mas que nada por la distancia que quedaba entre las divisiones de Dupont y Gazan, y lo lejos que se hallaba la escuadrilla. Murat sintió mucho aquella reprimenda, pero asi que supo Napoleon por su ayudante de campo Bertrand la pesadumbre que con su carta habia causado á su cuñado, procuró calmarla con palabras llenas de amabilidad.

Queriendo sacar partido Napoleon hasta del disparate cometido por Murat, le mandó que puesto que se hallaba á la vista de Viena, no entrase en ella, sino que costease las murallas y tomase el gran puente que hay en el Danubio antes de llegar á los arrabales. Ocupado el puente, debia avanzar con gran premura por el camino de Moravia, á fin de llegar antes que los rusos al sitio en que se juntan los caminos de Krems y Olmutz. Tomando el puente, y marchando rápidamente, podia cortarse la retirada al general Kutusof, y hacerle sufrir un desastre igual casi al que sufrió el general Mack, de suerte que viendo Murat se le presentaba muy buena ocasion de reparar sus yerros, se apresuró á aprovecharla.

No era sin embargo muy creible que los austriacos hubiesen cometido el disparate de dejar en pié los puentes de Viena; porque esto sería hacer que los franceses se enseñoreasen de las dos orillas del río, ó que si no los habian destruido, no lo tuviesen todo dispuesto para destruirlos á la primera señal, por manera que era dudoso pudiera hacerse la operacion, deseada mas bien que mandada llevar á cabo por Napoleon.

Los austriacos habian renunciado á defender á Viena, capital bellisima y con un circuito regular que resistió á los turcos en 1683, pero que no habia podido, gracias al aumento de poblacion permanecer encerrada en aquel circuito. En derredor de ella habianse formado pues, grandes arrabales y una pared de poco bulto abrazaba, como si fuese una fortificacion, la totalidad de los edificios allí levantados, todo lo cual presentaba una defensa muy mediana, porque era fácil romper la muralla que cubre á los arrabales, y el que se apoderase de estos podia con algunos obuses obligar al casco de la plaza á que se rindiése. Así es, que aunque el emperador Francisco estaba decidido á disputar á los franceses el paso del río, habia comisionado al conde de Würbna, hombre prudente y conciliador, para que los recibiese, arreglando con ellos el modo de entrar en la capital pacíficamente.

Está situada Viena á cierta distancia del Danubio, río que corre á la izquierda de aquella ciudad por medio de islas cubiertas de arbolado, y un gran puente de madera que atraviesa los diferentes brazos del río, pone en comunicacion

una orilla con otra. Los austriacos habian preparado materias incendiarias bajo el arco del puente, y estaban dispuestos á volarlo apenas se divisasen los franceses, manteniéndose en la orilla izquierda, asestada la artillería, y con un cuerpo de siete á ocho mil hombres, al mando del conde de Auersberg.

Murat se habia acercado al puente sin entrar en la ciudad, lo cual era fácil, y allí supo corria la voz por todas partes de que iba á hacerse una tregua. Efectivamente, Napoleon llegó al castillo de Schoenbrunn, situado por delante de Viena en el camino real, y allí recibió una comision compuesta de vecinos de la ciudad, y que iban á pedirle tratase á la capital con benevolencia. Los acogió como debia hacer con un pueblo tan excelente como aquel, se mostró con ellos tan urbano como merecia fuese una nacion civilizada, y del mismo modo recibió á Mr. Giulay, quien fué á reiterar las proposiciones de paz que hizo en Lintz siendo este el motivo de que corriese la voz de tregua. Al mismo tiempo envió Napoleon al general Bertrand, para que renovase á Murat y Lannes la orden que ya habia dado acerca de los puentes; pero como ni Murat ni Lannes necesitaban que los agujoneasen, ya habian colocado á los granaderos de Oudinot detrás de los frondosos árboles que crecen en las orillas del Danubio, y habian avanzado con algunos ayudantes de campo hasta la entrada del puente, á donde se trasladaron por su parte el general Bertrand y un oficial de ingenieros. ®

La cabeza del puente estaba cerrada con una barrera que los nuestros echaron abajo, y detrás

de ella se hallaba de centinela á cierta distancia un húsar, que disparó la carabina, escapando á galope. Sigueale nuestras tropas, recorren la línea larga y tortuosa de los puentecillos que habia en los diferentes brazos del rio, y llegan al puente grande, donde en vez de maderos solo se veia una cama de fagina estendida sobre el pedestal. En aquel mismo instante se presenta con una mecha encendida en la mano un sargento de artillería austriaco; pero el coronel Dode le detiene, y se apodera de él en el mismo momento en que iba á prender fuego á las materias combustibles que habia bajo los arcos, llegando de este modo á la otra orilla. Ya en ella se dirigen los nuestros á los artilleros austriacos, les dicen que se ha firmado ó está para firmarse una tregua, que se trataba de hacer la paz, y piden se les permita hablar al general que manda las tropas.

Sorprendidos los austriacos vacilan, y conducen el general Bertrand al conde de Auersberg, mientras que una columna de granaderos avanzaba de orden de Murat, sin que pudiese ser vista, gracias á los árboles del rio y lo torcido del camino, que serpenteaba por entre puentes é islas cubiertas de arbolado. Mientras la columna no llegaba, seguian los nuestros hablando con los austriacos, en la boca de sus cañones, hasta que de pronto aparece la columna tanto tiempo oculta. Al verla los austriacos, empiezan á creer han sido engañados, y se preparan á hacer fuego; pero Lannes, Murat y los oficiales que iban en su compañía se arrojan sobre los artilleros, hablan con ellos, les hacen titubear de nuevo, y dan tiempo á que acuda la columna de granaderos,

la cual se precipita sobre los cañones, se apodera de todas las piezas, y desarma á los artilleros austriacos.

Durante este tiempo se dirigia hácia allí el conde de Auersberg con el general Bertrand y el coronel Dode siendo grande la sorpresa que recibió al ver que el puente habia caído en poder de los franceses, y que estos se habian reunido en gran número en la márgen del Danubio. Quedábale alguna infantería para disputar el puesto que le habian quitado; pero los nuestros repitieron lo que ya habian dicho para contener á los que custodiaban el puente, y le persuadieron á que se retirase con sus soldados á alguna distancia del rio. Efectivamente, á cada momento iban llegando mas tropas francesas, y como no era ya tiempo de recurrir á la fuerza, se alejó Mr. de Auersberg; turbado, confuso y pudiendo apenas comprender lo que acababa de suceder.

Por medio, pues, de aquella atrevida astucia, á que dá realce el valor nunca visto de los que á ella apelaron con buen éxito, cayeron en poder nuestro los puentes de Viena, trayéndonos esto á la memoria que por falta de dichos puentes, nos costó el paso del Danubio cuatro años mas tarde batallas sangrientas que pudieron ser muy fatales para nosotros.

Grande fué el júbilo de Napoleon al saber aquellos sucesos, y sin pensar ya en reñir á Murat, mandó que inmediatamente se pudiese en marcha con la caballería de reserva, el cuerpo de Lannes y el del mariscal Soult, yendo por el camino de Stockeran y Hollabrunn á cortar la retirada al general Kutusof.

Así que dió estas órdenes, se dedicó á arreglar el modo de ocupar militarmente á Viena, porque era un gran triunfo entrar en aquella antigua metrópoli del imperio germánico, donde nunca habia penetrado el enemigo para enseñorearse de ella. En los últimos siglos habia habido guerras de importancia, se habian ganado y perdido batallas memorables, pero aun no se habia visto ningun general que plantase sus banderas en las capitales de los grandes estados, siendo preciso remontarse á los conquistadores para hallar egemplos de resultados de tanta magnitud.

Napoleon permaneció en el palacio imperial de Schoenbrunn, confiando el mando de la ciudad de Viena al general Clarke, y comisionando para que cuidase del orden á la milicia ciudadana, con encargo especial de que se observase la mas rigurosa disciplina, y solo se tocara á las propiedades públicas, como por egemplo las arcas del gobierno y los arsenales. El gran arsenal de Viena contenia riquezas inmensas, cien mil fusiles, dos mil piezas de artilleria, y municiones de toda clase, de todo lo cual se apoderaron los nuestros, maravillados de que el emperador de Francia no lo hubiese puesto á recaudo, embarcándolo en el Danubio.

En seguida distribuyó Napoleon sus fuerzas de modo que quedase bien custodiada la capital, y estuvieran en observacion del camino de los Alpes por donde podian llegar los archiduques, del de Hungria, pues tambien podian aparecer por alli aunque no tan pronto como por el otro, y por último, del de Moravia, que era donde se hallaban los rusos con fuerzas considerables.

Ya hemos visto que dirigió hácia el camino real

de Léoben al general Marmont para que ocupase el paso de los Alpes, y por el camino de San Gaming al mariscal Davout, para que diese vuelta á San Polten. Mr. de Meerfeld tomó la carretera de Léoben con el principal destacamento austriaco, y conociendo que le perseguia el general Marmont, se arrojó por una garganta elevada hácia el camino de San Gaming que seguia el mariscal Davout, quien subia con trabajo, en medio de las nieves, y los hielos de un invierno anticipado, por escarpados montes, y gracias al entusiasmo de los soldados, así como á la energia de los oficiales, habia logrado salvar todos los obstáculos, cuando cerca de Mariazell, y en la carretera que vá de Léoben á San Polten por Lilienfeld, se encontró con el cuerpo del general Meerfeld que iba buyendo de Marmont. Al momento se trabó entre los franceses y austriacos un combate por el estilo de los que Massena dió en otro tiempo en los Alpes: pero el mariscal Davout los arrolló, les cogió cuatro mil hombres, y rechazó á los demás en desórden hasta los montes, bajando en seguida hácia Viena. En cuanto al general Marmont, así que llegó á Léoben casi sin disparar un tiro, se paró, á esperar instrucciones del emperador.

No menos favorables eran los sucesos en el Tirol é Italia. El mariscal Ney, encargado de invadir el Tirol despues de lo de Ulm, escogió afortunadamente el boquete de Scharnitz, esto es la *Porta Claudia* de los antiguos, para penetrar en él; y decimos afortunadamente porque aunque era uno de los pasos mas dificiles que habia en aquel pais, tenia la ventaja de conducir directamente á Inspruck, en medio de las tropas de los austriacos,

que no pensando en semejante ataque, andaban esparcidas desde el lago de Constanza hasta el nacimiento del rio Drave. Apenas tenia el mariscal Ney nueve ó diez mil hombres; pero eran tan intrépidos como su gefe, y con ellos podia intentar cualquier cosa, por lo cual hizo que escalasen en el mes de noviembre las gargantas mas elevadas de los Alpes, á pesar de las rocas que los naturales del pais arrojaban sobre sus cabezas, pues los tiroleses eran muy adictos á la casa de Austria y no querian pasar bajo el dominio de Baviera. Atravesó los atrincheramientos de Scharnitz, entró en Inspruck, dispersó á los austriacos cogidos de sorpresa, y rechazó á los unos hácia el Vorarlberg, y los otros hácia el Tirol italiano. A todo esto el general Jellachich y el principe de Rohan se vieron obligados á dirigirse al Vorarlberg y desde allí al lago de Constanza, por el mismo camino que llevaba Augereau, y como si el destino hubiese dispuesto que ninguno de los restos del ejército de Ulm se escapase de los franceses, el general Jellachich, el mismo que cuando la rendición de Memmingen se libró de la persecucion del mariscal Soult, fué á dar con el cuerpo que mandaba Augereau, y no viendo probabilidades de salvarse, depuso las armas con un destacamento de seis mil hombres. El principe de Rohan, que no se habia adelantado tanto hácia el Vorarlberg, tuvo tiempo para retroceder, pues ejecutó una marcha atrevida por medio de los sitios que nuestras tropas se habian acantonado, y aprovechándose del descuido con que despues de la toma de Inspruck guardaban los nuestros el Brenner, engañó la vigilancia de Loison, que era uno de los generales de

division del mariscal Ney, pasó junto á Botzen casi á su misma vista, y fué á caer sobre Verona y Venecia, mientras que Massena seguia la cola del archiduque Carlos. Habia encargado dicho general á Saint-Cyr que con las tropas que sacó de Nápoles bloquease á Venecia, en cuya ciudad habia dejado el archiduque Carlos una fuerte guarnicion, y admirado Saint-Cyr al ver un cuerpo enemigo á espaldas de Massena, cuando este se hallaba ya al pié de los Alpes Julianos, corrió presuroso á envolver al principe de Rohan, quien tuvo que deponer las armas ni mas ni menos que el general Jellachich, con unos cinco mil hombres que llevaba.

Durante este tiempo seguia el archiduque Carlos su laboriosa retirada á lo largo del Frioul, y mas allá de los Alpes Julianos, en tanto que el archiduque Juan, hermano suyo, pasaba del Tirol italiano á la Carinthia, y seguia por el interior de los Alpes una linea enteramente paralela á la suya. Desesperanzados y con razon los dos archidukes de llegar en tiempo oportuno á una de las posiciones defensivas del Danubio, y juzgando era una cosa demasiado temeraria arrojar sobre el costado de Napoleon, estaban decididos á reunirse en Laybach, uno por Villach y otro por Udine, para dirigirse en seguida hácia Hungría, porque allí podian con toda seguridad agregarse á los rusos que ocupaban la Moravia, y tomar la ofensiva, si los ejércitos coligados no se habian comprometido cometiendo algun disparate, y tenian aun valor para prolongar aquella lucha los dos soberanos de Austria y Rusia.

El general Marmont, que se habia situado de-

lante de Léoben, en las crestas que separan el valle del Danubio del Drave, vió con despecho desfilar casi á su vista á las tropas del archiduque Juan, y ardía en deseos de pelear contra ellos; pero recibió una orden terminante prohibiéndoselo y mandándole que se limitase á guardar los desfiladeros de los Alpes.

Massena persiguió al archiduque Carlos hasta los Alpes Julianos, y se paró al pié de ellos, creyendo no debía pezetrar en Hungria en pos de los archidukes, y si darse la mano con el general Marmont, esperando órdenes del emperador.

Para mediados de noviembre, esto es casi al mismo tiempo que el ejército grande ejecutaba su marcha hacia Viena, se habian concluido todos aquellos movimientos, siendo seguro que no se hubiesen dispuesto las cosas con mayor facilidad que se hizo entonces, ni aun formando el plan encerrados en un gabinete y trazando proyectos sobre un mapa. En seis semanas pasó aquel ejército el Rhin y el Danubio, se interpuso entre los austriacos que se hallaban apostados en Suabia y los rusos que iban llegando al Inn, envolvió á los unos, rechazó á los otros hacia el Danubio bajo, sorprendió el Tirol con un destacamento, ocupó á Viena, y dejó atras la posición que los archidukes ocupaban en Italia, obligándolos á que se refugiasen á Hungria. En parte alguna nos presenta la historia un espectáculo por el estilo: veinte dias para ir del Océano al Rin, y cuarenta del Rhin á Viena! Y mientras que la diseminacion de tropas, tan peligrosa en la guerra solo produce frecuentemente reveses, vemos alli cuerpos que se alejaron de las fuerzas principales, y que sin

correr peligro, consiguieron su objeto, porque habia en el centro una masa poderosa que asestaba á tiempo golpes decisivos contra el mayor número de enemigos, dando un impulso á que todo cedía, y dejando á sus espaldas ó en las alas consecuencias fáciles de recoger, de suerte que aquella dispersion aparente solo fué en la realidad una distribucion bien entendida de cosas accesorias al lado del hecho principal, mandado llevar á cabo con prodigiosa exactitud. Pero despues de admirar ese arte profundo é incomparable que causa asombro por su misma sencillez, es preciso que admiremos tambien en aquel modo de obrar otra condicion, sin la cual puede convertirse en peligro cualquier combinacion por hábil que sea: esta condicion no es otra que el vigor de que se hallaban dotados soldados y gefes, pues cuando iba á sorprenderles algun suceso imprevisto, gracias á su energia, sabian como los soldados del general Dupont en Haslach, el mariscal Mortier en Dirnstein, y el mariscal Ney en Elchingen, dar tiempo á que fuese á socorrerlos el pensamiento supremo que los dirigia, reparando errores inevitables aun en las operaciones mejor conducidas. Repetimos lo que hemos dicho mas arriba, que para un gran capitan se necesitan soldados valientes, y para soldados valientes tambien un gran capitan, debiendo ser comun entre ellos la gloria conquistada, y redundar en favor de todos mancomunadamente el mérito de las grandes cosas que lleven á cabo.

No era el intento de Napoleon al ocupar á Viena tener la vanagloria de haber entrado en la capital del imperio germánico, sino terminar la

guerra, pues si bien puede decirse que abusó de la fortuna en su carrera, nadie le criticará, como á Anibal, por no haber sabido aprovecharla y quedarse dormido en medio de las delicias de Capua. Así es que se preparó á correr tras de los rusos, á fin de derrotarlos en Moravia, antes de que pudieran reunirse con los archiduques, quienes el 15 de noviembre se hallaban todavía en Laybach, necesitando dar un gran rodeo para llegar á Hungría, atravesarla en seguida y ganar la Moravia, hácia Olmütz. Para ello tenían que andar ciento cincuenta leguas, no siendo bastantes veinte dias, al paso que como Napoleon se hallaba en aquella época en Viena, solo tenia que recorrer cuarenta leguas para estar en Brünn, capital de Moravia.

Aproximó al general Marmont que se habia separado demasiado, y le señaló una posicion algo detras de Léoben, en la cúspide de los Alpes de Styria, para que guardase la carretera que vá de Italia á Viena, mandándole que si los archiduques intentaban volver á tomar dicha carretera, destruyese los puentes y caminos, lo cual basta en los montes para detener algun tiempo al enemigo aunque sus fuerzas sean superiores. Por lo demas, le prohibió que se dejase llevar del deseo de pelear, á menos que no le obligasen á ello, y haciendo que Massena se acercase al general Marmont, los puso en comunicacion inmediata, tomando desde entonces las tropas que mandaba Massena el nombre de octavo cuerpo del ejército grande. Napoleon colocó al cuerpo del mariscal Davout en derredor de Viena, detras hácia Neustadt, la del general Gudin, el cual podia en poco tiempo darse la mano con Marmont; otra, esto es

la del general Friant, en la direccion de Presburgo, para que observase los desfiladeros de Hungría, y otra, es decir, la del general Bisson, que habia tomado el nombre de division de Cafarelli, delante de Viena, en el camino de Moravia. Las divisiones de Dupont y Gazan se establecieron en Viena mismo, para que se repusieran de sus fatigas y heridas, y por último, los mariscales Soult, Lannes y Murat, marcharon hácia Moravia, mientras que el mariscal Bernardotte, que habia pasado el Danubio por Krems, seguia los pasos del general Kutusof, y se disponia á unirse por el camino que este habia tomado con los tres cuerpos franceses que iban á batirse con los rusos.

De este modo situado Napoleon en Viena en medio de un tegido que estendió hábilmente en torno suyo, podia acudir á cualquier parte donde se presentase el enemigo. Si los archiduques intentaban alguna cosa por Italia, Massena y Marmont, que obraban en combinacion, iban á caer hácia los Alpes de Styria, y llevando Napoleon el cuerpo de Davout hácia Neustadt, tenia fuerzas suficientes para sostenerlos. Si se presentaban por Presburgo y Hungría, podia Napoleon llevar allí todo el cuerpo de Davout, poco despues á Marmont, que no se hallaba lejos puesto que estaba en Neustadt, y acudir él mismo en caso necesario con el grueso del ejército. Por último, si era preciso hacer frente á los rusos en Moravia, podia reunir en tres dias á los cuerpos de Soult, Lannes y Murat, que ya se hallaban allí, el de Davout, que era fácil sacar de Viena, y el de Bernardotte, fácil tambien de llevar de Bohemia. Se habia colocado, pues, ventajosamente, y llenaba en alto

grado las condiciones que exige el arte de la guerra, arte que definió un día en estos términos hablando con sus lugartenientes: LA GUERRA ES EL ARTE DE DIVIDIRSE PARA NO PERECER, Y DE CONCENTRARSE PARA PELEAR. Jamás se han definido mejor ni puesto en practica con tan buen éxito los preceptos de ese arte temible que destruye ó funda imperios.

Napoleon se apresuró á aprovecharse de la conquista de los puentes de Viena para trasladar allende el Danubio á los mariscales Soult, Lannes y Murat, con la esperanza de cortar la retirada al general Kutusof, y llegar antes que él á Hollabrunn, punto en que debia el espresado general, que habia pasado el Danubio por Krems, entrar en el camino de Moravia. El general Kutusof, se dirigia hácia Moravia y no hácia Bohemia, porque el segundo ejército ruso se volvia tambien hácia Olmütz, frontera de Moravia y Gallicia; pero mientras avanzaba hácia Hollabrunn, llevando á la cabeza al principe Bagration, fué á sorprenderle y consternarle de pronto la noticia de que los franceses se hallaban en la carretera que queria seguir, lo cual indicaba que estaba cortado. Entonces tendió á Murat el lazo que él habia tendido á los austriacos para quitarles los puentes del Danubio, pues tenia á su lado al general Vintzingerode, que era quien habia arreglado todo el plan de campaña, y lo envió á Murat para que dijese los embustes con que los nuestros engañaron al conde de Auesberg, embustes que consistian en asegurar que estaba para firmarse la paz en Schoenbrunn. Consiguiente á esto propuso una tregua, cuya condicion principal seria que unos

y otros hiciesen alto en el terreno que ocupaban, de manera que la suspension de operaciones no produjese cambio alguno, debiendo advertirlo con seis horas de antelacion así que se pensara en proseguirlas. Adulado astutamente Murat por Mr. de Vintzingerode, y deseando adquirir la honra de ser el primero que mediase en la paz, admitió la tregua, sin perjuicio de pedir su aprobacion á Napoleon, siendo preciso añadir, si hemos de ser justos, que contribuyó en mucha parte á hacerle dar aquel mal paso una consideracion que no deja de ser importante. Todavía no habia llegado el cuerpo del mariscal Soult, y temia no tener, con la caballeria y los granaderos de Oudinot, fuerzas suficientes para interceptar el paso á los rusos, por lo cual mas que por otra cosa envió al cuartel general un ayudante de campo con el proyecto de tregua.

A la mañana siguiente se visitaron unos á otros, yendo á ver á Murat el principe Bagration, quien se mostró muy atento y deseoso de conocer á los generales franceses, sobre todo al ilustre mariscal Lannes. Este que era muy sencillo en sus maneras, sin dejar por eso de ser un militar urbano, dijo al principe que si él hubiese estado solo, se ocuparían á la sazón en batirse, y no en dirigirse mútuos cumplimientos; y efectivamente en aquel mismo instante, cubriéndose el ejército ruso con la retaguardia de Bagration que permanecia inmóvil, marchaba rápidamente detras de aquella cortina, y volvia á tomar el camino de Moravia, siendo engañado á su vez Murat, y dejando que el enemigo tomase la revancha del puente de Viena.

A poco llegó el general Lemarrois, ayudante de campo del emperador, con una carta que contenía una severa reprimenda para Murat por el error que había cometido (1), y la orden de que tanto él como el mariscal Lannes atacasen inmediatamente, cualquiera que fuese la hora en que recibiesen la orden. Sin embargo, Lannes tuvo cuidado de enviar un oficial al príncipe Bagration para que le participase las órdenes que acababa de recibir, y al instante tomó disposiciones para dar el ataque. Tenía el príncipe de siete á ocho mil hombres; pero queriendo acabar de cubrir el movimiento de Kutusof, tomó la noble resolución de perecer antes que ceder terreno, y por su parte Lannes avanzó con los granaderos. La uni-

(1) *Al príncipe Murat.*

Schoenbrunn 23 de brumario año XIV (16 de noviembre de 1805) á las ocho de la mañana.

No encuentro términos para manifestare mi descontento al ver que sin embargo de que solo mandas mi vanguardia, te has abrogado el derecho de hacer una tregua sin orden mia, para que pierda el fruto que iba á recoger de la campaña. Rompe la tregua inmediatamente, y marcha hácia el enemigo, diciendo que el general que ha firmado esa capitulacion no tenia derecho para hacerla, y que solo corresponde este derecho al emperador de Rusia.

Siempre, no obstante que el mencionado soberano ratifique el susodicho convenio, lo ratificaré yo; pero eso no es mas que un ardid: marcha, pues, y destruye al ejército ruso, porque te encuentras en posicion de apoderarte de sus bagages y artilleria. El ayudante de campo del emperador de Rusia es un.... Nada son los oficiales cuando no se hallan autorizados para obrar, y ese no lo estaba. Los austriacos se dejaron engañar en el puente de Viena, y á tí te ha engañado un ayudante de campo del emperador....

ca posicion que podia tomarse era formar dos líneas de infanteria, desplegadas una enfrente de otra, y atacar en un terreno muy poco quebrado. Durante algun tiempo hubo de una y otra parte un fuego de fusileria muy vivo y mortífero, luego cargaron á la bayoneta, y las dos masas de infanteria marcharon con resolucion una contra otra, sin que ninguna de las dos cediese antes de tocarse, lo cual sucede rara vez en la guerra. Entonces se trabó un combate cuerpo á cuerpo, y los granaderos de Oudinot rompieron la fila de los infantes de Bagration, destrozándolos completamente: en seguida disputóse en medio de la noche y al resplandor de las llamas la aldea de Schoengrabén que estaba ardiendo y que acabó por quedar en manos de los franceses. Los rusos se portaron valerosamente; pero perdieron cerca de la mitad de la retaguardia, esto es unos tres mil hombres, mil quinientos de los cuales quedaron tendidos en el campo de batalla. Aquel sangriento combate se dió el día 16 de noviembre, mostrándose el príncipe Bagration digno émulo del mariscal Mortier en Dirnstein.

En los siguientes dias avanzaron los nuestros haciendo prisioneros á cada paso, y al fin entraron el 19 en la ciudad de Brunn, capital de Moravia, hallando la plaza armada y provista de abundantes recursos. Ni siquiera habían pensado los enemigos en defenderla, de suerte que dejaron á Napoleon una posicion importante, desde la cual mandaba la Moravia y podia observar á su sabor los movimientos de los rusos.

Quando supo Napoleón el combate últimamente dado, quiso trasladarse á Brunn, pues ha-

bia recibido noticias de Italia en que se le anunciaba la larga retirada que los archiduques habian emprendido por Hungría, y adivinó que con quien principalmente tenia que habérselas era con los rusos. En consecuencia varió algun tanto la distribucion del cuerpo del mariscal Davout en derredor de Viena, dirigiendo sobre Presburgo á la division de Gudin que de resultas de la retirada de los archiduques, no era al parecer necesario en el camino de Styria, estableciendo á la division de Friant, del mismo cuerpo, delante de Viena, en el camino de Moravia, y separando del cuerpo de Davout á la division de Bisson que por un momento se llamó division de Caffarelli, para que fuese á Brünn á reemplazar en el cuerpo de Lannes á la division de Gazan, que se habia quedado en Viena.

Napoleon llegó á Brünn, y allí fijó su cuartel general el día 20 de noviembre, yendo á visitarle de nuevo y á hablar de paz con mas formalidad que las anteriores veces, Mr. de Guilay, á quien acompañaba Mr. de Stadion. Napoleon manifestó tanto á uno como á otro que deseaba soltar las armas y volver á Francia, pero les reveló las condiciones con que consentiria en ello, diciendoles no queria que Italia, dividida entre Francia y Austria, continuara siendo entre ellas un motivo de desconfianza y guerra, sino que toda entera fuese para él hasta el rio Isonzo, es decir que exigía los Estados venecianos, única parte de Italia que le quedaba por conquistar. En cuanto á lo que pensaba pedir para sus aliados los electores de Baviera, Wurtemberg y Baden, no se esplicó; pero declaró en términos generales

que era preciso asegurar su situacion en Alemania, y poner fin á todas las cuestiones que habian quedado pendientes entre ellos y el emperador, desde la nueva constitucion germánica de 1803. MM. de Stadion y Guilay declamaron largo y tendido sobre la dureza de aquellas condiciones; pero Napoleon no se mostró dispuesto á variar de intencion, y les dió á entender que entregado como se hallaba á las atenciones de la guerra, no deseaba permaneciesen á su lado negociadores que en el fondo no eran otra cosa sino espías militares, encargados en vigilar sus movimientos. Les invitó pues á que se trasladasen á Viena, para avistarse con Mr. de Talleyrand que acababa de llegar á aquella ciudad, porque sin tener en cuenta Napoleon los gustos de su ministro, á quien no agradaban ni el trabajo ni las fatigas de los cuarteles generales, le llamó en un principio á Strasburgo y luego á Munich y al fin á Viena, para que se encargase de esas interminables conferencias que cuando se trata de arreglar un negocio, siempre anteceden á resultados sérios.

No sabiendo reprimirse bien uno de los negociadores austriacos, soltó una palabra imprudente, de la cual resultaba á las claras que Prusia se habia ligado por medio de un tratado con Rusia y Austria. Algo parecido le habian escrito de Berlin, pero nada tan terminante como lo que acababa de saber, y así aquel descubrimiento le inspiró nuevas reflexiones, disponiéndole mas y mas á favor de la paz, aunque sin desistir de sus pretensiones esenciales. Seguir á los rusos hasta mas allá de Moravia, es decir á Polonia, no podia convenirle, porque era esponerse á que los

archidukes le cortasen la comunicacion con Viena, y de consiguiente resolvió esperar á que llegase Mr. de Haugwitz, y desarrollasen los rusos sus proyectos militares, igualmente dispuesto ó á entrar en tratos si eran admisibles las proposiciones que le hiciesen, ó á cortar en una batalla el nudo gordiano de la coalicion, si los enemigos lo proporcionaban una ocasion favorable. Dejó, pues, pasar unos dias, invirtiendo el tiempo en estudiar con gran esmero, y hacer que sus generales estudiasen el terreno en que se hallaba, porque tenia presentimientos de que tal vez daria allí una batalla decisiva. Al mismo tiempo dejó descansar á sus tropas, agobiadas de fatigas, que habian sufrido frios, y algunas veces hambre, y recorrido en tres meses cerca de quinientas leguas, lo cual habia disminuido sus filas, bien que se viese en ellas menos aspeados que en ningun otro ejército. Una quinta parte de los soldados que habia al principiar la campaña faltaba ya; pero los militares no podrán menos de conocer que era bien poco despues de tantas fatigas; además de que al momento que hacian alto en alguna parte, se completaban las filas, gracias al celo con que los hombres que se quedaban detras procuraban reunirse á sus cuerpos.

Los emperadores de Rusia y Alemania por su parte, que se hallaban en Olmütz, empleaban el tiempo en deliberar acerca de la conducta que debian observar. El general Kutusof despues de una retirada en que no tuvo otra cosa que derrotas, llevaba consigo sin embargo treinta y tantos mil hombres, ya acostumbrados á pelear, pero agobiados de fatiga, habiendo perdido de consiguiente de doce á

quinze mil, entre muertos, heridos, prisioneros y estropeados. Alejandro, con el cuerpo de Buxhoevden y la guardia imperial rusa, mandaba cuarenta mil, ascendiendo por consiguiente las tropas rusas á cerca de setenta y cinco mil, á cuyo número hay que añadir quinze mil austriacos formados de los restos de los cuerpos de Kienmayer y Meerfeld, y una hermosa division de caballeria, en todo noventa mil hombres (1).

Aquí debemos observar cuan exageradas eran entonces las pretensiones de Rusia en Europa, comparadas con el estado efectivo de las fuerzas. Quería mantener la balanza entre las potencias, y he aquí los soldados que presentaba en los campos de batalla en que se decidian los destinos del mundo. Kutusof mandaba cuarenta y cinco á cincuenta mil hombres, Buxhoevden y el gran duque Constantino llevaban á sus ordenes cuarenta mil, y el general Essen diez mil: haciendo subir á quinze mil los que operaban en el Norte en combinacion con los suecos é ingleses, y á diez mil los que se disponian á obrar hácia Nápoles, tendremos un número total de cien veinte y cinco mil hombres, que figuraban realmente en aquella guerra, y ciento mil á lo mas, si hemos de creer lo que los rusos dijeron despues de su derrota. El Austria habia reunido mas de doscientos mil, Prusia podia presentar en linea cien-

(1) Al dia siguiente de haber sido derrotados, rebajaron y mucho este número los austriacos, pero Napoleon habla de mucha mas gente en sus Boletines. Nosotros hemos confrontado estos autenticos, y con arreglo al testimonio de varias personas hemos formado un cálculo que presentamos aquí como el mas exacto.

to cincuenta mil, y Francia sola trescientos mil, debiendo advertir que no hablamos de los soldados que aparecian en los estados, pues entonces subirian las fuerzas á un doble sino de los que concurren á las batallas. Es verdad que los rusos eran muy buenos infantes, pero sin embargo, con cien mil hombres, tan valientes como ignerantes, no debia aspirar á dominar á la Europa.

Los rusos seguian menospreciando á sus aliados los austriacos, á quienes acusaban de ser unos soldados flojos y tener oficiales muy torpes, y continuaban asolando el pais. Aflijidas las provincias orientales de la monarquía austriaca con la escasez que reinaba en ellas, faltaba lo necesario en Olmütz, y los rusos se proporcionaban viveres, no con la astucia propia del soldado francés, merodeador inteligente pero nunca cruel, sino con la brutalidad de una horda salvaje. Estendian su latrocinio á muchas leguas á la redonda, y asolaban completamente el pais que ocupaban, resintiéndose de un modo visible la disciplina, tan rigurosa por lo regular entre ellos; como que daban á entender no estaban muy contentos con su emperador.

No habia, pues, en el campo austro-ruso los elementos necesarios para tomar determinaciones prudentes, á lo cual hay que añadir que á la inconstancia de aquellos jóvenes se unia un sentimiento de malestar que los inducia á obrar de cualquier manera que fuese, y á variar de rumbo, aunque solo fuese por variar. Ya hemos dicho que el emperador Alejandro empezaba á inclinarse hácia otros hombres, y ahora decimos que

no estaba satisfecho de la direccion dada á sus negocios, porque á pesar de las lisonjas que en Berlin le habia prodigado una camarilla, la guerra no iba bien, y como suele suceder á los principes, achacaba á sus ministros los resultados de una política que él habia querido se siguiese, pero que no sabia sostener con la firmeza que se necesitaba para corregir sus vicios. Lo que sucedió en Berlin le confirmó mas y mas en sus ideas, y se decia á si mismo que si hubiese dado oidos á sus amigos, habria cometido mayores disparates, pues con insistir en hacer violencia á Prusia, hubiera conseguido que esta se arrojase en brazos de Napoleon, mientras que, por el contrario, acababa, gracias á su propia habilidad, de lograr que aquella corte contrajese compromisos que equivalian á una declaracion de guerra contra Francia. Así es que no queria el joven emperador oír consejos, porque se creia mas hábil que todos sus consejeros, y mucho menos de boca del principe Adan Czar toryski, hombre honrado, sesudo, de pasiones á pesar de su exterior frio, y que se habia convertido, como ya hemos dicho, en censor de las debilidades y versatilidad de su soberano. Segun el ministro de quien vamos hablando, nada tenia que hacer en el ejército el emperador, ni aquel era su puesto, pues ni habia servido ni podia saber mandar. De consiguiente su presencia en el cuartel general, en medio de jóvenes insubstanciales, ignorantes y presuntuosos, servia para anular la autoridad de los generales y al mismo tiempo su responsabilidad, pues haciendo como hacian la guerra con cierto temor, lo que querian era no tener dictamen propio, no tomar

medida alguna por sí, y dejar que mandase una juventud aturdida, para no ser ellos responsables de las derrotas que aguardaban. De este modo iba á estar mandado el ejército por una corte, que es lo peor que podia hacerse, ademas de que aquella guerra debia ser fecunda en batallas perdidas, y para sostenerla se necesitaba constancia, la cual dependia de la magnitud de los medios que supieran emplearse. Era preciso, pues, dejar que los generales desempeñasen á la cabeza de las tropas el papel que les correspondia, y que el emperador fuese á desempeñar el suyo en el centro del gobierno, sosteniendo el espíritu público, y gobernando con energia y aplicacion, á fin de proporcionar á los ejércitos recursos con que poder prolongar la lucha, que era el único medio, ya que no de vencer, á lo menos de contrabalancear la fortuna.

No puede darse un modo de pensar ni mas sensato, ni mas inoportuno para el emperador Alejandro, quien habia procurado hacer un papel político en Europa, y aun no lo habia conseguido á su sabor. Arrastrado despues á tomar parte en una lucha que le hubiera llenado de espanto á no estar tan lejos su imperio, necesitaba aturdirse en el bullicio de los campamentos, necesitaba para no dar oídos á los consejos de su propia razon que en Berlin, Dresde, Weimar y Viena, le apellidasen el libertador de los reyes. Por otra parte, el jóven monarca se preguntaba á sí mismo porqué no habia de brillar á su vez en los campos de batalla; porque, teniendo un talento como el que tenia, no habia de mostrarse mejor inspirado que aquellos ancianos generales, cuya es-

periencia se atrevia á desdeñar, porque la juventud suele ser imprudente; porqué en fin no habia de participar de esa gloria que se adquiere con las armas, que tanto aprecian los reyes, y que entonces concedia la fortuna esclusivamente á un solo hombre y á solo una nacion.

La camarilla militar que le rodeaba, y á cuyo frente se hallaba el principe Dolgorouki, le confirmó en estas ideas, pues queria que fuese al ejército el emperador para poder disponer mejor de su voluntad. Así es que procuraba persuadirle que tenia cualidades para mandar, y que apenas se presentase á las tropas cambiaria los destinos de la guerra; que con su presencia se aumentaria el valor de los soldados, llenos de entusiasmo al verle entre ellos: que los generales eran unos hombres rutinarios y sin carácter, y que si Napoleon habia triunfado de su timidez y de su ya gastada ciencia, no triunfaria con tanta facilidad de una nobleza, inteligente y adicta, mandada por un emperador á quien adoraba. Aquellos guerreros, tan hisoños en la carrera de las armas, se atrevian á sostener que en Dirnstein y Hollabrunn habian sido vencidos los franceses, que los austriacos eran unos cobardes, que no habia hombres mas valientes que los rusos, y que si Alejandro iba á animarlos con su presencia, no seria tan próspera y arrogante la suerte poco merecida de Napoleon.

El astuto Kutusof se aventuró aunque con timidez á decir que no era así enteramente; pero demasiado servil para sostener con valor su dictámen, se guardó muy bien de contrariar á los poseedores del favor imperial, teniendo la bajeza

de dejar que insultasen su antigua esperiencia. El intrépido Bagration, Miloradovich, hombre vicioso pero valiente, y el sesudo Doctorow, eran oficiales de cuyo mérito no se hacia caso, siendo el único que tenia verdadera autoridad sobre los jóvenes militares que rodeaban á Alejandro, el general Weirother, alemán y consejero del archiduque Juan en Hoenlinden.

En el siglo último, despues que Federico derrotó al ejército austriaco en la batalla de Leuthen, acometiéndole por una de las alas, se inventó la teoría del orden oblicuo, teoría en que Federico nunca había pensado, y á la cual se atribuyeron los triunfos que alcanzó aquel hombre grande. Luego que el general Bonaparte mostró tanta superioridad en las altas combinaciones de guerra, luego que se le vió tantas veces sorprender y envolver á los generales sus contrarios, otros comentadores dijeron que el arte de pelear consistia en cierta maniobra, y solo hablaban de coger las vueltas al enemigo. Á creerlos, inventaron una ciencia nueva, y para esta ciencia una palabra nueva entonces, *estrategia*, y corrieron á ofrecerla á los príncipes que consintieran en ser dirigidos por ellos. El alemán Weirother persuadió á los amigos de Alejandro, que tenia un plan bellissimo y muy seguro para destruir á Napoleon, plan que se reducía á una gran maniobra, por medio de la cual debía cogerse la vuelta al emperador de los franceses, cortarle el camino de Viena y arrojarle á Bohemia en derrota, sin que pudiera reunirse con las fuerzas que tenia en Austria y en Italia. Alejandro solo pensaba en esto, solo tenia fé en los Dolgorouki, y nó se mostraba inclinado en

manera alguna á escuchar al príncipe Czartoryski cuando este le aconsejaba se volviese á San Petersburgo, para ir á gobernar, en vez de venir á dar batallas en Moravia.

En medio de esta agitacion de ánimo que reinaba en los jóvenes que componian la corte de Rusia, nadie se ocupaba del emperador de Alemania, nadie hacia caso de su persona ni de su ejército, pues á este, segun ellos, se debía el haber comprometido en Ulm la suerte de la guerra, y en cuanto al emperador debía darse por contento porque iban á socorrerle, y no mezclarse en nada. Y efectivamente, no se mezclaba en mucho, pues no hacia esfuerzo alguno para resistir á aquel torrente de presuncion, esperaba nada mas que batallas perdidas, solo contaba con el tiempo, si es que entonces contaba con algo, y aunque no lo decia, apreciaba en todo su valor el insensato orgullo de sus aliados, porque aquel príncipe, sencillo y poco amigo de aparentar, tenia dos grandes cualidades, ni mas ni menos que los hombres que componian su gobierno, penetracion y constancia.

Cualquiera comprenderá de qué modo se trataria, entre tantos hombres insubstanciales, la grave cuestion que querian resolver, la de saber si era ó no preciso dar la batalla á Napoleon. Esos cuadros inmortales que nos ha trazado la antigüedad, y que representan á los jóvenes aristócratas romanos, violentando con su loca presuncion el saber de Pompeyo, y obligándole á dar la batalla de Farsalia, no son tan grandes ni tan instructivos como el que puede trazarse con lo que sucedia en Olmütz en 1803, en torno del emper-

rador Alejandro. Todos tenían un dictámen particular acerca de si debía buscarse ó esquivar la batalla, y todos lo manifestaban, opinando que no era cosa de dudar la camarilla á cuyo frente se hallaban los Dolgorouki. Segun ellos, era una cobardía y un error insigne no dar la batalla; en primer lugar, porque no podian mantenerse en Olmütz, donde el ejército espiraba de miseria y se iba desmoralizando; además de que si permanecian en Olmütz, abandonaban á Napoleon, además del honor de las armas, las tres cuartas partes de la monarquía austriaca y todos los recursos en que abundaba; mientras que avanzando, por el contrario, iban á recobrar de un solo golpe los medios que necesitaban para vivir, la confianza y el ascendiente siempre poderoso que se adquiere tomando la ofensiva. En segundo lugar, ¿no veian que habia llegado el momento de cambiar de papel, que Napoleon tan listo por lo regular, tan activo cuando perseguia á sus enemigos, se habia parado de pronto, que vacilaba, y que se habia intimidado, puesto que seguia en Brunn sin atreverse á ir á Olmütz en busca del ejército ruso? Pues era porque pensaba en Dirnstein y Hollabrunn, porque así él como su ejército se habian turbado, sabiéndose de un modo indudable que se hallaban las tropas agoviadas de cansancio, reducidas á la mitad, y tan descontentas que murmuraban de sus gefes.

Esto era lo que decian aquellos jóvenes con increíble seguridad; pero algunos hombres prudentes, y sobre todo el príncipe Czartoryski, tan joven pero mucho mas reflexivo que los Dolgorouki, daban en contra razones sencillas, que hu-

bieran sido decisivas para hombres menos ciegos. Sin tener en cuenta (esto es lo que dijeron), aquellos soldados, que se habian enseñoreado del terreno así en Dirnstein como en Hollabrunn, haciéndoles retroceder desde Munich hasta Olmütz, sin tener en cuenta tampoco aquel general que habia vencido á todos los generales de la Europa, y habia adquirido mas esperiencia que todos los capitanes que vivian entonces, ya que no fuese mas grande que ellos, puesto que habia mandado en cien batallas, y sus contrarios en ninguna, sin tener en cuenta aquellos soldados ni aquel general, habia dos razones perentorias para no apresurarse. La primera y mas importante era que dejando transcurrir algunos dias mas, pasaria el mes estipulado con Prusia, y tendria que pronunciarse abiertamente; ¿y quién sabe si con perder una gran batalla antes de que lo hiciese, se le daria motivo para romper la alianza, mientras que si se dejaba, por el contrario, espirar el plazo de un mes, entrarian en Bohemia ciento cincuenta mil prusianos, y Napoleon tendria que retroceder, sin necesidad de correr los riesgos de una batalla? La segunda razon que habia para retardar la lucha, era que dando tiempo á que los archiduques llegasen de Hungría con ochenta mil austriacos, podian batirse contra Napoleon, teniendo dos y aun quizá tres soldados por cada uno de los suyos. No hay duda en que era difícil poder subsistir en Olmütz; pero á ser cierto que no pudieran permanecer allí algunos dias mas, no habia sino trasladarse á Hungría en busca de los archiduques, y allí se encontraria pan y ochenta mil hombres de refuerzo. Además, aumentando la distan-

cia que Napoleon tenia que recorrer se le oponia el mayor obstáculo, de lo cual era una prueba su inaccion desde que ocupaba á Brunn, pues el no avanzar no consistia en que tuviese miedo, pudiéndolo decir únicamente militares faltos de experiencia, sino porque le parecia demasiado grande la distancia. Efectivamente, se encontraba á unas cuarenta leguas mas allá, no de su capital, sino de la que habia conquistado, y si se alejaba de ella, se esponia á que se rebelase.

¿Qué podia contestarse á semejantes razones? Nada seguramente; pero como las razones no convencen á los hombres que tienen el ánimo prevenido, y la evidencia les causa enfado en vez de persuadirlos, la corte de Alejandro decidió que se diese la batalla. El emperador Francisco se prestó á ello por su parte, porque le importaba mucho que la cuestion se decidiese pronto, mediante á que su país sufría mucho con la guerra, y no sentía que los rusos midiesen sus fuerzas con los franceses, para saber lo que valia cada cual. Tomóse, pues el partido de dejar la posicion de Olmütz, que era muy buena, y en la que hubieran podido fácilmente rechazar á un ejército, por muy superior que fuese en número, para ir á atacar á Napoleon en la posicion de Brunn, que estudiaba con cuidado hacia algunos dias.

El ejército ruso marchó en cinco columnas por el camino que va de Olmütz á Bruñ, para ver de acercarse al ejército francés, y el día 18 de noviembre llegó á Wischau, que dista una jornada de Brunn, sorprendiendo á una vanguardia de caballería y un corto destacamento de infantería que el mariscal Soult habia colocado allí. Tres mil

caballos se ocuparon en envolverlos, y luego penetraron en el mismo Wischau con un batallon, haciendo prisioneros á un centenar de franceses. La mayor parte de aquella hazaña cupo al ayudante de campo Dolgorouki, quien hizo que el emperador Alejandro concurriese á ella, persuadiéndole que aquella escaramuza era la guerra, y que su presencia habia redoblado el valor de las tropas. Aquella pequeña ventaja acabó de trastornar las cabezas de los jóvenes que componian el estado mayor ruso, y desde entonces fué irrevocable la resolucion de pelear, siendo mal acogidas las observaciones que volvió á hacer el príncipe Czartoryski, y teniendo el general Kutusof, en cuyo nombre se iba á dar la batalla, pero que no mandaba, la culpable debilidad de aceptar resoluciones con que no estaba conforme. Convínose, pues, en atacar á Napoleon en su posicion de Brunn, segun el plan que trazase el general Weirother, y avanzaron hasta situarse delante del castillo de Austerlitz.

Napoleon, que tenia extraordinaria sagacidad para adivinar los proyectos del enemigo, conoció que los coligados procuraban tener un encuentro decisivo con él, y se alegró de ello, aunque no dejaba de pensar en los proyectos de Prusia, hostiles definitivamente segun las noticias que acababa de recibir de Berlín, y en los movimientos del ejército prusiano, el cual iba avanzando hácia Bohemia. No habia que perder tiempo; necesitaba dar una batalla terrible ó hacer la paz, pero aunque dudaba muy poco del resultado de la batalla, como la paz ofrecia mas seguridad, y los austriacos la proponian sinceramente al parecer,

si bien refiriéndose siempre en cuanto á las condiciones á lo que quisiera Rusia, deseó Napoleon saber lo que pensaba Alejandro. En consecuencia envió al cuartel general ruso, á su ayudante de campo el general Savary, para que felicítase á aquel príncipe, trabase conversacion con él, y procurara conocer con exactitud lo que queria.

El general Savary partió inmediatamente, se presentó en los puestos avanzados en clase de parlamentario, y le costó algun trabajo llegar hasta donde se hallaba el emperador Alejandro. Mientras aguardaba el momento de verle, tuvo ocasion de juzgar acerca de las disposiciones de aquella jóven aristocracia moscovita, su loca ceguedad y su deseo de concurrir á una gran batalla; como que pretendia nada menos que derrotar á los franceses y conducirlos en derrota hasta las fronteras de Francia. El general Savary oyó todo aquello con mucha sangre fria, penetró al fin en la habitacion del emperador, le refirió las palabras de su soberano, y vió en él un hombre atento y amable, pero evasivo, y no muy en estado de poder apreciar los riesgos de aquella guerra. Habiendo asegurado el parlamentario repetidas veces que Napoleon se hallaba animado de disposiciones pacíficas, Alejandro se informó de las condiciones con que podria hacerse la paz, y como el general Savary no se hallase en estado de contestar, indujo al emperador Alejandro á que enviase un edecan al cuartel general francés para que conferenciase con Napoleon, asegurándole seria sumamente satisfactorio el resultado de aquel paso. Al cabo de largos coloquios en que, llevado de su celo, dijo el general Savary mas de

lo que debia, le dió por acompañante Alejandro nada menos que al príncipe Dolgorouki, el principal personage de la nueva camarilla que disputaba el favor del czar á Czartoryski, Strogonoff y Nowosiltzoff. Aunque Dolgorouki era uno de los que mas declamaban entre los jóvenes que componian el estado mayor ruso, lisonjeó su orgullo extraordinariamente la comision que iba á desempeñar para con el emperador de los franceses, y se puso en marcha con el general Savary, siendo presentado á Napoleon en el momento en que este acababa de visitar los puestos avanzados, y ni en su traje ni en las personas que le rodeaban se advertia lo que tanto deslumbra á los hombres vulgares. Napoleon escuchó á aquel jóven, salto de tacto y mesura, que habiendo recogido de aquí y de allí algunas ideas que eran el alma del gabinete ruso, y que hemos dado á conocer al esponer el proyecto del nuevo equilibrio europeo, las espresó sin oportunidad ni concierto, asegurando era preciso que Francia abandonase á Italia, si queria que la paz se hiciese al instante, pero que si continuaba la guerra con mal resultado para ella, era necesario que devolviese la Bélgica, la Saboya y el Piamonte, para constituir en derredor suyo y en su contra barreras defensivas. Estas ideas, espresadas con mucha torpeza, hicieron creer á Napoleon que aquella era una peticion formal de restituir inmediatamente la Bélgica, cedida á Francia en tantos tratados, y escitaron su cólera, pero se contuvo creyendo que su dignidad no le permitia manifestarla en presencia de semejante negociador. Lo que hizo fué despedirle secamente, diciéndole que en otra par-

te y no en conferencias diplomáticas, se ventilarian las diferencias que tenian dividida la política de los dos imperios. Por lo demas, exasperado en gran manera Napoleon, solo pensaba en una cosa, en dar la batalla á toda costa.

Desde la sorpresa de Vischau, replegó su ejército á una posición magníficamente escogida para pelear, notándose en sus movimientos cierta vacilación que contrastaba con el valor que solia desplegar en todas sus acciones. Esta circunstancia, unida á la marcha del general Savary al cuartel general ruso, contribuyó á exaltar mas y mas aquellas cabezas débiles de suyo, y solo se hablaba de guerra en torno de Alejandro, oyéndose decir que Napoleon retrocedia, que habia emprendido la retirada, y era preciso caer sobre él, destruyéndole.

Por su parte los soldados franceses, á quienes no faltaba talento, conocieron que iban á medir sus fuerzas con los rusos, y sintieron extraordinaria alegría, preparándose á una accion decisiva.

Napoleon con ese tacto militar que le habia concedido la naturaleza, y que tanto perfeccionó con la esperiencia, adoptó entre todas las posiciones que hubiera podido tomar al rededor de Brünn, la que debia producirle mayores resultados, suponiendo que fuese atacado, suposición que se habia convertido en certeza.

Los montes de Moravia, que uenen los de Bohemia con los de Hungria, van disminuyendo sucesivamente hácia el Danubio, hasta tal punto que cerca de dicho río solo se presenta en Moravia una gran llanura. En las cercanias de Brunn, capital de la provincia, aquellos montes vienen á

ser unas grandes colinas, cubiertas de frondosos bosques de abetos, y sus aguas detenidas por falta de curso, forman varios pantanos, y desaguan por diferentes confluencias en el río Morova (ó March), para desaguar en el Danubio.

Todo esto se encuentra reunido en la posición que hay entre Brunn y Austerlitz, y que Napoleon ha hecho célebre para siempre. La carretera de Moravia, que se dirige de Viena á Brunn, se eleva en linea recta hácia el Norte, y luego para ir de Brunn á Olmütz va á parar repentinamente hácia la derecha, es decir al Este, describiendo un ángulo recto con su primitiva direccion. En aquel ángulo está comprendida la posición indicada, la cual empieza á la izquierda, hacia el camino de Olmütz, en unas alturas herizadas de abetos, se prolonga en seguida á la derecha, haciendo sesgo hácia el camino de Viena, y despues de disminuir poco á poco, termina en unos pantanos llenos de agua en el invierno. A lo largo de aquella posición, y por delante, corre un arroyo, que no tiene nombre conocido en la geografía, pero al cual llaman los naturales del país hasta la mitad de su curso Goldbach: dicho arroyo atraviesa las aldeas de Girzikowitz, Puntowitz, Kobelnitz, Sokolnitz y Telnitz, y formando unas veces charcos, y encerrado otras en canales, va á acabar en los pantanos de que hemos hablado y se llaman el Satschan y Menitz.

Concentrado con todas sus fuerzas en aquel terreno, apoyado por una parte en las colinas cubiertas de bosques de Moravia, y particularmente en un montecillo redondo á que los soldados de Egipto llamaban el *Santon*, y por otra en los pan-

tanos de Satschan y Menitz, y cubriendo de este modo por la izquierda el camino de Olmütz, mientras que por la derecha cubria el de Viena, Napoleon se hallaba en situacion de recibir con ventaja una batalla defensiva. Sin embargo, no queria limitarse á defenderse, porque estaba acostumbrado á aspirar á mayores resultados, y conocia como si fuesen suyos los proyectos formados al cabo de mucho tiempo de deliberacion por el general Weirother. No teniendo los austro-rusos probabilidad alguna de quitarle el punto de apoyo que encontraba por la izquierda en las elevadas colinas llenas de arbolado, debian intentar dar vuelta por la derecha, la cual no se unia exactamente con los pantanos, y quitarle el camino de la derecha, con tanta mayor razon, cuanto que si Napoleon perdía aquel camino, no le quedaba otro recurso sino retirarse á Bohemia, y el resto de sus fuerzas, aventurado por la parte de Viena tendria que subir aisladamente al valle del Danubio. De este modo, fraccionado el ejército francés, se veia condenado á emprender una retirada escéntrica, arriesgada y aun desastrosa si encontraba en el camino á los prusianos.

Napoleon comprendió harto bien que este debía ser el plan del enemigo, y así despues de concentrar su ejército hácia la izquierda y las alturas, dejó hácia la derecha, es decir, hácia Sokolnitz, Telnitz y los pantanos, un espacio que apenas estaba guardado. Con esto invitaba á los rusos á que abundasen en sus ideas; pero no era allí precisamente por donde preparaba el golpe mortal, pues en frente de él ofrecia el terreno un punto de que esperaba sacar un partido decisivo.

Mas allá del arroyo que corría por delante de nuestra posicion, presentaba desde luego el terreno, frente por frente de nuestra izquierda una llanura con algunas pequeñas colinas, que atravesaba el camino de Olmütz, luego frente á nuestro centro se elevaba gradualmente, é iba á formar en frente de nuestra derecha una loma llamada de Prätzen, nombre de una aldea que se halla situada de medio lado en el fondo de un barranco. Dicha loma terminaba por la derecha en unas cuevas rápidas hácia los pantanos, y por el otro lado bajaba suavemente hácia Austerlitz, cuyo castillo se presentaba á alguna distancia.

Allí habia fuerzas considerables, pues por la noche se veia brillar multitud de fogatas, y de día se descubria gran movimiento de hombres y caballos, lo cual dió á conocer á Napoleon abiertamente los proyectos que abrigaban los austro-rusos (1). Era evidente que querian bajar de la posicion que ocupaban, y atravesando el arroyo de Goldbach, entre los estanques y nuestra derecha, separarnos del camino de Viena; pero para este caso, estaba resuelto á tomar la ofensiva pasando el arroyo por las aldeas de Girzikowitz y Puntowitz, subir la loma de Prätzen, mientras

(1) Acaba de publicarse un escrito traducido del ruso por Mr. Leon de Naïschkine, que contiene gran número de aserciones inexactas, aunque sea de un hombre que se halla en situacion de estar bien informado. En ese escrito se dice que el plan del general Weirother lo supo Napoleon antes de darse la batalla de Austerlitz; pero esto es enteramente erróneo, porque para saberlo era necesario que el plan se hubiese comunicado con mucha antelacion á los diferentes cuerpos del ejército, y pronto se verá por el relato de un testigo ocular que no se dió parte á las tro-

que los rusos la dejaban, y apoderarse de ella. Si lo conseguia, quedaba cortado el enemigo en dos mitades, teniendo una que atravesaba el camino de Olmütz, y otra por la derecha á los pantanos, no pudiendo menos desde entonces de ser desastrosa para los austro-rusos la batalla. Empero era preciso para ello que no cometiesen el disparate á medias, y la actitud prudente y aun tímida de Napoleon, debia hacer que lo cometiesen por entero, escitando su loca confianza.

Napoleon tomó sus disposiciones con arreglo á estas ideas, mandando á Bernardotte que dejase á Iglau, situada en la frontera de Bohemia, que se quedase allí la division bávara que habia llevado consigo, y que él se dirigiese á marchas forzadas hácia Brunn; y disponiendo que el mariscal Davout llevase la division de Friant, y aun la de Gudin si era posible, á la abadía de Gros-Raigern, situada en el camino de Viena á Brunn, á la altura de los pantanos. En consecuencia de estas órdenes, se puso en marcha Bernardotte, llegando el 4.º de diciembre; y el general Friant que fué el único que recibió el aviso á tiempo, pues el general Gudin se hallaba mas lejos hácia Presburgo, partió sin detencion, recorriendo en cuarenta y ocho horas las treinta y seis leguas

pas del referido plan hasta la noche antes del dia en que tuvo lugar la batalla. Además, todos los pormenores de las órdenes y de la correspondencia prueban que Napoleon previó y no supo el plan del enemigo; pero como estamos dispuestos á no entrar en polémica con ningún autor contemporáneo, nos limitamos á deshacer este error, sin ocuparnos de otros muchos que contiene la obra en cuestion, de mérito en otras cosas, y hasta cierto punto imparcial.

que hay de Viena á Gross-Raigern. Los soldados se caian algunas veces en el camino, agoviados por el cansancio; pero así que oian algun ruido, creyendo eran cañonazos, se levantaban con brio para ir á defender á sus camaradas, ocupados á su parecer en dar una batalla sangrienta, y en la noche del 4.º de diciembre se hallaban acampados en medio de un frio riguroso, en Gross-Raigern, legua y media del campo de batalla. Nunca ha hecho una marcha tan admirable tropa de infanteria, pues fué de diez y ocho leguas cada jornada en dos dias seguidos.

El 4.º de diciembre, reforzado Napoleon con el cuerpo de Bernardotte y la division de Friant, podia contar con sesenta y cinco á setenta mil hombres presentes sobre las armas, contra noventa mil rusos y austriacos, tambien presentes sobre las armas.

A la izquierda colocó á Lannes, en cuyo cuerpo reemplazaba la division de Caffarelli á la de Gazan, para que ocupase con las divisiones de Suchet y Caffarelli el camino de Olmütz, y pelease en la llanura que con algunas pequeñas colinas se estiende á uno y otro lado de la calzada. Napoleon le dió además la caballeria de Murat, que comprendia los coraceros de los generales Hautpoul y Nansouty, los dragones de los generales Wathier y Beaumont, y los cazadores de los generales Milhaud y Kellerman, porque la forma plana del terreno le hacia preveer que en aquel sitio iba á trabarse entre la caballeria un combate de importancia. En el montecillo ó *Santon* que domina aquella parte del terreno, y que escede en altura á una capilla llamada de Bosenitz, estable-

ció el 17 de ligeros, mandado por el general Claparede, con diez y ocho piezas de artillería, y le exigió juramento de que defendería aquella posición hasta morir, porque era el punto de apoyo de la izquierda.

En el centro, y detrás del arroyo de Goldbach, colocó las divisiones de Vandamme y Saint-Hilaire, que pertenecían al cuerpo del mariscal Soult, porque las destinaba á pasar aquel arroyo por las aldeas de Girzikowitz y Puntowitz, y á tomar la loma de Pratzen cuando llegase el momento oportuno. Algo mas lejos y detrás de la laguna de Kobelnitz y el castillo de Sokolnitz, colocó la tercera division del mariscal Soult y la del general Le-grand, reforzándola con dos batallones de tiradores, uno conocido con el nombre de cazadores del Pó y otro con el de cazadores corsos, y un destacamento de caballería ligera al mando del general Margaron. Aquella division no debia tener en Telnitz, que era el punto mas inmediato á los pantanos y á donde Napoleon queria atraer á los rusos, mas que el 3.º de línea y los cazadores corsos, y muy detrás, es decir á legua y media, se hallaba en Gross-Raigern la division de Friant.

A pesar de que Napoleon tenia diez divisiones de infantería, solo presentó en línea seis, conservando como de reserva detrás de los mariscales Lannes y Soult, á los granaderos de Oudinot, separados aquella vez del cuerpo de Lannes, el cuerpo de Bernardotte, que se componia de las divisiones de Drouet y Rivaud, y por último, la guardia imperial. De este modo conservaba á mano una masa de veinte y cinco mil hombres, para llevarla á donde fuese necesario, y particularmente

á las alturas de Pratzen, á fin de apoderarse de ellas á toda costa si los rusos no las dejaban libres enteramente, por lo cual determinó bivaquear en medio de aquella reserva.

Así que dió cima á todo esto, llevó su confianza hasta participarlo al ejército en una proclama que respira grandeza, porque lo eran y mucho los sucesos que se preparaban. Héla aquí tal como se leyó á las tropas en la noche que precedió á la batalla :

Soldados:

«El ejército ruso quiere vengar en vosotros la derrota que los austriacos sufrieron en Ulm; pero sus batallones son los mismos que derrotásteis en Hollabrunn, y que despues habeis perseguido constantemente hasta aquí.

«Las posiciones que ocupamos son formidables, y cuando emprendan la marcha para cogerme la vuelta, me presentarán el flanco.

«Soldados, yo mismo voy á dirigir vuestros batallones, y me mantendré lejos del fuego si introducís el desórden y la confusion en las filas enemigas con el valor que soéis hacerlo; pero como la victoria permanezca indecisa por un momento, vereis á vuestro emperador espuesto á sufrir los primeros golpes, porque la victoria no puede vacilar, hoy sobre todo que se trata de mantener el honor de la infantería francesa, que tanto importa conservar á la nacion entera.

«No hay que desbaratar las filas so pretesto de conducir los heridos, no hay que perder de vista

ció el 17 de ligeros, mandado por el general Claparede, con diez y ocho piezas de artillería, y le exigió juramento de que defendería aquella posición hasta morir, porque era el punto de apoyo de la izquierda.

En el centro, y detrás del arroyo de Goldbach, colocó las divisiones de Vandamme y Saint-Hilaire, que pertenecían al cuerpo del mariscal Soult, porque las destinaba á pasar aquel arroyo por las aldeas de Girzikowitz y Puntowitz, y á tomar la loma de Pratzen cuando llegase el momento oportuno. Algo mas lejos y detrás de la laguna de Kobelnitz y el castillo de Sokolnitz, colocó la tercera division del mariscal Soult y la del general Legendre, reforzándola con dos batallones de tiradores, uno conocido con el nombre de cazadores del Pó y otro con el de cazadores corsos, y un destacamento de caballería ligera al mando del general Margaron. Aquella division no debia tener en Telnitz, que era el punto mas inmediato á los pantanos y á donde Napoleon queria atraer á los rusos, mas que el 3.º de línea y los cazadores corsos, y muy detrás, es decir á legua y media, se hallaba en Gross-Raigern la division de Friant.

A pesar de que Napoleon tenia diez divisiones de infantería, solo presentó en línea seis, conservando como de reserva detrás de los mariscales Lannes y Soult, á los granaderos de Oudinot, separados aquella vez del cuerpo de Lannes, el cuerpo de Bernardotte, que se componia de las divisiones de Drouet y Rivaud, y por último, la guardia imperial. De este modo conservaba á mano una masa de veinte y cinco mil hombres, para llevarla á donde fuese necesario, y particularmente

á las alturas de Pratzen, á fin de apoderarse de ellas á toda costa si los rusos no las dejaban libres enteramente, por lo cual determinó bivaquear en medio de aquella reserva.

Así que dió cima á todo esto, llevó su confianza hasta participarlo al ejército en una proclama que respira grandeza, porque lo eran y mucho los sucesos que se preparaban. Héla aquí tal como se leyó á las tropas en la noche que precedió á la batalla :

Soldados:

«El ejército ruso quiere vengar en vosotros la derrota que los austriacos sufrieron en Ulm; pero sus batallones son los mismos que derrotásteis en Hollabrunn, y que despues habeis perseguido constantemente hasta aquí.

«Las posiciones que ocupamos son formidables, y cuando emprendan la marcha para cogerme la vuelta, me presentarán el flanco.

«Soldados, yo mismo voy á dirigir vuestros batallones, y me mantendré lejos del fuego si introducís el desórden y la confusion en las filas enemigas con el valor que soéis hacerlo; pero como la victoria permanezca indecisa por un momento, vereis á vuestro emperador espuesto á sufrir los primeros golpes, porque la victoria no puede vacilar, hoy sobre todo que se trata de mantener el honor de la infantería francesa, que tanto importa conservar á la nacion entera.

«No hay que desbaratar las filas so pretesto de conducir los heridos, no hay que perder de vista

que es preciso vencer á esos hombres pagados por Inglaterra, y que tanto odian á nuestra nacion.

«Esta victoria pondrá fin á la campaña, y podremos recobrar nuestros cuarteles de invierno, donde se nos unirán los ejércitos que se están formando en Francia, para que yo pueda hacer una paz digna de mi pueblo, de vosotros y de

NAPOLEON.»

En aquel mismo día recibió en audiencia particular á Mr. de Haugwitz, que al fin habia llegado al cuartel general francés: entrevió en lo dulce de sus palabras toda la falsedad de la corte de Prusia, y conoció mas que nunca la necesidad que habia de conseguir una victoria que hiciese ruido. Por lo demás, acogió perfectamente al enviado prusiano, le dijo que á la mañana siguiente iba á batirse, que volveria á verle despues sino se lo llevaba una bala de cañon, y que entonces seria tiempo de entenderse con el gabinete de Berlin: luego le invitó á que aquella misma noche saliese para Viena, y lo dirigió á Mr. de Talleyrand, teniendo cuidado de que le llevasen por medio del campo de batalla de Hollabrunn, que presentaba un espectáculo horrible, y escribiendo á su ministro:— «Bueno es que ese prusiano vea por sus propios ojos de qué modo hacemos la guerra.»

Despues de pasar parte de la noche en el bivac con sus mariscales, quiso visitar á sus soldados, y juzgar por sí mismo de la disposicion de ánimo en que se encontraban. Era el 4.º de di-

ciembre, víspera del aniversario de la coronacion, coincidencia singular que Napoleon no buscó, puesto que no ofrecia la batalla sino la aceptaba, y la noche estaba sumamente fria y oscura.

Los primeros soldados que le divisaron, recogieron la paja de su bivac, y formaron con ella hachones encendidos que pusieron en la boca de los fusiles, ejemplo que siguió todo el ejército, viéndose brillar aquella iluminacion singular en el vasto frente de nuestra posicion, y oyéndose por todas partes gritar ¡Viva el emperador! Los soldados le prometieron mostrarse al dia siguiente dignos de él y de ellos mismos; en todas las filas reinaba el mayor entusiasmo, y todos los corazones respiraban contento y confianza, cosa necesaria para entrar en peligro.

Napoleon se retiró para obligar á sus soldados á que tomasen algun descanso, y esperó en su tienda que despuntase la aurora del nuevo dia, dia que debia ser el mas grande de su vida, y el mas grande que se conoce en la historia.

Aquella iluminacion, aquellos gritos, llegaron á las alturas que ocupaba el ejército ruso, causando á un corto número de oficiales prudentes funesta sensacion, porque no era aquel síntoma de haber sido derrotado el ejército francés y hallarse en retirada.

Durante este tiempo, reunidos los gefes de los cuerpos rusos en casa del general Kutusof, que se habia alojado en la aldea de Kreznowitz, recibian instrucciones para el dia siguiente. El anciano Kutusof dormia profundamente, y el general Weirother habia estendido un mapa delante de los que le escuchaban, leyendo con énfasis una me-

moria que contenia todo el plan de la batalla (1), plan que casi hemos dado á conocer de antemano al referir las disposiciones que tomó Napoleón. La derecha de los rusos, mandada por el príncipe Bagration, que hacia frente á nuestra izquierda, y debia avanzar contra Lannes por ambos lados del camino de Olmütz, quitarnos el *Santon*, y marchar rectamente hacia Brunn. La caballeria, reunida en solo una masa entre el cuerpo que mandaba Bagration y el centro del ejército ruso, debia ocupar la llanura en que Napoleón habia co-

(1) Creemos es una cosa útil citar un fragmento de las memorias manuscritas del general Langeron, testigo ocular, puesto que mandaba un cuerpo del ejército ruso.

Hé aqui lo que dice el espresado oficial:

• Ya hemos visto que el día 19 de noviembre (1.º de diciembre) no llegaron nuestras columnas al punto que se les señaló hasta las diez de la noche.

• A eso de las once, todos los gefes de dichas columnas, excepto el príncipe Bagration, que se hallaba demasiado lejos, recibieron la orden de trasladarse á Kreznowitz, á casa del general Kutusof, á fin de oír leer las disposiciones que debian tomarse para la batalla del día siguiente.

• A la una de la madrugada, así que estuvimos todos reunidos, llegó el general Weirother, extendió sobre una gran mesa un mapa inmenso y muy exacto de las cercanías de Brunn y Austerlitz, y nos leyó sus disposiciones en tono elevado y con un aire de jactancia que indicaba estaba persuadido intimamente de su mérito y nuestra incapacidad. Se parecia á un maestro de escuela que lee una lección á sus discípulos; y efectivamente quizá éramos discípulos, pero él estaba muy lejos de ser buen profesor. Kutusof, que se hallaba sentado y medio dormido cuando llegamos á su casa, acabó por dormirse enteramente antes de que nos fuésemos; Buxhoevden escuchaba de pié, y seguramente no entendia una palabra; Miloradovich callaba; Pribyshewski se

locado á Murat, y ligar la izquierda de los rusos con su centro. El grueso del ejército, compuesto de cuatro columnas al mando de los generales Doctorow, Langeron, Pribyshewski y Kollowrath, y que en aquel momento se hallaba en las alturas de Pratzen, debia bajar de ellas, atravesar el pantanoso arroyo de que ya hemos hablado, tomar á Telnitz, Sokolnit y Kobelnitz, coger la vuelta á la derecha de los franceses, y avanzar hacia su espalda para quitarles el camino de Viena. Todos estos cuerpos debian reunirse al pié de las murallas de Brunn, y el archiduque Constantino, con

mantenia detrás, y el único que examinaba el mapa con atención era Doctorow. Cuando Weirother acabó de perorar, yo fui el único que tomé la palabra para decirle:—Mi general, todo eso está muy bien, pero qué haremos si los enemigos se anticipan y nos atacan junto á Pratzen?—Ese caso no está previsto, me respondió, mas ya conocéis lo atrevido que es Bonaparte, y si hubiera podido atacarnos, ¿lo habria hecho hoy?—¿Qué fuerzas creéis, pues, que tiene?—A lo mas cuarenta mil hombres.—En ese caso se espone á perderse aguardando á que nosotros le ataquemos; pero le creo sobrado hábil para que vaya á cometer una imprudencia, pues si le cortamos por la parte de Viena, como vos quereis y creéis es posible, no tiene otro punto á donde retirarse que á los montes de Bohemia, y yo le atribuyo otro proyecto, porque ha apagado las fogatas y se oye mucho ruido en su campamento.—Eso consiste en que se retira ó cambia de posicion, y aun suponiendo que tome la de Turas, nos ahorra no poco trabajo, siendo unas mismas las disposiciones que debemos tomar.

Entonces despertó Kutusof, y nos despidió mandándonos que dejásemos un ayudante para que copiase las disposiciones que iba á traducir del alemán al ruso el teniente coronel Toll, del estado mayor. Entonces eran cerca de las tres de la madrugada, y no recibimos las copias de aquellas famosas disposiciones hasta las ocho de la mañana, cuando ya estábamos en marcha.

la guardia rusa, que ascendía á nueve ó diez mil hombres debía salir de Austerlitz al rayar el día, para ir á colocarse de reserva detrás del centro del ejército combinado.

Quando el general Weirother acabó su lectura en presencia de los cuerpos rusos, entre los cuales solo mostró atención el general Doctorow, le hizo algunas objeciones el general Langeron, que fué el único que se mostró inclinado á contradecirle. Langeron, emigrado francés que servía contra su patria, que estaba descontento y era muy buen oficial, preguntó al general Weirother si creía que todo iba á suceder como aparecía en su escrito y se mostró muy dispuesto á dudarle; pero Weirother jamás quiso admitir otra idea que la que había sembrado en el estado mayor ruso, esto es que Napoleon iba en retirada, y que eran excelentes las instrucciones dadas para aquel caso. El general Kutusof cortó la division, enviando á sus cuarteles á los comandantes de cuerpo, y mandando se diese á todos ellos una copia de aquellas instrucciones, pues aunque aquel gefe sabía, merced á su esperiencia, lo que se debía pensar de semejante modo de concebir y ordenar el plan de una batalla, dejaba obrar, bien que todo aquello se se hiciese en nombre suyo.

A las cuatro de la madrugada dejó Napoleon su tienda, para ver por sus propios ojos si los rusos cometían el disparate á que les había animado con tanta astucia, y bajó hasta la aldea de Puntowitz, la cual está situada en la margen del arroyo que separaba á los dos ejércitos, descubriendo en las alturas de Pratzen las fogatas ya casi apagadas de los rusos. Un ruido que se oía bastante

bien de artillería y caballos, indicaba que el enemigo marchaba de izquierda á derecha hácia los pantanos, y como allí era precisamente á donde quería llevarlos Napoleon, se alegró en gran manera al ver justificada su prevision, yendo en seguida á colocarse en el terreno elevado donde había bivaqueado, y desde donde abarcaba en toda su estension aquel campo de batalla. Los mariscales se hallaban á caballo á su lado, y á pesar de que empezaba á clarear el día, una niebla de invierno cubría á lo lejos la campiña, dejando ver únicamente las partes salientes del terreno, las cuales parecían sobre la niebla islas sobre un mar. Los diferentes cuerpos del ejército frances se hallaban en movimiento, é iban bajando de la posicion que habían ocupado durante la noche, para ver de atravesar el arroyo que los separaba de los rusos; pero se paraban en los bajos de órden del emperador, quien había mandado que permaneciesen allí ocultos con la niebla hasta el momento oportuno de dar el ataque.

A poco se oyó un fuego muy vivo hácia los pantanos al otro extremo de la línea, pronunciándose contra nuestra derecha el movimiento de los rusos, y el mariscal Davout partió á galope á dirigir á la division de Friant desde Gross-Raigern á Telnitz, y apoyar al 3.º de línea y los cazadores corsos, que iban á recibir el choque de una porcion considerable del ejército enemigo. Los mariscales Lannes, Murat y Soult, rodeaban con sus ayudantes de campo al emperador, aguardando á que diese la órden de empezar el combate en el centro y la izquierda; pero él moderaba su ardor, queriendo que los rusos acabasen de co-

meter el disparate que iban cometiendo hácia nuestra derecha, de modo que no pudiesen salir de los bajos en que iban metiéndose. Al fin salió el sol, y disipando la niebla, inundó de claridad aquel vasto campo de batalla: aquel era el sol de Austerlitz, sol cuyo recuerdo tantas veces traído á la memoria de la generacion presente, nunca olvidarán sin duda alguna las generaciones futuras. Las alturas de Pratzen iban quedando libres de tropas, pues ejecutando los rusos el movimiento convenido, habian bajado á la madre del Goldbach, para apoderarse de las aldeas de Telnitz y Sokolnitz, situadas á lo largo de aquel arroyo, por lo cual dió Napoleon la señal del ataque, y sus mariscales partieron á galope para ir á ponerse á la cabeza de los diferentes cuerpos de ejército.

Las tres columnas rusas que estaban encargadas en atacar á Telnitz y Sokolnitz, se pusieron en marcha á las siete de la mañana á las inmediatas órdenes de los generales Doctorow, Langeron y Pribyschewski, aunque tenia el mando de ellas como gefe superior el general Buxhoevden, oficial mediano y poco activo, que estaba muy orgulloso con un favor que debia á un matrimonio de córte, y que tambien mandaba la izquierda del ejército ruso, aunque el general en gefe de todas las tropas era Kutusof. Buxhoevden marchaba con la columna del general Doctorow, que formaba el otro extremo de la línea rusa y era la primera que debia entrar en batalla, no cuidándose en manera alguna de las demas columnas y del acuerdo que debia haber en sus movimientos, lo cual era una fortuna para

nosotros, pues si hubieran obrado de consuno, y asaltado en masa á Telnitz y Sokolnitz, como todavia no habia llegado á aquel punto la division de Friant, hubieran podido ganar terreno hácia nuestra derecha, y no nos convenia entregarles mucho.

La columna de Doctorow habia estado acampada como las demas en la altura de Pratzen, á cuyo pie y en el bajo que la separaba de nuestra derecha, habia una aldea llamada Augezd, y en esta aldea una vanguardia á las órdenes del general Kienmayer, compuesta de cinco batallones y catorce escuadrones austriacos. Aquella vanguardia debia despejar la llanura que se encuentra entre Augezd y Telnitz, mientras que la columna de Doctorow bajaba de las alturas, y deseando los austriacos demostrar á los rusos que se batian tan bien como ellos, embistieron contra la aldea de Telnitz con mucha decision. Habia que pasar, al mismo tiempo que el arroyo que corría por unos fosos, una altura cubierta de vides y casas; pero teniamos en aquel sitio, ademas del 3.º de línea, el batallon de cazadores corsos, embocado detras de las quiebras del terreno, y aquellos diestros tiradores, apuntando con sangre fria contra los húsares que iban delante, derribaron á gran número. Del mismo modo recibieron al regimiento de Szecklor (infanteria), y en media hora tendieron en el suelo á parte de aquel regimiento; pero cansados los austriacos de aquel combate mortifero y sin resultado, asaltaron en masa la aldea de Telnitz, con sus cinco batallones reunidos, sin conseguir no obstante, entrar en ella, gracias á la firmeza del 3.º de línea, que los

recibió con el vigor de una tropa que habia probado su valor mas de una vez. Mientras que la vanguardia de Kienmayer hacia importantes esfuerzos, la columna de Doctorow, compuesta de veinte y cuatro batallones y mandada por el general Buxhoewden, acudió, despues de hacerse aguardar por espacio de mas de una hora, y fué á ayudar á los austriacos en la toma de Telnitz, que no era bastante á defender el 3.º de línea. Atravesó pues, el enemigo la madre del rio, y el general Kienmayer lanzó sus catorce escuadrones á la llanura que hay mas allá de Telnitz, contra la caballería ligera del general Margaron; pero este sostuvo con valor varias cargas, sin poder mantenerse firme al fin contra semejante masa de caballería. Aun no habia llegado de Gross-Raigern la division de Friant mandada por el mariscal Davout, de suerte que los enemigos invadieron enteramente nuestra derecha; pero el general Buxhoewden, que ya hemos dicho se hizo esperar largo tiempo, se vió obligado á esperar á su vez á la segunda columna, que mandaba el general Langeron, y se habia detenido por una casualidad particular. La masa de caballería destinada á ocupar la llanura que habia á la derecha de los rusos y la izquierda de los franceses, entendió mal la órden que le prescribia tomase aquella posicion, y habia ido á situarse en Prätzen en medio de los bivacs de la columna de Langeron. Cuando conoció su error, quiso aquella caballería trasladarse á su verdadero puesto, pero cortó y retardó por largo tiempo el movimiento de las columnas de Langeron y Pribyshewski: El general Langeron llegó al fin de-

lante de Sokolnitz, y emprendió el ataque; mas durante aquel tiempo habia acudido presuroso el general Friant con su division, compuesta de cinco regimientos de infantería y seis de dragones, dirigiendo al trote hácia Telnitz el regimiento 4.º de dragones, agregado por entonces á la division de Bourcier. Victoriosos los austro-rusos en aquel punto, empezaban á dejar atras el Goldbach, y á invadir el 3.º de línea, así como la caballería ligera de Margaron, cuando los dragones del regimiento número 4.º que estaban cerca del enemigo, salieron á galope, y rechazaron hácia Telnitz á cuantos habian procurado desembarcar por allí. Los generales Friant y Hendelet, que llegaban con la primera brigada, compuesta del 480 de línea y los zapadores del 15 de ligeros, entraron en Telnitz con bayoneta calada, arrojaron de dicha aldea á los austriacos y rusos, los rechazaron en desórden hasta mas allá de los fosos que forman la madre del Goldbach; y se quedaron por dueños del terreno, despues de cubrirlo de muertos y heridos. Por desgracia, aunque disipada la niebla casi en todas partes, cubria aun los bajos, envolviendo á Telnitz, donde habia una especie de nube, y el 26 de ligeros, de la division de Legrand, que habia ido á socorrer al 3.º de línea, al ver aunque de un modo confuso que habia tropas mas allá del arroyo, sin distinguir el color de su uniforme, hizo fuego contra el 48, creyendo que tiraba al enemigo. Aprovechándose de aquella circunstancia los rusos y austriacos, cuyo número ascendia en aquel punto á veinte y nueve batallones, volvieron á tomar la ofensiva, y arrojaron de Telnitz á la brigada de Hendelet,

mientras que el general Langeron, cayendo con doce batallones rusos sobre la aldea de Sokolnitz, que se hallaba situada en el Goldbach algo mas arriba de Telnitz, lograba penetrar en ella. Las dos columnas enemigas de Doctorow y Langeron empezaron entonces á desembocar, una por Telnitz, y otra por Sokolnitz, al mismo tiempo que la del general Pribyschewski atacaba y se apoderaba del castillo de Sokolnitz, situado por cima de la aldea llamada así. Al ver esto el general Friant, que en aquella jornada como en tantas otras, se portó como un héroe, lanza al general Bourcier con sus seis regimientos de dragones sobre la columna de Doctorow, en el mismo momento en que esta se desplegaba mas allá de Telnitz; los rusos presentan sus bayonetas á nuestros dragones, pero las cargas de nuestros ginetes, repetidas con furor, les impiden estenderse, y sostiene á la brigada de Hendelet que les hacia cara. El general Friant se pone en seguida á la cabeza de la brigada de Lochet, compuesta del 48 y el 411 de línea, y cae sobre la columna de Langeron que ya habia pasado de la aldea de Sokolnitz, la hace volver á ella, entra allí con su regimiento, la espulsa de aquel punto, y la rechaza hasta mas allá del Goldbach. Ocupado Sokolnitz, el general Friant comisiona para que la guarde al 48, y marcha con su tercera brigada, esto es la de Kieste, que se componia del 33 de línea y el 45 de ligeros, á disputar á la columna de Pribyschewski el castillo de Sokolnitz. Tambien consigue arrollarla; pero mientras se las habia con las tropas de dicho general por delante del castillo de Sokolnitz, la columna de Langeron

volvió á atacar la aldea que dependia de aquel castillo, y estuvo á punto de destruir al 48, que retirado á las casas de la aldea, se defendió con admirable valor. El general Friant vuelve allí, y liberta al 48: luego aquel valiente general, y su ilustre gefe el mariscal Davout, acudiendo sin cesar de un punto á otro, por aquella línea del Goldbach tan vivamente disputada, se batien con siete ú ocho mil infantes y dos mil ochocientos caballos contra treinta y cinco mil rusos. Efectivamente, reducida la division de Friant con la marcha de treinta y seis leguas que habia hecho, á seis mil hombres cuando mas, reunia de siete á ocho mil combatientes con el 3.º de línea; pero los hombres que se habian quedado atras, iban llegando al oír cañonazos, y llenaban los huecos que causaba en sus filas el fuego del enemigo.

Mientras se daba hacia nuestra derecha aquel combate encarnizado, el mariscal Soult asaltó en el centro la posicion de que dependia la suerte de la batalla. Así que Napoleon dió la señal, las divisiones de Vandamme y Saint-Hilaire, formadas en columnas cerradas, pasaron con rapidez las cuestas de la loma de Pratzen, tomando Vandamme, por la izquierda, y Saint-Hilaire por la derecha de la aldea de Pratzen, encajonada profundamente en un barranco que iba á dar al arroyo de Goldbach cerca de Puntowitz. Mientras que los franceses se dirigian hacia adelante, el centro del ejército enemigo, compuesto de la infanteria austriaca de Kollowrath y la infanteria rusa de Miloradovich, la cual ascendia á veinte y siete batallones, mandados directamente por el general Kutusof y los dos emperadores, fué á desplegarse en

la loma de Pratzen, para ocupar allí el puesto que antes ocupaban tres columnas de Buxhoewden, que habian pasado á los bajos. Nuestros soldados, sin contestar al fuego de fusilería que sufrían, continuaban subiendo la altura, sorprendiendo con su viveza y decisión á los generales enemigos que esperaban encontrarlos en retirada (1).

Así que llegaron á la aldea de Pratzen, la atravesaron sin detenerse en ella, pasando adelante el general Morand á la cabeza del 10 de ligeros, y yendo á formar en la loma. El general Thiebault, que ha muerto hace poco, le siguió con su brigada, compuesta del 44 y el 36 de línea, y al tiempo de avanzar recibió de pronto por detrás una descarga de fusilería, disparada por dos batallones rusos que se habian ocultado en el barranco, en cuyo fondo está situada la aldea de Pratzen. El general Thiebault hace entonces alto por un momento, devuelve á boca de jarro el fuego que ha recibido, y entra en la aldea con un batallón, dispersando ó cogiendo prisioneros á los rusos que la ocupaban, y volviéndose para proteger al general Morand, que se estaba desplegando en la loma. Por su parte, la brigada de Varé, que era la segunda de la division de Saint-Hilaire, pasó á la izquierda de la aldea, y fué á colocarse frente al enemigo, mientras que Vandamme se estendia

(1) El príncipe Czartoryski, que se hallaba colocado entre los dos emperadores, llamó la atención de Alejandro hácia la marcha acelerada y decidida de los franceses que subían la loma sin contestar al fuego de los rusos, y conmovido al ver aquello el emperador, sintió desfalecer la confianza que habia sentido hasta entonces, yendo á asaltarle un presentimiento funesto que no le abandonó en todo el día.

con toda su division mas á la izquierda aun y tomaba posicion cerca de un repecho llamado de Stari-Winobradi, que domina la loma de Prazent, y donde los enemigos tenían cinco batallones y una numerosa artillería.

La infantería austriaca de Kollowrath y la infantería rusa de Miloradovich estaban dispuestas en dos líneas; pero sin perder tiempo el mariscal Soult, mandó avanzar las divisiones de Saint-Hilaire y Vandamme. El general Thiebault, que formaba con su brigada la derecha de la division de Saint-Hilaire, tenia una batería de doce piezas, y mandó cargarlas con bala y metralla, principiando un fuego mortífero sobre la infantería que se presentaba al frente. Aquel fuego, dirigido con exactitud y celeridad, siembra bien pronto el desorden en las filas austriacas, las cuales retroceden en un principio, y despues se arrojan confusamente sobre el otro lado de la loma. Vandamme embiste al enemigo que tiene delante, su valiente infantería avanza con sangre fria, se para, hace varias descargas mortíferas, y marcha contra los rusos á la bayoneta, arrojando á la primera línea sobre la segunda, y obligando á una y otra á huir hácia el otro lado de la loma de Pratzen, con pérdida de la artillería. Con aquel movimiento, dejó Vandamme á la izquierda el repecho de Stari-Winobradi, que defendian varios batallones rusos y estaba herizado de cañones; pero volvió hácia allí, hizo que el general Schiner diese la vuelta con el 24 de ligeros, y á pesar de un fuego penetrante subió al repecho con el 4.º de línea, arrojando á los rusos que lo guardaban y apoderándose de la artillería.

De este modo en menos de una hora se apoderaron las dos divisiones del cuerpo que mandaba Soult de la loma de Pratzen, y persiguieron á los rusos y austriacos que corrían mezclados unos con otros hácia las cuestas de aquella loma, que se inclina hácia el castillo de Austerlitz.

En vano hacían esfuerzos para ver de detener á sus soldados, los emperadores de Austria y Rusia, que habían sido testigos de aquella rápida acción, pues no les escuchaban en medio de la confusión, pudiendo ya conocer Alejandro que en semejantes circunstancias no vale la presencia de un soberano tanto como la de un general. Milorodovich, que siempre brillaba en el fuego, recorría á caballo aquel campo de batalla surcado por las balas, y procuraba atraer á los fugitivos; y el general Kutusof, herido de un balazo en la mejilla, veía realizarse el desastre que había previsto, sin tener suficiente firmeza para impedirlo; pero sin embargo se apresuró á llamar á si la guardia imperial rusa, que había estado acampada delante de Austerlitz, á fin de ordenar detrás de ella al centro ya en derrota. Si aquel jefe del ejército austro-ruso, cuyo mérito estaba reducido á mucha penetración oculta bajo la capa de mucha indolencia, hubiera sido capaz de tomar resoluciones oportunas y prontas, aquel era el caso de correr hácia la izquierda que luchaba en aquel momento contra nuestra derecha, sacar á las tres columnas de Buxhoevden de los bajos en que las habían metido, conducir las á la loma de Pratzen, y con cincuenta mil hombres reunidos hacer un esfuerzo decisivo para tomar una posición, indispensable para que su ejército no fuese cortado en dos mi-

tades. Aun cuando no lo hubiera conseguido, á lo menos se hubiera retirado en orden hácia Austerlitz por un camino seguro, y no habría dejado á su izquierda asomada á un abismo; pero contentándose con parar un daño de que era testigo ocular, se limitó á replegar el centro hácia la guardia imperial rusa, que se componía de nueve á diez mil hombres, mientras que Napoleón, por el contrario, fija la vista en la loma de Pratzen, llevaba para que protegiesen al mariscal Soult, ya victorioso, el cuerpo de Bernardotte, la guardia y los granaderos de Oudinot, es decir veinte y cinco mil hombres escogidos.

Mientras que la derecha disputaba á los rusos la línea del Goldbach, y nuestro centro les quitaba la loma de Pratzen, Lannes y Murat peleaban en nuestra izquierda contra el príncipe Bagration, y toda la caballería de los austro-rusos.

Lannes, con las divisiones de Suchet y Caffarelli, desplegadas por ambos lados del camino de Olmütz, debía marchar directamente por delante de él. A la izquierda del camino, y en el sitio donde se elevaba el *Santon*, se acercaba el terreno á las alturas cubiertas de arbolado de Moravia, siendo unas veces montuoso, y estando cortado otras por barrancos profundos; pero allí estaba situada la división de Suchet. A la derecha era el terreno mas llano, é iba á unirse por medio de cuestas bastante suaves con la loma de Pratzen, y hácia allí marchaba Caffarelli, protegido por la caballería de Murat contra la masa de la caballería austro-rusa.

En aquel punto se esperaba hubiese una especie de batalla como la de Egipto, porque se veían

ochenta y dos escuadrones rusos y austriacos formados en dos líneas, y mandados por el príncipe Juan Lichtenstein. Así es que las divisiones de Suchet y Caffarelli presentaban varios batallones desplegados en batalla, y detrás de los huecos que quedaban entre aquellos batallones, otros formados en columna cerrada, para apoyar y flanquear á los primeros. La artillería estaba esparcida por el frente de las dos divisiones, y la caballería ligera del general Kellermann, así como las divisiones de dragones se hallaban á la derecha en la llanura, mientras que la caballería pesada de Nansouty y Hautpoul se mantenía detrás como de reserva.

En aquel orden formidable se puso en marcha Lannes así que oyó el cañonazo que dispararon en Pratzen, y atravesó al paso, como si se tratase de maniobrar simplemente, aquella llanura alumbrada por un hermoso sol de invierno.

El príncipe Juan de Lichtenstein se hizo aguardar por algun tiempo, de resultas de la equivocación que espuso á la caballería austro-rusa á correr inútilmente de la derecha á la izquierda del campo de batalla; pero á falta de él ocupó la guardia imperial de Alejandro el hueco que quedaba entre el centro y la derecha del ejército combinado. Al fin llegó, divisa el movimiento del cuerpo de Lannes, y lanza á los uhlanes del gran duque Constantino contra la division de Caffarelli: aquellos atrevidos ginetes caen sobre la division, delante de la cual estaba situado el general Kellermann, con su brigada de caballería ligera; pero el general referido, que era uno de los oficiales mas hábiles que tenía nuestra caballería, conociendo iba

á ser arrollado sobre la infantería francesa, poniéndola quizá en desorden si recibía inmóvil aquella formidable carga, repliega sus escuadrones, é introduciéndolos por los huecos que había entre batallon y batallon, vá á formarlos de nuevo á la izquierda, á fin de aprovechar una ocasion favorable en que poder cargar. Los uhlanes, que habían salido á galope, se encuentran sin nuestra caballería ligera, y en su lugar con una línea de infantería impenetrable, que sin formarse siquiera en cuadro, los recibe con un fuego mortífero de fusilería: cuatrocientos ginetes quedan al instante tendidos en tierra al frente de la division, el general ruso Essen recibe una herida mortal peleando á la cabeza, y los otros toman en desorden á derecha é izquierda. Deseando no perder la oportunidad Kellermann, que había vuelto á formar sus escuadrones á la izquierda de Caffarelli, carga á los uhlanes, y acuchilla á gran número de ellos: el príncipe Juan de Lichtenstein envía otros escuadrones para que vayan á socorrer á los uhlanes; pero nuestras divisiones de dragones se ponen entonces en movimiento, caen sobre la caballería enemiga, y durante algunos momentos no se descubre otra cosa que una espantosa refriega en que todo el mundo lucha cuerpo á cuerpo. Aquella nube de caballos se disipa al fin, y cada cual vuelve á ocupar la línea de batalla, dejando el terreno cubierto de muertos y heridos, rusos y austriacos en su mayor parte. Nuestras dos masas de infantería avanzan entonces con paso firme y acompañado hacia el terreno que abandonó la caballería; pero los rusos les presentan cuarenta bocas de fuego que vomitan una lluvia de proyectiles, y

na descarga se lleva enteramente la banda de tambores del primer regimiento de Caffarelli. Nuestra artillería contesta á aquel rudo cañoneo, y en aquel combate á cañonazos, rompe una bala al general Valhubert una espinilla; nuestros soldados quieren llevárselo, pero él les dice:—Permaneced en vuestro puesto, que yo sabré morir solo, y no hay necesidad de que por un hombre vayamos á perder seis.—En seguida marchan los nuestros hacia la aldea de Blaziowitz, que se hallaba á la derecha de la llanura, precisamente donde el terreno empieza á subir hacia Prätzen; pero encajonada dicha aldea como todas las de aquel país en un barranco, no se descubria otra cosa que las llamas que la devoraban. Aquella mañana la habia ocupado un destacamento de la guardia imperial rusa, mientras no llegaba la caballería del príncipe de Lichtenstein; pero Lannes manda al 43 de ligeros que se apodere de ella: el general Caster, que mandaba el 43, avanza con el primer batallón en columna de ataque, y al tiempo de llegar á la aldea recibe un balazo en la frente; pero el batallón se arroja sobre el enemigo, y venga á bayonetazos la muerte de su coronel, apoderándose de Blaziowitz, y haciendo algunos centenares de prisioneros que envia á las tropas que se hallaban á la espalda.

En la otra ala del cuerpo de Lannes, los rusos mandados por el príncipe Bagration procuraban tomar la pequeña altura á que llamaban nuestros soldados el *Santon*. Habian bajado á un valle que costea el pié de aquella altura, habian tomado la aldea de Bosenitz, y arrojaban aunque inútilmente sus disparos con la numerosa artillería que

guarnecía la eminencia; pero no pensaban en arrostrar el fuego de fusilería del regimiento 17 de línea, harto bien situado para que se atreviesen á embestirle tan de cerca.

El príncipe Bagration colocó el resto de su infantería en el camino de Olmütz frente á la división de Suchet; pero obligado á retroceder, se retiraba lentamente delante del cuerpo de Lannes, que marchaba sin precipitación, mas en ademan imponente, y ganando siempre terreno.

Tomada Blaziowitz, mandó Lannes tomar á Holnbitz y Kruch, aldeas situadas á lo largo del camino de Olmütz, y llegó á alcanzar á la infantería de Bagration. En aquel momento rompió la línea que formaban sus dos divisiones, llevando la de Suchet oblicuamente hacia la izquierda, y la de Caffarelli hacia la derecha tambien oblicuamente, con cuyo movimiento divergente separó la infantería de Bagration de la caballería del príncipe de Lichtenstein, rechazando la primera á la izquierda del camino de Olmütz, y la segunda á la derecha hacia las cuestas de la loma de Prätzen.

Entonces aquella caballería quiso hacer la última tentativa, cayendo toda ella sobre la división de Caffarelli, quien la recibió con su aplomo acostumbrado, deteniéndola con el fuego de su fusilería. Los numerosos escuadrones de Lichtenstein, que se dispersaron en un principio, y luego se formaron á la voz de sus oficiales, acometen á nuestros batallones; pero de orden de Lannes los coraceros de los generales Hautpoul y Nansouty, que seguian á la infantería de Caffarelli, desfilan al trote por detras de las filas de aquella infante-

ria, se forman hácia la derecha, se desplégan allí en batalla, y se lanzan á galope. El suelo tiembla bajo los pies de aquellos cuatro mil ginetes cargados de hierro, que se precipitan sable en mano sobre los escuadrones austro-rusos vueltos á formar en masa, los derriban con el choque, los dispersan, y los obligan á huir á Austerlitz, á donde se retiran para no volver á presentarse aquel día.

Durante el mismo tiempo, la division de Suchet embistió á la infanteria del príncipe de Bagration, y despues de dirigir contra los rusos con tranquilidad y firmeza los disparos que nuestras tropas, tan instruidas como aguerridas, hacian con extraordinaria certeza, les acometió á la bayoneta. Cediendo los rusos al ímpetu de nuestros batallones, se retiraron pero sin romper filas ni desordenarse, y formaban una masa confusa, herizada de fusiles, que tenian que empujar hácia adelante, sin poder hacerla prisionera. Libre Lannes de los ochenta y dos escuadrones del príncipe de Lichtenstein, se apresuró á traer la caballería pesada del general Hautpoul de la derecha á la izquierda de aquella llanura, y la arrojó sobre los rusos para decidir su retirada: los coraceros cargaron en todas direcciones á aquellos peones obstinados que se retiraban en gruesos pelotones, y obligaron á deponer las armas á algunos miles de ellos.

De este modo Lannes sostuvo por sí solo hácia nuestra izquierda una verdadera batalla, haciendo cuatro mil prisioneros, y sembrando el suelo de muertos y heridos, pues quedaron tendidos en el campo dos mil hombres entre rusos y austriacos.

Empero en la loma de Pratzen se habia renovado la lucha entre el centro de los enemigos y el cuerpo del mariscal Soult, reforzado con todas las reservas que Napoleon llevaba en persona. En vez de pensar el general Kutusof, como hemos dicho, en llamar á sí las tres columnas de Doctorow Langeron y Pribyschewski, que se hallaban en los bajos, solo pensó en reunir su centro sobre la guardia imperial rusa. La brigada de Kamenski, del cuerpo de Langeron, oyó á sus espaldas un fuego muy vivo, se paró y luego retrocedió espontáneamente para subir á la loma de Pratzen; pero así que lo supo el general Langeron fué á ponerse á la cabeza de aquella brigada, dejando en Sokolnitz el resto de la columna.

Renovándose el combate en el centro, tenían que habérselas los franceses con la brigada de Kamenski, la infanteria de Kollowrath y Milorodovich, y la guardia imperial rusa. La brigada de Thiebault, que ocupaba el extremo derecho del cuerpo del mariscal Soult, y se habia separado de la brigada de Varé por hallarse en medio de ambas la aldea de Pratzen, se encontraba entre dos fuegos, pues tenia por delante la línea que los austriacos habian vuelto á formar, y á la vuelta sobre su derecha las tropas de Langeron. Dicha brigada, compuesta del regimiento 10 de ligeros, y del 44 y el 36 de línea, iba á verse espuesta por un momento al mayor peligro, y así, cuando se estaba desplegando en batalla, y se formaba en ángulo para hacer frente al enemigo, temiendo el ayudante Labadie, del regimiento número 36, que su batallón, que recibia á treinta pasos un fuego de fusileria y metralla, se desorde-

nase al tiempo de emprender el movimiento, se apoderó de la bandera, y poniéndose de guia, gritó:—Soldados, he aquí vuestra línea de batalla.—El batallon se despliega con gran serenidad, imitante los demas, la brigada toma posicion, y durante algunos momentos se hace por una y otra parte un fuego mortífero. Sin embargo, no hubieran tardado en sucumbir aquellos tres regimientos bajo una masa de fuegos cruzados, si el combate hubiese durado mas; pero admirado el general Saint-Hilaire del valor que mostraba el ejército, estaba hablando con los generales Thiebault y Morand acerca del partido que debía tomarse, cuando Pouzet, coronel del regimiento número 10, le dijo:—General, marchemos adelante y á la bayoneta, ó somos perdidos.—Si, adelante, contesta el general Saint-Hilaire, y al momento caen bayoneta, caen hácia la derecha sobre los rusos de Kamenski, frente á los austriacos de Kollowrath, y arrollan á los primeros hasta los bajos de Sokolnitz y Telnitz, y á los segundos hasta el otro lado de la loma de Pratzen, hácia el camino de Austerlitz.

Mientras que la brigada de Thiebault, entregada por algun tiempo á sí misma, salia del apuro con tanta felicidad como valor, las de Varé y Vandamme, que estaban situadas al otro lado de la aldea de Pratzen, rechazaron casi con el mismo trabajo á los austro-rusos, que habian vuelto á tomar la ofensiva, arrollándolos hasta el pié de la loma á que en vano querian subir. En el ardor que animaba á nuestras tropas, el primer batallon del 4.º de línea, que pertenecia á la division de Vandamme, fué á parar persiguiendo á los rusos,

á unos terrenos inclinados y cubiertos de vides, y así que lo vió el gran duque Constantino envió en su contra un destacamento de caballeria de la guardia, destacamento que sorprendió á aquel batallon en medio de las vides, rompiéndole antes de que pudiera formarse en cuadro. En la confusion murió el abanderado del regimiento, y un sargento quiso recoger el águila, pero tambien cayó muerto hasta que un soldado se la quitó de la mano al sargento, y se puso fuera de combate, sin poder no obstante impedir que los ginetes de Constantino se llevasen aquel trofeo.

Napoleon, que habia ido á reforzar el centro con la infanteria de su guardia, todo el cuerpo de Bernardotte y los granaderos de Oudinot, descubre desde la altura en que se halla situado la refriega de aquel batallon, y dice á Rapp:—Allí hay desórden, y es preciso poner remedio.—Al punto vuela Rapp á socorrer al batallon comprometido, á la cabeza de los mamelucos y los cazadores de á caballo de la guardia, síguete el mariscal Bessieres con los granaderos de á caballo, y la division de Drouet, del cuerpo de Bernardotte y que se componia de los regimientos números 94 y 95, y del 27 de ligeros, avanza en segunda línea, al mando del coronel Gerard, ayudante de campo de Bernadotte, y oficial dotado de gran energia, para oponerse á la infanteria de la guardia rusa.

Rapp se presenta, y atrae á la caballeria enemiga que acuchillaba á nuestros infantes tendidos en tierra: aquella caballeria se dirige hácia él con cuatro piezas de artilleria volante, pero á pesar de una descarga de metralla que hace, Rapp

se arroja con denuedo, y rompe las filas de la caballería imperial. Sigue adelante, y pasa hasta más allá del terreno que el batallón del 4.º cubre con sus restos; al momento se levantan los soldados de dicho batallón, y vuelven á formar para vengar su derrota; pero Rapp, que llegó hasta las líneas de la guardia rusa, se vé acometido por la caballería de la guardia de Alejandro, mandada por su coronel el príncipe de Repnia. El valiente Morland, coronel de cazadores de la guardia imperial francesa, cae muerto, y los cazadores se repliegan; pero en aquel momento llegan á galope los granaderos de á caballo, al mando del mariscal Bessieres, y aquellos soberbios ginetes que montaban caballos de mucha alzada, se muestran deseosos de medir sus fuerzas con los caballeros guardias de Alejandro. A poco se traba entre unos y otros una refriega que dura varios minutos: la infantería de la guardia rusa presencia aquel rudo combate, sin atreverse á hacer fuego por no tirar á los suyos, hasta que al fin los granaderos de á caballo de Napoleon, soldados veteranos que se habian hallado en cien batallas, triunfan de los jóvenes ginetes de Alejandro, los ponen en dispersion despues de dejar tendido en el campo á cierto número de ellos, y vuelven victoriosos á donde estaba su soberano.

Napoleon presenció aquel combate, y se alegró en extremo al ver que la juventud rusa habia recibido el castigo que merecia por su jactancia: por lo demás, recibió á Rapp, que llegaba herido, cubierto de sangre y seguido del príncipe Repnin que habia caído prisionero, en medio de su estado mayor, dándole notables pruebas de su contento.

Durante este tiempo, los tres regimientos de la division de Drouet, que llevaba consigo el general Gerard, arrollaban la infantería de la guardia rusa hácia la aldea de Kreznowitz, tomaban esta aldea y hacian muchos prisioneros, de suerte que á la una del dia no era dudosa la victoria, pues Lannes y Murat se habian apoderado de la llanura que hay á la izquierda, el mariscal Soult, apoyado en toda la reserva, era dueño de la loma de Pratzen, solo faltaba dejarse caer hácia la derecha, y arrojar en los pantanos á las tres columnas rusas de Buxhoevden, tan obstinadas aunque inútilmente en cortarnos el camino de Viena. Napoleon, dejando entonces en la loma de Pratzen el cuerpo de Bernardotte, y dando la vuelta á la derecha con el cuerpo del mariscal Soult, la guardia y los granaderos de Oudinot, quiso recoger por sí mismo el premio de sus profundas combinaciones y fué á acometer por detrás á las tres columnas referidas, siguiendo el mismo camino que Buxhoevden tomó al bajar de la loma de Pratzen. Ya era tiempo de que llegase, pues el mariscal Davout y su lugar-teniente el general Friant, que corrian sin cesar de Kobelnitz á Telnitz, para impedir que los rusos pasasen el Goldbach, iban á acabar por sucumbir. Al valiente Friant le habian matado ya cuatro caballos; pero cuando se ocupaba en hacer el último esfuerzo, aparece de pronto Napoleon á la cabeza de una masa de fuerzas terribles, y sorprendidos y desesperados los rusos, se introduce en sus tropas una confusion espantosa. Toda la columna de Pribyschewski, y la mitad de la de Langeron que se habia quedado delante de Sokolnitz, se ven cercadas, sin esperanza de poder salvarse,

puesto que los franceses llegan por la espalda por los mismos caminos que ellas habían recorrido aquella mañana, y no encuentran otro medio que dispersarse; pero parte de las dos columnas cae prisionera en Sokolnitz, otra se refugia hácia Kohelnitz, siendo envuelta junto á las lagunas así llamadas, y la tercera se mete en Brunn, teniendo que soltar las armas cerca del camino de Viena precisamente en el sitio donde los rusos se habían dado cita creyendo iban á conseguir la victoria.

El general Langeron, con los restos de la brigada de Kameuski y algunos batallones que sacó de Sokolnitz antes del desastre, se refugió hácia Telnitz y los pantanos, cerca del sitio en que se hallaba Buxhoewden con la columna de Doctorow. El inepto comandante del ala izquierda de los rusos, envanecido con haber disputado la aldea de Telnitz con veinte y nueve batallones y veinte y dos escuadrones á cinco ó seis batallones franceses, permanecía inmóvil, aguardando á que triunfasen las columnas de Langeron y Pribyschewski, y si hemos de creer á un testigo ocular, indicaba su rostro que tambien aquel día se había entregado á los escesos á que solia entregarse. Langeron acude á aquel punto, y le cuenta con ansiedad lo que sucede; pero Buxhoewden le contesta brutalmente.—Solo veis enemigos en todas partes.—Y vos, replica Langeron, no os hallais en estado de verlos en parte alguna.—En aquel momentó aparece el cuerpo del mariscal Soult en la vertiente de la loma que dá hácia los lagos, y se dirige contra la columna de Doctorow para ver de llevarla á los pantanos. No siendo ya posible dudar del peligro, Buxhoewden, con cuatro regi-

mientos que había cometido la necesidad de tener á su lado sin hacernada, procura ganar el camino por donde había ido, y que pasaba por la aldea de Augezd, entre el pié de la loma de Prätzen y el pantano de Satschan, y se dirige allí precipitadamente, mandando al general Doctorow que se salve como pueda. Langeron se une á él con los restos de su columna, y Buxhoewden atraviesa á Augezd en el mismo momento en que la division de Vandamme, que había bajado de la altura, llegaba á aquella aldea. En su fuga sufre el fuego de los franceses, y consigue ponerse en seguridad con una porcion de tropas; pero la mayor parte de ellas, y los restos de Langeron son cortadas por la division de Vandamme, que se había apoderado de Augezd. Entonces se arrojan todos juntos á los pantanos, los cuales estaban helados, y procuran abrirse camino; el hielo, ablandado con el calor de aquel hermoso día, no puede resistir el peso de los hombres, los caballos y los cañones, y se rompe en algunos puntos, hundiéndose los rusos; pero resiste en algunos otros, y ofrece un asilo á los fugitivos, quienes se retiran allí en tropel.

Napoleon que había llegado á las cuestas de la loma de Prazen por el lado de los pantanos, nota el desastre que tan bien había preparado, manda que una batería de la guardia haga disparos sobre el hielo que resistia aun, y completa la ruina de los infelices que allí se habían refugiado, pues bajo aquellas heladas capas hallaron la muerte cerca de dos mil hombres.

Entre el ejército francés y los pantanos quedaba todavía la desgraciada columna de Doctorow

cuyo destacamento acababa de sepultarse en el hielo, mientras que otro se ponía en salvo con Buxhoevden, y viéndose el general Doctorow en aquella situación cruel, se portó con tanta nobleza como valor. El terreno se aproximaba por allí á los pantanos, y se alzaba de modo que ofrecía una especie de apoyo, advirtiendo lo cual el general Doctorow, se arrimó á aquella altura, y formó con sus tropas tres líneas, situando la caballería en primera línea, la artillería en segunda, y la infantería en tercera. Desplegado así en batalla aguardó á los franceses en actitud firme y severa, mientras enviaba algunos escuadrones á que buscasen camino entre el pantano de Satschan y el de Menitz.

En aquel terreno se traba con rudeza el último combate, pues los dragones de la division de Beaumont, que pertenecian á Murat, y habian pasado de la izquierda á la derecha, cargan á la caballería austriaca de Kienmayer, la cual se retira al abrigo de la artillería rusa, despues de cumplir con su deber. Los artilleros, que habian permanecido inmóviles al pié de los cañones, cubren de metralla á los dragones, los cuales procuran aunque inútilmente apoderarse de ella. La infantería del mariscal Soult marcha á su vez sobre la artillería, á pesar de un fuego á boca de jarro, se apodera de ella, y arrolla á la infantería rusa hácia Telnitz. El mariscal Davout por su parte, entra en dicha aldea con la division de Friant, y desde entonces no queda á los rusos otro punto por donde huir, sino un paso angosto que habia entre Telnitz y los pantanos. Así es, que unos se precipitan hácia allí en tropel, y encuentran la

muerte, ni mas ni menos que sus compañeros, pero otros consiguen retirarse por un camino que descubren entre los pantanos de Satschan y Menitz. La caballería francesa los sigue por aquella calzada, ostigándoles en su retirada: la tierra gredosa de aquel país, convertida, gracias al sol que habia brillado todo el dia, en un lodo espeso, cede al pasar los hombres y caballos, húndese la artillería de los rusos, y no pudiendo tirar de los cañones sus caballos, mas á propósito para correr que para otra cosa, los dejan allí abandonados. Nuestros ginetes recogen en medio de aquella derrota tres mil prisioneros y varios cañones; como que uno que presencié aquella escena espantosa, esto es, el general Langeron, dice hablando de ella:—«Yo habia visto ya algunas batallas perdidas; pero no tenia la menor idea de una derrota por el estilo.»

Efectivamente, desde una á otra ala del ejército ruso, solo habia en orden el cuerpo del príncipe Bagration, á quien no se habia atrevido á perseguir Lannes, porque no sabia lo que estaba sucediendo á la derecha del ejército. Todas las demas fuerzas se hallaban en un desórden espantoso, prorumpiendo en gritos salvages, y saqueando las aldeas que habia en el camino, para proporcionarse algunos víveres. En cuanto á los dos soberanos de Rusia y Austria, huían de aquel campo de batalla, en que se oía gritar *viva el emperador!* siendo muy grande el abatimiento de Alejandro, mientras que mas tranquilo el emperador Francisco, sufría aquel desastre con sangre fria, pues á lo menos le quedaba el consuelo de que los rusos no podrian sostener en adelante que

la gloria de Napoleon se debia á la cobardia de los austriacos. Ambos príncipes corrian rápidamente por los campos de Moravia, con una noche oscurísima, separados de su comitiva, y espuestos á ser insultados por la barbarie de sus propios soldados. Viéndolo todo perdido el emperador de Austria, tomó á su cargo el enviar el príncipe Juan de Lichtenstein á Napoleon, para que le pidiese una tregua; con promesa especial de que se haria la paz dentro de algunos dias, y manifestase á Napoleon cuanto deseaba tener con él una entrevista en los puestos avanzados.

El príncipe Juan, que habia cumplido muy bien con su deber aquel dia, podia presentarse con honra al vencedor, y así se trasladó al instante al cuartel general francés, precisamente en el momento en que Napoleon se ocupaba en recorrer el campo de batalla, para que levantasen á los heridos, porque no quería descansar antes de cuidar á sus soldados con el esmero á que tenian tanto derecho. Por haberlo él mandado, ninguno de ellos dejó las filas para conducir á los que recibian heridas, de suerte que el suelo estaba atestado de heridos en un espacio de mas de tres leguas, hallándose cubierto sobre todo de cadáveres rusos. Terrible espectáculo ofrecia á la vista el campo de batalla, pero aquel espectáculo no conmovia á los soldados de la revolucion, quienes acostumbrados como se hallaban á los horrores de la guerra, miraban las heridas y la muerte como consecuencia natural de los combates, y poca cosa comparada con la victoria. Enagenados de gozo, prorumpian en ruidosas aclamaciones así que descubrian el grupo de oficiales en que iba Napo-

leon, quien volvió en seguida al cuartel general, establecido en la casa de postas de Posoritz, no pareciendo sino que regresaba de una marcha triunfal.

Aquella alma, que despues de tanto como gozó, debia sufrir andando el tiempo tanta amargura, disfrutaba en aquel momento las delicias del triunfo mas magnifico y mejor merecido, porque si la victoria es muchas veces un puro favor de la casualidad, lo que es entonces era el premio de admirables combinaciones. Efectivamente, adivinando Napoleon con la penetracion propia de todo hombre de genio, que los rusos querian cortar el camino de Viena, y que entonces se situarian entre él y los pantanos, los animó con su actitud á que se dirigiesen allí, y luego disminuyendo la derecha, y reforzando el centro, se arrojó con el grueso de su ejército sobre las alturas de Prätzen que ellos abandonaron, y de este modo los dividió en dos mitades, precipitándolos en un abismo de que no pudieron salir. La mayor parte de sus tropas, que conservó como de reserva, casi no obraron, porque gracias á la exactitud de su modo de pensar y al valor de sus soldados, podia presentar al enemigo menos fuerzas de las que él metiese en accion, de modo que puede decirse que de sesenta y cinco mil franceses que tenia á sus órdenes, pelearon á lo mas cuarenta ó cuarenta y cinco, pues el cuerpo de Bernadotte, los granaderos y la infanteria de la guardia solo dispararon algunos fusilazos. Es decir que cuarenta y cinco mil franceses vencieron á noventa mil austro-rusos.

Los resultados de aquella jornada fueron in-

menos, consistiendo las pérdidas del enemigo y los trofeos de los franceses, por unos siete mil hombres que perdieron entre muertos y heridos, en quince mil muertos, ahogados y heridos, cerca de veinte mil prisioneros, entre los cuales había ocho generales y diez coroneles, ciento ochenta bocas de fuego, y un número inmenso de caballos, trenes de artillería y bagages.

Así que Napoleón entró en su cuartel general de Posoritz, recibió al príncipe Juan de Lichtenstein, á quien acogió con suma cortesania, conviniendo con él en que tendría una entrevista con el emperador de Austria al día siguiente en los puntos avanzados; pero en cuanto á la tregua, no debía concederse hasta que los dos emperadores de Francia y Austria se viesen y tuvieran una esplicacion.

A la mañana siguiente trasladó Napoleón el cuartel general á Austerlitz, castillo propio de la familia de Kaunitz, y allí se estableció, poniendo el nombre de aquel castillo á la batalla, llamada ya por los soldados la batalla de los tres emperadores. Desde entonces se la conoce, y se la conocerá en los siglos futuros, con el nombre que le puso el capitán inmortal que la ganó, capitán que dirigió á sus tropas la siguiente alocucion.

•Austerlitz 12 de frimario.

«Soldados:

«Estoy contento con vosotros, pues habeis justificado en el día de ayer cuanto esperaba de vuestra intrepidez, y cubierto vuestras águilas

de una gloria inmortal. Un ejército de cien mil hombres, mandado por los emperadores de Rusia y Austria, ha sido cortado ó dispersado en menos de cuatro horas, y los que se han libertado de vuestros aceros han muerto ahogados en los pantanos.

«Cuarenta banderas, los estandartes de la guardia imperial de Rusia, ciento veinte piezas de artillería, veinte generales y mas de treinta mil prisioneros (1), son el resultado de esta jornada eternamente célebre. Esa infantería tan alabada, y superior en número, no ha podido resistir á vuestro choque, y de hoy mas no teneis rivales á quienes temer. De este modo dos meses han sido suficientes para vencer y disolver esa tercera coalicion, y la paz no puede estar lejos; pero como he prometido á mi pueblo no pasar el Rhin sin hacerla, haré una que nos de garantías para lo futuro, y asegure á nuestros aliados los premios que merecen.

«Soldados, luego que hayamos realizado todo lo que se necesita para asegurar la dicha y prosperidad de nuestra patria, os conduciré á Francia, y allí miraré por vosotros con paternal cariño. En cuanto á mi pueblo, os volverá á ver con júbilo; y con solo que digais:—Estuve en la batalla de Austerlitz; os contestarán: He ahí un valiente.»

«NAPOLEON.»

Era preciso seguir al enemigo, que segun todas las noticias se hallaba en completa derrota, y

(1) Aun no se sabia el número exacto de las pérdidas.

en aquella confusion, engañado Napoleon por Murat, creyó que el ejército fugitivo se dirigia hácia Olmütz, por lo cual envió á aquel punto la caballería con el cuerpo de Lannes; pero al dia siguiente 3 de diciembre, adquirió la certeza el general Thiard de que el enemigo se dirigia hácia el Morava por el camino de Hungría. Napoleon se apresuró á trasladar las columnas hácia Nasiedlowitz y Goeding, y el mariscal Davout, reforzado con toda la division de Friant que se le habia unido y con la de Gudin que llegó á la linea, no perdió tiempo, gracias á la posicion que ocupaba, mas inmediata que ninguna otra al camino de Hungría. Salió, pues, en persecucion de los rusos, y los estrechó de cerca, porque queria alcanzarlos antes de que pasaran el Morava, y apoderarse quizá de parte de su ejército. Despues de marchar todo el dia 3, se hallaba el 4 por la mañana á la vista de Goeding, donde reinaba extraordinaria confusion. Mas allá habia un sitio real del emperador de Austria, conocido con el nombre de Holitsch, y á donde se habian refugiado los dos emperadores aliados, reinando allí el mismo desórden que en Goeding. Los oficiales rusos segian hablando como antes de los austriacos, atribuyendo á ellos la comun derrota, en vez de atribuirle á su presuncion, á la ineptitud de sus generales y á la ligereza de su gobierno; ademas de que los austriacos se portaron tan bien como los rusos en el campo de batalla.

Los dos monarcas vencidos se miraban con bastante frialdad, pero el emperador Francisco quiso conferenciar con el emperador Alejandro antes de concurrir á la entrevista que debia te-

ner con Napoleon, y ambos convinieron en que era preciso pedir una tregua y la paz, siendo como era imposible seguir luchando por mas tiempo. Alejandro, aunque no lo confesaba, deseaba librarse cuanto antes tanto él como su ejército de las consecuencias que podia acarrearles una persecucion por parte de Napoleon tan impetuosa como todas las suyas. En cuanto á las condiciones, dejaba á su aliado el arreglarlas á su gusto, pues como los gastos de la guerra debia costearlos únicamente el emperador Francisco, á él le importaba esclusivamente sacar el mejor partido de las condiciones con que debia firmarse la paz. Algun tiempo antes, es decir cuando Alejandro tenia pretensiones de ser el árbitro de los destinos de la Europa, hubiera sostenido que aquellas condiciones le concernian tambien; pero desde la jornada del dia 2 de diciembre no llegaba á tanto su orgullo.

El emperador Francisco partió, pues, para Nasiedlowitz, aldea que está situada á la mitad del camino del castillo de Austerlitz, y allí, cerca del molino de Paleny, entre Nasiedlowitz y Urchitz, en medio de los puestos avanzados franceses y austriacos, encontró á Napoleon que le esperaba delante de una fogata que habian encendido los soldados. Napoleon tuvo la atencion no solo de llegar primero, sino de salir á recibir al emperador Francisco al tiempo de bajar del coche, y le dió un abrazo. Tranquilizado el monarca austriaco al verse acogido de aquel modo por su omnipotente enemigo, tuvo con él una larga conferencia, en presencia de los oficiales de los dos ejércitos, quienes se hallaban á un lado mirando

aquel espectáculo extraordinario que presentaba el sucesor de los Césares, vencido y pidiendo la paz al soldado-rey, que la revolucion francesa habia encaramado á la cima de las grandezas humanas.

Napoleon se disculpó con el emperador Francisco porque le recibia en semejante sitio, diciéndole:—Estos son los palacios que V. M. me obliha á habitar hace tres meses; á lo cual contestó el monarca austriaco:—El vivir aquí os ha salido tan bien, que quizá no teneis derecho para sentir os haya proporcionado yo esta vivienda.—La conversacion giró en seguida sobre la situacion de las cosas en general, sosteniendo Napoleon que le habian provocado á la guerra á pesar suyo, en el momento en que menos lo esperaba, y cuando se ocupaba esclusivamente de Inglaterra, y afirmando el emperador de Austria que no hubiera tomado las armas á no ser por los proyectos que Francia abrigaba con respecto á Italia. Napoleon manifestó que con las condiciones que ya habia indicado á Mr. de Giulay, y no quiso emitir de nuevo, estaba dispuesto á firmar la paz, y sin explicarse acerca de este punto el emperador Francisco, quiso saber lo que pensaba Napoleon acerca del ejército ruso. Napoleon pidió en primer lugar que el emperador Francisco separase su causa de la de Alejandro, y que el ejército ruso se retirase á largas jornadas de los estados austriacos, prometiendo conceder en cambio una tregua, y añadiendo que en cuanto á la paz con Rusia, la arreglaria mas tarde, pues era cosa que á él concernia únicamente.—Créame V. M. dijo Napoleon al emperador Francisco, y no confun-

da su causa con la del emperador Alejandro. Solo Rusia puede hacer hoy en Europa la guerra por capricho, pues si la vencen se retira á sus desiertos, y V. M. paga con sus provincias los gastos de la guerra.

Las espresiones de Napoleon revelan que conocia harto bien el estado en que se hallaban las cosas en Europa, entre aquel grande imperio y el resto del continente. El emperador Francisco le empeñó su palabra de hombre de honor y de soberano, de que no volveria á empezar la guerra, y sobre todo que no se dejaria llevar de las sugerencias de las potencias que nada tenian que perder en la lucha, y convino en una tregua para él y el emperador Alejandro, tregua cuya condicion era que los rusos se retirarian á largas jornadas, y que el gabinete austriaco enviaria á Brunn negociadores que firmasen un tratado de paz que celebraria por separado con Francia.

Los dos emperadores se separaron con reiteradas muestras de cordialidad, y Napoleon acompañó hasta el coche al monarca á quien acababa de llamar hermano, montando él en seguida á caballo para volverse á Austerlitz.

El general Savary salió á suspender la marcha del cuerpo de Davout; pero antes se trasladó á Holitsch en seguimiento del emperador Francisco á fin de saber si el emperador Alejandro accedia á las condiciones propuestas, y vió á este último, en derredor del cual todo habia variado desde la comision que fué á desempeñar algunos dias antes.—Vuestro soberano, le dijo Alejandro, se ha portado como un hombre grande; conozco todo el poder de su genio, y me retiro, puesto que mi

aliado se dá por satisfecho.—El general Savary habló durante algun tiempo con el jóven czar acerca de la última batalla, le esplicó porque se habia mostrado superior en todos los puntos el ejército francés, aunque inferior en número al ruso, diciéndole que consistia en el arte de maniobrar en que tan alto rayaba Napoleon, y añadió cortesmente que así que Alejandro adquiriese experiencia, seria tambien buen guerrero, pero que no podia ser uno maestro al primer dia en un arte tan difícil. Despues de dirigir estas lisonjas al monarca vencido, salió para Goeding á fin de detener al mariscal Davout, quien se habia negado á admitir todas las proposiciones que se le hicieron sobre suspension de armas, y estaba dispuesto á acometer á los restos del ejército ruso. En vano afirmaron á dicho mariscal en nombre del emperador de Rusia que se estaba arreglando una tregua entre Napoleon y el emperador de Austria, pues no queria abandonar su presa por ningun motivo; pero al general Savary le detuvo por orden espresa de Napoleon, siendo aquellos los últimos tiros que se dispararon en la inmortal batalla de Austerlitz. Las tropas de cada nacion se separaron entonces para volver á sus cuarteles de invierno, esperando que decidirian los negociadores de las potencias beligerantes.

Napoleon se trasladó del castillo de Austerlitz á Brunn, á donde habia enviado á Mr. de Talleyrand para que arreglase las condiciones de la paz que en adelante no podia ser dudosa, puesto que Austria no tenia ya recursos para sostener la guerra, y deseosa Rusia de lograr una tregua, conducia con premura á Polonia su ejército. Mientras

que la guerra de la primera coaliccion duró cinco años, y la de la segunda dos, la que acababa de suscitar la tercera solo duró tres meses, porque se habia hecho irresistible el poder de la Francia revolucionaria, reconcentrado en una mano, y porque esta mano era tan hábil como pronta en castigar á los que querian disputarle dicho poder. En efecto, todo habia sucedido como Napoleon lo arregló en Boloña desde su gabinete, cogiendo á los austriacos en Ulm casi sin disparar un tiro, destruyendo á los rusos en Austerlitz, librando á Italia con solo una marcha ofensiva hácia Viena, y reduciendo á puras imprudencias los ataques contra el Hannover y Nápoles. Este especialmente, despues de la batalla de Austerlitz, no era otra cosa que una locura desastrosa para la casa de Borbon, de suerte que Napoleon tenia á sus pies á la Europa, y Prusia, que por un momento habia abrazado la causa de la coaliccion, iba á encontrarse á merced del capitan á quien habia ofendido y hecho traicion.

Necesitábase no obstante mucha habilidad para tratar, pues si nuestros enemigos se reponian de su terror, y abusaban de los compromisos que habia contraido Prusia para obligarla á que interviniese en las negociaciones, como eran tres contra uno, todavia podian disputar las condiciones de la paz, y robar al vencedor parte de las ventajas que le daba la victoria. Por eso quiso, pues, Napoleon que las negociaciones se hiciesen en Brunn, lejos de Mr. de Haugwitz, á quien habia enviado á Viena, y á quien retenia allí, diciéndole que en aquella capital se verian.

Mientras que las tropas se batian, MM. de Giu-

lay y Stadion, tuvieron en Viena varias conferencias con Mr. de Talleyrand, y pidieron se les permitiese negociar mancomunadamente en favor de Rusia y Austria bajo la intervencion de la Prusia. Las dos primeras córtes le intimaron así que llegó Mr. de Haugwitz, cumplíese el convenio celebrado en Potsdam, conociendo muy bien que entrando Prusia en la negociacion, tendria que hacer prevaleciesen las condiciones de paz arregladas en Potsdam, ó asociarse á la guerra; pero Mr. de Haugwitz á quien hicieron esta intimacion con politica mas con ahinco, se negó á tratar de este modo, fundándose en la indole de su comision, la cual le obligaba no á tomar asiento en un congreso, sino á tratar directamente con Napoleon, para ver de conseguir adoptase las ideas del gabinete prusiano. Además, Mr. de Talleyrand echó por tierra aquellas pretensiones, declarando que solo entraria en negociaciones con Austria, declaracion que hizo en Viena el dia 2 de diciembre, mientras se daba la batalla de Austerlitz.

Ganada esta, y concedida en el campamento del vencedor la tregua pedida por el enemigo, era una condicion aceptada de antemano el que las negociaciones se hiciesen por separado, y por eso exigió Napoleon, segun acabamos de referir, empezasen inmediatamente en Brunn con Mr. de Talleyrand. Tambien manifestó estaba conforme en tratar con Mr. de Giulay, pero no con Mr. de Stadion, embajador que fué de Rusia en Austria, que estaba enteramente imbuido en las preocupaciones que abrigaba la coalicion, y que á cada momento suscitaba una dificultad, hija de la indole particular de su carácter. Para negociador indicó al

príncipe Juan de Lichtenstein, quien le habia gustado por sus maneras francas y militares, y al instante se apresuraron á enviarle á Brunn con Mr. de Giulay, pues como el emperador Francisco se hallaba en Holitsch, podia comunicarse con él en el término de algunas horas, y entenderse bastante pronto acerca de los puntos que admitian duda. Abrióronse, pues, las negociaciones en Brunn entre MM. de Talleyrand, Giulay y Lichtenstein; pero quiso sentar las bases Napoleon, quien se proponia trasladarse en seguida á Viena, para arrancar á Mr. de Haugwitz la confesion de las debilidades y mentiras de Prusia, y dar á esta nacion su merecido.

Empero ¿cuáles habian de ser las bases de la paz? Esto es lo que discutian en Brunn Napoleon y Mr. de Talleyrand, dando lugar entre ellos á frecuentes y profundas conferencias.

Peligrosos eran aquellos momentos para Napoleon, pues habiendo como habia triunfado en tres meses de una coalicion poderosa, y viendo como habia visto huir de sus soldados, inferiores en número, á los soldados de mas nombradía del continente, estaba espuesto á adquirir un sentimiento exagerado de su omnipotencia, y menospreciar todo lo que se le opusiera en Europa. En el Consulado, cuando queria ganarse el afecto de Francia y Europa, se le vió contemporizar en lo interior con los partidos, atraerse en el extranjero á Austria con la victoria, á Rusia con astutas caricias, á Prusia con el cebo de las indemnizaciones alemanas, cebo de que usó con tanta destreza, y á Inglaterra con el aislamiento á que la redujo, pacificar el mundo de un modo casi milagroso, y

desplegar la mayor habilidad que se conoce, esto es la fuerza que sabe contenerse. Empero tambien se le vió á poco irritarse contra la ingratitude de los partidos, no respetarlos, y castigarlos cruelmente en la persona del duque de Enghien; tambien se le vió irritarse contra la provocadora envidia de Inglaterra, arrojarle el guante que ya habia alzado, y reunir todos los medios humanos para acabar con su poderio. Ahora que las potencias del continente le habian apartado, sin motivo suficiente para ello, de la lucha que habia entablado contra Inglaterra, ahora que se habia arriesgado á sufrir derrotas que hubieran sido verdaderos desastres, ¿no era de temer dejase á un lado, como ellas lo habian hecho, como lo hacian tambien sus demas enemigos, esos miramientos indispensables hasta para la fuerza, y que constituyen todo el arte de la política? Un hombre que siempre que quisiese podia sacar de su genio y el valor de sus soldados un acontecimiento como el de Marengo ó Austerlitz, ¿contaria con alguien en la tierra para obrar?

Mr. de Talleyrand, cuyo carácter y el papel que hizo en aquel reinado, hemos pintado antes de ahora, intentó tambien en aquellas circunstancias templar á Napoleon, pero con poco éxito, pues como era mas amigo de agradar que de contradecir, tenia inclinaciones mas bien que opiniones en materia de política europea, y continuamente estaba patrocinando á Austria en perjuicio de Prusia, costumbre adquirida en el gabinete de Versalles, se habia hecho sospechoso á los ojos de Napoleon, quien creia que era complaciente con la una porque aborrecia á la otra, y no tenia para con su

soberano el crédito que hubiera podido adquirir un hombre enérgico y de convicciones. Sin embargo, en aquella como en tantas otras ocasiones, aconsejó la moderacion, tenga ó no el mérito de haber hecho que prevaleciese.

Al dia siguiente de la batalla de Austerlitz, dió Mr. de Talleyrand los consejos siguientes al vencedor de Europa ébrio de orgullo.

Segun su modo de ver las cosas, era preciso tratar á Austria con moderacion y generosidad, pues habiendo como habia disminuido en el espacio de dos siglos el poderio de aquella potencia, no debiamos mirarla con la envidia que en otro tiempo escitaba en nosotros. A otra potencia, esto es á Rusia, debiamos tener entre ojos, y precisamente lejos de servir Austria de peligro para nosotros, era una barrera que podiamos oponer contra el imperio ruso. Siendo como era el Austria una vasta aglomeracion de pueblos estraños entre si, como por ejemplo, los austriacos, los esclavones, los húngaros, los bohemos y los italianos, podrian romper fácilmente los lazos que los unian si se debilitaban los vínculos que sostenian los elementos heterogéneos con que estaba formada, y sus restos tendrian mas tendencia á agregarse á Rusia que á Francia. Debia, pues, no darse mayores golpes á Austria, y aun indemnizársela de las pérdidas que iba á sufrir, pero de un modo útil para Europa, lo cual no solo era posible sino fácil.

Mr. de Talleyrand proponia una combinacion ingeniosa aunque prematura, si se tiene en cuenta el estado en que entonces se hallaba la Europa pues queria se diese á Austria las márgenes

del Danubio, es decir Valaquia y Moldavia. Dichas provincias segun él, valian mas que Italia, y con ellas se consolaria Austria de sus pérdidas, separando abiertamente su causa de la de Rusia, viendo que de este modo iba á ser con respecto á esta nacion el baluarte del imperio otomano, como ya lo era de Europa. Además, las provincias en cuestion, despues de indisponerla con Rusia, la indispondrian con Inglaterra, constituyéndola desde entonces por necesidad en aliada de la Francia.

En cuanto á Prusia, no habia que apurarse, pues Napoleon era libre de obrar con ella como quisiese, en atencion á que era una córte falsa, meticulosa y con la cual nunca se podia contar, bastando únicamente, para complacerla, alejar de sí al Austria, única nacion en quien podia pensar en lo sucesivo en caso de alianza.

Tal fué la opinion de Mr. de Talleyrand en aquella ocasion: el consejo de contemplar á Austria, consollarla y aun indemnizarla con acierto, era escelente, porque la verdadera politica de Napoleon debió ser vencer y tratar con miramiento á todo el mundo al dia siguiente de la victoria; pero el de que se tratase á Prusia con ligereza era funesto y partia de una politica falsa, que ya hemos señalado. Ciertamente hubiera sido de desear que hubiese podido darse á Austria las provincias del Danubio, y hacer sobre todo que las considerase como suficiente indemnizacion de las pérdidas que habia sufrido en Italia; pero era dudoso que se prestase á aquella combinacion, porque con Valaquia y Moldavia se atraia la enemistad de Rusia é Inglaterra, y no tenia otro re-

curso que depender de nosotros; además de que tambien era dudoso pudiera repartirse en aquella época el territorio europeo con tanta libertad como se hizo dos años despues en Tilsit. Empero sea lo que fuere, lo cierto es que era preciso resignarse, si se queria dominar á Italia, á tener á Austria por enemiga, por mucho que se la contemplase, y en tal caso ¿qué aliado escogiamos? Muchas veces lo hemos dicho y lo repetimos ahora: indispuestos como nos hallábatos con Inglaterra por el deseo que abrigábatos de ser iguales á ella en los mares; con Rusia por querer ejercer derecho de suprémacia sobre el continente, y no pudiendo sacar partido de España en el estado de desorganizacion en que se encontraba, ¿qué nos quedaba sino Prusia, Prusia, que si vacilaba entre unos y otros, mas bien era por escrúpulos de su soberano que por la natural hipocresia de su gabinete, Prusia que no tenia ningun interés contrario al nuestro, puesto que aun no poseia las provincias rhenanas, estaba ya comprometida á seguir nuestro sistema, era dueña de grandes bienes de la iglesia que le habiamos dado, no pedía otra cosa sino que le diésemos mas, y se hallaba dispuesta á aceptar cualquier conquista que la atase para siempre al carro de nuestra politica?

Era, pues, un error y muy grave querer contemplar á Austria únicamente, creyendo podria atraérsela de una vez, y de modo que no resultase peligro de maltratar á Prusia ó no hacer caso de ella.

Napoleon no participaba de los errores de Mr. de Talleyrand, pero cometia otros por la pasion

de dominar, pasión que empezaban á escitar en él mas de lo regular el odio que le tenían sus enemigos, y los prodigiosos hechos de armas de sus ejércitos.

Como no habia provocado las reyertas que se ventilaban en el continente, y habian ido, por el contrario, á apartarle de la empresa magna que intentaba contra Inglaterra, declarándole la guerra, los que á ella habian dado principio, para quedar vencidos, debian, segun él, sufrir las consecuencias de su conducta. Así es que queria conseguir en cambio de la paz el complemento de la Italia, es decir, los Estados venecianos que Austria poseia en la actualidad, y que quedaran resueltas definitivamente las cuestiones germánicas en provecho de sus aliados los electores de Baviera, Baden y Wurtemberg.

Acerca de estos dos puntos no admitia Napoleon transacción alguna, en lo cual hacia mal. Necesitaba Venecia, el Frioul, la Istria, la Dalmacia, en una palabra, la Italia hasta los Alpes Julianos, y el Adriático con sus dos orillas, con lo cual tenia acción sobre el imperio otomano. En cuanto á Alemania, queria en primer lugar que Austria volviese á ocupar sus fronteras naturales, que eran los rios Inn y Salza, y en segundo quitarle el territorio que poseia en Suabia, territorio conocido con el nombre de *Austria anterior*, y que le servia para atormentar á los estados alemanes aliados de la Francia, y para hacer cuando se le antojaba preparativos militares sobre el Danubio alto. Tambien queria quitarle las comunicaciones del Tirol con los lagos de Constanza y Suiza, es decir el Vorarlberg, y aun queria, si

era posible, arrebatarle el Tirol, que le daba la posesion de los Alpes, y un paso siempre seguro para Italia; pero este último punto era difícil de conseguir, pues Austria venia poseyendo el Tirol desde antiguo, y lo apreciaba, además de que era un pais que le producía mucho. Es decir que Napoleon queria que Austria sufriese una pérdida de cerca de cuatro millones de súbditos de veinte y cuatro que tenía, y 15.000.000 de florines de los 103.000.000 que daba al tesoro; sacrificio cruel en que no era posible consintiese.

Con todo lo que iba á quitarle en Alemania se proponia Napoleon completar el patrimonio de los tres estados alemanes que le habian prestado auxilio, esto es Baviera, Baden y Wurtemberg, siendo su intento proporcionarse por medio de aquellos tres estados tener acción sobre la Dieta, poder ir al Danubio, y hacer de un modo ostensible que su alianza fuese provechosa á los que entrasen en ella.

Tambien entraba en su cálculo resolver en favor de aquellos principes sus aliados la cuestion de la nobleza inmediata, y abolir aquella nobleza que no le proporcionaba sino enemigos, queriendo resolver igualmente todas las cuestiones de soberanía, y suprimir por este medio una multitud de derechos feudales, muy gravosos y pesados para los estados germánicos.

Napoleon se proponia en fin, para afirmar mas y mas su alianza con los tres principes de la Alemania meridional, unir al vínculo de los beneficios el del matrimonio, pues necesitaba principes y princesas para casarlos con los miembros de su dinastía, y esperaba encontrarlos en Alemania

reuniendo de este modo á la ventaja de dotar bien á aquellos príncipes, la influencia que debia darle el unirlos en matrimonio con parientes suyos.

Al príncipe Eugenio de Beauharnais le quería en extremo, y habiéndole nombrado ya virey de Italia, quería buscarle esposa: en consecuencia puso los ojos en la hija del elector de Baviera, princesa notable y digna del hombre á quien la destinaban. Es verdad que reservaba la mayor parte de los despojos del Austria para Baviera, lo cual se justificaba bastante con la situación en que aquel electorado se hallaba, los riesgos que corría, y así no es extraño quisiese dar en dote al príncipe francés aquella parte de despojos.

Empero la princesa augusta estaba prometida al heredero de Baden, y su madre la electora de Baviera, que era enemiga de Francia, alegaba aquel compromiso para rechazar un enlace que le repugnaba. El general Thiard, que cuando sirvió en el ejército de Condé contrajo relaciones con las cortes alemanas de segundo orden, fué enviado á Munich y Baden, para que obviase las dificultades que se oponían á la union proyectada; y aquel oficial, que era un negociador astuto, se valió de la condesa de Hochberg, que estaba casada por medio de un matrimonio morganático con el elector reinante en Baden, y que necesitaba el apoyo de Francia para que sus hijos fuesen legitimados. Por influjo de aquella persona, consiguió que la corte de Baden diese un paso delicado, que fué desistir de toda mira sobre la princesa augusta de Baviera, con lo cual no tenían pretesto el elector ni la electora de esta corte para negarse á admi-

tir un enlace que les valia en dote el Tirol con parte de Suabia.

No era este el único matrimonio en que pensaba Napoleon, pues como el heredero de Baden, á quien acababan de quitar la princesa augusta de Baviera, se quedaba sin casarse, destinaba Napoleon para él á la señorita Stefania de Beauharnais, jóven dotada de gracia y talento, y á quien quería hacer princesa imperial. Así es que tambien encargó al general Thiard arreglase aquel matrimonio; y por último, teniendo como tenía el anciano duque de Wurtemberg una hija llamada Catalina, cuyas nobles cualidades brillaron despues en la desgracia, Napoleon deseaba obtenerla para su hermano Geronimo, pero este habia contraído compromisos en América, sin estar autorizado para ello con su familia, y aquel era un obstáculo que aun no habia podido salvarse. Por lo demas, ademas del aumento de territorio que quería dar á las casas de Baviera, Wurtemberg y Baden, Napoleon pensaba concederles el título de rey, dejándoles el puesto que ocupaban en la confederación germánica.

Tales son las ventajas que Napoleon se proponia sacar de sus últimas victorias, siendo natural y consiguiente de su parte que exigiese toda la Italia. El buscar en las posesiones que los austríacos tenían en Suabia medios para engrandecer á los príncipes aliados, era una cosa buena, porque de este modo la frontera de Austria no pasaria del Inn, y todos verian que era útil formar alianza con nuestra nación. Quitar á Austria el Vorarlberg para darlo á Baviera, era tambien una cosa muy sabia, pues así se la separaba de

Suiza; pero quitarle el Tirol, aun cuando esto fuese bien combinado con respecto á Italia, era acumular en su corazon resentimientos implacables, reducirla á un estado de desesperacion, que aunque oculta en aquel momento, debia estallar mas tarde ó mas temprano, y condenarse mas que nunca á tener que seguir una politica mesurada, cuya habilidad consistiese en adquirir y conservar alianzas, ya que se divorciaba enteramente de la principal potencia continental. El resolver la cuestion de la nobleza inmediata, y otras muchas cuestiones feudales, podia ser una simplificacion útil con respecto á la organizacion interior de Alemania; pero engrandecer de un modo extraordinario á los príncipes de Baden, Baviera y Wurtemberg, y ligarlos á Francia hasta el punto de que se hicieran sospechosos á los ojos de Alemania, era crearles una posicion falsa de que alguna dia intentarían salir siendo infieles á su protector, hacerse enemigos á todos los príncipes alemanes no favorecidos, herir de un modo nuevo el amor propio de Austria herido ya de tantos, disgustar á Prusia, mezclarse mas de lo que convenia en los asuntos de Prusia, y atraerse no solo envidias sino ingratos. Napoleon no debió olvidar que habia tenido que asestar sus cañones contra las puertas de Stuttgard para que se las abriesen, y que en aquel mismo momento necesitaba valerle de una muger estraña para conseguir un matrimonio en Baden, y arrancar casi al elector de Baviera su hija, la cual le entregaban porque llevaba en una mano las llaves del Tirol, y en la otra la espada de Francia.

Napoleon traspasaba, pues, los límites de la

politica que debia seguirse en Alemania, creando aliados harto separados del sistema aleman, y poco seguros por lo falso de su posicion; pero es difícil contenerse en la victoria, y ademas era monarca moderno y excelente padre de familias, siendo este el motivo de que quisiese alianzas y matrimonios.

Tales fueron las ideas que sirvieron de fundamento para las instrucciones que dejó á Mr. de Talleyrand acerca de las negociaciones entabladas con MM. de Giulay y Lichtenstein; pero añadió una condicion que redundaba en beneficio del ejército, al cual queria tanto como á sus hermanos y sobrinas: pidió 100.000,000 á fin de formar con ellos dotaciones, no solo para los gefes de cualquier graduacion que fuesen, sino para las viudas é hijos de los que habian muerto en accion. En seguida firmó sin pérdida de tiempo tres tratados de alianza con Baden, Wurtemberg y Baviera, dando á la casa de Baden el Ortenau y parte del Brisgau, y varias poblaciones situadas á orilla del lago de Constanza, es decir ciento trece mil habitantes, ó lo que es lo mismo casi la cuarta parte de aumento de los estados que poseia dicha casa. A la de Wurtemberg le dió el resto del Brisgau, y gran porcion de Suabia, es decir, ciento ochenta y tres mil habitantes, lo cual hacia subir sus estados á cerca de un millon de habitantes, y por último, dió á Baviera el Vorarlberg, los obispados de Eichstaedt y Passau, que se habian concedido hacia poco tiempo al elector de Salzburgo, toda la Suabia austriaca, y la ciudad de Augsburgo con su obispado, en todo un millon de habitantes, de suerte que Baviera podia

contar con tres millones de súbditos, cuando antes no tenía mas que dos. Del Tirol nada se habló por no permitirlo todavía el estado en que se hallaban las negociaciones con Austria.

Se concedió además á aquellos principes todos los derechos que un soberano podia tener sobre la nobleza inmediata, y se les emancipó de toda dependencia feudal del emperador de Alemania.

El elector de Baden tuvo la modestia de no admitir el título de rey, por ser demasiado superior á sus rentas, y de consiguiente se le dejó el de elector; pero á los de Baviera y Wurtemberg se les confirió al instante el título de reyes.

En cambio de estas ventajas, se comprometieron aquellos tres principes á hacer la guerra por mitad con Francia, siemp e que tuviese que sostenerla en defensa de su estado actual ó del que resultase del tratado que iba á ajustarse con Austria, comprometiéndose Francia por su parte, á tomar las armas cuando fuese necesario para sostener á los tres principes de quienes vamos hablando en su nueva situacion.

Estos tratados se firmaron en los dias 10, 12 y 20 de diciembre, partiendo en seguida el general Thiard á arreglar los matrimonios proyectados.

Napoleon dispuso, pues, de antemano, y sin estar todavía de acuerdo con Austria, de parte de sus estados; pero no le importaba mucho las consecuencias á que de sus resultas podia espónerse.

Después de mirar por los heridos, enviar á Viena los que se hallaban en estado de poder ser trasladados, y dirigir á Francia los prisioneros y

cañones cogidos al enemigo, salió de Brunn, dejando que Mr. de Talleyrand se entendiese con MM. de Giulay y Lichtenstein acerca de las condiciones estipuladas, porque él estaba impaciente por tener en Viena una larga conferencia con Mr. de Haugwitz y penetrar abiertamente las intenciones de Prusia.

Mr. de Talleyrand dió principio al instante á las negociaciones con los dos enviados austriacos, quienes declamaron largo y tendido así que tuvieron conocimiento de las pretensiones del ministro francés; y eso que aun no se había explicado acerca del Tirol, hablando únicamente del deseo de alejar el Austria de Italia y Suiza, á fin de cortar todas las causas de rivalidad y guerra.

MM. de Lichtenstein y Giulay manifestaron por su parte las condiciones en que Austria estaba dispuesta á consentir, condiciones que se reducian á lo siguiente. Viendo que no tenía mas remedio que perder los estados venecianos, las posesiones que tenía en Sabria, y las que se litigaban entre el imperio y los principes alemanes, consentia en ceder Venecia y la tierra firme hasta el río Isonzo; pero quería conservar la Istria, la Albania, y adquirir á Ragusa, como puntos necesarios para ir á Hungría; además de que aquello era todo lo que quedaba de cuanto se había conseguido imperando el actual soberano, y era para él caso de honor no perderlo.

En cuanto al Tirol, casi estaba dispuesto á abandonarlo, pero era en favor del archiduque Fernando, elector á la sazón de Salzburgo, y á quien se dió en 1803, por via de indemnizacion de la Toscana, el obispado de Salzburgo y el prebost-

tazgo de Berchtolsgaden. En cambio quería á Salzburgo y Berchtolsgaden, y era preciso además dejar al mismo archiduque como dependencias del Tirol el Vorarlberg, Lindau y las orillas del lago de Constanza.

Con este arreglo, Austria hubiera adquirido á Salzburgo, y conservado el Tirol con el Vorarlberg, en la persona de uno de sus archiducos.

Por lo demás, consentía en ceder las posesiones que tenía en Suabia, el Ortenau, el Brisgau, los obispados de Eichstaedt y Passau; pero pedía para los príncipes de su casa que perdían aquellas posesiones, una gran indemnización, que parecerá singular, y probará los sentimientos de que se hallaban animados unos contra otros los miembros de la coalición europea.

Pedia el Hannover, el patrimonio del rey de Inglaterra que Napoleón ofreció á Prusia, por lo cual se le criticó, que aceptó esta, que Rusia acababa de ofrecer á Prusia para separarla de Francia, y que Austria quería á su vez para un archiduque.

Sumamente contento Mr. de Talleyrand al oír semejantes pretensiones, nada dijo en contra, manifestando únicamente que lo pondría en conocimiento de Napoleón.

Por último, en cuanto á la contribucion de 400.000.000, Austria se declaró en la imposibilidad de pagar 10 siquiera, pues se le habían agotado todos los recursos, pero ofreció en lugar de dicha cantidad, que entregaría el inmenso material que tanto en armas como en municiones de todas clases había en los Estados venecianos, y

tenía derecho á sacar de allí á no haberse estipulado que los abandonaría.

Después de largos y acalorados debates, que sin embargo solo duraron tres ó cuatro días, en vista de que todos deseaban acabar de una vez, se convino en que el príncipe de Lichtenstein se trasladase al palacio que en Holitsch ocupaba el emperador Francisco, para ver de adquirir nuevas instrucciones, pues las de que era portador no le autorizaban para consentir en los sacrificios que exigía Napoleón.

Mr. de Talleyrand debía permanecer en Brunn mientras no regresase, siendo oportuno advertir aquí que los austriacos hacían mal en perder tiempo, pues lo que estaba sucediendo en Viena entre Napoleón y Mr. de Haugwitz, iba á empeorar todavía más su situación.

Mr. de Talleyrand que desde Brunn mantenía correspondencia diaria con Viena, participó á Napoleón que estaba distante de entenderse con los negociadores franceses, y aquella resistencia, que merecía formal atención si se combinaba con la resistencia de Prusia, contrariaba á Napoleón. Los archiducos se acercaban á Presburgo con cien mil hombres, las tropas prusianas se reunían en Sajonia y Franconia, y los anglo-rusos avanzaban hacia Hannover, circunstancias de que no se asustaba el vencedor de Austerlitz, porque estaba dispuesto á batir á los archiducos al pie de las murallas de Presburgo, y caer en seguida sobre Prusia por Bohemia; pero era volver á empezar con la Europa, coligada aquella vez enteramente, un juego peligroso, y no hubiera sido prudente esponerse á él por algunas leguas cuadra-

das mas ó menos. Aunque la posicion de Napoleon era la de un vencedor omnipotente, no por eso estaba dispensado de mostrarse hábil en politica, sobre todo con Prusia, pues aprovechándose del terror que le habian causado los acontecimientos de la guerra, podia arrebatarla á la coalicion, atraerla de nuevo á Francia, y añadir á la victoria alcanzada en Austerlitz otra diplomática no menos decisiva, de suerte que estaba impaciente por ver á Mr. de Haugwitz y conferenciar con él.

Mr. de Haugwitz, que habia ido á imponer condiciones á Napoleon, bajo la hipócrita apariencia de una intervencion oficiosa, le encontraba triunfante y casi dueño de la Europa. No hay duda en que teniendo carácter, union y constancia, aun podian mantenerse firmes contra el emperador de los franceses; pero Rusia habia pasado del delirio hijo del orgullo, al abatimiento en que nos sume una derrota; aterrada Austria, estaba á los pies de su vencedor, y Prusia temblaba con solo pensar en la guerra. Y luego, todos los coligados desconfiaban unos de otros y se trataban muy poco, de suerte que Mr. de Haugwitz frecuentaba sin cesar y esclusivamente la legacion francesa, llevando la adulacion hasta ponerse todos los dias el gran cordón de la Legion de Honor (1) y hablar con admiracion de Austerlitz y el genio de Napoleon, en quien no podia pensar sin cierto temor, no sabiendo como le recibiria.

Napoleon llegó á Viena el dia 13, y aquella misma noche llamó á Mr. de Haugwitz, á quien

(1) Estos pormenores los cuenta Mr. de Talleyrand en una carta que escribió á Napoleon.

dió audiencia en Schoenbrunn en el gabinete de Maria Teresa. Aun no sabia todo lo que sucedió en Potsdam, pero sabia mas que cuando vió á aquel en Brunn la vispera de la batalla de Austerlitz, pues le habian informado de que existia un tratado que se firmó el dia 3 de noviembre, y en que Prusia se comprometia eventualmente á formar parte de la coalicion. Es verdad que era muy vivo y se enfurecia facilmente, pero muchas veces se fingia mas enfadado de lo que realmente lo estaba, y queriendo entonces intimidar á su interlocutor, criticó amargamente á Mr. de Haugwitz porque siendo como era el ministro amigo de la paz, y teniendo como tenia á gloria ser partidario de la neutralidad, hasta el extremo de haber querido convertir aquella neutralidad en un proyecto de alianza con Francia, habia tenido la debilidad de aliarse en Potsdam, con Rusia y Austria, y contraido con dichas potencias compromisos que solo podian producir la guerra. Luego se quejó de la falacia de su gabinete, la indecision de su rey, y el imperio que las mugeres tenian en su corte, dándole á entender que libre ya como lo estaba de los enemigos que hacia poco tenia sobre las armas, era dueño de hacer con Prusia lo que quisiese. Luego le preguntó con vehemencia que es lo que deseaba el gabinete prusiano, que sistema pensaba seguir, y exigió sobre todas aquellas cuestiones esplicaciones completas, categóricas é inmediatas.

Mr. de Haugwitz se turbó en un principio, pero se repuso á poco, porque tenia tanta sangre fria como talento, y creyó adivinar en medio de todo aquel furor que lo que queria Napoleon era

un arreglo, y que si Prusia quebrantaba los compromisos que habia contraido con la coaliccion, aquel vencedor, tan irritado al parecer, consentiria en aplacarse.

Mr. de Haugwitz dió, pues, esplicaciones astutas, especiosas y dulces acerca de las circunstancias que habian dominado y arrastrado á Prusia, manifestó sin ningun inconveniente quiénes eran los que habian tenido la debilidad de ceder á puras casualidades, hasta salir del verdadero sistema que convenia seguir á su pais, y acabó insinuando con bastante claridad que si Napoleón queria, todo quedaria reparado al instante, y aun que la alianza frustrada tantas veces podia ser el premio instantáneo de una reconciliacion inmediata.

Napoleon arrojó una mirada penetrante al alma de Mr. de Haugwitz, y conoció que lo que querian los prusianos era dar media vuelta, y pasarse á él. Así es que se alegró de poder añadir una malicia profunda á los golpes que ya habia dado á Europa, y se le ocurrió ofrecer al instante á Mr. de Haugwitz el proyecto que Duroc debia presentar en Berlin, es decir, la alianza formal de Prusia con Francia, con la condicion tantas veces renovada de darle el Hannover. Seguramente era pedir mucho al honor del gabinete prusiano, pues Napoleon le proponia que abandonase por dinero, digámoslo así, los compromisos que habia contraido sobre el sepulcro del Gran Federico, y que despues que en Potsdam habia hecho traicion á Francia en beneficio de la Europa, hiciese traicion en Viena á la Europa en beneficio de Francia. Napoleon dijo todo esto sin titubear y

con la vista clavada en el rostro de Mr. de Haugwitz.

El ministro prusiano no mostró sorpresa ni indignacion: al contrario se alegró al parecer de poder llevar á Viena en vez de una declaracion de guerra, el Hannover, con la alianza de Francia que era su sistema predilecto; pero es preciso observar en descargo de Mr. de Haugwitz que saliendo como habia salido de Berlin en el momento que se lisonjeaban de que no llegaria á Viena Napoleon, habia visto, tambien en esta suposicion, al duque de Brunswick y al mariscal Mollendorf inquietos por las consecuencias que podia traer una guerra con Francia, é insistir en que no se declarase aquella córte hasta fines de diciembre. Ahora bien, Napoleon habia conquistado á Viena y destruido en Austerlitz á todos los coligados, cuando aun no era mas que el 13 de diciembre, y Mr. de Haugwitz podia temer, que habiendo vencido Napoleon, se arroja-se repentinamente sobre Bohemia, y cayese en Berlin como un rayo. Era para él de consiguiente una fortuna que fuese á parar en conquista lo que tenia trazas de ser un desastre, y en cuanto á la fidelidad para con los coligados, los trataba como ellos se trataban entre sí. A mayor abundamiento, debemos atribuir la conducta que observó en Viena, no tanto á él como á los que, estando él ausente, habian puesto á la Prusia en un resbaladero sin salida. Así es que admitió al momento la oferta de Napoleon. ®

Satisfecho este al ver que acogia su idea, dijo á Mr. de Haugwitz:—Pues bien, es cosa decidida, tendreis el Hannover, pero en cambio me de-

jareis alguna porcion de territorio que necesito, y firmareis con Francia un tratado de alianza ofensiva y defensiva. Por lo demas, así que lleguéis á Berlín, impondreis silencio á las camarillas, las tratareis con el desprecio que se merecen, y hareis que la política del ministerio domine á la de corte.—En esto aludia Napoleon á la reina, el principe Luis y los que le rodeaban. En seguida mandó á Duroc que se avocase con Mr. de Haugwitz, y estendiese inmediatamente el proyecto de tratado.

Apenas se habia hecho este arreglo, cuando encantado Napoleon con su obra, escribió á Mr. de Talleyrand diciéndole no diese nada por concluido en Bruan, y que retardase algunos dias mas las negociaciones, pues estaba seguro de que iba á acabar de una vez sus diferencias con Prusia, á cuya potencia acababa de conquistar á costa del Hannover, y ya nada le importaban ni las amenazas de los anglo-rusos contra Holanda, ni los movimientos de los archiduques por la parte de Hungría. En dicha carta añadía que queria el Tirol sin remedio alguno, y la contribucion mas que nunca, siendo preciso, por lo demas, que dejase á Brunn y se trasladase á Viena, pues las negociaciones se hacian en un punto lejos para él, y deseaba tener á los enviados en otro mas cerca, como por ejemplo Presburgo.

El día 13 de diciembre vio Napoleon á Mr. de Haugwitz, el 14 se estendió el tratado y el 15 se firmó en Schoenbrunn, siendo sus principales condiciones las siguientes.

Considerando Francia como conquista suya el Hannover, lo cedia á Prusia, y esta en cambio ce-

dia á Baviera el marquesado de Anspach, la provincia que era tan difícil no atravesar hallándose en guerra con Austria; pero ademas cedia á Francia el principado de Neufchatel, y el ducado de Cleves con la plaza de Wesel. Las dos potencias se garantizaban mutuamente todas sus posesiones, lo que queria decir que Prusia garantizaba á Francia sus actuales limites, con lo nuevamente adquirido en Italia y el nuevo arreglo hecho en Alemania, y que Francia garantizaba á Prusia su estado actual, con las adiciones de 1803, y la nueva adición del Hannover.

Este era un verdadero tratado de alianza ofensiva y defensiva, que ademas llevaba el título formal de tratado, título nunca admitido en los que se celebraron anteriormente.

Napoleon exigió Neufchatel, Cleves y sobre todo Anspach, que iba á cambiar con Baviera por el ducado de Berg, á fin de tener con que dotar á los que mejor le servian; y al paso que todo aquello era un sacrificio muy pequeño para Prusia, á él le proporcionaba medios para dar recompensas, pues como eran tan vastos sus designios, solo queria ser grande engrandeciéndose á cuantos le rodeaban, lo mismo á sus ministros y generales que á sus parientes. Aquellas negociaciones fueron un golpe maestro, porque dejaba confundidos á los coligados, ponía el Austria á discrecion de Napoleon, y lo que valia mas que todo, aseguraba á esta la única alianza deseable y posible, la de Prusia. Empero contenía un compromiso grave, el de quitar á Inglaterra el Hannover, compromiso que podia ser algun dia muy gravoso, porque era de temer impidiese la reali-

zacion de la paz marítima, si es que llegaba tiempo en que pudiera hacerse.

Napoleon escribió al instante á Mr. de Talleyrand diciéndole que ya estaba firmado el tratado con Prusia y era preciso dejar á Brunn si los austriacos no aceptaban las condiciones que quería imponerles.

Mr. de Talleyrand, que hubiera querido que la paz se hubiese celebrado ya, y á quien sobre todo causaba repugnancia tener que maltratar á Austria, sintió en gran manera todo aquello, y en cuanto á los enviados austriacos, se quedaron aterrados así que lo supieron. Volvian de Holsteh con nuevas concesiones, pero no tan estensas como las que se les pedían, cuando se enteraron de que Prusia los espenia á perder el Tirol por adquirir ella el Hannover, y á pesar del riesgo que había en retardar las negociaciones, pues quizá exigiria todavía mas Napoleon, riesgo que tuvo empeño en hacerles ver Mr. de Talleyrand, se vieron obligados á no obrar sin ponerse antes de acuerdo con su soberano.

Citáronse, pues, para Presburgo, y se separaron en Brunn donde era peligroso permanecer, por los miasmas que se desprendian de una tierra sembrada de cadáveres, y una poblacion llena de hospitales.

Mr. de Talleyrand regresó á Viena, y encontró á Napoleon dispuesto á dar principio á la guerra si Austria no cedia; como que habia mandado al general Sougis que compusiese el material de la artilleria y lo aumentase con el que existia en el arsenal de Viena, y habia reprendido ágríamente á Fouché, ministro de la policia, porque

dejó anunciar demasiado pronto que la paz era segura.

Una circunstancia que sobrevino de pronto contribuyó á animarle mas y mas. Acababa de saber que la insensata corte de Nápoles, despues que habia estipulado (es verdad que fué consejo de Rusia), un tratado de neutralidad, se habia quitado de repente la mascarilla y tomado las armas. Así que la reina Carolina tuvo noticia de la batalla de Trafalgar, y de los compromisos que Prusia habia contraido, creyó perdido á Napoleon, y se decidió á llamar á los rusos, como así lo hizo, desembarcando en consecuencia el dia 19 una division naval en las playas de Nápoles, de diez á doce mil rusos y seis mil ingleses. La corte de Nápoles se habia comprometido á agregar cuarenta mil napolitanos al ejército anglo ruso, pues el proyecto era sublevar á Italia á espaldas de los franceses, mientras Massena se hallaba al pié de los Alpes Julianos, y Napoleon casi en las fronteras de la antigua Polonia. Aquella corte, compuesta de emigrados, se dejaba llevar al obrarasi de la debilidad natural en los que se hallan lejos de su patria, quienes creen siempre lo que desean, portándose por lo mismo con arreglo á sus deseos.

Cuando Napoleon tuvo conocimiento de aquella escandalosa violacion de la fé jurada, se enfadó al mismo tiempo que se alegró, tomando el partido de que la reina de Nápoles pagase con su reino la conducta que acababa de observar, y dejara vacante una corona, que estaria muy bien en las sienes de un miembro de la familia de Bonaparte. Nadie en Europa podria tachar de injusticia el castigo impuesto á aquella rama de la casa de

Borbon, y en cuanto á Rusia y Austria, que eran sus protectores naturales, no habia que contar con ellas para nada.

Sin embargo, los plenipotenciarios austriacos procuraron en Brunn que se insertase en el tratado de paz algun artículo que dejase á cubierto á la corte de Nápoles, cuyo secreto poseian; pero asi que se informó Napoleon de lo que pasaba, mandó terminantemente á Mr. de Talleyrand que no diese oídos á nada de lo que le propusiesen acerca de esto.—Seria una cobardía, dijo, sufrir los ultrages de esa miserable corte de Nápoles. Ya sabéis lo generoso que he sido para con ella; pero ya no hay remedio, la reina Carolina dejará de reinar en Italia. Suceda lo que suceda, no hableis de ella en el tratado, porque tal es mi voluntad.

Como los enviados esperaban á Mr. de Talleyrand en Presburgo, se trasladó á esta poblacion, prosiguiéndose las negociaciones en los puestos avanzados, pues los archiduques se habian acercado á Presburgo, y se hallaban á dos jornadas de Viena. Tambien Napoleon reunió allí la mayor parte de sus tropas, haciendo que Massena llegase por el camino de Styria, de suerte que habia alrededor de la capital de Austria cerca de doscientos mil franceses. Napoleon, sumamente animado estaba decidido á proseguir las hostilidades; pero de parte de la corte de Viena hubiera sido una locura harto grande prestarse á ello, sobre todo despues que Prusia habia faltado á sus compromisos, y en el estado de abatimiento en que se hallaba el gabinete ruso. Asi es que por muy grandes que fuesen los sacrificios que se le exigieran, estaba

dispuesto el gabinete austriaco, aunque en un principio fingió querer rechazarlos, á resignarse á ellos.

Convínose, pues, en que Austria abandonaria el Estado de Venecia, con las provincias de tierra firme, tales como el Frioul, la Istria, y la Dalmacia, con lo cual pasaban á poder de Francia, Trieste y las bocas del Cattaro, debiéndose agregar al reino de Italia todo aquel territorio. La separacion de las dos coronas de Francia é Italia se estipuló de nuevo, pero con una espresion vaga que daba facultades para retardar dicha separacion hasta la paz general, ó hasta que muriese Napoleon.

Baviera conseguia el Tirol, objeto eternamente de sus deseos, y no solo el Tirol aleman sino el italiano, y en cambio recibia Austria los principados de Salzburgo y Berchtolsgaden, que en 1803 se dieron al archiduque Fernando, gran duque que fué de Toscana, y Baviera cedia al archiduque por via de indemnizacion el principado eclesiástico de Wurtzburgo, que tambien recibió en 1803 de resultados de las secularizaciones.

De este modo quedaba mejor trazado el territorio de Austria, pero perdiendo el Tirol podia absolutamente el influjo que tenia sobre Suiza é Italia, y trasladado el archiduque Fernando á la mitad de Franconia, dejaba de estar bajo su influencia inmediata, no siendo como no era el estado que se concedia á dicho príncipe, puramente anejo á la monarquia austriaca.

A esta indemnizacion, sacada del pais de Salzburgo, se añadia en favor de Austria la secularizacion de los bienes de la orden teutónica, y su conversion en propiedad hereditaria, pudiendo

recaer en el archiduque que designase. La importancia de aquellos bienes consistia en una poblacion de ciento veinte mil habitantes, y en ciento cincuenta mil florines de renta.

Al archiduque Fernando se le conservaba el titulo de elector, con voz y voto en el colegio de electores, transfiriéndosele del principado de Salzburgo al de Wurtzburgo.

Austria reconocia la soberanía de los electores de Wurtemberg y Baviera, y consentia en que las prerogativas de los soberanos de Baden, Wurtemberg y Baviera acerca de la nobleza inmediata de sus estados, fuesen las mismas que el emperador tenia sobre la nobleza inmediata de los suyos. Es decir que quedaba suprimida la mencionada nobleza en los tres estados en cuestion, pues como el emperador tenia sobre ella poder omnimodo, tambien iban á tenerlo nuestros tres aliados.

Por último, la chancilleria imperial renunciaba á cualquier derecho de origen feudal que pudiese tener acerca de los tres estados favorecidos por Francia; pero no obstante se conservaba formalmente la aprobacion de la Dieta.

De este modo causaba Francia una revolucion social en una parte notable de Alemania, porque centralizaba allí el poder en beneficio del soberano territorial, y hacia que cesara toda dependencia feudal exterior. Además continuaba el sistema de secularizacion, pues con la órden teutónica desaparecia uno de los dos últimos principados que quedaban, siguiendo únicamente el del principe archicanciller, elector eclesiástico de Ratisbona; y conforme á lo que habia sucedido anteriormente

se hacia dicha secularizacion en beneficio de una de las principales córtes de Alemania.

Escluida Austria definitivamente de Italia, despojada con la pérdida del Tirol de las posiciones dominantes que tenia en los Alpes, arrojada detrás del Inn, y privada de todo puesto avanzado en Suabia, así como de los lazos feudales con que tenia sujetos á los estados de la Alemania meridional, sufría inmensas pérdidas tanto materiales como políticas, pues mas arriba hemos dicho que perdía cuatro millones de súbditos de veinte y cuatro que tenia, y 15.000.000 de florines de renta de 103 que reunía.

El tratado estaba bien concebido por lo que hace al reposo de Italia y Alemania, pudiendo hacérsele una objecion tan solo, y es que no podía someterse sinceramente un vencido tan maltratado, tocando á Napoleon, por medio de una gran prudencia, y alianzas bien arregladas, quitar á Austria no solo los medios, sino aun la esperanza de sublevarse contra lo dispuesto por la victoria.

Al tiempo de firmar aquel tratado, vacilaba la mano de los plenipotenciarios, quienes disputaban acerca de dos puntos, la contribucion, de guerra de 100.000.000 y Nápoles; pero Napoleon redujo á 50.000.000 la contribucion, teniendo en cuenta las cantidades que ya habia sacado de las arcas reales de Austria, no queriendo que se hablase una palabra de Nápoles.

Para vencer su obstinacion, dieron un paso sumamente político, que fué enviarle el archiduque Carlos, principe cuyo carácter y talentos tenía en estima, y á quien nunca habia visto. Pi-

diéronle, pues, que lo recibiese en Viena, y él consintió en ello con mucho gusto, aunque decidido á no ceder un ápice. En cuanto á los plenipotenciarios, estaban persuadidos de que aquel príncipe, que era uno de los principales generales de la Europa, espondría á Napoleon los recursos que todavía conservaba la monarquía austriaca; le manifestaría que el ejército estaba pronto á inmolarse para rechazar un tratado humillante, y uniría á aquellas nobles protestas astutas instancias, con lo cual lograría tal vez ablandar á Napoleon. Así es, que como Mr. de Talleyrand insistiese en que firmaran de una vez, contestaron los plenipotenciarios que los acusarian de que habian entregado su país, si ponian su firma en el tratado antes de que el archiduque hubiese tenido la entrevista con Napoleon.

Sin embargo, Mr. de Talleyrand cargó con la responsabilidad de rebajar 40.000,000 á la contribucion de guerra, y el 26 de diciembre firmaron el tratado de Presburgo, uno de los mas gloriosos que celebró Napoleon, y el mejor concebido ciertamente, porque si despues obtuvo Francia gran porcion de territorio, fué á costa de arreglos no tan aceptos como aquel á los ojos de Europa, y menos durables por lo tanto. Los plenipotenciarios austriacos se limitaron á recomendar á la generosidad del vencedor en una carta que firmaron todos, la casa reinante de Nápoles, y el archiduque vió á Napoleon el dia 27 en uno de los sitios reales del emperador, siendo acogido por este con los miramientos que tenia derecho á exigir por el rango que ocupaba y la aureola de gloria de que se hallaba circundado. Napoleon habló con él de

la ciencia militar, cosa natural entre dos capitanes de tanto mérito, y se retiró en seguida, sin decir una palabra acerca de los negocios que se ventilaban entre ambos imperios.

Napoleon lo dispuso todo para dejar al instante á Austria mandando embarcar en el Danubio las dos mil piezas de artillería y los diez mil fusiles cogidos en el arsenal de Viena, y dirigiendo ciento cincuenta piezas á Palma-Nova, con el fin de armar aquella importante plaza, que dominaba los estados venecianos de tierra firme. En seguida arregló la retirada de sus soldados de modo que la hiciesen á jornadas cortas, pues no quería volviesen á Francia como de ella habian salido, esto es, á carrera, y mandó que en el camino se tomasen todas las disposiciones necesarias para que nada faltara; repartiendo 2.000,000 por via de gratificacion entre los oficiales, á fin de que pudieran disfrutar inmediatamente de los beneficios de la victoria. Berthier fué el encargado en cuidar de la vuelta á Francia del ejército, el cual debía salir de Viena en el espacio de cinco dias y haber pasado el Inn á los veinte, estipulándose que la plaza de Braunau permaneceria en manos de los franceses hasta que Austria pagase completamente la contribucion de 40.000,000.

Hecho esto, partió Napoleon para Munich, donde fué recibido con transportes de alegría, pues los bávaros, que debian hacerle traicion algun dia así que le viesen derrotado, y ponerle en precision de tener que abrirse paso con las armas por Haunau, aplaudian estraordinariamente y seguian con gran curiosidad al conquistador que les habia librado de la invasion, constituido en reino, y en-

riquecido con los despojos arrebatados á Austria. Napoleón asistió al casamiento de Eugenio de Beauharnais con la princesa Augusta, presencié la dicha de un hijo á quien quería en extremo, vió la admiración que mostraban los pueblos, oyó las lisonjas de la electora de Baviera, enemiga suya, y salió para París, donde le esperaba Francia llena de entusiasmo.

Una campaña de tres meses, en vez de una guerra de muchos años, como se temió en un principio, el continente desarmado, el imperio francés ensanchado hasta un punto de donde nunca debió pasar, una gloria deslumbradora añadida á la que ya habían conquistado nuestras armas, el crédito público y privado restablecido como por milagro, y una nueva perspectiva de reposo y prosperidad abierta á la nación, bajo un gobierno poderoso y respetado por el mundo entero, todo esto tenia que agradecerle Francia, y deseaba demostrarle su gratitud con mil gritos de *¡viva el emperador!* Así es que oyó Napoleón estos gritos hasta en Strasburgo al tiempo de pasar el Rhin, y los fué oyendo hasta París, donde entró el 26 de enero de 1806, como cuando regresaba de Marengo.

Efectivamente, Austerlitz era para el Imperio lo que fué Marengo para el Consulado, pues si uno afirmó el poder consular en manos de Napoleón, otro aseguraba en sus sienes la corona imperial; si Marengo hizo que Francia pasase en un día de una situación incierta á otra tranquila y grande, Austerlitz producía no menos resultados, destruyendo en un día una coalición formidable. Respecto á los hombres reflexivos y pacíficos, si

en vista de semejantes sucesos habia algun motivo para abrigar temores, lo único que podían temer era la inconstancia de la fortuna, y mas que nada la debilidad del espíritu humano, el cual sufre algunas veces las desgracias sin decaer, pero rara vez la prosperidad sin cometer errores de bulto.

LIBRO VEINTE Y CUATRO

Confederacion del Rhin.

Vuelta de Napoleon á Paris.—Regocijo público.—Distribucion de las banderas cogidas al enemigo.—Decreto del Senado mandando erigir un monumento triunfal.—Napoleon se dedica desde luego á mejorar la hacienda.—La compañía titulada *Reunion de comerciantes* sale debiendo al Tesoro 441.000.000.—Descontento Napoleon con Mr. de Marbois, nombra en su lugar á Mr. de Mollien.—Restablecimiento del crédito.—Tesoro formado con las contribuciones impuestas á los paises conquistados.—Ordenes relativas al regreso del ejército, la ocupacion de la Dalmacia y la conquista de Nápoles.—Continúan los asuntos de Prusia.—Se ratifica el tratado de Schoenbrunn pero con reserva.—Nueva comision de Mr. de Haugwitz para con Napoleon.—El tratado de Schoenbrunn se rehace en Paris, pero con algunas obligaciones mas, y menos ventajas para Prusia.—Mr de Lucchesini sale para Berlin á fin de explicar las nuevas variaciones.—El tratado de Schoenbrunn convertido en tratado de Paris, es ratificado al fin, y Mr. de Haugwitz regresa á Prusia.—Ascendiente dominante de Francia.—Entrada de José Bonaparte en Nápoles.—Ocupacion de Venecia.—Tardanza en la entrega de Dalmacia.—El ejército francés se detiene en el Inn, mientras no se efectua la entrega de Dalmacia, y se reparte por las provincias alemanas mas abundantes en recursos.—Lo que sufren los paises ocupados.—Situacion de la corte de Prusia despues de regresar á Berlin Mr. de Haugwitz.—El duque de Brunswick sale para San Petersburgo, para explicar la conducta del gabinete prusiano.—Estado de la corte de Rusia.—Disposiciones que toma Alejandro desde Austerlitz.—Recibimiento hecho al duque de Brunswick.—Inútiles esfuerzos de Prusia para que Rusia é

Inglaterra aprueben la ocupacion del Hannover.—La Inglaterra declara la guerra á Prusia.—Muerte de Mr. Pitt, y subida al ministerio de Mr. Fox.—Esperanzas de que habrá paz.—Relaciones que entablan Mr. Fox y Mr. de Talleyrand.—Salida de lord Yarmouth para Paris, en calidad de enviado confidencial.—Bases de la paz marítima.—Los agentes de Austria, en vez de entregar á los franceses las bocas del Cattaro, las entregan á los rusos.—Amenazas de Napoleon contra la corte de Viena.—Rusia envia á Paris á Mr. de Oubril, á fin de que evite cualquier movimiento del ejército francés contra Austria y proponga la paz.—Lord Yarmouth y Mr. de Oubril negocian de mancomun en Paris.—Posibilidad de una paz general.—Cálculo de Napoleon para retardar las negociaciones.—Sistema del imperio francés.—Reyes feudatorios, grandes ducados y ducados.—José es creado rey de Nápoles, y Luis de Holanda.—Disolucion del imperio germánico.—Confederacion del Rhin.—Movimientos del ejército francés.—Gobierno interior.—Obras públicas.—Columna de la plaza de Vandoma, el Louvre, la calle Imperial y el arco de la Estrella.—Caminos y canales.—Consejo de Estado.—Creacion de la Universidad.—Presupuesto de 1806.—Restablecimiento de la contribucion sobre la sal.—Nuevo sistema de tesoreria.—Reorganizacion del Banco de Francia.—Continúan las negociaciones con Rusia é Inglaterra.—Tratado de paz con Rusia, firmado el dia 20 de julio por Mr. de Oubril.—Esto decide á lord Yarmouth á presentar sus poderes.—Lord Lauderdale se agrega á lorda Yarmouth.—Dificultades en las negociaciones con Inglaterra.—Algunas indiscreciones cometidas por los enviados ingleses con respecto á la restitution del Hannover, causan en Berlin gran inquietud.—Informes falsos que exaltan el ánimo de la corte de Prusia.—Entusiasmo en Berlin, y resolucion de acudir á las armas.—Sorpresa y desconfianza de Napoleon.—La Rusia se niega á ratificar el tratado firmado por Mr. de Oubril, y propone nuevas condiciones.—Napoleon no quiere aceptarlas.—Tendencia general á la guerra.—El rey de Prusia pide que se aleje el ejército francés.—Napoleon contesta pidiendo que se aleje el prusiano.—Silencio entre una y otra corte.—Los dos soberanos salen para el ejército.—Se declara la guerra entre Prusia y Francia.

Mientras que Napoleon se detenia algunos dias en Munich para celebrar allí el matrimonio de Eugenio de Beauharnais con la princesa Augusta de Baviera, y residir un dia en Stuttgart y otro en Carlsruhe para recibir las felicitaciones de sus nuevos aliados, y tratar de alianzas de familia, el pueblo de Paris le esperaba lleno de impaciencia,

á fin de manifestarle su regocijo y admiracion. Sumamente contenta Francia con la marcha de los asuntos públicos, aunque no tomaba parte en ellos, recobraba al parecer la animacion que sentia en los primeros dias de la revolucion, y aplaudia con entusiasmo las prodigiosas hazañas de sus ejércitos y del gefe que los mandaba. Napoleon que no solo sabia hacer grandes cosas sino realzar su valor, dispuso llevasen con antelacion las banderas cogidas al enemigo, las cuales repartió con suma habilidad entre el Senado, el Tribunado, la ciudad de París, y la antigua iglesia de Nuestra Señora, testigo de su coronacion; dando ocho al Tribunado, otras tantas á la municipalidad, cincuenta y cuatro al Senado, y cincuenta á la referida iglesia. Por lo demas, durante la última campaña no cesó de participar al Senado todos los acontecimientos de la guerra, y así que se firmó la paz, se apresuró á comunicarle por medio de un mensage el tratado de Presburgo, con lo cual pagaba la confianza que en él tenia dicho cuerpo, y era consecuente con su propia política, pues mantenía en un rango elevado á aquellos autores de la revolucion, á quienes separaba de la esfera de la gobernacion la generacion nueva, siempre que tenia que depositar sus votos en las urnas electorales. Aquella era, pues, una aristocracia peculiar de Napoleon, y tenia esperanzas de ir la confundiendo poco á poco con la antigua.

Las banderas atravesaron á París el dia 1.º de enero de 1806, y fueron llevadas en triunfo por las calles de la capital, para ser colocadas en los edificios ya espesados; espectáculo que presencié una multitud inmensa.

El sesudo é impasible Cambaceres dice en sus memorias, llenas de gravedad, que el regocijo popular rayaba en delirio. Y efectivamente, ¿de qué habia de alegrarse aquel pueblo, si no se alegraba de semejantes cosas? Cuatrocientos mil rusos, suecos, ingleses y austriacos habian salido de todos los puntos del horizonte contra Francia; en la esperanza de que se le unirían doscientos mil prusianos; pero de pronto partieron de las orillas del Océano ciento cincuenta mil franceses, atravesaron en dos meses parte del continente europeo, se apoderaron sin pelear del primer ejército que se presentó á disputarles el paso, derrotaron á los demas en repetidos encuentros, entraron en la capital del antiguo imperio germánico, dejaron atrás á Viena y fueron á las fronteras de Polonia á romper en una gran batalla el lazo que sujetaba á las naciones coligadas. De esto resultó que, vencidos los rusos, tuvieron que volverse á sus hecadas llanuras; que, desconcertados los prusianos, no se atrevieron á abandonar sus fronteras; que en tres meses cesaron las angustias de una guerra que se creyó seria larga; que la paz del continente se restableció de pronto, y todos concibieron esperanzas de que se haria la paz marítima; que se abrió á Francia una perspectiva inmensa, y por último, que nuestra nacion se puso al frente de todas las demas naciones. ¿No era esto para enloquecer de gozo al pueblo francés? Y luego, nadie previa entonces que no habia de pasar mucho tiempo sin que viniese abajo toda aquella grandeza, y que en el genio fecundo á que se debia esta grandeza habia una cosa que podia comprometerla, esto es demasiado ardor, siendo natural por lo

mismo que Francia gozase de una dicha inmensa, que no iba á acibarar ningun presentimiento funesto.

Los hombres que mas se interesan en la prosperidad material de los estados; como, por ejemplo, los comerciantes, y los que se ocupan en negocios rentísticos, no estaban menos conmovidos que el resto de la nacion, y el comercio de primera clase, que aplaudiendo la victoria, aplaudia la paz, se hallaba sumamente contento al ver que en un dia habia terminado la doble crisis del crédito público y el privado, habiendo esperanzas de que se restableceria la calma profunda que disfrutó Francia durante el Consulado por espacio de cinco años. El Senado, despues que recibió las banderas que le dió el emperador, mandó por un decreto se elevase un monumento triunfal á Napoleon el Grande, y conforme al voto del Tribunado, se dispuso que el monumento fuese una columna con la estatua de Napoleon. El dia en que nació se incluyó en el número de las fiestas nacionales, y se decidió además se construyese un vasto edificio en una plaza de la capital, para depositar en él, con varias esculturas y pinturas consagradas á la gloria de los ejércitos franceses, la espada que Napoleon llevaba en la batalla de Austerlitz.

Las banderas destinadas á Nuestra Señora las recibió el clero de la metrópoli de manos de las autoridades municipales, diciendo con este motivo el venerable arzobispo de Paris:—Estas banderas, colgadas de las bóvedas de nuestra basilica, atestiguarán á nuestros descendientes los esfuerzos que contra nosotros hizo la Europa armada, los altos hechos de nuestros soldados, la proteccion

que el cielo dispensa á Francia, los triunfos prodigiosos de nuestro invicto emperador, y el homenaje que rinde á Dios de sus victorias.

En medio de aquella satisfaccion universal y profunda fué cuando Napoleon entró en Paris acompañado de la emperatriz. Los gefes del Banco, queriendo que su presencia marcasse la prosperidad pública, esperaron que llegase la vispera de su regreso para volver á pagar en dinero, pues de resultas de los últimos sucesos empezó á abundar el metálico en las cajas, y ya no quedaba rastro alguno de la fluctuacion pasajera del mes de diciembre.

Por mucha que fuese la alegria de Napoleon, nunca interrumpia sus trabajos, pues aquella alma infatigable sabia trabajar y gozar á un mismo tiempo. Así es que llegó el 26 de enero por la noche, y el 27 ya se ocupaba en los asuntos del gobierno, siendo el primer personage con quien conferenció el archicanciller Cambaceres. Despues de dedicar algunos instantes al placer de recibir sus felicitaciones, y oírle decir que no esperaba los prodigios de la última guerra, le habló de la crisis rentística, que habia terminado tan bien y tan pronto, pues creia y con razon en la exactitud de los informes del archicanciller Cambaceres, por lo cual queria oírle antes que á ningun otro. Se hallaba muy enfadado con Mr. de Marbois, cuya gravedad le habia infundido respeto siempre, y á quien creia incapaz de obrar con ligereza, estando muy lejos de poder sospechar de la probidad de aquel ministro, pero no podia perdonarle el que hubiese entregado todos los recursos del tesoro á especuladores aventureros, y es-

taba resuelto á portarse con él severamente. El archicanciller Cambaceres consiguió calmarle, y demostrarle que en vez de tener rigor, valia mas tratar con la compañía titulada *Reunion de comerciantes*, y conseguir que abandonase todos sus valores, a fin de liquidar con la menor pérdida posible aquel extraño asunto.

Napoleon convocó al instante un consejo en las Tullerías, y quiso le presentaran un informe minucioso acerca de las operaciones de la compañía, oscuras todavía para él, haciendo que concurriesen á dicho consejo todos los ministros, y ademas Mr. Mollien, director de la caja de amortización, cuyas gestiones aprobaba, y en quien suponía mucho mas que en Mr. de Marbois, la destreza necesaria para manejar grandes fondos. Tambien llamó á las Tullerías á MM. Desprez, Vanlerberghe y Ouvrard, y al comisionado que se decia había engañado al ministro del tesoro.

Todos los concurrentes estaban intimidados al verse en presencia del emperador, quien no trataba de ocultar su resentimiento, y Mr. de Marbois se puso á leer un informe que había estendido acerca del asunto de que iba á tratarse; pero apenas había leído parte de él, le interrumpió Napoleon diciéndole:—Ya veo de lo que se trata; la compañía titulada *Reunion de comerciantes* ha querido hacer frente á los negocios de Francia y España con los fondos del Tesoro y los del Banco, y como España no podia dar otra cosa que promesas, con el dinero de Francia se han cubierto las necesidades de ambos países. España me debía un subsidio, y yo soy quien le he suministrado uno; de consiguiente es preciso que MM. Desprez, Van-

lerberghe y Ouvrard me cedan cuanto poseen, y que España me pague á mí lo que debe á ellos, ó mandaré á estos señores á Vicennes, y enviaré un ejército á Madrid.

Napoleon se mostró frio y severo con Mr. de Marbois, diciéndole:—Aprecio vuestro carácter, pero os habeis dejado engañar por hombres contra quienes debeis ponerlos en guardia. Les habeis entregado todos los valores de la cartera, en lugar de destinarlos á cosa mejor, y aunque con sentimiento, me veo obligado á separaros del Tesoro, porque despues de lo que ha sucedido, no puedo consentir que sigais al frente de él.—Entonces mandó Napoleon entrar á los individuos de la compañía que habían sido llamados á las Tullerías, y MM. Vanlerberghe y Desprez, aunque no tenían tanta culpa como otros, entraron llorando. Mr. Ouvrard, por el contrario, que había comprometido á la compañía en arriesgadas especulaciones, estaba sumamente tranquilo, y se esforzó en persuadir á Napoleon que era preciso le diesen permiso para liquidar las operaciones tan complicadas en que había metido á sus consocios, y que sacaría de Méjico por la via de Holanda ó Inglaterra, sumas considerables y muy superiores á las que Francia había adelantado.

Es probable efectivamente, que hubiera salido mejor que nadie de aquella liquidacion, pero Napoleon estaba muy enfadado y tenía demasiada priesa por salir de manos de especuladores, para ir á fiarse en sus promesas. Así es que dió á escoger á Mr. de Ouvrard y sus consocios, ó un proceso criminal, ó la entrega inmediatamente de cuanto poseían en provisiones, valores, bienes in-

muebles é hipotecas sobre España, y se resignaron á aquel cruel sacrificio.

Aquella debia ser para ellos una liquidacion ruinosa, pero se habian espuesto á ella abusando de los recursos del Tesoro. El mas digno de compasion entre los tres era Mr. Vanlerberghe, que sin mezclarse en las especulaciones de sus socios, se limitó á comerciar activa y honradamente en toda Europa en granos, para las necesidades de los ejércitos franceses (1).

Después que despidió á los que asistieron al consejo, Napoleon detuvo á Mr. Mollien, y sin saber si consentia ó no, le dijo:—Hoy mismo prestareis juramento como ministro del Tesoro.—Intimidado Mr. de Mollien, aunque no dejaba de lisonjearle semejante confianza, no sabia que contestar, cuando Napoleon añadió:—¿Es que no tenéis gana de ser ministro?—Y aquel mismo dia hizo que jurase.

Era preciso salir de los apuros de toda clase causados por la compañía titulada *Reunion de comerciantes*, á la cual habia ya quitado Mr. de Marbois el manejo del Tesoro, dándolo por algunos dias á Mr. Desprez, quien continuó desempeñándolo desde aquel momento por cuenta del estado. Acababa en fin de confiarlo á los recaudadores

(1) Todo esto lo tomo de documentos auténticos; como por ejemplo, las memorias del principe Cambaceres, las tan interesantes como instructivas del conde de Mollien, que aun no se han publicado, y por último de los archivos del Tesoro. Tambien he tenido en mi poder y leído con suma atencion las piezas del proceso, y sobre todo un largo é interesante informe que estendió para el emperador el ministro del Tesoro, de suerte que todo lo que digo aquí se funda en pruebas oficiales y que no admiten réplica.

generales con condiciones moderadas, pero por tiempo limitado, sin haber aun resuelto el partido definitivo que debia tomar, siendo lo único á que estaba decidido á no encargar á ningun especulador, por mucha que fuese su prudencia, y llegase hasta donde llegase su probidad, un servicio tan vasto é importante como la negociacion general de los valores del Tesoro.

Aquellas operaciones consistian, como ya hemos visto, en descontar las *Obligaciones de los recaudadores generales*, los *bonos á la vista*, los *derechos de aduanas* y las *cortas de madera*, valores que eran á plazo, y á doce, quince y aun diez y ocho meses de vencimiento. Hasta que no se creó la compañía titulada *Reunion de comerciantes*, se limitaron á descontar aquellos valores parcial y determinadamente, en cantidades de 20 ó 30.000.000 de una vez, y á cambio de efectos recibian inmediatamente los fondos que resultaban del descuento. Poco á poco, y de resultas del imperio creciente de la necesidad, la cual no tardó en suceder á la confianza, fué abandonándose el manejo del Tesoro á una compañía, poniendo en cierto modo á su disposicion la cartera del Tesoro, y llevando la generosidad hasta entregarles las cajas. Si se hubieran limitado á trasmitirle sumas determinadas de papel por otras equivalentes en metálico, no consintiendo en que percibiesen el valor de los efectos descontados hasta el vencimiento, no hubiera habido confusion entre sus asuntos y los del estado; pero abandonaron en manos de la compañía titulada *Reunion de comerciantes* hasta 470.000.000 de una vez en *obligaciones de recaudadores generales, bonos á la vista* y

derechos de aduanas, que hicieron fuesen descontados, ora por el Banco, ora por banqueros franceses y extranjeros, y al mismo tiempo, para mayor comodidad, les autorizaron para que tomasen directamente de las cajas de los recaudadores generales todos los fondos que iban entrando, sin perjuicio de un arreglo ulterior; de suerte que, según ya hemos visto cuando la compañía se presentaba con los efectos que había descontado y habían vencido, el Banco solo encontraba en arcas cartas de pago de Mr. Desprez que atestiguan había percibido él las cantidades. Y no era esto solo, sino que cuando Mr. Desprez, que obraba por cuenta de la compañía llamada *Reunion de comerciantes*, descontaba los efectos del Tesoro, daba su valor, no en escudos, sino en un papel que le habían permitido introducir, y llevaba el nombre de *bonos de Mr. Desprez*; de modo que la compañía pudo llenar con aquellos bonos las cajas del estado y el Banco, y crear un papel en circulación, con cuya ayuda hizo frente por algún tiempo á sus especulaciones, tanto en Francia como en España.

El verdadero error de Mr. de Marbois fué prestarse á aquella confusion de negocios, después de la cual no había sido posible distinguir el haber del estado del de la compañía; á aquella abusiva complacencia hay que añadir la infidelidad de un comisionado, que era el único que poseía el secreto de la cartera, y que engañó á Mr. de Marbois, exagerándole sin cesar la necesidad que había de que siguiese la compañía; todo lo cual explica aquella increíble aventura rentística. Dicho comisionado había recibido para ello un mi-

llon, que Napoleon hizo devolviese á la masa común de los valores entregados por la compañía; porque era tan grande el terror que inspiraba, que se apresuraron á restituirlo todo.

Sin embargo, es preciso decir si hemos de ser justos con todos, que también Napoleon tuvo parte en aquellos errores, obstinándose en dejar que gravitase sobre Mr. de Marbois el peso de cargas enormes, y retardando demasiado la creación de medios extraordinarios. Fué menester en efecto que Mr. de Marbois cubriese el primer atraso que resultó en los presupuestos anteriores, y la insolencia de España, cuya nación tuvo la culpa del nuevo déficit de 30.000.000, por no haber pagado el subsidio. Agoviado con el peso de aquellas diferentes cargas, aquel ministro integro, pero no muy avisado, fué esclavo de hombres aventureros que le prestaban algunos servicios, y que hubieran podido prestárselos mayores, á ser más exactos sus cálculos. Si, porque sus especulaciones descansaban en un supuesto real y efectivo, en la saca de las pesetas de Méjico, las cuales existían en las cajas de los capitanes generales de España; pero dichas pesetas no podían venir á Europa tan fácilmente como creyó Mr. Ouvrard, siendo esto lo que produjo los apuros del Tesoro y la ruina de la compañía.

Lo que prueba la confusion á que habían llegado las cosas, es lo difícil que fué averiguar fijamente lo que la compañía debía al Tesoro. En un principio se creyó que el débito ascendería á 73.000.000, pero luego subió á 84, hasta que al fin quiso Mr. Mollien, así que entró en el ministerio, enterarse del verdadero estado en que se

hallaba la hacienda, y descubrió que la compañía había logrado apoderarse de la cantidad de 141.000,000, de la cual era deudora al estado.

He aquí porque era tan enorme aquella cantidad. La compañía titulada *Reunion de comerciantes* tomó directamente de las cajas de los recaudadores generales hasta 53.000,000 de una vez, y de resultas de varias restituciones, se reducía su deuda el día de la catástrofe á 23.000,000. Había en caja 73.000,000 en *bonos de Mr. Desprez*, especie de moneda que este daba en lugar de escudos, y que corrió mientras duró su crédito sostenido por el Banco, pero que ya era un papel falto de valor. La compañía debía también 14.000,000 por *derechos del cajero central* (en otra parte hemos hablado de aquellos efectos á que hubo que recurrir para facilitar el movimiento de fondos entre París y las provincias), y dichos 14.000,000, sacados de la cartera, no habían sido pagados ni en bonos de Mr. Desprez, ni en otros valores. Mr. Desprez personalmente salió deudor de 17.000,000 en los días en que estuvo á su cargo el manejo del Tesoro, y por último, entre los efectos de comercio que la compañía suministro al Tesoro para diferentes pagos que había que hacer en puntos lejanos, había 13 ó 14.000,000 en mal papel. Las cinco cantidades referidas, esto es 23.000,000 tomados directamente de las cajas de los empleados en la contabilidad, 73 en *bonos de Mr. Desprez* que no valían nada, 14 en *derechos del cajero central*, cuyo equivalente no se había satisfecho, 17 del débito personal de Mr. Desprez, y por último, 14 en letras de cambio protestadas, componían los 141.000,000 que debía la compañía.

Con todo, el estado no debía perder aquella importante suma, pues las operaciones de la compañía, según acabamos de decir, se fundaron en un supuesto real y efectivo, el comercio en pesetas, y solo se frustraron sus cálculos por falta de exactitud. Por lo demás, había dado fornituras á los ejércitos franceses de mar y tierra, hasta por valor de 40.000,000, y la casa de Hope había comprado unos 10.000,000 de aquellas tan famosas pesetas de Méjico, y dirigía en aquel momento su valor sobre París. La compañía poseía también bienes inmuebles, lanas españolas, granos y algunos buenos créditos, todo lo cual subía á 40.000,000, de suerte que contaba con un capital activo de 80.000,000, y solo faltaban 60 para el completo de lo que debía; pero el equivalente de aquella suma existía realmente en la cartera de la compañía en créditos sobre España.

Napoleon, después que percibió todo cuanto poseía la compañía titulada *Reunion de comerciantes*, exigió que el Tesoro francés hiciese lo mismo que hacía la compañía con respecto á España, y encargó á Mr. Mollien se entendiese con Izquierdo, enviado particular del príncipe de la Paz, que se hallaba en París hacia algun tiempo, y desempeñaba el empleo de embajador mucho más que Azara y Gravina, que solo tenían el título de tales embajadores. La corte de Madrid no podía negar nada al vencedor de Austerlitz, además de que efectivamente debía á la compañía, y por consecuencia á Francia también, de suerte que inmediatamente entramos en negociaciones con ella para ver de asegurar el reembolso de aquellos 60.000,000 que no solo representaban el subsidio

que no habia pagado, sino los víveres suministrados á sus ejércitos y los granos que se le enviaron.

El Tesoro debia por lo tanto reembolsarse completamente, gracias á los 40.000,000 que importaban los suministros anteriormente hechos, los 10 que iban á llegar de Holanda, las provisiones que habia en los almacenes, los bienes inmuebles ya entregados, y los compromisos que España iba á tomar sobresi, parte de los cuales se ofrecia á descontar la casa de Hope. Quedaba no obstante por llenar sin detencion alguna un doble vacío que provenia del antiguo atraso en los presupuestos, atraso que hemos valuado en 80 á 90.000,000, y de los recursos que la compañía habia consumido en provecho propio; pero todo era fácil con las victorias últimamente conseguidas por Napoleon, y la paz hija de ellas. Los capitalistas que arruinaron á la compañía exigiendo un $4\frac{1}{2}$ por 100 al mes (es decir 48 por 100 al año) por descontar los valores del Tesoro, se ofrecian á tomarlos á $\frac{3}{4}$ por 100, y pronto iban á disputárselos á $\frac{1}{2}$, es decir á 6 por 100 al año. El Banco, que habia retirado de la circulacion parte de sus billetes así que terminó sus tratos con Mr. Desprez, y que veia por otra parte refluir en sus cajas los metales cuya compra se mandó hacer en toda Europa durante el gran apuro, se hallaba en situacion de poder descontar todo cuanto quisieran por un precio moderado aunque bastante ventajoso, pues aunque se habia enagenado de antemano para uso de la compañía cierta cantidad de efectos del Tesoro que pertenecian á 1806, permanecia intacta la mayor parte de los efectos que correspondian

á dicho año, é iba á ser descontada con mejores condiciones. Empero no solo proporcionó la victoria á Napoleon crédito, sino tambien riquezas materiales, pues impuso á Austria una contribucion de 40.000,000, y agregando á esta cantidad 30 que percibió directamente de las arcas reales de dicha potencia, podia calcularse en 70.000,000 la cantidad que le produjo la guerra. De esta cantidad se gastaron 20.000,000 en la manutencion del ejército, pero era un alivio para el Tesoro, en el cual queria hacer un arreglo Napoleon, arreglo cuyo espíritu así como sus disposiciones no tardaremos en esponer. Quedaban, pues, 50.000,000, parte de los cuales iban á llegar en plata y oro en los carros de la artilleria, y parte en buenas letras de cambio sobre Francfort, Leipsick, Hamburgo y Brema, siendo la guarnicion de Hameln, que debia volver á Francia de resultas de la cesion de Hannover á Prusia, la encargada en conducir, con el material inglés cogido en Hannover, el producto de las letras de cambio sobre Hamburgo y Brema. Francfort habia tenido que pagar 4.000,000, en lugar del contingente que debió proporcionar, á ejemplo de Baden, Wurtemberg y Baviera, de suerte que se iba á recibir, ademas de valores considerables, cantidades notables de metales preciosos, y bajo el aspecto del metálico como bajo todos los demas, debia suceder la abundancia al apuro momentáneo que causaron la alarma sincera del comercio y la alarma fingida de los que se ocupaban en el agiotage.

Napoleon, cuyo genio organizador no queria que ninguna cosa que él hiciese llevase el ca-

rácter de transitoria, y que tendia sin cesar á que todo fuese durable, pensó en crear una institucion tan noble como bella, fundada en los beneficios hartolegitimos que debia sacar de la victoria. Resolvió crear para el ejército con las contribuciones de guerra un tesoro, al cual no debia tocarse para ningun otro motivo, ni aun para su uso particular, pues su dotacion, administrada con mucho orden, bastaba para todos los gastos de una córte magnífica, y hasta para formar un tesoro particular. Del tesoro para el ejército se proponia sacar con que dotar á generales, oficiales y soldados, así como á sus viudas é hijos, pues no queria gozar el solo de sus victorias, sino que todos cuantos servian á Francia y secundaban sus vastos designios adquiriesen no solo gloria, sino bienestar, y que habiendo como habian llegado á fuerza de heroísmo á no mirar por sí mismos en el campo de batalla, no tuviesen que pensar en sus familias. Hallando en su inagotable fecundidad de imaginacion el arte de multiplicar la utilidad de las cosas, Napoleon inventó una combinacion que hacia fuese aquel tesoro tan provechoso para la hacienda como para el ejército. Lo que hasta entonces habia faltado era un prestamista que prestase al gobierno con muy buenas condiciones, y el tesoro del ejército debia ser dicho prestamista, tocando á Napoleon arreglar por sí mismo las exigencias con respecto al estado. El ejército iba á tener 50,000,000 en oro y plata, ademas 20 que el presupuesto le debia de sueldos atrasados, y por último, un gran valor en material de guerra conquistado por él; como que los cajones de la artillería conducian de Viena cien

mil fusiles y dos mil cañones, formando el material de guerra y las contribuciones una suma total de cerca de 80.000.000, de la cual era propietario el ejército, pudiendo prestarla al estado. Napoleon quiso que todo lo que habia disponible se entregase á la caja de amortizacion, la cual abriria cuenta aparte, y emplearia dicha suma, ó en descontar *obligaciones de recaudadores generales, bonos à la vista y derechos de aduanas*, cuando los capitalistas exigiesen mas de un 6 por 100, ó en recoger bienes nacionales, cuando estuviesen á precio muy bajo, ó en tomar á renta, si juzgaba por conveniente contraer un empréstito para llenar el déficit.

Aquella combinacion debia, pues, tener la doble utilidad de proporcionar al ejército un interés ventajoso á su dinero, y al gobierno todos los capitales que necesitara, por un interés que no fuese usurario.

Napoleon tomó inmediatamente varias medidas importantes con respecto á los fondos que tenia á su disposicion, una de ellas fue reunir en Strasburgo una docena de millones en metálico, por si volvian á emprenderse las operaciones militares, pues aunque Austria habia firmado la paz, Rusia no habia empezado á negociar, Prusia no habia enviado aun la ratificacion del tratado de Schoenbrunn, é Inglaterra continuaba en sus intrigas diplomáticas. Ademas mandó que la caja de amortizacion guardase algunos millones de reserva, y que no se supiese á cuanto ascendian, para emplearlos de pronto cuando los especuladores quisiesen poner la ley á la plaza, pues era de parecer que el Te-

soro debía imponerse aquella especie de gasto como sucede con un pósito de trigo cuando reina la escasez, y que los intereses que se perdieran con aquella especie de atesoramiento serian un sacrificio útil y nada sensible. Por último como era preciso volver á acuñar las monedas extranjeras que entrasen en Francia, mandó repartirlas entre todas las casas de moneda, en proporcion á la escasez de metálico que habia en cada localidad.

Así que acabó de mandar todo esto, quiso Napoleón que se ocupasen sin dilacion alguna en organizar de nuevo la tesoreria, y constituir tambien de nuevo el banco de Francia, para lo cual comisionó á Mr. Mollien, ministro del Tesoro. Mr. Gaudin, que continuaba desempeñando la cartera de Hacienda, pues recordarán nuestros lectores que en aquella época formaban dos ministerios distintos el tesoro y la hacienda, recibió orden para que presentase un plan de liquidacion de atrasos, á fin de nivelar definitivamente las entradas con los gastos, en la doble hipótesis de la paz y la guerra, aun cuando para ello fuera preciso recurrir á crear algun otro impuesto.

Después de cuidar de la hacienda, Napoleón se ocupó en conducir el ejército á Francia, pero lentamente, de modo que solo anduviese al dia cuatro leguas, mandando que los heridos y enfermos permaneciesen hasta la primavera donde habian recibido la primera cura, y que estuviesen á su lado varios oficiales, que podian tomar de las cajas del ejército lo que se necesitara para la total curacion. Berthier se ocupaba en Munich de todo esto, y presenciaba los cambios de ter-

ritorio, tan difíciles siempre de realizar entre los príncipes alemanes, debiendo ponerse de acuerdo Berthier acerca de este asunto con Mr. Otto, representante en la corte de Baviera.

Pensó en seguida Napoleón en tomar medidas contra el reino de Nápoles, y en consecuencia mandó á Massena, que llevaba consigo cuarenta mil hombres sacados de la Lombardia, marchase hácia aquel reino por Toscana y la region mas meridional de los Estados romanos, sin dar oidos á ninguna proposicion de paz ó tregua, caso de que se la hiciesen. Por lo demas, como Napoleón no sabia si José, que no habia querido aceptar el vireinato de Italia, aceptaria la corona de las Dos Sicilias, le dió únicamente el titulo de teniente general, sin que por eso debiese mandar el ejército, pues aunque Napoleón todo lo sacrificaba, hasta los intereses de la política, por exigencias de familia, no sacrificaba con tanta facilidad los intereses de las operaciones militares. Massena era quien debia mandar las tropas, y así que instalase á José en Nápoles, tomar este las riendas del gobierno civil de aquel pais, y ejercer en él el mismo poder que un rey.

Al mismo tiempo se encaminó hácia la Dalmacia el general Molitor, llevando á su espalda para que le apoyase al general Marmont, quien estaba encargado en recibir de manos de los austriacos Venecia y el estado veneciano. El príncipe Eugenio tenia orden para trasladarse á Venecia y gobernar desde allí las provincias conquistadas, sin agregarlas todavia al reino de Italia, aunque dicha agregacion debia hacerse mas tarde, porque antes de decretarla definitivamente, se pro-

ponia Napoleón llevar á cabo con los representantes del reino de Italia, varios arreglos que hubieran contrariado la agregación inmediata.

Queriendo en fin Napoleón exaltar el espíritu de sus soldados, y comunicar esta exaltación á toda la Francia, mandó que el ejército grande se reuniese en París para ser festejado de un modo magnífico por las autoridades de la capital, pues no podía hacerse cosa mejor para figurar la idea de que la nación festejaba al ejército, que encargó á los ciudadanos de París festejasen á los soldados de Austerlitz.

Mientras que se ocupaba de este modo en gobernar su vasto imperio, entregándose á las faenas de la paz despues de haberlo estado á las de la guerra, Napoleón tenía también fija la vista en las consecuencias que podía resultar de los tratados de Presburgo y Schoenbrunn. Prusia especialmente tenía que ratificar un tratado bien imprevisto para ella, puesto que Mr. de Haugwitz, que iba á Viena á dictar condiciones, las había sufrido por el contrario, y en vez de haber impuesto su voluntad á Napoleón, se llevó un tratado de alianza ofensiva y defensiva con él, aunque compensado todo ello con la cesión del Hannover, que era muy buen regalo.

Imposible es figurarse lo sorprendida que se quedaría Europa, y los diversos sentimientos de satisfacción y disgusto, de codicia satisfecha y de confusión, que se apoderaron de Prusia así que supo el tratado de Schoenbrunn. Muchas veces se había dejado entrever al público de Berlín, que ya Francia, ya Rusia, ofrecían al rey el electorado de Hannover, el cual, además de la ventaja

de redondear el territorio tan mal trazado de Prusia, tenía la de asegurar el dominio del Elba y el Weser, así como una influencia decisiva sobre las ciudades anseáticas de Hamburgo y Brema. Aquella oferta tantas veces anunciada era ya una adquisición efectiva, una certeza, y este era gran motivo de satisfacción para un país que es el más ambicioso que hay en Europa; pero en cambio de semejante regalo, ¿qué confusión, ó para espresarnos mejor, qué afrenta no iba á recaer sobre la conducta de la corte de Prusia? Aunque cedió á pesar suyo á las instancias de la coalición, contrajo el compromiso de unirse á ella, si en el término de un mes no aceptaba Napoleón la intervención prusiana, y sufrió las condiciones de paz que querían imponerle, lo que equivalía á tener que declararle la guerra. Y de pronto, porque encontró en Moravia, á Napoleón, no apurado sino omnipotente, se pasaba á él, aceptaba su alianza, y recibía de su mano el despojo más bello de la coalición, el Hannover, patrimonio desde antiguo de los reyes de Inglaterra!

Preciso es decirlo, no habría honra en el mundo si no se castigasen semejantes cosas con una solemne reprobación; pero debemos hacer justicia á la nación prusiana, añadiendo que conoció lo vituperable que era aquella conducta, y á pesar de lo hermoso del regalo que le llevaba Mr. de Haugwitz, lo recibió con el alma llena de pesadumbre y humillada la frente. Sin embargo, se hubiera borrado la afrenta de la memoria de los prusianos, y solo hubiese quedado en sus corazones el placer que comunican las conquistas, si al remordimiento no se hubieran unido otros senti-

mientos emponzoñando el gozo que de otro modo hubiesen sentido. Aunque los prusianos miraban con no poca envidia á los austriacos, al fin eran alemanes, y al verlos en derrota, como los alemanes tienen tanta envidia á los franceses como los rusos ó los ingleses, presenciaban con disgusto nuestros extraordinarios triunfos. Empezaba pues, á despertarse en ellos el patriotismo en favor de los austriacos, y este sentimiento, unido al del remordimiento, inspiraba á la nacion un profundo mal estar, siendo el ejército el que mas abiertamente manifestaba lo que sentia, pues no es tan impasible el ejército en Prusia como en Austria. El primero refleja las pasiones nacionales con mucha exactitud, representa á la nacion mucho mas que ningun otro ejército en los demas paises de Europa, si esceptuamos á Francia, y entonces representaba á una nacion, independiente ya de sus soberanos en cuanto á opiniones. El ejército prusiano, que abrigaba en alto grado el sentimiento de envidia alemana, que tuvo esperanzas por un momento de que se le abriria la carrera de los combates, y que la veia cerrarse de pronto con un acto difícil de justificar, criticaba al gabinete sin miramiento alguno; y la aristocracia alemana, que veia iba á arruinarse el imperio germánico con la paz de Presburgo, y que la causa de la nobleza inmediata se sacrificaba á los soberanos de Baviera, Wurtemberg y Baden, la aristocracia alemana, decimos, que ocupaba todos los grados superiores en la milicia, contribuia y mucho á escitar á los malcontentos que habia en el ejército, repitiendo con exageracion tanto en Berlin, como en Potsdam las espresiones que soltaban

aquellos. Estas pasiones hervian mas que en ninguna otra parte en derredor de la reina, convirtiéndose á la camarilla en un foco de acalorada oposicion, de suerte que el príncipe Luis, que era el que regentaba aquella camarilla, prorumpia mas que nunca en declamaciones caballerescas. Aunque los intereses se hallen de acuerdo cuando se hace una alianza entre dos paises, es preciso que tambien lo esté el amor propio de uno y otro, y no es fácil de realizar esta última condicion. Los prusianos eran entonces el único pueblo de Europa cuya política podia ponerse de acuerdo con la nuestra; pero se necesitaba tener muchas contemplaciones con el orgullo excesivo de aquellos herederos del gran Federico, y por desgracia la conducta débil, ambigua y algunas veces poco leal de su gabinete, no atraia los miramientos que exigia su carácter quisquilloso.

Al cabo de seis años de infructuosas relaciones con Prusia, se acostumbó Napoleon á no tenerle consideracion alguna, como acababa de demostrar atravesando una de sus provincias (autorizado, es verdad, por los precedentes), sin advertirselo antes. Acababa de probarlo tambien mostrándose tan poco resentido de sus disparates, puesto que á pesar del convenio celebrado en Potsdam, siendo así que tenia derecho á indignarse, le daba el Hannover, tratándola como si únicamente fuese buena para comprarla, lo cual debia ofenderla de un modo grave.

Como la conciencia humana siente todas las reconvenções á que se hace merecedora, sobre todo cuando nadie se las dirige, Prusia creia que Napoleon habia dicho de ella cosas á que se espuso

con su conducta. Así es que se aseguraba en Berlín que como los enviados austriacos se mostrasen fuertes con el apoyo de Prusia, les dijo Napoleón: — ¡Prusia! es de quien más la ofrece, y estará de mi parte, porque le daré más que vosotros. — Así pensó; tal vez lo dijo á Mr. de Talleyrand, pero afirmaba no haberlo dicho á los enviados austriacos. Sea lo que fuere, lo cierto es que en todo Berlín corría esto como seguro, consistiendo el error de Prusia en no haber merecido la tratasen como quería, y el de Napoleón en no concederle algo aunque no lo mereciese, porque no se adquieran aliados ni amigos sin contemplar su orgullo tanto como su interés, y el que trata de adquirirlos, aunque conozca sus yerros, aunque lo sienta en gran manera, no debe cometerlos él.

Por mucho que llevase Mr. de Haugwitz, fué recibido con muy diversos sentimientos, con cólera por la corte, con dolor por el rey, con una mezcla de contento y bochorno por el público, y por nadie con entera satisfacción. En cuanto á Mr. de Haugwitz, se presentaba sin cortedad delante de todos aquellos jueces, pues al fin llevaba de Schoenbrunn lo que había invariablemente aconsejado, esto es, el engrandecimiento de Prusia fundado en la alianza de Francia. Lo único en que había faltado era en haberse dejado llevar aunque por un instante del imperio de las circunstancias, lo cual le esponía al molesto contraste de ser el signatario del tratado de Schoenbrunn, después que un mes antes lo había sido del de Potsdam, pero de todo aquello tenía la culpa Mr. de Hardenberg, quien con su ineptitud había complicado de tal modo en algunos meses las relacio-

nes de Prusia, que no podía salir de aquellas complicaciones sin contradecirse de un modo chocante. Por otra parte, Mr. de Haugwitz, si se dejó llevar de las circunstancias por un momento, lo fué menos que nadie; y después de todo, acababa de salvar á Prusia del abismo donde faltó poco para que la precipitasen. Tampoco debemos olvidar que en Potsdam, por mucha seducción que ejerciese la presencia de Alejandro encargaron á Mr. de Haugwitz que no arrastrase á Prusia á tener que entrar en guerra antes de que terminase diciembre, y que el día 2 de dicho mes encontró victorioso al que querían dominar ó vencer. Colocado como se hallaba entre el peligro de una guerra funesta, ó una contradicción magníficamente recompensada, ¿qué se quería hiciese? — Por lo demás, decía, nada se ha comprometido pues fundándose en lo extraordinario é imprevisible de la situación, solo he contraído con Napoleón compromisos condicionales, diciendo espresamente que se necesitaba la ratificación de mi corte. De consiguiente, las cosas permanecen intactas, y si somos tan atrevidos como se dice, si tanto miramos por el honor, y tan poco por el interés, podemos no ratificar el tratado de Schoenbrunn, pues así lo he prevenido á Napoleón, á quien he anunciado que tratando como trataba sin tener instrucciones para ello, no contraía compromiso alguno. Podemos, pues, optar entre el Hannover ó la guerra con Napoleón, porque nos hallamos en el mismo estado que antes, escepto haber ganado el mes que se creyó necesario para organizar el ejército prusiano. Tal era el lenguaje de Mr. de Haugwitz, exa-

gerado en solo un punto, esto es, en sostener que no habia tenido otro remedio sino aceptar el Hannover ó la guerra, pues pudo reconciliar á Prusia con Napoleon, sin aceptar el Hannover. Es verdad que Napoleon hubiera desconfiado de aquella semi-reconciliacion, y que no habia mucha distancia de la desconfianza á la guerra; pero además reconvenian á Mr. de Haugwitz sus enemigos por otra cosa, diciéndole que si no se hubiese separado tanto de los enviados austriacos, y hubiera hecho causa comun con ellos en Viena, hubiera podido resistir mas á Napoleon, y abandonar de un modo menos ostensible los intereses europeos que se ventilaron en Potsdam, ó no abandonarlos sin ponerse de acuerdo con todos. Sin embargo, esto suponía una negociacion colectiva, y Napoleon lo queria tan poco, que insistir sobre este punto era modo de ir á parar á la guerra: de consiguiente, Mr. de Haugwitz tenia que hacer frente en Schoenbrunn á la guerra, siempre la guerra, contra un adversario espantoso, antes que espirase el término fijado para fines de diciembre, á pesar del voto bien conocido del rey, y contra los intereses positivos de Prusia.

Los apuros de aquella situacion eran, pues, mucho mayores para los otros que para él mismo, además de que tenia una serenidad imperturbable, mezclada con una calma y una gracia, que hubiera bastado para sostenerle en presencia de sus contrarios, aunque tuviese efectivamente la culpa que no tenia.

Mr. de Haugwitz por lo mismo sin desconcertarse con los gritos que resonaban en torno suyo, y sin insistir siquiera en que se adoptase el trata-

do, como hubiera podido hacer un plenipotenciario mas apegado á su obra, no cesó de repetir que eran libres de hacer lo que quisiesen, pero que tuvieran presente que iban á elegir ó el Hannover ó la guerra. Por lo demás, dejaba á otro que saliera como pudiese del apuro en que habia puesto á la política prusiana, y solo conservaba para él el honor de haber vuelto á su pais al camino de que nunca debieron hacerle salir. Aquel ministro hubiera sido feliz si hubiese permanecido en semejante linea, y no hubiese echado a perder aquella situacion cometiendo inconsecuencias que le perdieron, y poco faltaron para perder á su pais.

Los exaltados, fuese ó no sincera su opinion, decian en Berlin que era una perfidia regalarles el Hannover, pues haria que Prusia sostuviese una guerra eterna con Inglaterra, causando la ruina del comercio nacional, además de que lo pagaba con el abandono de hermosas provincias agregadas á la monarquía desde muy antiguo, tales como Cleves, Anspach y Neufchatel. Sostenian que Prusia habia hecho un mal negocio pues cediendo dichastres provincias, cedia una poblacion de trescientos mil habitantes por otra de novecientos mil, y decian que si hubieran logrado el Hannover sin abandonar nada, sin perder ni á Neufchatel ni á Anspach, ni á Cleves, y aun adquiriendo algo mas, como por ejemplo, las ciudades anseáticas, entonces nada hubiera tenido que echar de menos. Pagada así aquella especie de traicion, hubiera valido la pena de cometerla; pero lo que es el Hannover no era nada desde que lo tenían, y en todo caso, añadian, aquello era deshonor á Prusia, cubrirla de infamia á los ojos de la Europa,

y entregar á los estrangeros la Alemania, su patria comun! Estas últimas reconvenções eran mas especiosas; pero podia responderse sin embargo que peor era repartir la Polonia, y aun lo de las indemnizaciones germánicas, y á pesar de esto nadie dió la voz de escándalo.

Los hombres moderados pertenecientes á la clase media de Berlin no repelían todas estas declaraciones, pero temían las represalias que Inglaterra debia tomar contra el comercio prusiano, sufrían al pensar en el deshonor que iba á recaer sobre Prusia, sentían en gran manera que los ejércitos franceses triunfasen de las tropas alemanas, y les inspiraba sobre todo gran temor la guerra con Francia.

Esto es lo que pensaba allá en su interior el rey, quien siendo como era un buen alemán, patriota y moderado, vacilaba entre aquellas consideraciones contrarias, no sin sentir amargamente el error que cometió en Postdam, error que le colocaba en la necesidad de ser inconsecuente, única objecion, que podían oponer al regalo que le hacía Napoleon. Y luego, aunque no carecia de valor personal, temía la guerra como la mayor de las desgracias, porque veía que con ella iba á arruinarse el tesoro de Federico, locamente diseminado por su padre, rehecho por él con sumo cuidado, y mermado ya gracias al último armamento: esto sin perjuicio de que con la sagacidad que suele inspirar el temor, veía también en la guerra la perdición de la monarquía.

Federico Guillermo suplicaba al conde de Haugwitz que aclarase sus dudas, y el conde no cesaba de repetirle, por no saber decir otra cosa, que ha-

bia que escoger ó el Hannover ó la guerra, y que en su opinion, cualquier guerra que se emprendiese contra Napoleon iria seguida de un desastre; que dijérase lo que se dijera, valían tanto como el ejército prusiano las tropas austriacas y rusas, y que no haría mas que ellas, sino es ya que hiciese menos, porque no era tan aguerrido como dichas tropas.

Convocóse de resultas de todo esto un consejo al cual asistieron los principales personajes de la monarquía, esto es MM. de Haugwitz, Hardemberg y Schullemburgo, y los dos representantes mas ilustres del ejército, es decir, el mariscal de Mollendorf y el duque de Brunswick. Allí se disputó con calor, pero como no anduviesen mezcladas en la discusion las pasiones de corte, y Mr. de Haugwitz repitiese por la centésima vez su argumento favorito de que negarse á aceptar el Hannover era tener que entrar en guerra, tomaron un término medio, ó mejor dicho el peor que podían tomar. Se decidió que el tratado fuese admitido con modificaciones, pero Mr. de Haugwitz se opuso á ello, diciendo que se habia aprovechado en Schoenbrunn de las circunstancias, y conseguido de Napoleon lo que no se volveria á conseguir; que este veria en las modificaciones introducidas en el tratado un triunfo del partido enemigo de Francia; que acabaria por no contar en manera alguna con la alianza prusiana, obrando en consecuencia, y que al ver que ratificaban el tratado con reserva, se tendria por libre, imponiendo á Prusia peores condiciones ó la guerra.

Nadie dió oídos á Mr. de Haugwitz, pues sostuvieron que las modificaciones introducidas, fue-

sen buenas ó malas, salvaban el honor de Prusia, porque eran una prueba de que Napoleón no dictaba los tratados; y esta razón de tan poca valía convenció á hombres que necesitaban engañarse á sí mismos, hasta el extremo de aprobar el tratado, aunque introduciendo en él varios cambios.

El primero de estos cambios indicaba harto bien el pensamiento de los que lo propusieron, y la clase de apuro en que se encontraban, pues se suprimió del tratado la calificación de *ofensiva* y *defensiva*, que se daba á la alianza contraída con Francia, á fin de poder presentarse á Rusia con menos bochorno. Además, se explicó por medio de comentarios los casos en que Prusia se creería obligada á hacer causa común con Francia, y se pidieron aclaraciones acerca del último arreglo proyectado en Italia, y que debía estar comprendido en las garantías recíprocas estipuladas por el tratado de Schoenbrunn; porque tenían empeño en no aprobar formalmente lo que iba á suceder en Nápoles, es decir, el destreñamiento de los Borbones, clientes y protegidos de Rusia.

Estas modificaciones significaban que si se veían obligados á entrar en la política de Francia, no querían hacerlo con franqueza, y sobre todo hasta el punto de no poder dar explicaciones acerca de su conducta en San Petersburgo y en Viena; pero semejante intención era demasiado visible para que fuese interpretada favorablemente en París. A estas modificaciones añadieron algunas otras menos honrosas aun, modificaciones que no se escribieron en el nuevo tratado, pero Mr. de Haugwitz recibió el encargo de proponerlas de palabra. Al mismo tiempo que se quedaban con el Hannover, deseaban

no desprenderse de Anspach, que era la única condición algo importante que exigió Napoleón, y que formaba el patrimonio franconiano de la casa de Brandeburgo. También deseaban adquirir las ciudades anseáticas, conquista preciosa por su importancia comercial, y colmando de este modo la codicia de la nación prusiana, creían poder sofocar en ella el grito del honor y desarmar la opinión pública.

Hecho esto, llamaron á Mr. de Laforest, ministro de Francia y que como tal estaba encargado en cangear las ratificaciones; pero como este conocía harto bien á su soberano para que fuese á ratificar un tratado en que se habían introducido semejantes cambios, empezó por negarse á ello. Sin embargo, tantas instancias le hicieron, con tanta fuerza le hizo presente Mr. de Haugwitz la necesidad que había de sujetar á la corte de Berlín, para salvarla de sus continuas variaciones y arrancarla á las sugerencias de los enemigos de Francia, que aquel ministro consintió en ratificar el tratado modificado, *sub sperati*, precaución que acostumbran tomar los diplomáticos cuando no cuentan abiertamente con la voluntad de su soberano.

Era preciso, pues, ir á París para hacer fuesen aprobadas aquellas nuevas tergiversaciones de la corte de Prusia, y como Mr. de Haugwitz era al parecer el que más influencia tenía con Napoleón, creyeron debían enviarle á Francia para que conjurase la tempestad que previan. Mr. de Haugwitz trató de evitarlo; pero tanto le rogó el rey que tuvo que resignarse á marchar á París, á fin de luchar por segunda vez con el negociador coronado

y victorioso con quien trató en Schoenbrunn. Partió, pues, dirigiendo antes á la corte de Francia palabras dulces y obsequiosas, para ver si le recibían menos mal de lo que era de temer.

Así que supo Napoleon la miserable conducta de la corte prusiana, vió en ella lo que era preciso ver, esto es nuevas debilidades para con sus enemigos, y nuevos esfuerzos para vivir bien con ellos, sin dejar por eso de buscar ocasion de sacar de él algun provecho. De consiguiente miró la expresada política con menos consideracion que antes, y desde entonces desesperó de la alianza prusiana, lo cual fué una gran desgracia para Prusia y Francia. A esto hay que añadir que así que empezó á reflexionar sintió haber concedido lo que concedió en Schoenbrunn; y efectivamente, el Hannover fué concedido con demasiada precipitacion, no porque pudiera estar en mejores manos que en las de Prusia, sino porque el disponer de él definitivamente era hacer mas encarnizada la lucha con Inglaterra, y añadir á los intereses encontrados que se ventilaban por mar, intereses tambien encontrados en tierra, pues el anciano Jorge III hubiera sacrificado de mejor gana que su patrimonio germánico la colonia mas rica de Inglaterra. No hay duda en que si conocían que la Gran Bretaña era implacable y solo podia reducirse por la fuerza, tenían razon en intentar cualquier cosa contra ella, y se daba muy buen uso al Hannover, destinándolo á cimentar una alianza poderosa y sincera, propia para imposibilitar las coaliciones continentales; pero ninguna de estas suposiciones parecia á la sazón verosímil. Decíase que Inglaterra se hallaba muy de-

sanimada, que Mr. Pitt debia morir bien pronto, que era probable subiese al poder Mr. Fox, y que inmediatamente habria un cambio de sistema, de suerte que cuando Napoleon supo lo que acababa de hacer Prusia, tuvo intenciones de volver las cosas al estado en que antes se hallaban, es decir restituirle Anspach, Cleves y Neufchatel, y retirar el Hannover para mantenerlo como de reserva. En el punto á que habian llegado las cosas, sea por culpa de los hombres, sea de resultas de los sucesos, lo mejor era efectivamente volver á entablar relaciones pero sin intimidad, y recobrar mutuamente lo que se habian dado el uno al otro, pues si Napoleon recobraba el Hannover tenia un medio de entrar en tratos con Inglaterra, y aprovecharse de la única ocasion que iba a presentarse para ofrecerse á poner término á una guerra funesta, causa permanente de la guerra universal.

Este fué su primer pensamiento, y ¡ojalá que lo hubiese realizado! En este sentido dió instrucciones á Mr. de Talleyrand, queriendo dijese á Mr. de Haugwitz estaba mas enfadado de lo que realmente lo estaba de las libertades que se habian tomado con Francia, que se declaraba completamente eximido de la obligacion que contraíó, y que se hallaba en libertad de recobrar el Hannover para que sirviese de prenda de la paz que queria hacer con Inglaterra, ó para volver las cosas al estado en que antes se hallaban, á fin de celebrar con Prusia un tratado mas estenso y seguro (1).

(1) Citamos la carta siguiente, que reproduce de un modo exacto el pensamiento de Napoleon

Mr. de Haugwitz llegó á París el día 1.º de febrero, y se valió no solo con Mr. de Talleyrand, sino con el emperador, de toda la sagacidad de que estaba dotado, que no era poca, ponderando los apuros de su gobierno, el cual se veía colocado entre Francia y la Europa coligada, teniendo que inclinarse muchas veces á la primera, pero viéndose obligado algunas á seguir el impulso de la segunda por pasiones de córte, que era preciso

A Mr. de Talleyrand.

París 4 de febrero de 1806.

«El ministerio ha variado enteramente en Inglaterra de resultas de la muerte de Mr. Pitt, y Mr. Fox tiene la cartera de relaciones exteriores, por lo cual deseo que me presenteis esta noche una nota redactada con arreglo á esta idea:

«El ministro de relaciones exteriores que abajo firma ha recibido órden terminante de S. M. el emperador para que manifieste á Mr. de Haugwitz en la primera entrevista que con él tenga, que S. M. no podría mirar como existente el tratado celebrado en Viena por no haber sido ratificado en el tiempo prevenido; que S. M. no reconoce en ninguna potencia, y en Prusia menos que en otra alguna, porque la experiencia ha demostrado que es preciso hablar con claridad y sin rodeos, el derecho de modificar ó interpretar con arreglo á su interés los diferentes artículos de un tratado; que no es cangear ratificaciones tener dos textos diferentes de un mismo tratado, y que esta irregularidad aparece aun mayor si se considera las tres ó cuatro páginas añadidas á las ratificaciones de Prusia; que Mr. de Laforest, ministro de S. M. y encargado en cangear las ratificaciones, sería criminal si no hubiese conocido el irregular comportamiento de la córte de Prusia, pero que no habia aceptado el cange sino con la condicion de que habia de aprobarlo el emperador.

«El que abajo firma está, pues, encargado en declarar

comprender y disculpar. Además dijo que el gobierno prusiano tenia que reparar el error cometido en Postdam, siendo menester para ello que le sostuviese y animara el gobierno francés tratándole con miramiento, y se quejó tan bien (como que era el único que luchaba en Berlin para ver de conseguir que Prusia se hiciese amiga de Francia, y tenia derecho por lo mismo á que el emperador le ayudase con su benevolencia), que

que S. M. no lo aprueba, porque la ejecución de los tratados debe ser sagrada.

«Empero tambien está encargado el que abajo firma en declarar que S. M. desea que las diferencias que han sobrevenido en las actuales circunstancias entre Francia y Prusia, terminen amigablemente, y que la amistad que de antiguo existia entre ellas subsista como antes, así como que el tratado de alianza ofensiva y defensiva, si es compatible con los demás compromisos de Prusia, subsista entre los dos países, y asegure sus relaciones.»

Esta nota, que me presentareis esta noche, será entregada mañana en la conferencia, y no os permito bajo ningún pretexto que dejéis de entregarla.

Ya comprendereis que esto tiene dos objetos; uno dejarme en libertad de hacer las paces con Inglaterra, si se confirman dentro de algunos días las noticias que recibo, y otro celebrar en caso contrario con Prusia un tratado sobre una base mas amplia.

En la nota os mostrareis serio y franco; pero añadiréis de viva vez todas las modificaciones, todas las palabras melosas, todo lo que pueda hacer creer á Mr. de Haugwitz que esto es hijo de mi carácter, que me he picado de la forma, y que lo que es en el fondo soy del mismo modo de sentir acerca de Prusia. Mi opinion es que en las circunstancias actuales, si efectivamente se halla al frente del ministerio Mr. Fox, no podemos ceder á Prusia el Hannover sino á consecuencia de un gran sistema que pueda garantizarnos no debemos abrigar el temor de que continúen las hostilidades.

este último cedió, consintiendo por desgracia en volver á anudar el tratado de Schoenbrunn, pero con condiciones algo mas onerosas todavia que las que el rey Guillermo acababa de rehusar.

—No quiero forzaros, dijo Napoleon á Mr. de Haugwitz, estoy conforme en que se pongan las cosas en el estado que tenian antes, es decir, en recobrar el Hannover, devolviéndoos Anspach, Cleves y Neufchatel. Empero si entramos en tratos, si os cedo de nuevo el Hannover, no será con las mismas condiciones que antes, sino que exigiré ademas que me prometais sereis fieles aliados de Francia. Como Prusia esté conmigo franca y públicamente, no tengo que temer á ninguna coalicion europea, y sin coalicion europea armada, ya lograré entenderme con Inglaterra; pero necesito tener de esto una certeza para regalaros el Hannover, y quedar convencido de que obro acertadamente regalándoos dicho pais.

Napoleon tenia razon, menos en un punto, esto es, en hacer pagar á Prusia el Hannover mas caro, y no entregárselo, por el contrario, con condiciones mas ventajosas, porque solo son buenos aliados aquellos que están contentos. Mr. de Haugwitz, que abrigaba sinceros deseos de unir á Francia y Prusia, prometió á Napoleon todo cuanto quiso, y lo prometió al parecer con la mejor buena fé; pero añadió á sus promesas insinuaciones muy astutas acerca del ligero modo de obrar de Napoleon con Prusia, y lo necesario que era contemplar la dignidad del rey, en primer lugar por el rey mismo, porque á pesar de su timidez no dejaba de ser en el fondo quisquilloso é irritable, y mas que todo por la nacion y el ejército, los

cuales estaban identificados con la monarquía, y tomaban muy á mal lo que parecia una falta de respeto. Mr. de Haugwitz dijo tambien que la violacion del territorio de Anspach especialmente, causó bajo este aspecto el efecto mas lastimoso, poniendo á la nacion así como á la corte en el estado de exaltacion que produjo el deplorable tratado de Postdam.

Estas reflexiones eran justas y acertadas; pero si Prusia necesitaba que la contemplasen, Napoleon necesitaba estar contento de ella para contemplarla, y ser estimado para conceder él su estimacion; dificultad que hasta entonces no habia podido vencerse: ¿se conseguiria con aquel nuevo acomodamiento? Por desgracia era esto muy dudoso.

Estendióse un tratado mas esplicito y riguroso que el primero, dándose á Prusia el Hannover tan formalmente como en Schoenbrunn, pero con condicion de que lo habia de ocupar inmediatamente, y á título de soberania. Una obligacion nueva y grave era el precio de aquel regalo, obligacion que consistia en cerrar á los ingleses el Weser y el Elba, pero cerrarlos tan estrechamente como lo hicieron los franceses cuando ocupaban el Hannover, y en cambio Prusia concedia lo mismo que en Schoenbrunn, dando el principado franconiano de Anspach, los restos del ducado de Cleves situados á la derecha del Rhin, y el principado de Neufchatel que formaba uno de los cantones de Suiza. En beneficio del rey de Baviera se suprimió una ventaja prometida al de Prusia en el tratado de Postdam, pues con arreglo al primer tratado, el principado franconiano

de Bareuth, contiguo al de Anspach y que se conservaba para Prusia, debía tener unos límites mas regulares, tomando del de Anspach unos veinte mil habitantes, y en el segundo tratado nada se decía de esto. Por último se dió mas ensanche á las obligaciones impuestas á Prusia, pues esta tenia que garantizar no solo el imperio francés segun quedaba de resultas del nuevo arreglo efectuado en Alemania é Italia, sino que tambien se exigió garantizase esplicitamente lo que resultara de la guerra contra Nápoles, es decir la abolicion de la casa de los Borbones, y la subida al trono de las Dos Sicilias de una rama de la familia de Bonaparte. Esta era seguramente la condicion mas desagradable impuesta á Prusia, pues hacia mas dificultosa la situacion en que el rey se encontraba para con el emperador Alejandro, á causa del protectorado de Rusia con respecto á los Borbones de Nápoles.

No es necesario decir que las garantias eran reciprocas, y que Francia prometia á Prusia el apoyo de sus ejércitos para asegurar á esta todo lo anteriormente adquirido y lo que adquiriria despues, incluso el Hannover.

Aquel segundo tratado se firmó el 15 de febrero.

Así pues, todo lo que Prusia ganó con querer modificar el tratado de Schoenbrunn, fué quedar privada de la porcion de territorio que en un principio debía añadirse á Bareuth, verse obligada á hacer una cosa arriesgada, porque lo era el cerrar el Elba y el Weser, y, por último, tener que confesar públicamente lo que iba á consumarse en Nápoles. El único resultado, en una pala-

bra, fué contraer mas obligaciones, y recibir menos provecho.

Mr. de Haugwitz no pudo hacer mas, á menos que no volviesen las cosas al estado que tenian antes, lo cual hubiera sido preferible seguramente, porque se hubiesen ahorrado los compromisos de una alianza retocada y poco sincera. Es verdad que se habrian privado del prestigio de una conquista brillante, muy útil para encubrir en aquel momento todas las miserias de la política prusiana; pero sea lo que fuere, Mr. de Haugwitz no queria llevar á Berlin aquel triste fruto de tergiversaciones de su córte, y resolvió enviar á Mr de Lucchesini, ministro de Prusia en Paris. No conviniéndole como no le convenia solicitar la adopcion de una obra echada á perder, y cargar con la responsabilidad de la resolucion que se trataba de tomar, queria que el rey, sus cólegas y la familia real, que intervenian de un modo tan indiscreto en los negocios del estado, cuidasen de escoger entre el tratado de Schoenbrunn muy empeorado, ó la guerra, pues era evidente que enfurecido Napoleon, con una nueva repulsa, si no se negaba abiertamente á hacer la alianza, trataria á Prusia de tal suerte en todos los arreglos que habia que hacer en Europa, que la guerra seria inevitable.

Envió, pues, á Berlin á Mr. de Lucchesini de quien era superior y ocupó por algunos dias la plaza de embajador en Paris, encargando á aquel llevarse el tratado á su córte, pintase á ésta el estado en que se hallaban las cosas en Francia, y le hiciese presente los verdaderos sentimientos de Napoleon, quien estaba dispuesto á convertirse,

según se portasen con él, ó en aliado poderoso y sincero, aunque engorroso por el espíritu de hazañas de que se hallaba animado, ó en un enemigo formidable, si le reducían al extremo de ver en Prusia una segunda Austria. Mr. de Haugwitz no dió á Mr. de Lucchesini encargo para que solicitasen en su nombre la aprobación del nuevo tratado; antes por el contrario, le dijo que ya nada deseaba, pues estaba disgustado de una tarea sobrado ingrata y cansado de una responsabilidad hartó contrariada.

Permaneció, pues, en París, perfectamente tratado por Napoleón, estudiando con curiosidad á aquel hombre extraordinario, y persuadiéndose de día en día, de la exactitud de su propia política, y de los intereses presentes y futuros que Prusia y Francia estaban comprometiendo por no saber entenderse.

Por lo demás, todo marchaba en Europa conforme á los deseos del afortunado vencedor de Austerlitz. El ejército que había enviado á Nápoles, en la apariencia al mando de José Napoleón, pero en la realidad al de Massena, caminaba directamente hácia su objeto, y la reina de Nápoles hacía esfuerzos para conjurar de nuevo la tempestad suscitada con sus disparates, imploraba á todas las cortes y enviaba uno tras otro al cardenal Ruffo y al príncipe heredero de la corona, para que saliesen á recibir á José, é intentasen hacer un tratado, cualesquiera que fuesen las condiciones. José, que se hallaba atado con las órdenes imperatorias que había recibido de Napoleón, no quiso admitir al cardenal Ruffo, acogió con urbanidad las instancias del príncipe

Fernando, y no detuvo un instante su marcha hácia Nápoles. En cuanto al ejército francés, que se componía de cuarenta mil hombres, pasó el Garigliano el día 8 de febrero, y avanzó formado en tres cuerpos: uno, esto es de la derecha, á las órdenes del general Reynier, fué á bloquear á Gaeta; el otro, es decir, el del centro, al mando del mariscal Massena, marchó hácia Capua, y el tercero, esto es el de la izquierda, mandado por el general Saint-Cyr, se dirigió hácia el golfo de Tarento por la Pulla y el Abruzo. Cuando se supo esto se embarcaron los ingleses con tal precipitación que faltó poco para poner en peligro á sus aliados los rusos, pero los primeros se refugiaron á Sicilia y los segundos á Corfú, mientras que la corte de Nápoles se refugiaba á Palermo, llevándose todo el dinero que había en arcas, hasta el del Banco, y el príncipe real penetraba en Calabria con las mejores tropas del ejército napolitano. Dos señores también napolitanos fueron enviados á Capua, para tratar de la rendición de la capital, y celebrado un convenio, José, escoltado por el cuerpo de Massena, se presentó delante de Nápoles, en cuya ciudad entró el día 13 de febrero, sin que se alterase el orden, pues los lazzaronis no opusieron ninguna resistencia.

La plaza de Gaeta, aunque comprendida en el convenio de Capua, no fué entregada por el príncipe Hesse-Philipstadt, que la mandaba, quien declaró que se defendería hasta el último extremo; y efectivamente podía resistir por largo tiempo, porque aquella plaza, que lindaba únicamente por un istmo con el continente de Italia, era

una especie de Gibraltar. Así es que el general Reynier tomó las posiciones exteriores con no poca osadía, y se ocupó en estrechar al enemigo en la plaza, mientras no le daban el material necesario para emprender un sitio en regla.

Dueño ya José de Nápoles, le faltaban muchas dificultades que vencer, pues aunque solo había tomado aun el título de lugar-teniente de Napoleón, pasaba á los ojos de todos por el rey designado para el nuevo reino, y no había ni un ducado en las arcas, se habían llevado todas las municiones militares, se habían ido los principales empleados, y era preciso crear á un mismo tiempo la hacienda y la administración. José tenía penetración y carácter templado, pero carecía de la actividad prodigiosa de que se hallaba dotado su hermano Napoleón, y que era necesaria para fundar un gobierno.

Sin embargo, puso manos á la obra, favoreciéndole el que los grandes del reino, mas ilustrados que el resto de la nación, como sucede en todo país civilizado, habían sido maltratados por la reina, quien les acusaba de que se mostraban inclinados á las opiniones liberales, y los amenazaba con los lazzaronis, hombres ignorantes y fanáticos; conducta que observan todos los reyes que se apoyan en el pueblo para dominar á la grandeza, cuando la resistencia proviene de esta. Los grandes acogieron muy bien al nuevo gobierno del cual esperaban una administración que acometiese reformas acertadas y protegiese á todas las clases, de suerte que al verlos José animados de tan buenos sentimientos, procuró atraérselos mas y mas, y contuvo á los lazzaronis con el temor del

suplicio, ademas de que el nombre de Massena hacia temblar á los perturbadores. Una ráfaga de viento arrojó á Nápoles una fragata y una corbeta napolitanas, con varios barcos de transporte, y gracias á esto se recobraron algunas municiones, y sumas de bastante importancia. Ademas se armaron los fuertes, se impusieron contribuciones, y un corso muy hábil llamado Mr. Salicetti, á quien Napoleón envió á Nápoles, se puso á la cabeza de la policía, pidiendo José dinero á su hermano para salir de los primeros apuros.

Eugenio, virey que era de la Italia alta, recibió de manos del Austria los Estados venecianos, entrando en Venecia con sumo gusto de los habitantes de aquella antigua reina de los mares, quienes encontraban en su agregación á un reino italiano, constituido sobre sanos principios, cierto desquite de su perdida independencia. El cuerpo del general Marmont se descolgó de los Alpes estirios, se dirigió hácia el Isonzo, y formaba una reserva dispuesta á penetrar en Dalmacia, caso de que fuese necesario reunir las fuerzas, mientras que el general Molitor marchó rápidamente con su division hácia la Dalmacia para apoderarse de una comarca que Napoleón tenia en mucho, porque se hallaba inmediata al imperio turco. Dicho general entró en Zara, capital de Dalmacia, pero le quedaba por recorrer gran espacio de costas antes de llegar á las célebres bocas del Cattaro, que era la posición mas meridional é importante del Adriático, y se apresuraba, á fin de contener por medio del terror cuando llegase á los montenegrinos, pagados por Rusia hacia tiempo.

Por lo demas, la corte de Viena, que deseaba

se retirase el ejército francés, estaba dispuesta á cumplir fielmente el tratado de Presburgo, pues aquella córte, agotadas sus fuerzas en la última guerra, que era la tercera desde la revolucion francesa, y aterrada con los golpes que habia recibido en Ulm y Austerlitz, no renunciaba sin duda á la esperanza de levantarse de su postracion algun dia, pero lo que es por entonces estaba resuelta á poner algun orden en la hacienda, y dejar pasar muchos años antes de intentar la fortuna de las armas. El archiduque Carlos, que habia vuelto á ser ministro de la Guerra, estaba encargado de buscar un nuevo sistema de organizacion militar, que proporcionase, sin reducir demasiado las fuerzas, las economías que no podian retardarse, y por lo mismo se afanaban por cumplir exactamente el último tratado de paz, pagar ya en especies, ó ya en letras de cambio, la contribucion de 40.000.000 y ayudar á trasportar los cañones y fusiles cogidos en Viena, para que se verificase pronto la retirada de las tropas francesas, retirada que debia terminar el dia 1.º de marzo con la evacuacion de Braunau.

Napoleon que habia dejado á Berthier en Munich, para que cuidase de la vuelta del ejército, vuelta que queria se hiciese de un modo tan cómodo como lento, mandó á aquel fiel cumplidor de su voluntad se detuviese en Braunau, y que no restituyera esta plaza hasta que no recibiese noticia positiva de que se habia hecho la entrega de las bocas de Cattaro. Al mariscal Ney le instaló con su cuerpo en el pais de Salzburgo, para que viviese allí el mayor tiempo posible á costa de una provincia destinada á ser austriaca; el

cuerpo del mariscal Soult se estableció en Inn, de modo que pesaba sobre el archiducado de Austria y sobre Baviera, y vivia sobre ambos; los cuerpos de los mariscales Davout, Lannes y Bernardotte que pesaban demasiado sobre Baviera, cuyos habitantes iban cansándose, acababan de encaminarse hácia los paises recientemente cedidos á los principes alemanes, aliados nuestros, y como no se habia fijado término para la entrega de dichos paises, porque esto dependia aun de arreglos ulteriores, habia un pretesto fundado para residir en ellos algun tiempo. El cuerpo de Bernardotte se trasladó, pues, á la provincia de Anspach, cedida por Prusia á Baviera, y donde habia espacio para estenderse y poder subsistir; el cuerpo del mariscal Davout pasó al obispado de Aichstedt y al principado de Oettingen, y la caballeria se repartió entre aquellos diversos cuerpos, habiendo recibido permiso los que no tenian bastante holgura para encontrar con que alimentarse, de estenderse hasta los pequeños principados de Suabia, cuya existencia era problemática desde el tratado de Presburgo, puesto que habia que exigir nuevos cambios en la constitucion germanica. Las tropas de Lannes, divididas entre el mariscal Mortier y el general Oudinot, se acantonaron en Suabia; los granaderos de Oudinot se encaminaron á través de Suiza, hácia el principado de Neufchatel para tomar posesion de él, y por último el cuerpo de Augereau, reforzado con la division de Dupont y la division bátava del general Dumonceau, acampó en los alrededores de Francfort, pronto á marchar hácia Prusia, si de resultas del arreglo celebra-

do con ella no lograban entenderse sincera y amistosamente.

Aquellos diversos cuerpos se hallaban en el mejor estado, gracias al descanso que se les habia concedido, y á que se reclutaban con los jóvenes conscriptos que iban llegando á las orillas del Rhin, donde se habian reunido los depósitos al mando de los mariscales Kellermann y Lefebre. Nuestros soldados eran á ser esto posible, mas á propósito todavía para la guerra que antes de la última campaña, y estaban sumamente envanecidos con sus recientes victorias, tratando con humanidad á los pueblos de Alemania, siendo algo alborotadores, es verdad, alabando de buena gana sus hazañas, pero sociales en gran manera, y presentando un contraste singular con los alemanes sus auxiliares, quienes trataban á sus compatriotas con mucha mas aspereza que nosotros. Por desgracia, Napoleon, animado de un espíritu de economía útil para su ejército pero perjudicial para su política, solo pagaba á sus soldados parte del sueldo, reteniendo lo demas para dárselo mas tarde cuando volviesen á Francia, y exigia que los países en que se hallaban acampados les diesen víveres en lugar de la parte de sueldo que retenia, lo cual era para los habitantes una carga muy pesada. Si se hubiesen pagado los víveres, en vez de servir de carga, nuestras tropas hubieran sido una ventaja, y Alemania que sabia habian pisado su territorio por culpa de la coalicion, nos hubiera mirado con buenos ojos, de suerte que aquella era una economía mal entendida, y el beneficio que de ella reportaba el ejército, no valia tanto como los inconvenientes que podian resultar

de lo que estaban sufriendo los países ocupados. Napoleon retenia tambien el costo del equipo para vestir á sus soldados de nuevo cuando pasasen el Rhin y fuesen á tomar parte en los festejos que se preparaban; pero esto no lo sentian, y al contrario se resignaban alegremente á llevar uniformes usados y á recibir poco dinero, diciéndose á sí mismos que á su regreso á Francia tendrian vestidos nuevos y abundantes ahorros que poder gastar.

Por lo demas, si los pueblos se quejaban de la prolongada permanencia de nuestras tropas, los príncipes de segundo orden acabaron por invocar su presencia como un beneficio, pues con nada podian compararse las violencias y atrocidades á que se entregaban los gobiernos alemanes, sobre todo los que poseian alguna fuerza. El rey de Baviera y el gran duque de Baden pusieron la mano sobre los bienes de la nobleza inmediata, y aunque obraban sin contemplacion, esto no era nada comparado con la codicia del rey de Wurtemberg, quien llevaba la conducta hasta el extremo de invadir y saquear todos los feudos, como cuando gritaban en Francia: *guerra á los palacios, paz con las cabañas*. Sus tropas entraban en los dominios particulares de los príncipes, situados en su reino, so pretexto de apoderarse de las posesiones de la nobleza inmediata, y aunque solo tenia derecho el rey de Wurtemberg á una porcion del Brisgau, cuya mayor parte estaba destinada para la casa de Baden, lo ocupó casi del todo, de resultas de lo cual hubieran venido á las manos los wurtembergueses y los badenos á no ser por las tropas francesas.

Napoleon nombró á Mr. Otto, ministro que era de Francia en Munich, y á Berthier, mayor general del ejército grande, á rbitros para dirimir las contiendas que preveía entre los principes alemanes de primero y segundo orden, los cuales acudieron á Munich á donde se habia trasladado la Dieta de Ratisbona é impetraron la justicia de Francia, pidiendo les mandasen tropas por muy molesta que fuese su presencia. Por todas partes se veían surgir intrincadas disputas, que segun todas las trazas solo podían resolverse volviendo á reformar la constitucion germánica, y mientras esto no se verificaba, custodiaban los sitios disputados destacamentos nuestros, debiendo ser Francia y sus ministros los que decidiesen tanta y tanta cuestion. A mayor abundamiento no se valía de aquellos conflictos para prolongar la permanencia de sus tropas en Alemania, pues estaba impaciente porque el ejército regresase á Francia y se reuniese en París, para lo cual solo esperaba la completa ocupacion de la Dalmacia, y que Prusia diese una respuesta definitiva.

Obligada aquella corte á pronunciarse de una vez acerca del tratado de Schoenbrunn modificado, tomó al fin el partido de aceptar dicho tratado menos ventajoso despues de haberlo retocado en Berlin y París, y recibió con la frente cubierta de rubor y el corazon lleno de ingratitud el Hannover que en cualquier otro tiempo le hubiera colmado de alegría. ¿Y qué debia hacer en efecto? el único partido que podia tomarse, era acabar por adherirse á las proposiciones de Francia, ó resignarse bien pronto á la guerra, á la guerra que el ejército prusiano invocaba con jactancia, y que sus

gefes, y sobre todo el rey, como mas avisados, temian no poco.

De optar por la guerra, era preciso haberse decidido á ella cuando Napoleon dejaba á Ulm para penetrar en el valle del Danubio, y caer á su espalda, mientras que los austro-rusos, concentrados en Olmütz, le atraían á Moravia; pero el ejército prusiano no estaba dispuesto entonces, y despues del día 2 de diciembre, cuando Mr. de Haugwitz se avistó con Napoleon, era demasiado tarde. Mas tarde era todavía ya que los franceses reunidos en Suabia y Franconia, solo tenían que dar un paso para invadir á Prusia, hallándose como se hallaban los rusos en Polonia, y completamente desarmados los austriacos.

Aceptar el Hannover con las condiciones que ponía Francia, era, pues, la única resolucion posible de tomar, pero aquel era un modo muy singular de dar principio á una alianza íntima. El día 24 de febrero se ratificó el tratado del 15, é inmediatamente salió para París con las ratificaciones Mr. de Lucchesini, mientras que Mr. de Haugwitz por su parte se ponía en camino para Berlin, plenamente satisfecho de lo bien que le habia tratado Napoleon, á quien prometió de nuevo que Prusia seria su fiel aliada, aunque esperaba tendria que arrostrar muchas molestias al ver las dificultades que entonces hormigueaban en Alemania, y sobre todo, al ver prosternados á los pies de Francia á los principes alemanes de segundo orden para que los libertase de las exacciones con que los agoviaban otros principes mas poderosos ó mas favorecidos que ellos. Cuando llegó á Berlin Mr. de Haugwitz halló al rey muy contris-

tado con su situacion, y muy afligido con las dificultades que le oponia la corte, mas exaltada é intolerante que nunca. A tal punto llegó la osadia de los malcontentos, que una noche rompió los cristales de la casa de Mr. de Haugwitz una turba de hombres amotinados, que se creyó generalmente pertenecian al ejército, y que se dijo de público, aunque esto no era cierto, que estaban pagados por el príncipe Luis. Mr. de Haugwitz fingió que miraba con desden aquellas demostraciones que si son insignificantes en los países libres donde se miran con desprecio semejantes excesos de parte de la multitud, eran tan estrañas como graves en una monarquía absoluta, sobre todo cuando podian achacarse al ejército; pero el rey las miró como cosa seria y anunció públicamente estaba decidido á imponer castigos severos. En consecuencia mandó terminantemente se averiguase quienes eran los culpables, mas no sabemos si fué porque la policia fué cómplice ó porque no pudo, lo cierto es que no se logró descubrir á aquellos. Sin embargo, irritado el rey, mostró una voluntad tan firme y enérgica, que impuso á los malcontentos, y particularmente á la reina á quien manifestó que ya habia tomado su partido, que de esto dependia la salvacion de la monarquía, y que era preciso que todos cuantos le rodeaban se mostrasen conformes con su política. La reina que á pesar de todo miraba por los intereses del rey su esposo, calló, y por un instante presentó la corte un aspecto digno y conveniente.

Mr. de Hardenberg dejó el ministerio: Mr. de Hardenberg, que se habia hecho el idolo de los contrarios, que fué hechura de Mr. de Haugwitz,

partidario suyo, imitador, y el predicador mas ardiente de la alianza francesa, sobre todo en 1805 cuando Napoleon ofrecia á Prusia el Hannover, desde el campamento de Boloña. Entonces tenia á gloria M. de Hardeberg asegurar aquel ensanche á su país y se quejaba á los ministros franceses de la indecision de su rey, demasiado tardo, segun decia, en unirse á Francia; pero así que vio frustrado semejante designio, se arrojó con la impetuosidad propia de un carácter imoderado en brazos de Rusia, y no sabiendo cómo enmendar su yerro, declamaba á voz en grito contra Francia. Informado de su conducta Napoleon, cometió con él una falta que renovó muchas veces, cual fué hablar de él en sus boletines, aludiendo de un modo ofensivo á un ministro prusiano, seducido por el oro inglés; acusacion injusta; pues lo mismo estaba vendido al oro inglés Mr. de Hardenberg que al oro francés Mr. de Haugwitz. Así es, que decir esto en un documento oficial, era muy poco decente, y olia demasiado á la licencia propia de un soldado, y de un soldado vencedor, habiendo servido únicamente para que Mr. de Hardenberg adquiriese la inmensa popularidad que disfrutaba. El rey le concedió su retiro con demostraciones de consideracion, sin que por eso dejase de tener dicho retiro el carácter de una desgracia política.

Empero mientras que Federico Guillermo alejaba de sí á Mr. de Hardeberg, agregaba á Mr. de Haugwitz un segundo que no valia mucho mas, cual era Mr. de Keller, á quien la corte tenia por suyo, y que se decia de público sobreviviria á su jefe. Aquella era una especie de satisfaccion, concedida al partido enemigo de Francia, pues en

los gobiernos absolutos hay muchas veces que ceder á la oposicion, ni mas ni menos que en los gobiernos libres, pero Federico Guillermo hizo mas todavía que fué procurar vivir en paz con Rusia, y explicarle de un modo honroso las inconsecuencias que habia cometido por interés.

Desde lo de Austerlitz fueron muy pocos en Berlin en comunicarse con San Petersburgo, porque despues de las jactancias de Potsdam, Rusia debia estar abochornada con su derrota, y Prusia del modo con que habia cumplido el juramento que prestó sobre la tumba de Federico el Grande. El silencio era en aquellos momentos la mejor relacion que podian tener entre sí aquellas córtes; pero sin embargo, Rusia lo rompió una vez para declarar que sus fuerzas estaban á disposicion de Prusia, si de resultas del tratado de Postdam le declaráramos la guerra, callando despues una y otra potencia.

Como era preciso acabar por explicarse, el rey instó al anciano duque de Brunswick á que fuese á San Petersburgo, para oponer su gloria á las convenciones que no podian menos de hacerle por la conducta observada en Schoenbrunn y continuada en Paris. Aquel príncipe respetable, adicto á la casa de Brandeburgo, partió, pues, para Rusia á pesar de su edad avanzada, no con el fin de declarar francamente que preferian la alianza francesa, lo cual era espinoso, aunque mejor que esas ambigüedades funestas ya, sino á decir que si Prusia habia recibido el Hannover, era por no dejárselo á Francia, y para ahorrarse el sentimiento y el riesgo de ver otra vez á los franceses en el Norte de la Alemania, que si habian acepta-

do la palabra *alianza* era para evitar la guerra, y que dicha palabra no significaba otra cosa que neutralidad; que la neutralidad valia mas que nada para unos y otros; que nada podian ganar con la guerra Rusia y Prusia; que si se obstinaban en seguir aquel sistema de encarnizada hostilidad contra Francia, favorecian el monopolio comercial de Inglaterra, y que el monarca prusiano no estaba muy seguro de si se favoreceria tambien, obrando de aquel modo, el dominio que Napoleon queria ejercer en el continente.

Este era el language que debia usar en San Petersburgo el duque de Brunswick.

Mas no volvamos á ocuparnos del jóven emperador, que impulsado á hacer la guerra por vanidad, y contra lo que le dictaba su razon, inauguró en Austerlitz de un modo tan triste su carrera militar, dando poco que hablar durante los tres meses que habian transcurrido desde entonces, y ocultando en su lejano imperio el bochorno de su derrota.

En Rusia empezaba á levantarse un grito general contra los jóvenes que, segun se decia gobernaban y comprometian el imperio, jóvenes que colocados en el ejército ó en el gabinete, disputaban entre sí. El partido de los Dolgorouki acusaba al de los Czartoryski; echándole en cara que todo se habia perdido por la mala conducta que habia observado con Prusia, y diciendo que habia querido violentarla, consiguiendo alejarla en vez de hacer que se uniese á Rusia, para que se malograra el triunfo por no haber tomado parte en la coalicion. Y todo por un interés particular, por arrancar á Prusia las provincias polacas, y volver

à constituer en reino la Polonia, sueño funesto por cuya realizacion estaba vendiendo al emperador el principe polaco Czartoryski.

Este y sus amigos sostenian con mucha mas razon que los militares presuntuosos, que no supieron aguardar en Olmütz à que espirase el término fijado para la intervencion de Prusia, que quisieron dar la batalla prematuramente, y oponer su esperiencia de veinte y cinco años à la ciencia del general mas consumado de los tiempos modernos, que aquellos militares, decimos, tan presuntuosos como ineptos, fueron los verdaderos autores de los reveses que sufrió Rusia.

Los rusos de edad madura, descontentos tambien condenaban à todos aquellos jóvenes, y Alejandro, à quien acusaban de que se dejaba llevar ya por unos, ya por otros, no era muy respetado en aquella época por sus súbditos.

En los primeros dias que siguieron à su derrota, se mostró muy desanimado, y si el principe Czartoryski no le hubiese recordado varias veces su propia dignidad, hubiera dejado ver demasiado el profundo abatimiento que se habia apoderado de su alma. El referido principe, aunque tenia parte en la inespriencia que era comun en todos los jóvenes que regian el imperio, abrigaba miras formales y era el principal autor del sistema de arbitramento europeo que impulsó à Rusia à tomar las armas contra Francia. Dicho sistema que en los hombres de estado rusos, solo era una máscara para encubrir la ambicion nacional, nacia en aquel joven polaco de un pensamiento sincero, de suerte que queria que Alejandro asistiese en él; y no hay duda en que, si era una

presuncion y grande en hombres tan jóvenes querer regentear la Europa, sobre todo, cuando habia potencias que disputaban su imperio, era todavia mayor ligereza abandonar tan pronto lo que habia emprendido con tanta temeridad.

El principe Czartoryski dirigió al joven emperador, amigo suyo poco antes, y que ya empezaba à convertirse en soberano, palabras nobles y respetuosas que honrarian à un ministro de un pais libre, y que deben honrarle mucho mas en un pais donde la resistencia al poder es un acto de abnegacion extraordinario, y destinado à permanecer oculto. Haciendo una reseña de la indecision y debilidades de que habia dado pruebas Alejandro, le dijo el principe:—Por muy abatida que esté el Austria, aborrece à su vencedor, y aunque Prusia está dividida entre dos partidos, acabará por dejarse llevar del sentimiento aleman que la domina: contemplad, pues, à esas potencias y dejad que llegue el momento en que una y otra estén prontas à obrar. Hasta entonces podeis permanecer cierto tiempo sin hacer las paces ni entrar en guerra, esperando llegue una coyuntura en que podais volver à tomar las armas ó à hacer un tratado ventajoso. No dejeis de estar unido à Inglaterra, y obligareis à Napoleon à que os conceda lo que se os debe.

Conociendo Alejandro lo grande que era Napoleon, desde que lo encontró en el campo de batalla de Austerlitz, contestó al principe Czartoryski:—Cuando queremos luchar con ese hombre, nos parecemos à niños que quieren habérselas con un gigante; y añadió que sin el apoyo de Prusia no era posible renovar la guerra, pues sin ella no

habia probabilidad alguna de sostenerla con buen éxito. Es verdad que Alejandro tenia en mucha estima al ejército prusiano por el único motivo de que aun no lo habia derrotado Napoleon; y efectivamente en aquel ejército se fundaba entonces la esperanza de la Europa, no siendo extraño por lo mismo, que Alejandro estuviese dispuesto á dar otra vez principio á la lucha con él, y nada mas que con él. En cuanto á Inglaterra, no esperaba de ella ningun auxilio eficaz, pues temia que, de resultas de la muerte de Mr. Pitt que se anunció como segura, y del advenimiento al poder de Mr. Fox que se anunciaba como muy próximo, se extinguiera sino en el corazón de los ingleses á lo menos en su política el odio con que aquella nacion miraba á Francia. Sin embargo, las observaciones del príncipe Czartoryski estimularon el orgullo de Alejandro, sacándole de su abatimiento, y estaba resuelto antes de entregar su espada á Napoleon, á hacérsela esperar; pero aunque las lecciones de su jóven censor eran útiles, le parecieron inoportunas, y trataba de buscar entre los personajes de su imperio, un hombre tan complaciente como inepto, que cubriese con sus muchos años y ejecutase con sumision su voluntad, pudiéndose decir en consecuencia que iba á recaer este favor en el general Budberg.

Esto no impidió que siguiesen con bastante exactitud la conducta que aconsejó el príncipe Czartoryski, pues volvieron á entablar relaciones con Austria, olvidaron al parecer la frialdad con que fueron tratados en Holitsch, y manifestaron á aquella corte gran interés por sus desgracias, y no poco respeto por el poder que aun le quedaba,

llegando hasta encargarse de entablar negociaciones en Londres, á fin de que le pagase un año de subsidio, aunque solo habia durado la guerra tres meses. En cuanto á Prusia, evitaron cuanto pudiera ofender su amor propio, guardandose no obstante de aprobar sus actos, y al príncipe de Brunswick, que llegó á principios de marzo, le recibieron perfectamente, colmándole de atenciones, que se dirigian á su persona, á su edad, á su gloria militar, y de ningun modo á la corte de que era representante. No sucedió lo mismo cuando empezó á hablar de negocios políticos, pues le dijeron no podian aprobar que Prusia hubiese aceptado el Hannover de manos del enemigo de la Europa; que por lo demas, las paces que habia hecho con Francia eran poco duraderas, y que bien pronto tendria Prusia que adoptar una resolucion retardada por largo tiempo, para sacar al fin la espada del Gran Federico. — Entonces, dijo el emperador Alejandro al duque de Brunswick, yo serviré á vuestras órdenes, y tendré á gloria aprender el arte de la guerra en vuestra escuela.

Sin embargo, trataron de entablar con el anciano duque una negociacion, destinada á permanecer secreta, pues so pretexto de que Francia no cumpliria fielmente las condiciones de la alianza, le propusieron una subalianza con Rusia, por medio de la cual Prusia, así que estuviere descontenta con su aliado el francés, podria recurrir á su aliado el ruso, en cuyo caso tendria á su disposicion todas las fuerzas del imperio moscovita. Lo que le ofrecian era nada menos que una traicion con Francia; pero queriendo el duque de Bruns-

wick dejar en San Petersburgo buenas disposiciones en favor de Prusia, consintió, no en contraer semejante compromiso, pues no podían autorizarle para ello, sino en hacer la proposición á su rey, por lo cual se convino en que quedarían abiertas las negociaciones, y las proseguirían en secreto sin que lo supiese Mr. de Haugwitz, por conducto de Mr. de Hardenberg, el ministro que al parecer se hallaba en desgracia, y que por debajo de cuerda seguía tratando el asunto mas importante de la monarquía.

Mientras que Prusia procuraba explicar de este modo su conducta á la corte de Rusia, trataba también de disculparse en Londres por haber ocupado el Hannover, siendo muy singular el manifiesto que dirigió á los hannoverianos, y lo que dijo á la corte de Londres. A los primeros manifestó que tomaba posesion con sentimiento de aquel reino, posesion que pagaba con un sacrificio amargo, el de las provincias que tenia en el Rhin, Franconia y Suiza; pero que si obraba así era por asegurar la paz á Alemania, y evitar al Hannover pisasen su suelo tropas extranjeras; y después de dirigir al pueblo hannoveriano estas palabras faltas de franqueza y dignidad, dijo al gabinete inglés que no quitaba á Inglaterra el Hannover, sino que lo recibía de manos de Napoleón, á quien pertenecía por derecho de conquista. A esto añadió que lo recibía con disgusto, y como un cambio que le imponían por provincias que sentía infinito perder, que aquellas eran las consecuencias de la guerra imprudente que siempre había criticado Prusia, que habían emprendido contra su dictámen, y cuyos funestos

resultados debían recaer sobre la coalicion, pues con luchar fuera de tiempo con aquel poder colosal, le habían elevado mas y mas, para que tomase de unos lo que daba á otros, y violentase lo mismo á los que favorecía con sus regalos que á aquellos á quienes despojaba.

Sin hacer caso Inglaterra de semejantes razones, contestó con un manifiesto en que llenaba de dicerios á la corte de Prusia, declarando que había caído de un modo miserable bajo el yugo de Napoleón, que era indigna de oírsele, y tan despreciable por su codicia como por su servilismo. Sin embargo, por no pasar el gabinete británico á los ojos de la nacion por tan imprudente que iba á atraerse un enemigo mas, mirando exclusivamente por los intereses de la familia real, dijo que hubiera sufrido aquella nueva invasion del Hannover, resultado inevitable de la guerra continental, si Prusia se hubiese limitado á ocuparlo simplemente; pero que anunciando dicha potencia que iba á cerrar los rios, cometía un acto hostil, y perjudicial en gran manera para el comercio inglés, por lo cual le declaraba la guerra. En consecuencia se mandó á todos los buques de la marina real que persiguiesen el pabellón prusiano, lo cual debía causar grave daño á toda la Alemania, pues las embarcaciones del Báltico se cubrían por lo regular con aquel pabellón, mas respetado que los demas por los señores del mar.

El ascendiente adquirido con la batalla de Marengo atrajo á Napoleón la Inglaterra, pero el de Austerlitz mucho mas, pues las victorias de nuestros ejércitos de tierra eran un medio de desarmarla, aunque no tan directo. La primera de

aquellas dos victorias hizo que Mr. Pitt se retirase, y la segunda causó su muerte, pues aquel gran ministro, que volvió á subir al ministerio en agosto de 1803 por dos años solamente, subió para sufrir acerbos pesares. No teniendo por compañeros, como antes, á MM. Windham y Grenville, ni á Mr. Fox, aliado suyo de hacia poco tiempo, tuvo que luchar en el parlamento con sus antiguos y nuevos amigos, y en Europa con Napoleón, emperador ya y mas poderoso que nunca. Así que se oyó su voz tan conocida por los enemigos de Francia, resonó en todas partes el grito de ¡a las armas!, formóse por tercera vez la coalicion y el ejército francés tuvo que dejar á Douvres para encaminarse hácia Viena; pero disuelta en Austerlitz dicha coalicion, Mr. Pitt vió frustrarse sus proyectos, á Napoleón en libertad de regresar á Boloña, y á punto de renacer la ansiedad que esto causaba á Inglaterra.

La idea de que Napoleón volviese á aparecer en las orillas de la Mancha traia inquietos á los ingleses, pues aunque confiaban en que era difícil pasar á Inglaterra, empezaban á temer no hubiese nada imposible para el hombre extraordinario que conmovia al universo, y se preguntaban á sí mismos si valia la pena arrostrar semejante peligro para adquirir una isla mas, cuando era suya toda la India, y tenían tan sujeto el cabo de Buena Esperanza y á Malta, que nadie podia arrebatárles su posesion. Habia quien decia que la batalla de Trafalgar aseguró de un modo definitivo la superioridad que Inglaterra tenia sobre los mares, pero que el continente europeo quedaba por Napoleón, quien iba á cerrar todas

las salidas; que dicho continente era el mundo, y no podian vivir separados de él eternamente; y que las victorias navales mas brillantes no impedirian que aprovechándose algun dia Napoleón de un suceso imprevisto en el mar, partiese de aquel continente para invadir la Inglaterra. De consiguiente entre los ingleses dotados de raciocinio estaba desacreditado el sistema de guerra á muerte, y por mas que este sistema haya tenido buen resultado mas tarde, conociase entonces el peligro, grande, muy grande, comparado con las ventajas que podia sacarse de una lucha prolongada.

Como los hombres son esclavos de la fortuna, y creen que han de ser eternos los que únicamente son caprichos de un momento, trataban con crueldad á Mr. Pitt, olvidando los servicios que aquel ministro habia prestado á su patria durante veinte años, y el grado de grandeza á que le habia elevado, merced á la energia de su patriotismo y al talento parlamentario que desplegó para someter á su voluntad á la cámara de los comunes. Le tenían por hombre vencido, y le trataban como á tal, burlándose sus enemigos de su política y de los resultados que habia producido, y atribuyendo á él los disparates que cometió el general Mack, la precipitacion con que entraron en campaña los austriacos sin esperar á los rusos, y lo ligero que anduvieron estos en dar la batalla, sin esperar á los prusianos. Todo esto lo achacaban al furor impaciente de Mr. Pitt, y se mostraban muy interesados por Austria, acusando á Mr. Pitt de que la habia perdido, siendo así que era el único amigo verdadero que tenia Inglaterra.

Sin embargo, Mr. Pitt nada tenia que ver con el plan de campaña, pues solo tuvo parte en la coalicion, siendo él quien la anudó para impedir como efectivamente impidió la expedicion de Boloña; pero esto no se lo agradecian.

Una circunstancia muy particular agravó el mal causado por la última victoria de Napoleon. Al dia siguiente de la de Austerlitz, ni mas ni menos que al dia siguiente de la de Marengo, se dijo antes de que se conociese la verdad, que Napoleon habia perdido en una gran batalla veinte y siete mil hombres y toda la artilleria; pero no tardó en esparcirse la noticia de la verdadera pérdida, y los individuos de la oposicion tradujeron é imprimieron los boletines franceses, mandando repartirlos á la puerta de Mr. Pitt y del embajador de Rusia.

Para disfrutar de toda su gloria no tenia que hacer otra cosa Napoleon sino pasar el estrecho, y oír cuanto decian de él, su genio y su fortuna; pero ¡lo que son las vicisitudes de este mundo! lo que Mr. Pitt sufrió en aquella época, Napoleon debia sufrirlo mas tarde, y con una injusticia y una pasion proporcionadas á la magnitud de su genio y destino.

Veinte y cinco años de luchas parlamentarias, luchas devoradoras que gastan el alma y el cuerpo, arruinaron la salud de Mr. Pitt, poniendo fin á su vida prematuramente en 23 de enero de 1806 una enfermedad hereditaria, mortal de resultados del trabajo, las fatigas y los pesares que últimamente habia sufrido. Murió á la edad de 47 años, despues de gobernar á su pais durante mas de veinte con tanto poder como puede egercerse en

una monarquía absoluta; y sin embargo, vivia en un pais libre, no contaba con el favor de su rey, y tenia que conquistar los votos de la asamblea mas independiente del mundo!

Si hay quien admire á esos ministros que en las monarquías absolutas saben encadenar por mucho tiempo no solo la debilidad del principe sino la inestabilidad de la corte, y reinar en nombre de su amo en un pais servil, ¡cuánto mas será de admirar un hombre cuyo poder, establecido en una nacion libre, dura veinte años! No hay duda en que las cortes son caprichosas, pero no lo son tanto como las grandes asambleas deliberantes, pues todos los caprichos de la opinion, escitados por los mil estimulantes de la prensa cuotidiana, y que refleja un parlamento donde se resisten de la autoridad de la soberanía nacional, componen esa voluntad inconstante, servil unas veces y otras despótica, que es necesario cautivar para reinar sobre esa multitud de hombres que pretenden reinar tambien. Para dominarla se necesita, ademas del arte de la adulacion, que produce muy buen resultado en las cortes, ese arte tan diferente de la palabra, vulgar á veces y á veces sublime, que es indispensable para hacerse escuchar de hombres reunidos, y se necesita tambien, lo que no es un arte sino un don, el carácter con que se consigue arrostrar y contener las pasiones escitadas. Todas estas cualidades naturales ó adquiridas, las poseia Pitt en alto grado, y no ha habido en los tiempos modernos uno que con mas habilidad haya sabido manejar una asamblea. Espuesto durante la cuarta parte de un siglo á la vehemencia arrebatadora de Mr. Fox y

á los punzantes sarcasmos de Mr. Sheridan, se mantuvo en pié con imperturbable sangre fria, habló constantemente con exactitud, oportunidad y parsimonia, y cuando la sonora voz de sus adversarios iba á juntarse con la voz mas poderosa aun de los sucesos, cuando desconcertó la revolucion francesa á los hombres de estado y á los generales de mayor esperiencia de la Europa, arrojando en medio de su marcha á Fleurus, Zurich ó Marengo, siempre supo contener por medio de la firmeza y la oportunidad de sus respuestas á los hombres inquietos que habia en el parlamento británico. Y en esto fué donde mas se dió á conocer Mr. Pitt, pues como ya hemos dicho en otra parte que ni tuvo genio organizador ni las luces profundas propias de un hombre de estado: como que si esceptuamos algunas instituciones rentísticas de un mérito disputable nada creó en Inglaterra, y muchas veces se engañó acerca de las fuerzas relativas de la Europa y de la marcha de los sucesos; pero ademas de tener los talentos de un gran orador político queria con entusiasmo á su país y odiaba en gran manera la revolucion francesa. Para que el genio tenga poder necesita tener pasiones, y representando como representaba Mr. Pitt en Inglaterra, no á la aristocracia noviliaria sino á la comercial, que fué la que le prodigó sus tesoros por medio de empréstitos, resistió al engrandecimiento de Francia y al contagio de los desórdenes demagógicos con una constancia que nada pudo abatir, manteniendo el orden en su país sin menoscabo de su libertad. Es verdad que lo dejó cargado de deudas pero en quieta posesion de los mares y de las Indias; que

usó y abusó de las fuerzas de Inglaterra; pero lo cierto es que era el segundo país del mundo cuando él murió, y el primero á los ocho años de su muerte. ¿Y de qué servirían las fuerzas de las naciones si no procurasen dominarse las unas á las otras? el dominar en grande entra en los designios de la Providencia porque un hombre de genio es con respecto á una nacion lo que una grande nacion para la humanidad. Las grandes naciones civilizan, ilustran el mundo, y le hacen caminar con mas rapidez por todos los caminos, debiendo pedirse únicamente que reunan la fuerza, la prudencia necesaria para que esta triunfe, y la justicia que redunde en honra suya.

Mr. Pitt, que fué tan afortunado por espacio de diez y ocho años, fué desgraciado en los últimos dias de su vida, de suerte que nosotros los franceses nos vengamos de aquel cruel enemigo, pues pudo creer que siempre estaria de nuestro lado la victoria, pudo dudar de la escelencia de su politica y temblar por el porvenir de su patria. Por lo demás lord Castlereagh uno de los hombres mas medianos de los que le sucedieron en el poder, fué el que debia gozarse en nuestros desastres.

En medio de las acusaciones mas diversas y violentas, tuvo la fortuna Mr. Pitt de que nadie atacase su integridad, pues vivió con sus emolumentos, que eran bastantes, y pasó por pobre aunque no lo era. Asi es que cuando se anunció su muerte propuso un individuo de la antigua mayoría ministerial se pagasen sus deudas; pero esta proposicion, acogida con respeto por el parlamento, fué combatida por los que habian sido

amigos suyos y va eran enemigos, y especialmente por Mr. Windham, que habia sido compañero suyo de ministerio durante mucho tiempo. Su noble antagonista Mr. Fox tampoco se adhirió á ella, si bien con sentimiento, exclamando con un acento que conmovió á la asamblea de los comunes:—Yo concedo á mi ilustre adversario la honra que se merece, y tengo á gloria el que me hayan llamado rival suyo; pero he combatido su política por espacio de veinte años, y qué diría de mí la generacion presente si viera que admitia una proposicion con que se quiere rendir por última vez un homenaje ostentoso á esa misma política, que he creído y creo es funesta para Inglaterra!—Todo el mundo comprendió el voto de Mr. Fox, y aplaudió la nobleza de su lenguaje.

Algunos dias despues, tomó otro caracter la proposicion, y el parlamento votó por unanimidad 50,000 libras esterlinas (12,500,000 francos para pagar las deudas de Mr. Pitt, decidiéndose se le enterrase en Westminster.

Con la muerte de Mr. Pitt, quedaron vacantes los puestos de primer lord de la tesorería, canceller del *echiquier*, lord gobernador de las cinco puertas, gran maestro de la universidad de Cambridge, y varios otros no tan importantes.

Difícil era buscar quien le reemplazase, no en dichos cargos que disputaban entre sí muchos ambiciosos, sino en el de primer ministro, que tenia algo de aterrador, teniendo como tenia que habérselas el que lo desempeñase con Napoleon, vencedor de la coalicion europea. Al renovarse la guerra en 1803, y al ver que gobernaba el débil ministerio Addington, se apoderó de todos la idea

de reunir á los hombres de gran talento, aunque fuesen de opinion contraria, como por egemplo MM. Pitt y Fox para que hicieran frente á las dificultades de la lucha que iban á empezar de nuevo contra Napoleon, reunion tanto mas natural y facil cuanto que MM. Pitt y Fox hacian la oposicion al gabinete de comun acuerdo. Tambien la quiso Mr. Pitt, pero no pudo convencer á Jorge III, y entró en el ministerio sin Mr. Fox, entrando igualmente como especie de compensacion, sin MM. Grenville y Windham, partidarios como él del antiguo sistema tory, y que le parecieron demasiado exaltados para volver á darles parte en el mando.

Viendo estos que Mr. Pitt los habia dejado fuera, fuéronse acercando poco á poco á Mr. Fox por el camino de la oposicion, aunque por la índole de sus opiniones, distaban mas de él que el mismo Mr. Pitt. Una lucha comun de dos años contribuyó á unirlos, y al fallecimiento de éste era muy poca la diferencia que los separaba, de lo cual resultó que la opinion general los llamaba al ministerio, para que reemplazasen por la coalicion de sus talentos, al gran ministro que acababan de perder, hiciesen las paces con Napoleon por medio de las relaciones de amistad que con él tenia Mr. Fox, y luchasen con toda la energia propia de los Grenville y los Windham, si no conseguian entenderse con Francia.

Si en 1803 tomó Jorge III, por ministro á Mr. Pitt, á quien no queria, por pasarse sin Mr. Fox, á quien queria mucho menos, muerto el primero, tenia que sufrir el imperio de la opinion y reunir en un mismo gabinete á MM. Fox, Grenville, Windham y sus amigos. Así es que Mi-

lord Grenville obtuvo el cargo de primer lord de la tesorería, es decir de primer ministro; Mr. Windham el que siempre había ocupado, esto es el gobierno de la guerra; Mr. Fox, relaciones exteriores, y Mr. Gray el almirantazgo, distribuyéndose los demás departamentos entre los amigos de aquellos personajes políticos, pero de modo que Mr. Fox contase con el mayor número de votos en el nuevo ministerio.

Aquel gabinete, así formado, obtuvo una gran mayoría, á pesar de los ataques de MM. Cartwright y Canning, colegas que fueron de Mr. Pitt, y se ocupó sin detención en dos objetos esenciales, en organizar el ejército y arreglar las relaciones con Francia.

En cuanto al ejército, no era posible dejarlo tal como se hallaba desde 1803, es decir compuesto de una fuerza regular insuficiente, y de tres mil voluntarios, tan costosos como mal disciplinados, organización del momento que se le dió para ver de salir del apuro. Mr. Windham, que se había burlado sin cesar de los voluntarios, y sostenido que no podía hacerse ninguna cosa importante con ejércitos que no fuesen regulares, lo cual le proporcionó ocasión de hablar en términos magníficos del ejército francés, no podía dejar subsistir la organización actual, y así propuso una especie de licenciamiento disfrazado de los voluntarios, y ciertos cambios en las tropas de línea que debían facilitar el reclutamiento de estas. Ya hemos visto que el ejército inglés, lo mismo que todo ejército mercenario, se reclutaba por medio de enganches espontáneos, pero estos enganches eran de por vida, y dificultaban el reclutamiento

Mr. Windham propuso, pues, que se convirtiesen en enganches temporales, desde siete hasta veinte años, añadiendo á esto ventajas en el sueldo de mucha consideración, con lo cual contribuyó á proporcionar al ejército inglés una organización más fuerte; pero tuvo que luchar con la preocupación que todas las naciones libres tienen contra los ejércitos permanentes, contra el favor que se habían captado los voluntarios, y sobre todo contra los intereses creados por aquella institución, pues había que formar un cuerpo de oficiales para los voluntarios, y era preciso disolverlo. Hicieron esfuerzos por lo mismo para poner á Mr. Windham en contradicción con su nuevo colega Mr. Fox, que participaba de las preocupaciones populares de su partido, y se mostró en otro tiempo más inclinado á la institución de los voluntarios, que á estender el ejército regular; pero á pesar de todos aquellos obstáculos, fué aprobado el proyecto ministerial. En consecuencia se aumentó el ejército, el cual debía componerse hasta el completo desarrollo del nuevo sistema, de doscientos sesenta y siete mil hombres, entre los cuales había setenta y cinco mil de milicia local y ciento noventa y dos mil de tropa de línea, esparcidos por los tres reinos y las colonias. En cuanto al gasto total del presupuesto subió en aquel año á unos 83.000.000 de libras esterlinas, es decir á 2.000.000.000 de francos, en los cuales figuraban los impuestos por 1.500.000.000, y el empréstito que había que hacer era de 500.

Con estos poderosos recursos quería presentarse Inglaterra á Napoleon, á fin de negociar, esperanzados todos de que nadie mejor que

Mr. Fox podría anudar relaciones pacíficas, por su situación y las relaciones que tuvo con Napoleón siendo este cónsul. Una feliz casualidad que la Providencia debía á aquel hombre honrado, le proporcionó ocasion de un modo honroso y natural, pues creyendo un miserable que el gobierno actual era como los anteriores, se introdujo en casa de Mr. Fox, y se ofreció á asesinar á Napoleón. Indignado el ministro de quien vamos hablando, mandó á sus porteros que le prendiesen, y lo entregó á la policía inglesa, escribiendo sin detención á Mr. de Talleyrand una carta muy noble en que le contaba la odiosa proposición que acababan de hacerle, y le decía que estaba dispuesto á poner á su disposición todos los medios necesarios para perseguir al autor de aquella, si le parecía que su proyecto tenía visos de formalidad.

Napoleón agradeció como debía una acción tan generosa, y dirigió á Mr. Fox por conducto de Mr. de Talleyrand la contestación que merecía.

«He presentado, así decía, Mr. Talleyrand, á S. M. la carta de V. E. y al leerla exclamó:— En eso se conoce los principios de honor y virtud de que siempre ha estado animado Mr. Fox; y luego añadió:— Dadle las gracias de mi parte, y decidle que hora sigamos en guerra por mucho tiempo merced á la política de su soberano, ora tengan término cercano, como deben deseárselo nuestras respectivas naciones, una reyerta inútil para la humanidad, me alegro del nuevo carácter que con este paso ha tomado la guerra, y que es un presagio de lo que puede esperarse de un gabinete, cuyos sentimientos me complazco en saber apreciar, si son como los que abriga

Mr. Fox, uno de los hombres mas dignos de conocer en todo lo bello y verdaderamente grande.»

Nada mas decía Mr. de Talleyrand, pero era bastante para anudar relaciones que habian principiado con tanta nobleza, y así Mr. Fox contestó con una carta franca y cordial, en que ofrecía la paz sin rodeos ni emboscadas políticas, con condiciones honrosas y seguras, y por medios tan sencillos como pronto. Según Mr. Fox, habian variado y mucho las bases del tratado de Amiens, de resultas hasta de las ventajas que Francia é Inglaterra consiguieron en los dos elementos, teatro por lo regular de sus triunfos, y por lo mismo era preciso buscar nuevas condiciones con que no padeciera el orgullo de ninguna de las dos naciones, y que proporcionaran á la Europa garantías de un porvenir tranquilo y seguro. Estas condiciones, no era difícil de encontrarlas como una y otra se acomodaran á la razón, y viendo Mr. Fox, que con arreglo á los tratados anteriores, Inglaterra no podia negociar por separado de Rusia, como que mientras no consultaban á esta, podia encargarse á personas intermediarias, que discutieran los intereses de las potencias beligerantes, preparando una transacción, se ofreció á designar al instante los sujetos á quienes debia confiarse dicho encargo, y el sitio donde debian reunirse.

Esta proposición encantó á Napoleón, quien en el fondo deseaba reconciliarse con la Gran Bretaña, pues de ella dimanaba la guerra como brota el agua de un manantial, y habia pocos medios directos de vencerla, si exceptuamos uno muy decisivo pero arriesgadísimo, y que solo él podia

poner en práctica, esto es el desembarque. Así es que le causó sumo gozo aquel primer paso, y se apresuró á secundar los deseos del ministro inglés.

Sin esplicarse acerca de las condiciones, dió á entender en su respuesta que disputaria muy poco á Inglaterra las conquistas que habia hecho (recordarán nuestros lectores que retuvo á Malta y se apoderó del Cabo), que Francia por su parte habia dicho cuanto tenia que decir á Europa en el tratado de Presburgo, y que ninguna otra cosa pretendia, por lo cual debia ser fácil sentar las bases, si es que Inglaterra no tenia miras particulares é inadmisibles con respecto á los intereses comerciales.—El emperador está persuadido, decia Mr. de Talleyrand, que la verdadera causa del rompimiento de la paz de Amiens no es otra que el haberse negado á celebrar un tratado de comercio, y debeis saber que aunque el emperador quiere la union bajo ciertos aspectos comerciales, á ser esto posible, no admitirá ningun tratado que perjudique á la industria francesa, á la cual trata de proteger por medio de cuantos impuestos ó prohibiciones puedan favorecer su desarrollo. Lo que pide es que le dejen en libertad de hacer en su casa lo que tenga á bien, lo que crea útil, sin que ninguna nacion rival esté autorizada á decir que es malo.

En cuanto á la intervencion de Rusia en el tratado, Napoleon declaró positivamente que no la queria, porque entraba en sus principios diplomáticos hacer las paces con cada nacion por separado, y estos principios eran tan justos como hábilmente imaginados. La Europa siempre em-

pleó contra Francia el medio de las coaliciones, y hubiera sido favorecer á estas admitir negociaciones colectivas, porque era prestarse á la condicion esencial de toda coalicion, la cual prohibe á sus miembros tratar aisladamente. Así es que Napoleon, que en la guerra procuraba encontrar á sus enemigos separados, para batirlos uno por uno, debia buscar en la diplomacia el encontrarlos en igual posicion, y por lo mismo se negó abiertamente á todas las ofertas que le hicieron de negociar colectivamente, en lo cual tuvo razon, sin perjuicio de apartarse de este principio de conducta, en caso de que Mr. Fox tuviese compromisos que no le permitieran tratar sin la Rusia. Despues de sentar Napoleon por principio que la negociacion habia de hacerse por separado, dijo ademas que se hallaba dispuesto á escoger para sitio de dicha negociacion, no Amiens, que recordaba bases de paz abandonadas ya, sino á Lila, y á enviar allí sin detencion un ministro plenipotenciario.

Mr. Fox replicó al momento que lo primero que se habia manifestado al empezar aquellas conferencias, era que la paz fuese honrosa parâ ambas naciones, y que no lo seria para Inglaterra si se trataba sin la Rusia, pues estaba formalmente comprometida, por un artículo de tratado (aquel que constituia la coalicion de 1805), á no celebrar paz alguna por separado. Dijo ademas que si Francia tenia un principio, cual era el de no autorizar las coaliciones por su modo de negociar, Inglaterra tenia otro, que era no dejarse escluir del continente, prestándose á la disolucion de las alianzas continentales, y que sobre este

punto eran tan desconfiados en Inglaterra como podian serlo en Francia acerca del artículo de las coaliciones. Mr. Fox, que con todos sus despachos oficiales enviaba una carta particular, llena de franqueza y lealtad, egemplo que siguió Mr. de Talleyrand por su parte, concluía diciendo que las negociaciones iban á paralizarse tal vez por un obstáculo terminante, y que lo sentia de todo corazon, pero que á lo menos seria legal la guerra, y digna de los dos grandes pueblos que la sostenian. Por lo demas, añadió estas notables palabras:

«Agradezco en gran manera, segun debo, las espresiones de que se ha valido al hablar de mí el grande hombre á quien servis.... Sé que es inútil lamentarse, pero si viese como yo veo la verdadera gloria que tendria derecho á adquirir con una paz moderada y justa, ¡cuánta dicha no resultaria de esto á Francia y á toda Europa!

Lóndres 22 de abril de 1806.

«C. J. Fox.»

Cuando se recuerda, en medio de aquella lucha encarnizada, y que puede llamarse feroz, las escenas sangrientas que entonces tuvieron lugar, descansa el ánimo con gusto en las relaciones nobles y benévolas, que un hombre de bien, tan generoso como elocuente, hizo que hubiese por un instante entre las dos naciones mas grandes del globo, y el alma se llena de mil pesares á cual mas dolorosos é inconsolables.

Hasta á Napoleon conmovia el language de Mr. Fox, y deseaba sinceramente la paz. En cuan-

to á Mr. de Talleyrand, aunque se engañaba acerca del sistema de nuestras alianzas, nunca sobre el punto esencial de la politica de aquel tiempo, y ni un solo dia cesaba de creer que la paz, en el grado de grandeza á que habiamos llegado, era lo que mas nos interesaba. Esto lo decia con un valor que no solia tener para otras cosas, y hacia vivas instancias á Napoleon para que se aprovechase de la única ocasion que se le presentaba, siendo como era ministro de negocios estrangeiros Mr. Fox, de negociar con la Gran Bretaña; pero no le costaba mucho trabajo hacerse oír, pues Napoleon estaba tan dispuesto como él á no desperdiciar aquella ocasion tan feliz como inesperada.

Las circunstancias á mayor abundamiento, se prestaban para vencer el obstáculo que segun todas las trazas iba á paralizar las negociaciones desde un principio, pues habia razones para creer, segun lo que decian, el duque de Brunswick y el cónsul de Francia en San Petersburgo, que inquieto Alejandro con las consecuencias de la guerra, y desconfiando como desconfiaba del silencio del gabinete británico, así como del modo de pensar de Mr. Fox, deseaba se restableciese la paz. El cónsul de Francia envió á Paris al canceller del consulado para que refiriese lo que sabia, y todo indicaba que iban á abrirse directamente negociaciones con Rusia, en cuyo caso no podria Mr. Fox insistir en el principio de una negociacion colectiva, puesto que Rusia daba el egemplo renunciando á él.

Decidieron, pues, continuar las conferencias con Mr. Fox, valiéndose para este objeto de una

persona intermedia que proporcionó una ocasion venturosa. Desde que Napoleon mandó arrestar á varios ingleses en la época del rompimiento de la paz de Amiens, en represalias de los buques franceses apresados, se hallaban detenidos en Verdun muchos individuos de las familias mas ilustres de Inglaterra; pero nuestro gobierno se portó tambien generosamente con Mr. Fox. Dicho ministro pidió fuesen puestos en libertad bajo palabra de honor algunos de ellos, y aunque no se atrevió á interesarse por todos de una misma manera, Napoleon se apresuró á acoger bien todas sus peticiones, soltando á todos los ingleses designados por él sin escepcion alguna. En recompensa de tan noble proceder, Mr. Fox escogió para devolverles la libertad á los prisioneros mas distinguidos que los ingleses hicieron en la batalla de Trafalgar, esto es al desgraciado Villeneuve, al capitan Lucas, comandante del *Témible*, que se portó como un héroe, y á muchos otros iguales en número á los ingleses puestos en libertad.

Entre los prisioneros devueltos á Mr. Fox se hallaba uno de los señores de Inglaterra mas ricos y de mayor talento, esto es, lord Yarmouth, que despues fué marqués de Hartfort, tory declarado, pero tory amigo íntimo de Mr. Fox, y partidario decidido de la paz, porque esta le permitia disfrutar los placeres que se disfrutaban en el continente, y gracias á la guerra estaba privado de ellos. El jóven en cuestion, que tenia relaciones con la juventud mas brillante de París, de cuya disipacion participaba, era muy conocido de Mr. de Talleyrand, quien queria bien á la no-

bleza inglesa, pero sobre todo á la que se hallaba dotada de talento y elegancia, y era aficionada al desórden. No faltó quien le indicase que lord Yarmouth era muy amigo de Mr. Fox y muy digno de obtener la confianza de ambos gobiernos, por lo cual le mandó llamar para manifestarle que el emperador deseaba sinceramente la paz, que era preciso dejar á un lado el aparato de las formas diplomáticas, y entenderse francamente acerca de las condiciones que fuesen admisibles para una y otra parte; que no debia ser muy difícil hallar aquellas condiciones, puesto que no querian disputar á Inglaterra lo que habia conquistado, es decir, Malta y el Cabo; que consiguiente á esto quedaba reducida la cuestion á algunas islas de poca importancia; que con respecto á Francia, se declaraba sin detencion abiertamente; que queria, ademas de su territorio natural, esto es el Rhin y los Alpes, que ya no pensaban en disputárselo, toda la Italia, incluyendo el reino de Nápoles, y sus alianzas en Alemania, con la condicion de devolver su independenciam á Suiza y Holanda, así que se firmase la paz; que en consecuencia no habia un obstáculo sério que se opusiese á una reconciliacion inmediata entre los dos paises, puesto que una y otra debian estar dispuestas á concederse las cosas que acabamos de referir; y que con respecto á la dificultad naciente de la forma en las negociaciones, sobre si debian ser colectivas ó separadas, no tardaria en resolverse, gracias á lo inclinada que se mostraba Rusia á entrar en tratos directamente con Francia.

Habia un objeto capital acerca del cual no se

esplícó el ministro francés, pero dió á entender que al fin diria nuestro gobierno su intencion, de modo que quedase satisfecha la familia real de Inglaterra; y este objeto no era otro que el Hannover.

Efectivamente, Napoleon estaba decidido á restituirlo á Jorge III, resolucion importante que le indujo á formar la conducta de Prusia, cuyo lenguaje hipócrita tendia á presentarla á los ojos de los hannoverianos é ingleses, como una potencia oprimida, á la cual habian puesto un puñal al pecho para que aceptase un reino hermoso, le enfureció en gran manera. En aquel mismo instante quiso romper el tratado de 15 de febrero, obligando á Prusia á que pusiese las cosas en el estado en que antes se hallaban, y á no ser por las reflexiones que le hizo Mr. de Talleyrand y las que el tiempo le sugirió, hubiera dado un escándalo. Otra circunstancia mas reciente contribuyó á separarle abiertamente de la Prusia, que fué el haberse publicado, gracias á lord Castlereagh y á los compañeros que fueron de Mr. Pitt, las negociaciones de 1805. Queriendo vengar la memoria de su ilustre gefe, demostrando que no tomó parte en las operaciones militares, mientras que á él se debia esclusivamente la formacion de la coalicion de 1805, coalicion que salvó á Inglaterra haciendo levantar el campo de Boloña, recurrieron á aquel medio; pero por defender la memoria de su gefe, comprometieron á la mayor parte de las córtes. Mr. Fox se lo reprendió desde la tribuna con mucho calor, atribuyendo á ellos el que se hubiesen alterado todas las relaciones de Inglaterra con las potencias europeas; y efectivamente

todos los gabinetes, cuya conducta se denunciaba á Francia con aquella publicacion imprudente alzaron el grito contra la diplomacia inglesa. Quien mas perdió con aquello fué Prusia, pues las hipócritas declaraciones que acababa de hacer á Inglaterra con respecto al Hannover, las esperanzas que habia dado á la coalicion antes y despues de los sucesos de Postdam, todo se divulgó, pero sin soltar Napoleon una queja siquiera, se contentó con mandar insertar en el *Monitor* aquellos documentos, dejando que cada uno adivinase su modo de pensar acerca de semejante conducta.

Napoleon tenia ya formada su opinion acerca de Prusia, y creia que no valia la pena de sostener una lucha prolongada con Inglaterra, estando decidido por el contrario, á restituir á esta el Hannover, y ofrecer á Prusia una de estas dos cosas, ó un equivalente del Hannover tomado de Alemania, ó la restitucion de lo que habia recibido de ella, esto es, Cleves, Anspach y Neufchatel. Con eso recogia el gabinete de Berlin lo mismo que sembró, y encontraba la misma fidelidad que él habia mostrado; pero aun ignoraba Napoleon las negociaciones entabladas sigilosamente con Rusia por mediacion del duque de Brunswick y Mr. de Hardenberg.

Así es, que aunque sin esplicarse del todo, se dió á entender á lord Yarmouth que la paz no es-tribaba en lo del Hannover, y este se puso en marcha, prometiendo no tardaria en regresar así que supiese las intenciones de Mr. Fox.

Un acontecimiento muy particular, que por algunos días dió á las cosas un aspecto de guerra, contribuyó por el contrario á inclinar la balanza

hacia la paz, precipitando las resoluciones del gabinete ruso. Las tropas francesas, que debían ocupar la Dalmacia, se apresuraron á ponerse en marcha hacia las bocas del Cattaro, para evitar el peligro de que se hallaban amenazados; pero los montenegrinos, cuyo obispo así como los principales gefes vivían de la liberalidad de la Rusia, se conmovieron al saber que los franceses se hallaban cerca, y llamaron al almirante Siniavin, que fué el que trasportó de Corfú á Nápoles, y de Nápoles á Corfú, á los rusos encargados en invadir el Mediodía de Italia. Así que supo dicho almirante que se presentaba una ocasión de apoderarse de las bocas del Cattaro, se apresuró á embarcar algunos centenares de rusos, agregó á ellos una tropa de montenegrinos, que se había descolgado de sus montes, y se presentó al frente de los fuertes, los cuales les entregaron un oficial austriaco que los ocupaba, y un comisario encargado por el Austria de devolverlos á los franceses. Para ello dijeron que habían tenido que ceder á fuerzas superiores: pero esto no tenía el menor fundamento, pues en los fuertes de Cattaro había dos batallones austriacos muy capaces de defenderlos, aun contra un ejército regular que hubiera tenido á su disposición los medios para poner un sitio, medios de que carecían los rusos. Semillante perfidia se debió mas que á nadie al comisario austriaco, marqués de Ghisilieri, italiano muy astuto, á quien despues reprendió su gobierno, encausándolo por aquel acto de deslealtad.

Quando se supo en París por un correo extraordinario este suceso, Napoleón se disgustó en gran manera, porque tenía sumo empeño en apo-

derarse de las bocas del Cattaro, no por las ventajas reales y efectivas de aquella posición marítima, sino porque estaba inmediata á Turquía, sobre la cual podía ejercer acción protectora ó represiva, desde las espresadas bocas. Empero la pegó exclusivamente con el gabinete de Viena, pues este era el que debía entregarle el territorio de Dalmacia, y el único responsable de que no se hubiese verificado la entrega. En consecuencia mandó Napoleón al mariscal Soult, que estaba para pasar el Inn con su cuerpo y evacuar á Braunau, que se situase allí y la convirtiese en una verdadera plaza de armas: y al mismo tiempo declaró á Austria que las tropas francesas iban á deshacer lo andado, que los prisioneros austriacos, que se hallaban en marcha para regresar á su patria, iban á ser detenidos, y que si era preciso llegarían las cosas hasta renovar las hostilidades, á menos que no le diesen una de las dos satisfacciones siguientes: ó la restitución inmediata de las bocas del Cattaro, ó el envío de una fuerza militar austriaca para que las recobrará de los rusos en union con los franceses.

Esta segunda alternativa le convenía tanto como la otra, pues tenía por objeto indisponer á Austria con la Rusia.

Quando llegaron á Viena estas declaraciones, hechas con el tono perentorio de que solía usar Napoleón, causaron gran sentimiento, pues el gabinete austriaco no había tenido parte en aquella infidelidad de un empleado subalterno, y este obró sin orden de nadie, creyendo complacería á su gobierno si trataba con perfidia á los franceses. Sin pérdida de momento participó la corte de Vie-

na á la de San Petersburgo los peligros á que se hallaba espuesta Austria, y declaró al emperador Alejandro que no queriendo en manera alguna volver á ver á los franceses en Viena, mejor que consentirlo se veria en la dura necesidad de atacar á los rusos en los fuertes de Cattaro.

El almirante Siniavin tambien obró sin órdenes de su gobierno, ni mas ni menos que el marqués de Ghisilieri, de suerte que Alejandro sintió la situacion en que habian colocado á su aliado el emperador Francisco, y en la que él se hallaba, sin saber si debía devolver los fuertes ó quedarse con ellos. Cada vez le importunaban mas con sus instancias sus jóvenes amigos, quienes continuamente le estaban hablando de que debía persistir en su línea de conducta, le tenian inquieto las negociaciones entabladas por la Inglaterra con Napoleon, y aunque aquella nacion rompió al fin el silencio que hubo de guardar durante la crisis ministerial, desconfiaba de sus aliados, mostrándose inclinado á seguir el ejemplo general, y unirse á Francia. En su consecuencia, se aprovechó hasta de lo de las bocas del Cattaro, que mas bien suministraba ocasion para entrar en guerra que para hacer las paces, á fin de entablar una negociacion pacífica, y como tuviese á mano á Mr. de Oubril, secretario que fué de la legacion rusa en París, y que se portó á satisfaccion de ambos gobiernos, y conocia muy bien á Francia, mandó se trasladase á Viena y pidiese allí pasaporte para París. El pretexto ostensible debía ser ocuparse de los prisioneros rusos; pero en realidad era tratar del negocio de las bocas del Cattaro y comprender en un reglamento general todas las

cuestiones que habian dividido á los dos imperios Mr. de Oubril tenia orden de retardar todo el tiempo posible la restitution de las bocas del Cattaro, cediéndolas sin embargo, si no habia medio de impedir la continuacion de hostilidades contra el Austria, y de arreglar sobre todo el restablecimiento de una paz honrosa, entre la Rusia y la Francia. Seria honrosa, se le decia, si se obtuviese alguna cosa, cualquiera que fuese, para los dos protegidos del gabinete ruso, los reyes de Nápoles y el Piamonte, pues con respecto á lo demás, los dos imperios nada tenian que disputarse uno á otro, y solo se hacian una guerra de influencia. Antes de partir Mr. de Oubril, habló con el emperador Alejandro, y conoció que este príncipe se inclinaba á la paz, mucho mas que el ministerio ruso, el cual titubeaba y estaba por otra parte para hacer dimision. Inclínose, pues, á seguir el partido de su rey, de quien llevaba dobles poderes, unos limitados y otros completos, que abrazaban todas las cuestiones que se tenian que resolver, y órdenes de ponerse de acuerdo con el negociador inglés acerca de las condiciones de paz, pero sin exigir una negociacion colectiva, lo que decidia las dificultades promovidas entre la Francia y la Inglaterra.

Mr. de Oubril partió para Viena, y con su presencia volvió la calma al emperador Francisco, quien temia volver á ver á los franceses, ó tener que combatir con los rusos. La segunda alternativa le asustaba mucho menos que la primera, por lo cual habia dirigido un cuerpo austriaco hacia las bocas del Cattaro con orden de apoyar en caso necesario á las tropas francesas;

pero Mr. de Oubril le tranquilizó mostrándole sus poderes, y haciéndole pedir pasaporte por conducto del conde de Rasomousky, con objeto de llegar lo mas pronto posible á Paris.

Napoleon quiso que sin tardanza y favorablemente se respondiese á la peticion de Mr. de Oubril, teniendo al mismo tiempo cuidado de distinguir el negocio de las bocas del Cattaro y el del restablecimiento de la paz. Le manifestó que las bocas del Cattaro no podian ser objeto de ninguna negociacion, pues se trataba de un compromiso de Austria no puesto aun en ejecucion y sobre el cual no habia porque disputar con Rusia. En cuanto á las negociaciones de paz, estaba pronto á escuchar con el mayor gusto las proposiciones de Mr. de Oubril, pues deseaba terminar una guerra sin objeto y sin interés para ambos imperios, por lo cual se espidieron inmediatamente á Mr. de Oubril sus pasaportes para Viena.

Napoleon veía al Austria fatigada con tres guerras, y tratando de evitar cualquier hostilidad contra la Francia; á Rusia disgustada de una lucha harto ligeramente emprendida, y resuelta á no prolongarla; á Inglaterra satisfecha de sus victorias marítimas, y en la creencia de que no merecia la pena esponerse nuevamente á alguna expedicion formidable; y á Prusia, finalmente decaída en la opinion de todos, y en este estado el mundo entero deseando ó conservar ú obtener la paz, con condiciones que si no habian definido con claridad, constituian, cualesquiera que fuesen, á Francia en la primera potencia del universo.

Napoleon estaba muy contento con aquel estado de cosas, y no tenia ganas de comprometerlo

ni aun para conseguir nuevas victorias; pero meditaba vastos proyectos, en la esperanza de que se desprenderian inmediata y naturalmente del tratado de Presburgo. Tan fáciles le parecian aquellos proyectos, que creyendo podria realizarlos sin demora, esperaba fuesen comprendidos en la doble paz que estaba negociando con Rusia é Inglaterra, en cuyo caso quedaria constituido su imperio de un modo definitivo, tal como lo habia concebido en su vasta imaginacion, y la Europa lo aceptaria. Conseguido esto, miraba la paz como complemento y ratificacion de su obra, y siendo, segun ya habia dicho á Mr. Fox, hombre á quien tambien gustaban las dulzuras del descanso, con la poderosa movilidad de su alma, tan dispuesto se hallaba á disfrutar los gozes que proporciona la paz y la gloria de las artes útiles, como á trasladarse á los campos de batalla, para acampar sobre la nieve, en medio de las filas de sus soldados.

Lord Yarmouth, regresó de Lóndres con una carta particular de Mr. Fox, que atestiguaba poseia toda la confianza de aquel ministro, y que podian hablarle sin reserva; pero ademas se decia en dicha carta que lord Yarmouth recibiria poderes asi que hubiese fundadas esperanzas de que se entendian unos y otros. En consecuencia le instruyó Mr. de Talleyrand de las comunicaciones que habia entablado con Rusia, con lo cual le le probó lo inútil que era reclamar una negociacion colectiva, puesto que Rusia se presentaba á negociar por separado. En cuanto á la pretension de Inglaterra, de que no la escluyesen de los asuntos del continente, Mr. de Talleyrand ofreció

á lord Yarmouth reconocer de un modo oficial *de-recho de intervencion y garantía en los negocios continentales y marítimos, para ambas potencias* (1). Así la cuestion sobre negociar por separado parecía que solo era una, y las condiciones de la paz no presentaban dificultades insuperables. Inglaterra queria conservar á Malta y el Cabo, y manifestaba deseos de quedarse con los establecimientos comerciales que teniamos en la India tales como Chandernagor y Pondichery, las islas francesas de Tabago y Santa Lucia y sobre todo la colonia holandesa de Surinam situada en el continente americano. Entre aquellas diferentes posesiones, solo Surinam era de importancia, pues Pondichery eran restos inútiles de nuestro poderio en la India, y Tabago y Santa Lucia no tenian bastante valor para negarlos, no hablando tampoco Inglaterra de un modo absoluto con respecto á Surinam. En cuanto á nuestras conquistas marítimas, estaba dispuesta á concedérmolas todas, sin exceptuar á Génova, Venecia, la Dalmacia y Nápoles. Lo único en que al parecer habia dificultad era sobre Sicilia, pues en sus esplicaciones confidentiales, dijo lord Yarmouth que estaban cansados de proteger á los Borbones de Nápoles, esto es á un rey imbécil y á una reina loca; que sin embargo de esto, si se quedaban de hecho con Sicilia, puesto que aun no la habia conquistado José, tendria Inglaterra que pedirla para ellos, pero que esta era una cuestion que dependia del resultado que tuviesen las operaciones militares emprendidas á la sazón. En caso no obstante, de

(1) Palabras textuales.

que les quitásemos la Sicilia, añadió lord Yarmouth que era preciso indemnizarlo en alguna otra parte, en la inteligencia de que en pago de todas aquellas concesiones, devolveriamos á Inglaterra el Hannover; pero tanto uno como otro guardaron cierta reserva, sin hablar formalmente de esto último.

La Sicilia era, pues, la única dificultad seria, y aun la conquista inmediata de la isla, sin perjuicio de una indemnizacion que lo arreglase todo, fuese ó no insignificante. Ademas se habian enviado los pasaportes á Mr. de Oubril, y aunque no se sabia qué pretensiones llevaria no debian diferenciarse mucho de las de los ingleses.

Napoleon vió claramente que si no precipitaba las negociaciones, y aceleraba, por el contrario, la ejecucion de sus proyectos, conseguiria el doble objeto de constituir su imperio segun queria y asegurarle con el afianzamiento de la paz general.

Ya desde el principio, prefiriendo el titulo de emperador al de rey, ideó un vasto sistema de imperio, del cual dependiesen reyes tributarios, á imitacion del imperio germánico, imperio tan decayido que solo existia ya en el nombre, y que despertaba intenciones de reemplazarlo en Europa. Las últimas victorias de Napoleon exaltaron su imaginacion, y soñaba nada menos que con resucitar el imperio de Occidente, poniendo en sus sienes la corona y restableciéndolo de este modo en beneficio de la Francia. Para ello no faltaban reinos tributarios que poder distribuir entre los miembros de la familia de Bonaparte, pues Eugenio de Beauharnais, hijo adoptivo y esposo de

una princesa de Baviera, ya era virey de Italia, y este vireinato abarcaba la mitad más importante de la península itálica, puesto que se estendía desde Toscana hasta los Alpes Julianos. José, hermano mayor de Napoleón, estaba designado para rey de Nápoles, y no había más que proporcionarle la Sicilia para que poseyese uno de los reinos más bellos de segundo orden. Holanda, que se regia bastante mal en república, se hallaba bajo la dependencia absoluta de Napoleón, y creía que podría atraerla á su sistema constituyéndola en reino, y dándola á su hermano Luis, con lo cual dependerían de su imperio por derechos de soberanía tres reinos, el de Italia, el de Nápoles y el de Holanda. Algunas veces, cuando estendía más aun el sueño de su grandeza, pensaba en España y Portugal, en la primera de las cuales veía signos de una hostilidad oculta, y en la segunda de una hostilidad manifiesta; pero esto distaba mucho todavía del vasto horizonte de su pensamiento, y era preciso que la Europa le obligase á dar otro golpe como el de Austerlitz, para expulsar completamente á la casa de Borbon. Sin embargo es cierto que dicha espulsion empezaba á convertirse para él en idea sistemática, y que desde que se decidió á proclamar el destronamiento de los Borbones de Nápoles, consideraba á la familia de Bonaparte como destinada á reemplazar á la casa de Borbon en todos los tronos del Mediodía de Europa.

En aquella vasta gerarquía de estados tributarios dependientes del imperio francés, quería que hubiese un segundo y tercer rango, compuestos de grandes y pequeños ducados, con arreglo

al modelo de los feudatarios del imperio germánico. Ya había constituido, pues, en beneficio de su hermana mayor el ducado de Luca, que se proponía agrandar añadiéndole el principado de Massa, desmembrado del reino de Italia, y pensaba crear otro, esto es, el de Guastalla, desmembrándolo también del reino de Italia, desmembraciones ambas muy insignificantes, en comparación de lo que se aumentaba aquel reino con los Estados venecianos. Napoleón acababa de obtener de Prusia á Neufchatel, Anspach y los restos del ducado de Cleves, dando Anspach á Baviera para hacerse con el ducado de Berg, país muy bonito, situado á la derecha del Rhin, por bajo de Colonia, y que comprendía la importante plaza de Wesel, *brida*, según decía Napoleón, así como Strasburgo y Maguncia, del Rhin.

Había también en la Italia alta, Parma y Placencia, y en el reino de Nápoles, Puente Corvo y Benavente, países tributarios que disputaban entre sí Nápoles y el papa, quien en aquel mismo momento hacia lo posible por descontentarle. Pio VII no llevó de París las satisfacciones que aguardaba, y aunque le lisongeaban no poco las atenciones que le dispensaba Napoleón, se habían disminuido las esperanzas que tenía de que le indemnizase por las pérdidas de territorio que hubo de sufrir. A más de esto, el haber invadido los franceses toda la Italia, puesto que se estendían desde los Alpes Julianos, hasta el estrecho de Messina, le pareció que completaba la dependencia de los Estados romanos, de suerte que estaba desesperado, y lo demostraba por cuantos medios podía, no queriendo organizar la iglesia de Ale-

mania que desde las secularizaciones seguía sin preladados y cabildos, y no admitiendo ninguno de los arreglos religiosos adoptados en favor de Italia. Con motivo del matrimonio que contrajo Gerónimo Bonaparte en los Estados Unidos con una protestante, y que Napoleón quería anular, opuso el papa una resistencia poco sincera pero obstinada, valiéndose de este modo de armas espirituales á falta de temporales, con cuyo motivo le manifestó Napoleón que se tenía por dueño de la Italia, inclusa Roma, y que no permitiría en ella un enemigo oculto: que seguiría el ejemplo de los príncipes que al mismo tiempo que siguieron siendo fieles á la iglesia, supieron dominarla; que era para la iglesia romana un verdadero Carlomagno, puesto que la había restablecido, y que quería ser tratado como tal. Mientras esto no sucediese, se apoderó de Puente Corvo y de Benavente, diciendo que lo hacía con disgusto, y dando así principio á un desacuerdo fatal, en la creencia de que podría ponerle los límites que se le antojasen, mirando por los intereses de la religión y del imperio.

De este modo, pues, además de los tronos que podía repartir, tenía á Luca, Guastalla, Benavente, Puente Corvo, Plasencia, Parma, Neufchatel y Berg para darlos á sus hermanos y sus mejores servidores, á título de ducados ó principados. Así es que al mismo tiempo que se proponía dar á José un reino como Nápoles, y aumentar el de Eugenio nada menos que con los Estados venecianos, pensaba crear una veintena de ducados menores destinados para sus generales y los que mejor le sirviesen en el orden civil, á fin de formar un tercer

rango en su gerarquía imperial, y premiar espléndidamente á los hombres á quienes debía el trono, y Francia su grandeza.

Con ceñirse él mismo la corona imperial, y adjudicarse el premio de las prodigiosas hazañas llevadas á cabo por la generación actual, dió rienda suelta á los deseos de sus compañeros de gloria, para que también aspirasen á obtener el premio de sus trabajos. Así es que por desgracia no eran tan sóbrios como los generales de la república, y muchas veces tomaban lo que no se apresuraban á darles, haciendo en Italia, y especialmente en los Estados venecianos, exacciones que Napoleón trató de reprimir con todo rigor. Lo primero que hizo fué averiguar con suma exactitud lo que había acerca de aquellas exacciones, llamó en seguida á los autores de ellas, logró saber á cuanto ascendían las cantidades cobradas, y mandó las restituyeran inmediatamente, empezando por el general en jefe, quien tuvo que entregar en la caja del ejército una cantidad de consideración.

Empero como no quería que sus generales fuesen enteramente íntegros, sin recompensar su heroísmo, escribió lo siguiente á Eugenio y á José, á cuyas órdenes servían entonces varios de los oficiales cuya conducta acababa de reprender:— Decidles que á todos ellos les daré mucho más que lo que puedan tomar por sí; que lo que ellos se apropien redundará en deshonra suya, al paso que lo que yo les dé les honrará, porque será un testimonio inmortal de su gloria; que pagándose por su mano vejan á mis pueblos, esponiendo á Francia á las maldiciones de los vencidos, y que lo que yo les dé, por el contrario, no será un des-

pojo para nadie, puesto que se debe á mi prevision. Que aguarden, pues, y llegarán á ser ricos y respetados, sin que recaiga sobre ellos la nota de cohecho.

Véase, pues, como aquellas medidas inútiles en la apariencia, eran hijas de ideas profundas, pues si estaba resuelto á satisfacer los deseos de goces que tenían sus generales, pensaba encaminar estos deseos á nobles recompensas legítimamente adquiridas. En tiempo del Consulado, cuando todo tenía aun formas republicanas, ideó la Legion de Honor; pero ahora que todo iba revistiéndose en torno suyo de formas monárquicas, y se engrandecía á ojos vistas, quería que todos se engrandeciesen al mismo tiempo que él, y pensaba en crear reyes, grandes duques, duques, condes, etc. Mr. de Talleyrand, que continuamente estaba predicando en favor de esto, trabajó tambien durante la última campaña en la obra de Napoleon, hablándole sobre este particular tanto como acerca del arreglo de la Europa, arreglo de que se ocupaba en Presburgo. En consecuencia idearon un vasto sistema de reinos tributarios en que hubiese duques, grandes duques y reyes, dependientes por derecho de soberanía de Napoleon, y que tuvieran, no títulos inútiles, sino verdaderos principados, sea en tierras, sea en buenas rentas.

Para que aquel sistema guardase mas conformidad con el imperio germánico, debian conservar los reyes en los tronos que iban á ocupar su cualidad de grandes dignatarios del imperio francés, de modo que al convertirse en reyes ó grandes duques, José debia continuar siendo gran

elector, Luis condestable, Eugenio archicanciller de Estado y Murat gran almirante. En ausencia de estos, harian sus veces unos dignatarios suplementarios, como por ejemplo, un vice-condestable, un vice-gran elector, etc., escogidos entre los principales personages del estado, con lo cual se multiplicaban los cargos que habia que repartir. Los reyes que seguian siendo dignatarios del imperio francés, debian residir muchas veces en Francia, y tener aposento en el Louvre para su uso particular, siendo ellos los que formasen el consejo de la familia imperial, desempeñasen ciertas funciones especiales durante las minorias, y aun eligiesen emperador, en caso de que llegara á extinguirse la línea masculina, como sucede algunas veces en las familias reinantes.

Era, pues, completa la semejanza con el imperio germánico, y como este imperio estaba para desmoronarse, y espuesto á desaparecer cuando lo tuviera por conveniente Napoleon, el imperio francés iba á reemplazarlo en Europa, pudiendo convertirse el imperio de los francos en lo que fué en tiempo de Carlo-Magno, esto es en imperio de Occidente, y tomar el mismo título. A esto se reducía aquella ambicion inmensa, la única que no satisfizo, la que le indujo á atormentar al universo, y bajo cuyo peso pereció tal vez. Mr. de Talleyrand, que al mismo tiempo que aconsejaba la paz, lisonjeaba algunas veces las pasiones que encienden la guerra, solia manifestar esta idea á Napoleon, sabiendo la conmocion profunda que causaba en su alma, y cada vez que le hablaba de esto, veía brillar en sus ojos que despedían chispas de ingenio, todo el fuego de la

ambicion. Sobrecogido sin embargo de una especie de pudor, ni mas ni menos que la vispera del dia en que tomó las riendas del gobierno supremo, no se atrevia Napoleon á confesar hasta donde llegaban sus deseos, y el archicanciller Cambaceres, que era con quien mas se franqueaba, porque estaba seguro de que seria mas reservado que ningun otro, medio desconfió de su secreta intencion, y se guardó muy bien de animarle, porque aunque era muy adicto al emperador, podia en él la prudencia mas que nada. Empero era evidente que hallándose como se hallaba en la cima de las grandezas humanas, habiendo como habia llegado á un punto de que no pasaron Alejandro, César ni Carlo-Magno, deseaba algo mas el alma inquieta é insaciable de Napoleon, y lo cual no era otra cosa sino el titulo de emperador de Occidente, titulo que hacia mil años no habia tenido nadie en el mundo.

Existe en los pueblos del Mediodia y del Occidente, entre los franceses, italianos y españoles, hijos todos de la civilizacion romana, cierta conformidad de genio, costumbres é intereses, hasta de territorio algunas veces, que no se encuentra allende la Mancha, el Rhin y el círculo de los Alpes, entre los ingleses y alemanes. Esta conformidad es la indicacion de una alianza natural, que la casa de Borbon, reuniendo bajo un solo cetro real, á Paris, Madrid, Nápoles y algunas veces á Milan, Parma y Florencia, habia en parte realizado. Si estos hubieran sido los deseos de Napoleon; si dueño de aquella Francia cuyos límites se estendian hasta la embocadura del Mosa y del Rhin, y hasta la cumbre de los Alpes; si

dueño de la Italia entera y habiendo podido serlo de España, solo hubiera querido reconstituir aquella alianza de los pueblos de origen latino dándola la forma simbólica y sublime por los recuerdos, del imperio de Occidente, el orden natural de las cosas aunque violentado, no habria sido hollado sin embargo. La familia Bonaparte reemplazó á la casa de Borbon, para reinar sobre países que esta antigua casa habia aspirado á dominar, á fin de unirles por medio de un simple lazo feudal al gefe de la familia; lazo que dejando su independenciam á cada una de las naciones meridionales, prestaba á su alianza mayor fuerza y conveniencia. Con el genio de Napoleon, si hubiera reinado mas tiempo, trasladando á la política el talento que desplegaba en la guerra, tal vez no hubiera sido imposible llevar á cabo este pensamiento. Pero este orden natural de las cosas que con tanta crueldad se venga de los que le desconocen, fué temeramente violentado, cuando Bonaparte llevado de su ambicion no respetó los límites del Rhin, quiso reunir los germanos á los galos, someter los pueblos del Norte á los del Mediodia, colocar príncipes franceses en Alemania, á pesar de las invencibles antipatias de sus costumbres, y presentar á la faz de todo el mundo el fantasma de esa monarquia universal que la Europa entera teme y aborrece, á quien ha combatido y combatirá sin cesar, y la cual recibirán algun dia de los pueblos del Norte, despues de haberla reusado de los del Occidente. ®

Una série de acontecimientos imprevistos, aun por la vasta y previsora ambicion de Napoleon, producian en aquel momento la disolucion del im-

perio germánico, é iba á hacer desaparecer el noble titulo de emperador de Alemania que sustituyó en los sucesores de Carlo-Magno, al de emperador de Occidente. Este fué otro funesto estímulo para los proyectos que Napolcon abrigaba y que aun no se habia atrevido á poner por obra.

Tratando en sus últimos convenios con el Austria, acerca de las recompensas que habia de dar á sus tres aliados de la Alemania meridional, los principes de Baviera, de Wurtemberg y de Baden, y en hacer desaparecer todo motivo de colision entre estos y el gefe del imperio, resolviendo algunas cuestiones que quedaron indecisas en 1803, Napolcon, sin sospecharlo siquiera pronunció el decreto de la próxima disolucion del antiguo imperio germánico. Instrumento providencial, involuntario á veces y casi siempre desconocido, de esa revolucion francesa que debia cambiar la faz del universo, preparó, sin saberlo, una de las mas grandes reformas europeas.

Recordaremos que en 1803 fué llamada la Francia para entender del gobierno interior de Alemania y que los principes que perdieron el todo ó parte de sus estados, por la cesion de la orilla izquierda del Rhin, habian resuelto indemnizarse de sus pérdidas, secularizando los principados eclesiásticos. No pudiendo ponerse de acuerdo sobre la reparticion de estos principados, apelaron á la equidad y firmeza de Napolcon, sin lo cual fuéales imposible entenderse. La Prusia y el Austria habian recibido de su mano los bienes de la iglesia, con el solo disgusto de que no hubieran sido mayores. La supresion de los principados eclesiásticos llevó consigo la mo-

dificacion de los tres colegios que componian la Dieta. Estuvieron acordes con respecto al colegio de los electores, mas no así con respecto al de los principes, en el que el Austria pretendia tener mayor número de votos católicos que el que le habia sido concedido. En cuanto al colegio de las ciudades se modificó, reduciendo su número á seis y destruyendo casi todo su influjo. Nada se determinó relativamente á la nueva organizacion de los círculos encargados de hacer guardar el respeto debido á las leyes en las grandes provincias alemanas, ni sobre la nueva organizacion religiosa que era sumamente necesaria desde la supresion de una infinidad de obispados, y la cual iba retardándose indefinidamente por la mala voluntad del Santo Padre. Nada, en fin, se resolvió acerca de la grave cuestion de la nobleza inmediata, porque interesaba á toda la aristocracia alemana y sobre todo al Austria que tenia en los individuos de esta nobleza unos vasallos dependientes del imperio á la par que independientes de los principes territoriales, y que prestaban grandes servicios, de los cuales no era el menor, el alistamiento autorizado que hacia en sus dominios.

Apenas las potencias mediadoras Francia y Rusia, cansadas de aquella larga tarea, se retiraron dejando á la Alemania á medio reformar, invadió la anarquía este desgraciado pais. El Austria, bajo el pretexto de un falso derecho, usurpó las dependencias de los bienes eclesiásticos dados en indemnizacion, privando á los principes indemnizados de una parte considerable de lo que se les debia; al paso que estos por su parte, se

apoderaron de los bienes de la nobleza inmediata, aprovechándose de las incertidumbres del último registro.

Habiendo conducido á Napoleon la guerra de 1805 mas allá del Rhin, aprovechó aquella ocasion para resolver, en beneficio de los principes sus aliados, las cuestiones que habian quedado indecisas; creando al mismo tiempo en Baden, Wurtemberg y Baviera una especie de des-acuerdo con el resto de Alemania; pero la codicia de los aliados mismos suscitó nuevas dificultades que alarmaron á la Alemania entera. El rey de Wurtemberg habia usurpado sin miramiento de ninguna clase, todas las tierras de la nobleza inmediata, tuviesen ó no esta cualidad. Se arrogó mas derechos aun que los de soberano territorial, apropiándose tambien muchos castillos de la nobleza, como verdadero dueño y señor. Declaró que le pertenecian todos los derechos de origen feudal que el Austria habia querido ejercer en Suabia, cuya aplicacion era peligrosa y arbitraria, en virtud de la posesion de ciertos señoríos feudales que le correspondieron en el reparto de la Suabia austriaca, y comenzó á hacer uso de tales derechos con mayor rigor que la misma cancillería austriaca. Las casas de Baden y Baviera, molestadas por él y autorizadas por su ejemplo, cometian los mismos excesos en sus territorios. El desprecio de las leyes llegó á penetrar hasta en los principados soberanos comprendidos en los territorios de estos tres principes, bajo pretexto de buscar los dominios de la nobleza inmediata, que de ningun modo podian pertenecerles, porque dado el caso de que estos dominios perteneciesen

á otros que no fuesen los mismos nobles inmediatos, no debería ser sino al príncipe soberano de quien dependian inmediatamente.

Napoleon encargó á Mr. Otto, su ministro en Munich, como árbitro, y á Berthier, como gefe de la fuerza ejecutiva, el arreglar todas las disputas que se suscitaron sobre la particion de los territorios austriacos de la Suabia, entre Baden, Wurtemberg y Baviera. Complicábase las dificultades y Napoleon les envió al general Clarke para que les ayudase á desembrollar aquel inmenso caos. Unos y otros desesperaban de conseguir su objeto; los principes á quienes se hacia violencia, presentáronse acto continuo en Ratisbona, pero los ministros de la Dieta faltos de valor y autoridad desde que el Austria les dejó entregados á sus propias fuerzas, permanecian impotentes en presencia del desórden que se aumentaba por todas partes. El Austria misma les redujo casi á aquella impotencia de que se lamentaban, al negarse en el año anterior á autorizar toda deliberacion formal, mientras no se reconstituyese á su gusto el colegio de los principes, y se aumentase el número de votos católicos que reclamaba. Mas vencida entonces definitivamente, ocupada de su salvacion, acababa de dar el último golpe á la Dieta, haciéndola ver que no debía contar en manera alguna con su cooperacion. La Dieta, por lo tanto, quedaba destruida, recibiendo cuando mas, las órdenes que se la comunicaban, pero sin deliberar sobre ninguna clase de negocios.

En vista de todo esto, los pequeños principes soberanos y los nobles inmediatos espuestos á toda clase de usurpaciones; las ciudades libres re-

ducidas de seis á cinco por el donativo de Augsburgo á la Baviera; los príncipes eclesiásticos secularizados cuyas pensiones no se pagaban, acudieron á Munich, para implorar por medio de MM. Otto, Berthier y Clarke la proteccion de la Francia. Indignados estos por el espectáculo de opresion que habian presenciado, formaron una especie de asamblea á fin de conciliar todos los intereses, é impedir que á la sombra de la proteccion de la Francia se cometiesen actos de iniquidad y perfidia. Mr. Otto concibió un proyecto de arreglo que la Francia debia proponer á los principales opresores, los soberanos de Baviera, de Baden y de Wurtemberg. Conoció empero muy luego que su arreglo no era otra cosa sino un nuevo plan de constitucion germánica, y no se le ocultó tampoco que los agentes del rey de Wurtemberg, al presentarles el proyecto, se alarmaron sobre manera, y declararon que su señor no consentiria jamás en las concesiones propuestas. Se dijo que aquel príncipe, á quien acababan de hacer rey y cuyos estados y prerogativas soberanas habian aumentado, fué despojado por la Francia, por no haber querido acceder á las consideraciones que le pidió tuviese con las propiedades de sus vecinos, mas débiles que ellos. Mr. Otto, no sabiendo que hacer en aquellas circunstancias, envió á París á fines de marzo, á los reclamantes con sus peticiones, así como tambien los proyectos de arreglo que él concibiera con la mas recta intencion.

Desde esta época, oprimidos y opresores, estuvieron todos á los pies del trono de Napoleon, siendo evidente que el cetro de Carlo-Magno, ha-

bia pasado de los germanos á los franceses.

Esto era lo que habia dicho siempre el príncipe archicanciller, último elector eclesiástico conservado por Napoleon, que como ya hemos dicho, fué trasportado de Maguncia á Ratisbona. Este príncipe, cuyas buenas cualidades hemos trazado anteriormente, buscaba la fuerza en donde quiera que se hallase, por lo cual no cesaba de suplicar á Napoleon que empuñara el cetro de la Germania; y si alguien hizo resonar en los oídos de Napoleon el peligroso nombre de Carlo-Magno, fué él ciertamente.—Vos sois, Carlo-Magno le decia, sed, pues, el rey, el legislador, el salvador de Alemania.—Si este nombre, que no era el que alhagaba mas el orgullo de Napoleon, que contemplaba á César y Alejandro como mas dignos émulos de su genio, pero que agradaba á su ambicion porque tenia mas analogias con sus proyectos acerca de la Europa, si este nombre decimos, se hallaba siempre mezclado con el suyo, se debia menos á sus deseos, que á la voluntad de todos los que demandaban su proteccion. Cuando la iglesia tenia que pedirle algo, le decia:—Vos sois Carlo-Magno, dadnos, pues, lo que él.—Cuando los príncipes alemanes de todos los estados se hallaban oprimidos, le decian tambien:—Vos sois Carlo-Magno, protegednos como él lo hubiera hecho.—

Esto le habria inspirado las ideas que su imaginacion menos rápida y fecunda hubiera tardado en concebir; pero entonces mareaban de acuerdo su ambicion y las necesidades de los pueblos.

En todos tiempos, los príncipes alemanes ó la federacion germánica, autoridad legal y re-

enocida por ellos, formaron ligas particulares para defender ciertos derechos é intereses comunes á algunos de ellos. Los que quedaban aun unidos por estas ligas, se dirigieron á Napoleón suplicándole que interviniese en su favor como autor y responsable del acta de mediacion de 1803 y como firmante y ejecutor del tratado de Presburgo. Unos le proponian formar nuevas ligas bajo su proteccion, y otros que crease una nueva confederacion germanica al abrigo de su cetro imperial. Los príncipes cuyas posesiones se hallaban invadidas, los nobles inmediatos cuyas tierras habian corrido la misma suerte y las ciudades libres amenazadas de supresion, todos á su vez proponian diferentes planes, pero estaban dispuestos mediante la proteccion que solicitaban, á adherirse al que prevaleciese.

El príncipe archicanciller, temiendo que su electorado eclesiástico, el último que se salvó del naufragio, no sucumbiese en la nueva tormenta, ideó un medio de salvarle, cual fué el de formar una nueva confederacion germanica, que debia deliberar bajo su presidencia y comprender todos los estados alemanes, escepto la Prusia y el Austria. Con el objeto de interesar á Napoleón en este proyecto inventó dos medios: el primero consistia en crear un electorado unido al ducado de Berg, que estaba destinado á Murat, y el segundo en nombrar sobre la marcha un coadjutor para el arzobispado de Ratisbona, elegido precisamente de entre la familia imperial. Este coadjutor, arzobispo electo de Ratisbona y archicanciller futuro de la confederacion, pondria necesariamente á la nueva dieta bajo las órdenes de Napoleón. El in-

dividuo de la familia Bonaparte destinado para ocupar este puesto estaba indicado á las claras en la persona del cardenal Fesch, arzobispo de Lyon y embajador en Roma (1).

(1) Hé aquí el curioso documento dirigido á Napoleón;

Ratisbona 19 de abril de 1806.

Señor.

El genio de Napoleón no se limita á labrar la felicidad de la Francia; la Providencia hace al hombre superior al universo. La nacion germanica, digna de aprecio, gime sumida en las desgracias de la anarquia politica y religiosa; sed vos, señor, el regenerador de su constitucion. Hé aquí algunos de los deseos dictados por el actual estado de cosas. Que sea nombrado electo el duque de Cleves, con la concesion de la orilla derecha del Rin; que el cardenal Fesch sea mi coadjutor, y que las rentas asignadas sobre el otorgamiento á doce estados del imperio, se funden sobre alguna otra base. V. M. I. y R., juzgará en su alta penetracion, si es útil el que se realicen estos deseos. Si alguna idea poco acertada me ofusca, mi corazon al menos me asegura la pureza de mis intenciones.

Soy con el mas profundo respeto de V. M. I. y R., vuestro mas sumiso y apasionado admirador.

CARLOS, *elector archicanciller.*

La nacion germanica necesita que sea regenerada su constitucion, la mayor parte de sus leyes no tienen sino palabras vacias de sentido, desde que los tribunales, los circulos y la Dieta del imperio carecen de los medios necesarios para sostener los derechos de la propiedad y seguridad personal de los individuos que componen la nacion, y desde que las instituciones no sirven para proteger á los oprimidos contra los atentados del poder arbitrario y de la avaricia. Semejante situacion es anárquica; los

Sin esperar á que fuese propuesto, discutido y adoptado semejante plan, el archicanciller, deseando asegurar inmediatamente la conservacion de su silla, por un medio que hiciese imposible su caída, á menos que Napoleon quisiera atentar contra los intereses de su familia, la que no lo llevaria á bien, además de que tampoco él pensaba en ello, el archicanciller sin consultar á nadie y con grande asombro de sus co-estados, eligió al cardenal Fesch para coadjutor del arzobispado de Ratisbona, y escribió á Napoleon una carta oficial anunciándole esta eleccion.

Napoleon no tenia motivos para apreciar al cardenal Fesch, genio orgulloso y testarudo, y que no era el menos quisquilloso de la familia, por lo que no tenia mucho empeño en colocarle al frente

de los pueblos que soportan las cargas del estado, sin gozar de sus principales ventajas; desastrosa posicion de un pais digno de mejor suerte por su lealtad, su industria y su radical energia. La constitucion germánica solo puede ser regenerada por un gefe del imperio dotado de carácter fuerte, que robustezca las leyes concentrando en sus manos el poder ejecutivo. Los estados del imperio gozarán mejor de sus dominios, cuando los votos de los pueblos sean presentados y discutidos en la dieta, cuando se hallen mejor organizados los tribunales y se administre justicia mas eficazmente. S. M. el emperador de Austria, Francisco II, seria como simple particular, muy respetable por sus excelentes cualidades personales, pero es lo cierto que el cetro de Alemania se le escapa de entre las manos, por tener al presente en contra suya la mayoría de la dieta, y por haber fallado á su capitulacion ocupando la Baviera, introduciendo los rusos en Alemania y desmembrando parte de su imperio para llevar adelante las querellas particulares de su casa. ¡Ojala pudiera ser emperador de Oriente para resistir á los rusos y que el imperio de Occidente renaciese en el emperador Napoleon, tal como estaba en

del imperio germánico. Sentia, pues, sin saber porqué, este nombramiento tan extraño, no dudando que era un sintoma seguro de lo dispuestos que se hallaban los principes alemanes oprimidos, á poner en sus manos el nuevo cetro imperial.

Napoleon no queria despojar á las claras de este cetro al gefe de la casa de Austria; esta era una empresa que le parecia de sobrada importancia en aquel momento, aunque pocas habria que le asustasen despues de la jornada de Austerlitz. Pero conocia perfectamente á lo que podia arriesgarse por entonces en Alemania, y habia arreglado definitivamente el plan que debía seguir. En aquel momento trataba de dislocar, debilitar el imperio germánico de tal modo, que solo brillara

el tiempo de Carlo-Magno, compuesto de la Italia, la Francia y la Alemania. No parece absolutamente imposible que los males de la anarquia, hiciesen sentir la necesidad de semejante regeneracion en la mayoría de los electores, por cuya razon nombraron á Rodolfo de Habsburgo pasadas las revueltas del primer interregno. Las facultades del archicanciller son en estremo limitadas; pero cuenta al menos de buena fé con los talentos del emperador Napoleon, principalmente acerca de los motivos que pueden agitar el Mediodia de la Alemania. La regeneracion de la constitucion germánica ha sido en todos tiempos el objeto de los deseos del elector archicanciller, el cual nada pide ni admitirá para sí, y cree al mismo tiempo, que si S. M. el emperador Napoleon pudiera reunirse algunas semanas todos los años en Maguncia ó en alguna otra parte, con los principes sus aliados, se desarrollarían prontamente los gérmenes de la regeneracion germánica. Mr. de Hedecville ha inspirado una total confianza á el elector archicanciller, el cual se alegrará infinito se sirva haber presente la rectitud y pureza de estas consideraciones á S. M. el emperador de los franceses y á su ministro Mr. de Talleyrand.

CARLOS, elector archicanciller.

en el Occidente el imperio francés. Despues queria reunir á los principes de la Alemania meridional, situados en las orillas del Rhin, Francia, Suabia y Baviera, formando de todos una confederacion que estuviese á las órdenes de su reconocido protectorado, la cual declaró haber roto todos los lazos que pudieran unirla con el imperio germánico. En cuanto á los demas principes de Alemania, permanecerian en la antigua confederacion bajo la autoridad del Austria, ó lo que parecia mas probable, cada uno se uniria segun les pareciese, ya á la Prusia ya al Austria. El imperio francés, soberano de Italia, Nápoles, Holanda, tal vez pronto de la península española, y protector del Mediodia de la Alemania, comprenderia casi los Estados que pertenecieron en otro tiempo á Carlo-Magno llegando á ser el verdadero imperio de Occidente. Esto no pasaba de ser una idea, grave sin embargo por los celos que iba á despertar en Europa, pero realizable en el dia de una victoria ó de una negociacion feliz.

Para llevar á cabo semejante proyecto, no se necesitaba trabajar mucho, porque Baviera, Wurtemberg y Baden, trataban en aquella época con la corte de París á fin de arreglar como quiera que fuese su situacion poco segura. Todos los demas principes pedian ser comprendidos bajo cualquier título ó condicion en el nuevo sistema federal que empezaba á traslucirse y que se deseaba como inevitable, siendo cuestion de vida ó muerte, el ser ó no comprendidos en él. No era, pues, necesario tratar con los principes de Baden, Wurtemberg y Baviera, y aun á estos se tuvo gran cuidado de no consultarles sino en ciertas medidas, esclu-

yendo por supuesto á todos los demás de la negociacion. Se resolvió presentar el convenio, redactado, ya solo á los principes con quienes debia contarse, admitiéndoles á que le firmasen lisa y llanamente. La nueva confederacion debia llamarse confederacion del Rhin, tomando Napoleon el título de Protector.

Mr. de Talleyrand ayudado por el hábil diplomático Mr. de Labernardiere fué el encargado de redactar el proyecto de la nueva confederacion, el cual debia ser sometido despues á la aprobacion del emperador (1).

Queda, pues, demostrado, cual fué la serie de los sucesos que por dos veces impulsó á Francia á mezclarse en los asuntos de Alemania. La primera, cuando la particion de los bienes eclesiásticos, amenazando á la Alemania de un trastorno, hizo necesario que esta suplicara á Napoleon verificase él mismo la particion, y anunciase los cambios que debian ocurrir en la constitucion germánica. La segunda, cuando Napoleon precisado á marchar desde las orillas del Océano á las del Danubio á causa de la irrupcion de los austriacos en Baviera, necesitando crearse aliados en el Mediodia de la Alemania, recompensarlos, engrandecerlos y contenerlos al propio tiempo si tratasen de abusar de su alianza, tuvo necesidad de intervenir á fin de arreglar la situacion de los principes alemanes, que por su posicion topográfica interesaban á la Francia.

(1) Hemos adquirido todos estos pormenores, del mismo Mr. de Labernardiere, único confidente de esta importante creacion, y teniendo á la vista una multitud de documentos auténticos,

Si en todo cuanto hizo entonces, llevó alguna mira particular, no fué otra sino la de suprimir un título augusto, disolviendo el imperio germánico, á fin de que solo existiese á la vista de los pueblos, el imperio francés. Sin embargo, las causas esenciales de su intervencion, no fueron otras sino las violencias de los fuertes, los lamentos de los débiles, y el doble deseo, muy laudable por cierto, de reprimir las injusticias cometidas en su nombre, y reformar la Alemania de un modo análogo con las luces de su buen criterio; de todo lo cual no podía dispensarse, porque tropezaba á cada instante con todos aquellos males.

No fué esto una falta menos grave por parte de Napoleon, que la de intervenir en los negocios alemanes, mas allá de ciertos límites. Tratar de ejercer un influjo predominante en el Mediodía de la Europa, en Italia y aun en España, entraba en los cálculos de la política francesa de todos tiempos, y por muy grande que fuera esta ambicion podía ser justificada con un número considerable de brillantes triunfos; pero querer estender su poder en el Norte de la Europa, esto es, en Alemania, era llevar al colmo la desesperacion del Austria; era dar á la Prusia una clase de celos que jamás le habia inspirado la Francia; era cargar con la responsabilidad de los disgustos que se originasen por las disensiones que todos aquellos pequeños príncipes tuvieran entre sí; pasar por apoyo y cómplice de los opresores, cuando blasonaba de proteger á los oprimidos; grangearse enemigos en los que no favorecia, sin que por ello sucediera lo contrario con los que adquirian ventajas, pues estos se esplicaban ya de una manera bastante

clara para dar á conocer que después de haberles facilitado su engrandecimiento, serian capaces de hacernos la guerra, á fin de comprar la conservacion de lo que habian adquirido. Por lo que respecta á poder contar con el auxilio de sus tropas era un engaño fatal, porque seria necesario considerar como auxiliares, á unos soldados dispuestos á convertirse en traidores á la primera ocasion. Mayor falta fué aun la de mudar las antiguas combinaciones de Alemania, de las que deducian que la Prusia era rival del Austria, y por consiguiente aliada de la Francia, y de todos los príncipes alemanes, envidiosos unos de otros, partidarios por lo tanto de la política francesa, á cuya sombra deseaban cobijarse. Lo que convenia á Alemania, siendo cuanto se podia hacer en un siglo, era aumentar algo la influencia de la Prusia, y disminuir la del Austria; pasar mas adelante, solo hubiera servido para producir trastornos en la política europea, perniciosos mas bien que útiles. A haber llegado estos cambios hasta hacer soberana á la Prusia, hubiera sido únicamente trasportar el peligro, llevando á Berlin el enemigo que siempre habia estado en Viena, y si tenian por objeto el destruir la Prusia y el Austria, equivalia á levantar la Alemania en masa: en cuanto á los pequeños estados, todo lo que no fuese una justa proteccion hácia ciertos príncipes de segundo orden, como los de Baviera, Baden y Wurtemberg, comunmente aliados de Francia, todo lo que no fuese imponer un precio razonable á su alianza después de la guerra, era una peligrosa intervencion en los negocios ajenos, una espontánea aceptación de dificultades que nada importaban á la

Francia, y bajo el aspecto de una violacion aparente de la independencía estrangera, una completísima burla. Solo restaba el haber cometido tambien la falta de fundar reinos franceses en Alemania, pero Napoleon no habia llegado aun á tal grado de poder, ni podia cometer un error semejante. La antigua constitucion germánica, modificada por el registro de 1803, con algunas aclaraciones y con las antiguas influencias innovadas solamente en su proporción, era lo que convenia á la Francia, á la Europa y á la Alemania misma. Mas hizo la Francia en beneficio de la Alemania, que en su provecho propio; pero ésta conservando un profundo rencor, aguardó el momento de la retirada del ejército francés, para atacar por la espalda á los soldados acosados por la superioridad del número de enemigos. ¡Este fué el premio de los errores!

Napoleon, dejando á MM. de Talleyrand y de Labernardiere arreglar secretamente los pormenores del nuevo plan de confederación germánica en compañía de los ministros de Baden, Wurtemberg y Baviera, empezó á arreglar la ejecucion de su plan general, sobre todo relativamente á Italia y Holanda, á fin de que los negociadores ingleses y rusos, cada uno por su parte hallasen las últimas é irrevocables determinaciones acerca de los tronos que quería crear nuevamente.

El de Nápoles fué destituido á José y el de Holanda á Luis; siendo la institucion de estos tronos para Napoleon, al mismo tiempo que un cálculo político, una satisfaccion completa. Este hombre no era solamente grande, sino bueno y sensible á los afectos de familia, hasta el extremo

de ser débil algunas veces; empero no siempre recogia el premio de estos hermosos sentimientos porque nada hay tan exigente como una familia elevada de la nada. No habia uno solo de todos sus parientes, que reconociendo que al vencedor de Rivoli, de las Pirámides y de Austerlitz le era debido el engrandecimiento de los Bonapartes, no creyese haber contribuido por su parte á este resultado, considerándose tratado de un modo injusto y arbitrario al paso que desproporcionado á sus méritos. Su madre, repitiendo á cada instante que le habia dado el ser, se quejaba de que carecia de todos aquellos honores y respetos debidos á su clase, y eso que era la mas modesta y menos fatua de toda la familia. Luciano Bonaparte, blasonaba de que habia puesto la corona sobre las sienes de su hermano, porque solo él se mantuvo firme el 18 de brumario; añadiendo que en premio de este servicio, gemia desterrado. José que era el mas amable y sensato de todos, decia tambien que siendo el hermano mayor, no se le trataba como merecia; pudiendo creerse con algun fundamento, que los tratados de Luneville, de Amiens y el Concordato los cuales le encargó Napoleon con el mayor gusto que firmara, aun perjudicando á Mr. de Talleyrand, fueron obra de su habilidad personal tanto como de las hazanas de su hermano. Luis, enfermo, desconfiado, lleno de orgullo, y virtuoso en la apariencia aunque honrado en el fondo, pretendia haber sido sacrificado á un oficio infame, esto es, al de ocultar por medio de su casamiento, las flaquezas de Hortensia de Beauharnais con Napoleon; calumnia odiosa, inventada por los emigrados, esparcida

en mil folletos, y á la cual Luis hizo mal en dar importancia, tomándolo tan á pechos, dando pábulo de este modo á que se la tuviera por cosa cierta. Todos en fin, y cada uno de ellos se creía víctima hasta cierto punto, por no haber sido recompensados como merecian, de la parte que habian tenido en el engrandecimiento de su hermano. Las hermanas de Napoleon, no atreviéndose á tener semejantes pretensiones, se agitaban en su derredor, inquietándole con sus rivalidades y á veces con su descontento. Carolina incitada continuamente por Murat, el cual aunque inconstante, correspondía á lo menos á los beneficios de su cuñado con una adhesion que no permitia entonces augurar su conducta posterior, bien es verdad que todo se debe esperar de la inconstancia. Elisa que era la mayor, trasportada á Luca, en donde buscaba la gloria de dirigir bien un pequeño estado, lo cual, en efecto hacia perfectamente, deseaba el aumento de su ducado.

Entre toda esta parentela, solo Gerónimo, como el mas jóven, y Paulina como la mas loca, eran los únicos que estaban exentos de aquellas exigencias, de aquellos rencores y aquellos celos que turbaban el interior de la familia imperial. Gerónimo, cuya juventud poco regular habia provocado con frecuencia la severidad de Napoleon, veía en él un padre mas bien que un hermano, y recibia sus beneficios con un verdadero reconocimiento: Paulina, entregada á los placeres como una princesa de la familia de los Césares, y hermosa como una Venus de la antigüedad, no buscaba en el engrandecimiento de su hermano, sino los medios de satisfacer sus caprichos, no queria

otros titulos que los de los Borghesos, cuyo nombre adoptó, y se hallaba dispuesta á preferir la fortuna, origen de todos los gozes, á la grandeza que solo satisface el orgullo. Amaba tanto á su hermano, que cuando estaba en campaña, el archicanciller Cambaceres, encargado del gobierno del estado y de la familia reinante, se veia precisado á mandar á esta princesa las noticias en el mismo instante que las recibia, pues el menor retardo la hacia sufrir cruelmente.

El recelo de que fuesen preferidos los hijos de la familia Beauharnais, fué el motivo que impulsó á los Bonapartes á hacerse enemigos de Josefina, sin tener en cuenta el sentimiento que causaba esto á Napoleon á quien atormentaban de mil maneras. El precoz engrandecimiento de Eugenio, que ya era virey y heredero presunto del hermoso reino de Italia, les llamaba particularmente la atencion, y eso que antes se le ofreció esta corona á José, que la rehusó porque le ponía casi directamente bajo el dominio del emperador de los franceses, pues él decia que si queria reinar, pero con una absoluta independenciam. Mas tarde se dará á conocer que este amor á la independenciam, comun á todos los individuos de la familia imperial, combinado con las tendencias de los pueblos sobre quienes estaban destinados á reinar, debía ofrecer muchas dificultades al gobierno de Napoleon y nuevas calamidades á las desgracias de la Francia.

Era necesario, por lo tanto, que se distribuyesen esclusivamente entre los individuos de esta familia, los reinos y ducados de nueva creacion. La corona de Nápoles aseguraba á José una si-

tuacion harto independiente, siendo por otra parte una cosa que merecia la pena, para que no la aceptase. Admira ciertamente el tener que emplear semejantes espresiones para caracterizar el modo con que eran admitidos los cetros de estos hermosos reinos, por príncipes que habian nacido tan distantes del trono y aun del engrandecimiento que los particulares deben algunas veces á su cuna ó riquezas. Pero varias de las singularidades del fantástico espectáculo ofrecido por la revolucion francesa, y por el hombre extraordinario colocado al frente de ella, fueron aquellas negativas, aquellas dudas y casi desprecios de la saciedad anticipada, hechas en presencia de los mas hermosos tronos, por personas que en su juventud nunca pudieron esperar semejantes honores. Napoleon que vió á José despreciar la presidencia del Senado y el vireinato de Italia, dudando que admitiese el trono de Nápoles, no le confirió por el momento sino el título de su lugarteniente, (1) pero habiéndose

(1) Insertamos las cartas siguientes, las cuales dan á conocer el modo con que Napoleon daba las coronas y como eran admitidas.

Al ministro de la Guerra.

Munich 5 de enero de 1806.

«Enviad al general Berthier, vuestro hermano, con el decreto nombrando general en jefe del ejército de Nápoles al príncipe José. Encargadle que guarde el mayor secreto, y que no le entregue los despachos hasta que haya llegado el príncipe. Repito que es necesario guarde el mayor sigilo, porque no estoy segu-

asegurado despues de que le aceptaria, consignó su nombre en los decretos que debian presentarse al Senado.

ro de que lo acepte, por cuya razon no debe dejarse traslucir la menor cosa.»

Al príncipe José.

Stuttgard, 19 de enero de 1806.

«Deseo que entreis en el reino de Nápoles á principios de febrero, así como en todo el dicho mes espero saber que ondean mis águilas en aquella capital. No hagais suspension de armas ni capitulacion de cualquier especie que sea; pues no es otra mi intencion sino la de que no reinen mas en Nápoles los Borbones, y colocar en este trono un príncipe de mi familia, vos por ejemplo, si os conviniere, ú otro cualquiera en el caso contrario.

«Os encargo de nuevo que no dividais vuestras fuerzas; que todo vuestro ejército pase el Apenino, y que vuestros tres cuerpos de ejército marchen directamente á Nápoles, de modo que se hallen juntos en un dia en el mismo campo de batalla.

«Dejad un general, depósitos, provisiones y algunos artilleros en Ancona para defensa de la plaza. Una vez tomado Nápoles, los confines se rendirán por sí propios; enviad una division á Tarento y otra hácia la parte de la Sicilia para acabar la conquista del reino.

«Pienso dejar á vuestras órdenes en el reino de Nápoles por ahora, mientras tomo otras disposiciones, 44 regimientos de infantería francesa, completos de fuerza, y 12 iguales, de caballería.

«El pais debe suministraros los viveres, vestuarios, remontas y todo lo necesario, de modo que no tenga yo que gastar un cuarto. Mis tropas del reino de Italia no deben permanecer mas que el tiempo que juzgueis necesario, despues de lo cual volverán inmediatamente á sus destinos.

«Formad una legion napolitana, compuesta únicamente de oficiales y soldados napolitanos, esto es, gente toda del pais que quieran adherirse á mi partido.

El trono de Holanda le fué conferido á Luis, el cual despues ha manifestado á la Europa en una critica contra su hermano, hasta que punto se resintió de no haber sido suficientemente consultado acerca de esta disposicion. Napoleon, en efecto, sin contar con Luis, cuya voluntad no creia pudiera ser un obstáculo, mandó á varios de los principales ciudadanos de Holanda, principalmente al valiente y hábil comandante de la flotilla, el almirante Verhuel, que preparasen la Holanda á renunciar definitivamente á su antiguo gobierno republicano, constituyéndose en monarquía. Hé aquí otro rasgo del cuadro que presentamos; la revolucion francesa que empezó por querer convertir en repúblicas todos los tronos, trataba entonces de convertir en monarquías las repúblicas mas antiguas. Las de Venecia y Génova, convertidas en provincias de distintos reinos, las ciudades libres de Alemania comprendidas en diferentes principados, habian ya significado esta tendencia singular. El trono de Holanda fué el último y el mas sorprendente fenómeno; la Holanda despues de haberse arrojado en brazos de la Francia para librarse de los estatouderatos, se hallaba descontenta de verse condenada á una guerra perpétua, y no profesaba el debido reconocimiento á Napoleon, que hizo en Amiens y renovaba diariamente, los mayores esfuerzos para asegurarla la restitution de sus colonias. Los holandeses, medio ingleses por la religion, las costumbres y el espíritu mercantil, aunque enemigos de la Inglaterra por sus intereses marítimos, no tenian simpatía alguna hácia el gobierno de Napoleon y su engrandecimiento

esclusivamente continental. El mas pequeño triunfo marítimo les hubiera halagado mejor que la victoria mas brillante en tierra: manifestaban sobrada indiferencia al gobierno semi-monárquico de un gran-pensionario, á lo cual les indujo Napoleon, instituyendo una especie de primer cónsul en todos los países sometidos al influjo de la Francia. Este gran-pensionario, Mr. de Schimmelpenninck, hombre honrado y buen ciudadano, no era para ellos otra cosa que un prefecto francés, encargado de verificar exacciones, pues que pedía impuestos y empréstitos con objeto de subvenir á los gastos de la guerra. Lo poco que agradaba este gobierno del gran-pensionario, era la sola circunstancia favorable que ofrecia la situacion de la Holanda para que aceptase un rey; bien es verdad que rendidos á la fatiga que dejan las revoluciones, la cual nos hace mirar todas las cosas con la mayor indiferencia, los holandeses experimentaban un gran sentimiento al verse arrebatado su gobierno republicano. Sin embargo, el asegurarles que les dejarían sus leyes, sobre todo las municipales, lo bien que les hablaban de Luis Bonaparte, de sus buenas costumbres, de sus ideas económicas, de la independencia de su carácter, y por último, la resignacion comun á los acontecimientos previstos anticipadamente, decidieron á los principales representantes de Holanda, á prestarse á la institucion de un trono. Un tratado formal, convirtió en una alianza des estado á estado, la nueva situacion de la Holanda con respecto á Francia.

Las provincias venecianas, que no reunió Napoleon inmediatamente al reino de Italia, para

por con mas libertad estudiar sus recursos y emplearles segun sus planes, las provincias venecianas, decimos, inclusa la Dalmacia, fueron unidas al reino de Italia, con la condicion de ceder el pais de Massa á la princesa Elisa, para aumentar el ducado de Luca, y el de Guastalla á la princesa Paulina Borghese, que no habia recibido aun nada de la munificencia de su hermano. Esta última no quiso conservar su ducado y lo volvió á vender al reino de Italia por algunos millones.

Este era, tal vez, el momento de pensar en el papa y en la causa legitima de su descontento; pues en aquella ocasion en que la Italia estaba siendo la presa de los reyes, dividida con el filo de la espada, era sumamente acertado reservar la parte de San Pedro, é intentar atraer por medio de algunas ventajas temporales este poder espiritual, con el que nunca conviene estar en pugna, aun en nuestros tiempos de creencias dudosas, y á quien es necesario temer mas cuando se halla oprimido que cuando él es el opresor. Aquellos nuevos monarcas se hubieran dado por muy contentos en recibir sus estados, aun con una provincia menos, y Pio VII satisfecho, se habria visto obligado á tolerar mejor, que el poder francés le autorizara completamente, como lo estaba haciendo desde el establecimiento de José en Nápoles. En todo caso, aun le quedaban á Napoleon Parma y Plasencia de que disponer, y no podia ciertamente hacer mejor uso de ellos que empleándolos en contentar á la córte de Roma. Pero ya comenzaba Napoleon á estar mas tranquilo con respecto á la oposicion fisica ó moral, que pudie-

ran hacerle desde la batalla de Austerlitz, y como estaba sumamente descontento del papa y de sus manejos hostiles contra el nuevo rey de Nápoles, hallábase mas dispuesto á reducir que á aumentar el patrimonio de San Pedro. Se reservaba, pues, á Parma y Plasencia para hacer de ellos un uso de bastante importagcia, pensando que sirviesen de indemnizacion á algunos de los principes protegidos por la Rusia ó la Inglaterra, tales como los soberanos de Nápoles y del Piemonte, viejos monarcas destronados, á quienes queria arrojar algunas migas del festin al redor del cual se hallaban sentados los nuevos reyes. Esta idea era buena seguramente, pero tenia la contra de dejar descontento al papa, dispuesto á mostrar su disgusto, cuando hubiera sido sumamente facil el satisfacerle sin gran perjuicio de los reinos instituidos recientemente.

Era indispensable dar algo á Murat, esposo de Carolina Bonaparte, y al que le correspondia tanto quizá por sus hechos de armas, como por razon del parentesco; pero no por eso dejaba tambien de tener sus exigencias, ó mejor dicho su esposa. Napoleon trato de darles el principado de Neuchatel, pero ambos lo rehusaron, manifestando su completo desagrado al archicanciller Cambaceres, que era el mediador ordinario entre Napoleon y su familia, empleando aquella paciencia conciliadora que apacigua las incomodidades reciprocas, oyendo todo y no diciendo sino lo que convenia decirse. Entonces pensó Napoleon en darles el ducado de Berg, cedido á la Francia por la Baviera en cambio de Anspach, aumentado á la sazón con los restos del ducado de Cleves y cuyo

hermoso pais deliciosamente situado á la derecha del Rhin tenia trescientos veinte mil habitantes y producía una renta líquida de 400,000 florines al año; permitiéndole además sostener dos regimientos y pudiendo dar á su poseedor cierta importancia en la nueva confederacion germánica. La fecunda imaginacion de Murat y de su esposa, concibió en efecto que debian ocupar un puesto de consideracion, adornado exteriormente con algun gran título renovado del Santo Imperio.

Toda la familia reinante se hallaba ya atendida, aunque á decir verdad, los hermanos y hermanas de Napoleon no estaban completamente satisfechos. Restaba, pues, pensar en sus compañeros de armas y en los colaboradores de sus trabajos civiles; su benevolencia natural se hallaba en este punto de acuerdo con su política, complaciéndose en remunerar la sangre de unos y las vigiliias de otros; queria que fuesen valientes, laboriosos y honrados, y por lo tanto consideraba que era preciso recompensarlos; en fin, el ver la sonrisa en los labios de sus servidores, no aquella que es producida por el reconocimiento, sino la que resulta de estar contentos y satisfechos, era uno de los mayores goces que disfrutaba el noble corazon del emperador.

Consultó al archicanciller Cambaceres acerca de la distribucion de las nuevas gracias, y este viendo que por muy grande que fuese el hotin que habia de repartirse era aun mayor la estension de los servicios y las ambiciones, conoció el apuro de Napoleon y empezó aminorando este ahogo por él mismo, para lo cual suplicó al emperador

que no pensara en él al distribuir los nuevos ducados. Nadie conocia mejor que Cambaceres que cuando se ha llegado á cierto grado de fortuna, vale mas conservar que adquirir, y un imperio del cual dirigiera este la parte política y Napoleon la administrativa y la militar, hubiera sido el mas grande del mundo. El archicanciller solo deseaba conservar su posicion actual, y esta seguridad le parecia preferible á los mejores ducados. Adquirió bien pronto esta certeza que era lo único que deseaba, aunque temió al pronto, viendo á Napoleon exigir que los nuevos reyes conservasen sus dignidades francesas, que su intencion fuera nombrar grandes dignatarios del imperio esclusivamente á los reyes, y que los títulos de archicanciller que él disfrutaba y el de architesorero desempeñado por el príncipe Lebrun, no cayesen bien pronto en alguno de los monarcas nuevamente creados ó que se creasen. Deseando conocer las intenciones de Napoleon sobre esta materia, le habló en estos términos:— Cuando tengais un rey dispuesto á recibir el título de archicanciller, hacedme el favor de advertirmelo, para presentar mi dimision.—Estad tranquilo, le contestó Napoleon; necesito para este cargo un legislador, y ninguno mejor que vos puede desempeñarle.—Efectivamente, entre las testas coronadas que formaban en otro tiempo el imperio germánico, se conservaron tres plazas para simples preladados, esto es, los electores de Maguncia, Trevia y Colonia. Así mismo, acomodaba á Napoleon conservar un destino, entre aquellos reyes, dignatarios de su imperio, para el primero, el mas severo magistrado de aquella

época, el cual hacia que presidiesen siempre en sus consejos la justicia y la sabiduría, cosa que no siempre sucedía en los de los reyes.

No era necesario mas para contentar al prudente archicanciller, que desde luego, no deseando ni pidiendo nada para él, ayudó mucho á Napoleon en el difícil repartimiento que tenia que hacer. Ambos estuvieron de acuerdo con respecto al primer personage á quien se debia recompensar dignamente, á Berthier, el mas aplicado, el mas exacto el mas ilustrado tal vez de todos los lugar-tenientes de Napoleon, el que siempre estaba al lado suyo enfrente de las balas, y el que soportaba sin ninguna muestra de disgusto una vida llena de peligros, que sabia dominar su valor, pero cuyas fatigas empezaban ya á disgustarle algun tanto. Napoleon esperó una gran satisfaccion en poder remunerarle sus servicios, concediéndole por lo tanto el principado de Neufchatel, que le constituia príncipe soberano.

Habia tambien un servidor de Napoleon, que ocupaba en Europa un rango mas elevado que ningun otro, este era Mr. de Talleyrand, el cual le servía con mas utilidad, por su diplomacia en los tratos con los ministros estrangeros y la elegancia de sus costumbres, que por sus conocimientos en el consejo, en el que sin embargo, disfrutaba de gran reputacion por opinar siempre por la política moderada. Napoleon no le queria y desconfiaba de él, pero al mismo tiempo le causaba pena el verle descontento por no haber sido comprendido en el número de los grandes dignatarios. El emperador para desenojarle, le confirió el hermoso principado de Benevento, uno de los dos que acababan de

quitarse al papa, como pertenecientes al reino de Nápoles.

Aun le quedaba á Napoleon el principado de Puente Corvo, perteneciente tambien al reino de Nápoles, y como el anterior tomado tambien al papa; el cual quiso dar á un personage que ademas de no haber prestado servicio alguno de consideracion, tenia un corazon desleal, pero que era cuñado de José. Napoleon se violentó mucho para conceder esta dignidad á Bernardotte, pero se decidió al fin por conveniencia, por espíritu de familia y por acreditar que olvidaba las injurias.

No le hubiera costado gran trabajo á Napoleon, si solo hubiera tenido que recompensar á estos tres ó cuatro servidores, pero necesitaba pensar en otros muchos, mas acreedores por cierto á su gratitud, esceptuando á Berthier, los cuales estaban siempre á su lado y aguardaban la parte que les correspondia de los frutos de las victorias. Pero aquel grande hombre que hallaba remedio para todo, salió adelante por medio de una institucion hábilmente concebida. Al conceder los reinos á los nuevos monarcas lo hizo con la condicion de que estos ereasen ducados con pingües dotaciones y le entregasen una parte de los dominios nacionales, por cuyo medio, uniendo los Estados venecianos al reino de Nápoles, se reservó la creacion de doce ducados con los titulos de Dalmacia, Istria, Frioul, Cadora, Belluno, Conegliano, Trevisa, Feltra, Bassano, Vicence, Padua y Rovigo. Estos ducados no concedian á sus poseedores poder alguno, pero les aseguraban una dotacion anual pagada de la décima quinta parte reservada de las rentas del pais. Dió á José el reino de Ná-

poles con la condicion de reservarse seis feudos de los que hacian parte los ya dichos principados de Benevento y Puente Corvo y que completaban los cuatro ducados de Gaeta, Otranto, Tarento y Reggio. Al unir al principado de Luca el de Massa, estipuló Napoleon la creacion del ducado de Massa, instituyendo otros tres en los paises de Parma y Plasencia, uno de los cuales fué concedido al architesorero Lebrun. Entre todos estos títulos que acabamos de mencionar, figuran aquellos que obtuvieron los mas esclarecidos servidores del imperio, y los cuales disfrutaban hoy sus hijos, último y vivo testimonio de nuestras pasadas glorias. Todos estos ducados fueron instituidos con las mismas condiciones que los doce creados en el Estado veneciano, esto es, sin poder alguno, pero con su correspondiente dotacion sobre la décima quinta de las rentas. Quiso tambien Napoleon dar recompensas segun los grados de cada uno, para lo cual se apropió en estos paises bienes nacionales y rentas, con objeto de crear las dotaciones convenientes; asegurándose por este medio 30.000,000 de bienes nacionales en el Estado de Venecia, y una inscripcion con la renta de 4.200,000 francos sobre el gran libro del reino de Italia; reservándose con el mismo fin, los bienes nacionales de Parma y Plasencia; una renta de 4.000,000 sobre el reino de Nápoles, y 4.000,000 de bienes nacionales en el principado de Luca y Massa; todo lo cual formaba un total de veinte y dos ducados, 34.000,000 de bienes nacionales, y 2.400,000 francos de rentas, que unido al tesoro del ejército, que ascendia, merced á la ultima contribucion de guerra, á 70.000,000 y que los nuevos

trianfos iban á aumentar indefinidamente, debian servir para satisfacer las dotaciones concedidas á todos los grados desde el de soldado inclusive hasta el de mariscal, sin olvidar en estas dotaciones á los funcionarios civiles. Napoleon habia discutido ya con Mr. de Talleyrand un proyecto de reorganizacion de la nobleza, y no creyendo suficiente la institucion de la Legion de Honor y los ducados se proponia crear condes y barones, reconociendo la necesidad de estas distinciones sociales y deseando que todos se encumbrasen á la par suya, en proporcion á sus méritos; pero pensaba tambien corregir la profunda vanidad de estos títulos de dos modos, haciendo que los adquiriesen por medio de grandes servicios, y dotándoles con rentas que asegurasen el porvenir de sus familias.

Estas diferentes resoluciones fueron todas presentadas al Senado en los meses de marzo, abril y junio, para convertirlas en artículos de las constituciones del Imperio.

El 15 de marzo de este año (1806), fué proclamado Murat gran duque de Cleves y de Berg; el 30 del mismo mes fué igualmente proclamado José rey de Nápoles y de Sicilia, Paulina Borghese, duquesa de Guastalla; Bentier, príncipe de Neufchatel; y el 5 de junio (las negociaciones con la Holanda produjeron este retraso) fué proclamado Luis, rey de Holanda; Mr. de Talleyrand, príncipe de Benevento; y Bernardotte príncipe de Puente Corvo. En vista de todo esto podia creerse que habian vuelto aquellos tiempos del imperio romano, en los que un simple decreto del Senado bastaba para hacer reyes ó destronarlos.

Esta serie de actos extraordinarios terminó con la creación definitiva de la nueva confederación del Rin, cuya negociación se había hecho secretamente entre Mr. de Talleyrand y los ministros de Baviera, Baden y Wurtemberg. Al ver la manifiesta agitación de los príncipes alemanes, se temía generalmente que se trataba aun de reconstituir la Alemania: los que por la situación geográfica de sus estados podían ser incluidos en la nueva confederación, suplicaban con ansia que les admitiesen en ella á fin de conservar su existencia; y los que debían quedar limitrofes, trataban de indagar el secreto de su constitución, con el objeto de saber las relaciones que tendrían con aquel nuevo poder, no queriendo sujetarse á él, sin embargo, sino con ciertas ventajas. El Austria que consideraba como disuelto el imperio hacia ya algunt tiempo, y que por otra parte, conocía que de ninguna utilidad le era en adelante, presenciaba estos acontecimientos con aparente indiferencia; al contrario la Prusia, que viendo en la caída de la antigua confederación germánica una inmensa revolución, y que hubiera querido á lo menos dividir con la Francia el poder imperial arrebatado á la casa de Austria y tener la protección del Norte de Alemania, mientras la Francia se abrogaba la del Mediodía, estaba alerta á fin de penetrar cuanto se meditaba. El modo con que acababa de tomar posesión del Hannover y los despachos publicados en Londres, enfriaron tanto las relaciones de Napoleon con esta potencia, que ni aun siquiera se tomaba la molestia de noticiarla las resoluciones que debieran adoptarse de acuerdo con ella. Además de haberse desentendido de los ne-

gocios de la Alemania, que eran los suyos propios, se esparcieron rumores de nuevos arreglos de territorio, según los cuales, iban á quitarle unas provincias y darle otras, pero siempre de menos importancia estas que aquellas.

Dos príncipes germánicos tan antiguo el uno como el otro moderno, hacían circular todos estos rumores, hijos de su impaciente ambición. Era el primero el elector de Hesse-Cassel, príncipe astuto, avaro, que se había enriquecido con el producto de las minas y la sangre de sus súbditos vendidos al extranjero, y el cual trataba de captarse la benevolencia de la Inglaterra, porque allí tenía impuestos capitales inmensos; la de la Prusia, por que era su vecina y general de sus ejércitos, y por último, la de la Francia, porque esta nación fundaba ó destruía á la sazón, la fortuna de todos los monarcas de Europa. No había engaño de ninguna especie que no emplease con Mr. de Talleyrand para ser incluido con ventajas en el nuevo arreglo, ofreciendo unirse á la proyectada confederación y poner en su consecuencia bajo el influjo de la Francia una de las partes más importantes de la Alemania, esto es, el Hesse, con la condición de que le fuese entregada una gran parte del territorio de la casa de Hesse-Darmstadt, á la que profesaba el reñor que ordinariamente tienen las ramas directas á las colaterales y que están frecuente entre los alemanes. Insistía, pues, con gran fuerza sobre este particular y propuso un estenso y circunstanciado plan, al mismo tiempo que escribía al rey de Prusia denunciándole cuanto se tramaba en París y diciéndole que se preparaba una confederación que así arruinaría

la influencia de la Prusia como la del Austria, añadiendo por último, que habian empleado con él todos los medios imaginables á fin de hacerle entrar en ella.

El nuevo príncipe alemán, Murat, no contento con el hermoso ducado de Berg que tenia como hemos dicho trescientos veinte mil habitantes, que producía 400,000 florines de renta, que le proporcionaba medios de sostener dos regimientos y que le hacia dueño de la importante plaza de Wessel, quería ser igual, por lo menos, á los soberanos de Wurtemberg y Baden, deseando para conseguir este objeto, que se crease para él en Westfalia un estado de un millon de habitantes. No dejaba, pues, por lo tanto á sol ni á sombra á Mr. de Talleyrand, el cual harto dispuesto siempre á complacer á los individuos de la familia imperial, revolvía mil proyectos en su imaginación para formarle este territorio, cuyos medios le ofrecía entonces naturalmente la Prusia, en Munster, Osnabruck y el Ost-Frise, aunque es verdad que se trataba de dar en cambio á esta potencia las ciudades anseáticas, las cuales eran á no dudarlo una excelente indemnización, sino en territorio, á lo menos en riqueza é importancia.

Todos estos planes dispuestos sin anuencia de Napoleon fueron desaprobados por él luego que tuvo conocimiento de ellos; no era tan grande el deseo que tenia de satisfacer la ambición de Murat, para que tratase de desmembrar mas y mas la Alemania, pues estaba decidido ante todas cosas á no incorporar las ciudades anseáticas á ningun gran estado de Europa. Sus últimas

combinaciones habian hecho ya desaparecer á Augsburgo é iban á hacer desaparecer á Nuremberg, ciudades ambas por las que se hacia el comercio de la Francia con el centro y el Mediodia de la Alemania, así como haciéndose con el Norte por Hamburgo, Brema y Lubeck, Napoleon se hubiera guardado muy bien de sacrificar aquellas ciudades cuya independéncia interesaba á Francia y á la Europa entera. Los vinos, las telas francesas se introducían en Alemania y en Rusia bajo el pabellon neutro de las ciudades anseáticas; bajo el mismo volvían las materias de construcción y hasta los cereales, cuando así lo exigía en Francia el estado de las cosechas. Comprender estas ciudades en las aduanas de un gran estado, hubiera sido encadenar su comercio y el nuestro, pues ya era muy suficiente el haberse privado de Nuremberg y Augsburgo que llevaban á Francia sus mercaderías, en cambio de nuestros vinos, telas y géneros coloniales que extendían despues por el Mediodia de la Alemania.

Completamente decidido Napoleon á no sacrificar las ciudades anseáticas, rechazaba toda combinación que toviese por objeto el entregarlas á un estado cualquiera, grande ó pequeño; no favorecía pues por lo tanto, ninguno de los proyectos de Murat, y aborrecía al elector de Hesse, príncipe falso y avaro, que ocultaba bajo la capa de indiferencia un ódio profundo, y al cual se proponía devolver los sentimientos que abrigaba con respecto á Francia en la primera ocasion que se le presentase. No quería Napoleon adherirse á sus proyectos incluyéndole en la confederación que se estaba organizando, porque esto hubiera

podido imposibilitar un evento que debía acarrear la ruina tan próxima como merecida de este príncipe. A haber sido necesario devolver el Hannover á Inglaterra, era preciso indemnizar á la Prusia, y Napoleon estaba decidido á ofrecerla el Hesse, lo cual hubiera aceptado indudablemente, como lo hizo con los principados eclesiásticos y el Hannover, y como lo habria hecho con las ciudades anseáticas por las que clamaba á todas horas. Este proyecto ignorado de la diplomacia europea, que era el fruto de las continuas tramas de la casa de Hesse-Cassel y de los enemigos de la Francia, fué la causa, inexplicable entonces, de la grande oposicion á las instancias que hacia elector para ser admitido en la nueva confederacion, y de la supuesta fidelidad á las miras de la Prusia, de que hizo alarde de allí á poco.

Arreglado todo con los principes de Baden, Wurtemberg y Baviera, que fueron los únicos consultados, se dió á firmar el tratado á los demás principes comprendidos, á peticion suya, en la nueva confederacion, pero sin tomarles parecer sobre la naturaleza del acta que la constituia. Este tratado que se firmó el 42 de julio, contenia las disposiciones siguientes.

La nueva confederacion debía llevar el bien elegido y limitado titulo de *Confederacion del Rhin*, titulo que no daba lugar á la pretension de comprender toda la Alemania, y que se aplicaba esclusivamente á los estados vecinos de la Francia, que tenian á no dudarlo relaciones incontestables de interes reciproco. Este titulo al mismo tiempo salvaba en algun tanto la falta de la institucion. Los principes signatarios debian formar una con-

federacion bajo la presidencia del príncipe archicanciller y el protectorado del emperador de los franceses. Las contiendas que se suscitasen entre ellos, debian resolverse en una dieta residente en Francfort, compuesta de dos colegios solamente, el uno llamado de los reyes y el otro de los principes. El primero correspondia al antiguo colegio de los electores, que no hubiera tenido objeto alguno al presente, porque no habia que elegir emperador; el segundo, como lo indicaba su titulo, era el antiguo colegio de los principes; habiéndose conceptuado innecesario el que correspondia al antiguo colegio de las ciudades.

Los principes aliados debian estar en perpetua alianza ofensiva y defensiva con la Francia, siendo comun á entrambas, las guerras en que se viese comprometidas la confederacion ó la Francia. Esta debía proporcionar doscientos mil hombres y la confederacion sesenta y tres mil del modo siguiente: Baviera treinta mil, Wurtemberg doce mil, el gran ducado de Baden ocho mil, el de Berg cinco mil, el de Hesse-Darmstadt cuatro mil, y por último, otros cuatro mil entre todos los pequeños estados. A la muerte del príncipe archicanciller, el emperador de los franceses tenia derecho de nombrar el sucesor.

Los confederados se declaraban separados por siempre del imperio germánico, y debian hacer esta declaracion próxima y solemne en la Dieta de Ratisbona. Debian regirse, en sus asuntos propios y en lo relativo á los alemanes, por leyes que la Dieta de Francfort iba á discutir inmediatamente.

Por un artículo especial, todas las casas ale-

manas podian adherirse despues á este tratado, siempre que su adhesion fuese franca y noble.

La confederacion del Rhiñ se componia por entonces, de los reyes de Baviera y Wurtemberg, del principe archicanciller, el arzobispo de Ratisbona, los grandes duques de Baden, Berg, y Hesse-Darmstadt, los duques de Nassau-Usingen, y de Nassau-Weilbourg, los principes de Hohenzollern-Hechingen, y Hohenzollern-Sigmaringen, de Salm-Salm, y Salm Kirbourg, de Isembourg, de Arember, de Lichtenstein, y de la Leyen.

Los principes de Hoenzollern y de Salm eran admitidos en la nueva confederacion, á causa de la larga residencia que muchos individuos de estas familias habian hecho en Francia, y del grande apoyo que prestaron siempre á los intereses de esta nacion. El principe de Lichtenstein obtuvo su ingreso, conservando de este modo su cualidad de principe reinante, aunque austriaco, por haber firmado el tratado de Presburgo.

La circunscripcion geográfica de la Confederacion del Rhin, comprendia los territorios situados entre el Sieg, el Lahn, el Mein, el Necker, el Alto Danubio, el Isar y el Inn, esto es, los paises de Nassau y de Baden, la Franconia, la Suabia, el Alto Palatinado y la Baviera. Todo principe comprendido en esta circunscripcion, que no hubiera sido incluido en el acta constitutiva, perdía la cualidad de principe reinante, y era *mediatizado*, espresion tomada del antiguo derecho germánico, lo cual quiere decir que un principe deja de depender *inmediatamente* del gefe supremo del Imperio, no dependiendo sino *mediatamente*, quedando en su consecuencia bajo la autoridad del

soberano territorial en los estados donde radica, y viendo de este modo desaparecer completamente su soberania.

Los principes y condes *mediatizados* conservaban ciertos derechos, no perdiendo sino los de soberano, que recaian en el principe á quien quedaban sujetos. Los derechos soberanos que se trasmitian eran los de legislacion, de jurisdiccion suprema, de alta policia, de contribuciones y de alistamiento: la justicia subalterna, la policia rural, los derechos de pesca, de caza, de pastos, de explotacion de minas, y todos los tributos feudales, excepto las propiedades personales, componian las prerogativas conservadas á los *mediatizados*, los cuales conservaban tambien la facultad de ser juzgados por sus pares, llamados *austregues* en la antigua constitucion germánica.

La nobleza inmediata fué incorporada definitivamente. Los *mediatizados*, reducidos del estado de principes reinantes al de súbditos privilegiados, eran bastante numerosos, y lo hubieran sido mas, á no ser por la intervencion de Francia. Contábase en este número, los principes de Fustemberg adictos al Austria, los de Hohenthohe á la Prusia, el principe de la Tour y Taxis á quien privó del monopolio de las postas alemanas, los principes de Loevenstein-Wertheim, de Linange, de Schwartzemberg, de Solms, de Wittgenstein-Berlebourg, y algunos otros. La casa de Nassau-Fulde, la del antiguo Stathouder, perdía alguna parte de sus dominios, en razon á su contiguidad con la nueva confederacion. La córte de Berlin, aparte de las serias inquietudes que debia inspirarle semejante confederacion, encontraba dos

motivos de disgusto personal, en las pérdidas que sufrían las casas de Nassau-Fulde y de la Tour y Taxis, cuyo parentesco inmediato con la familia real de Prusia, hemos dado á conocer anteriormente.

Ademas de estas disposiciones fundamentales, contenía el tratado los reglamentos de territorio que tanto se necesitaba para poner de acuerdo á los soberanos de Wurtemberg, Baden y Baviera, coparticipes inconciliables de la Suabia austriaca, de los dominios de la nobleza inmediata, y de los estados pertenecientes á los príncipes *mediatizados*.

La ciudad libre de Nuremberg, cuya suerte no se sabía cómo arreglar entre un vecindario inquieto que la agitaba, y una nobleza patricia que la arruinaba con su dispendiosa administracion, fué entregada á la Baviera, lo mismo que la ciudad de Ratisbona, en recompensa de algunas cesiones hechas en el Tirol al reino de Italia. El príncipe archi-canciller, por último, fué indemnizado profusamente con el territorio y la ciudad de Francfort; siendo en esta ciudad donde debía celebrarse la nueva Dieta.

Este célebre tratado de la confederacion del Rhin, acabó con el antiguo imperio germánico despues de mil y seis años de existencia, desde Carlo-Magno coronado el año de 800, hasta Francisco II destituido en el de 1806. Este tratado ofrecia el nuevo modelo, sobre el cual debía constituirse la Alemania moderna y colocaba entonces bajo el influjo temporal de Francia, los estados del Mediodia de Alemania, dejando los del Norte á merced de los soberanos que mas fueren de su agrado.

Este tratado que se publicó el 12 de julio (1806) con grande pompa, no causó la menor sorpresa, pero completó á los ojos de todo el mundo el sistema europeo de Napoleon, que teniendo á todo el Mediodia de la Europa bajo su soberania imperial con reyes de su familia, y á los príncipes del Rhin bajo su protectorado, no le faltaba mas que el titulo del imperio de Occidente.

Era necesario comunicar este resultado á los interesados, esto es, á la Dieta de Ratisbona, al emperador de Austria; y á la Prusia. La declaracion á la Dieta era sumamente sencilla, pues solo se redujo á notificarla que desde aquel momento dejaba de reconocérsela como tal: al emperador de Austria, se le pasó una nota, en la que sin dictarle la conducta que debía seguir, la cual no era dudosa, se le hablaba del imperio germánico como de una institucion tan gastada como la republica de Venecia, que se desmoronaba por todas partes, que no protegía á los estados débiles, ni daba preponderancia á los fuertes; que no correspondia á las necesidades del tiempo, ni á la proporcion relativa entre los estados alemanes, y que solo proporcionaba á la misma casa de Austria un titulo efimero, el de emperador de Alemania, cuya ruina habia previsto el actual gefe de aquella casa, haciéndose proclamar en su vista emperador de Austria, lo cual habia dispensado á la córte de Viena de toda dependencia con respecto á las casas electorales. Era, pues, de esperar, que sin necesidad de otra cosa, abdicaria el emperador Francisco un titulo que iba á cesar de hecho en una gran parte de Alemania, es decir, en toda la que comprendia la confederacion del Rhin, y que

desde entonces dejaba de ser reconocido por la Francia.

En cuanto á la Prusia, se la felicitaba por haberse libertado de los lazos del imperio germánico, comunmente sojuzgado por el Austria; y á fin de indemnizarla de la parte que dejaba bajo la dependencia del Mediodia de la Alemania, se la propuso que hiciera lo mismo con el Norte. «El emperador Napoleón; escribía el gabinete francés, verá con gusto que la Prusia coloca bajo su influjo por medio de una confederación semejante á la del Rhin todos los estados del Norte de Alemania. Como no se designaban príncipes no se escluíó por lo tanto á ninguno, pero nunca podía ser mucho el número de ellos ni grande su importancia, siendo únicamente los principales el de Hesse-Cassel, la Sajonia con sus diversas ramas, las dos cascas de Mecklemburgo, y últimamente, los pequeños príncipes del Norte, inútiles de enumerar.

Napoleón prometió no poner obstáculo alguno á semejante confederación; pero no se crea que obró de este modo sin tomar anticipadamente enérgicas y ostensibles precauciones. Vigilando con el celo que le distinguía, sobre cuanto pasaba en Nápoles, en Venecia y en Dalmacia, sin descuidar por eso la administración interior del imperio, se ocupaba al propio tiempo en poner su grande ejército bajo un pié formidable, el cual, repartido como hemos dicho en Baviera, Franconia y Suabia, y situado en magníficos acantonamientos, se hallaba descansado y dispuesto á emprender la marcha, ora fuese necesario retroceder por Baviera hacia el Austria, ora conviniese caer, por la Franconia y Sajonia, sobre la Prusia.

Napoleón incluyó en sus filas las dos reservas formadas en Strasburgo y Maguncia á las órdenes de los mariscales senadores Kellermann y Lefebvre, lo cual le proporcionó un aumento de cuarenta mil hombres, soldados todos de aquel año, perfectamente disciplinados, instruidos y dispuestos á las fatigas, entre los cuales, habia algunos aun, que perteneciendo á las reservas de los años anteriores, habian llegado á la edad en que se adquiere el completo desarrollo de las fuerzas, esto es, á los veinte y cuatro ó veinte y cinco años. Debilitado el ejército de resultas de la última campaña, con unos veinte mil hombres, de los cuales una cuarta parte habia vuelto á las filas, se hallaba entonces, gracias á este refuerzo, aumentado y mejorado en extremo. Aprovechándose Napoleón de la circunstancia de mantener una parte de sus soldados, sobre pais extranjero, habia hecho ascender á cuatrocientos cincuenta mil hombres el total de las fuerzas de Francia, de los cuales ciento cincuenta y dos mil estaban en el interior (están comprendidos en este número los gendarmes, veteranos, inválidos y depósitos), cuarenta mil en Nápoles, cincuenta mil en Lombardía, veinte mil en Dalmacia, seis mil en Holanda, doce mil en el campo de Boloña y ciento setenta mil en el grande ejército. Estos últimos formaban una sola masa, compuesta de treinta mil caballos, diez mil artilleros, y ciento treinta mil infantes, todos en el estado mas brillante de instrucción y disciplina, y mandados por los mas ilustres y aventajados generales. Adviértase, sin embargo, que no estaban incluidos en este ejército el general Marmont que se hallaba en Dal-

macia, los holandeses, ni los bávaros, con lo cual queda explicado porque no era mas numeroso con la reunion de las reservas.

En esta situacion imponente, esperaba Napoleon los efectos producidos en Berlin y Viena por la combinacion de sus planes, y la continuacion de las negociaciones entabladas en Paris con Inglaterra y Rusia. Por lo demas, no pensaba en prolongar la guerra, á no exigirlo asi la ejecucion de sus proyectos, antes al contrario, estaba impaciente por reunir á sus soldados en derredor suyo, para asistir á la brillante fiesta que iba á dar al grande ejército la ciudad de Paris. Era ciertamente una idea magnifica, la de hacer festejar al heroico ejército por aquella noble capital que tanto siente todas las emociones de la Francia, y que si no las experimenta mas á lo vivo, lo hace á lo menos con mas frecuencia y energia, gracias á su inmenso número, y á la costumbre de tomar la iniciativa en todos los acontecimientos, así como á la de hablar en todas ocasiones en nombre del pais.

Napoleon, en medio de aquellas negociaciones tan vastas y tan diferentes, y aquellas operaciones militares que se estendian desde Napoles á Iliria, desde Iliria á Alemania, y desde Alemania á Holanda, se dedicaba con ardor á inmortales creaciones del arte y de utilidad pública. Habiendo visitado durante los cortos instantes de reposo que le dejaba la guerra, todos los rincones de la capital, á cada paso le ocurría algun gran pensamiento moral ó útil, que hoy vemos realizado. Al entrar en San Dionisio, y ver aquella antigua iglesia en el estado tan deplorable y ruino-

so en que se encontraba, particularmente desde la violacion de las tumbas reales, mandó acto continuo que se reparase tan venerable monumento, y que se construyesen cuatro capillas sepulcrales, tres para los reyes de las primeras dinastias y una para los príncipes de la suya. Hizo grabar en mármol los nombres de los reyes cuyas tumbas fueron profanadas, é instituyó un capitulo de diez ancianos obispos, para que orasen perpétuamente en aquel asilo fúnebre de nuestras estirpes reales.

Despues de visitar á Santa Genoveva, mando concluir aquel hermoso templo, y que se dedicase al culto, conservando siempre el destino que le diera la Asamblea, esto es, el de admitir en su seno á todos los hombres ilustres de Francia. Este era, pues, el capitulo de la metrópoli, mas estenso, y él cual debia celebrar diariamente los divinos oficios.

El Senado mandó erigir, á propuesta del Tribunalado, un monumento triunfal. Despues de mil planes desechados, se fijó Napoleon en la idea de levantar en la mejor plaza de Paris una columna, de bronce igual en su forma y dimensiones á la de Trajano, consagrada al grande ejército, en la que se distinguiesen sobre un magnifico bajo-relieve al rededor de toda ella, los hechos memorables de la campaña de 1805; advirtiendo al propio tiempo que la materia que debia fundirse para esta obra fuera el metal de los cañones cogidos al enemigo en el campo de batalla, y por último, que se colocara sobre el capitel la estatua de Napoleon en traje imperial. Esta es la misma columna que existe hoy en la plaza de Vendome,

por la que pasan y pasarán las generaciones presentes y futuras, de quienes es y ha de ser en todos tiempos objeto de una generosa emulacion, mientras conserven el amor de la gloria nacional; y por el contrario, les servirá de acusador eterno si alguna vez fuesen capaces de olvidar este noble sentimiento!

Napoleon proyectó en seguida la construccion de un arco triunfal en la plaza de Carrousel, el mismo que existe en el dia, y el cual estaba comprendido en el plan de la conclusion del Louvre y de las Tullerías, cuyos palacios se proponia reunir, formando de ambos uno solo que fuese el mayor de cuantos se hubieran conocido hasta entonces en ningun pais. Un dia que se hallaba en el pórtico del Louvre y dirigiendo maquinalmente la vista hácia el ayuntamiento, concibió la idea de abrir una calle inmensa, construida toda ella uniformemente, ancha como la de la Paz y que llegase hasta la barrera del Trono, de modo que pudiera distinguirse por un lado hasta los Campos-Eliseos, y por el otro hasta los primeros árboles de Vincennes; esta calle debia llamarse *Calle Imperial*. Hacia ya algun tiempo que se habia decretado la construccion de un monumento que reemplazase á la antigua Bastilla en el mismo sitio que esta habia ocupado, el cual queria Napoleon que fuese un arco de triunfo, de grandes dimensiones, á fin de que pudiera pasar por el arco principal la calle proyectada, y colocado en la interseccion de esta calle y el canal de San Martin; pero habiendo dicho los arquitectos la imposibilidad de ejecutar aquel pensamiento sobre una base semejante, resolvió Napoleon que

se construyera en la plaza de la Estrella, porque estaba situada frente á las Tullerías y formaba uno de los estremos de la inmensa linea que queria trazar por medio de su capital. No obstante, sin embargo, de que la generacion presente ha llevado á cabo la mayor parte de los monumentos que Napoleon no tuvo lugar de concluir, ni ha terminado el Louvre, ni abierto la magnífica calle proyectada por Napoleon.

No se limitó solo á cuidar de embellecer la ciudad de París, pues hallaba indigno de la prosperidad del imperio que careciese de agua la capital, cuando la atravesaba un hermoso y cristalino rio. A fin de que las fuentes, que solo corrían de dia, lo hicieran también de noche, ordenó que empezasen desde aquel momento á disponer las bombas de Nuestra Señora, del Puente Nuevo, de Chaillot y de Gros-Caillon, y que se abriesen quince nuevas fuentes, entre las cuales estaba comprendida la del *Chateau de Eau*. Una parte de estas órdenes fueron ejecutadas en dos meses, por manera que ya corrían dia y noche las sesenta y cinco fuentes antiguas y en el sitio que debían ocupar las decretadas recientemente, habia caños provisionales mientras se construían aquellas; habiéndose subvenido á todos estos gastos con los fondos que suministró el tesoro público.

Napoleon prescribió la continuacion de los pretiles del Sena, y decidió que el puente del Jardin de Plantas, que se estaba construyendo entonces, llevase el glorioso título de *Puente de Austerlitz*; y por último habiendo conocido, al recorrer el campo de Marte para trazar el plan

de las fiestas que se preparaban, la gran falta que hacia una comunicacion en este punto entre las dos orillas del Sena, mandó construir un puente de piedra que debia ser el mas hermoso de la capital y el cual se llamó despues *Puente de Jena*.

Los departamentos mas distantes del imperio disfrutaron tambien de la munificencia del emperador, pues en aquel mismo año mandó abrir un canal desde el Rhone al Rhin, otro desde el Escalda tambien al Rhin, y estudiar los medios de construir otro desde Nantes á Brest; destinando al mismo tiempo fondos para la continuacion de los de Ourcq, de San Quintin, y de Borgoña. Decretó la construccion de un camino de sesenta leguas desde Metz á Maguncia, atravesando el valle del Mosela: empezó el camino de Roanne á Lyon, en el que se encuentra la magnifica pendiente de Tarara que casi puede competir con la del Simplon; el famoso camino de la Corniche desde Niza á Génova por la falda del Apenino entre las cimas de este monte y el mar: hizo continuar el del Simplon, ya casi concluido, los del Monte-Cenis y Monte-Genèvre, y el que orilla las márgenes del Rhin; mandando al propio tiempo hacer nuevas obras en el arsenal de Anvers,

No parece sino que las victorias le inspiraban, pues la mayor parte de sus grandes creaciones datan de aquel año memorable, época entre la primera mitad de su carrera, tan sublime, porque la prudencia guió siempre sus pasos, y la segunda tan extraordinaria y triste, en la que su genio, exaltado por la fortuna, traspasó los límites de lo posible para ir á sepultarse en el abismo.

Todo el Cuerpo legislativo adoptó tranquilamente los proyectos ideados por Napoleon y discutidos por el consejo de Estado, no presenciándose ya aquellas borrascosas escenas de la Revolucion y del Parlamento libre, sino que antes por el contrario, era digna de admirar aquella asamblea que adoptaba de buena fé y con la mayor completa satisfaccion, unos proyectos que creia tan bien concebidos como redactados.

En aquel mismo año se presentó otro nuevo código, (el del procedimiento civil), objeto de largas conferencias entre los tribunos y consejeros de Estado, bajo la direccion del archicanciller Cambaceres; en él se disponia el modo de proceder ante nuestros tribunales, con arreglo á su nueva forma y á la simplificacion de nuestras leyes, y el cual fue adoptado sin dificultad, pues si de alguna fué susceptible, quedó ya arreglada en las discusiones preparatorias que tuvieron el Consejo de Estado y el Tribunado.

El primero recibió una notable mejora en su organizacion, pues hasta entonces era este cuerpo el único que examinaba los proyectos de ley, y discutia las grandes medidas de gobierno, tales como el concordato, el viage del papa á Paris y la grave cuestion diplomática de los preliminares de San Julian aun no ratificados por Austria; en una palabra, iniciado en todos los negocios de estado era mas bien un consejo de gobierno que de administracion, y si bien es verdad que las altas cuestiones escaseaban cada vez mas, crecian en proporcion las puramente administrativas, que el progreso de la época y el acrecentamiento continuo del imperio multiplicaban de dia en dia. Los

consejeros de Estado, personas de importancia, casi iguales á los ministros, ocupaban un rango muy elevado, y su número era sobrado corto para despachar todos los trabajos que tenían á su cargo; por lo cual al paso que crecían estos, tomando un carácter esclusivamente administrativo, se sentía la necesidad de aumentar el consejo de Estado, de crear una escala para llegar á él, y sobre todo de emplear á la juventud de alta clase, la cual trataba Napoleón de atraerse por todos los medios á la vez, esto es por las carreras militar y civil. Después de conferenciar con el archicanciller, creó los *maîtres de requêtes* magistrados que ocuparían un rango intermedio entre los auditores y los consejeros de Estado, debiendo encargarse del mayor número de trabajos, y con la facultad de deliberar en las cuestiones que habían informado, los cuales, por último, gozarían de un tratamiento proporcionado á la importancia de sus atribuciones. Los nombramientos para este cargo, que se hicieron inmediatamente, de MM. Portalis, (hijo), Mole y Pasquier, sobrado jóvenes entonces, daban á conocer la utilidad y las miras de semejante proyecto, demostrando al propio tiempo que se atendía al mérito que ofrecía recuerdos, sin escluir por eso el de otro género.

A esta sabia innovacion, por medio de la cual formó un plantel de administradores hábiles se siguió otra inmediatamente. No estaba determinado el tribunal á que debían estar sujetos los asentistas del estado encargados de las obras públicas, de los suministros, y de los negocios financieros, habiendo sido la compañía de *Nego-*

ciantes reunidos quien reveló esta necesidad; así fué que Napoleón, ignorando á que atenerse, pensó al pronto encargar de estos procedimientos al Cuerpo legislativo. No podía encomendarse esta jurisdicción á los tribunales, tanto por los conocimientos especiales que para ello eran necesarios, como por la naturaleza del espíritu que exigía, el cual debía ser mas bien administrativo que judicial, siendo este el motivo de haberse conferido al consejo de Estado la facultad de entender en todos los tratos hechos con el gobierno, y el origen principal de sus atribuciones contenciosas. Creáronse al mismo tiempo *abogados del consejo* encargados de defender por escrito los intereses de aquellos que debían comparecer ante este nuevo tribunal.

Napoleón, agregó á todas estas creaciones, una que fué tal vez, la mejor de su reinado, la de la universidad. Ya hemos visto cual fué el sistema de educación que adoptó en 1802 cuando echó los cimientos de la nueva sociedad francesa. En medio de las antiguas generaciones que la revolución convirtió en enemigas, de las cuales una echaban de menos el antiguo régimen, y otras estaban disgustadas con el nuevo, sin querer por eso volver al antiguo, se propuso formar, por medio de la enseñanza, una generación joven que estuviera en armonía con las instituciones modernas. En lugar de aquellas escuelas centrales, que no eran otra cosa sino cursos públicos, á las cuales asistían los jóvenes que vivían con sus familias ó en pensiones particulares, y en las que escuchaban á los profesores enseñarles á su antojo las ciencias físicas mas bien que las letras, Na-

poleon instituyó, como acabamos de ver, ciertas casas, en donde la juventud sostenida por cuenta del Estado, recibiese la educación y enseñanza necesarias, y en las que las letras volvieron á ocupar el puesto que nunca debieron perder, sin que por esto quedasen postergadas las ciencias. Previendo Napoleón que el error y la malevolencia se alzarían contra los establecimientos que acababa de instituir, fundó seis mil dotaciones, dando de este modo cierto carácter de autoridad, siempre benéfica, á los individuos de los nuevos colegios que se llamaron liceos; los cuales abiertos unos recientemente, y no siendo otros sino antiguas casas transformadas, ofrecían ya en 1806 el espectáculo del orden, de las buenas costumbres y de los sanos estudios. En aquella época existían veinte y nueve colegios cuyo número quiso Napoleón estender hasta ciento: trescientas diez escuelas secundarias establecidas por los ayuntamientos, é igual número de las mismas abiertas por particulares, las primeras obligadas á seguir las reglas de los liceos, y las segundas á enviar á ellos sus discípulos, componían el total de los nuevos establecimientos. Este sistema produjo muy buenos resultados, á pesar de que los que especulan con las casas particulares, los padres aferrados en las antiguas preocupaciones y los frailes que soñaban con la conquista de la educación pública calumniaban á los liceos. Decían que no se enseñaba en ellos mas que las matemáticas, porque solo se trataba de formar militares; que la religión estaba descuidada, y las costumbres corrompidas, todo lo cual era completamente falso, pues se había tratado espresamente de estimular

el amor á las letras, lo cual se había conseguido. Enseñábase la religión por rígidos preladados, con todo el ardor que hubiera podido exigir el mismo autor del concordato y con el éxito que permitía el espíritu del siglo. Últimamente, una vida nada cómoda, casi militar, y ejercicios continuos, garantizaban la juventud de las pasiones precoces; siendo ciertamente, en cuanto á las costumbres, preferibles los liceos á las casas particulares. Por lo cual, sin embargo de las murmuraciones de los interesados y de los partidarios del sistema antiguo, estos establecimientos progresaron con extraordinaria rapidez, y la juventud estimulada por las dotaciones y la confianza de las familias, empezaba á mirarlos con admiración.

Pero, según decía Napoleón, la obra estaba solo bosquejada; no consistía únicamente en tener discípulos, sino que se necesitaba darles profesores, era indispensable crear un cuerpo de enseñanza, sobre cuya importante materia se había fijado Napoleón con su acostumbrada firmeza de espíritu. Poner la educación en manos de los frailes, era para él de todo punto inadmisibile. Restableció los cultos, profundamente convencido de que toda sociedad necesita una religión, no como medio de orden, sino como una satisfacción debida á los mas nobles sentimientos del alma. Sin embargo, no quería dejar el cuidado de formar la nueva sociedad al clero, que lleno de sus tercas preocupaciones, amante de lo pasado, aborreciendo el presente y aterrorizándole el porvenir, no haría desaparecer de entre la juventud las tristes ideas de las generaciones que acababan de extinguirse. Era preciso que la juventud se formase

sobre el modelo de la sociedad en que debía vivir; que hallase en el colegio el espíritu de la familia, y en la familia el espíritu de la sociedad, con unas costumbres mas puras y regulares, y un trabajo mas llevadero; en una palabra, el colegio debe ser la misma sociedad mejorada. Si alguna diferencia hay entre uno y la otra, si los jóvenes oyen hablar de distinto modo á sus padres y maestros, si escuchan á los unos aprobar lo que otros critican, se les presenta entonces un pernicioso contraste que turba su imaginacion, que les hace despreciar á sus maestros si tienen mas confianza en sus padres, y á estos por el contrario si tienen mas confianza en aquellos: por manera que la segunda época de la vida se pasa en desconfiar de cuanto se ha aprendido en la primera. La misma religion, afectada en sus formas, en vez de profesarse con respeto delante de los jóvenes, no es mas que un yugo el cual trata de sacudir el joven asi como los demás del colegio, en cuanto se ve libre. Tales fueron las consideraciones que alejaron de Napoleón la idea de entregar la juventud en manos del clero, acabando de decidirle este último argumento: ¿Puede el clero enseñar á los judíos y protestantes? Decididamente no; de lo cual resultaba la imposibilidad de enseñar juntos á los judíos, protestantes y católicos, de quienes debía formarse una juventud ilustrada, tolerante, amante del país, apta para todas las carreras, y una en fin, como necesitaba que fuese la nueva Francia.

No obstante, si el clero carecia de las cualidades necesarias para este cargo, tenia otras muy preciosas que debian utilizarse á toda costa. La

vida regular, laboriosa, sóbria y modesta, era un requisito indispensable para la educacion de la juventud, no debiendo en manera alguna echarse mano del primero que se presentase á enseñar, viciado tal vez por el tiempo ó por una sociedad disipada. ¿Pero era por ventura imposible hallar entre los seglares ciertas cualidades del clero? Napoleón creia que no, y la esperiencia lo ha demostrado así. La vida estudiosa tiene mucha analogía con la religion, siendo compatible con la regularidad de las costumbres y con las medianas fortunas. Pensaba el emperador que se podia crear por medio de buenos reglamentos un cuerpo de enseñanza, que sin observar el celibato educase á la juventud con el mismo provecho, y la misma constancia y los mismos resultados que el clero. Todos los años descuellan entre las generaciones que llegan á la edad adulta, á modo de las mieses que nacen y sazonan á su tiempo, una porcion de talentos dedicados enteramente al estudio y que pertenecen á la clase pobre. Acoger estos hombres, someterlos á pruebas preparatorias y á una disciplina comun, atraerlos y conservarlos por el incentivo de una modesta carrera, pero segura, hé aqui el problema que debia resolverse y que Napoleón no creia fuese irrealizable. Una de las cosas que decia con mas frecuencia, porque explicaba la idea que mas ocupaba su imaginacion, era que *la sociedad estaba en polvo*; siendo muy natural que esperimentase este sentimiento al ver un país donde no existia ya ni nobleza, ni clero, ni parlamento, ni corporaciones. Decia á los hombres de la revolucion, que cuidasen de constituirse y se querian defender, siguiendo el ejemplo de los

frailes y los emigrados, que se estaban sosteniendo al último soplo de los grandes cuerpos destruidos. Quería encargar á un cuerpo permanente, y que supiera sostenerse, el cuidado de educar á las generaciones futuras, todo lo cual realizó, dándole los resultados que se habia propuesto.

Napoleon instituyó la universidad bajo las siguientes bases: una educacion especial para los que se dedicasen á enseñar; exámenes preparatorios antes de llegar á profesores, despues de lo cual ingresarían en una vasta corporacion, sin cuyo juicio no se les podia interrumpir ni molestar en su carrera, y en la que irían ascendiendo con el tiempo y segun sus méritos: presidiria esta corporacion un consejo superior compuesto de los profesores que mas se distinguiesen por sus talentos, haciendo la aplicacion conveniente de las reglas y dirigiendo la enseñanza: últimamente, la nueva institucion tendria el privilegio esclusivo de la enseñanza pública, con una dotacion en rentas sobre el estado, todo lo cual aumentaria al estímulo del espíritu de asociacion el del espíritu de propiedad; tales fueron, pues, las ideas que Napoleon tuvo presente para organizar la universidad, pero tenia al mismo tiempo sobrada esperiencia para incluir todas estas disposiciones en una ley. Usando con profunda inteligencia de la confianza pública que le permitia presentar leyes generales que despues convertía en decretos, á medida que veía los resultados, encargó á Mr. Fourcroy, administrador de Instruccion pública en el ministerio del Interior, la redaccion de un proyecto de ley, concebido en tres artículos solamente. Segun el primero, se formaria segun llevamos dicho, con

el nombre de UNIVERSIDAD IMPERIAL, un cuerpo de enseñanza encargado de la educacion pública en todo el imperio; por el segundo los individuos del cuerpo de enseñanza, contraerian *obligaciones civiles, especiales y temporales* (se empleó esta palabra para escluir la idea de los votos monásticos); segun el tercero, la organizacion del cuerpo de enseñanza modificada como lo exigiese la experiencia, seria convertida en ley en las sesiones de 1810. Solo con esta latitud de accion puede llevarse á cabo los grandes pensamientos.

Este proyecto, presentado el 6 de mayo, se adoptó como todos los demas, con respeto y confianza; no siendo nosotros ciertamente quienes aconsejaremos que se adopten de este modo las leyes á no ser que emanen de un hombre semejante, y lo que es mas aun, de igual situacion.

Esta corta y fecunda sesion terminó con la presentacion de las leyes de hacienda, la cual creia Napoleon, con justicia, que era un elemento tan necesario como el ejército, para el engrandecimiento de cualquier imperio. La última crisis, aunque pasada, fué una leccion útil para arreglar un sistema completo de hacienda, elevar los ingresos al nivel de las necesidades, y establecer una tesoreria que negociase, á fin de no tener precision de recurrir á los agiotistas.

Con respecto á la creacion de los recursos necesarios para subvenir á los gastos de la guerra, insistió Napoleon en negarse á hacer empréstitos. Efectivamente aun en medio de la prosperidad de que hacia disfrutase la Francia, la renta del 5 por 100 no subió jamás del sesenta; y habiéndose anunciado un empréstito, hubiera tal vez bajado al 50,

lo cual equivalía á tener que pagar un interés perpétuo de 10 por 100. Napoleón, no esperó á echar mano de medios semejantes, y sin embargo, necesitaba cubrir el déficit de los últimos ejercicios, y arreglar definitivamente los recursos al estado de guerra, que hacia quince años era el estado normal de Francia. Era, en verdad, una empresa atrevida y nunca realizada, el atender á los gastos de una lucha encarnizada, con los impuestos permanentes, pero Napoleón no renunció á ella, y tuvo el valor suficiente para proponer al país, ó más bien imponerle, las cargas que debían facilitar el medio de conseguir este resultado.

Los atrasos de los últimos ejercicios podían liquidarse con 60.000.000, aun estando en desfalco la deuda con la Caja de Amortización. Consistía esta deuda, como debemos recordar, en las fianzas de que se había dispuesto, y en los productos de la venta de bienes nacionales, de que hizo uso el tesoro, á pesar de que pertenecían á la Caja de Amortización. Necesitábase, pues, cubrir estos 60.000.000, la deuda contraída con la Caja de Amortización y un presupuesto, que según la experiencia había demostrado en 1806, no bajaría de 700.000.000 mientras durase la guerra (820 con los gastos de recaudación).

He aquí los medios que se imaginaron para el caso.

Advirtiósse que la Caja de Amortización había vendido muy ventajosamente los bienes cuya enagenación le fué confiada por vía de ensayo; por lo cual, en vez de vender para entregarla, los 70.000.000 que la ley de ventoso, año IX, le concedió para indemnizarla de las rentas crea-

das en aquella época y cuyos intereses se la debían á razón de 10.000.000 anuales, le fueron entregados los mismos bienes. En cuanto á las fianzas de que se la debían reintegrar, se decidió hacerlo del mismo modo, esto es, en bienes, dejando á su arbitrio el enagenarlas con las precauciones necesarias, que tan buenos resultados la habían ya producido. Esta misma observación hizo que Napoleón, inventor de la liquidación, hallase el medio de cubrir los 60.000.000 de atrasos.

Habia dotado al Senado, á la Legion de Honor, á la instrucción pública y á ciertos establecimientos con el resto de los dominios nacionales, habiendo sido su intención al obrar de este modo, evitar las enagenaciones onerosas. Pero por un lado se acababa de ver que podían hacerse estas ventajosamente confiándolas á la Caja de Amortización, y por otro se había encontrado en este sistema el defecto peculiar de los bienes de manos muertas, condenados siempre á ser mal explotados y por consiguiente á dar pocas utilidades. En vista de esto, resolvió Napoleón quitar aquellos bienes al Senado y á la Legion de Honor, dándoles un equivalente creando 3.000.000 de renta del 5 por 100, sobre un capital de 60.000.000. Si las rentas entregadas á la circulación se hallaban amenazadas de un inmediato menoscabo, estando asignadas como dotaciones á los cuerpos permanentes que nunca las enagenarían, no tenían á lo menos el inconveniente de los empréstitos, no producían ninguna baja en el mercado, proporcionando al mismo tiempo una ventaja á los establecimientos públicos, tenedores de ellas,

cual era la de asegurarles una renta de 5 por 100 en lugar del 2 y medio ó 3 que les producian los bienes nacionales. Estos transmitidos en seguida á la Caja de Amortizacion, que los enagenaria poco á poco, facilitarían los 60.000,000 que se necesitaban.

Pero siendo preciso hacer efectivos inmediatamente estos 60.000,000, á fin de saldar los atrasos de los anteriores ejercicios, ideó crear valores temporales equivalentes á un 6 ó 7 por 100, segun la época de su reembolso, á un plazo fijo, pagaderos á la Caja de Amortizacion á razon de 1.000,000 mensual desde 1.º de julio de 1806 hasta el mismo dia de 1811, hipotecados sobre el capital de la dicha caja, que reuniria, junto con lo que obraba en su poder lo que iba á recibir, unos 130.000,000 de bienes nacionales, que proporcionaba en último resultado á esta fortuna inmueble, un crédito bien fundado.

Teniendo estos valores un interés ventajoso, pero sin usura, y siendo reembolsables á un plazo fijo é inmediato, no podian desacreditarse como la renta, en razon de que su cambio mensual y asegurado por cinco años, debia darles mas precio por la seguridad de cobrar íntegro el capital todos los meses. Esta excelente combinacion produjo despues los mejores resultados.

El modo de liquidar los atrasos consistia, pues, en recoger los bienes asignados á las grandes corporaciones, dándoles en su lugar rentas que tuviesen valor en la plaza, lo cual tenia para ellos la ventaja del aumento inmediato de estas; en hacer vender estos bienes por la Caja de Amortizacion, lo que esta podia hacer comodamente

en cinco años, y en realizar anticipadamente estos valores por medio de efectos á un cambio fijo, que no seria despreciable, mediante á su seguro y próximo reembolso y al interés que gozaban de un 6 ó 7 por 100.

La única dificultad, poco importante por otra parte, de esta combinacion, era la de que el total de las rentas que formaban la deuda pública iba á subir á 51.000,000 en vez de 50 como prescribian las leyes anteriores; pero esta infraccion era de poca monta y se cumplia con la ley estableciendo una amortizacion mas rápida para este millon de mas.

Faltaba pensar en los presupuestos venideros, creando recursos suficientes ya para tiempo de paz ó de guerra. Napoleon presentó al Cuerpo legislativo y á toda la Europa, una declaracion atrevida al propio tiempo que moderada, sobre materias de hacienda. Quería la paz, porque hacia con arrogancia, *habia agotado la gloria militar*, y porque se la habia dado al Austria, ocupándose en aquel momento en hacerla con la Rusia y en negociarla con Inglaterra. Pero las potencias habian tomado la costumbre de considerar los tratados como treguas que podian romper á la primera señal que les hiciera Londres; por cuya razon era necesario, mientras se les acostumbraba á respetar sus compromisos y á resignarse á ver el engrandecimiento de Francia, estar siempre preparados á soportar las cargas de la guerra, todo el tiempo que fuera menester. La Gran Bretaña, pensaba poder hacer frente á la guerra por medio de empréstitos creyéndose libre de ella mientras contase con estos recursos, al

paso que Francia por el contrario, debía solo emplear con los que le eran peculiares, esto es, el impuesto, recurso por otra parte duradero y que no acarrecaba cargas de ninguna especie. En su consecuencia, declaró que se necesitaban 600.000.000 en tiempo de paz y 700 en el de guerra (720 y 820 con los gastos de recaudación). El presupuesto del año mas tranquilo del gobierno actual (1802) se habia podido limitar á 500.000.000; pero desde este año, el aumento de la deuda, el desarrollo dado á los trabajos de utilidad pública, la dotación del clero, resultado del concordato, y el restablecimiento de la monarquía que produjo la creación de una lista civil, hizo subir á 600.000.000 los gastos fijos del estado de paz; ascendiendo los recursos ordinarios á mas de esta suma. Tocante á los gastos en el estado de guerra, el cual se resolvió mantener todo el tiempo necesario, formaban un presupuesto de 700.000.000, de los cuales se podrian dedicar á la marina 130, cerca de 300 á la guerra, tener 50 navios armados y cuatrocientos cincuenta mil hombres sobre las armas; por manera que Francia en esta situación se hallaba dispuesta arrostrar á toda clase de peligros; pudiendo imponerse esta carga sin abusar de si misma, mediante á que las rentas ordinarias rendian ya mas de 600.000.000, y entregando Italia cerca de 30, por el ejército francés que la protegía, no era difícil completar el resto, esto es, unos 60 ó 70.000.000, con los impuestos ordinarios.

Después de esta atrevida declaración, Napoleón se decidió á echar mano del gran recurso de las contribuciones indirectas, y á crear otro nue-

vo no menos útil, ni menos abundante, y sin otro inconveniente que el de afectar á la generalidad del pueblo, aunque poco, el impuesto de la sal. Por lo tanto, propuso además del derecho de inventario sobre las bebidas (derecho percibido del propietario cuando hace la venta), otro sobre el comercio por mayor y la venta al pormenor, estableciendo el ejercicio, esto es, la vigilancia de las bebidas en los caminos y las visitas de los agentes del fisco en las casas de los comerciantes de vinos; de modo que las contribuciones indirectas que ya producian 25.000.000 producirian en lo sucesivo mas de 50 á consecuencia de esta medida.

En cuanto al impuesto sobre la sal, su restablecimiento estaba ligado con la supresion de otro derecho que habia llegado á ser insuportable, el de puertas y caminos; el cual se avenia tan poco con nuestras costumbres é incomodaba tanto á la agricultura, que todos los consejos generales habian pedido su abolición. Añádese á esto, que solo producía 15.000.000, cantidad insuficiente para el sostenimiento de los caminos del imperio, que costaba al estado 40.000.000 mas al año, sin lograr por eso que los caminos estuviesen como correspondía, pues se calculaban indispensables 35.000.000 cuando menos para este objeto. Imponiendo una contribucion insignificante, por ejemplo, dos décimos en cada kilogramo (2 sueldos por libra) de sal, que se percibirian por las marismas por medio de los aduaneros que las vigilaban, situados casi todos en las fronteras, se podía prometer un producto de 35.000.000, que era lo que se necesitaba para poner los caminos

en el estado de perfeccion que se deseaba, y al propio tiempo se le quitaba al tesoro una carga de 10.000,000 anuales. Este impuesto nada tenia de comun con las antiguas gabelas, repartidas con desigualdad, gravadas con el egercicio, y que hacian subir algunas veces el precio de la sal á 44 sueldos la libra, lo cual era una exorbitancia que redundaba en perjuicio del pueblo.

Con el producto que todos los años iba en aumento de los nuevos impuestos, y algunos recursos casuales cuyo completo desarrollo pudiera prometerse, Francia iba á ponerse en estado de soportar los gastos de la guerra mientras durase, y así que concluyese, á hacer sentir á los pueblos del imperio los beneficios de la paz, disminuyendo el impuesto sobre las propiedades, que era el único verdaderamente gravoso.

Con esto acabó Napoleon de restablecer la hacienda, arruinada en 1789 de resultas de la supresion de las contribuciones indirectas, y presentó á los ojos de la Europa un cuadro capaz de desanimar á nuestros enemigos, es decir, cincuenta buques y cuatrocientos cincuenta mil hombres mantenidos por todo el tiempo que durase la guerra, sin tener que valerse de empréstitos.

El presupuesto de 1806, se fijó, pues, en 700.000,000 de ingresos y salidas (820 con los gastos de recaudacion); pero una circunstancia casual, esto es, el empezar á regir el calendario gregoriano el 1.º de enero de 1806, hizo que subiese á quince meses en vez de doce, y á 900.000,000 en vez de 700. Efectivamente; el presupuesto anterior, es decir, el del año XIII, concluia en 21 de setiembre de 1805, y para lle-

gar al 1.º de enero de 1806 era preciso añadir unos tres meses, con lo cual debia ascender el presupuesto de 1806 á quince meses y 900.000,000.

Faltaba aun por desempeñar una tarea, que era organizar la tesoreria y el Banco de Francia, pues iluminado Napoleon por los últimos sucesos queria reformar uno y otro establecimiento.

Ya hemos repetido muchas veces en esta historia que el valor del impuesto se enviaba al tesoro bajo la forma de obligaciones á plazo, ó de bonos á la vista, firmados por los recaudadores generales, y pagaderos todos los meses en su caja. El descuento de este papel proporcionaba dinero, cuando habia necesidad de adelantar las cantidades vencidas, y como saliese mal el confiar aquel descuento á una compañía, acababa de confiarse de nuevo á una agencia de recaudadores generales, que trabajaba en Paris por cuenta del cuerpo entero. Con la vuelta del crédito, abundaban los capitales, y los recaudadores generales podian proporcionar al estado, por medio del descuento de sus propios compromisos, todos los fondos que se necesitasen; pero sin embargo de esto, discutióse en presencia de Napoleon durante mucho tiempo, si debia ó no encargarse de esto el Banco, mas poderoso que la agencia de recaudadores generales. Napoleon creyó desde luego que el Banco no estaba sólidamente constituido, para poder desempeñar este cargo y otros por el estilo, y resolvió en consecuencia doblar su capital, aumentándolo desde cuarenta y cinco mil acciones que tenia á noventa mil, lo que componia á 4,000 francos la accion, un capital de 90.000,000. Además, resolvió volverlo á organi-

zar como en tiempo de la monarquía, convirtiendo al presidente sujeto á elección que se hallaba al frente de él, en un gobernador nombrado por el emperador, y que mirase por los intereses del comercio y el tesoro; hacer que perteneciesen á su consejo tres recaudadores generales, para ligarlo mas y mas con el gobierno, y por último; suprimir la disposición con arreglo á la cual se proporcionaban los descuentos al número de acciones que poseían los tenedores de efectos; y reemplazarla con otra disposición mucho mas acertada, que consistía en proporcionar estos descuentos al crédito reconocido de los comerciantes que los pedían. Estos cambios, propuestos en una ley, fueron adoptados por el Cuerpo legislativo, y con esta constitución fuerte y hábil, se ha convertido el Banco de Francia en uno de los establecimientos mejor montados del universo, pues le hemos visto en nuestros días, socorrer al Banco de Inglaterra, y atravesar sin tambalearse grandes catástrofes políticas.

Ni aun despues de engrandecerlo de aquel modo, Napoleon quiso confiar de un modo constante y definitivo al Banco de Francia el manejo del tesoro, pues aunque se proponia valerse en caso necesario y accidentalmente del nuevo poder que le habia concedido, para descontar tal ó cual suma de *obligaciones de recaudadores generales* ó de *bonos á la vista*, no podia decidirse á entregarle definitivamente la cartera del tesoro. Aquella era una compañía de comerciantes, por mas que tuviese un presidente nombrado por él, y no queria confiarles el secreto de sus operaciones militares, pues esto es lo que resultaba

de confiarles sus operaciones rentísticas. — Quiero, decia, poder mandar de un punto á otro un cuerpo de tropas, sin que lo sepa el Banco, y lo sabria si le diese conocimiento del dinero que necesito.

Por lo demas, estableció por via de ensayo y nada mas, un nuevo sistema de reunion de fondos por parte de los empleados de contabilidad, pues aunque el sistema de las *obligaciones* prestó grandes servicios, no habia llegado al último grado de perfeccion en cuanto á la cobranza, y sucedia que los recaudadores generales tenian muchas veces en caja valores considerables de que se aprovechaban, mientras no llegaba el vencimiento, dando lugar ademas dichas obligaciones á un agiotage bastante activo. Estableciendo, pues, una cuenta corriente entre el estado y los empleados de contabilidad, por medio de la cual todo el valor que entrase en sus cajas perteneciese al tesoro, esto redundaba en interés de este, y de todas las cantidades que saliesen resultaba un beneficio al empleado que las hubiese recaudado: ademas una cuenta corriente así establecida era un sistema mucho mas sencillo, mucho mas verdadero, y que no impedia conceder á los recaudadores generales las ventajas que se creyó necesario disfrutasen. Empero era preciso establecer antes un sistema de escritura que no diese lugar á errores, era preciso introducir en la contabilidad del tesoro la escritura en partida doble, que se usa en el comercio, como así le propuso Mr. Molien, consintiendo en ello al momento Napoleon, pero quiso que este sistema se ensayase en las oficinas de algunos recauda-

dores generales, para juzgar de su mérito después de experimentado.

Esto es lo que Napoleon hizo en el orden civil en el memorable año de 1806, el mas bello del Imperio, como el de 1802 fue el mas bello del Consulado, años fecundos uno y otro, en que Francia se constituyó en república dictatorial en 1802, y en un vasto imperio federativo en 1806. En este último año, Napoleon fundó á un mismo tiempo reinos feudatarios en favor de sus hermanos, ducados para sus generales y servidores y ricas dotaciones para sus soldados, suprimió el imperio germánico, y dejó que no hubiese en Occidente otro imperio que el francés. En materia de caminos, puentes y canales, prosiguió los trabajos ya empezados, y emprendió otros de mayor importancia, tales como los canales del Ródano en el Rhin, y del Rhin en el Escalda, y los caminos de Corniche, Tarara y de Metz á Maguncia. Proyectó los grandes monumentos de la capital, esto es la columna de la plaza de Vandome, el arco de la Estrella, la conclusion del Louvre, la calle que debia llamarse Imperial, y las principales fuentes de Paris. Dió principio á la restauracion de San Dionisio, mandó acabar el Panteon, publico el código criminal, perfeccionó la organizacion del consejo de Estado, creó la universidad, liquidó definitivamente los atrasos rentísticos, completó el sistema de impuestos, reorganizó el Banco de Francia, y preparó el nuevo sistema de tesorería francesa. Todo esto se emprendió en enero de 1806, y estaba concluido para julio del mismo año: ¿ha habido jamas un hombre que haya concebido y realizado

en menos tiempo cosas tan vastas y profundas? Es verdad que llegamos á la cúspide de aquel prodigioso reinado, cúspide de una elevacion que no tiene igual, y de que puede decirse al contemplar el cuadro de las grandezas humanas, que ninguno le aventajaba, si es que hay quien suba tanto.

Desgraciadamente aquel año incomparable, en vez de acabar en medio de la paz, como podría esperarse, acabó en medio de la guerra por culpa de la Europa, por culpa de Napoleon, y de resultas de un golpe cruel, esto es de la muerte, la cual arrebató á Mr. Fox en el mismo año en que habia arrebatado á Mr. Pitt.

Durante los trabajos de toda clase cuyo bosquejo acabamos de hacer, continuaron las negociaciones entabladas con Rusia é Inglaterra. Lord Yarmouth, con quien fuéronse alargando las conferencias, insistió en las proposiciones que habia hecho, esto es en que Inglaterra se quedase con la mayor parte de sus conquistas marítimas, concediéndonos en cambio todas nuestras conquistas continentales, escepto el Hannover, y limitándose á preguntar lo que pensábamos hacer para indemnizar al rey de Nápoles. En cuanto á los nuevos reinos y á la confederacion del Rhin, parecia que no se cuidaba de ello, por lo cual Napoleon, que ya no tenia razon para retardar el término de las negociaciones, habiendo como habia realizado sus principales proyectos, instaba á lord Yarmouth á que se hiciese con poderes, á fin de concluir de una vez. Lord Yarmouth recibió al fin dichos poderes, pero con orden de que no los presentase hasta que no cono-

ciase podia ponerse de acuerdo con Francia, y ya lo estuviere con el negociador ruso.

Mr. de Oubril llegó en junio con poderes en forma y dobles instrucciones que se reducian, primero á ganar tiempo respecto á las bocas del Cattaro, libertando así al Austria de la ejecucion militar de que se hallaba amenazada, y segundo á poner término á todas las diferencias existentes por medio de un tratado de paz, si Francia accedia á condiciones que salvaran la dignidad del imperio ruso. Mr. de Oubril se confirmó en la idea de celebrar un tratado de paz, así que cambió el ministerio ruso, cambio que tuvo lugar mientras él se hallaba camino de Francia. Como quisieran el príncipe Czartoryski y sus amigos que la union que reinaba entre Rusia é Inglaterra fuese mas estrecha, no precisamente para continuar la guerra, sino para tratar con mayores ventajas, cansado Alejandro de sus advertencias, y temiendo comprometerse demasiado con el gabinete británico, admitió al fin las dimisiones tantas veces presentadas, y nombró en lugar del príncipe Czartoryski al general Budberg, quien habia sido gobernador del emperador, amigo de la emperatriz madre, y que no estaba de humor ni se sentia con fuerzas para resistir á los deseos de su soberano. Mr. de Oubril, que habia visto al emperador inclinarse á la paz mas que sus ministros, debia creerse autorizado con aquel cambio á trabajar por un arreglo pacífico.

A Mr. de Talleyrand no le costó trabajo persuadir á Mr. de Oubril, cuando sostuvo que no habia entre ambos imperios ningun interés serio

que debatir, y á lo mas una cuestion de influencia que tratar con respecto á las dos ó tres potencias de tercer órden que Rusia habia tomado bajo su proteccion; pero en cuanto á estas últimas, derrotada como fué Rusia en Austerlitz y poco dispuesta como se hallaba á volver á dar principio á la lucha desde que vió que Rusia deponia la espada, Prusia dependia de Francia, y la Inglaterra estaba cansada, no podia ser muy exigente. Lo único que queria era salvar su orgullo de una derrota demasiado ruda, y así estaba dispuesta á pasar adelante con respecto al nuevo arreglo hecho en Alemania, y á la reunion de Génova y los Estados venecianos, y decidida á no decir una palabra sobre la conquista de Nápoles, pues el haber tomado las armas los napolitanos, despues de convenir en que serian neutrales, justificaba todo rigor por parte de Napoleon. Sin embargo, con respecto al Piamonte y á los Borbones de Nápoles, tenia Rusia compromisos por escrito, y no podia pasar por otro camino que pedir alguna cosa para ellos, por muy poco que fuese. Los compromisos relativos al Piamonte empezaban á prescribir, pero los que habia contraido con la reina Carolina, empujandolo hácia el abismo, eran sobrado recientes y auténticos para que no interviniese en su favor.

Esta era, pues, la cuestion esencial y difícil que habia que resolver entre Mr. de Oubril y Mr. de Talleyrand, el primero de los cuales deseaba proporcionar alguna indemnizacion, por muy pequeña que fuese, al rey de Piamonte, asegurar la Sicilia á los Borbones de Nápoles, y redactar el tratado de modo que quedase á Ru-

sia una apariencia de intervencion tan útil como honrosa, en los asuntos de Europa. Aunque Napoleón queria desde luego un tratado sencillo y descarnado, que restableciese pura y simplemente la paz entre los dos imperios, á fin de que quedase bien consignado que no reconocia en Rusia la influencia que pretendia abrogarse, este proyecto tan riguroso debia venir á tierra ante la posibilidad de una paz inmediata, la cual hacia de rechazo que Inglaterra entrase en condiciones razonables. En su consecuencia Napoleón permitió á Mr. de Talleyrand concediese todas las apariencias de influjo que pudieran dejar á salvo la dignidad del gabinete ruso, autorizando tambien á aquel ministro para que en el tratado público garantizase la evacuacion de la Alemania, la integridad del imperio otomano y la independencia de la república de Ragusa; prometiese que Francia interpondria su mediacion para que Prusia y Suecia se uniesen, y aceptase por último la mediacion de Rusia, para que se restableciese la paz entre Francia é Inglaterra. Con esto podia formarse un tratado, menos insignificante que el que Napoleón quiso en un principio, y de consiguiente mas lisonjero para Rusia; pero era preciso indemnizar de cualquier modo á los reyes del Piamonte y Nápoles. En cuanto al rey del Piamonte, Napoleón se negó á ello absolutamente, por lo cual fué preciso renunciar á semejante idea, y en cuanto á Nápoles, nunca consintió en ceder la Sicilia, exigiendo, por el contrario, que se restituyese esta isla al reino de Nápoles, que José poseia á la sazón. A fuerza de buscar una combinacion para conciliar las pretensiones

opuestas, se inventó un término medio, que consistia en dar las Islas Baleares al principe real de Nápoles, y una indemnizacion pecuniaria al rey y á la reina destronadas, pues aunque las Islas Baleares eran de España, Napoleón tenia un equivalente que poder darle, aumentando el reino de Etruria con algun fragmento tomado de los ducados de Parma y Plasencia. Además, habia una razon escelente y muy moral que alegar á la corte de Madrid, y era que el principe real de Nápoles se casó con una hija de Carlos IV el mismo dia en que una princesa de Nápoles contrajo matrimonio con el principe de Asturias. A mayor abundamiento, Napoleón tenia de su parte la fuerza, y de consiguiente podia contraer un compromiso formal en cuanto á las Islas Baleares.

Ideada esta combinacion, era preciso ponerla en planta, para lo cual se entendió Mr. de Oubril con lord Yarmouth, quien al mismo tiempo que abrigaba muy buenos sentimientos con respecto á Francia, creia que era una debilidad conceder cuanto pedia Mr. de Talleyrand. Como buen inglés, queria se dejase la Sicilia á la reina Carolina, pues darla á esta reina era lo mismo que si se la diesen á Inglaterra, y así no dejaba de insistir con Mr. de Oubril, para que este prolongase por mas tiempo la resistencia de Rusia.

Empero Mr. de Talleyrand tenia un medio que le sugirió Napoleón, y del cual se valió con habilidad, que fué amenazar á Austria, si no restituia inmediatamente las bocas del Cattaro. Ya hemos dicho que Napoleón tenia empeño en poseer aquellos fuertes, por lo ventajosamente situados que se hallaban en el Adriatico, y sobre

todo por su inmediatecion á las fronteras de Turquía, de suerte que estaba decidido á exigir su restitucion, y le era tanto mas fácil amenazar cuanto que estaba resuelto á obrar; ademas de que para ello solo tenia que dar un paso, hallándose como se hallaban sus tropas en las orillas del Inn, y ocupando como ocupaban á Braunau. En consecuencia Mr. de Talleyrand declaró á Mr. de Oubril que era preciso concluir de una vez, y firmar la paz, para que nos entregasen las bocas del Cattaro, ó dejar á Paris, realizado lo cual nos cebaríamos en Austria, á menos que no nos ayudase á recobrar la posicion entregada á los rusos de un modo tan desleal.

Intimidado Mr. de Oubril con una declaracion tan perentoria, participó su apuro á lord Yarmouth, diciéndole que le habia encargado su gobierno salvase á Austria, y tenia que conformarse con las instrucciones que le habian dado; que por lo demas, en el estado en que se hallaban las cosas, nada se ganaba con esperar, tratándose de un hombre del carácter de Napoleon, pues cada día hacia una cosa que era preciso dar por hecha, si no querian romper con él; que si se hubiesen arreglado antes de que llegase abril, no hubiera sido proclamado José Bonaparte rey de Nápoles; que si se hubieran arreglado antes de que llegase junio, no se hubiera ceñido la corona de Holanda Luis Bonaparte; y, por último que si se hubiesen arreglado antes de julio, no hubiera sido disuelto el imperio germánico. Mr. de Oubril tomó, pues, su partido, y á pesar de las instancias de lord Yarmouth, firmó en 20 de julio un tratado de paz con Francia.

En los artículos públicos se estipuló, como ya hemos indicado, que se evacuaria la Alemania, que Ragusa seria república independiente, y no sufriria menoscabo alguno el imperio turco. En esos mismos artículos, prometieron las dos potencias contratantes que interpondrian su mediacion para ver de terminar las diferencias suscitadas entre Prusia y Suecia, y Francia aceptó formalmente la mediacion de Rusia para ver de restablecer la paz con Inglaterra, todo lo cual era una prueba de que Rusia conservaba aunque aparentemente la influencia que deseaba no perder. Prometiése de nuevo tambien la independencia de las siete islas, y la evacuacion inmediata de las bocas del Cattaro; y en los artículos secretos se concedieron las islas Baleares al príncipe real de Nápoles, pero con la condicion de que no habia de admitir en ellas á los ingleses en tiempo de guerra; se aseguró una pension á sus padres, y se estipuló que Suecia conservaria la Pomerania sueca, en el arreglo que debia hacerse entre Suecia y Prusia.

Este tratado, en la situacion en que se encontraba Europa, era admisible por parte de la Rusia, á menos que, llevada del interés que le inspiraba la reina de Nápoles, no prefiriese la guerra, de la cual solo podia esperar reveses.

Así que se celebró, partió para San Petersburgo Mr. de Oubril, á fin de hacer que su gobierno lo ratificase, y en la creencia de que habia desempeñado bien su cometido, pues si su gabinete rechazaba la paz contratada por él, á lo menos retardaba mes y medio la ejecucion de que se hallaba amenazada Austria, habiendo

fundamento para decir que lo que es bajo este aspecto no se firmó la paz sinceramente.

Mr. de Talleyrand solo tenia ya que haberse las con lord Yarmouth, que desmayó y no poco al ver que Mr. de Oubril habia cedido; pero el ministro francés se aprovechó de estas ventajas, y sacó partido del tratado con Rusia, para obligar á lord Yarmouth á que presentase sus poderes, á lo cual siempre se habia negado. Mr. de Talleyrand le dijo que era imposible prolongar por mas tiempo aquella especie de comedia que estaba representando un negociador que no queria presentar sus poderes, y que si tardaba en presentarlos, habria motivos para creer que no los tenia, y que su estada en Paris solo tenia por objeto ganar tiempo para que llegase el invierno, y Francia no pudiera obrar ora contra la Inglaterra, ora contra sus demas enemigos. Nuestro ministro no dijo quienes eran estos enemigos, pero por algunos movimientos de tropas hácia Bayona podia temerse que Portugal fuera uno de ellos, y añadió que era preciso tomar inmediatamente un partido, esto es, dejar á Paris ó dar á las negociaciones un carácter formal, presentando los poderes, pues lo que habia sucedido era que Prusia desconfiaba, y exigia le dijese si se quedaba ó no con el Hannover, que no queriendo perder á un aliado como aquel, estaba pronto á tranquilizarle, y una vez hecho esto no podia volverse atras; que entonces seria eterna la guerra, y deberian hacerse las paces sin la restitucion del Hannover: que por lo demas, nada ganarian con nuevas dilaciones, y que quizá tendrian que consentir dos meses mas tarde en que Portugal fuese

conquistado, como habian consentido en que lo fuera Nápoles.

Convencido lord Yarmouth de la fuerza de estas razones, teniendo en cuenta que habia dado su firma á Mr. de Oubril, y llevado no solo del amor á la paz, sino de la ambicion muy natural de que figurase su nombre en un tratado como aquel, se decidió al fin á presentar sus poderes. Como esto era lo primero que Mr. de Talleyrand deseaba conseguir, se apresuró á nombrar un plenipotenciario francés que negociase públicamente con lord Yarmouth, escogiendo Napoleon para ello al general Clarke, á quien confirió poderes en toda forma el dia 22 de julio, que fué cuando empezaron á tratar abiertamente los dos negociadores.

Avistados lord Yarmouth y el general Clarke, se pusieron de acuerdo en todo, menos en lo de Sicilia, pues Francia concedia Malta, el Cabo y la conquista de la India; insistia en que le devolviesen los establecimientos comerciales de Pondichery y Chandernagor, consintiendo en disminuir el número de tropas que alli pudieran subsistir; pedia tambien que le diesen Santa Lucia y Tabago, pero solo tenia empeño en que le restituyesen la colonia holandesa de Surinam, acerca de cuyo punto no eran muy perentorias las instrucciones que tenia el negociador inglés. La única dificultad sería consistia, pues, en lo de Sicilia, que lord Yarmouth no estaba autorizado en forma para ceder, sobre todo por una indemnizacion tan insignificante como las Islas Baleares, y que Napoleon queria dar á su hermano José por razones de gran peso. Segun él, mientras resi-

diese en Palermo la reina Carolina, no podria establecerse José de un modo estable en Nápoles, seria eterna la guerra entre aquellas dos porciones del antiguo reino de las Dos Sicilias, los calabreses siempre andarian en asonadas, y como la reina Carolina no podria mantenerse en su isla sin el apoyo de los ingleses, se la entregaria enteramente. Dejar, pues, la Sicilia á los Borbones era lo mismo que asegurar su disfrute á los ingleses, lo cual produciria consecuencias muy molestas para el Mediterráneo.

Lord Yarmouth, por su parte, no se atrevia á concluir de una vez á pesar de su buena voluntad; pero no tardó en suscitarse un nuevo obstáculo que paralizó sus deseos.

Cuando el gabinete británico supo lo que habia hecho Mr. de Oubril, se enfadó y mucho, apresurándose á enviar un correo gabinete á San Petersburgo con pliegos en que se quejaba de que el negociador ruso hubiese abandonado al negociador inglés. No se limitó á esto solo, sino que reprendió á lord Yarmouth porque habia presentado tan pronto sus poderes, y temiendo la seducción á que estaba espuesto por las relaciones particulares que tenia con los diplomáticos franceses, escogió á un whig, esto es, á lord Lauderdale, personaje de un carácter bastante descontentadizo, y lo nombró su compañero de negociaciones, haciendo que inmediatamente se pudiese en marcha con órdenes terminantes, pero que sin embargo daban al nuevo plenipotenciario algunas facultades con respecto á Sicilia que lord Yarmouth no tenia. Era lord Lauderdale un diplomático exacto y dado á las fórmulas, y se le mandó

sentara por base de negociacion el *uti possidetis*, para cubrir las conquistas marítimas de los ingleses, y sobre todo la Sicilia, que aun no habia sido conquistada por José Bonaparte. Es verdad que aquella base escluia la restitution del Hannover; pero aquel reino no estaba sujeto á discusion, por que siempre habian declarado los ingleses que no admitian contestacionessobre este punto: ademas, admitida aquella base, debia convenir lord Lauderdale en que no se aplicase el *uti possidetis* de un modo absoluto, sobre todo con respecto á Sicilia, y que podia abandonarse esta Isla por otra cosa. Así, pues, sacrificando algo en Dalmacia, y cediendo al mismo tiempo las Islas Baleares, podia buscarse un medio de que ambas naciones se aviniesen.

Lord Lauderdale llegó sin tardanza á Paris, lord Lauderdale, que como whig era mas amigo que enemigo; pero le habian advertido que se guardase de los medios de seducción de Mr. de Talleyrand, de cuyos medios temian no fuese capaz de librarse lord Yarmouth.

Lord Lauderdale fué acogido con politica y frialdad, pues nuestro gobierno adivinó le enviaban á Paris para que sirviese de correctivo al genio sobrado docil de lord Yarmouth; pero Napoleon nombró para segundo negociador á Mr. de Champagny, de suerte que desde aquel momento eran dos contra otros dos, esto es, MM. Clarke y Champagny contra lord Yarmouth y lord Lauderdale.

Así que este último empezó á formar parte de aquel congreso, presentó una nota tan larga como decisiva en que recapitulaba las negociaciones

confidenciales y de oficio, y pedia que se admitiese, antes de pasar adelante, el principio de *uti possidetis*. Napoleon queria francamente la paz, y creia podria obtenerla viendo que habia conseguido que Mr. de Oubril firmase el tratado de 20 de julio; pero era preciso no provocar su carácter, susceptible y poco sufrido. Asi es que manifestó su descontento retardando la contestacion; pero lord Lauderdale no se dió por vencido, y reiteró su declaracion, á la cual se le respondió de un modo enérgico y digno, diciéndosele, que hasta entonces habian marchado las negociaciones con franqueza y cordialidad, y sin las formas pedantescas que el nuevo negociador queria introducir en ellas; que si su gobierno habia variado de intenciones, y todo aquel aparato diplomático ocultaba la intencion oculta de romper despues de hacerse con algunos documentos que poder presentar en el parlamento, podia marcharse Lauderdale, pues no estaba dispuesto el emperador á prestarse á los cálculos parlamentarios del gabinete británico. Como lord Lauderdale no tenia ganas de causar un rompimiento, debiéndose todo aquello á que no era muy hábil, mediaron esplicaciones, y se convino en que la presentacion de la nota de lord Lauderdale era un negocio de pura formalidad, que no excluia en el fondo ninguna de las condiciones admitidas antes por lord Yarmouth, y como el abandono de Sicilia, mediante una indemnizacion mas crecida que las Islas Baleares, se habia consignado mas esplicitamente desde la llegada de lord Lauderdale, se pusieron en seguida á conferenciar sobre Pondichery, Surinam, Tabago y Santa Lucía.

Los plenipotenciarios ingleses estaban persuadidos, al parecer, de que con lo que el gabinete británico habia dicho á la córte de Rusia, esta no ratificaria el tratado de Oubril; pero Napoleon, por el contrario, no podia creer que Mr. de Oubril se hubiese escedido hasta el extremo de celebrar semejante tratado no estando autorizado para ello, y mucho menos podia creer que Rusia se atreviese á romper un tratado para cuya celebracion hubiese autorizado á su representante. Pensó, pues, que le convenia aprovecharse de la ratificacion por parte de Rusia, para imponer á Inglaterra las condiciones que tanto deseaba aceptarse, y en consecuencia mandó á los plenipotenciarios franceses siguieran ganando tiempo, hasta que llegase á Paris la contestacion de San Petersburgo, contestacion que debia recibirse á fines de agosto, supuesto que Mr. de Oubril se puso en marcha el dia 22 de julio.

Napoleon se equivocaba, y aquella fué una de las rarísimas ocasiones en que no penetró el modo de pensar de sus contrarios. Nada efectivamente era tan dudoso como el que Rusia ratificase el tratado, y ademas peligraban las negociaciones de resultas de haber caido enfermo Mr. Fox, pues si aquel generoso amigo de la humanidad sucumbia agoviado con los pesares que proporciona el mando, y que no estaba acostumbrado hacia mucho tiempo, el partido de la guerra debia triunfar contra el de la paz en el ministerio británico.

Empero en aquel mismo instante ponía en peligro la paz mucho mas que la contemporizacion de Napoleon una circunstancia muy grave, y era

que Prusia habia caído en un estado moral sumamente triste. Desde que ocupó el Hannover, y se publicaron en Londres las comunicaciones que habian mediado entre ella y la Inglaterra, Napoleón acabó, segun ya hemos dicho, por no hacer ningun caso de aquella potencia, y tratarla como á un aliado de quien nada tenia que esperar. Así es que todo el mundo sabia en Europa que se estaban ocupando en organizar el nuevo cuerpo germánico, y Prusia se hallaba tan poco informada de esto como las potencias alemanas de tercer orden; todo el mundo sabia que se andaba en tratos con Inglaterra, y que por consecuencia debia tratarse del Hannover, y ella no habia recibido ni una comunicacion capaz de tranquilizarla. El rey Federico Guillermo se veia obligado á aparentar que sabia lo mismo que ignoraba, á fin de no hacer demasiado visible el estado de abandono en que la dejaban, y aunque tenia con Rusia relaciones secretas y poco leales, esta le trataba con no mucha consideracion, y podia conocer que la apreciaba cada vez menos, á medida que iba inclinándose á Francia. Tratándola como la trataba Austria con frialdad, porque no la perdonaba el que la hubiese abandonado al dia siguiente de lo de Austerlitz, y hallándose en guerra con Inglaterra, la cual acababa de apresarse trescientos barcos de comercio prusianos, se veia aislado en Europa, y tan poco respetado que hasta el rey de Suecia se atrevió á hacerle una gran ofensa. Cuando las tropas prusianas se presentaron á ocupar las dependencias del Hannover inmediatas á la Pomerania sueca, el rey de Suecia, que las guardaba segun decia por cuenta de su aliado el

rey de Inglaterra, se defendió, haciendo fuego sobre las tropas enviadas allí. No hay duda que era el último grado de humillacion ser tratada de aquel modo por un principe que no contaba con otra fuerza que su locura, protegida por sus alianzas.

Esta situacion inspiraba al gabinete prusiano reflexiones tan dolorosas como alarmantes, pues Rusia y aun Inglaterra daban pasos para unirse con Francia, la coalicion debia disolverse muy pronto, y como solo habia sido solicitada Prusia porque formaba el complemento necesario de aquella coalicion, ¿qué iba á ser de ella cuando se verificase el desarme general? ¿no la entregarían indefensa á Napoleón, quien estando como estaba descontento de su conducta, se valdria de ella como lo tuviese á bien, sea para comprar la paz con Inglaterra y Rusia, sea para aumentar los estados que se le antojase fundar? Y de cualquier modo que fuese, hiciera lo que hiciese, estaba seguro de que nadie le criticaria en Europa, pues nadie miraba entonces con interés á Prusia.

Estas reflexiones á cual mas descónsoladoras iban á confirmarlas las voces que corrian, pues era tan sencilla y natural la idea de que habia que devolver á Inglaterra el Hannover para hacer la paz marítima, que todo el mundo la abrigaba, y tan poco estimada estaba Prusia, á pesar de lo virtuoso que era su rey, que no creían fuese una cosa mala que Napoleón obrase de aquel modo con una corte que no sabia ser para nadie ni amiga ni enemiga. Los aliados de Francia, y sobre todo España, que sufrían tambien con la guerra, decían á voz en grito que Prusia no merecia se

prolongasen por ella ni un solo día los males de la Europa, y el general Pardo, embajador español en Berlín, lo repetía tan públicamente, que todos preguntaban de qué nacia semejante atrevimiento. De este modo, aunque sin estar informado, cada cual contaba las cosas como sucedían en París, entre lord Yarmouth y Mr. de Talleyrand.

Agreguemos tambien los hombres mal intencionados, que á lo verosímil añadian lo inverosímil, y se complacian en inventar las cosas mas inoportunas, sosteniendo unos que Francia iba á reconciliarse con Rusia, y á volver á constituir el reino de Polonia en provecho del gran duque Constantino, para lo cual quitaria á Prusia las provincias polacas que le cedieron cuando se verificó el último reparto, y diciendo otros que Murat iba á ser proclamado rey de Wesfalia, y trataban de darle Munster, Osnabruck y el Ost-Frise.

En esto habia una mezcla de mentira y de verdad, como sucede por lo regular en todas las voces que corren, en las cuales hay siempre alguna cosa verdadera para acreditar las falsas, pudiéndose conocer en aquella ocasion que hechos exactos si desfigurados, habian servido de fundamento para rumores falsos completamente. Napoleón pensaba efectivamente en devolver el Hannover á Inglaterra, desde que Prusia le parecia un aliado con quien no podia contar, pero concediéndole una indemnizacion, ó restituyéndole todo lo que habia recibido de ella. En cuanto al proyecto de quitarle las provincias polacas existió por un momento, pero entre los rusos, no

entre los franceses; y por último, lo del reino de Murat era una invencion de los empleados en las oficinas de Mr. de Talleyrand, quienes querian adular á la familia imperial, debiendo decir que si pensaron en esto fué con la condicion de que se diese á Prusia las ciudades anseáticas que ambicionaba en gran manera. Por lo demas, nunca quiso Napoleon oír hablar de semejante proyecto.

Empero los inventores de noticias no las forjan con tan escrupulosa exactitud, y hay una especie de hombres lo mismo en los círculos diplomáticos, que en el público curioso é ignorante de las grandes capitales, que se burlan de aquellos á quienes creen engañados, se fingan indignados contra los que suponen han engañado á otros, y en su malévolá ociosidad, inventan los absurdos mayores.

Imprudencias propias de soldados daban cierta verosimilitud á todas aquellas voces, pues Murat tenia en su ducado de Berg una corte militar donde se hablaba del modo mas extraño, oyéndose decir á sus compañeros de guerra convertidos en cortesanos, que su estado era muy pequeño para un hermano político del emperador, y pronto sin duda alguna seria rey de Wesfalia, mandando un reino bonito, compuesto á costa de esa maldita Prusia que á todo el mundo hacia traicion. No hablaban así únicamente los que cercaban á Murat, pues las tropas francesas, que habian vuelto á ocupar el pais de Darmstadt, Franconia y Suabia, solo tenian que dar un paso para invadir la Sajonia y la Prusia, y todos aquellos militares, que se sentian con ganas de continuar

la guerra, y atribuían á su soberano el mismo deseo, se lisonjaban de que no tardaría en empezar de nuevo y de que entrarían en Berlín como habían entrado en Viena. Bernardotte, que había sido nombrado príncipe de Puente Corvo, y se hallaba establecido en Anspach, ideaba planes bastante ridículos que esponía en público, y se atribuían á Napoleón, y Augereau, sin pensar en lo que se decía, brindaba en la comida con su estado mayor, por el buen éxito de la guerra que iba á emprenderse contra Prusia.

Estas extravagancias de soldados ociosos, referidas en Berlín, causaban como es natural, una sensación penosa, pues contadas en la corte, corrían en seguida por toda la población, escitando el orgullo, siempre dispuesto á inflamarse, de la nación prusiana. El rey sufría mas que nadie por el efecto que debían causar en la opinión pública, y afligida la reina con lo que había sucedido á su hermana la princesa de la Tour y Taxis, quien acababa de sufrir la *mediatización*, callaba, porque hacia tiempo que había tomado el partido de guardar silencio, y conocía además de que no tenía á los ojos de Napoleón ningún título, para que por ella respetase á los príncipes de su familia; pero su silencio era significativo. Mr de Haugwitz estaba mas desanimado que lo que quería hacer creer á su rey, viendo que al fin había resultado lo que no podía menos de resultar, de los disparates cometidos estando él ausente y contra su dictámen. Sin embargo, á él se achacaban todos los sucesos, como si él fuese la verdadera causa, y cuando los ingleses apresaron trescientos buques de comercio, causando grandes pérdidas á

los comerciantes prusianos, se lo imputaron también, echándose en cara el ministro de Hacienda en consejo pleno, con la mayor amargura. El general Ruchel, que tenía fama en el ejército, llevó su impolítica hasta ofenderle, y la opinión se iba levantando cada vez mas fuerte contra Mr. de Haugwitz, quien no tenía otra culpa que haber vuelto al ministerio á ruegos del rey, cuando susistema de alianza con Francia se hallaba tan comprometido que era imposible seguirlo. A todos los demás sentimientos se unió el de patriotismo germánico para apresurar una crisis, y unos librereros de Nuremberg publicaron folletos contra Francia. Napoleón mandó prenderlos, y aplicando á uno de ellos el rigor de las leyes militares, que tienen por enemigo á todo el que procura sublevar un país contra el ejército que lo ocupa, ordenó que lo fusilasen, acción deplorable que escitó la opinión general contra los franceses y sus partidarios.

El rey Federico Guillermo y Mr. de Haugwitz contaban para calmar los ánimos con que se formase una confederación de las potencias alemanas del Norte bajo el protectorado de Prusia, confederación que pudiera servir de contrapeso á la del Rhin. El mismo Napoleón le había sugerido esta idea, y así salió para Dresde un edecán del rey, á fin de decidir á Sajonia á que entrase en aquella confederación, yendo á Berlín á conferenciar sobre lo mismo el ministro principal del elector de Hesse-Cassel; pero dichas dos cortes se mostraban sumamente frias acerca de aquella proposición. La Sajonia que era la potencia mas honrada de Atemania, desconfiaba de Prusia como por

instinto, y si se hubiese decidido á confederarse de nuevo, mas bien se hubiera inclinado en favor de Austria, que nunca habia mirado sus estados con ojos de envidia, que no de Prusia, nacion que como los envolvía por todas partes, los envidiaba bien á las claras. No se hallaba, pues, dispuesto á lo que se le pedia, y subordinaba su conducta á la de las demas potencias del Norte de la Alemania. La Hesse, descontenta con Prusia, porque en 1803 dió el pais de Fulde á la casa de Nassau Orange, y con Francia, porque se negó á comprenderla, aumentando su territorio, en la confederacion del Rhin, y que ademas engañaba á todos aquellos con quienes trataba, no queria optar ni por Prusia ni por Francia, porque le parecia que tan peligroso era lo uno como lo otro. Para disculparse, pues, con Prusia, con quien debia mostrarse agradecida, á lo menos en la apariencia, inventó una mentira odiosa, diciendo que Francia la habia amenazado por debajo de cuerda, si se adhería á la confederacion del Norte; pero no habia nada de esto, en los pliegos secretos del gobierno francés (1), se mandaba, por el contrario, á los agentes diplomáticos no opusiesen obstáculo alguno á la formacion de aquella confederacion, guardasen silencio sobre esto, y si les consultaban, declarasen que Francia lo veria sin disgusto. Solo á las ciudades anseáticas, queria prohibir Francia su asentimiento, por razones puramente de comercio, y esto no lo ocultaba.

(1) He leído con la mayor atencion todos aquellos pliegos, y así como digo la verdad acerca de todas las cortes, tanto grandes como pequeñas, la diria con respecto á la de Hesse, fuese ó no favorable esta verdad para Francia.

El ministro de Hesse dijo, pues, en Berlin cosas enteramente falsas, y todo lo que su soberano habia pedido á Francia, ofreciéndose á adherirse á la confederacion del Rhin, sostuvo que Francia se lo habia prometido, para que no entrase en la del Norte. Llegó hasta acusar á Mr. Rignou, ministro nuestro que era en Cassel, de que habia dicho cosas que este desmintió enérgicamente; y efectivamente es muy posible, que antes de que se tratase de la confederacion del Norte, y cuando todos los diplomáticos alemanes conferenciaban acerca de la del Rhin, hubiese elogiado Mr. Rignou en términos generales las ventajas que proporcionaba la alianza francesa, y que aun traspasase en su lenguaje los limites de las instrucciones que habia recibido, pero esto era hijo de un celo indiscreto, y la prueba de que obraba sin órdenes de nadie, es que Napoleon mandó á Mr. de Talleyrand en una carta que se negase á admitir al elector de Hesse (1). Sin embargo, el ministro de aquel principe, enviado por extraordinario á Berlin, queriendo justificar una negativa poco esperada, fué á contar del modo mas mentiroso que Francia habia amenazado y hecho ofertas á la pequeña corte de Cassel.

Al oír este relato, enteramente falso, el rey de Prusia creyó ver en la conducta de Napoleon la traicion mas negra, se dió por burlado, por oprimido, y se enfureció extraordinariamente. Mientras que adquiria estas noticias por conducto de la corte de Cassel, le llegaban de Francia pliegos

(1) Esta carta existe en el archivo de la secretaria de Estado situada en el Louvre.

de Mr. de Lucchesini, embajador dotado de talento, pero insustancial y poco verídico, que trataba en París á todos los enemigos del gobierno, y que no por eso dejaba de frecuentar el trato de Mr. de Talleyrand, ocupándose de algunos dias á aquella parte en acoger las voces que circulaban acerca de la suerte que le estaba reservada á Prusia. Los plenipotenciarios ingleses le hablaron en confianza del Hannover, cuya restitucion se habia prometido tácitamente, y le pareció que esto ponía colmo á las circunstancias amenazadoras del momento: además, como en su conducta ambigua, unas veces se habia mostrado contrario, y otras partidario del sistema de Mr. de Haugwitz, apoyando hacia poco el tratado de 15 de febrero, que él mismo llevó á Berlin, creyó se comprometía su responsabilidad, si paraba en mal el último ensayo de alianza con Francia. Exageró, pues, en sus partes del modo mas imprudente, pues ningun agente diplomático debe ocultar nada á su gobierno, sino pesar sus asertos, sin añadir ni quitar cosa alguna á la verdad, sobre todo cuando de ello pueden resultar fatales resoluciones.

El correo gabinete que salió de París el 29 de julio, y llegó á Berlin el 5 ó 6 de agosto, y el 2 de este último mes envió Mr. de Lucchesini otro que llegó el 9, á aumentar el efecto que causó el primero. Como un corazón lleno de sentimientos contenidos por mucho tiempo, estalla de repente si una impresion cualquiera va á poner colmo á lo que siente, el rey y sus ministros prorumpieron en denuestos contra Francia, haciendo unos y otros en sus demostraciones exteriores lo mismo que podían hacer los hombres mas violentos del

partido que queria la guerra. Mr. de Haugwitz tan pacífico por lo regular, podía muy bien, volviendo la vista atrás, acordarse de los disparates que habia cometido la corte de Berlin, explicarse así mismo las consecuencias de aquellos disparates por el genio irritable de Napoleon, comprender los descuidos con que este último pagaba una alianza infiel, reducir de este modo á su verdadero punto de vista los proyectos de que Prusia se hallaba amenazada, y esperar á que llegasen noticias mas exactas antes de dejar que el gabinete prusiano formase una opinion fija, y determinase seguir una linea de conducta invariable. Aquí empiezan los verdaderos errores de Mr. de Haugwitz, pues aunque solo creia parte de lo que le decian, queriendo dejar á salvo su responsabilidad, y figurándose sobre todo que podría dominar al partido exaltado si se ponía al frente de las demostraciones militares, consintió en todo cuanto le propusieron en aquellos momentos de agitacion. Derribado con esto su sistema, debió retirarse y abandonar á otros los riesgos de un rompimiento con Francia, que preveía ser desastroso; pero se dejó llevar del impulso general de los ánimos, y todos los partidarios que tenia al lado de su rey, especialmente Mr. Lombard, se apresuraron á imitarle. Pronto veremos que no es necesario que haya gobiernos libres, para que las naciones presenten el espectáculo de un delirio popular inconcebible.

Convocado un consejo en Potsdam, al cual asistieron los generales ya ancianos, tales como el duque de Brunswick y el mariscal de Mollendorf, cuando aquellos hombres que se habian

mostrado tan prudentes hasta entonces, vieron que el rey y hasta Mr. de Haugwitz, miraban como posibles y aun verdaderas las traiciones que se atribuían á Francia, no vacilaron por mas tiempo, adoptandose en consecuencia por unanimidad la resolucio de volver á poner en pié de guerra á todo el ejército prusiano. La mayoría del consejo, incluso el rey, vió en ello una medida de seguridad, y Mr. de Haugwitz un modo de contestar satisfactoriamente á los que decían que quería entregar la Prusia á Napoleon.

De pronto se esparció en Berlin la voz, de que el rey se había decidido á hacer un armamento, que se habían suscitado graves dificultades entre Prusia y Francia, que hasta se habían descubierto riesgos secretos, y una especie de traicion meditada, con lo cual se esplicaba la presencia de tropas francesas en Suabia, Franconia y Westfalia. La opinion muchas veces agitada, pero siempre contenida por el ejemplo del rey, en quien tenia confianza, se pronunció violentamente, sucediendo en el corazon de los súbditos lo mismo que había sucedido en el del príncipe.—Teniamos razon, se oía por todas partes, en decir que Francia respetaria á Prusia ni mas ni menos que al Austria, y que quería invadir la Alemania para asolarla; que los partidarios de la alianza francesa eran hombres engañados ó traidores; que Mr. de Hardenberg no estaba vendido á la Inglaterra, sino Mr. de Haugwitz á Francia; que al fin era preciso conocerlo, aunque fuese ya tarde; que seis meses antes y no hoy, es decir, la vispera ó al día siguiente de la batalla de Austerlitz, era cuando debían haber tomado las armas; que poco impor-

taba á mayor abundamiento; pues aunque tarde, era preciso defenderse ó perecer, y que Inglaterra y Rusia acudirian sin duda á socorrer á cualquiera que hiciese frente á Napoleon, que así como así los franceses habían vencido á austriacos faltos de energia, y á rusos sin instruccion; pero que no harian lo mismo con los soldados del gran Federico.

Los que vieron á Berlin en aquella época, dicen que nunca había habido allí semejante ejemplo de exaltacion y entusiasmo. Entonces fué cuando conoció Mr. de Haugwitz con terror, que había ido demasiado lejos del objeto que se había propuesto alcanzar, pues quería simples demostraciones, y le pedían la guerra. El ejército la reclamaba á voz en grito, y la reina, el príncipe Luis y la corte, contenidos hacia poco por espresa voluntad del rey, dieron rienda suelta á su ojeriza, diciendo que desde aquel día eran buenos alemanes y prusianos, puesto que al fin oían la voz del interés y del honor, y dejaban de hacerse ilusiones con una alianza tan páfida como deshonrosa: ¡aquello sí que era digno, segun ellos, de sí mismos y del Gran Federico, fundador de la monarquía prusiana! Nunca se ha visto delirio igual, sino donde la multitud puede mas que los hombres prudentes, y las cortes manejan á los reyes que son débiles.

¿Qué es lo que sucedía sin embargo que pudiese justificar semejante arrebato? Estando Prusia para firmar en 1803 un tratado de alianza íntima con Francia, so pretesto de que se había invadido violentamente el territorio de Anspach, se dejó llevar de las instancias de la coalicion euro-

pea, los gritos de la aristocracia alemana y las caricias de Alejandro, firmando el tratado de Postdam, lo cual era una especie de traicion. Viendo luego que Francia triunfaba en Austerlitz, mudó bruscamente de partido, y aceptó el Hannover de manos de Napoleon, despues de haberlo aceptado algunos dias antes de manos de Alejandro. Napoleon quiso de buena fe atraérsela con aquel regalo, y esperaba aquella prueba para ver si podia fiarse de ella; pero, abochornada Prusia, no se atrevió á confesar públicamente que habia admitido dicho regalo, casi se disculpó con los ingleses de haber ocupado el Hannover, no tomando entre Napoleon y sus enemigos la posicion franca que era preciso tomase si queria inspirarle confianza. Disgustado Napoleon con semejantes relaciones, formó secretamente el proyecto de recobrar el Hannover, para conseguir de Inglaterra una paz que no tenia esperanzas de poder imponerle por medio de la alianza con Prusia; pero pensaba indemnizarla, aunque nada dijo, dudando si debia ó no franquearse con una corte á quien no tenia en estima. ¿Puede esto compararse con la conducta de Prusia, que conservaba relaciones en secreto con Rusia por medio de Mr. de Hardemberg, á pesar del tratado formal de alianza firmado en Schoenbrunn, y renovado en Paris el dia 13 de febrero? Seguramente que no. El error que cometió Napoleon se reducia á faltas de atencion, en que nunca debió caer, pero disculpaba, si no justificaba, Prusia con su conducta equívoca.

Lo que hay en realidad es que Prusia se hallaba humillada con el papel que habia hecho, ater-

rada con el aislamiento en que iba á verse si Inglaterra y Rusia se reconciliaban con Francia, desasosegada con la idea de los tratamientos que entonces tendria que sufrir de parte de Napoleon, sin que nadie se compadeciese de ella, y en este estado estaba dispuesta á creer las voces mas falsas é inverosimiles. En todo cuanto sucedia en Berlin solo habia una cosa verdadera y honrosa, y era el patriotismo aleman humillado con los triunfos de Francia, y pronto á estallar al menor pretexto, fuese fundado ó no lo fuese; pero este sentimiento estallaba fuera de tiempo. Cuando Napoleon dejó á Boloña en 1805, debieron declararse abiertamente en favor de Francia, diciendo los motivos que tenian para obrar así, y comprometer el honor prusiano en este sentido, ó declararse contra la Francia de aquella época, y luchar contra ella cuando Rusia y Austria se hallaban sobre las armas, pues lo demas era caminar á su perdicion de un modo que ni siquiera era honroso.

Napoleon se indignó sobre manera al enterarse de los despachos de Mr. de Luchessini interceptado por la policia, y mandó inmediatamente escribir á Mr. de Laforest advirtiéndole el envio de aquellos documentos, encargándole diese un solemne mentis á todas las alegaciones del ministro prusiano é hiciera retirarlos. Pero desgraciadamente era demasiado tarde, pues la opinion pública estaba ya tan prevenida que no podia dominarse de modo alguno. Mr. de Haugwitz por otra parte, embarazado con los diferentes papeles que se habia visto precisado á representar en el transcurso de un año, carecia del valor sufi-

ciente para tomar una resolución, no atreviéndose á ver al ministro de Francia, ni á decir á los ilusos cuyos sueños habia alimentado, que necesitaba dejarlos otra vez para irse á reunir con las personas de juicio, que á la sazón no abundaban ciertamente en Berlin.

Mr. de Laforest le halló incomodado, y eludiendo toda esplicacion; pero al cabo, despues de muchas idas y venidas logró verle y preguntarle cómo le habia abandonado hasta aquel punto su acostumbrada serenidad; cómo habia podido creer las falsas noticias inventadas por la Hesse, y los aventurados juicios formados por Mr. de Luchessini; porqué no aguardó ó trató de informarse con mas exactitud, antes de tomar unas resoluciones de tanta trascendencia como las que se habian anunciado públicamente. Turbado cada vez mas Mr. de Haugwitz á medida que iba penetrando en su entendimiento la luz oscurecida por un instante, sintió en extremo la conducta que habian observado, confesó sencillamente que el rey, la corte y hasta él mismo se habian dejado alucinar, y, por último, declaró que si no iban á ayudarle, tal vez tocarian en el escollo de la guerra, para perecer en él quizá; que nada habia perdido si Napoleón tenia á bien dar un paso cualquiera, que fuese una satisfaccion para el orgullo de las masas, y un motivo de tranquilidad para el gabinete; que este doble objeto se conseguiria alejando al ejército francés, acumulado hacia algun tiempo en los caminos de Prusia, que entonces podria darse orden para que no se hiciesen los armamentos, alegando para ello la retirada de las tropas francesas allende el Rhin. Mr. de Haugwitz

añadió que para facilitar las esplicaciones, iban á llamar á Mr. de Luchessini, y á enviar á Paris á Mr. de Knobelsdorf, hombre entendido y con quien se podia contar.

Napoleon hubiera podido consentir en dar el paso que pedian sin comprometer su gloria, pues nunca pensó en invadir á Prusia, contentándose únicamente con tomar algunas precauciones cuando se negó á ratificar el tratado de Schoenbrunn; pero despues solo pensaba en Austria y en las bocas del Cattaro, aunque tuviera que recurrir á las amenazas para que se las devolvieran; y aun así que se firmó el tratado celebrado con Mr. de Oubril, estaba dispuesto á conducir las tropas á Francia. Dió, pues, orden para formar un vasto campamento en Meudon, reunir allí al ejército grande, y celebrar para setiembre magnificas funciones; pero un suceso tan grave como imprevisto dificultó la realizacion de sus proyectos. Contra lo que esperaba, se negó el emperador Alejandro á ratificar el tratado de paz firmado por Mr. de Oubril, resolucion que adoptó á instancias de Inglaterra, cuya corte recordó su fidelidad, y el empeño que acababa de manifestar por que no se hiciesen las negociaciones sin que Rusia tomase parte en ellas, pidiendo que en recompensa, rechazase un tratado celebrado intempestivamente, demasiado pronto, y con condiciones á todas luces desventajosas. Aunque el emperador Alejandro temia y mucho las consecuencias de la guerra con Napoleón, las temia algo menos al ver que Inglaterra andaba mas lenta de lo que él creia en arrojarle en brazos de Francia, y aun parece que habia columbrado alguna cosa de la agitacion que

reinaba en Prusia, y de lo posible que era hacer que aquella corte abrazase el partido de la guerra. Por último, como Alejandro tenía conocimiento de que el imperio germánico había sido disuelto, lo cual había aumentado la envidia en Rusia lo mismo que en las demás naciones, y el odio que tenían á Napoleon, se decidió á no ratificar el tratado de Mr. de Oubril. Sin embargo, contestó que estaba dispuesto á dar principio otra vez á las negociaciones, pero de acuerdo con Inglaterra; que aun daba á esta poderes para que entrase en tratos, con condicion de que se habia de dejar á la familia real de Nápoles, no solo la Sicilia, sino toda la Dalmacia, y de que se daría las Islas Baleares al rey del Piamonte.

El correo que llevaba estas noticias llegó á Paris, el día 3 de setiembre, precisamente en el momento en que toda la Europa se ocupaba de los armamentos de Prusia, y en que se pedía á Napoleon sacase de apuros á Mr. de Haugwitz y al rey Federico Guillermo, mandando retroceder á las tropas francesas. Napoleon por su parte empezó á desconfiar, se figuró que le hacian traicion, y acordándose de la conducta que Austria observó el año anterior, negando tantas veces y con tal obstinacion que estaba armando gente, cuando sus tropas se hallaban en marcha, se persuadió de que lo mismo seria aquella vez, que el repentino armamento de Prusia era una perfidia, y que corria riesgo de ser sorprendido en setiembre de 1806 como faltó poco para que lo fuese en setiembre de 1805. De consiguiente, no se hallaba muy dispuesto á retirar sus tropas de la Franconia, posicion militar importantísima, como veremos

bien pronto, para una guerra contra Prusia; además de que creia habia una coalicion por otra circunstancia. Mr. Fox, que hacia dos meses se hallaba enfermo, acababa de morir, de suerte que en un mismo año mataron á Mr. Pitt las fatigas continuadas del poder; y las primeras pruebas de ese mismo poder, á que por segunda vez ascendió, apresuraron la muerte de Mr. Fox. Con él bajaron al sepulcro la paz del mundo, y la posibilidad de una alianza fecunda entre Francia é Inglaterra: así es que si esta ultima nacion perdió en Mr. Pitt á un grande hombre, mayor fué la pérdida de la Europa y la humanidad perdiendo á Mr. Fox, pues muerto este, el partido de la guerra iba á triunfar del de la paz en el seno del gabinete británico.

Sin embargo, aquel gabinete, no se atrevió á variar de un modo visible las condiciones de paz enviadas anteriormente á Paris, y como disgustado lord Yarmouth, hubiese abandonado las negociaciones, quedándose solo lord Lauderdale, mandóle su gobierno que presentase las peticiones de Rusia, las cuales consistian en reclamar la Sicilia y la Dalmacia para la corte de Nápoles, y las Baleares para el rey de Piamonte. Al presentar lord Lauderdale aquellas nuevas condiciones, obró en nombre de las dos cortes, y como si tuviese poderes de una y otra, de suerte que por esperar la ratificacion del tratado, perdió Napoleon la ocasion decisiva que se le presentaba de hacer las paces; engaño á que está espuesto lo mismo en el campo político que en el de la guerra el hombre de mayor talento.

Napoleon se enfureció en cierto modo, supo-

niendo mas y mas que existia contra él una conspiracion europea, por lo qual estaba mas inclinado á apelar á las armas que á ceder. En aquella época llegó á Paris Mr. Knobelsdorf, en reemplazo de Mr. de Lucchesini, y le recibió muy bien, afirmandole positivamente que no tenia proyecto alguno contra Prusia, y no comprendia qué queria de él, pues lo único que él deseaba era que cumplierse los tratados; que no pensaba en quitarle nada, y todo cuanto se habia dicho de esto era falso, con lo qual aludia á Mr. de Lucchesini, quien aquel mismo dia presentó las cartas en que le llamaban á la corte. Mostrándose en seguida tan franco como era hombre grande, añadió que en las voces que corrian solo habia una cosa verdadera, y era lo que se decia acerca del Hannover; que efectivamente habia dado oidos á Inglaterra sobre esto, y que viendo que la paz del mundo dependia de aquella cuestion, habia tenido el proyecto de dirigirse á Prusia á fin de esponerle la situacion de las cosas, y decirle á que escogiese ó la paz general, á costa de la restitucion del Hannover, sin perjuicio de concederle una indemnizacion, ó la continuacion de la guerra contra Inglaterra, pero una guerra á muerte, y segun el grado de energia que quisiera darle el rey Federico Guillermo. Afirmó ademas, que en todo caso, no hubiera tomado resolucion alguna sin franquearse abiertamente con Prusia.

Una esplicacion tan leal debia desterrar todas las dudas, pero ademas era preciso dejar á salvo el orgullo de Prusia con algun acto de deferencia, y tal vez se hubiera prestado á ello Napoleon, si en aquel mismo momento no hubiese tenido des-

confianza, y sino hubiese creido en una nueva coalicion, que sino existia aun, debia existir bien pronto. Empero como escitado el ánimo de resultas de algun suceso, no puede uno juzgar á ciencia fija de lo que pasa en nuestros contrarios; previno á Mr. de Laforest se mantuviese en guardia, y dijese á Mr. de Haugwitz que Prusia no obtendria otras esplicaciones que las que ya habia dado á MM. de Knobelsdorf y Lucchesini; que en cuanto á la peticion relativa á los ejércitos, contestaba con una peticion exactamente igual, y que si Prusia daba contraorden acerca de los armamentos, se comprometia á hacer que inmediatamente pasasen el Rhin las tropas francesas. En seguida mandó á Mr. de Laforest que guardase silencio y esperase los acontecimientos, escribiéndole lo siguiente: «En situaciones como en la que nos hallamos, no debe darse crédito á protestas, por muy sinceras que sean al parecer: hemos sido engañados demasiadas veces; y necesitamos hechos; que Prusia desarme sus tropas, y los franceses pasarán el Rhin, pero lo que es antes no.»

Mr. de Laforest ejecutó fielmente las órdenes de su soberano, y no le costó trabajo convencer á Mr. de Haugwitz, porque estaba bien convencido por mas que se dejara llevar de los sucesos. Al gabinete prusiano no le bastaba recibir aclaraciones acerca de los intentos de Napoleon; sino que necesitaba una esplicacion palpable que poder dar á la opinion pública, y por lo que hace á él, hechos tambien, pero hechos claros y positivos, es decir la retirada de los franceses. Y gracias que se calmasen los ánimos con aquella medida, porque el orgullo prusiano reclamaba una satisfaccion,

y tanto ó mas necesario es darla cuando uno no tiene razon que cuando la tiene.

El rey y Mr. de Haugwitz dejaron que transcurriesen algunos dias mas, para ver si Napoleon decia algo que fuese mas esplicito y satisfactorio, y Mr. de Haugwitz decia á Mr. de Laforest:—Ese silencio lo echa todo á perder.—Efectivamente, ya no habia remedio: Prusia, con sus tergiversaciones que le grangearon la desconfianza de Napoleon, y Francia por no querer contemplarla, debian hacerse una guerra funesta, tanto mas sensible, cuanto que en el estado en que se hallaba el mundo eran las dos únicas potencias cuyos intereses podian conciliarse. Mr. de Laforest guardó silencio, segun se le habia mandado, pero su rostro decia lo bastante, si la corte de Prusia hubiese querido entenderlo y obrar conforme á lo que hubiese entendido. Ni el rey Federico Guillermo ni su ministerio acertaron á comprender tan significativo silencio, y todos los dias atravesaban por Berlín regimientos enteros, cantando canciones patrióticas, que el pueblo repetia en tumulto por las calles. En todas partes preguntaban cuando salia el rey para el ejército, y si era cierto que iba á quedarse en Postdam, á fin de volverse atrás de lo que antes habia resuelto, con lo cual se levantó tal gritería que fué preciso seguir el impulso de la opinion. El infortunado Federico Guillermo salió para Magdeburgo el dia 21 de setiembre, señal evidente de que iba empezar la guerra que esperaban en Alemania, y que Napoleon aguardaba por su parte en Paris. Desde aquel dia era inevitable, y ya veremos en el siguiente libro las terribles vicisitudes, las desastrosas consecuencias que

tuvo para Prusia, y los resultados gloriosos que alcanzó Napoleon, resultados que nos causarían suma satisfaccion sin mezcla de ningun otro sentimiento, si la política hubiese estado de acuerdo con la victoria.

FIN DEL TONO SESTO.

INDICE.

LIBRO VEINTE Y DOS.

ULM Y TRAFALGAR.

PÁGS.

Consecuencias de la reunion de Génova al imperio.—Aunque esta reunion fuera un error, produjo felices resultados.—Vasto campo abierto á las combinaciones militares de Napoleon.—Cuatro ataques dirigidos contra Francia.—Napoleon se ocupa seriamente de uno solo, proponiéndose contrarrestar los tres restantes á un mismo tiempo.—Su plan.—Movimiento de los seis cuerpos de ejército desde las orillas del Océano á las márgenes del Danubio.—Napoleon guarda un profundo secreto acerca de sus disposiciones, y solo las comunica al elector de Baviera con el objeto de atraérselo tranquilizándole.—Precauciones que toma para ver de conservar la flotilla.—Su regreso á París.—Alteracion de la opinion pública respecto á él.—Reconvenciones que le dirigen.—Estado de la hacienda.—Principios de atraso.—Situacion delicada de las principales plazas de comercio.—Falta de

INDICE.

579

metálico.—Esfuerzos que hace el comercio para procurarse metales preciosos.—Asociacion de la compañía titulada *Reunion de comerciantes* con la corte de España.—Especulacion en pesetas.—Peligro de esta especulacion.—La *Reunion de comerciantes* mezcla los asuntos de Francia y España, haciendo participes á ambas naciones de sus respectivos apuros.—Consecuencias que de esto se siguen al Banco de Francia.—Enfado de Napoleon contra los hombres de negocios.—Grandes cantidades en plata y oro enviadas á Strasburgo é Italia.—Alistamiento de la conscripcion de resultas de un decreto del Senado.—Organizacion de la reserva.—Empleo que se dá á los guardias nacionales.—Sesion habida en el Senado.—El pueblo de Paris manifiesta frialdad á Napoleon.—Napoleon lo siente algun tanto, pero marcha al ejército, seguro de que pronto se convertiria aquella frialdad en transportes de entusiasmo.—Disposiciones que toman los aliados.—Marcha de dos ejércitos rusos, uno hacia Galliteia para socorrer á los austriacos, y otro hacia Polonia con objeto de amenazar á Prusia.—El emperador Alejandro en Pulawi.—Sus negociaciones con la corte de Berlin.—Marcha de los austriacos á Lombardia y Baviera.—Paso del Inn por el general Mack.—El elector de Baviera, despues de vacilar no poco se arroja en brazos de Francia, y se refugia

á Wurtzburgo con su córte y ejército.— El general Mack toma posiciones en Ulm.— Conducta de la córte de Nápoles.— Los franceses dan principio á sus operaciones militares.— Organizacion del ejército.— Paso del Rhin.— Marcha de Napoleon con seis cuerpos á lo largo de los Alpes de Suabia para ganar la vuelta al general Mack.— Napoleon llega al Danubio por la parte de Donauwerth el 6 y 7 de octubre, antes de que el general Mack sospechase que tenia tan cerca los franceses.— Paso general del Danubio.— El general Mack es envuelto.— Combates de Wertingen y Gunzburgo.— Napoleon toma disposiciones en Augsburgo con el doble objeto de atacar á Ulm y ocupar á Munich, á fin de separar á los rusos de los austriacos.— Error cometido por Murat.— Peligro que corre la division de Dupont.— Combate de Haslach.— Napoleon acude hácia Ulm y repara las faltas cometidas.— Batalla de Elchingen dada el 14 de octubre.— Sitio puesto á Ulm.— Desesperacion del general Mack y retirada del archiduque Fernando.— El ejército austriaco se ve obligado á capitular.— Triunfo inaudito de Napoleon.— Destruye en veinte dias, sin dar la batalla un ejército de ochenta mil hombres.— Continuacion de las operaciones navales desde el regreso á Cádiz del almirante Villeneuve.— Severidad con que Napoleon trata á este almirante.— Envía el almirante Rosily para que le

reemplace y manda que la escuadra salga de Cádiz á fin de entrar en el Mediterraneo.— Sentimiento del almirante Villeneuve, y su resolucion de dar una batalla furiosa.— Estado de la escuadra franco-española y de la inglesa.— Instrucciones que da Nelson á sus capitanes.— Salida precipitada de Villeneuve.— Encuentre de las dos escuadras en el cabo de Trafalgar.— Ataque por parte de los ingleses formados en dos columnas.— Rómese nuestra línea de batalla.— Combates heróicos del *Formidable*, el *Bucentauro*, el *Fogoso*, el *Algeciras*, el *Pluton*, el *Aquiles*, y el *Príncipe de Asturias*.— Muerte de Nelson y prision de Villeneuve.— Derrota de nuestra escuadra despues de una lucha memorable.— Furiosa tempestad que sobrevino para completar los desastres de la batalla.— Naufragios á continuacion de los combates.— Conducta del gobierno imperial para con la marina francesa.— Mándase guardar silencio sobre los últimos sucesos.— Ulm hace olvidar á Trafalgar. 5

LIBRO VEINTE Y TRES.

AUSTERLITZ.

Efecto que causan los noticias de ejército.— Crisis rentística.— La caja de consolidacion suspende los pagos en España, y con-

tribuye á aumentar los apuros de la compañía titulada *Reunion de Comerciantes*.—Auxilios que dá á esta compañía el Banco de Francia.—Emision escesiva de billetes de banco, y suspension de pagos.—Varias quiebras.—Alarmado el público pone su confianza en Napoleon, y espera de él algun hecho brillante que restablezca el crédito y la paz.—Continuan los sucesos de la guerra.—Estado de los negocios en Prusia.—La mal llamada violacion de territorio de Anspach sirve de pretexto para que el partido de la guerra trabaje por llevar á cabo sus fines.—El emperador Alejandro se aprovecha de esta coyuntura para trasladarse á Berlin.—Consigue que la corte de Prusia se comprometa á secundar la causa de la coalicion para un caso eventual.—Tratado de Postdam.—Salida de Mr. de Haugwitz para el cuartel general francés.—Napoleon toma una gran resolucion al saber los nuevos peligros que le amenazan.—Precipita su movimiento hácia Viena.—Batalla de Caldiero en Italia.—Marcha del ejército grande por medio del valle del Danubio.—Paso del Inn, el Traun y el Ens.—Napoleon en Lintz.—Movimiento que podian hacer los archiduques Carlos y Juan para detener la marcha de Napoleon.—Precauciones que toma este al acercarse á Viena.—Distribucion de sus cuerpos de ejército por una y otra orilla del Danubio y en los Alpes.—Los ru-

sos pasan el Danubio por Krems.—Peligro que corre el cuerpo de Mortier.—Accion de Davout en Mariazell.—Entrada en Viena.—Sorpresa de los puentes del Danubio.—Napoleon quiere aprovecharse de ella para cortar la retirada al general Kutusof.—Murat y Lannes se trasladan á Hollabrunn.—Murat se deja engañar por una proposicion que le hacen acerca de una tregua, y da tiempo al ejército ruso para que se escape.—Napoleon rechaza la tregua.—Sangrienta accion de Hollabrunn.—Llegada del ejército francés á Brunn.—Buenas disposiciones que toma Napoleon para ocupar á Viena, resguardarse de los archiduques por la parte de los Alpes y la Hungría, y hacer frente á los rusos por la parte de Moravia.—Ney ocupa el Tirol y Augereau á Suabia.—Los cuerpos de Jellachich y Rohan son hechos prisioneros.—Salida de Napoleon para Brunn.—Se intenta una negociacion.—Orgullo insensato del estado mayor de los rusos.—Nueva camarilla que se forma en derredor de Alejandro.—Ella es quien le inspira la imprudente resolucion de dar la batalla.—Terreno escogido con anticipacion por Napoleon.—Batalla de Austerlitz dada el dia 2 de diciembre.—Destruccion del ejército austro-ruso.—El emperador de Austria en el bibac de Napoleon.—Tregua concedida bajo promesa de que pronto se haria la paz.—Principian las negociaciones en Brunn.—Condiciones

que impone Napoleon.—Quiere los Estados venecianos para completar con ellos el reino de Italia, el Tirol y la Suabia austriaca á fin de engrandecer á Baviera y los ducados de Baden y Wurtemberg.—Alianzas de familia con estas tres casas alemanas.—Resistencia que hacen los plenipotenciarios austriacos.—Napoleon, á su regreso á Viena, tiene una larga entrevista con Mr. de Haugwitz.—Vuelve á sus proyectos de unirse á Prusia, y le da el Hannover con la condicion de que se coligaría definitivamente con Francia.—Tratado de Viena celebrado con Prusia.—Salida de Mr. de Haugwitz para Berlin.—Napoleon, libre ya de Prusia, se hace mas exigente con respecto á Austria.—Se deja la negociacion para proseguirla en Presburgo.—Acéptanse las condiciones de Francia, y se celebra la paz en Presburgo.—Salida de Napoleon para Munich.—Casamiento de Eugenio de Beauharnais con la princesa Augusta de Baviera.—Regreso de Napoleon á Paris.—Es recibido en triunfo.

194

LIBRO VEINTE Y CUATRO.

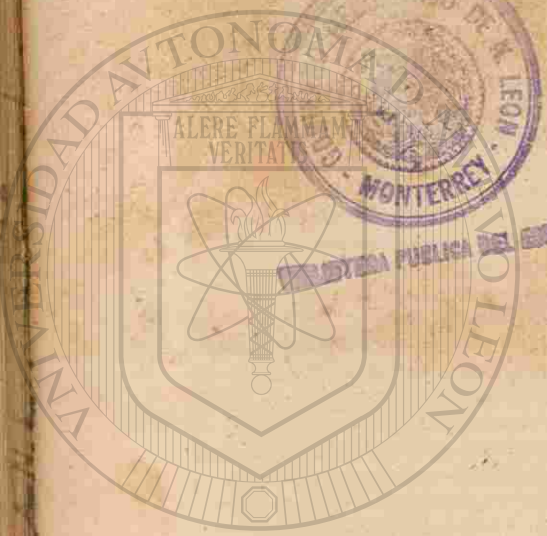
CONFEDERACION DEL RHIN.

Vuelta de Napoleon á Paris.—Regocijo público.—Distribucion de las banderas cogidas al enemigo.—Decreto del Senado

mandando erigir un monumento triunfal.—Napoleon se dedica desde luego á mejorar la hacienda.—La compañía titulada *Reunion de comerciantes* sale debiendo al Tesoro 144.000.000.—Descontento Napoleon con Mr. de Marbois, nombra en su lugar á Mr. de Mollien.—Restablecimiento del crédito.—Tesoro formado con las contribuciones impuestas á los paises conquistados.—Ordenes relativas al regreso del ejército, la ocupacion de la Dalmacia y la conquista de Nápoles.—Continuan los asuntos de Prusia.—Se ratifica el tratado de Schoenbrunn pero con reserva.—Nueva comision de Mr. de Haugwitz para con Napoleon.—El tratado de Schoenbrunn se rehace en Paris, pero con algunas obligaciones mas y menos ventajas para Prusia.—Mr. de Lucchesini sale para Berlin á fin de esplicar las nuevas variaciones.—El tratado de Schoenbrunn convertido en tratado de Paris, es ratificado al fin, y Mr. de Haugwitz regresa á Prusia.—Ascendiente dominante de Francia.—Entrada de José Bonaparte en Nápoles.—Ocupacion de Venecia.—Tardanza en la entrega de Dalmacia.—El ejército francés se detiene en el Inn, mientras no se efectua la entrega de Dalmacia, y se reparte por las provincias alemanas mas abundantes en recursos.—Lo que sufren los paises ocupados.—Situacion de la corte de Prusia despues de regresar á Berlin Mr. de Haugwitz.—El duque de Brunswick sale

para San Petersburgo, para explicar la conducta del gabinete prusiano.—Estado de la corte de Rusia.—Disposiciones que toma Alejandro desde Austerlitz.—Recibimiento hecho al duque de Brunswick.—Inútiles esfuerzos de Prusia para que Rusia é Inglaterra aprueben la ocupacion del Hannover.—La Inglaterra declara la guerra á Prusia.—Muerte de Mr. Pitt, y subida al ministerio de Mr. Fox.—Esperanzas de que habrá paz.—Relaciones que entablan Mr. Fox y Mr. de Talleyrand.—Salida de lord Yarmouth para París, en calidad de enviado confidencial.—Bases de la paz marítima.—Los agentes de Austria, en vez de entregar á los franceses las bocas del Cattaro, las entregan á los rusos.—Amenazas de Napoleon contra la corte de Viena.—Rusia envia á París á Mr. de Oubril, á fin de de que evite cualquier movimiento del ejército francés contra Austria y proponga la paz.—Lord Yarmouth y Mr. de Oubril negocian de mancomun en París.—Posibilidad de una paz general.—Cálculo de Napoleon para retardar las negociaciones.—Sistema del imperio francés.—Reyes feudatarios, grandes ducados y ducados.—José es creado rey de Nápoles, y Luis de Holanda.—Disolucion del imperio germánico.—Confederacion del Rin.—Movimientos del ejército francés.—Gobierno interior.—Obras públicas.—Columna de la plaza de Vandome, el Louvre, la calle Imperial y el ar-

co de la Estrella.—Caminos y canales.—Consejo de Estado.—Creacion de la Universidad.—Presupuesto de 1806.—Restablecimiento de la contribucion sobre la sal.—Nuevo sistema de tesorería.—Reorganizacion del Banco de Francia.—Continúan las negociaciones con Rusia é Inglaterra.—Tratado de paz con Rusia, firmado el dia 20 de julio por Mr. de Oubril.—Esto decide á lord Yarmouth á presentar sus poderes.—Lord Lauderdale se agrega á Lord Yarmouth.—Dificultades en las negociaciones con Inglaterra.—Algunas indiscreciones cometidas por los enviados ingleses con respecto á la restitucion del Hannover, causan en Berlin gran inquietud.—Informes falsos que exaltan el ánimo de la corte de Prusia.—Entusiasmo en Berlin, y resolucion de acudir á las armas.—Sorpresa y desconfianza de Napoleon.—La Rusia se niega á ratificar el tratado firmado por Mr. de Oubril, y propone nuevas condiciones.—Napoleon no quiere aceptarlas.—Tendencia general á la guerra.—El rey de Prusia pide que se aleje el ejército francés.—Napoleon contesta pidiendo que se aleje el prusiano.—Silencio entre una y otra corte.—Los dos soberanos salen para el ejército.—Se declara la guerra entre Prusia y Francia. 380 (R)



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





NUE
BLIOTE